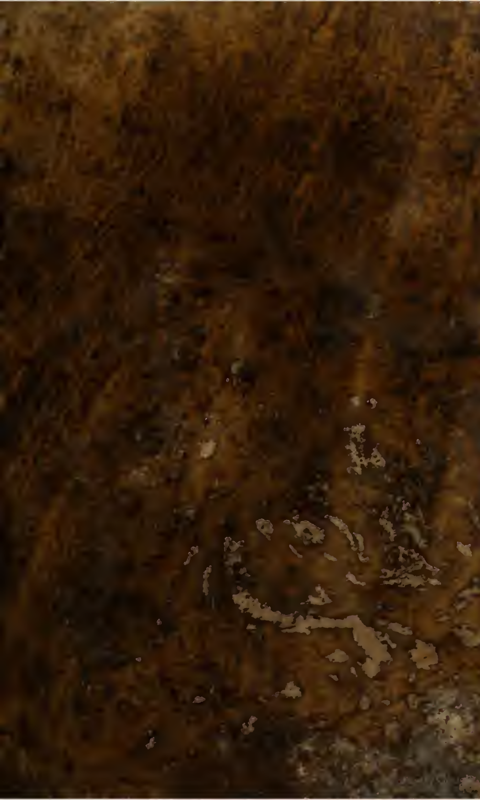



FONDO PIZZOFALCONE

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE CASIMIR,
Calle de la Vieille-Monnaie, 12.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

POR

EL CONDE DE TORENO.

TOMO PRIMERO.





PARIS.

EN LA LIBRERÍA EUROPEA DE BAUDRY,

CALLE DU COQ-SAINT-HONORÉ,

CERCA DEL LOUVRE.

1838.



...... Quis nescit primam esse historiæ legem ne quid falsi dicere audeat? deinde ne quid veri non audeat? ne qua suspicio gratiæ sit in scribendo? ne qua simultatis?

CICERO, *De Oratore*, *lib.* 2, *c.* 15.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO PRIMERO.

Turbacion de los tiempos. — Flaqueza de España. — Politica de Francia.— Paz de Presburgo. — Destronamiento de la casa de Nápoles. — Tratos de paz con Inglaterra. — Rómpense estas negociaciones. — Tambien otras con Rusia. — Preparativos de guerra. — Tropas españolas que van á Toscana. — Izquierdo: dinero que da á Napoleon. — Enfado del principe de la Paz contra Napoleon. — Sus sospechas. — Piensa ligarse con Inglaterra. — Envia allá á Don Agustin de Argüelles. — Proclama del [illegible] octubre. — Discúlpase con Napoleon. — Proyectos contra España. — [illegible]s partidos que dividen el palacio español. — Entretiénese á Izquierdo en Paris. — Mr. de Beauharnais embajador de Francia en Madrid. — Secretos manejos con el partido del principe de Asturias. — Tropas españolas que van al Norte. — Paz de Tilsit. — Tropas francesas que se juntan en Bayona. — Portugal. — Notas de los representantes de España y Francia en Lisboa. — Se retiran de aquella corte. — 18 de octubre de 1807, cruza el Bidasoa la primera division francesa. — 27 de octubre, tratado de Fontainebleau. — Causa del Escorial. — Marcha de Junot hácia Portugal. — Entrada en Portugal, 19 de noviembre de 1807. — Llegada á Abrantes, 23 de noviembre. — Proclama del principe regente de Portugal, 22 de noviembre. — Instancia de Lord Strangford para que se embarque. — 29 de noviembre, da la vela la familia real portuguesa.— 30 de noviembre, entrada de Junot en Lisboa. — Entrada de los españoles en Portugal. — 16 de noviembre, viage de Napoleon á Italia. — Reina de Etruria. — Carta de Cárlos IV á Napoleon. — Dudas de Napoleon sobre su conducta respecto de España. — 22 de diciembre, Dupont en Irun. — 9 de enero de 1808, entrada del cuerpo de Moncey. — 24 de id., publicaciones del Monitor. — 1° de febrero de 1808, proclama de Junot. — Forma nueva regencia, de que se nombra presidente. — Gravosa contribucion extraordinaria. — Envia á Francia una division portuguesa. — 16 de febrero, toma de la ciudadela de Pamplona. — Entra Duhesme em Cataluna. — Llega á Barcelona. — 28 de febrero, sorpresa de la ciudadela de Barcelona. — Id. sorpresa de Monjuich. — 18 de marzo, ocupacion de San Fernando de Figueras. — 5 de marzo, entrega de San Sebastian. — 7 de febrero, órden para que la escuadra de Cartagena vaya á Tolon. — Desasosiego de la corte

de Madrid. — Conducta ambigua de Napoleon. — Sobresalto del príncipe de la Paz. — Llegada á Madrid de Izquierdo. — Sale Izquierdo el 10 de marzo para Paris. — Tropas francesas que continuaron entrando em España. — Murat nombrado general en gefe del ejército francés en España. — Piensa la corte de Madrid en partir para Andalucía. — Providencias que toma.

Turbacion de los tiempos.

La turbacion de los tiempos, sembrando por el mundo discordias, alteraciones y guerras, habia estremecido hasta en sus cimientos antiguas y nombradas naciones. Empobrecida y desgobernada España, hubiera al parecer debido antes que ninguna ser azotada de los recios temporales que á otras habian afligido y revuelto. Pero viva aun la memoria de su poderio, apartada al ocaso y en el continente europeo postrera de las tierras, habíase mantenido firme y conservado casi intacto su vasto y desparramado imperio. No poco y por desgracia habian contribuido á ello la misma condescendencia y baja humillacion de su gobierno, que, ciegamente sometido al de Francia, fuese democrá-

Flaqueza de España.

tico, consular ó monárquico, dejábale éste disfrutar en paz hasta cierto punto de aparente sosiego, con tal que quedasen á merced suya las escuadras, los ejércitos y los caudales que aun restaban á la ya casi aniquilada España.

Política de Francia.

Mas en medio de tanta sumision, y de los trastornos y continuos vaivenes que trabajaban á Francia, nunca habian olvidado sus muchos y diversos gobernantes la política de Luis XIV, procurando atar al carro de su suerte la de la nacion española. Forzados al principio á contentarse con tratados que estrechasen la alianza, preveian no obstante que cuanto mas onerosos fuesen aquellos para una de las partes contratantes, tanto menos serian para la otra estables y duraderos.

Menester pues era que para darles la conveniente firmeza se aunasen ambas naciones, asemejándose en la forma de su gobierno, ó confundiéndose bajo la direccion de personas de una misma familia, segun que se mudaba y trastrocaba en Francia la constitucion del estado. Asi era que apenas aquel gabinete tenia un respiro, susurrábanse proyectos varios, juntábanse en Bayona tropas, enviábanse expediciones contra Portugal, ó aparecian muchos y claros indicios de querer entrometerse en los asuntos interiores de la península hispana.

Crecia este deseo ya tan vivo á proporcion que las armas francesas afianzaban fuera la prepotencia de su patria, y que dentro se restablecian la tranquilidad y buen órden. Á las claras empezó á manifestarse cuando Napoleon, ciñendo sus sienes con la corona de Francia, fundadamente pensó que los Borbones sentados en el solio de España mirarian siempre con ceño, por sumisos que ahora se mostrasen, al que habia empuñado un cetro que de derecho correspondia al tronco de donde se derivaba su rama. Confirmáronse

los recelos del francés despues de lo ocurrido en 1805, al terminarse la campaña de Austria con la paz de Presburgo.

Paz de Presburgo.

Desposeido por entonces de su reino Fernando IV de Nápoles, hermano de Cárlos de España, habia la corte de Madrid rehusado durante cierto tiempo asentir á aquel acto y reconocer al nuevo soberano José Bonaparte. Por natural y justa que fuese esta resistencia, sobremanera desazonó al emperador de los franceses, quien hubiera sin tardanza dado quizá señales de su enojo, si otros cuidados no hubiesen fijado su mente y contenido los ímpetus de su ira.

Destronamiento de la casa de Nápoles.

En efecto la paz ajustada con Austria estaba todavía lejos de extenderse á Rusia, y el gabinete prusiano, de equívoca é incierta conducta, desasosegaba el suspicaz ánimo de Napoleon. Si tales motivos eran obstáculo para que éste se ocupase en cosas de España, lo fueron tambien por extremo opuesto las esperanzas de una pacificacion general, nacidas de resultas de la muerte de Pitt. Constantemente habia Napoleon achacado á aquel ministro, finado en enero de 1806, la continuacion de la guerra, y como la paz era el deseo de todos hasta en Francia, forzoso le fue á su gefe no atropellar opinion tan acreditada cuando habia cesado el alegado pretexto, y entrado á componer el gabinete inglés Mr. Fox y Lord Grenville con los de su partido.

Tratos de paz con Inglaterra.

Juzgábase que ambos ministros, sobre todo el primero, se inclinaban á la paz, y se aumentó la confianza al ver que despues de su nombramiento se habia entablado entre los gobiernos de Inglaterra y Francia activa correspondencia. Dió principio á ella Fox valiéndose de un incidente que favorecia su deseo. Las negociaciones duraron meses, y aun estuvieron en Paris como plenipotenciarios los Lores Yarmouth y Lauderdale. Dificultoso era en aquella sazon un acomodamiento á gusto de ambas partes. Napoleon en los tratos mostró poco miramiento respecto de España, pues entre las varias proposiciones hizo la de entregar la isla de Puerto-Rico á los ingleses, y las Baleares á Fernando IV de Nápoles, en cambio de la isla de Sicilia que el último cederia á José Bonaparte.

Correspondió el remate á semejantes propuestas, á las que se agregaba el irse colocando la familia de Bonaparte en reinos y estados, como tambien el establecimiento de la nueva y famosa confederacion del Rin. Rompiéronse pues las negociaciones, anunciando Napoleon como principal razon la enfermedad de Fox y su muerte acaecida en setiembre de 1806. Por el mismo término caminaron las entabladas tambien con Rusia, habiendo desaprobado públicamente el emperador Alejandro el tratado que á su nombre habia en Paris concluido su plenipotenciario Mr. d'Oubril.

Rómpense estas negociaciones.

Tambien otras con Rusia.

Aun en el tiempo en que andaban las pláticas de paz, dudosos

Preparativos de guerra.

todos y aun quizá poco afectos á su conclusion, se preparaban á la prosecucion de la guerra. Rusia y Prusia ligábanse en secreto, y querian que otros estados se uniesen á su causa. Napoleon tampoco se descuidaba, y aunque resentido por lo de Nápoles con el gabinete de España, disimulaba su mal ánimo, procurando sacar de la ciega sumision de este aliado cuantas ventajas pudiese.

Tropas españolas que van á Toscana.

De pronto, y al comenzar el año de 1806, pidió que tropas españolas pasasen á Toscana á reemplazar las francesas que la guarnecian. Con eso lisonjeando á las dos córtes, á la de Florencia porque consideraba como suya la guardia de españoles, y á la de Madrid por ser aquel paso muestra de confianza, conseguia Napoleon tener libre mas gente, y al mismo tiempo acostumbraba al gobierno de España á que insensiblemente se desprendiese de sus soldados. Accedió el último á la demanda, y en principios de marzo entraron en Florencia de 4 á 5000 españoles mandados por el teniente general Don Gonzalo Ofarril.

Izquierdo: dinero que da á Napoleon.

Como Napoleon necesitaba igualmente otro linage de auxilios, volvió la vista para alcanzarlos á los agentes españoles residentes en Paris. Descollaba entre todos Don Eugenio Izquierdo, hombre sagaz, travieso y de amaño, á cuyo buen desempeño estaban encomendados los asuntos peculiares de Don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, disfrazados bajo la capa de otras comisiones. En vano hasta entonces se habia desvivido dicho encargado por sondear respecto de su valedor los pensamientos del emperador de los franceses. Nunca habia tenido otra respuesta sino promesas y palabras vagas. Mas llegó mayo de 1806, y creciendo los apuros del gobierno francés para hacer frente á los inmensos gastos que ocasionaban los preparativos de guerra, reparó este en Izquierdo, y le indicó que la suerte del príncipe de la Paz mereceria la particular atencion de Napoleon, si se le acudia con socorros pecuniarios. Gozoso Izquierdo y lleno de satisfaccion, brevemente y sin estar para ello autorizado, aprontó 24 millones de francos * pertenecientes á la caja de consolidacion de Madrid, segun convenio que firmó el 10 de mayo. Aprobó el de la Paz la conducta de su agente, y contando ya con ser ensalzado á mas eminente puesto en trueque del servicio concedido, hizo que en nombre de Cárlos IV se confiriesen en 26 del mismo mayo * á dicho Izquierdo plenos poderes para que ajustase y concluyese un tratado.

(* Ap. n. 1.)

(* Ap. n. 2.)

Enfado del príncipe de la Paz contra Napoleon.

Pero Napoleon, dueño de lo que queria y embargados sus sentidos con el nublado que del norte amagaba, difirió entrar en negociacion hasta que se terminasen las desavenencias con Prusia y Rusia. Ofendió la tardanza al príncipe de la Paz, receloso en todos tiempos de la buena fé de

Napoleon, y temió de él nuevos engaños. Afirmáronle en sus sospechas diversos avisos que por entonces le enviaron españoles residentes en Paris; opúsculos y folletos que debajo de mano fomentaba aquel gobierno, y en que se anunciaba la entera destruccion de la casa de Borbon, y en fin el dicho mismo del emperador de que « si Cárlos IV no queria reconocer á su « hermano por rey de Nápoles, su sucesor le reconoceria. » Sus sospechas.

Tal cúmulo de indicios que progresivamente vinieron á despertar las zozobras y el miedo del valido español se acrecentaron con las noticias é informes que le dió Mr. de Strogonoff, nombrado ministro de Rusia en la corte de Madrid, quien habia llegado á la capital de España en enero de 1806.

Animado el príncipe de la Paz con los consejos de dicho ministro, y mal enojado contra Napoleon, inclinábase á formar causa comun con las potencias beligerantes. Parecióle no obstante ser prudente, antes de tomar resolucion definitiva, buscar arrimo y alianza en Inglaterra. Siendo el asunto espinoso y pidiendo sobre todo profundo sigilo, determinó enviar á aquel reino un sugeto que, dotado de las convenientes prendas, no excitase el cuidado del gobierno de Francia. Recayó la eleccion en Don Agustin de Argüelles, que tanto sobresalió años adelante en las córtes congregadas en Cádiz. Rehusaba el nombrado admitir el encargo por proceder de hombre tan desestimado como era entonces el príncipe de la Paz; pero instado por Don Manuel Sixto Espinosa, director de la consolidacion, con quien le unian motivos de amistad y de reconocimiento, y vislumbrando tambien en su comision un nuevo medio de contribuir á la caida del que en Francia habia destruido la libertad pública, aceptó al fin el importante encargo confiado á su zelo. Piensa ligarse con Inglaterra. Envia allí a Don Agustin de Argüelles.

Ocultóse á Argüelles * lo que se trataba con Strogonoff, y tan solo se le dió á entender que era forzoso ajustar paces con Inglaterra, si no se queria perder toda la América en donde acababa de tomar á Buenos-Aires el general Beresford. Recomendóse en particular al comisionado discrecion y secreto, y con suma diligencia saliendo de Madrid á ultimos de setiembre, llegó á Lisboa sin que nadie, ni el mismo embajador conde de Campo-Alange, trasluciese el verdadero objeto de su viage. Disponiase Don Agustin de Argüelles á embarcarse para Inglaterra, cuando se recibió en Lisboa una desacordada proclama del príncipe de la Paz, fecha 5 * de octubre, en la que apellidando la nacion á guerra sin designar enemigo, despertó la atencion de las naciones extrañas, principalmente de Francia. Desde entonces miró Argüelles como inútil la continuacion de su viage y así lo escribió á Madrid; mas sin embargo ordenósele pasar á Lóndres, en donde su comision no tuvo resulta, asi (* Ap. n. 3.) Su proclama de 5 de octubre. (* Ap. n. 4.)

por repugnar al gobierno inglés tratos con el príncipe de la Paz, ministro tan desacreditado é imprudente, como tambien por la mudanza que en dicho príncipe causaron los sucesos del norte.

Discúlpase con Napoleon.

Alli Napoleon, habiendo abierto la campaña en octubre de 1806, en vez de padecer descalabros habia entrado victorioso en Berlin, derrotando en Jena el ejército prusiano. Al ruido de sus triunfos atemorizada la corte de Madrid y sobre todo el privado, no hubo medio que no emplease para apaciguar el entonces justo y fundado enojo del emperador de los franceses, quien, no teniendo por concluida la guerra en tanto que la Rusia no viniese á partido, fingió quedar satisfecho con las disculpas que se le dieron, y renovó aunque lentamente las negociaciones con Izquierdo.

Proyectos contra España.

Mas no por eso dejaba de meditar cuál seria el mas acomodado medio para posesionarse de España, y evitar el que en adelante se repitiesen amagos como el del 5 de octubre. Columbró desde luego ser para su propósito feliz incidente andar aquella corte dividida entre dos parcialidades, la del príncipe de Asturias y la de Don Manuel Godoy. Habian nacido estas de la inmoderada ambicion del último, y de los temores que habia infundido ella en el ánimo del primero. Sin embargo estuvieron para componerse y disiparse en el tiempo en que habia resuelto el de la Paz unirse con Inglaterra y las otras potencias del norte; creyendo este con razon que en aquel caso era necesario acortar su vuelo, y conformarse con las ideas y política de los nuevos aliados. Para ello, y no exponer su suerte á temible caida, habia el valido imaginado casar al príncipe de Asturias (viudo desde mayo de 1806) con Doña María Luisa de Borbon, hermana de su muger Doña María Teresa, primas ambas del rey é hijas del difunto infante Don Luis. El pensamiento fue tan adelante que se propuso al príncipe el enlace. Mas Godoy, veleidoso é inconstante, variadas que fueron las cosas del norte, mudó de dictámen volviendo á soñar en ideas de engrandecimiento. Y para que pasaran á realidad condecoróle el rey en 13 de enero de 1807 con la dignidad de almirante de España é Indias, y tratamiento de alteza.

Los dos partidos que dividen el palacio español.

Entretiénese á Izquierdo en Paris.

Veníale bien á Napoleon que se aumentase la division y el desórden en el palacio de Madrid. Atento á aprovecharse de semejante discordia, al paso que en Paris se traia entretenido á Izquierdo y al partido de Godoy, se despachaba á España para tantear el del príncipe de Asturias á Mr. de Beauharnais, quien como nuevo embajador presentó sus credenciales á últimos de diciembre de 1806. Empezó el recien llegado á dar pasos, mas fueron lentos hasta meses despues que, llevando visos de terminarse la guerra del norte, juzgó Napoleon que se acercaba el momento de obrar.

Mr. de Beauharnais embajador de Francia en Madrid.

Presentósele en la persona de Don Juan Escoiquiz, conducto acomodado para ayudar sus miras. Antiguo maestro del príncipe de Asturias, vivia como confinado en Toledo, de cuya catedral era canónigo y dignidad, y de donde, por órden de S. A., con quien siempre mantenia secreta correspondencia, habia regresado á Madrid en marzo de 1807. Conferencióse mucho entre él y sus amigos sobre el modo de atajar la ambicion de Godoy, y sacar al príncipe de Asturias de situacion que conceptuaban penosa, y aun arriesgada.

Secretos manejos con el partido del príncipe de Asturias.

Habian imaginado sondear al embajador de Francia, y de resultas supieron por Don Juan Manuel de Villena, gentil hombre del príncipe de Asturias, y por Don Pedro Giraldo, brigadier de ingenieros, maestro de matemáticas del príncipe é infantes, y cuyos sugetos estaban en el secreto, hallarse Mr. de Beauharnais pronto á entrar en relaciones con quien S. A. indicase. Dudóse si la propuesta encubria ó no engaño; y para asegurarse unos y otros, convínose en una pregunta y seña que recíprocamente se harian en la corte el príncipe y el embajador. Cerciorados de no haber falsedad y escogido Escoiquiz para tratar, presentó á este en casa de dicho embajador el duque del Infantado, con pretexto de regalarle un ejemplar de su poema sobre la conquista de Méjico. Entablado conocimiento entre Mr. de Beauharnais y el maestro del príncipe, avistáronse un dia de los de julio y á las dos de la tarde en el Retiro. La hora, el sitio y lo caluroso de la estacion les daba seguridad de no ser notados.

Hablaron alli sosegadamente del estado de España y Francia, de la utilidad para ambas naciones de afianzar su alianza en vínculos de familia, y por consiguiente de la conveniencia de enlazar al príncipe Fernando con una princesa de la sangre imperial de Napoleon. El embajador convino con Escoiquiz en los mas de los puntos, particularmente en el último, quedando en darle posterior y categórica contestacion. Siguiéronse á este paso otros mas ó menos directos, pero que nada tuvieron de importante hasta que en 30 de setiembre escribió Mr. de Beauharnais una carta á Escoiquiz, en la que rayando las expresiones de que *no bastaban cosas vagas*, sino que se necesitaba una *segura prenda* (*une garantie*), daba por lo mismo á entender que aquellas salian de boca de su amo. Movido de esta insinuacion se dirigió el príncipe de Asturias en 11 de octubre al emperador francés, en términos que, segun veremos muy luego, hubiera podido resultar grave cargo contra su persona.

Hasta aqui llegaron los tratos del embajador Beauharnais con Don Juan Escoiquiz, cuyo principal objeto se enderezaba á arreglar la union del príncipe Fernando con una sobrina de la emperatriz, ofrecida despues al duque de Aremberg. Todo da indicio de que el embajador obró segun instrucciones de su amo; y si bien es verdad

que este desconoció como suyos los procedimientos de aquel, no es probable que se hubiera Mr. de Beauharnais expuesto con soberano tan poco sufrido á dar pasos de tamaña importancia sin previa autorizacion. Pudo quizá excederse; quizá el interes de familia le llevó á proponer para esposa una persona con quien tenia deudo, pero que la negociacion tomó orígen en Paris lo acredita el haber despues sostenido el emperador á su representante.

Tropas españolas que van al norte.

Sin embargo tales pláticas tenian mas bien traza de entretenimiento que de séria y deliberada determinacion. Ibale mejor al arrebatado temple de Napoleon buscar por violencia ó por malos artes el cumplimiento de lo que su política ó su ambicion le sugeria. Así fue que, para remover estorbos é irse preparando á la ejecucion de sus proyectos, de nuevo pidió al gobierno español auxilio de tropas; y conformándose Carlos IV con la voluntad de su aliado, decidió en marzo de 1807 que una division unida con la que estaba en Toscana, y componiendo juntas un cuerpo de 14,000 hombres, se dirigiese al norte de Europa *. De este modo menguaban cada dia en España los recursos y medios de resistencia.

(* Ap. n. 5.)

Paz de Tilsit.

Entretanto Napoleon, habiendo continuado con feliz progreso la campaña emprendida contra las armas combinadas de Prusia y Rusia, habia en 8 de julio siguiente concluido la paz en Tilsit. Algunos se han figurado que se concertaron alli ambos emperadores ruso y francés acerca de asuntos secretos y arduos, siendo uno entre ellos el de dejar á la libre facultad del último la suerte de España. Hemos consultado en materia tan grave respetables personages, y que tuvieron principal parte en aquellas conferencias y tratos. Sin interes en ocultar la verdad, y lejos ya del tiempo en que ocurrieron, han respondido á nuestras preguntas que no se habia entonces hablado sino vagamente de asuntos de España; y que tan solo Napoleon, quejándose con acrimonia de la proclama del príncipe de la Paz, añadia á veces que los españoles luego que le veian ocupado en otra parte mudaban de lenguage y le inquietaban.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que, con la paz asegurado Napoleon de la Rusia á lo ménos por de pronto, pudo con mas desahogo volver hácia el mediodia los inquietos ojos de su desapoderada ambicion. Pensó desde luego disfrazar sus intentos con la necesidad de extender á todas partes el sistema continental (cuyas bases habia echado en su decreto de Berlin de febrero del mismo año), y arrancar á Inglaterra á su antiguo y fiel aliado el rey de Portugal. Era en efecto muy importante para cualquiera tentativa ó plan contra la peninsula someter á su dominio á Lisboa, alejar á los ingleses de los puertos de aquella costa, y tener un pretexto al parecer plausible con que poder internar en el corazon de España numerosas fuerzas.

Para dar principio á su empresa promovió muy particularmente las negociaciones entabladas con Izquierdo, y á la sombra de aquellas y del tratado que se discutia, empezó en agosto de 1807 á juntar en Bayona un ejército de 25,000 hombres con el título de cuerpo de observacion de la Gironda, nombre con que cautelosamente embozaba el gobierno francés sus hostiles miras contra la península española. Dióse el mando de aquella fuerza á Junot, quien, embajador en Portugal en 1805, habia desamparado la pacífica mision para acompañar á su caudillo en atrevidas y militares empresas. Ahora se preparaba á dar la vuelta á Lisboa, no ya para ocupar su antiguo puesto, sino mas bien para arrojar del trono á una familia augusta que le habia honrado con las insignias de la órden de Cristo.

Tropas francesas que se juntan en Bayona.

Aunque no sea de nuestro propósito entrar en una relacion circunstanciada de los graves acontecimientos que van á ocurrir en Portugal, no podemos menos de darles aqui algun lugar como tan unidos y conexos con los de España. En Paris se examinaba con Izquierdo el modo de partir y distribuirse aquel reino, y para que todo estuviese pronto el dia de la conclusion del tratado, ademas de la reunion de tropas á la falda del Pirineo, se dispuso que negociaciones seguidas en Lisboa abriesen el camino á la ejecucion de los planes en que conviniesen ambas potencias contratantes. Comenzóse la urdida trama por notas que en 12 de agosto pasaron el encargado de negocios francés Mr. de Rayneval y el embajador de España conde de Campo-Alange. Decian en ellas que tenian la órden de pedir sus pasaportes y declarar la guerra á Portugal si para el 1° de setiembre próximo el príncipe regente no hubiese manifestado la resolucion de romper con la Inglaterra, y de unir sus escuadras con las otras del continente para que juntas obrasen contra el comun enemigo: se exigia ademas la confiscacion de todas las mercancías procedentes de origen británico, y la detencion como rehenes de los súbditos de aquella nacion. El príncipe regente de acuerdo con Inglaterra respondió que estaba pronto á cerrar los puertos á los ingleses, y á interrumpir toda correspondencia con su antiguo aliado; mas que en medio de la paz confiscar todas las mercancías británicas, y prender á extrangeros tranquilos, eran providencias opuestas á los principios de justicia y moderacion que le habian siempre dirigido. Los representantes de España y Francia, no habiendo alcanzado lo que pedian (resultado conforme á las verdaderas intenciones de sus respectivas córtes), partieron de Lisboa antes de comenzarse octubre, y su salida fue el preludio de la invasion.

Portugal.

Notas de los representantes de España y Francia en Lisboa.

Se retiran de aquella corte.

Todavía no estaban concluidas las negociaciones con Izquierdo; todavía no se habia cerrado tratado alguno, cuando Napoleon impaciente, lleno del encendido deseo de empezar su proyectada em-

presa, é informado de la partida de los embajadores, dió órden á Junot para que entrase en España, y el 18 de octubre cruzó el Bidasoa la primera division francesa á las órdenes del general Delaborde, época memorable, principio del tropel de males y desgracias, de perfidias y heróicos hechos que sucesivamente nos va á desdoblar la historia.

18 de octubre, cruza el Bidasoa la primera division francesa.

Pasada la primera division, la siguieron la segunda y la tercera mandadas por los generales Loison y Travot, con la caballería, cuyo gefe era el general Kellerman. En Irun tuvo órden de recibir y obsequiar á Junot Don Pedro Rodriguez de la Buria, encargo que ya habia desempeñado en la otra guerra con Portugal. Las tropas francesas se encaminaron por Burgos y Valladolid hácia Salamanca, á cuya ciudad llegaron veinticinco dias despues de haber entrado en España. Por todas partes fueron festejadas y bien recibidas, y muy lejos estaban de imaginarse los solícitos moradores del tránsito la ingrata correspondencia con que iba á pagárseles tan esmerada y agasajadora hospitalidad.

Tocaron mientras tanto á su cumplido término las negociaciones que andaban en Francia, y el 27 de octubre en Fontainebleau se firmó entre Don Eugenio Izquierdo y el general Duroc, gran mariscal de palacio del emperador francés, un tratado * compuesto de catorce artículos con una convencion anexa comprensiva de otros siete. Por estos conciertos se trataba á Portugal del modo como antes otras potencias habian dispuesto de la Polonia, con la diferencia que entonces fueron iguales y poderosos los gobiernos que entre sí se acordaron, y en Fontainebleau tan desemejantes y desproporcionados, que al llegar al complimiento de lo pactado, repitiéndose la conocida fábula del leon y sus partijas, dejóse á España sin nada, y del todo quiso hacerse dueño su insaciable aliado. Se estipulaba por el tratado que la provincia de Entre-Duero-y-Miño se daria en toda propiedad y soberania con título de Lusitania setentrional al rey de Etruria y sus descendientes, quien á su vez cederia en los mismos términos dicho reino de Etruria al emperador de los franceses; que los Algarbes y el Alentejo igualmente se entregarian en toda propiedad y soberanía al príncipe de la Paz, con la denominacion de príncipe de los Algarbes, y que las provincias de Beira, Tras-los-Montes y Extremadura portuguesa quedarian como en secuestro hasta la paz general, en cuyo tiempo podrian ser cambiadas por Gibraltar, la Trinidad ó alguna otra colonia de las conquistadas por los ingleses; que el emperador de los franceses saldria garante á S. M. C. de la posesion de sus estados de Europa al mediodia de los Pirineos, y le reconoceria como emperador de ambas Américas á la conclusion de la paz general, ó á mas tardar dentro de tres años. La convencion que acompañaba al tratado circunstanciaba el modo de llevar á efecto lo estipulado en el mismo: 25,000 hombres de in-

27 de octubre tratado de Fontainebleau.

(* Ap. n. 6.)

fantería francesa y 3000 de caballería habian de entrar en España, y reuniéndose á ellos 8000 infantes españoles y 3000 caballos, marchar en derechura á Lisboa, á las órdenes ambos cuerpos del general francés, exceptuándose solamente el caso en que el rey de España ó el príncipe de la Paz fuesen al sitio en que las tropas aliadas se encontrasen, pues entonces á estos se cederia el mando. Las provincias de Beira, Tras-los-Montes y Extremadura portuguesa debian ser administradas, y exigírseles las contribuciones en favor y utilidad de Francia. Y al mismo tiempo que una division de 10,000 hombres de tropas españolas tomase posesion de la provincia de Entre-Duero-y-Miño, con la ciudad de Oporto, otra de 6000 de la misma nacion ocuparia el Alentejo y los Algarbes, y asi aquella primera provincia como las últimas habian de quedar á cargo para su gobierno y administracion de los generales españoles. Las tropas francesas, alimentadas por España durante el tránsito, debian cobrar sus pagas de Francia. Finalmente se convenia en que un cuerpo de 40,000 hombres se reuniese en Bayona el 20 de noviembre, el cual marcharia contra Portugal en caso de necesidad, y precedido el consentimiento de ambas potencias contratantes.

En la conclusion de este tratado Napoleon, al paso que buscaba el medio de apoderarse de Portugal, nuevamente separaba de España otra parte considerable de tropas, como antes habia alejado las que fueron al norte, é introducia sin ruido y solapadamente las fuerzas necesarias á la ejecucion de sus ulteriores y todavía ocultos planes, y lisonjeando la inmoderada ambicion del privado español, le adormecia y le enredaba en sus lazos, temeroso de que, desengañado á tiempo y volviendo de su deslumbrado encanto, quisiera acudir al remedio de la ruina que le amenazaba. Ansioso el príncipe de la Paz de evitar los vaivenes de la fortuna, aprobaba convenios que hasta cierto punto le guarecian de las persecuciones del gobierno español en cualquiera mudanza. Quizá veia tambien en la compendiosa soberanía de los Algarbes el primer escalon para subir á trono mas elevado. Mucho se volvió á hablar en aquel tiempo del criminal proyecto que años atras se aseguraba haber concebido María Luisa, arrastrada de su ciega pasion, contando con el apoyo del favorito. Y no cabe duda que acerca de variar de dinastía se tanteó á varias personas, llegando á punto de buscar amigos y parciales sin disfraz ni rebozo. Entre los solicitados fue uno el coronel de Pavia Don Tomas de Jauregui, á quien descaradamente tocó tan delicado asunto Don Diego Godoy : no faltaron otros que igualmente le promovieron. Mas los sucesos, agolpándose de tropel, convirtieron en humo los ideados é imprόvidos intentos de la ciega ambicion.

Tal era el deseado remate á que habian llegado las negociaciones de Izquierdo, y tal habia sido el principio de la entrada de las tropas francesas en la península, cuando un acontecimiento con señales de suma gravedad fijó en aquellos dias la atencion de toda España.

Causa del Escorial. Vivia el príncipe de Asturias alejado de los negocios, y solo, sin influjo ni poder alguno, pasaba tristemente los mejores años de su mocedad sujeto á la monótona y severa etiqueta de palacio. Aumentábase su recogimiento por los temores que infundia su persona á los que entonces dirigian la monarquía, se observaba su conducta, y hasta los mas inocentes pasos eran atentamente acechados. Prorumpia el príncipe en amargas quejas, y sus expresiones solian á veces ser algun tanto descompuestas. A ejemplo suyo los criados de su cuarto hablaban con mas desenvoltura de lo que era conveniente, y repetidos, aun quizá alterados al pasar de boca en boca, aquellos dichos y conversaciones avivaron mas y mas el ódio de sus irreconciliables enemigos. No bastaba sin embargo tan ligero proceder para empezar una informacion judicial; solamente dió ocasion á nuevo cuidado y vigilancia. Redoblados uno y otra, al fin se notó que el príncipe secretamente recibia cartas, que muy ocupado en escribir velaba por las noches, y que en su semblante daba indicio de meditar algun importante asunto. Era suficiente cualquiera de aquellas sospechas para despertar el interesado zelo de los asalariados que le rodeaban, y una dama de la servidumbre de la reina le dió aviso de la misteriosa y extraña vida que traia su hijo. No tardó el rey en estar advertido, y estimulado por su esposa dispuso que se recogiesen todos los papeles del desprevenido Fernando. Asi se ejecutó, y al dia siguiente 29 de octubre, á las seis y media de la noche, convocados en el cuarto de S. M. los ministros del despacho y Don Arias Mon, gobernador interino del consejo, compareció el príncipe, se le sometió á un interrogatorio, y se le exigieron explicaciones sobre el contenido de los papeles aprehendidos. En seguida su augusto padre, acompañado de los mismos ministros y gobernador con grande aparato y al frente de su guardia, le llevó á su habitacion, en donde, despues de haberle pedido la espada, le mandó que quedase preso, puestas centinelas para su custodia: su servidumbre fue igualmente arrestada.

Al ver la solemnidad y aun semejanza del acto, hubiera podido imaginarse el atónito espectador que en lás lúgubres y suntuosas bóvedas del Escorial iba á renovarse la deplorable y trágica escena que en el alcázar de Madrid habia dado al orbe el sombrío Felipe II; pero otros eran los tiempos, otros los actores y muy otra la situacion de España.

(* Ap. n. 7.) Se componian los papeles hasta entonces aprehendidos al príncipe * de un cuadernillo escrito de su puño de algo mas de doce hojas, de otro de cinco y media, de una carta de letra disfrazada y sin firma fecha en Talavera á 18 de marzo, y reconocida despues por de Escóiquiz, de cifra y clave para la correspondencia entre ambos, y de medio pliego de números, cifras y nombres que en otro tiempo habian servido para la comunica-

cion secreta de la difunta princesa de Asturias con la reina de Nápoles su madre. Era el cuadernillo de las doce hojas una exposicion al rey, en la que, despues de trazar con colores vivos la vida y principales hechos del príncipe de la Paz, se le acusaba de graves delitos, sospechándole del horrendo intento de querer subir al trono y acabar con el rey y toda la real familia. Tambien hablada Fernando de sus persecuciones personales, mencionando entre otras cosas el haberle alejado del lado del rey, sin permitirle ir con él á caza, ni asistir al despacho. Se proponian como medios de evitar el cumplimiento de los criminales proyectos del favorito: dar al príncipe heredero facultad para arreglarlo todo, á fin de prender al acusado y confinarle en un castillo. Igualmente se pedia el embargo de parte de sus bienes, la prision de sus criados, de Doña Josefa Tudó y otros, segun se dispusiese en decretos que el mismo príncipe presentaria á la aprobacion de su padre. Indicábase como medida previa, y para que el rey Cárlos examinase la justicia de las quejas, una batida en el Pardo ó Casa de Campo, en que acudiese el príncipe, y en donde se oirian los informes de las personas que nombrase S. M., con tal que no estuviesen presentes la reina ni Godoy: asimismo se suplicaba que, llegado el momento de la prision del valido, no se separase el padre del lado de su hijo, para que los primeros ímpetus del sentimiento de la reina no alterasen la determinacion de S. M.; concluyendo con rogarle encarecidamente que, en caso de no acceder á su peticion, le guardase secreto, pudiendo su vida, si se descubriese el paso que habia dado, correr inminente riesgo. El papel de cinco hojas y la carta eran como la anterior obra de Escoiquiz; se insistia en los mismos negocios, y tratando de oponerse al enlace antes propuesto con la hermana de la princesa de la Paz, se insinuaba el modo de llevar á cabo el deseado casamiento con una parienta del emperador de los franceses. Se usaban nombres fingidos, y suponiéndose ser consejos de un fraile, no era extraño que mezclando lo sagrado con lo profano se recomendase ante todo, como asi se hacia, implorar la divina asistencia de la Vírgen. En aquellas instrucciones tambien se trataba de que el príncipe se dirigiese á su madre interesándola como reina y como muger, cuyo amor propio se hallaba ofendido con los ingratos desvíos de su predilecto favorito. En el concebir de tan desvariada intriga ya despunta aquella sencilla credulidad y ambicioso desasosiego, de que nos dará desgraciadamente en el curso de esta historia sobradas pruebas el canónigo Escoiquiz. En efecto admira como pensó que un príncipe mozo é inexperto habia de tener mas cabida en el pecho de su augusto padre que una esposa y un valido, dueños absolutos por hábito y aficion del perezoso ánimo de tan débil monarca. Mas de los papeles cogidos al príncipe, si bien se advertia al examinarlos grande anhelo por alcanzar el mando y por intervenir en los negocios del gobierno, no resultaba proyecto

alguno formal de destronar al rey, ni menos el atroz crimen de un hijo que intenta quitar la vida á su padre. A pesar de eso fueron causa de que se publicase el famoso decreto de 30 de octubre, que como importante lo insertaremos á la letra. Decia pues: « Dios que « vela sobre las criaturas no permite la ejecucion de hechos atro- « ces cuando las víctimas son inocentes. Asi me ha librado su « omnipotencia de la mas inaudita catástrofe. Mi pueblo, mis va- « sallos todos conocen muy bien mi cristiandad y mis costumbres « arregladas; todos me aman y de todos recibo pruebas de vene- « racion, cual exije el respeto de un padre amante de sus hijos. « Vivia yo persuadido de esta verdad, cuando una mano descono- « cida me enseña y descubre el mas enorme y el mas inaudito plan « que se trazaba en mi mismo palacio contra mi persona. La vida « mia, que tantas veces ha estado en riesgo, era ya una carga para « mi sucesor, que, preocupado, obcecado y enagenado de todos los « principios de cristiandad que le enseñó mi paternal cuidado y « amor, habia admitido un plan para destronarme. Entonces yo « quise indagar por mí la verdad del hecho, y sorprendiéndole en « su mismo cuarto hallé en su poder la cifra de inteligencia é ins- « trucciones que recibia de los malvados. Convoqué al exámen á « mi gobernador interino del consejo, para que asociado con « otros ministros practicasen las diligencias de indagacion. Todo « se hizo, y de ella resultan varios reos cuya prision he decretado « asi como el arresto de mi hijo en su habitacion. Esta pena que- « daba á las muchas que me afligen; pero asi como es la mas do- « lorosa, es tambien la mas importante de purgar, é ínterin mando « publicar el resultado, no quiero dejar de manifestar á mis vasa- « llos mi disgusto, que será menor con las muestras de su lealtad. « Tendréislo entendido para que se circule en la forma conveniente. « En San Lorenzo, á 30 de octubre de 1807. — Al gobernador « interino del consejo. » Este decreto se aseguró despues que era de puño del príncipe de la Paz: asi lo atestiguaron cuatro secretarios del rey, mas no obra original en el proceso.

Por el mismo tiempo escribió Cárlos IV al emperador Napoleon dándole parte del acontecimiento del Escorial. En la carta despues de indicarle cuán particularmente se ocupaba en los medios de cooperar á la destruccion del comun enemigo (asi llamaba á los ingleses), y despues de participarle cuán persuadido habia estado hasta entonces de que todas las intrigas de la reina de Nápoles (expresiones notables) se habian sepultado con su hija, entraba á anunciarle la terrible novedad del dia. No solo le comunicaba el designio que suponia á su hijo de querer destronarle, sino que añadia el nuevo y horrendo de haber maquinado contra la vida de su madre, por cuyos enormes crímenes manifestaba el rey Cárlos que debia el príncipe heredero ser castigado y revocada la ley que le llamaba á suceder en el trono, poniendo en su lugar á uno de

sus hermanos; y por último concluia aquel monarca pidiendo la asistencia y consejos de S. M. I. La indicacion estampada en esta carta de privar á Fernando del derecho de sucesion tal vez encubria miras ulteriores del partido de Godoy y la reina, desbaratadas, si las hubo, por obstáculos imprevistos, entre los cuales puede contarse una ocurrencia que, debiendo agravar la suerte del príncipe y sus amigos si la recta imparcialidad hubiera gobernado en la materia, fue la que salvó á todos ellos de un funesto desenlace. Dieron ocasion á ella los temores del real preso y el abatimiento en que le sumió su arresto.

El dia 30 á la una de la tarde, luego que el rey habia salido á caza pasó el príncipe un recado á la reina para que se dignase ir á su cuarto, ó le permitiera que en el suyo le expusiese cosa del mayor interés: la reina se negó á uno y á otro, pero envió al marqués Caballero, ministro de gracia y justicia. Entonces bajo su firma declaró el príncipe haber dirigido con fecha de 11 de octubre una carta (la misma de que hemos hablado) al emperador de los franceses, y haber expedido en favor del duque del Infantado un decreto todo de su puño con fecha en blanco y sello negro, autorizándole para que tomase el mando de Castilla la Nueva luego que falleciese su padre: declaró ademas ser Escoiquiz el autor del papel copiado por S. A., y los medios de que se habian valido para su correspondencia: hubo de resultas varios arrestos. En la carta reservada á Napoleon le manifestaba el príncipe* « el aprecio y respeto que siempre habia tenido por su persona; le apellidaba *héroe mayor que cuantos le habian precedido;* le pintaba la opresion en que le habian puesto, el abuso que se hacia del corazon recto y generoso de su padre; le pedia para esposa una princesa de su familia, rogándole que allanase las dificultades que se ofrecieran; y concluia con afirmarle que no accederia, antes bien se opondria con invencible constancia á cualquiera casamiento, siempre que no precediese el consentimiento y aprobacion positiva de S. M. I. y R. » Estas declaraciones espontáneas, en que tan gravemente comprometia el príncipe á sus amigos y parciales, perjudicáronle en el concepto de algunos; su edad pasaba de los veintitrés años, y ya entonces mayor firmeza fuera de desear en quien habia de ceñirse las sienes con corona de reinos tan dilatados. El decreto expedido á favor del Infantado hubiera por sí solo acarreado en otros tiempos la perdicion de todos los comprometidos en la causa; por nulas se hubieran dado las disculpas alegadas, y el temor de la próxima muerte de Cárlos IV y los recelos de las ambiciosas miras del valido antes bien se hubieran tenido como agravantes indicios que admitidose como descargos de la acusacion. Semejantes precauciones, de dudosa interpretacion aun entre particulares, en los palacios son crímenes de estado cuando no llegan á cumplida ejecucion y acabamiento. Con mas razon se hubiera dado

(* Ap. n. 8.)

por tal la carta escrita á Napoleon; pero esta carta en que un príncipe, un español á escondidas de su padre y soberano legítimo se dirige á otro extrangero, le pide su apoyo, la mano de una señora de su familia, y se obliga á no casarse en tiempo alguno sin su anuencia, esta carta salvó á Fernando y á sus amigos.

No fue asi en la causa de Don Cárlos de Viana: aquel príncipe, de edad de cuarenta años, sábio y entendido, amigo de Ausias March, con derecho inconcuso al reino de Navarra, creyó que no se excedia en dar por sí los primeros pasos para buscar la union con una infanta de Castilla. Bastó tan ligero motivo para que el fiero Don Juan su padre le hiciese en su segunda prision un cargo gravísimo por su inconsiderada conducta. Probó Don Cárlos haber antes declarado que no se casaria sin preceder la aprobacion de su padre: ni aun entonces se amansó la orgullosa altivez de Don Juan, que miraba la independencia y derechos de la corona atropellados y ultrajados por los tratos de su hijo.

Ahora en la sometida y acobardada corte del Escorial, al oir que el nombre de Napoleon andaba mezclado en las declaraciones del príncipe, todos se estremecieron y anhelaron poner término á tamaño compromiso: imaginándose que Fernando habia obrado de acuerdo con el soberano de Francia, y que habia osado con su arrimo meterse en la arriesgada empresa. El poder inmenso de Napoleon, y las tropas que habiendo empezado á entrar en España amenazaban de cerca á los que se opusiesen á sus intentos, arredraron al generalísimo Godoy, y resolvió cortar el comenzado proceso. Mas y mas debió confirmarle en su propósito un pliego que desde Paris * en 11 de noviembre le escribió Izquierdo. En él insertaba este una conferencia que habia tenido con Champagny, en la cual el ministro francés exigió de órden del emperador que *por ningun motivo ni razon y bajo ningun pretexto se hablase ni se publicase en este negocio cosa que tuviese alusion al emperador ni á su embajador*. Vacilante todavía el ánimo de Napoleon sobre el modo de ejecutar sus planes respecto de España, no quéria aparecer á vista de Europa partícipe en los acontecimientos del Escorial.

(* Ap. n. 9.)

Antes de recibir el aviso de Izquierdo, le fue bastante al príncipe de la Paz saber las nuevas declaraciones del real preso para pasar al sitio desde Madrid, en donde como amalado habia permanecido durante el tiempo de la prision. Hacia resolucion con su viage de cortar una causa, cuyo giro presentaba un nuevo y desagradable semblante: vió á los reyes, se concertó con ellos, y ofreció arreglar asunto tan espinoso. Yendo pues al cuarto del príncipe se le presentó como mediador, y le propuso que aplacase la cólera de sus augustos padres, pidiéndoles con arrepentimiento contrito el mas sumiso perdon: para alcanzarle indicó como oportuno medio el que escribiese dos cartas cuyos borradores llevaba consigo. Fer-

nando copió las cartas. Sus desgracias y el profundo ódio que habia contra Godoy no dejaron lugar á penosas reflexiones, y aun la disculpa halló cabida en ánimos exclusivamente irritados contra el gobierno y manejos del favorito. Ambas cartas se publicaron con el decreto de 5 de noviembre, y por lo curioso é importante de aquellos documentos merecen que íntegramente aquí se inserten.

« La voz de la naturaleza (decia el decreto al consejo) desarma el « brazo de la venganza, y cuando la inadvertencia reclama la pie- « dad, no puede negarse á ello un padre amoroso. Mi hijo ha de- « clarado ya los autores del plan horrible que le habian hecho « concebir unos malvados: todo lo ha manifestado en forma de « derecho, y todo consta con la escrupulosidad que exige la ley « en tales pruebas: su arrepentimiento y asombro le han dictado « las representaciones que me ha dirigido y siguen:

Señor:

« Papá mio: he delinquido, he faltado á V. M. como rey y como « padre; pero me arrepiento, y ofrezco á V. M. la obediencia mas « humilde. Nada debia hacer sin noticia de V. M.; pero fui sor- « prendido. He delatado á los culpables, y pido á V. M. me per- « done por haberle mentido la otra noche, permitiendo besar sus « reales pies á su reconocido hijo. — FERNANDO. — San Lorenzo, « 5 de noviembre de 1807. »

Señora:

« Mamá mia: estoy muy arrepentido del grandísimo delito que « he cometido contra mis padres y reyes, y asi con la mayor hu- « mildad le pido á V. M. se digne interceder con papá para que « permita ir á besar sus reales pies á su reconocido hijo. — FER- « NANDO. — San Lorenzo, 5 de noviembre de 1807. »

« En vista de ellos y á ruego de la reina mi amada esposa perdono « á mi hijo, y le volveré á mi gracia cuando con su conducta me « dé pruebas de una verdadera reforma en su frágil manejo; y man- « do que los mismos jueces que han entendido en la causa desde su « principio la sigan, permitiéndoles asociados si los necesitaren, « y que concluida me consulten la sentencia ajustada á la ley, se- « gun fuesen la gravedad de delitos y calidad de personas en quie- « nes recaigan; teniendo por principio para la formacion de « cargos las respuestas dadas por el príncipe á las demandas que se « le han hecho; pues todas estan rubricadas y firmadas de mi puño, « asi como los papeles aprehendidos en sus mesas, escritos por su « mano; y esta providencia se comunique á mis consejos y tribuna- « les, circulándola á mis pueblos, para que reconozcan en ella mi « piedad y justicia, y alivien la afliccion y cuidado en que les puso

« mi primer decreto; pues en él verán el riesgo de su soberano y
« padre que como á hijos los ama, y asi me corresponden. Ten-
« dreislo entendido para su cumplimiento.—San Lorenzo, 5 de no-
« viembre de 1807. »

Presentar á Fernando ante la Europa entera como príncipe débil y culpado; desacreditarle en la opinion nacional, y perderle en el ánimo de sus parciales; poner á salvo al embajador francés, y separar de todos los incidentes de la causa á su gobierno, fue el principal intento que llevó Godoy y su partido en la singular reconciliacion de padre é hijo. Alcanzó hasta cierto punto su objeto; mas el público aunque no enterado á fondo echaba á mala parte la solícita mediacion del privado, y el odio hácia su persona en vez de mitigarse tomó nuevo incremento.

Para la prosecucion de la causa contra los demas procesados nombró el rey en el dia 6 una junta compuesta de Don Arias Mon, Don Sebastian de Torres y Don Domingo Campomanes, del consejo real, y señaló como secretario á Don Benito Arias Prada, alcalde de corte. El marqués Caballero, que en un principio se mostró riguroso, y tanto que, habiendo manifestado delante de los reyes ser el príncipe por *siete capítulos* reo de pena capital, obligó á la ofendida reina á suplicarle que se acordase que el acusado era su hijo; el mismo Caballero arregló el modo de seguir la causa, y descartar de ella todo lo que pudiera comprometer al príncipe y embajador francés; rasgo propio de su ruin condicion. Formada la sumaria fue elegido para fiscal de la causa Don Simon de Viegas, y se agregaron á los referidos jueces para dar la sentencia otros ocho consejeros. El fiscal Viegas pidió que se impusiese la pena de traidores señalada por la ley de partida á Don Juan Escoiquiz y al duque del Infantado, y otras extraordinarias por infidelidad en el ejercicio de sus empleos al conde de Orgaz, marqués de Ayerbe, y otras personas de la servidumbre del príncipe de Asturias. Continuó el proceso hasta enero de 1808, en cuyo dia 25 los jueces, no conformándose con la acusacion fiscal, absolvieron completamente y declararon libres de todo cargo á los perseguidos como reos. Sin embargo el rey por sí y gubernativamente confinó y envió á conventos, fortalezas ó destierros á Escoiquiz y á los duques del Infantado y de San Cárlos y á otros varios de los complicados en la causa: triste privilegio de toda potestad suprema que no halla en las leyes justo límite á sus desafueros.

Tal fue el término del ruidoso y escandaloso proceso del Escorial. Con dificultad se resguardarán de la severa censura de la posteridad los que en él tomaron parte, los que le promovieron, los que le fallaron; en una palabra, los acusados, los acusadores y los mismos jueces. Vemos á un rey precipitarse á acusar en público á su hijo del horrendo crimen de querer destronarle, sin pruebas, y antes de que un detenido juicio hubiese sellado con su fallo tamaña acusacion.

Y para colmo de baldon en medio de tanta flaqueza y aceleramiento se nos presenta como ángel de paz y mediador para la concordia el malhadado favorito, principal origen de todos las males y desavenencias : consejero y autor del decreto de 30 de octubre, comprometió con suma ligereza la alta dignidad del rey : promovedor de la concordia y del perdon pedido y alcanzado, quiso desconceptuar al hijo sin dar realce ni brillo á los sentimientos generosos de un apiadado padre. Fue tambien desusado, y podemos decir ilegal, el modo de procederen la causa. Segun la sentencia que con una relacion preliminar se publicó al subir Fernando al trono, no se hizo mérito en su formacion ni de algunas de las declaraciones espontáneas del príncipe, ni de su carta á Napoleon, ni de las conferencias con el embajador francés; á lo menos asi se infiere del definitivo fallo dado por el tribunal. Difícil seria acertar con el motivo de tan extraño silencio, si no nos lo hubieran ya explicado los temores que entonces infundia el nombre de Napoleon. Mas si la política descubre la causa del extraordinario modo de proceder, no por eso queda intacta y pura la austera imparcialidad de los magistrados : un proceso despues de comenzado no puede amoldarse al antojo de un tribunal, ni descartarse á su arbitrio los documentos ó pruebas mas importantes. Entre los jueces habia respetables varones cuya integridad habia permanecido sin mancilla en el largo espacio de una honrosa carrera, si bien hasta entonces negocios de tal cuantía no se habian puesto en el crisol de su severa equidad. Fuese equivocacion en su juicio, ó fuese mas bien por razon de estado, lo cierto es que en la prosecucion y término de la causa se apartaron de las reglas de la justicia legal, y la ofrecieron al público manca y no cumplidamente formada ni llevada á cabo. Se contaban tambien en el número de jueces algunos amigos y favorecidos del privado, como lo era el fiscal Viegas. Al ver qne se separaron en su voto de la opinion de éste, aunque ya circunscripta á ciertas personas, hubo quien creyera que el nombre de Napoleon y los temores de la nube que se levantaba en el Pirineo pesaron mas en la flexible balanza de su justicia que los empeños de la antigua amistad. Es de temer que su conciencia perpleja con lo escabroso del asunto y lo árduo de las circunstancias no se haya visto bastantemente desembarazada, y cual convenia, de aquel sobresalto que ya antes se habia apoderado del blando y asustadizo ánimo de los cortesanos.

Esta discordia en la familia real, esta division en los que gobernaban, siempre perjudicial y dolorosa, lo era mucho mas ahora en que una perfecta union debiera haber estrechado á todos para desconcertar las siniestras miras del gabinete de Francia, y para imponerle con la íntima concordia el debido respeto. Ciegos unos y otros buscaron en él amistad y arrimo; y desconociendo el peligro comun, le animaron con sus disenciones á la prosecucion de falaces intentos : alucinamiento general á los partidos que nó aspiran sino

á cebar momentáneamente su saña, olvidándose de que á veces con la ruina de su contrario el mismo vencedor facilita y labra la suya propia.

Favorecido por la deplorable situacion del gobierno español, fué el francés adelante en su propósito, y confiado en ella aceleró mas bien que detuvo la marcha de Junot hácia Portugal. Dejámos á aquel general en Salamanca, adonde habia llegado en los primeros dias de noviembre, recibiendo de allí á poco órden ejecutiva de Napoleon para que no difiriese la continuacion de su empresa bajo pretexto alguno ni aun por falta de mantenimientos, *pudiendo* 20,000 *hombres*, segun decia, *vivir por todas partes, aun en el desierto*. Estimulado Junot con tan premioso mandato, determinó tomar el camino mas breve sin reparar en los tropiezos ni obstáculos de un terreno para él del todo desconocido. Salió el 12 de Salamanca, y tomando la vuelta de Ciudad-Rodrigo y el puerto de Perales, llegó á Alcántara al cabo de cinco dias. Reunido allí con algunas fuerzas españolas á las órdenes del general Don Juan Carrafa, atravesaron los franceses el Erjas, rio fronterizo, y llegaron á Castello-Branco sin habérseles opuesto resistencia. Prosiguieron su marcha por aquel fragoso pais, y encontrándose con terreno tan quebrado y de caminos poco trillados, quedaron bien pronto atras la artillería y los bagages. Los pueblos del tránsito pobres y desprevenidos no ofrecieron ni recursos ni abrigo á las tropas invasoras, las que acosadas por la necesidad y el hambre cometieron todo linage de excesos contra moradores desacostumbrados de largo tiempo á las calamidades de la guerra. Desgraciadamente los españoles que iban en su compañia imitaron el mal ejemplo de sus aliados, muy diverso del que les dieron las tropas que penetraron por Badajoz y Galicia, si bien es verdad que asistieron á estas menos motivos de desórden é indisciplina.

Marcha de Junot hácia Portugal.

Entrada en Portugal, 19 de noviembre de 1807.

Llegada á Abrantes, 23 de noviembre.

La vanguardia llegó el 23 á Abrantes distante 25 leguas de Lisboa. Hasta entónces no habia recibido el gobierno portugués aviso cierto de que los franceses hubieran pasado la frontera : inexplicable descuido, pero propio de la dejadez y abandono con que eran gobernados los pueblos de la península. Antes de esto y verificada la salida de los embajadores, habia el gabinete de Lisboa buscado algun medio de acomodamiento, condescendiendo mas y mas con los deseos que aquellos habian mostrado á nombre de sus córtes : era el encontrarle tanto mas dificil, cuanto el mismo ministerio portugués estaba entre sí poco acorde. Dos opiniones políticas le dividian : una de ellas la de contraer amistad y alianza con Francia como medida la mas propia para salvar la actual dinastía y aun la independencia nacional ; y otra la de estrechar los antiguos vínculos con la Inglaterra, pudiendo asi levantar de los mares allá un nuevo Portugal, si el de En-

ropa tenia que someterse á la irresistible fuerza del emperador frances. Seguia la primera opinion el ministro Araujo, y contaba la segunda como principal cabeza al consejero de estado Don Rodrigo de Sousa Coutinho. Se inclinaba muy á las claras á la última el príncipe regente, si á ello no se oponia el bien de sus súbditos y el interés de su familia. Despues de larga incertidumbre se convino al fin en adoptar ciertas medidas contemporizadoras, como si con ellas se hubiera podido satisfacer á quien solamente deseaba simulados motivos de usurpacion y conquista. Para ponerlas en ejecucion sin gran menoscabo de los intereses británicos, se dejó que tranquilamente diese la vela el 18 de octubre la factoría inglesa, la cual llevó á su bordo respetables familias extrangeras con cuantiosos caudales.

Proclama del príncipe regente de Portugal, 22 de noviembre.

A pocos dias, el 22 del mismo mes, se publicó una proclama prohibiendo todo comercio y relacion con la Gran-Bretaña, y declarando que S. M. F. accedia á la causa general del continente. Cuando se creia satisfacer algun tanto con esta manifestacion al gabinete de Francia, llegó á Lisboa apresuradamente el embajador portugués en Paris, y dió aviso de cómo habia encontrado en España el ejército imperial, dirigiéndose á precipitadas marchas hácia la embocadura del Tajo. Azorados con la nueva los ministros portugueses, vieron que nada podia ya bastar á conjurar la espantosa y amenazadora nube, sino la admision pura y sencilla de lo que España y Francia habian pedido en agosto. Se mandaron pues secuestrar todas las mercancías inglesas, y se pusieron bajo la vigilancia pública los súbditos de aquella nacion residentes en Portugal. La órden se ejecutó lentamente y sin gran rigor, mas obligó al embajador inglés Lord Strangford á irse á bordo de la escuadra que cruzaba á la entrada del puerto á las órdenes de Sir Sidney Smith. Muy duro fué al príncipe regente tener que tomar aquellas medidas: virtuoso y timorato, las creia contrarias á la debida proteccion, dispensada por anteriores tratados á laboriosos y tranquilos extrangeros: la cruel necesidad pudo solo forzarle á desviarse de sus ajustados y severos principios. Aumentáronse los recelos y las zozobras con la repentina arribada á las riberas del Tajo de una escuadra rusa, la cual devuelta del Archipiélago fondeó en Lisboa, no habiendo permitido los ingleses al almirante Siniavin que la mandaba entrar á invernar en Cádiz: lo que fué obra del acaso se atribuyó á plan premeditado, y á conciertos entre Napoleon y el gabinete de San Petersburgo.

Para dar mayor valor á lo acordado el gobierno portugués despachó á Paris en calidad de embajador extraordinario al marqués de Marialva, con el objeto tambien de proponer el casamiento del príncipe de Beira con una hija del grand duque de Berg. Inútiles precauciones: los sucesos se precipitaron de manera que Marialva no llegó ni á pisar la tierra de Francia.

Instancia de Lord Strangford para que se embarque.

Noticioso Lord Strangford de la entrada en Abrantes del ejército francés, volvió á desembarcar, y reiterando al príncipe regente los ofrecimientos mas amistosos de parte de su antiguo aliado, le aconsejó que sin tardanza se retirase al Brasil, en cuyos vastos dominios adquiriria nuevo lustre la esclarecida casa de Braganza. Don Rodrigo de Sousa Coutinho apoyó el prudente dictámen del embajador, y el 26 de noviembre se anunció al pueblo de Lisboa la resolucion que la corte habia tomado de trasladar su residencia á Rio-Janeiro hasta la conclusion de la paz general. Sir Sidney Smith, célebre por su resistencia en San Juan de Acre, queria poner á Lisboa en estado de defensa; pero este arranque digno del elevado pecho de un marino intrépido, si bien hubiera podido retardar la marcha de Junot, y aun destruir su fatigado ejército, al fin hubiera inutilmente causado la ruina de Lisboa, atendiendo á la profunda tranquilidad que todavia reinaba en derredor por todas partes.

El príncipe Don Juan nombró antes de su partida un consejo de regencia compuesto de cinco personas, á cuyo frente estaba el marqués de Abrantes, con encargo de no dar al ejército francés ocasion de queja, ni fundado motivo de que se alterase la buena armonia entre ambas naciones. Se dispuso el embarco para el 27, y S. A. el príncipe regente traspasado de dolor salió del palacio de Aynda conmovido, trémulo y bañado en lágrimas su demudado rostro: el pueblo colmándole de bendiciones le acompañaba en su justa y profunda afliccion. La princesa su esposa, quien en los preparativos del viage mostró aquel carácter y varonil energia que en otras ocasiones menos plausibles ha mostrado en lo sucesivo, iba en un coche con sus tiernos hijos, y dió órdenes para pasarlos á bordo, y tomar otras convenientes disposiciones con presencia de ánimo admirable. Al cabo de 16 años de retiro y demencia apareció en público la reina madre, y en medio del insensible desvario de su locura quiso algunos instantes como volver á recobrar la razon perdida. Molesto y lamentable espectáculo con que quedaron rendidos á profunda tristeza los fieles moradores de Lisboa: dudosos del porvenir olvidaban en parte la suerte que les aguardaba, dirigiendo al cielo fervorosas plegarias por la salud y feliz viage de la real familia. La inquietud y el desasosiego creció de punto al ver que por vientos contrarios la escuadra no salia del puerto.

29 de noviembre, da la vela la familia real portuguesa.

Al fin el 29 dió la vela, y tan oportunamente que á las diez de aquella misma noche legaron los franceses á Socaven, distante dos leguas de Lisboa. Junot desde su llegada á Abrantes habia dado nueva forma á la vanguardia de su desarreglado ejército, y habia tratado de superar los obstáculos que con las grandes avenidas retardaban echar un puente para pasar el Cécere. Antes que los ingenieros hubieran podido concluir la emprendida obra, ordenó que en barcas cruza-

sen el rio parte de las fuerzas de su mando, y con diligencia apresuró su marcha. Ahora ofrecia el pais mas recursos, pero á pesar de la fertilidad de los campos, de los muchos víveres que proporcionó Santaren, y de la mejor disciplina, el número de soldados rezagados era tan considerable, que las deliciosas quintas de las orillas del Tajo y las solitarias granjas fueron entregadas al saco, y pilladas como lo habia sido el pais que media entre Abrantes y la frontera española.

Amaneció el 30 y vió Lisboa entrar por sus muros al invasor extrangero; dia de luto y desoladora afliccion: otros años lo habia sido de festejos públicos y general regocijo, como víspera del dia en que Pinto Ribeiro y sus parciales arrojando á los españoles habian aclamado y ensalzado á la casa de Braganza; época sin duda gloriosa para Portugal, sumamente desgraciada para la union y prosperidad del conjunto de los pueblos peninsulares. Seguia á Junot una tropa flaca y estropeada, molida con las forzadas marchas, sin artillería y muy desprovista: muestra poco ventajosa de las temidas huestes de Napoleon. Hasta la misma naturaleza pareció tomar parte en suceso tan importante, habiendo aunque ligeramente temblado la tierra. Junot, arrebatado por su imaginacion, y aprovechándose de este incidente, en tono gentílico y supersticioso daba cuenta de su expedicion escribiendo al ministro Clarke: « Los dioses se declaran « en nuestro favor: lo vaticina el terremoto que, atestiguando su « omnipotencia, no nos ha causado daño alguno. » Con mas razon hubiera podido contemplar aquel fenómeno graduándole de présago anuncio de los males que amenazaban á los autores de la agresion injusta de un estado independiente.

30 de noviembre, entrada de Junot en Lisboa.

Conservó Junot por entonces la regencia que antes de embarcarse habia nombrado el príncipe, pero agregando á ella al francés Hermann. Sin contar mucho con la autoridad nacional resolvió por sí imponer al comercio de Lisboa un empréstito forzoso de dos millones de cruzados, y confiscar todas las mercancías británicas, aun aquellas que eran consideradas como de propiedad portuguesa. El cardenal patriarca de Lisboa, el inquisidor general y otros prelados publicaron y circularon pastorales en favor de la sumision y obediencia al nuevo gobierno; reprensibles exhortos, aunque hayan sido dados por impulso é insinuaciones de Junot. El pueblo agitado dió señales de mucho descontento, cuando el 13 vió que en el arsenal se enarbolaba la bandera extrangera en lugar de la portuguesa. Apuró su sufrimiento la pomposa y magnífica revista que hubo dos dias despues en la plaza del Rocio: allí dió el general en gefe gracias á las tropas en nombre del emperador, y al mismo tiempo se tremoló en el castillo con veinticinco cañonazos repetidos por todos los fuertes la bandera francesa. Universal murmullo respondió á estas demostraciones del extrangero, y hubiérase se-

guido una terrible explosion, si un hombre audaz hubiera osado acaudillar á la multitud conmovida. La presencia de la fuerza armada contuvo el sentimiento de indignacion que aparecia en los semblantes del numeroso concurso; solo en la tarde, con motivo de haber preso á un soldado de la policía portuguesa, se alborotó el populacho, quiso sacarle de entre las manos de los franceses, y hubo de una y otra parte muertes y desgracias. El tumulto no se sosegó del todo hasta el dia siguiente por la mañana, en que se ocuparon las plazas y puntos importantes con artillería y suficientes tropas.

Entrada de los españoles en Portugal.

Al comenzar diciembre, no completa todavía su division, Don Francisco María Solano, marqués del Socorro, se apoderó sin oposicion de Yelbes, despues de haber consultado su comandante al gobierno de Lisboa. Antes de entrar en Portugal habia recomendado á sus tropas por medio de una proclama la mas severa disciplina; conservóse en efecto, aunque obligado Socorro á poner en ejecucion las órdenes arbitrarias de Junot, causaba á veces mucho disgusto en los habitantes, manifestando sin embargo, en todo lo que era compatible con sus instrucciones, desinterés y loable integridad. Al mismo tiempo, creyéndose dueño tranquilo del pais, empezó á querer transformar á Setúval en otra Salentò, ideando reformas en que generalmente mas bien mostraba buen deseo, que profundos conocimientos de administracion y de hombre de estado. Sus experiencias no fueron de larga duracion.

Por Tomar y Coimbra se dirigieron á Oporto algunos cuerpos de la division de Carrafa, los que sirvieron para completar la del general Don Francisco Taranco, quien por aquellos primeros dias de diciembre cruzó el Miño con solos 6000 hombres, en lugar de los 10,000 que era el contingente pedido : modelo de prudencia y cordura, mereció Taranco el agradecimiento y los elogios de los habitantes de aquella provincia. El portugués Accursio das Neves alaba en su historia la severa disciplina del ejército, la moderacion y prudencia del general Taranco, y añade : « El nombre de este « general será pronunciado con eterno agradecimiento por los « naturales, testigos de su dulzura é integridad; tan sincero en « sus promesas como Junot pérfido y falaz en las suyas. » Agrada oir el testimonio honroso que por boca imparcial ha sido dado á un gefe bizarro, amante de la justicia y de la disciplina militar, al tiempo que muy diversas escenas se representaban lastimosamente en Lisboa.

16 de noviembre, viage de Napoleon á Italia.

Asi iban las cosas de Portugal, entretanto que Bonaparte, despues de haberse detenido unos dias por las ocurrencias del Escorial, salió al fin para Italia el 16 de noviembre. Era uno de los objetos de su viage poner en ejecucion el artículo del tratado de Fontainebleau, por el que

la Etruria ó Toscana era agregada al imperio de Francia. Gobernaba aquel reino como regenta desde la muerte de su esposo la infanta Doña María Luisa, quien ignoraba el traspaso hecho sin su anuencia de los estados de su hijo. Y no habiendo precedido aviso alguno ni confidencial de sus mismos padres los reyes de España, la regenta se halló sorprendida el 23 de noviembre con haberla comunicado el ministro francés D'Aubusson que era necesario se preparase á dejar sus dominios, estando para ocuparlos las tropas de su amo el emperador, en virtud de cesion que le habia hecho España. Aturdida la reina con la singularidad é importancia de tal nueva, apenas daba crédito á lo que veia y oia, y por de pronto se resistió al cumplimiento de la desusada intimacion; pero insistiendo con mas fuerza el ministro de Francia, y propasándose á amenazarla, se vió obligada la reina á someterse á su dura suerte, y con su familia salió de Florencia el 1° de diciembre. Al paso por Milan tuvo vistas con Napoleon: alegrábase del feliz encuentro, confiando hallar alivio á sus penas; mas en vez de consuelos solo recibió nuevos desengaños. Y como si no bastase para oprimirla de dolor el impensado despojo del reino de su hijo, acrecentó Napoleon los disgustos de la desvalida reina, achacando la culpa del estipulado cambio al gobierno de España. Es tambien de advertir que, despues de abultarle sobremanera lo acaecido en el Escorial, le aconsejó que suspendiese su viage, y aguardase en Turin ó Nisa el fin de aquellas disensiones: indicio claro de que ya entonces no pensaba cumplir en nada lo que dos meses antes habia pactado en Fontainebleau. Siguió sin embargo la familia de Parma, desposeida del trono de Etruria, su viage á España, á donde iba á ser testigo y partícipe de nuevas desgracias y trastornos. Asi en dos puntos opuestos, y al mismo tiempo, fueron despojadas de sus tronos dos esclarecidas estirpes: una quizá para siempre, otra para recobrarle con mayor brillo y gloria.

Reina de Etruria.

Aun estaba en Milan Napoleon cuando contestó á una carta de Cárlos IV recibida poco antes, en la que le proponia este monarca enlazar á su hijo Fernando con una princesa de la familia imperial. Asustado como hemos dicho el príncipe de la Paz con ver complicado el nombre francés en la causa del Escorial, parecióle oportuno mover al rey á dar un paso que suavizara la temida indignacion del emperador de los franceses. Incierto este en aquel tiempo sobre el modo de enseñorearse de España, no desechó la propuesta, antes bien la aceptó afirmando en su contestacion no haber nunca recibido carta alguna del príncipe de Asturias; disimulo en la ocasion lícito y aun atento. Debió sin duda inclinarse entonces Bonaparte al indicado casamiento, habiéndosele formalmente propuesto en Mántua á su hermano Luciano, á quien tambien ofreció alli el trono de Portugal, olvidándose ó mas bien burlándose de lo

Carta de Cárlos IV á Napoleon.

Dudas de Napoleon sobre su conducta respecto de España.

que poco antes habia solemnemente pactado, como varias veces nos lo ha dado ya á entender con su conducta. Luciano, ó por desvío, ó por no confiar en las palabras de Napoleon, no admitió el ofrecido cetro, mas no desdeñó el enlace de su hija con el heredero de la corona de España, enlace que, á pesar de la repugnancia de la futura esposa, hubiera tenido cumplido efecto si el emperador francés no hubiera alterado ó mudado su primitivo plan.

Llena empero de admiracion que en la importantísima empresa de la península anduviese su prevenido ánimo tan vacilante y dudoso. Una sola idea parece que hasta entonces se habia grabado en su mente; la de mandar sin embarazo ni estorbos en aquel vasto pais, confiando á su feliz estrella ó á las circunstancias el conseguir su propósito y acertar con los medios. Asi á ciegas y con mas frecuencia de lo que se piensa suele revolverse y trocarse la suerte de las naciones.

De todos modos era necesario contar con poderosas fuerzas para el fácil logro de cualquiera plan que á lo último adoptase. Con este objeto se formaba en Bayona el segundo cuerpo de observacion de la Gironda, en tanto que el primero atravesaba por España. Constaba de 24,000 hombres de infantería, nuevamente organizada con soldados de la conscripcion de 1808 pedida con anticipacion, y de 3500 caballos sacados de los depósitos de lo interior de Francia, con los que se formaron regimientos provisionales de coraceros y cazadores. Mandaba en gefe el general Dupont, y las tres divisiones en que se distribuia aquel cuerpo de ejército estaban á cargo de los generales Barbon, Vedel y Malher, y al del piamontés Fresia la caballería. Empezó á entrar en España sin convenio anterior ni conformidad del gabinete de Francia con el nuestro, con arreglo á lo prevenido en la convencion secreta de Fontainebleau: infraccion precursora de otras muchas. Dupont llegó á Irun el 22 de diciembre, y en enero estableció su cuartel general en Valladolid con partidas destacadas camino de Salamanca, como si hubiera de dirigirse hácia los linderos de Portugal. La conducta del nuevo ejército fue mas indiscreta y arrogante que la del primero, y daba indicio de lo que se disponia. Estimulaba con su ejemplo el mismo general en gefe, cuyo comportamiento tocaba á veces en la raya del desenfreno. En Valladolid echó por fuerza de su habitacion á los marqueses de Ordoño en cuya casa alojaba, y al fin se vieron obligados á dejársela toda entera á su libre disposicion: tal era la dureza y malos tratos, mayormente sensibles por provenir de quien se decia aliado, y por ser en un pais en donde era transcurrido un siglo con la dicha de no haber visto ejército enemigo, con cuyo nombre en adelante deberá calificarse al que los franceses habian metido en España.

22 de diciembre, Dupont en Irun.

No se habian pasado los primeros dias de enero sin que pisase

su territorio otro tercero cuerpo compuesto de 25,000 hombres de infantería y 2700 caballos, que habia sido formado de soldados bisoños, trasladados en posta á Burdeos de los depósitos del norte. Principió á entrar por la frontera el 9 del mismo enero, siendo capitaneado por el mariscal Moncey, y con el nombre de cuerpo de observacion de las costas del océano: era el general Harispe gefe de estado mayor, mandaba la caballería Grouchi, y las respectivas divisiones Musnier de la Converserie, Morlot y Gobert. Prosiguió su marcha hasta los lindes de Castilla, como si no hubiera hecho otra cosa que continuar por provincias de Francia, prescindiendo de la anuencia del gobierno español, y quebrantando de nuevo y descaradamente los conciertos y empeños con él contraidos.

9 de enero, entrada del cuerpo de Moncey.

Inquietaba á la corte de Madrid la conducta extraña é inexplicable de su aliado, y cada dia se acrecentaba su sobresalto con los desaires que en Paris recibian Izquierdo y el embajador príncipe de Maserano. Napoleon dejaba ver mas á las claras su premeditada resolucion, y á veces despreciando altamente al príncipe de la Paz, censuraba con acrimonia los procedimientos de su administracion. Desatendia de todo punto sus reclamaciones, y respondiendo con desden al manifestado deseo de que se mudase al embajador Beauharnais á causa de su oficiosa diligencia en el asunto del proyectado casamiento, dió por último en el Monitor de 24 de enero un auténtico y público testimonio del olvido en que habia echado el tratado de Fontainebleau, y al mismo tiempo dejó traslucir las tramas que contra España urdia. Se insertaron pues en el diario de oficio dos exposiciones del ministro Champagny, una atrasada del 21 de octubre, y otra mas reciente del 2 de enero de aquel año. La primera se publicó, digámoslo asi, para servir de introduccion á la segunda, en la que, despues de considerar al Brasil como colonia inglesa, y de congratularse el ministro de que por lo menos se viese Portugal libre del yugo y fatal influjo de los enemigos del continente, concluia con que, intentando estos dirigir expediciones secretas hácia los mares de Cádiz, la península entera fijaria la atencion de S. M. I. Acompañó á las exposiciones un informe no menos notable del ministro de la guerra Clarke con fecha de 6 de enero, en el que se trataba de demostrar la necesidad de exigir la conscripcion de 1809 para formar el cuerpo de observacion del océano, sobre el que nada se habia hablado ni comunicado anteriormente al gobierno español: inútil es recordar que el sumiso senado de Francia concedió pocos dias despues el pedido alistamiento. Puestas de manifiesto cada vez mas las torcidas intenciones del gabinete de Saint-Cloud, llegamos ya al estrecho en que todo disfraz y disimulo se echó á un lado, y en que cesó todo género de miramientos.

Publicaciones del Monitor, 24 de enero de 1808.

1 de febrero de 1808, proclama de Junot.

En 1° de febrero hizo Junot saber al público por medio de una proclama « que la casa de Braganza ha« bia cesado de reinar, y que el emperador Napoleon, « habiendo tomado bajo su proteccion el hermoso pais de Portugal, « queria que fuese administrado y gobernado *en su totalidad* á nom« bre suyo y por el general en gefe de su ejército. » Asi se desvanecieron los sueños de soberanía del deslumbrado Godoy, y se frustraron á la casa de Parma las esperanzas de una justa y debida indemnizacion. Junot se apoderó del mando supremo á nombre de su soberano, extinguió la regencia elegida por el príncipe Don Juan antes de su embarco, reemplazándola con un consejo de regencia de que él mismo era presidente. Y para colmar de amargura á los portugueses y aumentar, si era posible, su descontento, publicó en el mismo dia un decreto de Napoleon, dado en Milán á 23 de diciembre, por el que se imponia á Portugal una contribucion extraordinaria de guerra de cien millones de francos, como redencion, decia, de todas las propiedades pertenecientes á particulares; se secuestraban tambien todos los bienes y heredamientos de la família real, y de los hidalgos que habian seguido su suerte. Con estas arbitrarias disposiciones trataba á Portugal, que no habia hecho insulto ni resistencia alguna, como pais conquistado, y le trataba con dureza digna de la edad media. Gravar extraordinariamente con cien millones de francos á un reino de la extension y riqueza de Portugal, al paso que con la adopcion del sistema continental se le privaba de sus principales recursos, era lo mismo que decretar su completa ruina y aniquilamiento. No ascendia probablemente á tanto la moneda que era necesaria para los cambios y diaria circulacion, y hubiera sido materialmente imposible realizar su pago si Junot, convencido de las insuperables dificultades que se ofrecian para su pronta é inmediata exaccion, no hubiera fijado plazos, y acordado ciertas é indispensables limitaciones. De ofensa mas bien que de suave consuelo pudiera graduarse el haber trazado al márgen de destructoras medidas un cuadro lisonjero de la futura felicidad de Portugal, con la no menos halagüeña esperanza de que nuevos Camoens nacerian para ilustrar el parnaso lusitano. A poder reanimarse las muertas cenizas del cantor de Gama, solo hubieran tomado vida para alentar á sus compatriotas contra el opresor extrangero, y para excitarlos vigorosamente á que no empañasen con su sumision las inmortales glorias adquiridas por sus antepasados hasta en las regiones mas apartadas del mundo.

Forma nueva regencia de que se nombra presidente.

Gravosa contribucion extraordinaria.

Todavia no habia llegado el oportuno momento de que el noble orgullo de aquella nacion abiertamente se declarase; pero queriendo con el silencio expresar de un modo significativo los sentimientos que abrigaba en su generoso pecho, tres fueron los solos habitantes de Lisboa que iluminaron sus casas en celebridad de la mudanza acaecida.

Los temores que á Junot iufundia la injusticia de sus procedimientos le dictaron acelerar la salida de las pocas y antiguas tropas portuguesas que aun existian, y formando de ellas una corta division de apenas 10,000 hombres, dió el mando al marqués de Alorna, y no se habia pasado un mes cuando tomaron el camino de Valladolid. Gran número desertó antes de llegar á su destino.

Envia á Francia una division portuguesa.

Clara ya y del todo descubierta la politica de Napoleon respecto de Portugal, disponian en tanto los fingidos aliados de España dar al mundo una señalada prueba de alevosía. Por las estrechuras de Roncesvalles se encaminó hácia Pamplona el general Darmagnac con tres batallones, y presentándose repentinamente delante de aquella plaza, se le permitió sin obstáculo alojar dentro sus tropas: no contento el francés con esta demostracion de amistad y confianza, solicitó del virey marqués de Vallesantoro meter en la ciudadela dos batallones de suizos, socolor de tener recelos de su fidelidad. Negóse á ello el virey alegando que no le era licito acceder á tan grave propuesta sin autoridad de la corte: adecuada contestacion y digna del debido elogio, si la vigilancia hubiera correspondido á lo que requeria la crítica situacion de la plaza. Pero tal era el descuido, tal el incomprensible abandono, que hasta dentro de la misma ciudadela iban todos los dias los soldados franceses á buscar sus raciones, sin que se tomasen ni las comunes precauciones de tiempo de paz. No asi desprevenido el general Darmagnac se habia de antemano hospedado en casa del marqués de Besolla, porque situado aquel edificio al remate de la esplanada y en frente de la puerta principal de la ciudadela, podia desde alli con mas facilidad acechar el oportuno momento para la ejecucion de su alevoso designio. Viendo frustrado su primer intento con la repulsa del virey, ideó el francés recurrir á un vergonzoso ardid. Uno á uno y con estudiada disimulacion mandó que en la noche del 15 al 16 de febrero pasasen con armas á su posada cierto número de granaderos, al paso que en la mañana siguiente soldados escogidos, guiados bajo disfraz por el gefe de batallon Robert, acudieron á la ciudadela á tomar los víveres de costumbre. Nevaba, y bajo pretexto de aguardar á su gefe empezaron los últimos á divertirse tirándose unos á otros pellas de nieve: distrajeron con el entretenimiento la atencion de los soldados españoles, y corriendo y jugando de aquella manera se pusieron algunos sobre el puente levadizo para impedir que le alzasen. A poco y á una señal convenida se abalanzaron los restantes al cuerpo de guardia, desarmaron á los descuidados centinelas, y apoderándose de los fusiles del resto de la tropa colocados en el armero, franquearon la entrada á los granaderos ocultos en casa de Darmagnac, á los que de cerca siguieron todos los demas. La traicion se ejecutó con tanta celeridad que apenas habia recibido la

16 de febrero, toma de la ciudadela de Pamplona.

primera noticia el desavisado virey, cuando ya los franceses se habian del todo posesionado de la ciudadela. Darmagnac le escribió entonces, á manera de satisfaccion, un oficio en que, al paso que se disculpaba con la necesidad, lisonjeábase de que en nada se alteraria la buena armonía propia de dos fieles aliados : género de mofa con que hacia resaltar su fementida conducta.

Entra Duhesme en Cataluña.

Por el mismo tiempo se habia reunido en los Pirineos orientales una division de tropas italianas y francesas, compuesta de 11,000 hombres de infantería y 1700 de caballería : en 4 de febrero tomó en Perpiñan el mando el general Duhesme, quien en sus memorias cuenta solo disponibles 7000 soldados : á sus órdenes estaban el general italiano Lecchi y el francés Chabran. A pocos dias penetraron por la Junquera dirigiéndose á Barcelona, con intento, decian, de proseguir su viage á Valencia. Antes de avistar los muros de la capital de Cataluña recibió Duhesme una intimacion del capitan general conde de Ezpeleta, sucesor por aquellos dias del de Santa Clara, para suspender su marcha hasta tanto que consultase á la corte. Completamente ignoraba ésta el envio de tropas por el lado oriental de España, ni el embajador francés habia siquiera informado de la novedad, tanto mas importante cuanto Portugal no podia servir de capa á la reciente expedicion. Duhesme, lejos de arredrarse con el requerimiento de Ezpeleta, contestó de palabra con arrogancia que á todo evento llevaria á cabo las órdenes del emperador, y que sobre el capitan general de Cataluña recaeria la responsabilidad de cualquiera desavenencia. Celebró un consejo el conde de Ezpeleta; y en él se acordó permitir la entrada en Barcelona á las tropas francesas. Asi lo realizaron en 13 de aquel mes quedando

Llega á Barcelona.

no obstante en poder de la guarnicion española Monjuich y la ciudadela. Pidió Duhesme que en prueba de buena armonía se dejase á sus tropas alternar con las nacionales en la guardia de todas las puertas. Falto de instrucciones y temeroso de la enemistad francesa, accedió Ezpeleta con harta si bien disculpable debilidad á la imperiosa demanda, colocando Duhesme en la puerta principal de la misma ciudadela una compañía de granaderos, en cuyo puesto habia solamente 20 soldados españoles. Pesaroso el capitan general de haber llevado tan allá su condescendencia, rogó al francés que retirase aquel piquete; pero muy otras eran las intenciones del último, no contentándose ya con nada menos que con la total ocupacion. Andaba tambien Duhesme mas receloso á causa de la llegada á Barcelona del oficial de artillería Don Joaquin Osma, á quien suponia enviado con especial encargo de que se velase á la conservacion de la plaza, probable conjetura en efecto si en Madrid hubiera habido sombra de buen gobierno; mas era tan al contrario, que Osma habia sido comisionado para facilitar á los aliados cuanto apeteciesen, y para enco-

mendar la buena armonía y mejor trato. Solo se le insinuó en instruccion verbal que procurase de paso indagar en las conversaciones con los oficiales cuál fuese el verdadero objeto de la expedicion, como si para ello hubiera habido necesidad de correr hasta Barcelona, y de despachar expresamente un oficial de explorador.

Trató en fin Duhesme de apoderarse por sorpresa de la ciudadela y de Monjuich el 28 de febrero: fue estimulado con el recibo aquel mismo dia de una carta escrita en Paris por el ministro de la guerra, en la que le suponia dueño de los fuertes de Barcelona; tácito modo de ordenar lo que á las claras hubiera sido inícuo y vergonzoso. Pàra adormecer la vigilancia de los españoles esparcieron los franceses por la ciudad que se les habia enviado la órden de continuar su camino á Cádiz, mentirosa voz que se hacia mas verosímil con la llegada del correo recibido. Dijeron tambien que antes de la partida debian revistar las tropas, y con aquel pretexto las juntaron en la esplanada de la ciudadela, apostando en el camino que de alli va á la aduana un batallon de vélites italianos, y colocando la demas fuerza de modo que llamase hácia otra parte la atencion de los curiosos. Hecha la reseña de algunos cuerpos se dirigió el general Lecchi, con grande acompañamiento de estado mayor, del lado de la puerta principal de la ciudadela, y aparentando comunicar órdenes al oficial de guardia, se detuvo en el puente levadizo para dar lugar á que los vélites, cuya derecha se habia apoyado en la misma estacada, avanzasen cubiertos por el rebellin que defiende la entrada: ganaron de este modo el puente embarazado con los caballos, despues de haber arrollado al primer centinela, cuya voz fue apagada por el ruido de los tambores franceses que en la bóvedas resonaban. Entonces penetró Lecchi dentro del recinto principal con su numerosa comitiva, le siguió el batallon de vélites y la compañía de granaderos, que ya de antemano montaban la guardia en la puerta principal, reprimió á los 20 españoles, obligados á ceder al número y á la sorpresa: cuatro batallones franceses acudieron despues á sostener al que primero habia entrado á hurtadillas, y acabaron de hacerse dueños de la ciudadela. Dos batallones de guardias españolas y walonas la guarnecian; pero llenos de confianza oficiales y soldados habian ido á la ciudad á sus diversas ocupaciones, y cuando quisieron volver á sus puestos encontraron resistencia en los franceses, quienes al fin se lo permitieron despues de haber tomado escrupulosas precauciones. Los españoles pasaron luego la noche y casi todo el siguiente dia formados en frente de sus nuevos y molestos huéspedes; é inquietos estos con aquella hostil demostracion, lograron que se diese órden á los nuestros de acuartelarse fuera, y evacuar la plaza. Santilly, comandante español, asi que vió tan desleal proceder, se presentó á Lecchi como prisionero de guerra, quien, osando recordarle la amistad y alianza de ambas naciones, al mismo tiempo

28 de febrero, sorpresa de la ciudadela de Barcelona.

que arteramente quebrantaba todos los vínculos, le recibió con esmerado agasajo.

Sorpresa de Monjuich, 28 de febrero.

Entretanto y á la hora en que parte de la guarnicion habia bajado á la ciudad, otro cuerpo francés se avanzaba hácia Monjuich. La situacion elevada y descubierta de este fuerte impidió á los extrangeros tocar sin ser vistos el pie de los muros. Al aproximarse se alzó el puente levadizo, y en balde intimó el comandante francés Floresti que se le abriesen las puertas: allí mandaba Don Mariano Alvarez. Desconcertado Duhesme en su doloso intento recurrió á Ezpeleta, y poniendo por delante las órdenes del emperador le amenazó tomar por fuerza lo que de grado no se le rindiese. Atemorizado el capitan general ordenó la entrega: dudó Alvarez un instante; mas la severidad de la disciplina militar, y el sosiego que todavia reinaba por todas partes, le forzaron á obedecer al mandato de su gefe. Sin embargo habiéndose conmovido algun tanto Barcelona con la alevosa ocupacion de la ciudadela, se aguardó á muy entrada la noche para que sin riesgo pudiesen los franceses entrar en el recinto de Monjuich.

Irritados á lo sumo con semejantes y repetidas perfidias los generosos pechos de los militares españoles, se tomaron exquisitas providencias para evitar un compromiso, y dejando en Barcelona á las guardias españolas y walonas con la artillería se mandó salir á Villafranca al regimiento de Extremadura.

18 de marzo, ocupacion de San Fernando de Figueras.

Al paso por Figueras habia Duhesme dispuesto que se detuviese allí alguna de su gente, alegando especiosos pretextos. Durante mas de un mes permanecieron dichos soldados tranquilos, hasta que ocupados todos los fuertes de Barcelona trataron de apoderarse de la ciudadela de San Fernando con la misma ruin estratagema empleada en las otras plazas. Estando los Españoles en vela acudieron á tiempo á la sorpresa y la impidieron; mas el gobernador anciano y tímido dió permiso dos dias despues al mayor Piat para que encerrase dentro 200 conscriptos, bajo cuyo nombre metió el francés soldados escogidos, los cuales con otros que á su sombra entraron se enseñorearon de la plaza el 18 de marzo, despidiendo muy luego el corto número de españoles que la guarnecian.

5 de marzo, entrega de San Sebastian.

Pocos dias antes habia caido en manos de los falsos amigos la plaza de San Sebastian: era su gobernador el brigadier español Daiguillon, y comandante del fuerte de Santa Cruz el capitan Douton. Advertido aquel por el cónsul de Bayona de que Murat, gran duque de Berg, le habia indicado en una conversacion cuán conveniente seria para la seguridad de su ejército la ocupacion de San Sebastian, dió parte de la noticia al duque de Mahon, comandante general de Guipúzcoa, recien llegado de Madrid. Inmediatamente consultó este al príncipe de la Paz, y antes de que hubiera habido tiempo para recibir contesta-

cion, el general Monthion, gefe de estado mayor de Murat, escribió á Daiguillon participándole como el gran duque de Berg habia resuelto que los depósitos de infanteria y caballería de los cuerpos que habian entrado en la península se trasladasen de Bayona á San Sebastian, y que fuesen alojados dentro, debiendo salir para aquel destino del 4 al 5 de marzo. Apenas habia el gobernador abierto esta carta cuando recibió otra del mismo gefe avisándole que los depósitos, cuya fuerza ascenderia á 350 hombres de infantería y 70 de caballería, saldrian antes de lo que habia anunciado. Comunicados ambos oficios al duque de Mahon, de acuerdo con el gobernador y con el comandante del fuerte, respondió el mismo duque rogando al de Berg que suspendiese su resolucion hasta que le llegase la contestacion de la corte, y ofreciendo entretanto alojar con toda comodidad, fuera de la plaza y del alcance del cañon, los depósitos de que se trataba. Ofendido el príncipe francés de la inesperada negativa, escribió por sí mismo en 4 de marzo una carta altiva y amenazadora al duque de Mahon, quien, no desdiciendo entonces de la conducta propia de un descendiente de Crillon, replicó dignamente y reiteró su primera respuesta. Grande sin embargo era su congoja y arriesgada su posicion, cuando la flaca condescendencia del príncipe de la Paz, y la necesidad en que habia estrechado á éste su culpable ambicion, sacaron á todos los gefes de San Sebastian de su terrible y crítico apuro. Al márgen del oficio que en consulta se le habia escrito puso el generalísimo Godoy de su mismo puño, fecha 3 de marzo: « Que ceda el gobernador la plaza, pues no tiene « medio de defenderla; pero que lo haga de un modo amistoso, se- « gun lo han practicado los de las otras plazas sin que para ello hu- « biese ni tantas razones ni motivos de escusa como en San Sebas- « tian. » De resultas ocupó con los depósitos la plaza y el puerto el general Thouvenot.

He aquí el modo insidioso con que en medio de la paz y de una estrecha alianza se privó á España de sus plazas mas importantes: perfidia atroz, deshonrosa artería en guerreros envejecidos en la gloriosa profesion de las armas, agena é indigna de una nacion grande y belicosa. Cuando leemos en la juiciosa historia de Coloma el ingenioso ardid con que Fernando Tello Portocarrero sorprendió á Amiens, notamos en la atrevida empresa agudeza en concebirla, bizarría en ejecutarla y loable moderacion al alcanzar el triunfo. La toma de aquella plaza, llave entonces de la frontera de Francia del lado de la Picardía, y cuya sorpresa, segun nos dice Sully, oprimió de dolor á Enrique IV, era legítima: guerra encarnizada andaba entre ambas naciones, y era lícito al valor y á la astucia buscar laureles que no se habian de mancillar con el quebrantamiento de la buena fé y de la lealtad. El bastardo proceder de los generales franceses no solo era escandaloso por el tiempo y por el modo, sino que tambien era tanto menos disculpable cuanto era menos necesa-

rio. Dueño el gobierno francés de la débil voluntad del de Madrid, le hubiera bastado una mera insinuacion, sin acudir á la amenaza, para conseguir del obsequioso y sumiso aliado la entrega de todas las plazas, como lo ordenó con la de San Sebastian.

7 de febrero, órden para que la escuadra de Cartagena vaya á Tolon.

Tampoco echó Napoleon en olvido la marina, pidiendo con ahinco que se reuniesen con sus escuadras las españolas. En consecuencia dióse el 7 de febrero la órden á Don Cayetano Valdés, que en Cartagena mandaba una fuerza de seis navíos, de hacerse á la vela dirigiendo su rumbo á Tolon. Afortunadamente vientos contrarios, y, segun se cree, el patriótico zelo del comandante, impidieron el cumplimiento de la órden, tomando la escuadra puerto en las Baleares.

Hechos de tal magnitud no causaron en las provincias lejanas de España impresion profunda. Ignorábanse en general, ó se atribuian á amaños de Godoy: lo dificultoso y escaso de las comunicaciones, la servidumbre de la imprenta y la extremada reserva del gobierno no daban lugar á que la opinion se ilustrase, ni á que se formase juicio acertado de los acaecimientos. En dias como aquellos recoge el poder absoluto con creces los frutos de su imprevision y desafueros. Tambien los pueblos, si no son envueltos en su ruina, al menos participan bastantemente de sus desgracias; como si la providencia quisiera castigarlos de su indolencia y culpable sufrimiento.

Desasosiego de la corte de Madrid.

Por lo demas la corte estaba muy inquieta; y se asegura que el príncipe de la Paz fue de los que primero se convencieron de la mala fé de Napoleon, y de sus depravados intentos: disfrazábalos sin embargo este, ofreciendo á veces en su conducta una alternativa, hija quizá de su misma vacilacion é incertidumbre: pues al paso que proyectaba y ponia en práctica hacerse dueño de todo Portugal y de las plazas de la frontera, sin miramiento á tratados ni alianzas, no solo regalaba á Cárlos IV en los primeros dias de febrero, en prueba de su íntima amistad, quince caballos de coche, sino que asimismo le escribia amargas quejas por no haber reiterado la peticion de una esposa imperial para el príncipe de Asturias: y si bien no era union esta apetecible para Godoy, por lo menos no indicaba Bonaparte con semejante demostracion querer derribar del trono la estirpe de los Borbones. Dudas y zozobras asaltaban de tropel la mente del valido, cuando la repentina llegada por el mes de febrero de su confidente Don Eugenio Izquierdo acabó de perturbar su ánimo. En la numerosa corte que le tributaba continuado y lisonjero incienso, prorumpia en expresiones propias de hombre desatentado y descompuesto. Hablaba de su grandeza, de su poderío; usaba de palabras poco recatadas, y parecia presentir la espantosa desgracia que como en sombra ya le perseguia. Interpretábase de mil maneras la apresurada venida de Izquierdo,

Conducta ambigua de Napoleon.

Sobresalto del príncipe de la Paz.

Llegada á Madrid de Izquierdo.

y nada por entonces pudo traslucirse, sino que era de tal importancia, y anunciadora de tan malas nuevas, que los reyes y el privado despavoridos preparábanse á tomar alguna impeusada y extraordinaria resolucion.

Por una nota que despues en 24 de marzo escribió Izquierdo *, y por lo que hemos oido á personas con él conexionadas, podemos fundadamente inferir que su mision ostensible se dirigia á ofrecer de un modo informal ciertas ideas al exámen del gobierno español, y á hacer sobre ellas varias preguntas; pero que el verdadero objeto de Napoleon fue infundir tal miedo en la corte de Madrid, que la provocase á imitar á la de Portugal en su partida, resolucion que le desembarazaba del engorroso obstáculo de la familia real, y le abria fácil entrada para apoderarse sin resistencia del vacante y desamparado trono español. Las ideas y preguntas arriba indicadas fueron sugeridas por Napoleon y escritas por Izquierdo. Reducíanse con corta variacion á las que él mismo extendió en la nota antes mencionada de 24 de marzo, y que, recibida despues del levantamiento de Aranjuez, cayó en manos de los adversarios de Godoy. Eran pues las proposiciones en ella contenidas: 1ª comercio libre para españoles y franceses en sus respectivas colonias; 2ª trocar las provincias del Ebro allá con Portugal, cuyo reino se daria en indemnizacion á España; 3ª un nuevo tratado de alianza ofensiva y defensiva; 4ª arreglar la sucesion al trono de España; y 3ª convenir en el casamiento del príncipe de Asturias con una princesa imperial: el último artículo no debia formar parte del tratado principal. Es inútil detenerse en el exámen de estas proposiciones que hubieran ofrecido materia á reflexiones importantes, si hubieran sido objeto de algun tratado ó séria discusion. Admira no obstante la confianza ó mas bien el descaro con que se presentaron sin hacerse referencia al tratado de Fontainebleau, para cuya entera anulacion no habia España dado ni ocasion ni pretexto. La mision de Izquierdo produjo el deseado efecto; y aunque el 10 de marzo salió para Paris con nuevas instrucciones y carta de Cárlos IV, habíanse ya perdido las esperanzas de evitar el terrible golpe que amenazaba.

(* Ap. n. 11.)

Sale Izquierdo el 10 de marzo para Paris.

El gobierno francés no habia interrumpido el envio sucesivo de tropas y oficiales, y en el mes de marzo se formó un nuevo cuerpo llamado de observacion de los Pirineos occidentales que ascendia á 19,000 hombres, sin contar con 6000 de la guardia imperial, en cuyo número se distinguian mamelucos, polacos y todo género y variedad de uniformes propios á excitar la viva imaginacion de los españoles. Se encomendó esta fuerza al mando de Bessières, duque de Istria: parte de los cuerpos se acabaron de organizar dentro de la península, y era continuado su movimiento y ejercicio.

Tropas francesas que continuaron entrando en España.

Habia ya en el corazon de España, aun no incluyendo los de

Portugal, 100,000 franceses, sin que á las claras se supiese su verdadero y determinado objeto, y cuya entrada, segun dejamos dicho, habia sido contraria á todo lo que solemnemente se habia estipulado entre ambas naciones. Faltaba á los diversos cuerpos en que estaba distribuido el ejército francés un general en gefe, y recayó la eleccion en Murat, gran duque de Berg, con título de lugarteniente del emperador, de quien era cuñado. Llegó á Bayona en los primeros dias de marzo, solo y sin acompañamiento; pero le habian precedido y le seguian oficiales sueltos de todas graduaciones, quienes debian encargarse de organizar y disciplinar los nuevos alistados que continuamente se remitian á España. Llegó Murat á Burgos el 13 de marzo, y en aquel dia dió una proclama á sus soldados « para que tratasen á los españoles, nacion « por tantos títulos estimable, como tratarian á los franceses mis« mos; queriendo solamente el emperador el bien y felicidad de « España. »

Murat nombrado general en gefe del ejército frances en España.

Tantas tropas y tan numerosos refuerzos que cada dia se internaban mas y mas en el reino; tanta mala fé y quebrantamiento de solemnes promesas, el viage de Izquierdo y sus temores; tanto cúmulo en fin de sospechosos indicios impelieron á Godoy á tomar una pronta y decisiva resolucion. Consultó con los reyes y al fin les persuadió lo urgente que era pensar en trasladarse del otro lado de los mares. Pareció antes oportuno, como paso prévio, adoptar el consejo dado por el príncipe de Castelfranco de retirarse á Sevilla, desde donde con mas descanso se pondrian en obra y se dirigirian los preparativos de tan largo viage. Para remover todo género de tropiezos se acordó formar un campo en Talavera, y se mandó á Solano que de Portugal se replegase sobre Badajoz. Estas fuerzas, con las que se sacarian de Madrid, debian cubrir el viage de SS. MM., y contener cualquiera movimiento que los franceses intentaran para impedirle. Tambien se mandó á las tropas de Oporto, cuyo digno general Taranco habia fallecido allí de un cólico violento, que se volviesen á Galicia; y se ofició á Junot para que permitiese á Carrafa dirigirse con sus españoles hácia las costas meridionales, en donde los ingleses amenazaban desembarcar; artificio, por decirlo de paso, demasiado grosero para engañar al general frances. Fue igualmente muy fuera de propósito enviar á Dupont un oficial de estado mayor para exigirle aclaracion de las órdenes que habia recibido, como si aquel hubiera de comunicarlas, y como si en caso de contestar con altanería estuviera el gobierno español en situacion de reprimir y castigar su insolencia.

Piensa la corte de Madrid en partir para Andalucía.

Providencias que toma.

Tales fueron las medidas preliminares que Godoy miró como necesarias para el premeditado viage; pero inesperados trastornos desbarataron sus intentos, desplomándose estrepitosamente el edificio de su valimiento y grandeza.

LIBRO SEGUNDO.

Primeros indicios del viage de la corte. — Orden para que la guarnicion de Madrid pase á Aranjuez. — Proclama de Cárlos IV de 16 de abril. — Conducta del embajador de Francia y de Murat. — Síntomas de una conmocion.— Primera conmocion de Aranjuez. — Decreto de Cárlos IV. Prision de Don Diego Godoy. — Continúa la agitacion y temores de otra conmocion. — Segunda conmocion de Aranjuez. — Prision de Godoy. — Retrato de Godoy.— Tercer alboroto de Aranjuez. — Abdicacion de Cárlos IV, el 19 de marzo. — Conmocion de Madrid del 19 y 20 de marzo. — Alborotos de las provincias. — Juicio sobre la abdicacion de Cárlos IV. — Ministros del nuevo monarca. — Escoiquiz. — El duque del Infantado. — El duque de San Cárlos.— Primeras providencias del nuevo reinado. — Proceso del príncipe de la Paz y de otros, 23 de marzo. — Grandes enviados para obsequiar á Murat y á Napoleon. — Avanza Murat hácia Madrid. — Entrada de Fernando en Madrid en 24 de marzo. — Conducta impropia de Murat. — Opinion de España sobre Napoleon. — Juicio sobre la conducta de Napoleon. — Propuesta de Napoleon á su hermano Luis. — Correspondencia entre Murat y los reyes padres. — Juicio sobre la protesta. — Siguen los tratos entre Murat y los reyes padres. — Desasosiego en Madrid. — Llega Escoiquiz á Madrid en 28 de marzo. — Fernan Nuñez en Tours. — Entrega de la espada de Francisco I.— Carta de Napoleon á Murat. — Viage del infante Don Cárlos. — Llegada á Madrid del general Savary. — Aviso de Hervas. — 10 de abril, salida del rey para Burgos. — Nombramiento de una junta suprema. — Sobre el viage del rey. — Llega el rey el 12 de abril á Burgos. — Llega á Vitoria el 14. — Escribe Fernando á Napoleon : contesta este en 17 de abril. — Seguridad que da Savary. — Tentativas ó proposiciones para que el rey se escape. — Proclama al partir el rey de Vitoria. — Sale de Vitoria el 19 de abril. — 20 de abril, entrada del rey en Bayona. — Sigue la correspondencia entre Murat y los reyes padres. — Pasan los reyes padres al Escorial. — Entrega de Godoy en 20 de abril. — Quejas y tentativas de Murat. — Reclama Cárlos IV la corona, y anuncia su viage á Bayona. — Inquietud en Madrid. — Alboroto en Toledo. — En Burgos. — Conducta altanera de Murat. — Conducta de la junta, y medidas que propone. — Creacion de una junta que la sustituya. — Llegada á Madrid de D. Justo Ibarnavarro. — Posicion de los franceses en Madrid. — Revistas de Murat. — Pide la salida para Francia del infante Don Francisco y reina de Etruria. — 2 de mayo. — Salida de los infantes para Francia el 3 y el 4. — Llega Napoleon á Bayona. — Se anuncia á Fernando que renuncie. — Conferencias de Escoiquiz y Cevallos. — Llegada de Cárlos IV á Bayona. — Come con Napoleon. — Comparece Fernando delante de su padre. — Condiciones de Fernando para su renuncia. — No se conforma el padre. — Comparece por segunda vez Fernando delante de su padre. — Renuncia Cárlos IV en Napoleon. — Cárlos IV y María Luisa. — Renuncia de Fernando como príncipe de Asturias. — La reina de Etruria. — Planes de evasion. — Se interna en Francia á la familia real de España. —

Inaccion de la junta de Madrid. — Murat presidente de la junta. — Equívoca conducta de la junta. — Napoleon piensa dar la corona de España á José. — Diputacion de Bayona. — Medidas de precaucion de Murat.

Los habitadores de España, alejados de los negocios públicos, y gozando de aquella aparente tranquilidad propia de los gobiernos despóticos, estaban todavía agenos de prever la avenida de males que, rebalsando en su suelo como en campo barbechado, iban á cubrirle de espantosas ruinas. Madrid sin embargo, agitado ya con voces vagas é inquietadoras, creció en desasosiego con los preparativos que se notaron de largo viage en casa de Doña Josefa Tudó, particular amiga del príncipe de la Paz, y con la salida de este para Aranjuez el dia 13 de marzo. Sin aquel incidente no hubiera la última ocurrencia llamado tanto la atencion, teniendo el valido por costumbre pasar una semana en Madrid, y otra en el sitio en que habitaban SS. MM., quienes de mucho tiempo atrás se detenian solamente en la capital dos meses del año, y aun en aquel, al trasladarse en diciembre del Escorial á Aranjuez, no tomaron allí su habitual descanso, retraidos por el universal disgusto á que habia dado ocasion el proceso del príncipe de Asturias.

Primeros indicios del viage de la corte.

Vióse muy luego cuán fundados eran los temores públicos; porque al llegar al sitio el príncipe de la Paz, y despues de haber conferenciado con los reyes, anunció Cárlos IV á los ministros del despacho la determinacion de retirarse á Sevilla. A pesar del sigilo con que se quisieron tomar las primeras disposiciones, se traslució bien pronto el proyectado viage, y acabaron de cobrar fuerza las voces esparcidas con las órdenes que se comunicaron para que la mayor parte de la guarnicion de Madrid se trasladase á Aranjuez. Prevenido para su cumplimiento el capitan general de Castilla Don Francisco Javier Negrete, se avistó en la mañana del 16 con el gobernador del consejo el coronel Don Cárlos Velasco, dándole cuenta de la salida de las tropas en todo aquel dia, en virtud de un decreto del generalísimo almirante; y previniéndole al propio tiempo de parte del mismo publicar un bando que calmase la turbacion de los ánimos. No bastándole al gobernador la órden verbal, exigió de Don Cárlos Velasco que la extendiese por escrito, y con ella se fue al consejo, en donde se acordó, como medida previa y antes de obedecer el expresado mandato, que se expusiesen reverentemente á S.M. las fatales consecuencias de un viage tan precipitado. Aplaudióse la determinacion del consejo, aunque nos parece no fue del todo desinteresada, si consideramos la incierta y precaria suerte que, con la temida emigracion mas allá de los mares de la dinastía reinante, habia de caber á muchos de sus servidores y empleados. Asi se vió que hombres que, como el marqués Caballero, en los dias de pros-

Orden para que la guarnicion de Madrid pase á Aranjuez.

peridad habian sido sumisos cortesanos fueron los que con mas empeño aconsejaron al rey que desistiese de su viage.

Fuese influjo de aquellas representaciones, ó fuese mas bien el fundado temor á que daba lugar el público descontento, el rey trató momentáneamente de suspender la partida, y mandó circular un decreto á manera de proclama que comenzaba por la desusada fórmula de « amados vasallos mios. » La gente ociosa y festiva comparaba por la novedad el encabezamiento de tan singular publicacion al comenzar de ciertas y famosas relaciones que en sus comedias nos han dejado el insigne Calderon y otros ingenios de su tiempo; si bien no asistia al ánimo bastante serenidad para detenerse al exámen de las mudanzas é innovaciones del estilo. Tratábase en la proclama de tranquilizar la pública agitacion, asegurándose en ella que la reunion de tropas no tenia por objeto ni defender la persona del rey, ni acompañarle en un viage que solo la malicia habia supuesto preciso : se insistia en querer persuadir que el ejército del emperador de los franceses atravesaba el reino con ideas de paz y amistad, y sin embargo se daba á entender que en caso de necesidad estaba el rey seguro de las fuerzas que le ofrecerian los pechos de sus amados vasallos. Bien que con este documento no hubiese sobrado motivo de satisfaccion y alegría, la muchedumbre que leia en él una especie de retractacion del intentado viage se mostró gozosa y alborozada. En Aranjuez apresuradamente se agolparon todos á palacio dando repetidos vivas al rey y á la familia real, que juntos se asomaron á recibir las lisonjeras demostraciones del entusiasmado pueblo. Mas como se notó que en la misma noche del 16 al 17 habian salido las tropas de Madrid para el sitio en virtud de las anteriores órdenes que no habian sido revocadas, duró poco y se acibaró presto la comun alegría.

Proclama de Cárlos IV de 16 de marzo. (Véase el Ap. lib. 2, n. 1.)

Entonces se desaprobó generalmente la resolucion tomada por la corte de retirarse hácia las costas del mediodia, y de cruzar el Atlántico en caso urgente. Pero ahora que con fria imparcialidad podemos ser jueces desapasionados, nos parece que aquella resolucion al punto á que las cosas habian llegado era conveniente y acertada, ya fuese para prepararse á la defensa, ó ya para que se embarcase la familia real. Desprovisto el erario, corto en número el ejército é indisciplinado, ocupadas las principales plazas, dueño el extrangero de varias provincias, no podia en realidad oponérsele otra resistencia fuera de la que opusiese la nacion declarándose con unanimidad y energía. Para tantear este solo y único recurso, la posicion de Sevilla era favorable, dando mas treguas al sorprendido y azorado gobierno. Y si, como era de temer, la nacion no respondia al llamamiento del aborrecido Godoy ni del mismo Cárlos IV, era para la familia real mas prudente pasar á América que entregarse á ciegas en

Opinion sobre el viage.

brazos de Napoleon. Siendo pues esta determinacion la mas acomodada á las circunstancias, Don Manuel Godoy en aconsejar el viage obró atinadamente, y la posteridad no podrá en esta parte censurar su conducta ; pero le juzgará sí gravemente culpable en haber llevado como de la mano á la nacion á tan lastimoso apuro, ora dejándola desguarnecida para la defensa, ora introduciendo en el corazon del reino tropas extrangeras, deslumbrado con la imaginaria soberanía de los Algarbes. El reconcentrado odio que habia contra su persona fue tambien causa que, al llegar al desengaño de las verdaderas intenciones de Napoleon, se le achacase que de consuno con este habia procedido en todo : asercion vulgar, pero tan generalmente creida en aquella sazon que la verdad exige que abiertamente la desmintamos. Don Manuel Godoy se mantuvo en aquellos tratos fiel á Cárlos IV y á María Luisa, sus firmes protectores, y no anduvo desacordado en preferir para sus soberanos un cetro en los dominios de América, mas bien que exponerlos, continuando en España, á que fuesen destronados y presos. Ademas Godoy, no habiendo olvidado la manera destemplada con que en los últimos tiempos se habia Napoleon declarado contra su persona, recelábase de alguna dañada intencion, y temia ser víctima ofrecida en holocausto á la venganza y público aborrecimiento. Bien es verdad que fue despues su libertador el mismo á quien consideraba enemigo, mas debiólo á la repentina mudanza acaecida en el gobierno, por la cual fueron atropellados los que confiadamente aguardaban del francés amistad y amparo, y protegido el que se estremecia al ver que su ejército se acercaba : tan inciertos son los juicios humanos.

Agitacion de Madrid y Aranjuez. Conducta del embajador de Francia y de Murat.

Averiguada que fue la traslacion de las tropas de la capital al sitio, volviéronse á agitar extraordinariamente las poblaciones de Madrid y Aranjuez con todas las de los alrededores. En el sitio contribuia no poco á sublevar los ánimos la opinion contraria al viage que pública y decididamente mostraba el embajador de Francia; sea que ignorase los intentos de su amo y siguiera abrigando la esperanza del soñado casamiento, ó sea que tratara de aparentar : nos inclinamos á lo primero. Mas su opinion, al paso que daba brios á los enemigos del viage para oponerse á él, servia tambien de estímulo y espuela á sus partidarios para acelerarle, esperando unos y temiendo otros la llegada de las tropas francesas que se adelantaban. En efecto Murat dirigia por Aranda su marcha hácia Somosierra y Madrid, y Dupont por su derecha se encaminaba á ocupar á Segovia y el Escorial. Este movimiento, hecho con el objeto de impeler á la familia real, intimidándola, á precipitar su viage, vino en apoyo del partido del príncipe de Asturias, alentándole con tanta mas razon cuanto parecia darse la mano con el modo de explicarse del embajador. Murat en su lenguage descubria incertidumbre, imputándose entonces á disimulo lo que tal vez era ignorancia del verdadero plan

de Napoleon. Al despues tan malogrado Don Pedro Velarde, comisionado para acompañarle y cumplimentarle, le decia en Buitrago en 18 de marzo que al dia siguiente recibiria instrucciones de su gobierno; que no sabia si pasaria ó no por Madrid, y que al continuar su marcha á Cádiz probablemente publicaria en San Agustin las miras del emperador encaminadas al bien de España.

Avisos anteriores á este y no menos ambiguos ponian á la corte de Aranjuez en extremada tribulacion. Sin embargo es de creer que cuando el 16 dió el rey la proclama en que públicamente desmentia las voces de viage, dudó por un instante llevarle ó no á efecto, pues es mas justo atribuir aquella proclama á la perplejidad y turbacion propias de aquellos dias, que al premeditado pensamiento de engañar bajamente á los pueblos de Madrid y Aranjuez. Continuando no obstante los preparativos de viage, y siendo la desconfianza en los que gobernaban fuera de todo término, se esparció de nuevo y repentinamente en el sitio que la salida de SS. MM. para Andalucía se realizaria en la noche del 17 al 18. La curiosidad, junto probablemente con oculta intriga, habia llevado á Aranjuez de Madrid y sus alrededores muchos forasteros cuyos semblantes anunciaban siniestros intentos : las tropas que habian ido de la capital participaban del mismo espíritu, y ciertamente hubieran podido sublevarse sin instigacion especial. Aseguróse entonces que el príncipe de Asturias habia dicho á un guardia de corps en quien confiaba : « Esta noche es el viage, y yo no quiero ir; » y se añadió que con el aviso cobraron mas resolucion los que estaban dispuestos á impedirle. Nosotros tenemos entendido que para el efecto advirtió S. A. á Don Manuel Francisco Jáuregui, amigo suyo, quien como oficial de guardias pudo fácilmente concertarse con sus compañeros, de inteligencia ya con otros de los demas cuerpos. Prevenidos de esta manera, el alboroto hubiera comenzado al tiempo de partir la familia real; una casualidad le anticipó.

Síntomas de una conmocion.

Puestos todos en vela, rondaba voluntariamente el paisanage durante la noche, capitaneándole disfrazado, bajo nombre de tio Pedro, el inquieto y bullicioso conde del Montijo, cuyo nombre en adelante casi siempre estará mezclado con los ruidos y asonadas. Andaba asimismo patrullando la tropa, y unos y otros custodiaban de cerca, y observaban particularmente la casa del príncipe de la Paz. Entre once y doce salió de ella muy tapada Doña Josefa Tudó, llevando por escolta á los guardias de honor del generalísimo : quiso una patrulla descubrir la cara de la dama, la cual resistiéndolo excitó una ligera reyerta, disparando al aire un tiro uno de los que estaban presentes. Quien afirma fue el oficial Tuyols, que acompañaba á Doña Josefa, para que vinieran en su ayuda; quien el guardia Merlo para avisar á los conjurados. Lo cierto es que estos lo tomaron por una señal, pues

Primera conmocion de Aranjuez.

al instante un trompeta apostado al intento tocó á caballo, y la tropa corrió á los diversos puntos por donde el viage podia emprenderse. Entonces y levantándose terrible estrépito, gran número de paisanos, otros trasformados en tales, criados de palacio y monteros del infante Don Antonio, con muchos soldados desbandados, acometieron la casa de Don Manuel Godoy, forzaron su guardia, y la entraron como á saco, escudriñando por todas partes, y buscando en balde al objeto de su enfurecida rabia. Creyóse por de pronto que, á pesar de la extremada vigilancia, se habia su dueño salvado por alguna puerta desconocida ó escusada, y que ó habia desamparado á Aranjuez, ú ocultádose en palacio. El pueblo penetró hasta lo mas escondido, y aquellas puertas, antes solo abiertas al favor, á la hermosura y á lo mas brillante y escojido de la corte, dieron franco paso á una soldadesca desenfrenada y tosca, y á un populacho sucio y desaliñado, contrastando tristemente lo magnífico de aquella mansion con el descuidado arreo de sus nuevos y repentinos huéspedes. Pocas horas habian trascurrido cuando desapareció tanta desconformidad, habiendo sido despojados los salones y estrados de sus suntuosos y ricos adornos para entregarlos al destrozo y á las llamas. Repetida y severa leccion que á cada paso nos da la caprichosa fortuna en sus continuados vaivenes. El pueblo si bien quemó y destruyó los muebles y objetos preciosos, no ocultó para si cosa alguna, ofreciendo el ejemplo del desinterés mas acendrado. La publicidad, siendo en tales ocasiones un censor inflexible, y uniéndose á un cierto linage de generoso entusiasmo, enfrena al mismo desórden, y pone coto á algunos de sus excesos y demasías. Las veneras, los collares y todos los distintivos de las dignidades supremas á que Godoy habia sido ensalzado fueron preservados y puestos en manos del rey; poderoso indicio de que entre el populacho habia personas capaces de distinguir los objetos que era conveniente respetar y guardar, y aquellos que podian ser destruidos. La princesa de la Paz, mirada como víctima de la conducta doméstica de su marido, y su hija fueron bien tratadas y llevadas á palacio tirando la multitud de su berlina. Al fin restablecida la tranquilidad, volvieron los soldados á sus cuarteles, y para custodiar la saqueada casa se pusieron dos compañías de guardias españolas y walonas con alguna mas tropa que alejase al populacho de sus avenidas.

(* Ap. lib. 2, n. 2.)

Decreto de Carlos IV. Prision de D. Diego Godoy.

(* Ap. lib. 2, n. 3.)

La mañana del 18 dió el rey * un decreto exonerando al príncipe de la Paz de sus empleos de generalísimo y almirante, y permitiéndole escoger el lugar de su residencia. * Tambien anunció á Napoleon esta resolucion que en gran manera le sorprendió. El pueblo arrebatado de gozo con la novedad corrió á palacio á victorear á la familia real que se asomó á los balcones conformándose con sus ruegos. En nada se turbó aquel dia el público sosiego sino por

el arresto de Don Diego Godoy, quien despojado por la tropa de sus insignias fue llevado al cuartel de guardias españolas, de cuyo cuerpo era coronel : pernicioso ejemplo entonces aplaudido y despues desgraciadamente renovado en ocasiones mas calamitosas.

Parecia que, desbaratado el viage de la real familia y abatido el príncipe de la Paz, eran ya cumplidos los deseos de los amotinados; mas todavía continuaba una terrible y sorda agitacion. Los reyes, temerosos de otra asonada, mandaron á los ministros del despacho que pasasen la noche del 18 al 19 en palacio. Por la mañana el príncipe de Castelfranco y los capitanes de guardias de corps, conde de Villariezo y marqués de Albudeite, avisaron personalmente á SS. MM. que dos oficiales de guardias con la mayor reserva y bajo palabra de honor acababan de prevenirles que para aquella noche un nuevo alboroto se preparaba mayor y mas recio que el de la precedente. Habiéndoles preguntado el marqués Caballero si estaban seguros de su tropa, respondieron encogiéndose de hombros « que solo el príncipe de Asturias podia componerlo todo. » Pasó entonces Caballero á verse con S. A., y consiguió que, trasladándose al cuarto de sus padres, les ofreciese que impediria por medio de los segundos gefes de los cuerpos de la casa real la repeticion de nuevos alborotos, como tambien el que mandaria á varias personas, cuya presencia en el sitio era sospechosa, que regresasen á Madrid, disponiendo al mismo tiempo que criados suyos se esparciesen por la poblacion para acabar de aquietar el desasosiego que aun subsistia. Estos ofrecimientos del príncipe dieron cuerpo á la sospecha de que en mucha parte obraban de concierto con él los sediciosos, no habiendo habido de casual sino el momento en que comenzó el bullicio, y tal vez el haber despues ido mas allá de lo que en un principio se habian propuesto.

Continúa la agitacion y temores de otra conmocion.

Tomadas aquellas determinaciones, no se pensaba en que la tranquilidad volveria á perturbarse, é inesperadamente á las diez de la mañana se suscitó un nuevo y estrepitoso tumulto. El príncipe de la Paz, á quien todos creian lejos del sitio, y los reyes mismos camino de Andalucía, fue descubierto á aquella hora en su propia casa. Cuando en la noche del 17 al 18 habian sido asaltados sus umbrales, se disponia á acostarse, y al ruido, cubriéndose con un capote de bayeton que tuvo á mano, cogiendo mucho oro en sus bolsillos y tomando un panecillo de la mesa en que habia cenado, trató de pasar por una puerta escondida á la casa contigua que era la de la duquesa viuda de Osuna. No le fue dado fugarse por aquella parte, y entonces se subió á los desvanes, y en el mas desconocido se ocultó metiéndose en un rollo de esteras. Allí permaneció desde aquella noche por el espacio de 36 horas privado de toda bebida y con la inquietud y desvelo propio de su crítica y angustiada posicion. Acosado de la

Segunda conmocion de Aranjuez : prision de Godoy.

sed tuvo al fin que salir de su molesto y desdichado asilo. Conocido por un centinela de guardias walonas que al instante gritó á las armas, no usó de unas pistolas que consigo traia, fuera cobardia ó mas bien desmayo con el largo padecer. Sabedor el pueblo de que se le habia encontrado se agolpó hácia su casa, y hubiera alli perecido si una partida de guardias de corps no le hubiese protegido á tiempo. Condujéronle estos á su cuartel, y en el tránsito acometiéndole la gente con palas, estacas y todo género de armas é instrumentos, procuraba matarle ó herirle, buscando camino á sus furibundos golpes por entre los caballos y los guardias, quienes escudándole le libraron de un trágico y desastroso fin. Para mayor seguridad, creciendo el tumulto, aceleraron los guardias el paso, y el desgraciado preso en medio y apoyándose sobre los arzones de las sillas de dos caballos seguia su levantado trote ijadeando, sofocado y casi llevado en vilo. La travesía considerable que desde su casa habia al parage adonde le conducian, sobre todo teniendo que cruzar la espaciosa plazuela de San Antonio, hubiera dado mayor facilidad al furor popular para acabar con su vida, si temerosos los que le perseguian de herir á alguno de los de la escolta no hubiesen asestado sus tiros de un modo incierto y vacilante. Asi fue que, aunque magullado y contuso en varias partes de su cuerpo, solo recibió una herida algo profunda sobre una ceja. En tanto avisado Cárlos IV de lo que pasaba ordenó á su hijo que corriera sin tardanza y salvara la vida de su malhadado amigo. Llegó el príncipe al cuartel adonde le habian traido preso, y con su presencia contuvo á la multitud. Entonces diciéndole Fernando que le perdonaba la vida, conservó bastante serenidad para preguntarle á pesar del terrible trance « si « era ya rey; » á lo que le respondió: « Todavía no, pero luego lo « seré. » Palabras notables y que demuestran cuán cercana creia su exaltacion al solio. Aquietado el pueblo con la promesa que el príncipe de Asturias le reiteró muchas veces de que el preso seria juzgado y castigado conforme á las leyes, se dispersó y se recogió cada uno tranquilamente á su casa. Godoy, desposeido de su grandeza, volvió adonde habia habitado antes de comenzarse aquella, y maltratado y abatido quedó entregado en su soledad á su incierta y horrenda suerte. Casi todos, á excepcion de los reyes padres, le abandonaron, que la amistad se eclipsa al llegar el nublado de la desgracia. Y aquel á cuyo nombre la mayor parte de la monarquía todavía temblaba, echado sobre unas pajas y hundido en la amargura, era quizá mas desventurado que el mas desventurado de sus habitantes. Asi fue derrocado de la cumbre del poder este hombre, que de simple guardia de corps se alzó en breve tiempo á las principales dignidades de la corona, y se vió condecorado con sus órdenes y distinguido con nuevos y exorbitantes honores. ¿ Y cuáles fueron los servicios para tanto valimiento; cuáles los singulares hechos que le abrieron la puerta y le dieron suave y fácil subida á tal

grado de sublimada grandeza? Pesa el decirlo. La desenfrenada corrupcion y una privanza fundada, ¡ oh baldon! en la profanacion del tálamo real. Menester seria que retrocediésemos hasta Don Beltran de la Cueva para tropezar en nuestra historia con igual mancilla, y aun entonces si bien aquel valido de Enrique IV principió su afortunada carrera por el modesto empleo de page de lanza, y se encaminó como Godoy por la senda del deshonor régio, nunca remontó su vuelo á tan desmesurada altura, teniendo que partir su favor con Don Juan Pacheco, y cederle á veces al temido y fiero rival.

Retrato de Godoy.

Don Manuel Godoy habia nacido en Badajoz en 12 de mayo de 1767, de familia noble pero pobre. Su educacion habia sido descuidada; profunda era su ignorancia. Naturalmente dotado de cierto entendimiento, y no falto de memoria, tenia facilidad para enterarse de los negocios puestos á su cuidado. Vario é inconstante en sus determinaciones, deshacia en un dia y livianamente lo que en otro sin mas razon habia adoptado y aplaudido. Durante su ministerio de estado, á que ascendió en los primeros años de su favor, hizo convenios solemnes con Francia perjudiciales y vergonzosos; primer orígen de la ruina y desolacion de España. Desde el tiempo de la escandalosa campaña de Portugal mandó el ejército con el título de generalísimo; no teniendo á sus ojos la ilustre profesion de las armas otro atractivo ni noble cebo que el de los honores y sueldos, nunca se instruyó en los ejercicios militares; nunca dirigió ni supo las maniobras de los diversos cuerpos; nunca se acercó al soldado ni se informó de sus necesidades ó reclamaciones; nunca en fin organizó la fuerza armada de modo que la nacion en caso oportuno pudiera contar con un ejército pertrechado y bien dispuesto, ni él con amigos y partidarios firmes y resueltos: asi la tropa fue quien primero le abandonó. Reducíase su campo de instruccion á una mezquina parada que algunas veces ofrecia delante de su casa á manera de espectáculo á los ociosos de la capital y á sus bajos y por desgracia numerosos aduladores: ridículo remedo de las paradas que en Paris solia tener Napoleon. Tan pronto protegia á los hombres de saber y respeto, tan pronto los humillaba. Al paso que fomentaba una ciencia particular, ó creaba una cátedra, ó sostenia alguna mejora, dejaba que el marqués Caballero, enemigo declarado de la ilustracion y de los buenos estudios, imaginase un plan general de instruccion pública para todas las universidades incoherente y poco digno del siglo, permitiéndole tambien hacer en los códigos legales omisiones y alteraciones de suma importancia. Aunque confinaba lejos de la corte y desterraba á cuantos creia desafectos suyos ó le desagradaban, ordinariamente no llevaba mas allá sus persecuciones ni fue cruel por naturaleza: solo se mostró inhumano y duro con el ilustre Jovellanos. Sórdido en su avaricia, vendia como en pública almoneda los empleos, las magistraturas, las dignidades, los obis-

pados, ya para sí, ya para sus amigas, ó ya para saciar los caprichos de la reina. La hacienda fue entregada á arbitristas mas bien que á hombres profundos en este ramo, teniéndose que acudir á cada paso á ruinosos recursos para salir de los contínuos tropiezos causados por el derroche de la corte y por gravosas estipulaciones. Desembozado y suelto en sus costumbres, dió ocasion á que entre el vulgo se pusiese en crédito el esparcido rumor de estar casado con dos mugeres: habiéndose dicho que era una Doña María Teresa de Borbon, prima carnal del rey, que fue considerada como la verdadera, y otra Doña Josefa Tudó, su particular amiga, de buena índole y de condicion apacible, y tan aficionada á su persona que quiso consignar en la gracia que se le acordó de condesa de *Castillo Fiel* el timbre de su incontrastable fidelidad. Conteníale á veces en sus prontos y violentos arrebatos. Godoy en el último año llegó al ápice de su privanza, habiendo recibido con la dignidad de grande almirante el tratamiento de alteza, distincion no concedida antes en España á ningun particular. Su fausto fue extremado, su acompañamiento espléndido, su guardia mejor vestida y arreada que la del rey: honrado en tanto grado por su soberano, fue acatado por casi todos los grandes y principales personages de la monarquía. ¡Qué contraste verle ahora y comparar su suerte con aquella en que aun brillaba dos dias antes! Situacion que recuerda la del favorito Eutropio que tan elocuentemente nos pinta uno de los primeros padres de la Iglesia griega*. «Todo pereció, dice; una ráfaga de viento soplando «reciamente despojó aquel árbol de sus hojas, y nos «le mostró desnudo y conmovido hasta en su raiz... ¿Quién habia «llegado á tanta excelsitud? ¿No aventajaba á todos en riquezas? «¿No habia subido á las mayores dignidades? ¿No le temian todos «y temblaban á su nombre? Y ahora mas miserable que los hom«bres que estan presos y aherrojados; mas necesitado que el últi«mo de los esclavos y mendigos, solo vé agudas armas vueltas «contra su persona; solo vé destruccion y ruina, los verdugos y «el camino de la muerte.» Pasmosa semejanza y tal que en otros tiempos hubiera llevado visos de sobrehumana profecía.

(* San Juan Crisóstomo. Ap. lib. 2, n. 4.)

Tercer movimiento de Aranjuez.

Encerrado el príncipe de la Paz en el cuartel de guardias de corps, y retirado el pueblo, como hemos dicho, á instancias y en virtud de las promesas que le hizo el príncipe de Asturias, se mantuvo quieto y sosegado, hasta que á las dos de la tarde un coche con seis mulas á la puerta de dicho cuartel movió gran bulla, habiendo corrido la voz que era para llevar al preso á la ciudad de Granada. El pueblo en un instante cortó los tirantes de las mulas y descompuso y estropeó el coche.

Abdicacion de Cárlos IV el 19 de marzo.

El rey Cárlos y la reina María Luisa, sobrecogidos con las nuevas demostraciones del furor popular, temieron peligrase la vida de su desgraciado amigo. El

rey, achacoso y fatigado con los desusados bullicios, persuadido ademas por las respetuosas observaciones de algunos que en tal aprieto le representaron como necesaria la abdicacion en favor de su hijo, y sobre todo creyendo juntamente con su esposa que aquella medida seria la sola que podria salvar la vida á Don Manuel Godoy, resolvió convocar para las siete de la noche del mismo dia 19 á todos los ministros del despacho y renunciar en su presencia la corona, colocándola en las sienes del príncipe heredero. Este acto fue concebido en los términos siguientes: « Como* los « achaques de que adolezco no me permiten soportar por mas tiempo el grave peso del gobierno de mis reinos, y « me sea preciso para reparar mi salud gozar en un clima mas templado de la tranquilidad de la vida privada, he determinado « despues de la mas seria deliberacion abdicar mi corona en mi « heredero y mi muy caro hijo el príncipe de Asturias. Por tanto « es mi real voluntad que sea reconocido y obedecido como rey y « señor natural de todos mis reinos y dominios. Y para que este mi « real decreto de libre y espontánea abdicacion tenga su éxito y « debido cumplimiento, lo comunicareis al consejo y demas á quien « corresponda. — Dado en Aranjuez, á 19 de marzo de 1808. — « Yo EL REY. — A Don Pedro Cevallos. »

(* Ap. lib. 2, n. 5.)

Divulgada por el sitio la halagüeña noticia, fue indecible el contento y la alegría; y corriendo el pueblo á la plazuela de palacio, al cerciorarse de tamaño acontecimiento unánimemente prorumpió en víctores y aplausos. El príncipe despues de haber besado la mano á su padre se retiró á su cuarto en donde fue saludado como nuevo rey por los ministros, grandes y demas personas que allí asistian.

Conmocion de Madrid del 19 y 20 de marzo.

En Madrid se supo en la tarde del 19 la prision de Don Manuel Godoy, y al anochecer se agrupó y congregó el pueblo en la plazuela del Almirante, así denominada desde el ensalzamiento de aquel á esta dignidad, y sita junto al palacio de los duques de Alba. Allí levantando gran gritería con *vivas* al rey y *mueras* contra la persona del derribado valido, acometieron los amotinados su casa inmediata al parage de la reunion, y arrojando por las ventanas muebles y preciosidades, quemáronlo todo sin que nada se hubiese robado ni escondido. Despues distribuidos en varios bandos, y saliendo otros de puntos distintos con hachas encendidas, repitiéron la misma escena en varias casas, y señaladamente recibieron igual quebranto en las suyas la madre del príncipe de la Paz, su hermano Don Diego, su cuñado marqués de Branciforte, los ex-ministros Alvarez y Soler, y Don Manuel Sixto Espinosa, conservándose en medio de las bulliciosas asonadas una especie de órden y concierto.

Siendo universal el júbilo con la caida de Godoy, fue colmado entre los que supieron á las once de la noche que Cárlos IV habia abdicado. Pero como era tarde, la noticia no cundió bastantemente por el

pueblo hasta el dia siguiente domingo, confirmándose de oficio por carteles del consejo que anunciaban la exaltacion de Fernando VII. Entonces el entusiasmo y gozo creció á manera de frenesí, llevando en triunfo por todas las calles el retrato del nuevo rey, que fue al último colocado en la fachada de la casa de la Villa. Continuó la algazara y la alegría toda aquella noche del 20; pero habiéndose ya notado en ella varios excesos fueron inmediatamente reprimidos por el consejo, y por órden suya cesó aquel nuevo género de regocijos.

Alborotos en las provincias.

En las mas de las ciudades y pueblos del reino hubo tambien fiesta y motin, arrastrando el retrato de Godoy que los mismos pueblos habian á sus expensas colocado en las casas consistoriales: si bien es verdad que ahora su imágen era abatida y despedazada con general consentimiento, y antes habian sido muy pocos los que la habian erigido y reverenciado, buscando por este medio empleos y honores en la única fuente de donde se derivaban las gracias: el pueblo siempre reprobó con expresivo murmullo aquellas lisonjas de indignos conciudadanos.

Juicio sobre la abdicacion de Cárlos IV.

Fue tal el gusto y universal contento, ya con la caida de Don Manuel Godoy y ya tambien con la abdicacion de Cárlos IV, que nadie reparó entonces en el modo con que este último é importante acto se habia celebrado, y si habia sido ó no concluido con entera y cumplida libertad: todos lo creian asi, llevados de un mismo y general deseo. Sin embargo graves y fundadas dudas se suscitaron despues. Por una parte Cárlos IV se habia mostrado á veces propenso á alejarse de los negocios públicos, y Maria Luisa en su correspondencia declara que tal era su intencion cuando su hijo se hubiera casado con una princesa de Francia. Confirmó su propósito Cárlos al recibir al cuerpo diplomático con motivo de su abdicacion, pues, dirigiendo la palabra á Mr. de Strogonoff, ministro de Rusia, le dijo: « En mi vida he « hecho cosa con mas gusto. » Pero por otra parte es de notar que la renuncia fue firmada en medio de una sedicion, no habiendo Cárlos IV en la víspera de aquel dia dado indicio de querer tan pronto efectuar su pensamiento, porque, exonerando al príncipe de la Paz del mando del ejército y de la marina, se encargó el mismo rey del manejo supremo. En la mañana del 19 tampoco anunció cosa alguna relativa á su próxima abdicacion; y solo al segundo alboroto en la tarde, y cuando creyó juntamente con la reina poner á salvo por aquel medio á su caro favorito, resolvió ceder el trono y retirarse á vida particular. El público, lejos de entrar en el exámen de tan espinosa cuestion, censuró amargamente al consejo, porque conforme á su formulario habia pasado á informe de sus fiscales el acto de la abdicacion: tambien se le reprendió con severidad por los ministros del nuevo rey, ordenándole que inmediatamente lo publicase, como lo verificó el 20 á las tres de la tarde. El consejo obró de esta manera por conservar la fórmula con que acostum-

braba proceder en sus determinaciones, y no con ánimo de oponerse y menos aun con el de reclamar los antiguos usos y prácticas de España. Para lo primero ni tenia interés, ni le era dado resistir al torrente del universal entusiasmo manifestado en favor de Fernando; y para lo segundo, pertinaz euemigo de córtes ó de cualquiera representacion nacional, mas bien se hubiera mostrado opuesto que inclinado á indicar ó promover su llamamiento. Sin embargo, para desvanecer todo linage de dudas, conveniente hubiera sido repetir el acto de la abdicacion de un modo mas solemne y en ocasion mas tranquila y desembarazada. Los acontecimientos que de repente sobrevinieron pudieron servir de fundada disculpa á aquella omision; mas parándonos á considerar quiénes eran los intimos consejeros de Fernando, cuáles sus ideas y cuál su posterior conducta, podemos afirmar sin riesgo que nunca hubieran para aquel objeto congregado córtes, graduando su convocacion de intempestiva y peligrosa. Con todo su celebracion, á ser posible, hubiera puesto á la renuncia de Cárlos IV (conformándose con los antiguos usos de España) un sello firme é incontrastable de legitimidad. Congregar córtes para asunto de tanta gravedad fue constante costumbre nunca olvidada en las muchas renuncias que hubo en los diferentes reinos de España. Las de Doña Berenguela y la intentada por Don Juan I° en Castilla, la de Don Ramiro el monge en Aragon con todas las otras mas ó menos antiguas fueron ejecutadas y cumplidas con la misma solemnidad, hasta que la introduccion de dinastías extrangeras alteró práctica tan fundamental, siendo al parecer lamentable prerogativa de aquellos príncipes atropellar nuestros fueros, conservar nuestros vicios, y olvidándose de lo bueno que en su patria dejaban, traernos solamente lo perjudicial y nocivo. Asi fue que en las dos célebres cesiones de Cárlos I° y Felipe V no se llamó á córtes ni se guardaron las antiguas formalidades. Verdad es que no hubo ni en una ni en otra asomo de violencia, y á la de * Cárlos I° celebrada en Bruselas públicamente con gran pompa y aparato asistieron además muchos grandes. La de Felipe V fue mas silenciosa, poniendo en esta parte nuestros monarcas mas y mas en olvido la respetable antigüedad segun que se acercaban á nuestro tiempo. El rey dijo que obraba * « con consentimiento y de conformidad « con la reina su muy cara y muy amada esposa. » Singular modo de autorizar acto de tanta trascendencia y de interés tan general. La opinion entonces á pesar de estar reprimida no quedó satisfecha, pues los « jurisperitos y los mismos del consejo « real *, nos dice el marqués de San Felipe, veian « que no era válida la renuncia no hecha con acuerdo « de sus vasallos... Pero nadie replicó, pues al consejo real no se « le preguntó sobre la validacion de la renuncia, sino se le mandó « que obedeciese el decreto... » Ahora lo mismo: ni á nadie se le

(* Ap. lib. 2, n. 6.)

(* Ap. lib. 2, n. 7.)

(* Ap. lib. 2, n. 8.)

preguntó cosa alguna, ni nadie replicó esperándolo todo de la caida de Godoy y del ensalzamiento de Fernando: imprevision propia de las naciones que, entregándose ciegamente á la sola y casual sucesion de las personas, no buscan en las leyes é instituciones el sólido fundamento de su felicidad.

Ministros del nuevo monarca.

Exaltado al solio Fernando sétimo del nombre, conservó por de pronto á los mismos ministros de su padre, pero sucesivamente removió á los mas de ellos. Fue el primero que estuvo en este caso Don Miguel Cayetano Soler, dotado de cierto despejo, y que encargado de la hacienda fue mas bien arbitrista que hombre verdaderamente entendido en aquel ramo. Se puso en su lugar á Don Miguel José de Azanza antiguo virey de Méjico, quien confinado en Granada gozaba del concepto de hombre de mucha probidad. Quedó en estado Don Pedro Cevallos con decreto honorífico para que no le perjudicase su enlace con una prima hermana del príncipe de la Paz. Teníanle en el reinado anterior por cortesano dócil, estaba adornado de cierta instruccion, y si bien no descuidó los intereses personales y de familia, pasó en la corrompida corte de Cárlos IV por hombre de bien. Se notó posteriormente en su conducta propension fácil á acomodarse á varios y encontrados gobiernos. Continuó al frente de la marina Don Francisco Gil y Lemus, anciano respetable y de carácter entero y firme. Sucedió á pocos dias en guerra al enfermizo y ceremonioso Don Antonio Olaguer Feliu el general Don Gonzalo Ofarril recien venido de Toscana, en donde habia mandado una division española. Gozaba créditos de hombre de saber y de mas aventajado militar. Empezó por nombrársele director general de artillería, y elevado al ministerio fue acometido de una enfermedad grave que causó vivo y general sentimiento: tanta era la opinion de que gozaba, la cual hubiera conservado intacta si la suerte de que todos se lamentaban hubiera terminado su carrera. El marqués Caballero, ministro de gracia y justicia, enemigo del saber, servidor atento y solícito de los caprichos licenciosos de la reina, perseguidor del mérito y de los hombres esclarecidos, habia sido hasta entonces universalmente despreciado y aborrecido. Viendo en marzo á qué lado se inclinaba la fortuna, varió de lenguage y de conducta, y en tanto grado que se le creyó por algun tiempo autor en parte de lo acaecido en Aranjuez: debió á su oportuna mudanza habérsele conservado en su ministerio durante algunos dias. Pero perseguido por su anterior desconcepto y ofreciendo poca confianza, pasó en cambio de su puesto á ser presidente de uno de los consejos: contribuyó mucho á su separacion el haber maliciosamente retardado cuatro dias el despacho de la órden que llamába á Madrid de su confinamiento á Don Juan Escoiquiz. Entró en el despacho de gracia y justicia Don Sebastian Piñuela ministro anciano del consejo. Se alzaron los destierros á Don Mariano Luis de Urquijo, al conde de Cabarrus y al sabio y virtuoso Don Gaspar Melchor de Jovellanos, víctima la mas desgra-

ciada y con mas saña perseguida en la privanza de Godoy. Tambien fueron llamados todos los individuos comprendidos en la causa del Escorial, mereciendo entre ellos particular mencion Don Juan Escoiquiz, el duque del Infantado y el de San Cárlos.

Era Don Juan Escoiquiz hijo de un general y natural de Navarra. Educado en la casa de pages del rey prefirió al estruendo de las armas el quieto y pacífico estado eclesiástico, y obtuvo nna canongía en la catedral de Zaragoza de donde pasó á ser maestro del príncipe de Asturias. En el nuevo y honroso cargo, en vez de formar el tierno corazon de su augusto discípulo infundiendo en él máximas de virtud y tolerancia; en vez de enriquecer su mente y adornarla de útiles y adecuados conocimientos, se ocupó mas bien en intrigas y enredos de corte agenos de su estado, y sobre todo de su magisterio. Queriendo derribar á Godoy se atrajo su propia desgracia y se le alejó de la enseñanza del príncipe, dándole en la iglesia de Toledo el arcedianato de Alcaraz. Desde allí continuó sns secretos manejos, hasta que al fin de resultas de la causa del Escorial se le confinó al convento del Tardon. Aficionado á escribir en prosa y verso no descolló en las letras mas que en la política. Tradujo del inglés con escaso númen el *Paraiso perdido* de Milton, y de sus obras en prosa debe en particular mencionarse una defensa que publicó del tribunal de la inquisicion; parto torcido de su poco venturoso ingenio. Fue siempre ciego admirador de Bonaparte, y creciendo de punto su obcecacion comprometió con ella al príncipe su discípulo, y sepultó al reino en un abismo de desgracias. Presumido y ambicioso, somero en su saber, sin conocimiento práctico del corazon humano y menos de la corte y de los gobiernos extraños, se imaginó que cual otro Jimenez de Cisneros, desde el rincon de su coro de Toledo saliendo de nuevo al mundo, regiria la monarquía y sujetaria á la estrecha y limitada esfera de su comprension la extensa y vasta del indomable emperador de los franceses. Condecorado con la gran cruz de Cárlos III fue nombrado por el nuevo rey consejero de estado, y como tal asistió á las importantes discusiones de que hablaremos muy pronto. El duque del Infantado, dado al estudio de algunas ciencias, fomentador en sus estados de la industria y de ciertas fábricas, gozaba de buen nombre, realzado por su riqueza, por el lustre de su casa, y principalmente por las persecuciones que su desapego al príncipe de la Paz le habian acarreado. Como coronel ahora de guardias españolas y presidente del consejo real tomó parte en los árduos negocios que ocurrieron, y no tardó en descubrir la flojedad y distraccion de su ánimo, careciendo de aquella energía y asídua aplicacion que se requiere en las materias graves. Tan cierto es que hombres cuyo concepto ha brillado en la vida privada ó en tiempos serenos, se eclipsan si son elevados á puesto mas alto, ó

Escoiquiz.

El duque del Infantado.

si alcanzan dias turbulentos y borrascosos. Dió la América el ser al duque de San Cárlos, quien, despues de haber hecho la campaña contra Francia en 1793, fue nombrado ayo del príncipe de Asturias, y desterrado al fin de la corte con motivo de la causa del Escorial. La reina María Luisa decia que era el mas falso de todos los amigos de su hijo; pero sin atenernos ciegamente á tan parcial testimonio, cierto es que durante la privanza de Godoy no mostró respecto del favorito el mismo desvío que el duque del Infantado, y solícito lisonjero buscó en su genealogía el modo de entroncarse y emparentar con el ídolo á quien tantos reverenciaban. Escojido para mayordomo mayor en lugar del marqués de Mos, estuvo especialmente á su cargo, junto con el del Infantado y Escoiquiz, dirigir la nave del estado en medio del recio temporal que habia sobrevenido, é inexperto y desavisado la arrojó contra conocidos escollos tan desatentadamente como sus compañeros.

El duque de San Cárlos.

Fueron las primeras providencias del nuevo reinado ó poco importantes ó dañosas al interés público, empezándose ya entonces el fatal sistema de echar por tierra lo actual y existente, sin otro exámen que el de ser obra del gobierno que habia antecedido. Se abolia la superintendencia general de policía creada el año anterior, y se dejaba resplandeciente y viva la horrible inquisicion. Permitíase en los sitios y bosques reales la destruccion de alimañas, y se suspendia la venta del sétimo de los bienes eclesiásticos concedida y aprobada dos años antes por bula del papa: medida necesaria y urgentísima en España, obstruida en su prosperidad con la embarazosa trava del casi total estancamiento de la propiedad territorial; medida que, repetimos, hubiera convenido mantener con firmeza, cuidando solamente de que se invirtiese el producto de la venta en procomunal. Se suprimió tambien un impuesto sobre el vino con el objeto de halagar á los contribuyentes, como si abandonando el verdadero y sólido interés del estado no fuera muy reprensible dejarse llevar de una mal entendida y efímera popularidad. Pero aquellas providencias fueran ó no oportunas, apenas fijaron la atencion de España, inquieto el ánimo con el cúmulo de acontecimientos que unos en pos de otros sobrevinieron y se atropellaron.

Primeras providencias del nuevo reinado.

El príncipe de la Paz en la mañana del 23 de marzo habia sido trasladado desde Aranjuez al castillo de Villaviciosa, escoltándole los guardias de corps á las órdenes del marqués de Castelar comandante de alabarderos, y alli fue puesto en juicio. Fuéronlo igualmente su hermano Don Diego, el ex-ministro Soler, Don Luis Viguri antiguo intendente de la Habana, el corregidor de Madrid Don José Marquina, el tesorero general Don Antonio Noriega, el director de la caja de consolidacion Don Miguel Sixto Espinosa, Don Simon de Viegas fiscal del consejo, y el canónigo Don Pedro Estala distin-

Proceso del príncipe de la Paz y de otros, 23 de marzo.

guido como literato. Para procesar á muchos de ellos no hubo otro motivo que el de haber sido amigos de Don Manuel Godoy, y haberle tributado esmerado obsequio; delito, si lo era, en que habian incurrido todos los cortesanos y algunos de los que todavia andaban colocados en dignidades y altos puestos. Se confiscaron por decreto del rey los bienes del favorito, aunque las leyes del reino entonces vigentes autorizaban solo el embargo y no la confiscacion, puesto que para imponer la última pena debia preceder juicio y sentencia legal, no exceptuándose ni aquellos casos en que el individuo era acusado del crímen de lesa majestad. Ademas conviene advertir que no obstante la justa censura que merecia la ruinosa administracion de Godoy, en un gobierno como el de Cárlos IV, que no reconocia límite ni freno á la voluntad del soberano, dificilmente hubiera podido hacérsele ningun cargo grave, sobre todo habiendo seguido Fernando por la pésima y trilhada senda que su padre le habia dejado señalada. El valido habia procedido en el manejo de los negocios públicos autorizado con la potestad indefinida de Cárlos IV, no habiéndosele puesto coto ni medida, y lejos de que hubiese aquel soberano reprobado su conducta despues de su desgracia, insistió con firmeza en sostenerle y en ofrecer á su caido amigo el poderoso brazo de su patrocinio y amparo. Situacion muy diversa de la de Don Alvaro de Luna desamparado y condenado por el mismo rey á quien debia su ensalzamiento. Don Manuel Godoy escudado con la voluntad expresa y absoluta de Cárlos, solo otra voluntad opresora é ilimitada podia atropellarle y castigarle; medio legalmente atroz é injusto, pero debido pago á sus demasías, y correspondiente á las reglas que le habian guiado en tiempo de su favor.

Grandes enviados para obsequiar á Murat y á Napoleon.

Pasados los primeros dias de ceremonia y públicos regocijos se volvieron los ojos á los húespedes extrangeros que insensiblemente se aproximaban á la capital. La nueva corte, soñando felicidades y pensando en efectuar el tan ansiado casamiento de Fernando con una princesa de la sangre imperial de Francia, se esmeró en dar muestras de amistad y afecto al emperador de los franceses y á su cuñado Murat gran duque de Berg. Fue al encuentro de este para obsequiarle y servirle el duque del Parque, y salieron en busca del deseado Napoleon, con el mismo objeto, los duques de Medinaceli y de Frias, y el conde de Fernan-Nuñez.

Avanza Murat hácia Madrid.

Ya hemos indicado como las tropas francesas se avanzaban hácia Madrid. El 15 de marzo habia Murat salido de Burgos, continuando despues su marcha por el camino de Somosierra. Traia consigo la guardia imperial, numerosa artillería y el cuerpo de ejército del mariscal Moncey, al que reemplazaba el de Bessières en los puntos que aquel iba desocupando. Dupont tambien se avanzaba por el lado de Guadarrama con toda su fuerza, á excep-

cion de una division que dejó en Valladolid para observar las tropas españolas de Galicia. Se habia con particularidad encargado á Murat que se hiciera dueño de la cordillera que divide las dos Castillas, antes que se apoderase de ella Solano ú otras tropas; igualmente se le previno que interceptara los correos, con otras instrucciones secretas, cuya ejecucion no tuvo lugar á causa de la sumisa condescendencia de la nueva corte.

Murat inquieto y receloso con lo acaecido en Aranjuez no quiso dilatar mas tiempo la ocupacion de Madrid, y el 23 entró en la capital llevando delante, con deseo de excitar la admiracion, la caballería de la guardia imperial, y lo mas escogido y brillante de su tropa, y rodeado él mismo de un lujoso séquito de ayudantes y oficiales de estado mayor. No correspondia la infantería á aquella primera y ostentosa muestra, constando en general de conscriptos y gente bisoña. El vecindario de Madrid, si bien ya temeroso de las intenciones de los franceses, no lo estaba á punto que no los recibiese afectuosamente, ofreciéndoles por todas partes refrescos y agasajos. Contribuia no poco á alejar la desconfianza el traer á todos embelesados las importantes y repentinas mudanzas sobrevenidas en el gobierno. Solo se pensaba en ellas y en contarlas y referirlas una y mil veces; ansiando todos ver con sus propios ojos y contemplar de cerca al nuevo rey, en quien se fundaban lisonjeras é ilimitadas esperanzas, tanto mayores cuanto asi descansaba el ánimo fatigado con el infausto desconcierto del reinado anterior.

Entrada de Fernando en Madrid en 24 de marzo.

Fernando cediendo á la impaciencia pública señaló el dia 24 de marzo para hacer su entrada en Madrid. Causó el solo aviso indecible contento, saliendo á aguardarle en la víspera por la noche numeroso gentío de la capital, y concurriendo al camino con no menor diligencia y afan todos los pueblos de la comarca. Rodeado de tan nuevo y grandioso acompañamiento llegó á las Delicias, desde donde por la puerta de Atocha entró en Madrid á caballo, siguiendo el paseo del Prado, y las calles de Alcalá y Mayor hasta palacio. Iban detrás y en coche los infantes Don Cárlos y Don Antonio. Testigos de aquel dia de placer y holganza, nos fue mas fácil sentirle que nos será dar de él ahora una idea perfecta y acabada. Horas enteras tardó el rey Fernando en atravesar desde Atocha hasta palacio: con escasa escolta, por dó quiera que pasaba, estrechado y abrazado por el inmenso concurso, lentamente adelantaba el paso, tendiéndosele al encuentro las capas con deseo de que fueran holladas por su caballo: de las ventanas se tremolaban los pañuelos, y los vivas y clamores saliendo de todas las bocas se repetian y resonaban en plazuelas y calles, en tablados y casas, acompañados de las bendiciones mas sinceras y cumplidas. Nunca pudo monarca gozar de triunfo mas magnífico ni mas sencillo; ni nunca tampoco contrajo alguno obligacion mas sagrada de corresponder con todo ahinco al amor desinteresado de súbditos tan fieles.

Murat, obscurecido y olvidado con la universal alegria, procuró recordar su presencia con mandar que algunas de sus tropas maniobrasen en medio de la carrera por donde el rey habia de pasar. Desagradó órden tan inoportuna en aquel dia, como igualmente el que no estando satisfecho con el alojamiento que se le habia dado en el Buen-Retiro, por sí y militarmente sin contar con las autoridades se hubiese mudado á la antigua casa del príncipe de la Paz, inmediata al convento de Doña María de Aragon. Acontecimientos eran estos de leve importancia, pero que influyeron no poco en indisponer los ánimos del vecindario. Aumentóse el disgusto á vista del desvío que mostró el mismo Murat con el nuevo rey, desvío imitado por el embajador Beauharnais, único individuo del cuerpo diplomático que no le habia reconocido. La corte disculpaba á entrambos con la falta de instrucciones, debida á lo impensado de la repentina mudanza; mas el pueblo, comparando el anterior lenguaje de dicho embajador amistoso y solícito con su fria actual indiferencia, atribuia la súbita trasformacion á causa mas fundamental. Asi fue que la opinion, respecto de los franceses, de dia en dia fue trocándose y tomando distinto y contrario rumbo.

Conducta impropia de Murat.

Hasta entonces, si bien algunos se recelaban de las intenciones de Napoleon, la mayor parte solo veia en su persona un apoyo firme de la nacion y un protector sincero del nuevo monarca. La perfidia de la toma de las plazas ú otros sucesos de dudosa interpretacion, los achacaban á viles manejos de Don Manuel Godoy ó á justas precauciones del emperador de los franceses. Equivocado juicio sin duda, mas nada extraño en un pais privado de los medios de publicidad y libre discusion que sirven para ilustrar y rectificar los extravíos de las opiniones. De cerca habian todos sentido las demasías de Godoy, y de Napoleon solo y de lejos se habian visto sus pasmosos hechos y maravillosas campañas. Los diarios de España, ó mas bien la miserable Gaceta de Madrid, eco de los papeles de Francia, y unos y otros esclavizados por la censura prévia, describian los sucesos y los amoldaban á gusto y sabor del que en realidad dominaba acá y allá de los Pirineos. Por otra parte el clero español, habiendo visto que Napoleon habia levantado los derribados altares, preferia su imperio y señorio á la irreligiosa y perseguidora dominacion que le habia precedido. No perdian los nobles la esperanza de ser conservados y mantenidos en sus privilegios y honores por aquel mismo que habia creado órdenes de caballería, y erigido una nueva nobleza en la nacion en donde pocos años antes habia sido abolida y proscripta. Miraban los militares como principal fundamento de su gloria y engrandecimiento al afortunado caudillo, que para ceñir sus sienes con la corona no habia presentado otros abuelos ni otros títulos que su espada y sus victorias. Los hombres moderados, los amantes del órden y del reposo

Opinion de España sobre Napoleon.

público, cansados de los excesos de la revolucion, respetaban en la persona del emperador de los franceses al severo magistrado que con vigoroso brazo habia restablecido concierto en la hacienda y arreglo en los demas ramos. Y si bien es cierto que el edificio que aquél habia levantado en Francia no estribaba en el duradero cimiento de instituciones libres, valladar contra las usurpaciones del poder, habia entonces pocos en España y contados eran los que extendian tan allá sus miras.

Juicio sobre la conducta de Napoleon.

Napoleon, bien informado del buen nombre con que corria en España, cobró aliento para intentar su atrevida empresa, posible y hacedera á haber sido conducida con tino y prudente cordura. Para alcanzar su objeto dos caminos se le ofrecieron, segun la diversidad de los tiempos. Antes de la sublevacion de Aranjuez la partida y embarco para América de la familia reinante era el mejor y mas acomodado. Sin aquel impensado trastorno, huérfana España y abandonada de sus reyes hubiera saludado á Napoleon como príncipe y salvador suyo. La nueva dominacion fácilmente se hubiera afianzado, si adoptando ciertas mejoras hubiera respetado el noble orgullo nacional y algunas de sus anteriores costumbres y aun preocupaciones. Acertó pues Napoleon cuando vió en aquel medio el camino mas seguro de enseñorearse de España, procediendo con grande desacuerdo desde el momento en que, desbaratado por el acaso su primer plan, no adoptó el único y obvio que se le ofrecia en el casamiento de Fernando con una princesa de la familia imperial: hubiera hallado en su protegido un rey mas sumiso y reverente que en ninguno de sus hermanos. Cuando su viage á Italia, no habia Napoleon desechado este pensamiento, y continuó en el mismo propósito durante algun tiempo, si bien con mas tibieza. El ejemplo de Portugal le sugirió mas tarde la idea de repetir en España lo que su buena suerte le habia proporcionado en el pais vecino. Afirmóse en su arriesgado intento despues que sin resistencia se habia apoderado de las plazas fuertes, y despues que vió á su ejército internado en las provincias del reino. Resuelto á su empresa nada pudo ya contenerle.

Esperaba con impaciencia Napoleon el aviso de haber salido para Andalucía los reyes de España, á la misma sazon que supo el importante é inesperado acontecimiento de Aranjuez. Desconcertado al principio con la noticia, no por eso quedó largo tiempo indeciso; y obstinado y tenaz en nada alteró su primera determinacion. Claramente nos lo prueba un importante documento. Habia el sábado en la noche 26 de marzo recibido en Saint-Cloud un correo con las primeras ocurrencias de Aranjuez, y otro pocas horas despues con la abdicacion de Cárlos IV. Hasta entonces solo él era sabedor de lo que contra España maquinaba: sin compromiso y sin ofensa del amor propio hubiera

Propuesta de Napoleon á su hermano Luis.

podido variar su plan. Sin embargo al dia siguiente, el 27 del mismo, decidido á colocar en el trono de España á una persona de su familia, escribió con aquella fecha á su hermano Luis, rey de Holanda*: « El rey de España acaba de abdicar la corona, habiendo sido preso el príncipe de la Paz. Un levantamiento habia empezado á manifestarse en Madrid, cuando mis tropas estaban todavía á cuarenta leguas de distancia de aquella capital. El gran duque de Berg habrá entrado alli el 23 con 40,000 hombres, deseando con ansia sus habitantes mi presencia. Seguro de que no tendré paz sólida con Inglaterra sino dando un grande impulso al continente, he resuelto colocar un príncipe francés en el trono de España... En tal estado he pensado en tí para colocarte en dicho trono... Respóndeme categóricamente cuál sea tu opinion sobre este proyecto. Bien ves que no es sino proyecto, y aunque tengo 100,000 hombres en España, es posible, por circunstancias que sobrevengan, ó que yo mismo vaya directamente, ó que todo se acabe en quince dias, ó que ande mas despacio siguiendo en secreto las operaciones durante algunos meses. Respóndeme categóricamente: si te nombro rey de España, ¿lo admites? ¿Puedo contar contigo?... » Luis rehusó la propuesta. Documento es este importantísimo, porque fija de un modo auténtico y positivo desde qué tiempo habia determinado Napoleon mudar la dinastía de Borbon, estando solo incierto en los medios que convendria emplear para el logro de su proyecto. Tambien por estos dias conferenciando con Izquierdo le preguntó: si los españoles le querrian como á soberano suyo. Replicóle aquel con oportunidad plausible: « Con gusto y entusiasmo admitirán los españoles á V. M. por su monarca, pero despues de haber renunciado á la corona de Francia. » Imprevista respuesta y poco grata á los delicados oidos del orgulloso conquistador. Continuando pues Napoleon en su premeditado pensamiento, y pareciéndole que era ya llegado el caso de ponerle en ejecucion, trató de aproximarse al teatro de los acontecimientos, habiendo salido de Paris el 2 de abril con direccion á Burdeos.

(*Ap. lib. 2, n. 9.)

En tanto Murat retrayéndose de la nueva corte anunciaba todos los dias la llegada de su augusto cuñado. En palacio se preparaba la habitacion imperial, adornábase el retiro para bailes, y un aposentador enviado de Paris lo disponia y arreglaba todo. Para despertar aun mas la viva atencion del público se enseñaba hasta el sombrero y botas del deseado emperador. Bien que en aquellos preparativos y anuncios hubiese de parte de los franceses mucho de aparente y falso, es probable que, sin el trastorno causado por el movimiento de Aranjuez, Napoleon hubiera pasado á Madrid. Sorprendido con la súbita mudanza determinó buscar en Bayona ocasion que desenredase los complicados asuntos de España. Ofreciósela oportuna una correspondencia entablada entre Murat y los

Correspondencia entre Murat y los reyes padres.

reyes padres, y á que dió origen el ardiente deseo de libertar á Don Manuel Godoy, y poner su vida fuera de todo riesgo. Fue mediadora en la correspondencia la reina de Etruria, y Murat, considerándola como conveniente al final desenlace de los intentos de Napoleon, cualesquiera que ellos fuesen, no desaprovechó la dichosa coyuntura que la casualidad le ofrecia. De ella provino la famosa protesta de Cárlos IV contra su abdicacion, sirviendo de base dicho acto á todas las renuncias y procedimientos que tuvieron despues lugar en Bayona.

(* Ap. n. 10.)

* Nació aquella correspondencia poco despues del dia 19 de marzo. Ya en el 22 las dos reinas madre é hija escribian con eficacia en favor del preso Godoy, manifestando la de España que estaba su felicitad cifrada en acabar tranquilamente sus dias con su esposo y el único *amigo* que *ambos* tenian. Con igual fecha lo mismo pedia Cárlos IV, añadiendo que se iban á Badajoz. Es de notar el contexto de dichas cartas en las que todavía no se hablaba de haber protestado el rey padre contra la abdicacion hecha en el dia 19, ni de asunto alguno conexo con paso de tanta gravedad. Sin embargo cuando en 1810 publicó el Monitor esta correspondencia, insertó antes de las enunciadas cartas del 22 otra en que se hace mencion de aquel acto como de cosa consumada; pero el haberse omitido en ella la fecha, diciendo al mismo tiempo la reina que á nada aspiraba sino á alejarse con su esposo y Godoy todos tres juntos de intrigas y mando, excita contra dicha carta vehementes sospechas, ó de que se omitió la fecha por haber sido posteriormente escrita á la del 22, ó lo que es tambien verosimil que se intercaló el pasage en que se habla de haber protestado, no aviniéndose con este acto é implicando mas bien contradiccion los deseos de la reina alli manifestados. La protesta apareció con la fecha del 21; mas las cartas del 22, con otras aserciones encontradas que se notan en la correspondencia, prueban que en la dicha protesta se empleó una supuesta y anticipada fecha, y que Cárlos no tuvo determinacion fija de extender aquel acto hasta pasados tres dias despues de su abdicacion.

La lectura atenta de toda la correspondencia, y lo que hemos oido á personas de autoridad, nos induce á creer que Cárlos IV se resolvió á formalizar su protesta despues de las vistas que el 23 tuvieron él y su esposa con el general Monthion, gefe del estado mayor de Murat. De cualquiera modo que dicho general nos haya pintado su conferencia, y bien que haya querido indicarnos que los reyes padres estaban decididos de antemano á protestar contra su abdicacion, lo cierto es que hasta aquel dia Cárlos IV no se habia dirigido á Napoleon, y entonces lo hizo comunicándole cómo se habia visto forzado á renunciar, « cuando el estruendo de las

« armas y los clamores de una guardia sublevada le habian dado « á conocer bastante la necesidad de escoger entre la vida ó la « muerte; pues (añadia) esta última se hubiera seguido á la de « la reina. » Concluia poniendo enteramente su suerte en las manos de su poderoso aliado. Acompañaba á la carta el acto de la protesta asi concebido*: « Protesto y declaro que « todo lo que manifiesto en mi decreto del 19 de « marzo, abdicando la corona en mi hijo, fue forzado por precaver « mayores males y la efusion de sangre de mis queridos vasallos, « y por tanto de ningun valor. — YO EL REY. — Aranjuez, 21 de « marzo de 1808. »

(* Ap. n. 11.)

Del cúmulo de pruebas que hemos tenido á la vista en un punto tan delicado é importante, conjeturamos fundadamente que Cárlos, cuya abdicacion fue considerada por la generalidad como un acto de su libre y espontánea voluntad, y la cual el mismo monarca, de carácter indolente y flojo, dió momentáneamente con gusto, abandonado despues por todos, solo y no acatado cual solia cuando empuñaba el cetro, advirtió muy luego la diferencia que media entre un soberano reinante y otro desposeido y retirado. Fuéle doloroso en su triste y solitaria situacion comparar lo que habia sido y lo que ahora era, y dió bien pronto indicio de pesarle su precipitada resolucion. El arrepentimiento de haber renunciado fue en adelante tan constante y tan sincero, que no solo en Bayona mostraba á las claras la violencia que se habia empleado contra su persona, sino que todavía en Roma en 1816 repetia á cuantos españoles iban á verle y en quienes tenia confianza que su hijo no era legítimo rey de España, y que solo él Cárlos IV era el verdadero soberano. No menos ahondaba y quebrantaba el corazon de la reina el triste recuerdo de su perdido influjo y poderío: andaba despechada con la ingratitud de tantos mudables cortesanos antes en apariencia partidarios adictos y afectuosos, y grandemente la atribulaban los riesgos que cercaban á su idolatrado amigo. Ambos, en fin, sintieron el haber descendido del trono, acusándose á sí mismos de la sobrada celeridad con que habian cedido á los temores de una violenta sublevacion. No fueron los primeros reyes que derramaron lágrimas tardías en memoria de su antiguo y renunciado poder.

Síguen los tratos entre Murat y los reyes padres.

Pesarosos Cárlos y María Luisa y dispuestos sus ánimos á deshacer lo que inconsideradamente habian ofrecido y ejecutado el dia 19, vislumbraron un rayo de halagüeña esperanza al ver el respeto y miramiento con que eran tratados por los principales gefes del ejército extrangero. Entonces pensaron seriamente en recobrar la perdida autoridad, fundando mas particularmente su reclamacion en la razon poderosa de haber abdicado en medio de una sedicion popular y de una sublevacion de la soldadesca. Murat, si no fue quien primero sugirió la idea, al menos puso gran conato en sostenerla, porque con ella fo-

mentando la desunion de la familia real, minaba por su cimiento la legitimidad del nuevo rey, y ofrecia á su gobierno un medio plausible de entrometerse en las disensiones interiores, mayormente acudiendo á buscar el anciano y desposeido Cárlos reparo y ayuda en su aliado el emperador de los franceses.

Murat, al paso que urdia aquella trama ó que por lo menos ayudaba á ella, no cesaba de anunciar la próxima llegada de Napoleon, insinuando mañosamente á Fernando por medio de sus consejeros cuán conveniente seria que, para allanar cualesquiera dificultades que se opusiesen al reconocimiento, saliera á esperar á su augusto cuñado el emperador. Por su parte el nuevo gobierno procuraba con el mayor esfuerzo granjear la voluntad del gabinete de Francia.

(* Ap. n. 12.) Ya en 20 de marzo se mandó al consejo * publicar que Fernando VII, lejos de mudar el sistéma político de su padre respecto de aquel imperio, pondria su esmero en estrechar los preciosos vínculos de amistad y alianza que entre ambos subsistian, encargándose con especialidad recomendar al pueblo que tratase bien y acogiese con afecto al ejército francés. Se despacharon igualmente órdenes á las tropas de Galicia que habian dejado á Oporto, para que volviesen á aquel punto; y á las de Solano, que estaban ya en Extremadura en virtud de lo últimamente dispuesto por Godoy, se les mandó que retrocediesen á Portugal. Estas sin embargo se quedaron por la mayor parte en Badajoz, no cuidándose Junot de tener cerca de sí soldados cuya conducta no merecia su confianza.

El pueblo español entre tanto empezaba cada dia á mirar con peores ojos á los extrangeros, cuya arrogancia crecia segun que su morada se prolongaba. Continuamente se suscitaban empeñadas riñas entre los paisanos y los soldados franceses, y el 27 de marzo, de resultas de una mas acalorada y estrepitosa, estuvo para haber en la plazuela de la Cebada una grande conmocion, en la que hubiera podido derramarse mucha sangre. La corte acongojada queria sosegar la inquietud pública, ora por medio de proclamas, ora anunciando y repitiendo la llegada de Napoleon que pondria término á las zozòbras é incertidumbre. Era tal en este punto su propio engaño que en 24 de marzo se avisó al público de oficio * « que

(* Ap. n. 13.) « S. M. tenia noticia que dentro de dos dias y medio « á tres llegaria el emperador de los franceses... » Asi ya no solamente se contaban los dias sino las horas mismas: ansiosa impaciencia, desvariada en el modo de expresarse, y afrentosa en un gobierno cuyas providencias hubieran podido descansar en el seguro y firme apoyo de la opinion nacional.

Llega Escoiquiz á Madrid en 28 de marzo.

Cosa maravillosa! Cuanto mas se iban en Madrid desengañando todos y comprendiendo los fementidos designios del gabinete de Francia, tanto mas ciego y desatentado se ponia el gobierno español. Acabó de perderle y descarriarle el 28 de marzo con su llegada Don Juan de Escoiquiz,

quien no veia en Napoleon sino al esclarecido, poderoso y heróico defensor del rey Fernando y sus parciales. Deslumbrado con la opinion que de sí propio tenia, creyó que solo á él le era dado acertar con los oportunos medios de sacar airoso y triunfante de la embarazosa posicion á su augusto discípulo, y cerrando los oidos á la voz pública y universal, llamó hácia su persona una severa y terrible responsabilidad. Causa asombro, repetimos, que los engaños y arterias advertidos por el mas ínfimo y rudo de los españoles se ocultasen y obscureciesen á Don Juan Escoiquiz y á los principales consejeros del rey, quienes, por el puesto que ocupaban y por la sagacidad que debia adornarles, hubieran debido descubrir antes que ningun otro las asechanzas que se les armaban. Pero los sucesos que en gran manera concurrian á excitar su desconfianza, eran los mismos que los confortaban y aquietaban. Tal fue el pliego de Izquierdo, de que hablamos en el libro anterior. Las proposiciones en él inclusas, y por las que nada menos se trataba que de ceder las provincias del Ebro allá, y de arreglar la sucesion de España, sobre la cual dentro del reino nadie habia tenido dudas, no despertaron las dormidas sospechas de Escoiquiz ni de sus compañeros. Atentos solo á la propuesta indicada en el mismo pliego de casar á Fernando con una princesa, pensaron que todo iba á componerse amistosamente, llevando tan allá Escoiquiz y los suyos el extravio de su mente, que en su *Idea sencilla* no se detiene en asentar « que su opinion conforme con la del consejo del rey habia « sido que las intenciones mas perjudiciales que podian recelarse « del gobierno francés, eran las del trueque de las provincias mas « allá del Ebro por el reino de Portugal, ó tal vez la cesion de la Na- « varra; » como si la cesion ó pérdida de cualquiera de estas provincias no hubiera sido clavar un agudo puñal en una parte muy principal de la nacion, desmembrándola y dejándola expuesta á los ataques que contra ella intentase dirigir á man salva su poderoso vecino.

Fernan-Nuñez en Tours.

El contagio de tamaña ceguedad habia cundido entre algunos cortesanos, y hubo de ellos quienes sirvieron por su credulidad al entretenimiento y burla de los servidores de Napoleon. Se aventajó á todos el conde de Fernan-Nuñez, quien para merecer primero las albricias, dejando atrás á los que con él habian ido á recibir al emperador de los franceses, se adelantó á toda diligencia hasta Tours. No distante de aquella ciudad cruzándose en el camino con Mr. Bausset, prefecto del palacio imperial, le preguntó con viva impaciencia si estaba ya cerca la novia del rey Fernando, sobrina del emperador. Respondióle aquel que tal sobrina no era del viage ni habia oido hablar de novia ni de casamiento. Tomando entonces Fernan-Nuñez en su ademan un compuesto y misterioso semblante, atribuyó la respuesta del prefecto imperial ó á estudiado disimulo ó á que no estaba en el importante secreto. No dejan estos hechos por leves que parezcan de pintar

los hombres que con su obcecacion dieron motivo á grandes y trascendentales acontecimientos.

Lejos Murat de contribuir con su conducta á ofuscar á los ministros del rey, obraba de manera que mas bien ayudaba al desengaño que á mantener la lisonjera ilusion. Continuaba siempre en sus tratos con la reina de Etruria y los reyes padres, no ocupándose en reconocer á Fernando, ni en hacerle siquiera una visita de mera ceremonia y cumplido. A pesar de su desvío bastaba que mostrase el menor deseo para que los ministros del nuevo rey se afanasen por complacerle y servirle. Asi fue que habiendo manifestado á Don Pedro Cevallos cuánto le agradaria tener en su poder la espada de Francisco I° depositada en la real armería, le fue al instante entregada en 4 de abril, siendo llevada con gran pompa y acompañamiento y presentada por el marqués de Astorga en calidad de caballerizo mayor. Al par que en sus anteriores procedimientos se portó en este paso el gobierno español débil y sumisamente, el francés dejó ver estrecheza de ánimo en una demanda agena de una nacion famosa por sus hazañas y glorias militares, como si los triunfos de Pavía y el inmortal trofeo ganado en buena guerra, y que adquirieron á España sus ilustres hijos Diego de Avila y Juan de Urbieta, pudieran nunca borrarse de la memoria de la posteridad.

Entrega de la espada de Francisco I.

Napoleon no estaba del todo satisfecho de la conducta de Murat. En una carta que le escribió en 29 de marzo le manifestaba sus temores, y con diestra y profunda mano le trazaba cuanto habia complicado los negocios el acontecimiento de Aranjuez *. Este documento, si fue escrito del modo que despues se ha publicado, muestra el acertado tino y extraordinaria prevision del emperador francés, y que la precipitacion y equivocados informes de Murat perjudicaron muy mucho al pronto y feliz éxito de su empresa. Sin embargo además de las instrucciones que aparecen por la citada carta, debió de haber otras por el mismo tiempo que indicasen ó expresasen mas claramente la idea de llevar á Francia los príncipes de la real familia; pues Murat siguiendo en aquel propósito y no atreviéndose á insistir inmediatamente en sus anteriores insinuaciones de que Fernando fuese al encuentro de Napoleon, propuso como muy oportuna la salida al efecto del infante Don Cárlos, en lo cual conviniendo sin dificultad la corte, partió el infante el 5 de abril. No habian pasado muchos dias ni aun tal vez horas cuando Murat poco á poco volvió á renovar sus ruegos para que el rey Fernando se pusiese tambien en camino y halagase con tan amistoso paso á su amigo el emperador Napoleon. El embajador francés apoyaba lo mismo y con particular eficacia, habiendo en fin claramente descubierto que la política de su amo en los asuntos de España era muy otra de la que antes se habia figurado.

Carta de Napoleon á Murat: viage del infante Don Cárlos.

(* Ap. n. 14.)

Llegada á Madrid del general Savary.

Pero viendo el rey Fernando que su hermano el infante no habia encontrado en Burgos á Napoleon y proseguia adelante sin saber cuál seria el término de su viage, vacilaba todavia en su resolucion. Sus consejeros andaban divididos en sus dictámenes : Cevallos se oponia á la salida del rey hasta tanto que supiera de oficio la entrada en España del emperador francés. Escoiquiz constante en su desvarío sostenia con empeño el parecer contrario, y á pesar de su poderoso influjo hubiera difícilmente prevalecido en el ánimo del rey, si la llegada á Madrid del general Savary no hubiese dado nuevo peso á sus razones y cambiado el modo de pensar de los que hasta entonces habian estado irresolutos é inciertos. Savary, general de division y ayudante de Napoleon, iba á Madrid con el encargo de llevar á Fernando á Bayona, adoptando para ello cuantos medios estimase convenientes al logro de la empresa. Juzgóse que era la persona mas acomodada para desempeñar tan árdua comision, encubriendo bajo un exterior militar y franco profunda disimulacion y astucia. Apenas, por decirlo asi, apeado, solicitó audiencia particular de Fernando, la cual concedida manifestó con aparente sinceridad « que venia de parte del « emperador para cumplimentar al rey y saber de S. M. única« mente si sus sentimientos con respecto á la Francia eran confor« mes con los del rey su padre, en cuyo caso el emperador pres« cindiendo de todo lo ocurrido no se mezclaria en nada de lo interior « del reino, y reconoceria desde luego á S. M. por rey de España « y de las Indias. » Fácil es acertar con la contestacion que daria una corte no ocupada sino en alcanzar el reconocimiento del emperador de los franceses. Savary anunció la próxima llegada de su soberano á Bayona, de donde pasaria á Madrid, insistiendo poco despues en que Fernando saliese á recibirle, con cuya determinacion probaria su particular anhelo por estrechar la antigua alianza que mediaba entre ambas naciones, y asegurando qne la ausencia seria tanto menos larga cuanto que se encontraria en Burgos con el mismo emperador. El rey, vencido con tantas promesas y palabras, resolvió al fin condescender con los deseos de Savary, sostenido y apoyado por los mas de los ministros y consejeros españoles.

Cierto que el paso del general francés hubiera podido hacer titubear al hombre mas tenaz y firme si otros indicios poderosos no hubieran contrapesado su aparente fuerza. Ademas era sobrada precipitacion, antes de saberse el viage de Napoleon á España de un modo auténtico y de oficio, exponer la dignidad del rey á ir en busca suya, habiéndose hasta entonces comunicado su venida solo de palabra é indirectamente. Con mayor lentitud y circunspeccion hubiera convenido proceder en negocio en que se interesaban el decoro del rey, su seguridad y la suerte de la nacion, principalmente cuando tantas perfidias habian precedido, cuando Murat tenia conducta tan sospechosa, y cuando en vez de reconocer á

Fernando cuidaba solamente de continuar sus secretos manejos con la antigua corte. Mas el deslumbrado Escoiquiz proseguia no viendo las anteriores perfidias, y achacaba las intrigas de Murat á actos de pura oficiosidad, contrarios á las intenciones de Napoleon. Sordo á la voz del pueblo, sordo al consejo de los prudentes, sordo á lo mismo que se conversaba en todo el ejército extrangero, en corrillos y plazas, se mantuvo porfiadamente en su primer dictámen y arrastró al suyo á los mas de los ministros, dando al mundo la prueba mas insigne de terca y desvariada presuncion, probablemente aguijada por ardiente deseo de ambiciosos crecimientos.

Aviso de Hervas.

Hubo aun para recelarse el que Don José Martinez de Hervas, quien como español y por su conocimiento en la lengua nativa habia venido en compañía del general Savary, avisó que se armaba contra el rey alguna celada, y que obraria con prudente cautela desistiendo del viage ó difiriéndole. Pero ¡oh colmo de ceguedad! los mismos que desacordadamente se fiaban en las palabras de un extrangero, del general Savary, tuvieron por sospechosa la loable advertencia del leal español. Y como si tantos indicios no bastasen, el mismo Savary dió ocasion á nuevos recelos con pedir de órden del emperador que se pusiese en libertad al enemigo declarado é implacable del nuevo gobierno, al odiado Godoy. Incomodó sin embargo la intempestiva solicitud, y hubiera tal vez perjudicado al resuelto viage, si el francés á ruego del Infantado y Ofarril no hubiera abandonado su demanda.

10 de abril, salida del rey para Burgos.

Firmes pues en su propósito los consejeros de Fernando y conducidos por un hado adverso, señalaron el dia 10 de abril para su partida, en cuyo dia salió S. M. tomando el camino de Somosierra para Burgos. Iban en su compañía Don Pedro Cevallos ministro de estado, los duques del Infantado y San Cárlos, el marqués de Muzquiz, Don Pedro Labrador, Don Juan de Escoiquiz, el capitan de guardias de corps conde de Villariezo, y los gentiles hombres de cámara marqués de Ayerbe, de Guadalcázar, y de Feria. La víspera habia escrito Fernando á su padre pidiéndole una carta para el emperador con súplica de que asegurase en ella los buenos sentimientos que le asistian, queriendo seguir las mismas relaciones de amistad y alianza con Francia que se habian seguido en su anterior reinado. Cárlos IV ni le dió la carta, ni le contestó, con achaque de estar ya en cama: precursora señal de lo que en secreto se proyectaba.

Nombramiento de una junta suprema.

Antes de su salida dispuso el rey Fernando que se nombrase una junta suprema de gobierno presidida por su tio el infante Don Antonio y compuesta de los ministros del despacho, quienes á la sazon eran Don Pedro Cevallos de estado, que acompañaba al rey; Don Francisco Gil y Lemus de marina; Don Miguel José de Azanza de hacienda; Don Gonzalo Ofarril de guerra, y Don Sebastian Piñuela de gracia y justicia.

Esta junta segun las instrucciones verbales del rey debia entender en todo lo gubernativo y urgente, consultando en lo demas con S. M.

En tanto que el rey con sus consejeros va camino de Bayona, será bien que nos detengamos á considerar de nuevo resolucion tan desacertada. La pintura triste que para disculparse traza Escoiquiz, en su obra acerca de la situacion del reino, seria juiciosa si en aquel caso se hubiese tratado de medir las fuerzas militares de España y sus recursos pecuniarios con los de Francia, á la manera de una guerra de ejército á ejercito y de gobierno á gobierno. Le estaba bien al príncipe de la Paz calcular fundado en aquellos datos como quien no tenia el apoyo nacional; mas la posicion de Fernando era muy otra, siendo tan extraordinario el entusiasmo en favor suyo que un ministro hábil y entendido no debia en aquel caso dirigirse por las reglas ordinarias de la fria razon, sino contar con los esfuerzos y patriotismo de la nacion entera, la cual se hubiera alzado unánimemente á la voz del rey, para defender sus derechos contra la usurpacion extrangera; y las fuerzas de una nacion levantada en cuerpo son tan grandes é incalculables á los ojos de un verdadero estadista, como lo son las fuerzas vivas á las del mecánico. Asi lo pensaba el mismo Napoleon, quien en la carta á Murat del 29 de marzo arriba citada decia: « La revolucion de 20 de marzo prueba que hay energía en los es- « pañoles. Habrá que lidiar contra un pueblo nuevo lleno de valor, « y con el entusiasmo propio de hombres á quienes no han gastado « las pasiones políticas... » Y mas abajo... « Se harán levanta- « mientos en masa que eternizarán la guerra... » Acertado y perspicaz juicio que forma pasmoso contraste con el superficial y poco atinado de Escoiquiz y sus secuaces. Era ademas dar sobrada importancia á un paso de puro ceremonial para concebir la idea que la politica de un hombre como Napoleon en asunto de tal cuantia hubiera de moderarse ó alterarse por encontrar al rey algunas leguas mas ó menos lejos; antes bien era propio para encender su ambicion un viage que mostraba imprevision y extremada debilidad. Se cede á veces en política á un acto de fortaleza heróica, nunca á míseros y menguados ruegos.

Sobre el viage del rey.

El rey en su viage fue recibido por las ciudades, villas y lugares del tránsito con inexplicable gozo, haciendo á competencia sus moradores las demostraciones mas señaladas de la lealtad y amor que los inflamaban. Entró en Burgos el 12 de abril sin que hubiese alli ni mas lejos noticia del emperador francés. Deliberóse en aquella ciudad sobre el partido que debia tomarse, de nuevo reiteró sus promesas y artificios el general Savary, y de nuevo se determinó que prosiguiese el rey su viage á Vitoria. Y he aqui que los mismos y mal aventurados consejeros que, sin tratado alguno ni formal negociacion, y solo por

Llega el rey el 12 de abril á Burgos.

meras é indirectas insinuaciones, habian llevado á Fernando hasta Burgos, le llevan tambien á Vitoria, y le traen de monte en valle y de valle en monte en busca de un soberano extrangero, mendigando con desdoro su reconocimiento y ayuda; como si uno y otro fuera necesario y decoroso á un rey que, habiendo subido al solio con universal consentimiento, afianzaba su poder y legitimidad sobre la sólida é incontrastable base del amor y unánime aprobacion de sus pueblos.

Llegó el rey á Vitoria el 14. Napoleon, que habia permanecido en Burdeos algunos dias, salió de allí á Bayona, en donde entró en la noche del 14 al 15, de lo que noticioso el infante Don Cárlos, hasta entonces detenido en Tolosa, pasó á aquella plaza. Savary, sabiendo que el emperador se aproximaba á la frontera, y viendo que ya no le era dado por mas tiempo continuar con fruto sus artificios si no acudia á algun otro medio, resolvió pasar á Bayona llevando consigo una carta de Fernando para Napoleon *. No tardó en recibirse la respuesta estando con ella de vuelta en Vitoria el dia 17 el mismo Savary; y la cual estaba concebida en términos que era suficiente por sí sola á sacar de su error á los mas engañados. En efecto la carta respondia á la última de Fernando, y en parte tambien á la que le habia escrito en 11 de octubre del año pasado. Sembrada de verdades expresadas con cierta dureza, no se soltaba en ella prenda que empeñase á Napoleon á cosa alguna: lo dejaba todo en dudas dando solo esperanzas sobre el ansiado casamiento. Notábase con especialidad en su contexto el injurioso aserto que Fernando «no tenia otros derechos al trono que los que le habia trasmitido «su madre:» frase altamente afrentosa al honor de la reina, y no menos indecorosa al que la escribia que ofensiva á aquel á quien iba dirigida. Pero una carta tan poco circunspecta, tan altanera y desembozada, embelesó al canónigo Escoiquiz, quien se recreaba con la vaga promesa del casamiento. Por entonces vimos lo que escribia á un amigo suyo desde Vitoria, y le faltaban palabras con que dar gracias al Todopoderoso por el feliz éxito que la carta de Napoleon pronosticaba á su viage. Realmente rayaba ya en demencia su continuada obcecacion.

Escribe Fernando á Napoleon: contesta este en 17 de abril.

(* Ap. n. 15.)

Savary auxiliado con la carta aumentó sus esfuerzos y concluyó con decir al rey: «Me dejo cortar la cabeza si al cuarto de hora de «haber llegado S. M. á Bayona no le ha reconocido el empera«dor por rey de España y de las Indias... Por sostener su em«peño empezará probablemente por darle el tratamiento de alteza; «pero á los cinco minutos le dará majestad, y á los tres dias estará «todo arreglado, y S. M. podrá restituirse á España inmediata«mente...» Engañosas y pérfidas palabras que acabaron de decidir al rey á proseguir su viage hasta Bayona.

Sin embargo hubo españoles mas desconfiados ó cautos que,

no dando crédito á semejantes promesas, propusieron varios medios para que el rey se escapase. Todavía hubiera podido conseguirse en Vitoria ponerle en salvo, aunque los obstáculos crecian de dia en dia. Los franceses habian redoblado su vigilancia, y no contentos con los 4000 hombres que ocupaban á Vitoria á las órdenes del general Verdier, habian aumentado la guarnicion especialmente con caballería enviada de Burgos. Savary tenia órden de arrebatar al rey por fuerza en la noche del 18 al 19 si de grado no se mostraba dispuesto á pasar á Francia. Cuidadoso con no faltar á su mandato, estando muy sobreaviso hacia rondar y observar la casa donde el rey habitaba. A pesar de su esmerado zelo la evasion se hubiera fácilmente ejecutado á haberse Fernando resuelto á abrazar aquel partido. Don Mariano Luis de Urquijo, que habia ido de Bilbao á cumplimentarle á su paso por Vitoria, propuso de acuerdo con el alcalde Urbina un medio para que de noche se fugase disfrazado. Hubo tambien otros y varios proyectos, mas entre todos es digno de particular mencion como el mejor y mas asequible el propuesto por el duque de Mahon. Era pues que, saliendo el rey de Vitoria por el camino de Bayona, y dando confianza á los franceses con la direccion que habia tomado, siguiera asi hasta Vergara, en cuyo pueblo abandonando la carretera real torciese del lado de Durango y se encaminase al puerto de Bilbao. Añadia el duque que la evasion seria protegida por un batallon del inmemorial del rey residente en Mondragon, y de cuya fidelidad respondia. Escoiquiz, con quien siempre nos encontraremos cuando se trate de alejar al rey de Bayona y librarle de las armadas asechanzas, dijo: « que « no era necesaria, habiendo S. M. recibido grandes pruebas de « amistad de parte del emperador. » Eran las *grandes pruebas* la consabida carta. El de Mahon no por eso dejó de insistir la misma víspera de la salida para Bayona, habiéndose aumentado las sospechas de todos con la llegada de 300 granaderos á caballo de la guardia imperial. Mas al querer hablar, poniéndole la mano en la boca, pronunció Escoiquiz estas notables palabras: « Es negocio « concluido, mañana salimos para Bayona: se nos han dado todas « las seguridades que podíamos desear. »

Tentativas ó proposiciones para que el rey se escape.

Tratóse en fin de partir. Sabedor el pueblo se agrupó delante del alojamiento del rey, cortó los tirantes de las mulas, y prorumpió en voces de amor y lealtad para que el rey escuchase sus fundados temores *. « Todo fue en vano. Apaciguándose el bullicio á duras penas, se publicó un decreto en que afirmaba el rey « estar « cierto de la sincera y cordial amistad del emperador de los franceses, y que antes de cuatro ó seis dias darian gracias á Dios y « á la prudencia de S. M. de la ausencia que ahora les inquietaba. »
Partió el rey de Vitoria el 19 de abril y en el mismo llegó

Proclama al partir el rey de Vitoria.

(* Ap. n. 16.)

Sale de Vitoria el 19 de abril.

á Irun casi solo, habiéndose quedado atras el general Savary por habérsele descompuesto el coche. Se albergó en casa del señor Olazábal sita fuera de la villa, en donde habia de guarnicion un batallon del regimiento de Africa, decidido á obedecer rendidamente las órdenes de Fernando. La providencia á cada paso parecia querer advertirle del peligro, y á cada paso le presentaba medios de salvacion. Mas un ciego instinto arrastraba al rey al horroroso precipicio. Savary tuvo tal miedo de que la importante presa se le escapase, á la misma sazon que ya la tenia asegurada, que llegó á Irun asustado y despavorido.

20 de abril, entrada del rey en Bayona.

El 20 cruzó el rey y toda la comitiva el Bidasoa, y entró en Bayona á las diez de la mañana de aquel dia. Nadie le salió á recibir al camino á nombre de Napoleon. Mas allá de San Juan de Luz encontró á los tres grandes de España comisionados para felicitar al emperador francés, quienes dieron noticias tristes, pues la víspera por la mañana habian oido al mismo de su propia boca que los Borbones nunca mas reinarian en España. Ignoramos porqué no anduvieron mas diligentes en comunicar al rey el importante aviso, que podria descansadamente haberle alcanzado en Irun: quizá se lo impidió la vigilancia de que estaban cercados. Abatió el ánimo de todos lo que anunciaron los grandes, echando tambien de ver el poco aprecio que á Napoleon merecia el rey Fernando en el modo solitario con que le dejaba aproximarse á Bayona, no habiendo salido persona alguna elevada en dignidad á cumplimentarle y honrarle, hasta que á las puertas de la ciudad misma se presentaron con aquel objeto el príncipe de Neuchatel y Duroc gran mariscal de palacio. Admiró en tanto grado á Napoleon ver llegar á Fernando sin haberle especialmente convidado á ello, que al anunciarle un ayudante su próximo arribo exclamó: « ¿Cómo?... ¿viene?... no, no es posible... » Aun no conocia personalmente á los consejeros de Fernando.

Sigue la correspondencia entre Murat y los reyes padres.

Despues de la partida del rey prosiguiendo Murat en su principal propósito de apoyar las intrigas que se preparaban en la enemistad y despecho de los reyes padres, avivó la correspondencia que con ellos habia entablado. Hasta entonces no habian conferenciado juntos, siendo sus ayudantes y la reina de Etruria el conducto por donde se entendian. Mucho desagradaron los secretos tratos de la última, á los que particularmente la arrastró el encendido deseo de conseguir un trono para su hijo, aunquè sus esfuerzos fueron vanos. En la correspondencia, despues de ocúparse en el asunto que mas interesaba á Murat y su gobierno, esto es, el de la protesta de Cárlos IV, llamó á la reina y á su esposo intensamente la atencion la desgraciada suerte de su amigo Godoy, *del pobre príncipe de la Paz*, con cuyo epíteto á cada paso se le denomina en las cartas de María Luisa. Duda el discurso al leer esta correspondencia, si es mas de

maravillar la constante pasion de la reina por el favorito, ó la ciega amistad del rey. Confundian ambos su suerte con la del desgraciado á punto que decia la reina: « Si no se salva el príncipe de la Paz, « y si no se nos concede su compañía, moriremos el rey mi marido « y yo. » Es digna de la atenta observacion de la historia mucha parte de aquella correspondencia, y señaladamente lo son algunas cartas de la reina madre. Si se prescinde del enfado y acrimonía con que estan escritas ciertas cláusulas, da su contexto mucha luz sobre los importantes hechos de aquel tiempo; y en él se pinta al vivo y con colores por desgracia harto verdaderos el carácter de varios personages de aquel tiempo. Posteriores acontecimientos nos harán ver lastimosamente con cuánta verdad y conocimiento de los originales trazó la reina María Luisa algunos de estos retratos. Los reyes padres habian desde marzo continuado en Aranjuez, teniendo para su guardia tropas de la casa real. Tambien habia fuerza francesa á las órdenes del general Watier, socolor de proteger á los reyes y continuar dando mayor peso á la idea de haberse ejercido contra ellos particular violencia en el acto de la abdicacion. El 9 de abril pasaron al Escorial por insinuacion de Murat con el intento de aproximarlos al camino de Francia. No tuvieron allí otra guardia mas que la de las tropas francesas y los carabineros reales.

Pasan los reyes padres al Escorial.

En Madrid apenas habia salido el rey cuando Murat pidió con ahinco á la junta que se le entregase á Don Manuel Godoy; afirmando que asi se lo habia ofrecido Fernando la víspera de su partida en el cuarto de la reina de Etruria: asercion tanto mas dudosa cuanto, si bien allí se encontraron, parece cierto que nada se dijeron, retenidos por no querer ni uno ni otro ser el primero á romper el silencio. Resistiéndose la juntar á dar libertad al preso, amenazó Murat con que emplearia la fuerza si al instante no se le ponia en sus manos. Afanábase por ser dueño de Godoy, considerándole necesario instrumento para influir en Bayona en las determinaciones de los reyes padres, á quienes por otra parte en las primeras vistas que tuvo con ellos en el Escorial uno de aquellos dias les habia prometido su libertad. La junta se limitó por de pronto á mandar al consejo con fecha del 13 que suspendiese el proceso intentado contra Don Manuel Godoy hasta nueva órden de S. M., á quien se consultó por medio de Don Pedro Cevallos. La posicion de la junta realmente era muy angustiada, quedando expuesta á la indignacion pública si le soltaba, ó á las iras del arrebatado Murat si le retenia. Don Pedro Cevallos contestó desde Vitoria que se habia escrito al emperador ofreciendo usar con Godoy de generosidad perdonándole la vida, siempre que fuese condenado á la pena de muerte. Bastóle esta contestacion á Murat para insistir en 20 de abril en la soltura del preso con el objeto de enviarle á Francia, y con engaño y des-

Entrega de Godoy en 20 de abril.

preciadora befa decia á su nombre el general Belliard en su oficio* : « El gobierno y la nacion española solo hallarán « en esta resolucion de S. M. I. nuevas pruebas del in-« terés que toma por la España, porque alejando al príncipe de la « Paz quiere quitar á la malevolencia los medios de creer posible « que Cárlos IV volviese el poder y su confianza al que debe ha-« berla perdido para siempre. » ¡Asi se escribia á una autoridad puesta por Fernando y que no reconocia á Cárlos IV! La junta accedió á lo último á la demanda de Murat, habiéndose opuesto con firmeza el ministro de marina Don Francisco Gil y Lemus. Mucho se motejó la condescendencia de aquel cuerpo; sin embargo eran tales y tan espinosas las circunstancias que con dificultad se hubiera podido estorbar con exito la entrega de Don Manuel Godoy. Acordada que ésta fue, se dieron las convenientes órdenes al marqués de Castelar, quien antes de obedecer, temeroso de algun nuevo artificio de los franceses, pasó á Madrid á cerciorarse de la verdad de boca del mismo infante presidente. El pundonoroso general, al oir la confirmacion de lo que tenia por falso, hizo dejacion de su destino, suplicando que no fuesen los guardias de corps quienes hiciesen la entrega, sino los granaderos provinciales. El bueno del infante le replicó « que en aquella entrega consistia el que su so-« brino fuese rey de España : » á cuya poderosa razon cedió Castelar, y puso en libertad al preso Godoy á las 11 de la noche del mismo dia 20, entregándole en manos del coronel francés Martel. Sin detencion tomaron el camino de Bayona, adonde llegó Godoy con la escolta francesa el 26, habiéndosele reunido poco despues su hermano Don Diego. Se albergó aquel en una quinta que le estaba preparada á una legua de la ciudad, y á poco tuvo con Napoleon una larga conferencia. El rey si bien no desaprobó la conducta de la junta, tampoco la aplaudió, elogiando de propósito al consejo que se habia opuesto á la entrega. En asunto de tanta gravedad procuraron todos sincerar su modo de proceder; entre ellos se señaló el marqués de Castelar, apreciable y digno militar, quien envió para informar al rey no menos que á tres sugetos, á su segundo el brigadier Don José Palafox, á su hijo el marqués de Belveder y al ayudante Butron. Asi y como milagrosamente se libró Godoy de una casi segura y desastrada muerte.

(* Ap. n. 17.)

Quejas y tentativas de Murat.

En todos aquellos dias no habia cesado Murat de incomodar y acosar á la junta con sus quejas é infundadas reclamaciones. El 16 habia llamado á Ofarril para lamentarse con acrimonia ó ya de asesinatos, ó ya de acopios de armas que se hacian en Aragon. Eran éstos meros pretextos para encaminar su plática á asunto mas serio. Al fin le declaró el verdadero objeto de la conferencia. Era pues que el emperador no reconocia en España otro rey sino á Cárlos IV, y que habiendo para ello recibido órdenes suyas iba á publicar una proclama que manuscrita

le dió á leer. Se suponia extendida por el rey padre, asegurando en ella haber sido forzada su abdicacion, como asi se lo habia comunicado á su aliado el emperador de los franceses, con cuya aprobacion y arrimo volveria á sentarse en el solio. Absorto Ofarril con lo que acababa de oir informó de ello á la junta, la cual de nuevo comisionó al mismo en compañía de Azanza para apurar mas y mas las razones y el fundamento de tan extraña resolucion. Murat acompañado del conde de Laforest se mantuvo firme en su propósito, y solo consintió en aguardar la última contestacion de la junta que verbalmente y por los mismos encargados respondió : «1° que « Cárlos IV y no el gran duque debia comunicarle su determinacion; « 2° que comunicada que le fuese se limitaria á participarla á Fer« nando VII ; y 3° pedia que, estando Cárlos IV próximo á salir « para Bayona, se guardase el mayor secreto y no ejerciese duran« te el viage ningun acto de soberanía. » En seguida pasó Murat al Escorial, y poniéndose de acuerdo con los reyes padres * escribió Cárlos IV á su hermano el infante Don Antonio una carta en la que aseguraba haber sido forzada su abdicacion del 19 de marzo, y que en aquel mismo dia habia protestado solemnemente contra dicho acto. Ahora reiteraba su primera declaracion confirmando provisionalmente á la junta en su autoridad como igualmente á todos los empleados nombrados desde el 19 de marzo último, y anunciaba su próxima salida para ir á encontrarse con su aliado el emperador de los franceses. Es digno de reparo que en aquella carta expresase Cárlos IV haber protestado solemnemente el 19, cuando despues dató su protesta del 21, cuya fecha ya antes advertimos envolvia contradiccion con cartas posteriores escritas por el mismo monarca. Prueba notable y nueva de la precipitacion con que en todo se procedió, y del poco concierto que entre sí tuvieron los que arreglaron aquel negocio; puesto que, fuera la protesta extendida en el dia de la abdicacion ó fuéralo despues, siendo Cárlos IV y sus confidentes los dueños y únicos sabedores de su secreto, hubieran por lo menos debido coordinar unas fechas cuya contradiccion habia de desautorizar acto de tanta importancia, mayormente cuando la legitimidad ó fuerza de la protesta no dimanaba de que se hubiese realizado el 19, el 21, ó el 23, sino de la falta de libre voluntad con que aseguraban ellos habia sido dada la abdicacion. Respecto de lo cual, como se habia verificado en medio de conmociones y bullicios populares, solo Cárlos IV era el único y competente juez, y no habiendo variado su situacion en los tres dias sucesivos á punto que pudiera atribuirse su silencio á completa conformidad, siempre estaba en el caso de alegar fundadamente que cercado de los mismos riesgos no habia osado extender por escrito un acto que descubierto hubiera sobremanera comprometido su persona y la de su esposa. En nada de eso pensaron; creye-

(* Ap. n. 18) Reclama Cárlos IV la corona, y anuncia su viage á Bayona.

ron de mas al parecer detenerse en cosas que imaginaron leves, bastándoles la protesta para sus premeditados fines. Cárlos IV, despues de haber remitido igual acto á Napoleon, en compañía de la reina y de la hija del príncipe de la Paz se puso en camino para Bayona el dia 25 de abril, escoltado por tropas francesas y carabineros reales, los mismos que le habian hecho la guardia en el Escorial. Fácil es figurarse cuán atribulados debieron quedar el infante y la junta con novedades que obscurecian y encapotaban mas y mas el horizonte político.

Inquietud en Madrid.

La salida de Godoy, las conferencias de Murat con los reyes padres, la arrogancia y modo de explicarse de gran parte de los oficiales franceses y de su tropa, aumentaban la irritacion de los ánimos, y á cada paso corria riesgo de alterarse la tranquilidad pública de Madrid y de los pueblos que ocupaban los extrangeros. Un incidente agravó en la capital estado tan crítico. Murat habia ofrecido á la junta guardar reservada la protesta de Cárlos IV, pero á pesar de su promesa no tardó en faltar á ella, ó por indiscrecion propia, ó por el mal entendido zelo de sus subalternos. El dia 20 de abril se presentó al consejo el impresor Eusebio Alvarez de la Torre para avisarle que dos agentes franceses habian estado en su casa con el objeto de imprimir una proclama de Cárlos IV. Ya habia corrido la voz por el pueblo, y en la tarde hubiera habido una grande conmocion, si el consejo de antemano no hubiese enviado al alcalde de casa y corte Don Andrés Romero, quien sorprendió á los dos franceses Funiel y Ribat con las pruebas de la proclama. Quiso el juez arrestarlos, mas ni consintieron ellos en ir voluntariamente, ni en declarar cosa alguna sin órden prévia de su gefe el general Grouchi gobernador francés de Madrid. Impaciente el pueblo se agolpó á la imprenta, y temiendo el alcalde que al sacarlos fuesen dichos franceses víctimas del furor popular, los dejó allí arrestados hasta la determinacion del consejo, el cual, no osando tomar sobre sí la resolucion, acudió á la junta que, no queriendo tampoco comprometerse, dispuso ponerlos en libertad, exigiendo solamente de Murat nueva promesa de que en adelante no se repetirian iguales tentativas. Tan débiles é irresolutas andaban las dos autoridades en quienes se libraba entónces la suerte y el honor nacional. La libertad de Godoy y el caso sucedido en la imprenta, al parecer poco importante, fueron acontecimientos que muy particularmente indispusieron el espíritu público contra los franceses. En el último claramente aparecia el deseo de reponer en el trono á Cárlos IV, y renovar asi las crueles y recientes llagas del anterior reinado; y con el primero se arrancaba de manos de la justicia y se daba suelta al objeto odiado de la nacion entera.

Alboroto en Toledo.

No se circunscribia á Madrid la pública inquietud. En Toledo el dia 21 de abril se turbó tambien la tranquilidad por la imprudencia del ayudante general Marcial Tomas,

que habia salido enviado á aquella ciudad con el objeto de disponer alojamientos para la tropa francesa. Explicábase sin rebozo contra el ensalzamiento de Fernando VII, afirmando que Napoleon habia decidido restablecer en el trono á Cárlos IV. Esparcidos por el vecindario semejantes rumores, se amotinó el pueblo agavillándose en la plaza de Zocodover, y paseando armado por las calles el retrato de Fernando, á quien todos tenian que saludar ó acatar, fueran franceses ó españoles. La casa del corregidor Don José Joaquin de Santa María, y las de los particulares Don Pedro Segundo y Don Luis del Castillo fueron acometidas y públicamente quemados sus muebles y efectos, achacándose á estos sujetos afecto al valido y á Cárlos IV: crímen entónces muy grave en la opinion popular. Duró el tumulto dos dias. Le apaciguó el cabildo y la llegada del general Dupont, quien con la suficiente fuerza pasó el 26 de Aranjuez á aquella ciudad. Iguales ruidos y alborotos hubo en Burgos por aquellos dias de resultas de haber detenido los franceses á un correo español. El intendente marqués de la Granja estuvo muy cerca de perecer á manos del populacho, y hubo con esta ocasion varios heridos.

En Burgos.

Apoyado en aquellos tumultos provocados por la imprudencia ú osadía francesa, y seguro por otra parte de que Fernando habia atravesado la frontera, levantó Murat su imperioso y altanero tono, encareciendo agravios é importunando con sus peticiones. Guardaba con la junta, autoridad suprema de la nacion, tan poco comedimiento que en ocasiones graves procedia sin contar con su anuencia. Asi fue que queriendo Bonaparte congregar en Bayona una diputacion de españoles, para que en tierra extraña tratase de asuntos interiores del reino, á manera de la que antes habia reunido en Leon respecto de Italia; y habiendo Murat comunicado dicha resolucion á la junta gubernativa á fin de que nombrase sugetos y arreglase el modo de convocacion; al tiempo que esta en medio de sus angustias entraba en deliberacion acerca de la materia, llegó á su noticia que el gran duque Murat habia por sí escojido al intento ciertas personas, quienes, rehusando pasar á Francia sin órden ó pasaporte de su gobierno, le obligaron á dirigirse á la misma junta para obtenerlos. Diólos aquella, creciendo en debilidad á medida que el francés crecia en insolencia.

Conducta altanera de Murat.

Mas adelante volveremos á hablar de la reunion que se indicaba para Bayona. Ahora conviene que paremos nuestra atencion en la conducta de la junta suprema, autoridad que quedó al frente de la nacion y la gobernó hasta que grandes y gloriosos levantamientos limitaron su flaca dominacion á Madrid y puntos ocupados por los franceses. A pesar de no haber sido su mando muy duradero varió en su composicion, ya por el número de sugetos que despues se le agregaron, ya por la mudanza y alteracion sustancial que experimentó al en-

Conducta de la junta y medidas que propone.

trar Murat á presidirla. Nos ceñiremos por de pronto al espacio de su gobernacion que comprende hasta los primeros dias de mayo, en cuyo tiempo se componia de las personas antes indicadas bajo la presidencia del infante Don Antonio, asistiendo con frecuencia á sus sesiones el príncipe de Castelfranco, el conde de Montarco y Don Arias Mon gobernador del consejo. Se agregaron en 1° de mayo por resolucion de la misma junta todos los presidentes y decanos de los consejos, y se nombró por secretario al conde de Casavalencia. En su difícil y ardua posicion hostigada de un lado por un gefe extrangero impetuoso y altivo, y reprimida de otro con las incertidumbres y contradicciones de los que habian acompañado al rey á Bayona, puede encontrar disculpa la flojedad y desmayo con que generalmente obró durante todos aquellos dias. Hubiérase tambien achacado su indecision al modo restricto con que Fernando la habia autorizado á su partida, si Don Pedro Cevallos no nos hubiera dado á conocer que para acudir al remedio de aquel olvido ó falta de prevision, se le habia enviado á dicha junta desde Bayona una real orden para « que ejecutase cuanto « convenia al servicio del rey y del reino, y que al efecto usase « de todas las facultades que S. M. desplegaria si se hallase dentro « de sus estados. » Parece ser que el decreto fue recibido por la junta, y en verdad que con él tenia ancho campo para proceder sin trabas ni miramiento. Sin embargo constante en su timidez é irresolucion no se atrevió á tomar medida alguna vigorosa sin consultar de nuevo al rey. Fueron despachados con aquel objeto á Bayona Don Evaristo Perez de Castro y Don José de Zayas : llegó el primero sin tropiezo á su destino : detúvose al segundo en la raya. Susurróse entonces que una persona bien enterada del itinerario del último lo habia revelado para entorpecer su mision : no fue asi con Perez de Castro, quien encubrió á todos el camino ó extraviada vereda que llevaba. La junta remitia por dichos comisionados cuatro preguntas acerca de las cuales pedia instrucciones. « 1ª Si convenia autorizar á la junta á sustituirse en caso necesa- « rio en otras personas, las que S. M. designase, para que se tras- « ladasen á parage en que pudiesen obrar con libertad, siempre « que la junta llegase á carecer de ella. 2ª Si era la voluntad de « S. M. que empezasen las hostilidades, el modo y tiempo de po- « nerlo en ejecucion. 3ª Si debia ya impedirse la entrada de nue- « vas tropas francesas en España, cerrando los pasos de la fron- « tera. 4ª Si S. M. juzgaba conducente que se convocasen las « córtes, dirijiendo su real decreto al consejo, y en defecto de « este (por ser posible que al llegar la respuesta de S. M. no es- « tuviera ya en libertad de obrar) á cualquiera chancillería ó au- « diencia del reino. »

Preguntas eran estas con que mas bien daba indicio la junta de querer cubrir su propia responsabilidad, que de desear su aproba-

cion. Con todo habiendo dentro de su seno individuos sumamente adictos al bien y honor de su patria, no pudieron menos de acordarse con oportunidad algunas resoluciones, que ejecutadas con vigor hubieran sin duda influido favorablemente en el giro de los negocios. Tal fue la de nombrar una junta que sustituyese á la de Madrid, llegado el caso de carecer esta de libertad. Propuso tan acertada providencia el firme y respetable Don Francisco Gil y Lemus, impelido y alentado por una reunion oculta de buenos patriotas que se congregaban en casa de su sobrino Don Felipe Gil Taboada. Fueron los nombrados para la nueva junta el conde de Ezpeleta capitan general de Cataluña que debia presidirla, Don Gregorio García de la Cuesta capitan general de Castilla la Vieja, el teniente general Don Antonio de Escaño, Don Gaspar Melchor de Jovellanos, y en su lugar y hasta tanto que llegase de Mallorca, Don Juan Perez Villamil, y Don Felipe Gil Taboada. El punto señalado para su reunion era Zaragoza, y el último de los nombrados salió para dicha ciudad en la mañana misma del aciago 2 de mayo, en compañía de Don Damian de la Santa que debia ser secretario. Luego veremos cómo se malogró la ejecucion de tan oportuna medida.

Creacion de una junta que la sustituya.

Los individuos que en la junta de Madrid propendian á no exponer á riesgo sus personas abrazando un activo y eficaz partido, se apoyaban en el mismo titubear de los ministros y consejeros de Bayona, quienes ni entre sí andaban acordes, ni sostenian con uniformidad y firmeza lo que una vez habian determinado. Hemos visto antes como Don Pedro Cevallos habia expedido un decreto autorizando á la junta para que obrase sin restriccion ni traba alguna; de lo que hubiéramos debido inferir cuán resuelto estaba á sobrellevar con fortaleza los males que de aquel decreto pudieran originarse á su persona y á los demas españoles que rodeaban al rey. Pues era tan al contrario que el mismo Don Pedro envió á decir á la junta en 23 de abril por Don Justo Ibarnavarro oidor de Pamplona, que llegó á Madrid en la noche del 29*, « que no se hiciese novedad « en la conducta tenida con los franceses, para evitar funestas conse« cuencias contra el rey y cuantos españoles (porque no se olvida« ban) acompañaban á S. M. » El mencionado oidor, despues de contar lo que pasaba en Bayona, tambien anunció de parte de S. M. « que estaba resuelto á perder primero la vida que á acceder á una « inicua renuncia... y que con esta seguridad procediese la junta: » asercion algun tanto incompatible con el encargo de Don Pedro Cevallos. Siendo tan grande la vacilacion de todos, siendo tantas y tan frecuentes sus contradicciones, fue mas fácil que despues cada uno descargase su propia responsabilidad, echándose recíprocamente la culpa. Por consiguiente si en este primer tiempo procedió la junta de Madrid con duda y perplejidad, las circunstancias eran harto

Llegada á Madrid de Don Justo Ibarnavarro.

(* Ap. n. 19.)

graves para que no sea disimulable su indecisa y á veces débil conducta, examinándola á la luz de la rigurosa imparcialidad.

Posicion de los franceses en Madrid.

La fuerte y hostil posicion de los franceses era tambien para desalentar al hombre mas brioso y arrojado. Tenian en Madrid y sus alrededores 25,000 hombres, ocupando el Retiro con numerosa artillería. Dentro de la capital estaba la guardia imperial de á pie y de á caballo con una division de infantería mandada por el general Musnier, y una brigada de caballería. Las otras divisiones del cuerpo de observacion de las costas del océano, á las órdenes del mariscal Moncey, se hallaban acantonadas en Fuencarral, Chamartin, convento de San Bernardino, Posuelo y la Casa de Campo. En Aranjuez, Toledo y el Escorial habia divisiones del cuerpo de Dupont, de suerte que Madrid estaba ocupado y circundado por el ejército extrangero, al paso que la guarnicion española constaba de poco mas de 3000 hombres, habiéndose insensiblemente disminuido desde los acontecimientos de marzo. Mas el vecindario, en lugar de contener y reprimir su disgusto, le manifestaba cada dia mas á cara descubierta y sin poner ya límites á su descontento. Eran extraordinarias la impaciencia y la agitacion, y ora delante de la imprenta real para aguardar la publicacion de una gaceta, ora delante de la casa de correos para saber noticias, se veian constantemente grupos de gente de todas clases. Los empleados dejaban sus oficinas, los operarios sus talleres, y hasta el delicado sexo sus caseras ocupaciones para acudir á la puerta del Sol y sus avenidas, ansiosos de satisfacer su noble curiosidad: interés loable y señalado indicio de que el fuego patrio no se habia aun extinguido en los pechos españoles.

Revistas de Murat.

Murat por su parte no omitia ocasion de ostentar su fuerza y sus recursos para infundir pavor en el ánimo de la desasosegada multitud. Todos los domingos pasaba revista de sus tropas en el paseo del Prado, despues de haber oido misa en el convento de Carmelitas descalzos calle de Alcalá. La demostracion religiosa acompañada de la estrepitosa reseña, lejos de conciliar los ánimos ó de arredrarlos, los llenaba de enfado y enojo. No se creia en la sinceridad de la primera tachándola de impío fingimiento, y se veia en la segunda el deliberado propósito de insultar y de atemorizar con estudiada apariencia á los pacíficos, si bien ofendidos moradores. De una y otra parte fue creciendo la irritacion siendo por ambas extremada. El español tenia á vilipendio el orgullo y desprecio con qne se presentaba el extrangero, y el soldado francés temeroso de una oculta trama anhelaba por salir de su situacion penosa, vengándose de los desaires que con frecuencia recibia. A tal punto habia llegado la agitacion y la cólera, que al volver Murat el domingo 1° de mayo de su acostumbrada revista, y á su paso por la puerta del Sol, fue escarnecido y silbado con escándalo de su comitiva por el numeroso pueblo que allí á la sazon se encontraba. Se-

mejante estado de cosas era demasiado violento para que se prolongase sin haber de ambas partes un abierto y declarado rompimiento. Solo faltaba oportuna ocasion, la cual desgraciadamente se ofreció muy luego.

Pide la salida para Francia del infante Don Francisco y reina de Etruria.

El 30 de abril presentó Murat una carta de Cárlos IV para que la reina de Etruria y el infante Don Francisco pasasen á Bayona. Se opuso la junta á la partida del infante, dejando á la reina que obrase segun su deseo. Reiteró Murat el 1° de mayo la demanda acerca del infante, tomando á su cuidado evitar á la junta cualquiera desazon ó responsabilidad. Tratóse largamente en ella si se habia ó no de acceder: los pareceres anduvieron muy divididos, y hubo quien propuso resistir con la fuerza. Consultóse acerca del punto con Don Gonzalo Ofarril como ministro de la guerra, quien trazó un cuadro en tal manera triste, si bien cierto, de la situacion de Madrid apreciada militarmente, que no solo arrastró á su opinion la de la mayoría, sino que tambien se convino en contener con las fuerzas nacionales cualquiera movimiento del pueblo. Hasta ahora la junta habia sido débil é indecisa: en adelante menos atenta á sus sagrados deberes irá poco á poco uniéndose y estrechándose con el orgulloso invasor. Resuelto pues el viage de la reina de Etruria conforme á su libre voluntad, y el del infante Don Francisco por consentimiento de la junta, se señaló la mañana siguiente para su partida.

2 de mayo.

Amaneció en fin el 2 de mayo, dia de amarga recordacion, de luto y desconsuelo, cuya dolorosa imágen nunca se borrará de nuestro afligido y contristado pecho. Un préságo é inexplicable desasosiego pronosticaba tan aciago acontecimiento, ó ya por aquel presentir oscuro que á veces antecede á las grandes tribulaciones de nuestra alma, ó ya mas bien por la esparcida voz de la próxima partida de los infantes. Esta voz y la suma inquietud excitada por la falta de dos correos de Francia, habian llamado desde muy temprano á la plazuela de palacio numeroso concurso de hombres y mugeres del pueblo. Al dar las nueve subió en un coche con sus hijos la reina de Etruria, mirada mas bien como princesa extrangera que como propia, y muy desamada por su continuo y secreto trato con Murat: partió sin oponérsele resistencia. Quedaban todavía dos coches, y al instante corrió por la multitud que estaban destinados al viage de los dos infantes Don Antonio y Don Francisco. Por instantes crecia el enojo y la ira, cuando al oir de la boca de los criados de palacio que el niño Don Francisco lloraba y no queria partir, se enternecieron todos, y las mugeres prorumpieron en lamentos y sentidos sollozos. En este estado y alterados mas y mas los ánimos, llegó á palacio el ayudante de Murat Mr. Augusto Lagrange encargado de ver lo que alli pasaba, y de saber si la inquietud popular ofrecia fundados temores de alguna conmocion grave. Al ver al ayudante, conocido

como tal por su particular uniforme, nada grato á los ojos del pueblo, se persuadió este que era venido allí para sacar por fuerza á los infantes. Siguióse un general susurro, y al grito de una mugerzuela : *que nos los llevan!* fue embestido Mr. Lagrange por todas partes, y hubiera perecido á no haberle escudado con su cuerpo el oficial de walonas Don Miguel Desmaisieres y Flores; mas subiendo de punto la gritería y ciegos todos de rabia y desesperacion, ambos iban á ser atropellados y muertos si afortunadamente no hubiera llegado á tiempo una patrulla francesa que los libró del furor de la embravecida plebe. Murat prontamente informado de lo que pasaba envió sin tardanza un batallon con dos piezas de artillería : la proximidad á palacio de su alojamiento facilitaba la breve ejecucion de su órden. La tropa francesa, llegada que fue al parage de la reunion popular, en vez de contener el alboroto en su origen, sin prévio aviso ni determinacion anterior, hizo una descarga sobre los indefensos corrillos, causando asi una general dispersion, y con ella un levantamiento en toda la capital, porque derramándose con celeridad hasta los mas distantes barrios los prófugos de palacio, cundió con ellos el terror y el miedo, y en un instante y como por encanto se sublevó la poblacion entera.

Acudieron todos á buscar armas, y con ansia á falta de buenas se aprovechaban de las mas arrinconadas y enmohecidas. Los franceses fueron impetuosamente acometidos por do quiera que se les encontraba. Respetáronse en general los que estaban dentro de las casas ó iban desarmados: y con vigor se ensañaron contra los que intentaban juntarse con sus cuerpos ó hacian fuego. Los hubo que arrojando las armas é implorando clemencia se salvaron y fueron custodiados en parage seguro. ¡ Admirable generosidad en medio de tan ciego y justo furor! El gentío era inmenso en la calle Mayor, de Alcalá, de la Montera y de las Carretas. Durante algun tiempo los franceses desaparecieron, y los inexpertos madrileños creyeron haber alcanzado y asegurado su triunfo; pero desgraciadamente fue de corta duracion su alegría.

Los extrangeros prevenidos de antemano, y estando siempre en vela, recelosos por la pública agitacion de una populosa ciudad, apresuradamente se abalanzaron por las calles de Alcalá y carrera de San Gerónimo barriéndola con su artillería, y arrollando á la multitud la caballería de la guardia imperial á las órdenes del gefe de escuadron Daumesnil. Señaláronse en crueldad los lanceros polacos y los mamelucos, los que conforme á las órdenes de los generales de brigada Guillot y Daubrai forzaron las puertas de algunas casas, ó ya porque desde dentro hubiesen tirado, ó ya porque asi lo fingieron para entrarlas á saco y matar á cuantos se les presentaban. Asi asaltando entre otras la casa del duque de Hijar en la carrera de San Gerónimo arcabucearon delante de sus puertas al anciano portero. Estuvieron tambien

próximos á experimentar igual suerte el marqués de Villamejor y el conde de Talara, aunque no habian tomado parte en la sublevacion. Salváronlos sus alojados. El pueblo combatido por todas partes fue rechazado y disperso, y solo unos cuantos siguieron defendiéndose y aun atacaron con sobresaliente bizarría. Entre ellos los hubo que vendiendo caras sus vidas se arrojaron en medio de las filas francesas hiriendo y matando hasta dar el postrer aliento : hubo otros que parapetándose en las esquinas de las calles iban de una en otra haciendo continuado y mortífero fuego : algunos tambien en vez de huir aguardaban á pie firme, ó asestaban su último y furibundo golpe contra el gefe ú oficial conocido por sus insignias. ¡ Estériles esfuerzos de valor y personal denuedo!

La tropa española permanecia en sus cuarteles por órden de la junta y del capitan general Don Francisco Javier Negrete, furiosa y encolerizada, mas retenida por la disciplina. Entretanto paisanos sin resguardo ni apoyo se precipitaron al parque de artillería, en el barrio de las Maravillas, para sacar los cañones y resistir con mas ventaja. Los artilleros andaban dudosos en tomar ó no parte con el pueblo, á la misma sazon que cundió la voz de haber sido atacado por los franceses uno de los otros cuarteles. Decididos entonces y puestos al frente Don Pedro Velarde y D. Luis Daoiz, abrieron las puertas del parque, sacaron tres cañones y se dispusieron á rechazar el enemigo, sostenidos por los paisanos y un piquete de infantería á los órdenes del oficial Ruiz. Al principio se cogieron prisioneros algunos franceses, pero poco despues una columna de estos de los acantonados en el convento de San Bernardino se avanzó mandada por el general Lefranc, trabándose de ambos lados una porfiada refriega. El parque se defendió valerosamente, menudearon las descargas, y allí quedaron tendidos número crecido de enemigos. De nuestra parte perecieron bastantes soldados y paisanos : el oficial Ruiz fue desde el principio gravemente herido. Don Pedro Velarde feneció atravesado de un balazo : y escaseando ya los medios de defensa con la muerte de muchos, y aproximándose denodadamente los franceses á la bayoneta, comenzaron los nuestros á desalentar y quisieron rendirse. Pero cuando se creia que los enemigos iban á admitir la capitulacion se arrojaron sobre las piezas, mataron á algunos, y entre ellos traspasaron desapiadadamente á bayonetazos á Don Luis Daoiz, herido antes en un muslo. Asi terminaron su carrera los ilustres y beneméritos oficiales Daoiz y Velarde : honra y gloria de España, dechado de patriotismo, servirán de ejemplo á los amantes de la independencia y libertad nacional. El reencuentro del parque fue el que costó mas sangre á los franceses, y en donde hubo resistencia mas ordenada.

Entretanto la débil junta azorada y sorprendida pensó en buscar remedio á tamaño mal. Ofarril y Azanza, habiendo recorrido inútilmente los alrededores de palacio, y no siendo escuchados de los

franceses, montaron á caballo y fueron á encontrarse con Murat, quien desde el principio de la sublevacion para estar mas desembarazado y mas á mano de dar órdenes, ya á las tropas de afuera, ya á las de adentro, se colocó con el mariscal Moncey y principales generales fuera de puertas en lo alto de la cuesta de San Vicente. Llegaron allí los comisionados de la junta, y dijeron al gran duque que si mandaba suspender el fuego y les daba para acompañarlos uno de sus generales se ofrecian á restablecer la tranquilidad. Accedió Murat y nombró al efecto al general Harispe. Juntos los tres pasaron á los consejos, y asistidos de individuos de todos ellos se distribuyeron por calles y plazas, y recorriendo las principales alcanzaron que la multitud se aplacase con oferta de olvido de lo pasado y reconciliacion general. En aquel paseo se salvó la vida á varios desgraciados, y señaladamente á algunos traficantes catalanes á ruego de Don Gonzalo Ofarril.

Retirados los españoles, todas las bocacalles y puntos importantes fueron ocupados por los franceses, situando particularmente en las encrucijadas cañones con mecha encendida.

Aunque sumidos todos en dolor profundo, se respiraba algun tanto con la consoladora idea de que por lo menos haria pausa la desolacion y la muerte. ¡Engañosa esperanza! A las tres de la tarde una voz lúgubre y espantosa empezó á correr con la celeridad del rayo. Afirmábase que españoles tranquilos habian sido cogidos por los franceses y arcabuceados junta á la fuente de la puerta del Sol y la iglesia de la Soledad, manchando con su inocente sangre las gradas del templo. Apenas se daba crédito á tamaña atrocidad y conceptuábanse falsos rumores de ilusos y acalorados patriotas. Bien pronto llegó el desengaño. En efecto, los franceses despues de estar todo tranquilo habian comenzado á prender á muchos españoles, que en virtud de las promesas creyeron poder acudir libremente á sus ocupaciones. Prendiéronlos con pretexto de que llevaban armas: muchos no las tenian, á otros solo acompañaba ó una navaja ó unas tijeras de su uso. Algunos fueron arcabuceados sin dilacion, otros quedaron depositados en la casa de correos y en los cuarteles. Las autoridades españolas, fiadas en el convenio concluido con los gefes franceses, descansaban en el puntual cumplimiento de lo pactado. Por desgracia fuimos de los primeros á ser testigos de su ciega confianza. Llevados á casa de Don Arias Mon gobernador del consejo con deseo de librar la vida á Don Antonio Oviedo, quien sin motivo habia sido preso al cruzar de una calle, nos encontramos con que el venerable anciano, rendido al causancio de la fatigosa mañana, dormia sosegadamente la siesta. Enlazados con él por relaciones de paisanage y parentesco, conseguimos que se le despertase, y con dificultad pudimos persuadirle de la verdad de lo que pasaba, respondiendo á todo que una persona como el gran duque de Berg no podia descaradamente faltar á su

palabra... ¡tanto repugnaba el falso proceder á su acendrada probidad! Cerciorado al fin, procuró aquel digno magistrado reparar por su parte el grave daño, dándonos tambien á nosotros en propia mano la órden para que se pusiese en libertad á nuestro amigo. Sus laudables esfuerzos fueron inútiles, y en balde fueron nuestros pasos en favor de Don Antonio Oviedo. A duras penas penetrando por las filas enemigas con bastante peligro, de que nos salvó el hablar la lengua francesa, llegamos á la casa de correos donde mandaba por los españoles el general Sesti. Le presentamos la órden del gobernador, y friamente nos contestó que, para evitar las continuadas reclamaciones de los franceses, les habia entregado todos sus presos y puéstolos en sus manos: así aquel italiano al servicio de España retribuyó á su adoptiva patria los grados y mercedes con que le habia honrado. En dicha casa de correos se habia juntado una comision militar francesa con apariencias de tribunal; mas por lo comun sin ver á los supuestos reos, sin oirles descargo alguno ni defensa los enviaba en pelotones unos en pos de otros para que pereciesen en el Retiro ó en el Prado. Muchos llegaban al lugar de su horroroso suplicio ignorantes de su suerte; y atados de dos en dos, tirando los soldados franceses sobre el monton, caian ó muertos ó mal heridos, pasando á enterrarlos cuando todavía algunos palpitaban. Aguardaron á que pasase el dia para aumentar el horror de la trágica escena. Al cabo de veinte años nuestros cabellos se erizan todavía al recordar la triste y silenciosa noche, solo interrumpida por los lastimeros ayes de las desgraciadas víctimas y por el ruido de los fusilazos y del cañon que de cuando en cuando y á lo lejos se oia y resonaba. Recogidos los madrileños á sus hogares lloraban la cruel suerte que habia cabido ó amenazaba al pariente, al deudo ó al amigo. Nosotros nos lamentábamos de la suerte del desventurado Oviedo, cuya libertad no habíamos logrado conseguir, á la misma sazon que pálido y despavorido le vimos impensadamente entrar por las puertas de la casa en donde estábamos. Acababa de deber la vida á la generosidad de un oficial francés movido de sus ruegos y de su inocencia, expresados en la lengua extraña con la persuasiva elocuencia que le daba su crítica situacion. Atado ya en un patio del Retiro, estando para ser arcabuceado le soltó, y aun no habia salido Oviedo del recinto del palacio cuando oyó los tiros que terminaron la larga y horrorosa agonía de sus compañeros de infortunio. Me he atrevido á entretejer con la relacion general un hecho que, si bien particular, da una idea clara y verdadera del modo bárbaro y cruel con que perecieron muchos españoles, entre los cuales habia sacerdotes, ancianos y otras personas respetables. No satisfechos los invasores con la sangre derramada por la noche, continuaron todavía en la mañana siguiente pasando por las armas á algunos de los arrestados la víspera, para cuya ejecucion desti-

naron el cercado de la casa del príncipe Pio. Con aquel sangriento suceso se dió correspondiente remate á la empresa comenzada el 2 de mayo, dia que cubrirá eternamente de baldon al caudillo del ejército francés, que friamente mandó asesinar, atraillados sin juicio ni defensa, á inocentes y pacíficos individuos. Lejos estaba entonces de prever el orgulloso y arrogante Murat que años despues, cogido, sorprendido y casi atraillado tambien á la manera de los españoles del 2 de mayo, seria arcabuceado sin detenidas formas y á pesar de sus reclamaciones, ofreciendo en su persona un señalado escarmiento á los que ostentan hollar impunemente los derechos sagrados de la justicia y de la humanidad.

Dificil seria calcular ahora con puntualidad la pérdida que hubo por ambas partes. El consejo interesado en disminuirla la rebajó á unos 200 hombres del pueblo. Murat aumentando la de los españoles redujo la suya, acortándola el Monitor, á unos 80 entre muertos y heridos. Las dos relaciones debieron ser inexactas por la sazon en que se hicieron y el diverso interés que á todos ellos movia. Segun lo que vimos y atendiendo á lo que hemos consultado despues y al número de heridos que entraron en los hospitales, creemos que aproximadamente puede computarse la pérdida de unos y otros en 1200 hombres.

Calificaron los españoles el acontecimiento del 2 de mayo de trama urdida por los franceses, y no faltaron algunos de estos que se imaginaron haber sido una conspiracion preparada de antemano por aquellos : suposiciones falsas y desnudas ambas de sólido fundamento. Mas desechando los rumores de entonces, nos inclinamos sí á que Murat celebró la ocasion que se le presentaba y no la desaprovechó, jactándose como despues lo hizo de haber humillado con un recio escarmiento la fiereza castellana. Bien pronto vió cuán equivocado era su precipitado juicio. Aquel dia fue el orígen del levantamiento de España contra los franceses, contribuyendo á ello en gran manera el concurso de forasteros que habia en la capital con motivo del advenimiento al trono de Fernando VII. Asustados estos y horrorizados, volvieron á sus casas difundiendo por todas las provincias la infausta nueva y excitando el ódio y la abominacion contra el cruel y fementido extrangero.

Dia 3. Profuuda tristeza y abatimiento señalaron el dia 3. Las tiendas y las casas cerradas, las calles solitarias y recorridas solamente por patrullas francesas ofrecian el aspecto de una ciudad desierta y abandonada. Murat mandó fijar en las esquinas una proclama * digna de Atila, respirando sangre y amenazas, con lo que la indignacion, si bien reconcentrada entonces, tomó cada vez mayor incremento y braveza. (* Ap. n. 20.)

Aterrado asi el pueblo de Madrid, se fue adelante en el propósito de trasladar á Francia toda la real familia, y el mismo dia 3

salió para Bayona el infante Don Francisco. No se habia pasado aquella noche sin que el conde de Laforest y Mr. Freville indicasen en una conferencia secreta al infante Don Antonio la conveniencia y necesidad de que fuese á reunirse con los demas individuos de su familia, para que en presencia de todos se tomasen de acuerdo con el emperador las medidas convenientes al arreglo de los negocios de España. Condescendió el infante, consternado con los sucesos precedentes, y señaló para su partida la madrugada del 4, habiéndose tomado un coche de viage de la duquesa viuda de Osuna, á fin de que caminase mas disimuladamente. Dirigió antes de su salida un papel ó decreto (no sabemos qué nombre darle) á Don Francisco Gil y Lemus como vocal mas antiguo de la junta y persona de su particular confianza. Aunque temamos faltar á la gravedad de la historia, lo curioso del papel asi en la sustancia como en la forma exige que le insertemos aqui literalmente. « Al señor Gil. — A la « junta para su gobierno la pongo en su noticia como me he mar« chado á Bayona de órden del rey, y digo á dicha junta que ella « sigue en los mismos términos como si yo estuviese en ella. — « Dios nos la dé buena. — A Dios, señores, hasta el valle de Jo« safat. — Antonio Pascual. » Basta esta carta del buen infante Don Antonio Pascual para conjeturar cuán superior era á sus fuerzas la pesada carga que le habia encomendado su sobrino. Habia sido siempre reputado por hombre de partes poco aventajadas, y en los breves dias de su presidencia no ganó ni en concepto ni en estimacion. La reina María Luisa le graduaba en sus cartas de hombre de muy *poco talento y luces*, agregábale además le calidad de *cruel*. El juicio de la reina en su primera parte era conforme á la opinion general; pero en lo de *cruel*, á haberse entonces sabido, se hubiera atribuido á injusta calificacion de enemistad personal. Por desgracia la saña con que aquel infante se expresó el año de 1814 contra todos los perseguidos y proscriptos confirmó triste y sobradamente la justicia é imparcialidad con que la reina habia bosquejado su carácter. Aqui acabó por decirlo asi la primera época de la junta de gobierno, hasta cuyo tiempo si bien se echa de menos energía y la conveniente prevision, falta disculpable en tan delicada crísis, no se nota en su conducta connivencia ni reprensibles tratos con el invasor extrangero. En adelante su modo de proceder fue variando y enturbiándose mas y mas. Pero ya es tiempo de que volvamos los ojos á las escenas no menos lamentables que al mismo tiempo se representaban en Bayona.

Salida de los infantes para Francia el 3 y el 4.

Napoleon al dia siguiente de su llegada el 16 de abril dió audiencia en aquella ciudad á una diputacion de portugueses enviada para cumplimentarle, y les ofreció conservar su independencia, no desmembrando parte alguna de su territorio ni agregándolos tampoco á España. No pudo verle el infante Don

Llega Napoleon á Bayona.

Cárlos por hallarse indispuesto; mas Napoleon pasó á visitar en persona á Fernando una hora despues de su arribo, el que se verificó como hemos dicho el dia 20. El recien llegado bajó á recibirle á la puerta de la calle, en donde habiéndose estrechamente abrazado estuvieron juntos corto rato, y solamente se tocaron en la conversacion puntos indiferentes. Fernando fue convidado á comer para aquella misma tarde con el emperador, y á hora señalada yendo en carruages imperiales con su comitiva, fue conducido al palacio de Marrac donde Napoleon residia. Salió este á recibirle hasta el estribo del coche, etiqueta solo usada con las testas coronadas. En la mesa evitó tratarle como príncipe ó como rey. Acabada la comida permanecieron poco tiempo juntos, y se despidieron quedando los españoles muy contentos del agasajo con que habian sido tratados, y renaciendo en ellos la esperanza de que todo iba á componerse bien y satisfactoriamente. Vuelto Fernando á su posada entró en ella muy luego el general Savary con el inesperado mensage de que el emperador habia resuelto irrevocablemente derribar del trono la estirpe de los Borbones, sustituyendo la suya, y que por consiguiente S. M. I. exigia que el rey en su nombre y en el de toda su familia renunciase la corona de España é Indias en favor de la dinastía de Bonaparte. No se sabe si debe sorprender mas la resolucion en sí misma y el tiempo y ocasion de anunciarla, ó la serenidad del mensagero encargado de dar la noticia. No habian trascurrido aun cinco dias desde que el general Savary habia respondido con su cabeza de que el emperador reconoceria al príncipe de Asturias por rey si hiciese la demostracion amistosa de pasar á Bayona; y el mismo general encargábase ahora no ya de poner dudas ó condiciones á aquel reconocimiento, sino de intimar al príncipe y á su familia el despojo absoluto del trono heredado de sus abuelos. ¡Inaudita audacia! Aguardar tambien para notificar la terrible decision de Napoleon el momento en que acababa de darse á los príncipes de España pruebas de un bueno y amistoso hospedage, fue verdaderamente rasgo de inútil y exquisita inhumanidad, apenas creible á no habérnoslo trasmitido testigos oculares. Los héroes del político florentino, César Borgia y Oliverotto di Fermo, en sus crueldades y excesos parecidos en gran manera á este de Napoleon, hallaban por lo menos cierta disculpa en su propia debilidad y en ser aquella la senda por donde caminaban los príncipes y estados de su tiempo. Mas el hombre colocado al frente de una nacion grande y poderosa, y en un siglo de costumbres mas suaves, nunca podrá justificar ó paliar siquiera ni su aleve resolucion, ni el modo odioso é inoportuno de comunicarla.

Se anuncia á Fernando que renuncie.

Conferencias de Escoiquiz y Cevallos.

Despues del intempestivo y desconsolador anuncio, tuvieron acerca del asunto Don Pedro Cevallos y Don Juan Escoiquiz importantes conferencias. Comenzó la

de Cevallos con el ministro Champagny, y cuando sostenia aquel con teson y dignidad los derechos de su príncipe, en medio de la discusion presentóse el emperador, y mandó á ambos entrar en su despacho, en donde enojado con lo que á Cevallos le habia oido, pues detrás de una puerta habia estado escuchando, le apellidó *traidor*, por desempeñar cerca de Fernando el mismo destino de que habia disfrutado bajo Cárlos IV. Añadidos otros denuestos, se serenó al fin y concluyó con decir « que tenia una política peculiar suya; « que debia (Cevallos) adoptar ideas mas francas; ser menos deli- « cado sobre el pundonor y no sacrificar la prosperidad de España « al interes de la familia de Borbon. »

La primera conferencia de Escoiquiz fue desde luego con Napoleon mismo, quien le trató con mas dulzura y benignidad que á Cevallos, merced probablemente á los elogios que el canónigo le prodigó con larga mano. La conversacion tenida entre ambos nos ha sido conservada por Escoiquiz, y aunque dueño este de modificarla en ventaja suya, lleva visos de verídica y exacta, asi por lo que Bonaparte dice, como tambien por aparecer en ella el bueno de Escoiquiz en su original y perpétua simplicidad. El emperador francés, poco atento á floreos y estudiadas frases, insistió con ahinco en la violencia con que á Cárlos IV se le habia arrancado su renuncia, siendo el punto que principalmente le interesaba. No por eso dejó Escoiquiz de seguir perorando largamente; pero su *ciceróníca arenga*, como por mofa la intitulaba Napoleon, no conmovió el imperial ánimo de este, que terminó la conferencia con autorizar á Escoiquiz para que en nombre suyo ofreciese á Fernando el reino de Etruria en cambio de la corona de España; en cuya propuesta queria dar al príncipe una prueba de su estimacion, prometiendo ademas casarle con una princesa de su familia. Despues de lo cual y de tirarle amistosa si bien fuertemente de las orejas, segun el propio relato del canónigo, dió fin á la conversacion el emperador francés.

Apresuradamente volvió á la posada del rey Fernando Don Juan Escoiquiz, á quien todos aguardaban con ansia. Comunicó la nueva propuesta de Napoleon, y se juntó el consejo de los que acompañaban al rey para discutirla. En él los mas de los asistentes, á pesar de los repetidos desengaños, solo veian en las nuevas proposiciones el deseo de pedir mucho para alcanzar algo, y todos á excepcion de Escoiquiz votaron por desechar la propuesta del reino de Etruria. Cierto que si por una parte horroriza la pérfida conducta de Napoleon, por otra causa lástima y despecho el constante desvarío de los consejeros de Fernando y aquel continuado esperar en quien solo habia dado muestras de mala voluntad. La opinion de Escoiquiz fue aun menos disculpable; la de los otros consejeros se fundaba en un juicio equivocado, pero la del último no solo le deshonraba como español queriendo que se trocase el vasto y poderoso trono de

su patria por otro pequeño y limitado, no solo daba indicio de misera y personal ambicion, sino que tambien probaba de nuevo imprevision incurable en imaginarse que Bonaparte respetaria mas al nuevo rey de Etruria que lo que habia respetado al antiguo y á los que eran legítimamente príncipes de España.

Continuaron las conferencias habiendo sustituido á Cevallos Don Pedro Labrador, y entendiéndose con Escoquiz Mr. de Pradt obispo de Poitiers. Labrador rompió desde luego sus negociaciones con Mr. de Champagny: los otros prosiguieron sin resultado alguno su recíproco trato y explicaciones. Daba ocasion á muchas de estas conferencias la vacilacion misma de Napoleon, quien deseaba que Fernando renunciase sus derechos, sin tener que acudir á una violencia abierta y tambien para dar lugar á que Cárlos IV y el otro partido de la corte llegasen á Bayona. Asi fue que, la víspera del dia en que se aguardaba á los reyes viejos, anunció Napoleon á Fernando que ya no trataria sino con su padre.

Llegada de Cárlos IV á Bayona. Ya hemos visto como el 25 de abril habian salido aquellos del Escorial, ansiosos de abrazar á su amigo Godoy, y persuadidos hasta cierto punto de que Napoleon los repondria en el trono. Pruébanlo las conversaciones que tuvieron en el camino, y señaladamente la que en Villa-Real trabó la reina con el duque de Mahon; á quien habiéndole preguntado qué noticias corrian, respondió dicho duque: « Asegúrase que el emperador de los « franceses reune en Bayona todas las personas de la familia real de « España para privarlas del trono. » Paróse la reina como sorprendida, y despues de haber reflexionado un rato, replicó: « Napo« leon siempre ha sido enemigo grande de nuestra familia: sin « embargo ha hecho á Cárlos reiteradas promesas de protegerle, « y no creo que obre ahora con perfidia tan escandalosa. » Arribaron pues á Bayona el 30, siendo desde la frontera cumplimentados y tratados como reyes, y con una distincion muy diversa de aquella con que se habia recibido á su hijo. Napoleon los vió el mismo dia, y no los convidó á comer sino para el siguiente 1° de mayo, queriéndoles hacer el obsequio de que descansasen. Desembarazados de las personas que habian ido á darles el parabien de su llegada, entre quienes se contaba á Fernando, mirado con desvío y enojo por su augusto padre, corrieron Cárlos y María Luisa á los brazos de su querido Godoy, á quien tiernamente estrecharon en su seno una y repetidas veces con gran clamor y llanto.

Come con Napoleon. Pasaron en la tarde señalada á comer con Napoleon, y habiéndosele olvidado á este invitar al favorito español, al ponerse á la mesa, echándole de menos Cárlos, fuera de sí exclamó: *¿Y Manuel? ¿dónde está Manuel?* Fuéle preciso á Napoleon reparar su olvido, ó mas bien condescender con los deseos del anciano monarca: tan grande era el poderoso influjo que sobre

los hábitos y carácter del último habia tomado Godoy, quien no parecia sino que con bebedizos le habia encantado.

Comparece Fernando en presencia de su padre.

No tardaron mucho unos y otros en ocuparse en el importante y grave negocio que habia provocado la reunion en Bayona de tantos ilustres personages. Muy luego de la llegada de los reyes padres, de acuerdo estos con Napoleon, y siendo Godoy su principal y casi único consejero, se citó á Fernando é intimóle Cárlos, en presencia del soberano extrangero, que en la mañana del dia siguiente le devolviese la corona por medio de una cesion pura y sencilla, amenazándole con que « sino, él, sus « hermanos y todo su séquito serian desde aquel momento tratados « como emigrados. » Napoleon apoyó su discurso, y le sostuvo con fuerza; y al querer responder Fernando se lanzó de la silla su augusto padre, y hablándole con dignidad y fiereza quiso maltratarle, acusándole de haber querido quitarle la vida con la corona. La reina hasta entonces silenciosa se puso enfurecida, ultrajando al hijo con injuriosos denuestos, y á tal punto, segun Bonaparte, se dejó arrastrar de su arrebatada cólera, que le pidió al mismo hiciese subir á Fernando al cadalso: expresion, si fue pronunciada, espantosa en boca de una madre. Su hijo enmudeció y envió una renuncia con fecha 1° de mayo limitada por las condiciones siguientes: « 1ª Que el rey padre volviese á « Madrid, hasta donde le acompañaria Fernando, y « le serviria como * su hijo mas repetuoso. 2ª Que en « Madrid se reuniesen las córtes, y pues que S. M. (el rey padre) « resistia una congregacion tan numerosa, convocasen todos los « tribunales y diputados del reino. 3ª Que á la vista de aquella asamblea formalizaria su renuncia Fernando, exponiendo los motivos « que le conducian á ella. 4ª Que el rey Cárlos no llevase consigo « personas que justamente se habian concitado el odio de la nacion. « 5ª Que si S. M. no queria reinar ni volver á España, en tal caso « Fernando gobernaria en su real nombre, como lugarteniente « suyo; no pudiendo ningun otro ser preferido á él. » Son de notar los trámites y formalidades que querian exigirse para hacer la nueva renuncia, siendo asi que todo se habia olvidado y aun atropellado en la anterior de Cárlos. Tambien es digno de particular atencion que Fernando y sus consejeros, quienes por la mayor parte odiaron tanto años adelante hasta el nombre de córtes, hayan sido los primeros que provocaron su convocacion, insinuando ser necesaria para legitimar la nueva cesion del hijo en favor del padre la aprobacion de los representantes de la nacion, ó por lo menos la de una reunion numerosa en que estuvieran los diputados de los reinos. Asi se truecan y trastornan los pareceres de los hombres al son del propio interés, y en menosprecio de la pública utilidad.

Condiciones de Fernando para su renuncia.

(* Ap. n. 22.)

No se conforma el padre.

Cárlos IV no se conformó, como era de esperar, con la contestacion del hijo, escribiéndole en respuesta

el 2 una carta, en cuyo contenido en medio de algunas severas si bien justas reflexiones se descubre la mano de Napoleon, y hasta (* Ap. n. 23.) expresiones suyas. Sonlo por ejemplo*: « Todo debe « hacerse para el pueblo, y nada por él... No puedo « consentir en ninguna reunion en junta... nueva sugestion de los « hombres sin experiencia que os acompañan. » Tal fue la invariable aversion con que Bonaparte miró siempre las asambleas populares, siendo asi que sin ellas hubiera perpétuamente quedado oscurecido en el humilde rincon en que la suerte le habia colocado. (* Ap. n. 24.) * Fernando insistió el 4 en su primera respuesta « que el excluir para siempre del trono de España á « su dinastía, no podia hacerlo sin el expreso consentimiento de to- « dos los individuos que tenian ó podian tener derecho á la corona de « España, ni tampoco sin el mismo expreso consentimiento de la « nacion española, reunida en córtes y en lugar seguro. » Y tanto y tanto reconocia entonces Fernando los sagrados derechos de la nacion, reclamándolos y deslindándolos cada vez mas y con mayor claridad y conato.

Comparece por segunda vez Fernando delante de su padre.

En este estado andaban las pláticas sobre tan grave negocio cuando el 5 de mayo se recibió en Bayona la noticia de lo acaecido en Madrid el dia 2: pasó Napoleon inmediatamente á participárselo á los reyes padres, y despues de haber tenido con ellos una muy larga conferencia, se llamó á Fernando para que tambien concurriese á ella. Eran las cinco de la tarde; todos estaban sentados excepto el príncipe. Su padre le reiteró las anteriores acusaciones; le baldonó acerbamente; le achacó el levantamiento del 2 de mayo, las muertes que se habian seguido, y llamándole pérfido y traidor, le intimó por segunda vez que, si no renunciaba la corona, seria sin dilacion declarado usurpador, y él y toda su casa conspiradores contra la vida de sus soberanos. Fernando atemorizado (* Ap. n. 25.) * abdicó el 6 pura y sencillamente en favor de su padre, y en los términos que este le habia indicado. No habia aguardado Cárlos á la renuncia del hijo para concluir con Napoleon un tratado por el que le cedia la corona, sin otra especial restriccion que la de la integridad de la monarquía y la conservacion de la religion católica, excluyendo cualquiera otra. El tratado fue firmado en 5 de mayo por el mariscal Duroc y el príncipe de la Paz, plenipotenciarios nombrados al efecto; con cuya vergonzosa negociacion dió el valido español cumplido remate á su pública y lamentable carrera. Ingrato y desconocido puso su firma en un tratado en el que no estipuló sola y precisamente privar de la corona á Fernando su enemigo, sino en general y por induccion á todos los infantes, á toda la dinastía, en fin, de los soberanos sus bienhechores, recayendo la cesion de Cárlos en un príncipe extrangero. Pequeño y mesquino hasta en los últimos momentos, Don

Renuncia Cárlos IV en Napoleon.

Manuel Godoy única y porfiadamente altercó sobre el artículo de pensiones. Por lo demas el modo con que Cárlos se despojó de la corona, al paso que mancillaba al encargado de autorizarla por medio de un tratado, cubria de oprobio á un padre que de golpe y sin distincion privaba indirectamente á todos sus hijos de suceder en el trono. Acordada la renuncia en tierra extraña, faltábale á los ojos del mundo la indispensable calidad de haber sido ejecutada libre y espontáneamente, sobre todo cuando la cesion recaia en favor de un soberano dentro de cuyo imperio se habia concluido aquella importante estipulacion. Era asimismo cosa no vista que un monarca, dueño si se quiere de despojarse á sí mismo de sus propios derechos, no contase para la cesion ni con sus hijos, ni con las otras personas de su dinastía, ni con el libre y ámplio consentimiento de la nacion española, que era traspasada á agena dominacion como si fuera un campo propio ó un rebaño. El derecho público de todos los paises se ha opuesto constantemente á tamaño abuso, y en España, en tanto que se respetaron sus franquezas y libertades, hubo siempre en las córtes un firme é invincible valladar contra la arbitraria y antojadiza voluntad de los reyes. Cuando Alfonso el Batallador tuvo el singular desacuerdo de dejar por herederos de sus reinos á los caballeros del Temple, lejos de convenir en su loco extravío, nombraron los aragoneses en las córtes de Borja por rey de Aragon á Don Ramiro el Monge, y por su parte los navarros para suceder en Navarra á Don García Ramirez. Hubo otros casos no menos señalados en que siempre se pusieron á salvo los fueros y costumbres naciunales. Hasta el mismo imbécil de Cárlos II, aunque su disposicion testamentaria fue hecha dentro del territorio, y en ella nu se infringian tan escandalosamente ni los derechos de la familia real ni los de la nacion, creyó necesario por lo menos usar de la fórmula de « que fuera válida aquella su última voluntad, como si se « hubiese hecho de acuerdo con las córtes. » Ahora por todo se atropelló, y nadie cuidó de conservar siquiera ciertas apariencias de justicia y legitimidad.

Cárlos IV y María Luisa.

Asi terminó Cárlos IV su reinado, del que nadie mejor que él mismo nos dará una puntual y verdadera idea. Comia en Bayona con Napoleon cuando se expresó en estos términos: « Todos los dias invierno y verano iba á caza hasta las « doce, comia y al instante volvia al cazadero hasta la caida de la « tarde. Manuel me informaba como iban las cosas, y me iba á « acostar para comenzar la misma vida al dia siguiente, á menos « de impedírmelo alguna ceremonia importante. » De este modo gobernó por espacio de veinte años aquel monarca, quien, segun la pintura que hace de sí propio, merece justamente ser apellidado con el mismo epiteto que lo fueron varios de los reyes de Francia de la estirpe merovingiana. Sin embargo adornaban á Cárlos prendas con que hubiera brillado como rey, llenando sus altas obligaciones,

si menos perezoso y débil no se hubiese ciegamente entregado al arbitrio y desordenada fantasía de la reina. Tenia comprension fácil y memoria vasta; amaba la justicia, y si alguna vez se ocupaba en el despacho de los negocios, era expedito y atinado; mas estas calidades desaparecieron al lado de su dejadez y habitual abandono. Con otra esposa que María Luisa su reinado no hubiera desmerecido del de su augusto antecesor; y bien que la situacion de Europa fuese muy otra á causa de la revolucion francesa, tranquila España en su interior y bien gobernada, quizá hubiera podido sosegadamente progresar en su industria y civilizacion sin revueltas ni trastornos.

Renuncia de Fernando como príncipe de Asturias.

Formalizadas las renuncias de Fernando en Cárlos IV, y de este en Napoleon, faltaba la del primero como príncipe de Asturias, porque si bien habia devuelto en 6 de mayo la corona á su padre, no habia por aquel acto renunciado á sus derechos en calidad de inmediato sucesor. Parece ser, segun Don Pedro Cevallos, que Fernando resistiéndose á acceder á la última cesion, Napoleon le dijo: «No hay medio, « príncipe, entre la cesion y la muerte.» Otros han negado la amenaza, y admira en efecto que hubiera que acudir á requerimiento tan riguroso con persona cuya delibidad se habia ya mostrado muy á las claras. El mariscal Duroc habló en el mismo sentido que su amo, y los príncipes entonces se determinaron á renunciar. Nombróse á dicho mariscal con Escoiquiz para arreglar el modo*, y el 10 firmaron ambos un tratado por el que se arreglaron los términos de la cesion del príncipe de Asturias, y se fijó su pension como la de los infantes con tal que suscribiesen al tratado; lo cual verificaron Don Antonio y Don Cárlos por medio de una proclama que en union con Fernando dieron en Burdeos* el 12 del mismo mayo. El infante Don Francisco no firmó ninguno de aquellos actos, ya fuera precipitacion, ó ya por considerarle en su minoridad.

(* Ap. n. 27.)

(* Ap. n. 28.)

Bien que Escoiquiz hubiese obedecido á las órdenes de Fernando firmando el tratado del 10, no por eso pone en seguro su buen nombre, harto mancillado ya. Y fue singular que los dos hombres Godoy y Escoiquiz, cuyo desgobierno y errada conducta habian causado los mayores daños á la monarquía, y cuyo respectivo valimiento con los dos reyes padre é hijo les imponia la estrecha obligacion de sacrificarse por la conservacion de sus derechos, fuesen los mismos que autorizasen los tratados que acababan en España con la estirpe de los Borbones. La proclama de Burdeos dada el 12, y en la que se dice á los españoles «que se manten« gan tranquilos esperando su felicidad de las sábias disposiciones « y del poder de Napoleon,» fue produccion de Escoiquiz, queriendo éste persuadir despues que con ella habia pensado en provocar á los españoles para que sostuviesen la causa de sus príncipes

legítimos. Si realmente tal fue su intento, se ve que no estaba dotado de mayor claridad cuando escribia, que de prevision cuando obraba.

La reina de Etruria.

La reina de Etruria, á pesar de los favores y atentos obsequios que habia dispensado á Murat y á los franceses, no fue mas dichosa en sus negociaciones que las otras personas de su familia. No se podia cumplir con su hijo el tratado de Fontainebleau, porque el emperador habia ofrecido á los diputados portugueses conservar la integridad de Portugal: no podia tampoco concedérsele indemnizacion en Italia, siendo opuesto á las *grandes miras* de Napoleon permitir que en parte alguna de aquel pais reinase una rama, cualquiera que fuese, de los Borbones; con cuya contestacion tuvo la reina que atenerse á la pension que se le señaló, y seguir la suerte de sus padres.

Planes de evasion.

Durante la estancia en Bayona del príncipe de Asturias y los infantes, hubo varios planes para que se evadiesen. Un vecino de Cervera de Alhama recibió dinero de la junta suprema de Madrid con aquel objeto. Con el mismo tambien habia ofrecido el duque de Mahon una fuerte suma desde San Sebastian: los consejeros de Fernando, á nombre y por órden suya, cobraron el dinero, mas la fuga no tuvo efecto. Se propuso como el medio mejor y mas asequible el arrebatar á los dos hermanos Don Fernando y Don Cárlos, sosteniendo la operacion por bascos diestros y prácticos de la tierra, e internarlos en España por San Juan de Pie de Puerto. Fue tan adelante el proyecto que hubo apostados en la frontera 300 miqueletes para que diesen la mano á los que en Francia andaban de concierto en el secreto. Despues se pensó en salvarlos por mar, y hasta hubo quien propuso atacar á Napoleon en el palacio de Marac. Habia en todas estas tentativas mas bien muestras de patriotismo y lealtad, que probable y buena salida. Hubiérase necesitado para llevarlas á cabo menos vigilancia en el gobierno francés, y mayor arrojo en los príncipes españoles, naturalmente tímidos y apocados.

Se interna en Francia la familia real de España.

No tardó Napoleon, extendidas y formalizadas que fueron las renuncias por medio de los convenios mencionados, en despachar para lo interior de Francia á las personas de la familia real de España. El 10 de mayo Cárlos IV y su esposa María Luisa, la reina de Etruria con sus hijos, el infante Don Francisco y el príncipe de la Paz salieron para Fontainebleau y de allí pasaron á Compiegne. El 11 partieron tambien de Bayona el rey Fernando VII y su hermano y tio, los infantes Don Cárlos y Don Antonio; habiéndoseles señalado para su residencia el palacio de Valencey, propio del príncipe de Talleyrand.

Tal fin tuvieron las célebres vistas de Bayona entre el emperador de los franceses y la malaventurada familia real de España. Solo

con muy negra tinta puede trazarse tan tenebroso cuadro. En él se presenta Napoleon pérfido y artero; los reyes viejos padres desnaturalizados; Fernando y los infantes débiles y ciegos; sus consejeros por la mayor parte ignorantes ó desacordados, dando todos juntos principio á un sangriento drama, que ha acabado con muchos de ellos, desgarrado á España, y conmovido hasta en sus cimientos la suerte de la Francia misma.

En verdad tiempos eran estos ásperos y difíciles, mas los encargados del timon del estado ya en Bayona, ya en Madrid, parece que solo tuvieron tino en el desacierto. Los primeros acabamos de

Inaccion de la junta suprema.

ver qué cuenta dieron de sus príncipes: examinaremos ahora qué providencias tomaron los segundos para defender el honor y la verdadera independencia nacional, puesto que por sus discordias y malos consejos se habian perdido el rey Fernando, sus hermanos y toda la real familia. Mencionamos anteriormente la comision de Don Evaristo Perez de Castro, quien con felicidad entró en Bayona el 4 de mayo. A su llegada se presentó sin dilacion á Don Pedro Cevallos, y este comunicó al rey las proposiciones de la junta suprema de Madrid de que aquel era portador, y cuyo contenido hemos insertado mas arriba. De resultas se dictaron dos decretos el 5 de mayo: uno escrito de la real mano estaba dirigido á la junta suprema de gobierno, y otro firmado por Fernando con la acostumbrada fórmula de *Yo el rey* era expedido al consejo, ó en su lugar á cualquiera chancillería ó audiencia libre del influjo extrangero. Por el primero el rey decia: « que se hallaba sin libertad, y consiguientemente imposibilita« do de tomar por sí medida alguna para salvar su persona y la « monarquía; que por tanto autorizaba á la junta en la forma mas « amplia para que en cuerpo, ó sustituyéndose en una ó muchas « personas que la representasen, se traladara al parage que creyese « mas conveniente, y que en nombre de S. M. representando su « misma persona ejerciese todas las funciones de la soberanía. Que « las hostilidades deberian empezar desde el momento en que in« ternasen á S. M. en Francia, lo que no sucederia sino por la « violencia. Y por último, que en llegando ese caso tratase la « junta de impedir del modo que creyese mas á propósito la « entrada de nuevas tropas en la península. » El decreto al consejo decia: « que en la situacion en que S. M. se hallaba, privado de « libertad para obrar por sí, era su real voluntad que se convo« casen las córtes en el parage que pareciese mas expedito; que « por de pronto se ocupasen únicamente en proporcionar los ar« bitrios y subsidios necesarios para atender á la defensa del « reino, y que quedasen permanentes para lo demas que pudiese « ocurrir. »

Algunos de los ministros ó consejeros de Fernando en Bayona creyeron fundadamente que la junta suprema, autorizada, como lo

habia sido desde aquella ciudad, para obrar con las mismas é ilimitadas facultades que habrian asistido al rey estando presente, hubiera por sí debido adoptar aquellas medidas, evitando las dilaciones de la consulta; mas la junta, que se habia apartado del modo de pensar de los de Bayona, y que en vez de tomar providencias se contentó con pedir nuevas instrucciones, llegadas que fueron tampoco hizo nada, continuando en su inaccion, so color de que las circunstancias habian variado. Cierto que no eran las mismas, y será bien que para pesar sus razones refiramos antes lo que en ese tiempo habia pasado en Madrid.

En la mañana misma del 4 de mayo en que partió el infante Don Antonio, el gran duque de Berg manifestó á algunos individuos de la junta que era preciso asociar su persona á las deliberaciones de aquel cuerpo, estando en ello interesado el buen órden y la quietud pública. Se le hicieron reflexiones sobre su propuesta; no insistió en ella por aquel momento, pero en la noche sin anuncio anterior se presentó en la junta para presidirla. Opúsose fuertemente á su atropellado intento Gil y Lemus; parece ser que tambien resistieron Azanza y Ofarril, quienes, aunque al principio protestaron é hicieron dejacion de sus destinos, al fin continuaron ejerciéndolos. Temerosa la junta del compromiso en que la ponia Murat, y queriendo evitar mayores males, cedió á sus deseos y resolvió admitir en su seno al príncipe francés. Mucho se censuró esta su determinacion, y se pensó que excedia de sus facultades, mayormente cuando se trataba del gefe del ejército de ocupacion, y cuando para ello no habia recibido órdenes ni instrucciones de Bayona. Hubiera sido mas conforme á la opinion general, ó que se hubiera negado á deliberar ante el general francés, ó haber aguardado á que una violencia clara y sin rebozo hubiese podido disculpar su sometimiento. Pesarosa tal vez la junta de su fácil condescendencia, en medio de su congoja * le sacó algun tanto de ella y á tiempo un decreto que recibió el 7 de mayo, y que con fecha del 4 habia expedido en Bayona Cárlos IV, nombrando á Murat lugarteniente del reino, en cuya calidad debia presidir la junta suprema: decreto precursor de la abdicacion de la corona que al dia siguiente hizo en Napoleon. Acompañaba al nombramiento una proclama del mismo Cárlos á la nacion, que concluia con la notable cláusula de que: « no habria prosperidad ni salvacion para los españoles, sino « en la amistad del grande emperador su aliado. » Bien que la resolucion del rey padre viniese en apoyo de la prematura determinacion de la junta, en realidad no hubiera debido á los ojos de este cuerpo tener aquella fuerza alguna autoridad: la de dicha junta, delegada por Fernando VII, solo á las ordenes del último tenia que obedecer. Sin embargo en el dia 8 acordó su cumplimiento; y solamente suspendió la publicacion, creyendo con ese medio y

Murat presidente de la junta.

(* Ap. n. 29.)

equívoco proceder salir de su compromiso. Finalmente le libró de él y de su angustiada posicion la noticia de haber devuelto Fernando la corona á su padre, recibiendo un decreto * del mismo para que se sometiese á las órdenes del antiguo monarca.

(* Ap. n. 30.)

Equívoca conducta de la junta.

Hasta el dia en que Murat se apoderó de la presidencia, hubiera podido atribuirse la debilidad de la junta á circunspeccion, su imprevision á prudencia excesiva, y su indolencia á falta de facultades ó á temor de comprometer la persona del rey. Mas ahora habia mudado el aspecto de las cosas, y así ó estaban sus individuos en el caso de poner en ejecucion las convenientes medidas para salvar el honor y la independencia nacional, ó no lo estaban. Si no, ¿porqué en vez de mancillar su nombre aprobando con su presencia las inícuas decisiones del extrangero, no se retiraron y le dejaron solo? ¿Y si pudieron obrar, porqué no llevaron á efecto los decretos dados por el rey en Bayona á consulta suya? ¿Porqué no permitieron la formacion acordada de otra junta, fuera del poder del enemigo? Lejos de seguir esta vereda tomaron la opuesta y fijaron todo su conato en impedir la ejecucion de aquellas saludables medidas. Un propio habia entregado á Don Miguel José de Azanza en su mano los dos decretos del rey; por uno de los cuales se autorizaba á la junta con poderes ilimitados, y por el otro al consejo para la convocacion de córtes. Azanza los comunicó á sus compañeros y todos convinierou en que dados estos decretos el 5 de mayo y el de renuncia de Fernando el 6 del mismo, no debian cumplirse ni obedecerse los primeros. ¡Cosa extraña! Decretos arrancados por la violencia, en los que se destruian los legítimos derechos de Fernando y su dinastía, y se hollaban los de la nacion, tuvieron á sus ojos mas fuerza que los que habiendo sido acordados en secreto y despachados por personas de toda confianza, tenian en sí mismos la doble ventaja de haber sido dictados con entera libertad, y de acomodarse á lo que ordenaba el honor nacional. Pone aun mas en descubierto la buena fé y rectitud de intenciones de los que asi procedieron, el no haber comunicado al consejo el decreto de convocacion de córtes, cuya promulgacion y ejecucion se encomendaba particularmente á su cuidado; tocando solo á aquel cuerpo examinar las razones de prudencia ó conveniencia pública de detenerle ó circularle. No contentos con esto los individuos de la junta suprema, y temerosos de que los nombrados para reemplazarla fuera de Madrid en caso necesario ejecutasen lo que se les habia mandado, tomaron precauciones para estorbarlo. Al conde de Ezpeleta, á quien se habia comunicado por medio de Don José Capeleti la primera determinacion de que presidiese la junta cuya instalacion debia seguirse á la falta de libertad de la de Madrid, se le dió despues expresa contraórden; y apremiado por Gil Taboada para que pasase á Zaragoza

en donde aquel aguardaba, le contestó como se le habia posteriormente mandado lo contrario.

Por lo tanto la junta suprema de Madrid, que con pretexto de carecer de facultades, á pesar de haberlas desde Bayona recibido amplias, anduvo al principio descuidada y poco diligente, ahora que con mas claridad y extension si era posible las recibia, suspendió hacer uso de su poder, alegando ser ya tarde, y recelosa de mayores comprometimientos. Aparece mas oscura y dudosa su conducta al considerar que algunos de sus individuos, débiles antes, pero resistiendo al extrangero, sumisos despues si bien todavía disculpables, acabaron por ser sus firmes apoyos, trabajando con ahinco por ahogar los gloriosos esfuerzos que hizo la nacion en defensa de su independencia. Es cierto que en seguida los españoles de Bayona estuvieron igualmente llenos de sobresalto y zozobra con el miedo de que se ejecutasen los dos consabidos decretos. Asi lo anunciaba Don Evaristo Perez de Castro que volvió á Madrid por aquellos dias. Todo lo cual prueba que ni entre los españoles que en Bayona influian principalmente en el consejo del rey, ni entre los que en España gobernaban, habia ningun hombre asistido de aquella constante decision é invariable firmeza que piden extraordinarias circunstancias.

Napoleon piensa dar la corona de España á Jose.

Napoleon por su parte considerándose ya dueño de la corona de España en virtud de las renuncias hechas en favor suyo, habia resuelto colocarla en las sienes de su hermano mayor José rey de Nápoles, y continuando siempre por la senda del engaño quiso dar á su cesion visos de generosa condescendencia con los deseos de los españoles. Asi fue que en 8 de mayo dirigió al gran duque sus instrucciones para que la junta suprema y el consejo de Castilla le indicasen en cuál de las personas de su familia les seria mas grato que recayese el trono de España. En 12 respondió acertadamente el consejo que, siendo nulas las cesiones hechas por la familia de Borbon, no le tocaba ni podia contestar á lo que se le preguntaba. Mas convocado al siguiente dia á palacio por la tarde y sin ceremonia, y bien recibido y tratado por Murat, y habiendo fácilmente convenido este en la cortapisa que el consejo queria poner á su exposicion de que « no « por eso se entendiese que se mezclaba en la aprobacion ó desa« probacion de los tratados de renuncia, ni que los derechos del « rey Cárlos y su hijo y demas sucesores á la corona, segun las « leyes del reino, quedasen perjudicados por la designacion que se « le pedia; » cedió entonces y acordó, en consulta del 13 dirigida al gran duque, que bajo las propuestas insinuadas « le parecia que « en ejecucion de lo resuelto por el emperador podia recaer le elec« cion en su hermano mayor el rey de Nápoles. » Llevaba trazas de juego y de mútua inteligencia el modo de preguntar y de responder. A Murat le importaban muy poco aquellas secretas pro-

testas, con tal que tuviese un documento público de las principales autoridades del reino que presentar á los gobiernos europeos, pudiendo con él Napoleon dar á entender que habia seguido la voluntad de los españoles mas bien que la suya propia. El consejo, empezándo desde entonces aquel sistema medio artificioso que le guió despues, mas propio de un subalterno de la curia que de un cuerpo custodio de las leyes, se avino muy bien con lo que se le propuso, imaginando asi poner en cobro hasta cierto punto su comprometida existencia, ya que se afirmase la dominacion de Napoleon, ya que fuese destruida. Conducta no atinada en tiempos de grandes tribulaciones y vaivenes, y con la que perdió su crédito é influjo entre nacionales y extrangeros. Escribió tambien el mismo consejo una carta al emperador, y á ruego de Murat nombró para presentarla en Bayona á los ministros Don José Colon y Don Manuel de Lardizabal. La junta suprema y la villa de Madrid practicaron por su parte iguales diligencias, pidiendo que José Bonaparte fuese escogido para rey de España.

Diputacion de Bayona. No satisfecho Napoleon con las cesiones de los príncipes, ni con la sumision y peticion de las supremas autoridades, pensó en congregar una diputacion de españoles, que con simulacro de córtes diesen en Bayona una especie de aprobacion nacional á todo lo anteriormente actuado. Ya dijimos que á mediados de abril habia intentado Murat llevar á efecto aquel pensamiento; mas hasta ahora en mayo no se puso en perfecta y cumplida ejecucion. La * convocatoria se dió á luz en la Gaceta (* Ap. n. 31.) de Madrid de 24 del mismo mes, con la singularidad de no llevar fecha. Estaba extendida á nombre del gran duque de Berg y de la junta suprema de gobierno, y se reducia en sustancia á que siendo el deseo de S. M. I. y R. juntar en Bayona una diputacion general de 150 individuos para el 15 de junio siguiente, á fin de tratar en ella de la felicidad de España, indicando todos los males que el antiguo sistema habia ocasionado, y proponiendo las reformas y remedios para destruirlos, la junta suprema habia nombrado varios sugetos que alli se expresaban, reservando á algunas corporaciones, á las ciudades de voto en córtes y otras sus respectivas elecciones. Segun el decreto debian tambien asistir grandes, títulos, obispos, generales de las órdenes religiosas, individuos del comercio, de las universidades, de la milicia, de la marina, de los consejos y de la inquisicion misma. Se escogieron igualmente seis individuos que representasen la América. Azanza, que en 25 de mayo habia ido á Bayona para dar cuenta al emperador del estado de la hacienda de España, se quedó por órden suya á presidir la junta ó diputacion general próxima á reunirse. Mas adelante examinaremos la índole y lo strabajos de esta junta, y hablaremos del solemne reconocimiento que ella y los españoles alli presentes hicieron del intruso José.

Murat, luego que estuvo al frente del gobierno de España, re-

celando en vista del general desasosiego que hubiese sublevaciones mas ó menos parciales, adoptó varios medios para prevenirlas. Agregó á la division ó cuerpo de Dupont dos regimientos suizos españoles, y puso á la disposicion del mariscal Moncey cuatro batallones de guardias españolas y walonas y los guardias de corps. Pasó órdenes para enviar 3000 hombres de Galicia á Buenos-Aires, y en 19 de mayo dió el mando de la escuadra de Mahon al general Salcedo con encargo de hacerse á la vela para Tolon; lo cual afortunadamente no pudo cumplirse por los acontecimientos que muy luego sobrevinieron. Se ordenó á la division española acantonada en Extremadura pasase á San Roque, y á Solano que hasta entonces habia sido su gefe se le previno que regresase á Cádiz para tomar de nuevo el mando de Andalucía, yendo á explorar sus intenciones el oficial de ingenieros francés Constantin. Con el mismo objeto y con pretexto de examinar la plaza de Gibraltar se envió cerca del general Don Francisco Javier Castaños, que mandaba en el campo de San Roque, al gefe de batallon de ingenieros Rogniat: otros comisionados fueron enviados á Ceuta. El Buen-Retiro se empezó á fortificar, encerrando dentro de su recinto abundantes provisiones de boca y guerra, habiéndose los franceses apoderado por todas partes de cuantos almacenes y depósitos de municiones y armas estuvieron á su alcance. Cortas precauciones para reprimir el universal descontento.

Medidas de precaucion de Murat.

Pero ahora que ya tenemos á Napoleon imaginándose poder enagenar á su antojo la corona de España; ahora que ya está internada en Francia la familia real, Murat mandando en Madrid, sometidos la junta suprema y los consejos, y convocada á Bayona una diputacion de españoles, será bien que, desviando nuestra vista de tantas escenas de perfidia y abatimiento, de imprevision y flaqueza, nos volvamos á contemplar un sublime y grandioso espectáculo.

LIBRO TERCERO.

Insurreccion general contra los franceses. — Levantamiento de Asturias. — Mision á Inglaterra. — Levantamiento de Galicia. — Levantamiento de Santander. — Levantamiento de Leon y Castilla la Vieja. — Levantamiento de Sevilla. — Rendicion de la escuadra francesa surta en Cádiz. — Levantamiento de Granada. — Levantamiento de Extremedura. — Conmociones en Castilla la Nueva. — Levantamiento de Cartagena y Murcia. — Levantamiento de Valencia. — Levantamiento de Aragon. — Levantamiento de Cataluña. — Levantamiento de las Baleares. — Navarra y Provincias Bascongadas. — Islas Canarias. — Reflexiones generales. — Portugal. — Su situacion. — Divisiones francesas que intentan pasar á España. — Los españoles se retiran de Oporto. — Primer levantamiento de Oporto. — Levantamiento de Tras-los-Montes, y segundo de Oporto. — Se desarma á los españoles de Lisboa. — Rechazan los españoles á los franceses en Os Pegoes. — Levantamiento de los Algarves. — Convenciones entre algunas juntas de España y Portugal.

Insurreccion general contra los franceses.

Encontrados efectos habian agitado durante dos meses á las vastas provincias de España. Tras la alegría y el júbilo, tras las esperanzas tan lisonjeras como rápidas de marzo habian venido las zozobras, las sospechas, los temores de abril. El 2 de mayo habia llevado consigo á todas partes el terror y el espanto, y al propagarse la nueva de las renuncias, de las perfidias y torpes hechos de Bayona, un grito de indignacion y de guerra lanzándose con admirable esfuerzo de las cabezas de provincia, se repitió y cundió resonando por caserías y aldeas, por villas y ciudades. A porfía las mugeres y los niños, los mozos y los ancianos, arrebatados de fuego pátrio, llenos de cólera y rábia, clamaron unánime y simultáneamente por pronta, noble y tremenda venganza. Renació España, por decirlo asi, fuerte, vigorosa, denodada; renació recordando sus pasadas glorias; y sus provincias conmovidas, alteradas y enfurecidas se representaban á la imaginacion como las describia Veleyo Patérculo, *tam diffusas, tam frequentes, tam feras*. El viajero que un año antes pisando los anchos campos de Castilla hubiese atravesado por medio de la soledad y desamparo de sus pueblos, si de nuevo hubiese ahora vuelto á recorrerlos, viéndolos llenos de gente, de turbacion y afanosa diligencia, con razon hubiera podido achacar á mágica trasformacion mudanza tan extraordinaria y repentina. Aquellos moradores, como los de toda España, indiferentes no habia mucho á los negocios públicos, salian ansiosamente á informarse de las novedades y ocurrencias del dia, y desde el alcalde hasta el último labriego embravecidos y airados, estremeciéndose con las muertes y tropelías del extrangero, prorumpian al oirlas en lágri-

mas de despecho. Tan cierto era que aquellos nobles y elevados sentimientos, que engendraron en el siglo décimo sexto tantos portentos de valor y tantas y tan inauditas hazañas, estaban adormecidos, pero no apagados en los pechos españoles, y al dulce nombre de patria, á la voz de su rey cautivo, de su religion amenazada, de sus costumbres holladas y escarnecidas se despertaron ahora con viva y recobrada fuerza. Cuanto mayores é inesperados habian sido los ultrages, tanto mas terrible y asumbroso fue el público sacudimiento. La historia no nos ha trasmitido ejemplo mas grandioso de un alzamiento tan súbito y tan unánime contra una invasion extraña. Como si un premeditado acuerdo, como si una suprema inteligencia hubiera gobernado y dirigido tan gloriosa determinacion, las mas de las provincias se levantaron espontáneamente casi en un mismo dia, sin que tuviesen muchas noticias de la insurreccion de las otras, y animadas todas de un mismo espíritu exaltado y heróico. A resolucion tan magnánima fue estimulada la nacion española por los engaños y alevosías de un falso amigo, que con capa de querer regenerarla desconociendo sus usos y sus leyes, intentó á su antojo dictarle otras nuevas, variar la estirpe de sus reyes, y destruir así su verdadera y bien entendida independencia, sin la que desmoronándose los estados mas poderosos, hasta su nombre se acaba y lastimosamente perece.

(* Ap. n. 1.)

Levantamiento de Asturias.

Este uniforme y profundo sentimiento quiso en * Asturias, primero que en otra parte, manifestarse de un modo mas legal y concertado. Contribuyeron á ello diversas y muy principales causas. Juntamente con la opinion que era comun á toda España de mirar con desvío y ódio la dominacion extrangera, aun se conservaba en aquel principado un ilustre recuerdo de haber ofrecido su enmarañado y riscoso suelo seguro abrigo á los venerables restos de los españoles esforzados, que huyendo de la irrupcion sarracénica dieron principio á la larga y porfiada lucha que acabó por afianzar la independencia y union de los pueblos peninsulares. Le inspiraba tambien confianza su ventajosa y naturalmente resguardada posicion. Bañada al norte por las olas del océano, rodeada por otras partes de caminos á veces intransitables, la ceñian al mediodia fragosas y encumbradas montañas. Acertó igualmente á estar entonces congregada la junta general del principado, reliquia dichosamente preservada del casi universal naufragio de nuestros antiguos fueros. Sus facultades, no muy bien deslindadas, se limitaban á asuntos puramente económicos; pero en semejante crisis, compuesta en lo general de individuos nombrados por los concejos, se la consideró como oportuno centro para legitimar y dirigir atinadamente los ímpetus del pueblo. Reuníase cada tres años, y casualmente en aquel cayó el de su convocacion, habiendo abierto sus sesiones el 1° de mayo.

A pocos dias con la aciaga nueva del 2 en Madrid llegó á Oviedo la órden para que el coronel comandante de armas Don Nicolás de Llano Ponte publicase el sanguinario bando que el 3 habia Murat promulgado en la capital del reino. Los moradores de Asturias, conmovidos y desasosegados al par de los demas de España, habian ya en 29 de abril apedreado en Gijon la casa del cónsul francés, de resultas de haber este osado arrojar desde sus ventanas varios impresos contra la familia de Borbon. En tal situacion y esparciéndose la voz de que iban á cumplirse instrucciones rigurosas remitidas de Madrid por el desacato cometido contra el cónsul, se encendieron mas y mas los ánimos en gran manera estimulados por las patrióticas exhortaciones del marqués de Santa Cruz de Marcenado, de su pariente Don Manuel de Miranda y de Don Ramon de Llano Ponte, canónigo de aquella iglesia, quien habiendo servido antes en el cuerpo de guardias estaba adornado de hidalgas y distinguidísimas prendas.

Decidida pues la audiencia territorial de acuerdo con el gefe militar á publicar el 9 el bando que de Madrid se habia enviado, empezaron á recorrer juntos las calles, cuando á poco tiempo agolpándose y saliéndoles al encuentro gran muchedumbre á los gritos de viva Fernando VII y muera Murat, los obligaron á retroceder y desistir de su intento. Agavillándose entonces con mayor aliento los alborotados, entre los que se señalaron los estudiantes de la universidad, reunidos todos enderezaron sus pasos á la sala de sesiones de la junta general del principado. Hallaron alli firme apoyo en varios de los vocales. Don José del Busto juez primero de la ciudad, y en secreto de inteligencia con los amotinados, arengó en favor de su noble resolucion; sostuviéronle el conde Marcel de Peñalva y el de Toreno (padre del autor de esta historia), y sin excepcion acordaron sus miembros desobedecer las órdenes de Murat, y tomar medidas correspondientes á su atrevida determinacion. La audiencia en tanto, desamada del pueblo, ya por estar formando causa á los que habian apedreado la casa del cónsul francés, y ya tambien porque, compuesta en su mayor parte de agraciados y partidarios del gobierno de Godoy, miraba al soslayo unos movimientos que al cabo habian de redundar en daño suyo, procuró por todos medios apaciguar aquella primera conmocion, influyendo con particulares y con militares y estudiantes, y dando sigilosamente cuenta á la superioridad de lo acaecido. Consiguió tambien que en la junta el diputado por Oviedo Don Francisco Velasco, apoyado por el de Grado Don Ignacio Flores, discurriese largamente en el dia 13 acerca de los peligros á que se exponia la provincia por los inconsiderados acuerdos del 9, y no menos la misma junta habiéndose excedido de sus facultades. El Velasco, gozando de concepto por su práctica y conocida experiencia, alcanzó que se suspendiese la ejecucion de las medidas resueltas, y solo el marqués de Santa

Cruz de Marcenado, que presidia, se opuso con fortaleza admirable, diciendo « que protestaba solemnemente, y qué en cualquiera punto « en que se levantase un hombre contra Napoleon tomaria un fusil y « se pondria á su lado. » Palabras tanto mas memorables cuanto salian de la boca de un hombre que rayaba en los sesenta años, propietario rico y acaudalado, y de las mas ilustres familias de aquel pais: digno nieto del célebre marqués del mismo nombre, distinguido escritor militar y hábil diplomático, que en el primer tercio del siglo último arrastrado de su pundonor habia perecido gloriosa pero desgraciadamente en los campos de Oran.

Noticiosos Murat y la junta suprema de Madrid de lo que pasaba en Asturias, procuraron con diligencia apagar aquella centella, llenos del recelo de que saltando á otros puntos no acabase por excitar una general conflagracion. Dieron por tanto órdenes duras á la audiencia, y enviaron en comision al conde del Pinar, magistrado conocido por su cruel severidad, y á Don Juan Melendez Valdés mas propio para cantar con acordada lira los triunfos de quien venciese, que para acallar los ruidos populares. Se mandó al propio tiempo al apocado Don Crisóstomo de la Llave, comandante general de la costa cantábrica, que pasase á Oviedo para tomar el mando de la provincia, disponiendo que concurriesen allí á sus órdenes un batallon de Hibernia procedente de Santander, y un escuadron de carabineros que estaba en Castilla.

Mas estas providencias en vez de aquietar los ánimos solo sirvieron para irritarlos. Los complicados en los acontecimientos del 9 vieron en ellas la suerte que se les preparaba, y persistieron en su primer intento. Vinieron en su ayuda los avisos de Bayona que provocaban cada dia mas á la alteracion y al enojo, y la relacion que del sanguinario dia 2 de mayo hacian los testigos oculares que sucesivamente llegaban escapados de Madrid. Redoblaron pues su zelo los de la asonada del 9, y pensaron en ejecutar su suspendida pero no abandonada empresa. Citábanse en casa de Don Ramon de Llano Ponte, y con tan poco recato que de distintas y muchas partes se acercaba á aquel foco de insurreccion gente desconocida con todo linage de ofrecimentos. Asistimos recien llegados de la corte á las secretas reuniones, y pasmábanos el contínuo acudir de paisanos y personas de todas clases que con noble desprendimiento empeñaban y comprometian su hacienda y sus personas para la defensa de sus hogares. Se renovaban las asonadas todas las noches, habiendo sido bastantemente estrepitosas las del 22 y 23; pero se difirió hasta el 24 el final rompimiento por esperarse en aquel dia al nuevo comandante la Llave enviado por Murat. Para su ejecucion se previno á los paisanos de los contornos que se metiesen en Oviedo al toque de oraciones, circulando al efecto Don José del Busto esquelas á los alcaldes de su jurisdiccion. Se tomaron ademas otras convenientes prevenciones, y se cometió el en-

cargo de acaudillar á la multitud á los señores Don Ramon de Llano Ponte y Don Manuel de Miranda. Antes de que llegase la Llave, con gran priesa se le habia anticipado un ayudante del mariscal Bessières, napolitano de nacion, quien estuvo muy inquieto hasta que vió que el comandante se acercaba á las puertas de la ciudad. Entró por ellas el 24 acompañado de algunas personas sabedoras de la trama dispuesta para aquella noche. Se habia convenido en que el alboroto comenzaria á las once de la misma, tocando á rebato las campanas de las iglesias de la ciudad y de las aldeas de alrededor. Por equivocacion habiéndose retardado una hora el toque se angustiaron sobremanera los patriotas conjurados, mas un repique general á las doce en punto los sacó de pena.

Fue su primer paso apoderarse de la casa de armas, en donde habia un depósito de 100,000 fusiles, no solamente fabricados en Oviedo y sus cercanias, sino tambien trasportados alli por anteriores órdenes del principe de la Paz. Favorecieron la acometida los mismos oficiales de artillería partícipes del secreto, señalándose con singular esmero Don Joaquin Escario. Entretanto se encaminaron otros á casa del comandante la Llave, y de puerta en puerta llamando á los individuos de la junta del principado, se formó esta en hora tan avanzada de la noche agregándosele extraordinariamente vocales de afuera. Entonces reasumiendo la potestad suprema afirmó la revolucion, nombró por presidente suyo al marqués de Santa Cruz, y le confió el mando de las armas. Al dia siguiente 25 se declaró solemnemente la guerra á Napoleon, y no hubo sino un grito de indecible entusiasmo. Cosa maravillosa que desde un rincon de España hubiera habido quien osase retar al desmedido poder ante el cual se postraban los mayores potentados del continente europeo! A frenesí pudiera atribuirse, si una resolucion tan noble y fundada en el deseo de conservar el honor y la independencia nacional no mereciese mas respeto.

La junta se componia de personas las mas principales del pais por su riqueza y por su ilustracion. El procurador general Don Alvaro Flores Estrada, enterado de antemano de la conmocion urdida, la sostuvo vigorosamente, y la junta en cuerpo adoptó con actividad oportunas medidas para armar la provincia y ponerla en estado de defensa. Los carabineros reales llegaron muy luego asi como el batallon de Hibernia, y ni unos ni otros pusieron obstáculo al levantamiento. Los primeros pasaron despues á Castilla á las órdenes de Don Gregorio de la Cuesta, y se entresacaron del último varios oficiales, sargentos y cabos para cuadros de la fuerza armada que se iba formando. La junta habia resuelto poner en pie un cuerpo de 18,000 hombres. Multiplicó para ello inconsideradamente los grados militares, y con razon se le hicieron justos cargos por aquella demasía. Sin embargo disculpóla algun tanto la escasez en que se encontraba de oficiales veteranos para llenar plazas que exi-

gia el completo del ejército que se disciplinaba. Echóse mano de estudiantes ó personas consideradas como mas aptas, y en verdad que de los nuevos salieron excelentes oficiales que ó se sacrificaron por su patria, ó la honraron con su conducta, denuedo y adelantamiento en la ciencia militar. No poco contribuyeron á la presteza de la nueva organizacion los dones cuantiosos que generosamente se ofrecieron por particulares, y que entraban todos los dias en las arcas públicas.

Como en el alzamiento de Asturias habian intervenido las personas de mas valía del pais, no se habia manchado su pureza con ningun exceso de la plebe, y menos con atropellamientos ni asesinatos. Pero trascurridos algunos dias estuvo á riesgo de representarse un espectáculo lastimoso y sumamente trágico. Los comisionados de Murat de que arriba hablamos, el conde del Pinar y Don Juan Melendez Valdés, por su propia seguridad habian sido detenidos á su arribo á Oviedo juntamente con el comandante la Llave, el coronel de Hibernia Fitzgerald y el comandante de carabineros Ladron de Guevara, que solos se habian separado de la unánime decision de los oficiales de sus respectivos cuerpos. Desde el principio el marqués de Santa Cruz, pertinaz y de condicion dura, no habia cesado de pedir que se les formase causa. Halagaba su opinion á la muchedumbre; pero la junta dilataba su determinacion esperando que se templase la ira que contra los arrestados habia. Acaeció en el intermedio que, acudiendo sucesivamente de los puntos mas distantes los nuevos alistados, llegaron los de los consejos que median entre el Navia y Eo, y notóse que eran mas inquietos y turbulentos que los de los otros partidos. Recelosa la junta de algun desman, resolvió poner á los detenidos fuera de los lindes del principado. Por atolondramiento ú oculta malicia de mano desconocida, se trató de sacarlos en medio del dia y públicamente, para que en coche emprendiesen su viage. A su vista gritaron unas mugerzuelas *que se marchan los traidores*; y juntándose á sus descompasados clamores un tropel de los reclutas mencionados, cogieron en medio á los cinco desventurados y los condujeron al campo de San Francisco extramuros de la ciudad, en donde atándolos á los árboles se dispusieron á arcabucearlos. En tamaño aprieto felizmente se le ocurrió al canónigo Don Alonso Ahumada buscar para la desordenada multitud el freno de la religion, único que ya podia contenerla, y con el sacramento en las manos y ayudado de personas autorizadas salvó de inminente muerte á los atribulados perseguidos, habiéndose mantenido impávido en el horroroso trance el coronel de Hibernia. Con lo que, al paso que se preservaron sus vidas, quedó terso y limpio de todo lunar el bello aspecto del levantamiento de Asturias. Raro ejemplo de moderacion en tiempos en que desencadenándose el furor popular se da á veces suelta bajo el manto de patriotismo á las enemistades personales.

Mision de Inglaterra. Desde el momento en que la junta de Asturias se pronunció y declaró soberana, trató de entablar negociaciones con Inglaterra. Nombró para que con aquel objeto pasasen á Lóndres á Don Andres Angel de la Vega y al vizconde de Matarrosa autor de esta historia, asi entonces llamado por vivir todavía su padre. La mision era importante y de empeño. Pendia en gran parte de su feliz resultado dar fortunada cima á la comenzada empresa. El viage por sí presentó dificultades, no habiendo en aquel momento crucero inglés en toda la costa asturiana, y era arriesgado para el deseado fin aventurarse en barco de la propia nacion. A los tres dias de la insurreccion y muy al caso apareció sobre el cabo de Peñas un corsario de Jersey, el cual sospechando engaño resistió al principio entrar en tratos; mas con el cebo de una crecida suma convino en tomar á su bordo los diputados nombrados, quienes desde Gijon se hicieron á la vela el 30 de mayo.

No es de mas ni obra del amor propio el detenernos en contar algunos pormenores de la mencionada mision, habiendo servido de cimiento á la nueva alianza que se contrajo con la Inglaterra, y la cual dió ocasion á tantos y tan portentosos acontecimientos. En la noche del 6 de junio arribaron los diputados á Falmouth, y acompañados de un oficial de la marina real inglesa se dirigieron en posta y con gran diligencia á Lóndres. No eran todavía las siete de la mañana cuando pisaron los umbrales del almirantazgo, y su secretario Mr. Wellesley Pool apenas daba crédito á lo que oia, procurando con ansia descubrir en el mapa el casi imperceptible punto que osaba declararse contra Napoleon. Poco despues y en hora tan temprana se avistó con los diputados Mr. Canning ministro entonces de relaciones extrangeras. En vista de las proclamas y del calor y persuasivo entusiasmo que animaba á los enviados asturianos (comun entonces á todos los españoles), no dudó un instante el ministro inglés en asegurarles que el gobierno de S. M. B. protegeria con el mayor esfuerzo el glorioso alzamiento de la provincia que representaban. Su pronta y viva penetracion de la primera vez columbró el espíritu que debia reinar en toda España cuando en Asturias se habia levantado el grito de independencia, previendo igualmente las consecuencias que una insurreccion peninsular podria tener en la suerte de Europa y aun del mundo.

Ya con fecha de 12 de junio Mr. Canning comunicaba á los diputados de oficio y por escrito* : « El rey me manda « asegurar á VV. SS. que S. M. vé con el mas vivo interes la determinacion leal y valerosa del principado de Asturias « para sostener contra la atroz usurpacion de la Francia una contienda en favor de la restauracion é independencia de la monarquía « española. Asimismo S. M. está dispuesto á conceder todo género « de apoyo y de asistencia á un esfuerzo tan magnánimo y digno de « alabanza... El rey me manda declarar á VV. SS. que está S. M.

(* Ap. n. 2.)

« pronto á extender su apoyo á todas las demas partes de la monarquía española que se muestren animadas del mismo espíritu que « los habitantes de Asturias. »

Siguióse á esta declaracion el envío á aquella provincia de víveres, municiones, armas y vestuarios en abundancia: no fue al principio dinero por no haber los diputados creídolo necesario. Fueron nombrados para que pasasen á Asturias dos oficiales y el mayor general Sir Tomas Dyer, quien desde entonces fue el protector constante y desinteresado de los desgraciados patriotas españoles.

Era á la sazon primer lord de la tesorería el duque de Portland, y los nombres tan conocidos despues de Castlereagh, Liverpool y Canning entraban á formar parte de su ministerio. Tenian por norma de su política las reglas que habian guiado á Mr. Pitt, con quien habian estado estrechamente unidos. Pero en cuanto á la causa española todos los partidos concurrieron en la misma opinion, sin que hubiese la menor diferencia ni disenso. Claramente apareció esta conformidad en la discusion parlamentaria del 15 de junio en la cámara de los comunes. Mr. Sheridan uno de los corifeos de la oposicion, célebre como literato, y célebre como orador, decia en aquella sesion: « ¿ * El denodado ánimo de los espa- (* Ap. n. 3.) « ñoles no tomará mayor aliento cuando sepa que su « causa no solo ha sido abrazada por los ministros aisladamente, « sino tambien por el parlamento y el pueblo de Inglaterra? Si hay « en España una predisposicion para sentir los insultos y agravios « que sus habitantes han recibido del tirano de la tierra, y que son « sobrado enormes para poder expresarlos con palabras, ¿aquella « predisposicion no se elevará al mas sublime punto con la certeza « de que sus esfuerzos han de ser cordialmente sostenidos por una « grande y poderosa nacion? Pienso que se presenta una importante crísis. Jamas hubo cosa tan valiente, tan generosa, tan « noble como la conducta de los asturianos. »

Ambos lados de la cámara aplaudieron aquellas elocuentes palabras que expresaban el comun sentir de todos sus individuos. Trafalgar y las famosas victorias alcanzadas por la marina inglesa nunca habian excitado ni mayor alegría ni mas universal entusiasmo. El interés nacional anduvo unido en esta ocasion con lo que dictaban la justicia y la humanidad, y asi las opiniones mas divergentes y encontradas en otros asuntos se juntaron ahora y confundieron para celebrar en comun y de un modo inexplicable el alzamiento de España. Bastó solo la noticia del de Asturias para causar efecto tan prodigioso. No les era dado á los diputados moverse ni ir á parte alguna sin que se prorumpiese en derredor suyo en vítores y aplausos. Detenemos aqui la pluma, ciertos de que se achacaria á estudiada exageracion el repetir aun compendiosamente lo que en realidad pasó *. En medio sin embargo de la universal (* Ap. n. 4.) satisfaccion estaban los diputados contristados, ha-

biendo trascurrido mas de quince dias sin que aportase barco ni aviso alguno de las costas de España. No por eso menguó el entusiasmo inglés: mas bien, á ser posible, vino á aumentarle y á sacar á todos de dudas y sobresalto la llegada de Don Francisco Sangro, enviado por la junta de Galicia, y el cual traia consigo no solamente la noticia del levantamiento de tan importante y populosa provincia, mas tambien el de toda la península.

Levantamiento de Galicia. Galicia en efecto se habia alzado el 30 de mayo, dia de San Fernando. La extension de sus costas, sus muchas rias y abrigados puertos, la desigualdad de su montuoso terreno, su posicion lejana y guarecida de angostas y por la mayor parte difíciles entradas, sus arsenales, y en fin sus cuantiosos y variados recursos realzaban la importancia de la declaracion de aquel reino.

Ademas de la inquietud, necesaria y general consecuencia del 2 de mayo, conmovió con particularidad los ánimos en la Coruña la aparicion del oficial francés Mongat, comisionado para tomar razon de los arsenales de armas y artillería, de la tropa alli existente, y para examinar al mismo tiempo el estado del pais. Por ausencia del capitan general Don Antonio Filangieri mandaba el mariscal de campo Don Francisco Biedma, sugeto mirado con desafecto por los militares y vecinos de la ciudad, é inhábil por tanto para calmar la agitacion que visiblemente crecia. Aumentóla con sus providencias, porque colocando artillería en la plaza de la capitanía general, redoblando su guardia y viviendo siempre en vela, dió á entender que se disponia á ejecutar alguna órden desagradable. El Biedma obraba en este sentido con tanto mayor confianza cuanto quedaban todavía en la Coruña, á pesar de las fuerzas destacadas á Oporto en virtud del tratado de Fontainebleau, el regimiento de infantería de Navarra, los provinciales de Betanzos, Segovia y Compostela, el segundo de voluntarios de Cataluña y el regimiento de artillería del departamento. Para estar mas seguro de estos cuerpos pensó tambien granjearse su voluntad, proponiéndoles conforme á instrucciones de Madrid la etapa de Francia que era mas ventajosa. Hubo gefes que aceptaron la oferta, otros la desecharon. Pero este paso fue tan imprudente que despertó en los soldados viva sospecha de que se fraguaba enviarlos del otro lado de los Pirineos, y llenar su hueco con franceses. Sobrecogióse asimismo el paisanage de temor de la conscripcion, en el que le confirmaron vulgares rumores con tanta mas prontitud creidos en semejantes casos, cuanto suelen ser mas absurdos. Tal fue por ejemplo el de que el francés Mongat habia mandado fabricar á la maestranza de artillería miles de esposas destinadas á maniatar hasta la frontera á los mozos que se enganchasen. Por infundada que fuese la voz no era extraño que hallase cabida en los prevenidos ánimos de los gallegos, á cuyos oidos habia llegado la noticia de violencias semejantes á las que en la misma Francia se cometian con los conscriptos.

En medio del sobresalto llegó á la Coruña un emisario de Asturias, portador de las nuevas de su primera insurreccion, con intento de brindar á las autoridades á imitar la conducta del principado. Se presentó al señor Pagola regente de la audiencia, quien con la amenaza de castigarle le obligó á retirarse sigilosamente á Mondoñedo. Con todo súpose, y mas y mas se pronunciaba la opinion sin que hubiera freno que la contuviese. Alcanzaron en tanto á Madrid avisos del estado inquieto de Galicia, y se ordenó pasar allí al capitan general Don Antonio Filangieri, hombre moderado, afable y entendido, hermano del famoso Cayetano, que en su elocuente obra de la legislacion habia defendido con tanta erudicion y zelo los derechos de la humanidad. Adorábanle los oficiales, le querian cuantos le trataban; pero la desgracia de haber nacido en Nápoles le privaba del favor de la multitud, tan asombradiza en tiempos turbulentos. Sin embargo habiendo quitado la artillería de delante de sus puertas, y mostrádose suave é indulgente, hubiera quizá parado la revolucion si nuevos motivos de desazon y disgusto no hubiesen acelerado su estampido. Primeramente no dejaba de incomodar la arrogancia desdeñosa con que los franceses establecidos en la Coruña miraban á su vecindario desde que el oficial Mongat los alentó con su altivez intolerable, si bien á veces templada por la prudencia de Mr. Fourcroi cónsul de su nacion. Pero mas que todo, y ella en verdad decidió el rompimiento, fue la noticia de las renuncias de Bayona, y de la internacion en Francia de la familia real, con lo que al paso que el poder de la autoridad se entorpecia y menguaba, creció el ardor popular saltando la valla de la subordinacion y obediencia.

Algunos patriotas, encendidos del deseo de conservar la independencia y el honor nacional, se juntaban á escondidas con varios oficiales para dar acertado impulso al público descontento. Asistian individuos del regimiento de Navarra, de lo que noticioso el capitan general mandó que aquel cuerpo se trasladase al Ferrol; medida que tal vez influyó en su posterior y lamentable suerte. En lugar de amortiguarse aviváronse con esto los secretos tratos, y ya tocaban al estado de sazon, cuando la víspera de San Fernando entró á caballo por las calles de la Coruña un jóven de rostro halagüeño, gallardo en su porte, y tan alborozado que atravesándolas con entusiasmados gritos movió la curiosidad de sus atónitos vecinos. Avistóse con el regente de la audiencia, quien cortándole toda comunicacion le hizo custodiar en la casa de correos. Allí se agolpó al instante la muchedumbre, y averiguó que el desconocido mozo era un estudiante de la ciudad de Leon, en donde á imitacion de Asturias habia la poblacion tratado de levantarse y crear una junta. Con la nueva espuela determinaron los que secretamente y de consuno se entendian no aguardar mas tiempo, y poner cuanto antes el reino de Galicia en abierta insurreccion.

El siguiente dia 30 ofrecióse como el mas oportuno impeliendo á su ejecucion un impensado incidente. Era costumbre todos los años en dicho dia enarbolar la bandera en los baluartes y castillos, y notóse que en este se habia omitido aquella práctica que solamente se verificaba en conmemoracion de Fernando III llamado el Santo, sin atender á que el soberano reinante llevára ó no aquel nombre. Mas como ahora desagradaba su sonido al gobierno de Madrid, fuera por su órden ó por lisonjearle, se suspendió la antigua ceremonia. El pueblo echando de menos la bandera se mostró airado, y aprovechando entonces los secretos conjurados la oportuna ocasion, enviaron para acaudillarle á Sinforiano Lopez, de oficio sillero, hombre fogoso, y que, dotado de verbosidad popular, era querido de la multitud y á su arbitrio la gobernaba. Luego que se acercó al palacio del capitan general, envió por delante para tantear el ánimo de la tropa algunos niños que con pañuelos fijos en la punta de unos palos, y gritando viva Fernando VII y muera Murat, intentaron meterse por sus filas. Los soldados, en cuyo número se contaban bastantes que estaban de concierto con los atizadores, se reian de los muchachos, y los dejaban pasar y gritar, sin interrumpirlos en su aparente pasatiempo. Alentados los instigadores se atropellaron de golpe hácia el palacio, diputando á unos cuantos para pedir que segun costumbre se tremolase la bandera. Aquel edificio está sito dentro de la ciudad antigua; y al ruido de que era acometido, concurrió la multitud de todos los puntos, precipitándose por la puerta Real y la de Aires. Los primeros que en diputacion habian penetrado dentro de los umbrales de palacio, alcanzado que hubieron que se enarbolase la bandera, pidieron que volviera á la Coruña el regimiento de Navarra, y como acontece en los bullicios populares, á medida que se condescendia en las peticiones, fuéronse estas multiplicando: por lo que y encrespado el tumulto, Don Antonio Filangieri se desapareció por una puerta excusada y se refugió en el convento de dominicos. No asi Don Francisco Biedma y el coronel Fabro, quienes, á pesar del odio que contra ambos habia como parciales del príncipe de la Paz, osaron salir por la puerta principal. Caro hubo de costarles el temerario arrojo: al Biedma le hirieron de una pedrada pero levemente; y al Fabro, que, puesto al frente de los granaderos de Toledo, de cuyo cuerpo era gefe, dió con su espada de plano á uno de los que peroraban á nombre del pueblo, reciamente le apalearon, sin que sus soldados hiciesen ademan siquiera de defenderle; tan aunados estaban militares y paisanos.

Como era dia festivo, y tambien por avisos circulados á las aldeas, habia acudido á la ciudad mucha gente de los contornos, y todos juntos los de dentro y los de fuera asaltaron el parque de armas, y le despojaron de mas de 40,000 fusiles. En la acometida corrió gran peligro el comisario de la maestranza de artilleria Don

Juan Varela, á quien falsamente se atribuia el tener escondidas las esposas que habian de atraillar á los que se llevasen á Francia. Muy al caso le ocurrió á Sinforiano Lopez sacar en procesion el retrato de Fernando VII, con cuya artimaña atrayendo hácia sí á la multitud, salvó á Varela del fatal aprieto.

En fin por la tarde se formó una junta, y á su cabeza se puso el capitan general; entrando en ella las principales autoridades y representantes de las diferentes clases y corporaciones ya civiles ya eclesiásticas. Por indisposicion de Filangieri presidió los primeros dias la junta el mariscal de campo Don Antonio Alcedo, hombre muy cabal y prudente, y permitió en el naciente fervor que cualquiera ciudadano entrase á proponer en la sala de sesiones lo que juzgase conveniente á la causa pública. Púsose luego coto á una concesion que en otros tiempos hubiera sido indebida y peligrosa.

La junta anduvo en lo general atinada, y tomó disposiciones prontas y vigorosas. Dió igualmente desde el principio una señalada prueba de su desprendimiento en convocar otra junta, que elegida libre y tranquilamente por las ciudades de Galicia, no tuviese la tacha de ser fruto de un alboroto, y de solo representar en ella una pequeña parte de su territorio. Para alcanzar tan laudable objeto se prefirió á cualquiera otro medio el mas antiguo y conocido. Cada seis años se congregaba en la Coruña una diputacion de todo el reino de Galicia, compuesta de siete individuos escogidos por los diversos ayuntamientos de las siete provincias en que está dividido. Celebrábase esta reunion para conceder la contribucion llamada de millones, y elegir un diputado que en union con los de las otras ciudades de voto en córtes concurriese á formar la diputacion de los reinos, que constando de siete individuos, y removiéndose de seis en seis años, residia en Madrid, mas bien para presenciar festejos públicos y obtener individuales favores que para defender los intereses de sus comitentes. Conforme á su digna resolucion expidió la junta sus convocatorias, y envió á todas partes comisionados que pusiesen en ejecucion las medidas que habia decretado de armamento y defensa. Siendo idéntica la opinion de todos los pueblos, fueron aquellos á do quiera que llegaban recibidos con aplauso y sumisamente acatados. En algunos parages habian precedido alborotos á la noticia del de la Coruña, y en todos ellos se respetaron y obedecieron las providencias de la junta, corriendo la juventud á alistarse con el mayor entusiasmo. Solamente en el Ferrol hubiera podido desconocerse la autoridad del nuevo gobierno por la oposicion que mostraban el conde de Cartaojal comandante de la division de Ares, y el gefe de escuadra Obregon que mandaba los arsenales; pero los demas oficiales y soldados, conformes con el pueblo en sus sentimientos, y pronunciándose altamente, desbarataron los intentos de sus superiores.

Conmovido asi todo el reino de Galicia se aceleró la formacion y

organizacion de su ejército. Se incorporaron los reclutas en los regimientos veteranos, y se crearon otros nuevos, entre los que merece particular distincion el batallon llamado literario, compuesto de estudiantes de la universidad de Santiago, tan bien dispuestos y animados como todos los de España en favor de la causa sagrada de la patria. La reunion de estas fuerzas, con las que posteriormente se agregaron de Oporto, ascendia en su totalidad á unos 40,000 hombres.

No tardaron mucho en pasar á la Coruña los regidores nombrados por los ayuntamientos de las siete capitales de provincia en representacion de su potestad suprema, instalándose con el nombre de junta soberana de Galicia. Asociaron á su seno al obispo de Orense que entonces gozaba de justa popularidad, al de Tuy y á Don Andres García confesor de la difunta princesa de Asturias en obsequio á su memoria. Se mandó asimismo que asistiesen á las comisiones administrativas, en que se distribuyesen los diversos trabajos, personas inteligentes en cada ramo.

El levantamiento de Galicia tuvo como el de toda España su principal orígen en el odio á la dominacion extrangera, y en la justa indignacion provocada por los atroces hechos de Madrid y Bayona. Fueron en aquel reino los militares los primeros motores, sostenidos por la poblacion entera. El clero, si bien no dió el impulso, aplaudió y favoreció despues la heróica resolucion, distinguiéndose mas adelante los curas párrocos, quienes fomentaron y mantuvieron la encendida llama del patriotismo. Sin embargo miraron allí con torvo rostro las conmociones populares dos de los mas poderosos eclesiásticos, cuales eran Don Rafael Muzquiz arzobispo de Santiago, y Don Pedro Acuña ex-ministro de gracia y justicia. Zelosos partidarios del príncipe de la Paz asustáronse del advenimiento al trono de Fernando VII, y trabajaron en secreto y con porfiado hinco por deshacer ó embarazar en su curso la comenzada empresa. El de Santiago, portentoso conjunto de corrupcion y bajeza, procuraba con aparente fanatismo encubrir su estragada conducta, disfrazar sus vicios y acrecentar el inmenso poderío que le daban sus riquezas y elevada dignidad. Astuto y revolvedor tiró á sembrar la discordia so color de patriotismo. Habia entre Santiago, antigua capital de Galicia, y la Coruña que lo era ahora, añejas rivalidades; y para despertarlas ofreció un donativo de tres millones de reales con la condicion sediciosa de que la junta soberana fijase su asiento en la primera de aquellas ciudades. Muy bien sabia que no se accederia á su propuesta, y se lisonjeaba de excitar con la negativa reyertas entre ambos pueblos que trabasen las resoluciones de la nueva autoridad. Mas la junta mostró tal firmeza que atemorizado el solapado y viejo cortesano se cobijó bajo la capa pastoral del obispo de Orense para no ser incomodado y perseguido.

A pocos dias de la insurreccion una voz repeutina y general difundida en toda Galicia de que entraban los franceses dió desgraciadamente ocasion á desórdenes, que, si bien momentáneos, no por eso dejaron de ser dolorosos. Asi fue que en Orense un hidalgo de Puga mató de un tiro á un regidor á las puertas del ayuntamiento, por habérsele dicho que el tal era afecto á los invasores. Bien es verdad que Galicia dentro de su suelo no tuvo que llorar otra muerte en los primeros tiempos de su levantamiento.

Tuvo sí que afligirse y afligir á España con el asesinato de Don Antonio Filangieri, que saliendo de los lindes gallegos habia fijado su cuartel general en Villafranca del Vierzo, y tomado activas providencias para organizar y disciplinar su gente, el cual, creyendo oportuno, asi para su propósito como para cubrir las avenidas del pais de su mando, sacar de la Coruña sus tropas (en gran parte bisoñas y compuestas de gente allegadiza), las situó en la cordillera aledaña del Vierzo, extendiendo las mas avanzadas hasta Manzanal, colocado en las gargantas que dan salida al territorio de Astorga. Lo suave de la condicion de dicho general, y el haberle llamado la junta á la Coruña, alentó á algunos soldados de Navarra, cuyo cuerpo estaba resentido desde la traslacion al Ferrol, para acometerlo y asesinarle fria y alevosamente el 24 de junio en las calles de Villafranca. Los abanderizó un sargento, y hubo quien buscó mas arriba la oculta mano que dirigió el mortal golpe. Atroz y fementido hecho matar á su propio caudillo, respetable varon é inocente víctima de una soldadesca brutal y desmandada. Por largo tiempo quedó impune tan horroroso crimen : al fin y pasados años recibieron los que le perpetraron el merecido castigo. Habia sucedido en el mando por aquellos dias al desventurado Filangieri Don Joaquin Blake mayor general del ejército, y antes coronel del regimiento de la corona. Gozaba del concepto de militar instruido y de profundo táctico. La junta le elevó á grado de teniente general.

De Inglaterra llegaron tambien á Galicia prontos y cuantiosos auxilios. Su diputado Don Francisco Sangro fue honrado y obsequiado por aquel gobierno, y se remitieron libres á la Coruña los prisioneros españoles que gemian hacia años en los pontones británicos. Arribó al mismo puerto Sir Cárlos Stuart primer diplomático inglés que en calidad de tal pisó el suelo español. La junta se esmeró en agasajarle y darle pruebas de su constante anhelo por estrechar los vínculos de alianza y amistad con S. M. Británica. Las demostraciones de interés que por la causa de España tomaba nacion tan poderosa fortificaron mas y mas las novedades acaecidas, y hasta los mas tímidos cobraron esperanzas.

Santander agitado y conmovido ponia en sumo cuidado á los franceses, estando casi situado á la retaguardia de una parte considerable de sus tropas, y pudiendo con su insurreccion impedir fácilmente que entre sí se comunicasen. Levantamiento de Santander.

Tambien temian que la llama una vez prendida se propagase á las provincias vascongadas, y los envolviese, á favor del escabroso terreno, en medio de poblaciones enemigas, fatigándolos y hostigándolos continuadamente. Asi fue que el mariscal Bessières no tardó desde Burgos en despachar á aquel punto á su ayudante general Mr. de Rigny, que despues se ha ilustrado mas dignamente con los laureles de Navarino. Iba con pliegos para el cónsul francés Mr. de Ranchoup, por los que se amonestaba al ayuntamiento que, en caso de no mantenerse la tranquilidad, pasaria una division á castigar con el mayor rigor el mas leve exceso. Semejantes amenazas lejos de apaciguar acrecentaron el disgusto y la fermentacion. Estaba en su colmo, cuando una leve disputa entre Mr. Pablo Carreyron, francés avecindado, y el padre de un niño á quien aquel habia reprendido, atrajo gente, y de unas en otras se enardeció el pueblo clamoreando que se prendiese á los franceses.

Tocaron entonces á rebato las campanas de la catedral y los tambores la generala, resonando por las calles los gritos de viva Fernando VII y muera Napoleon y el ayudante de Bessières. Armado como por encanto el vecindario, arrestó á los franceses, pero con el mayor órden; y conducidos al castillo cuartel de San Felipe, se pusieron guardias á las puertas de las respectivas casas de los presos para que no recibiesen menoscabo en sus propiedades. Era aquel dia el 26 de mayo, y, como de la Ascension, festivo, por lo que arremolinándose numerosa plebe cerca de la casa del cónsul francés, se desató en palabras y amenazas contra su persona y la de Mr. de Rigny. Sus vidas hubieran peligrado si los oficiales del provincial de Laredo, que guarnecia á Santander, no las hubieran puesto en salvo exponiendo las suyas propias. Los sacaron de la casa consular á las once de la noche, y colocándolos en el centro de un círculo que formaron con sus cuerpos, los llevaron al ya mencionado cuartel de San Felipe, dejándolos bajo la custodia de los milicianos que le ocupaban.

Al dia inmediato 27 se compuso una junta de los individuos del ayuntamiento y varias personas notables del pueblo, las que eligieron por su presidente al obispo de la diócesi Don Rafael Menendez de Luarca. Hallábase este ausente en su quinta de Liaño á dos leguas de la ciudad, no pudiendo por tanto haber tomado parte en los acontecimientos ocurridos. El gobierno francés, que con estudiado intento no veia entonces en el alzamiento de España sino la obra de los clérigos y los frailes, achacó al reverendo obispo de Santander la insurreccion de la provincia cantábrica. Mas fue tan al contrario que en un principio aquel prelado se resistió obstinadamente á admitir la presidencia que le ofreció la junta, y solo á fuerza de reiteradas instancias condescendió con sus ruegos. Era el de Santander eclesiástico austero en sus costumbres, y acatábale el vulgo como si fuera un santo: estaba ciertamente dotado de re-

comendables prendas, pero las deslucia con terco fanatismo y desbarros que tocaban casi en locura. Dió luego señales de su descompuesto temple, autorizándose con el título de regente soberano de Cantabria á nombre de Fernando VII y con el aditamento de alteza.

A poco se supo la insurreccion de Asturias, con lo que tomó vuelo el levantamiento de toda la montaña de Santander, y aun los tibios ensancharon sus corazones. Inmediatamente se procedió á un alistamiento general, y sin mas dilacion y faltos de disciplina salieron los nuevos cuerpos á los confines y puertos secos de la provincia. Mandaba como militar Don Juan Manuel de Velarde, que de coronel fue promovido á capitan general, y el cual se apostó en Reinosa con artillería y 5000 hombres, los mas paisanos mezclados con milicianos de Laredo. Su hijo Don Emeterio, muerto despues gloriosamente en la batalla de la Albuera, ocupó el Escudo con 2500 hombres, igualmente paisanos. Otros 1000 recogidos de partidas sueltas de Santoña, Laredo y demas puertecillos se colocaron en los Tornos. Por aquí vemos como Santander á pesar de su mayor proximidad á los franceses se arriesgó á contrarestar sus injustos actos y á emplear contra ellos los escasos recursos que su situacion le prestaba.

Levantamiento de Leon y Castilla la Vieja.

Osadía fue sin duda la de esta provincia, pero guarecida detras de sus montañas no parecia serlo tanto como la de las ciudades y pueblos de la tierra llana de Castilla y Leon. Sus moradores, no atendiendo ni á sus fuerzas ni á su posicion, quisieron ciegamente seguir los ímpetus de su patriotismo, y á los pueblos cercanos á tropas francesas salióles caro tan honroso como irreflexionado arrojo. Apenas habia alzado Logroño el pendon de la insurreccion, cuando pasando desde Vitoria con dos batallones el general Verdier, fácilmente arrolló el 6 de junio á los indisciplinados paisanos, retirándose despues de haber arcabuceado á varios de los que se cogieron con las armas en la mano, ó á los que se creyeron principales autores de la sublevacion. No fue mas dichosa en igual tentativa la ciudad de Segovia. Confiando sobradamente en la escuela de artillería establecida en su alcázar, intentó con su ayuda hacer rostro á la fuerza francesa, cerrando los oidos á proposiciones que por medio de dos guardias de corps le habia enviado Murat. En virtud de la repulsa se acercó á la ciudad el 7 de junio el general francés Frère, y los artilleros españoles colocaron las piezas destinadas al ejercicio de los cadetes en las puertas y avenidas. No habia para sostenerlas otra tropa que paisanos mal armados, los cuales al empeñarse la refriega se desbandaron dejando abandonadas las piezas. Apoderóse de Segovia el enemigo, y el director Don Miguel de Cevallos, los alumnos y casi todos los oficiales se salvaron y acogieron á los ejércitos que se formaban en las otras provincias.

Al mismo tiempo que tales andaban las cosas en puntos aislados de Castilla, tomó cuerpo la insurreccion de Valladolid y Leon, fortificándose con mayores medios y estribando sus providencias en los auxilios que aguardaban de Galicia y Asturias. Desde el momento en que la última de aquellas provincias habia en el 23 y 24 de mayo proclamado á Fernando y declarádose contra los franceses, habia Leon imitado su ejemplo. Como á su definitiva determinacion hubiesen precedido parciales conmociones, en una de ellas fue enviado á la Coruña el estudiante que tanto tumultuó alli la gente. Mas el estar asentada la ciudad de Leon en la tierra llana, y el serles á los franceses de fácil empresa apaciguar cualquiera rebelion á sus mandatos, habia reprimido el ardor popular. Por fin habiéndose enviado de Asturias 800 hombres para confortar algun tanto á los tímidos, se erigió el 1° de junio una junta de individuos del ayuntamiento y otras personas, á cuya cabeza estaba como gobernador militar de la provincia D. Manuel Castañon. No eran pasados muchos dias cuando se transfirió la presidencia al capitan general bailio Don Antonio Valdés antiguo ministro de marina, y quien habiendo honrosamente rehusado ir á Bayona, tuvo que huir de Burgos á Palencia y abrigarse al territorio leonés. Fueron de Asturias municiones, fusiles y otros pertrechos, con cuya ayuda se empezó el armamento.

Estaba en Valladolid de capitan general Don Gregorio de la Cuesta, militar antiguo y respetable varon, pero de condicion duro y caprichudo, y obstinado en sus pareceres. Buen español, acongojábale la intrusion francesa, mas acostumbrado á la ciega subordinacion miraba con enojo que el pueblo se entrometiese á deliberar sobre materias que á su juicio no le competian. El distrito de su mando abrazaba los reinos de Leon y Castilla la Vieja, cuya separacion geográfica no ha estorbado que se hubiesen confundido ambos en el lenguaje comun y aun en cosas de su gobierno interior. La pesada mano de la autoridad los habia molestado en gran manera, y el influjo del capitan general era extremadamente poderoso en las provincias en que aquellos reinos se subdividian. Con todo pudiendo mas el actual entusiasmo que el añejo y prolongado hábito de la obediencia, ya hemos visto como en Leon, sin contar con Don Gregorio de la Cuesta, se habia dado el grito del levantamiento. Era la empresa de mas dificultoso empeño en Valladolid, asi porque dentro residia dicho gefe, como tambien por el apoyo que le daba la chancillería y sus dependencias. Sin embargo la opinion superó todos los obstáculos.

En los últimos dias de mayo el pueblo agavillado quiso exigir del capitan general que se le armase y se hiciese la guerra á Napoleon. Asomado al balcon resistióse Cuesta, y con prudentes razones procuró disuadir á los alborotados de su desaconsejado intento. Insistieron de nuevo estos, y viendo que sus esfuerzos inútilmente

se estrellaban contra el duro carácter del capitan general, erigieron el patíbulo vociferando que en él iban á dar el debido pago á tal terquedad, tachada ya de traicion por el populacho. Dobló entonces la cerviz Don Gregorio de la Cuesta, prefiriendo á un azaroso fin servir de guia á la insurreccion, y sin tardanza congregó una junta á que asistieron con los principales habitantes individuos de todas las corporaciones. El viejo general no permitió que la nueva autoridad ensanchase sus facultades mas allá de lo que exigia el armamento y defensa de la provincia; conviniendo tan solo en que á semejanza de Valladolid se instituyese una junta con la misma restriccion en cada una de las ciudades en que habia intendencia. Asi Avila y Salamanca formaron las suyas, pero la inflexible dureza de Cuesta y el anhelo de estos cuerpos por acrecer su poder suscitaron choques y reñidas contiendas. Valladolid y las poblaciones libres del yugo francés se apresuraron á alistar y disciplinar su gente, y Zamora y Ciudad-Rodrigo suministraron en cuanto pudieron armas y pertrechos militares.

Enlutaron la comun alegría algunos excesos de la plebe y de la soldadesca. Murió en Palencia á sus manos un tal Ordoñez que dirigia la fábrica de harinas de Monzon, sugeto apreciable. Don Luis Martinez de Ariza gobernador de Ciudad-Rodrigo experimentó igual suerte, sirviendo de pretexto su mucha amistad y favor con el príncipe de la Paz. Lo mismo algun otro individuo en dicha plaza; y en la patria del insigne Alonso del Tostado, en Madrigal, fue asesinado el corregidor, y unos alguaciles odiados por su rapaz conducta. Castigó Cuesta con el último suplicio á los matadores; pero una catástrofe no menos triste y dolorosa afeó el levantamiento de Valladolid. Don Miguel de Cevallos director del colegio de Segovia, á quien hemos visto alejarse de aquella ciudad al ocuparla los franceses, fue detenido á corta distancia en el lugar de Carbonero, achacando infundadamente á traicion suya el descalabro padecido. De allí le condujeron preso á Valladolid. Le entraron por la tarde, y fuera malicia ó acaso, despues de atravesar el portillo de la Merced, torcieron los que le llevaban por el callejon de los toros al campo grande, donde los nuevos alistados hacian el ejercicio. A las voces de que se aproximaba levantóse general griteria. Iba á caballo y detras su familia en coche. Llovieron muy luego pedradas sobre su persona, y á pesar de querer guarecerle los paisanos que le escoltaban, desgraciadamente de una cayó en tierra, y entonces por todas partes le acometieron y maltrataron. En balde un clérigo de nombre Prieto buscó para salvarle el religioso pretexto de la confesion : solo consiguió momentáneamente meterle en el portal de una casa, dentro del cual un soldado portugués de los que habian venido con el marqués de Alorna le traspasó de un bayonetazo. Con aquello enfurecióse de nuevo el populacho, arrastró por la ciudad al desventurado Cevallos, y al fin le arrojó al rio. Partian el alma los

agudos acentos de la atribulada esposa, que desde su coche ponia en el cielo sus quejas y lamentos, al paso que empedernidas mugeres se encarnizaban en la despedazada víctima. Espanta que un sexo tan tierno, delicado y bello por naturaleza, se convierta á veces y en medio de tales horrores en inhumana fiera. Mas apartando la vista de objeto tan melancólico, continuemos bosquejando el magnífico cuadro de la insurreccion, cuyo fondo, aunque salpicado de algunas oscuras manchas, no por eso deja de aparecer grandioso y admirable.

Levantamiento de Sevilla.

Las provincias meridionales de España no se mantuvieron mas tranquilas ni perezosas que las que acabamos de recorrer. Movidos sus habitantes de iguales afectos no se desviaron de la gloriosa senda que á todos habia trazado el sentimiento de la honra é independencia nacional. Siendo idénticas las causas, unos mismos fueron en su resultado los efectos. Solamente los incidentes que sirvieron de inmediato estímulo variaron á veces. Uno de estos notable é inesperado influyó con particularidad en los levantamientos de Andalucía y Extremadura. Por entonces residia casualmente en Móstoles, distante de Madrid tres leguas, Don Juan Perez Villamil secretario del almirantazgo. Acaeció en la capital el suceso del 2 de mayo, y personas que en lo recio de la pelea se habian escapado y refugiado en Móstoles, contaron lo que allí pasaba con los abultados colores del miedo reciente. Sin tardanza incitó Villamil al alcalde para que escribiendo al del cercano pueblo pudiese la noticia circular de uno en otro con rapidez. Así cundió creciendo de boca en boca, y en tanto grado exagerada que cuando alcanzó á Talavera pintábase á Madrid ardiendo por todos sus puntos y confundido en muertes y destrozos. Expidiéronse por aquel administrador de correos avisos con la mayor diligencia, y en breve Sevilla y otras ciudades fueron sabedoras del infausto acontecimiento.

Dispuestos como estaban los ánimos no se necesitaba sino de un levísimo motivo para encenderlos á lo sumo y provocar una insurreccion general. El aviso de Móstoles estuvo para realizarla en el mediodía. En Sevilla el ayuntamiento pensó seriamente en armar la provincia, y tratóse de planes de armamento y defensa. Ordenes posteriores de Madrid contuvieron el primer amago; pero conmovido el pueblo se alentaron algunos particulares á dar determinado rumbo al descontento universal. Fue en aquella ciudad uno de los principales conmovedores el conde de Tilly, de casa ilustre de Extremadura, hombre inquieto, revoltoso y tachado bastantemente en su conducta privada. Aunque dispuesto para alborotos, é igualmente amigo de novedades que su hermano Guzman, tan famoso en la revolucion francesa, nunca hubiera conseguido el anhelado objeto, si la causa que ahora abrazaba no hubiese sido tan santa, y si por lo mismo no se le hubiesen agregado otras personas respetables de la ciudad.

Juntábanse todos en un sitio llamado el Blanquillo hácia la puerta de la Barqueta, y en sus reuniones debatian el modo de comenzar su empresa. Aparecióse al propio tiempo en Sevilla un tal Nicolas Tap y Nuñez, hombre poco conocido y que habia venido allí con propósito de conmover por sí solo la ciudad. Ardiente y despejado peroraba por calles y plazas, y llevaba y traia á su antojo al pueblo sevillano, subiendo á punto su descaro de pedir al cabildo eclesiástico doce mil duros para hacer el alzamiento contra los franceses; peticion á que se negó aquel cuerpo. Se ejercitaba antes en el comercio clandestino, y con el título intruso de corredor tenia mucha amistad con las gentes que se ocupaban en el contrabando con Gibraltar y la costa, á cuyo punto hacia frecuentes viajes. Callaban las autoridades temerosas de mayor mal, y los que con Tilly manquinaban procuraron granjearse la voluntad de quien en pocos dias habia adquirido mas nombre y popularidad que ningun otro. Buscáronle y fácilmente se concertaron.

No transcurria dia sin que nuevos motivos de disgusto viniesen á confirmarlos en su pensamiento, y á perturbar á los tranquilos ciudadanos. En este caso estuvieron varios papeles publicados contra la familia de Borbon en el diario de Madrid que se imprimia desde el 10 de mayo bajo la inspeccion del francés Esmènard. Disonaron sus frases á los oidos españoles no acostumbrados á aquel lenguaje, y unos papeles destinados á rectificar la opinion en favor de las mudanzas acordadas en Bayona, la alejaron para siempre de asentir á ellas y aprobarlas. Gradualmente subia de punto la indignacion, cuando de oficio se recibió la noticia de las renuncias de la familia real de España en la persona de Napoleon. Parecióles á Tilly, Tap y consortes que no convenia desaprovechar la ocasion, y se prepararon al rompimiento.

Se escogió el dia de la Ascension 26 de mayo y hora del anochecer para alborotar á Sevilla. Soldados del regimiento de Olivenza comenzaron el estruendo dirigiéndose al depósito de la real maestranza de artillería y de los almacenes de pólvora. Reuniéseles inmenso gentio, y se apoderaron de las armas sin desgracia ni desórden. Adelantóse á aquel parage un escuadron de caballería mandado por Don Adrian Jácome, el cual lejos de impedir la sublevacion, mas bien la aplaudió y favoreció. Prendiendo con inexplicable celeridad el fuego de la revolucion hasta en los mas apartados y pacíficos barrios, el ayuntamiento se trasladó al hospital de la Sangre para deliberar mas desembarazadamente. Pero en la mañana del 27 el pueblo apoderándose de las casas consistoriales abandonadas, congregó en ellas una junta suprema de personas distinguidas de la ciudad. Tap y Nuñez procediendo de buena fé era por su extremada popularidad quien escogia los miembros, siendo otros los que se los apuntaban. Así fue que como forastero obrando á ciegas, nombró á dos que desagradaron por su anterior y

desopinada conducta. Se le previno, y quizo borrarlos de la lista. Fueron inútiles sus esfuerzos y aun le acarrearon una larga prision, mostrándose encarnizados enemigos suyos los que tenia por parciales. Suerte ordinaria de los que entran desinteresadamente é inexpertos en las revoluciones: los hombres pacíficos los miran siempre, aun aplaudiendo á sus intentos, como temibles y peligrosos, y los que desean la bulla y las revueltas para crecer y medrar, ponen su mayor conato en descartarse del único obstáculo á sus pensamientos torcidos.

Instalóse pues la junta, y nombró por su presidente á Don Francisco Saavedra antiguo ministro de hacienda, confinado en Andalucía por la voluntad arbitraria del príncipe de la Paz. De carácter bondadoso y apacible, tenia saber extenso y vario. Las desgracias y persecuciones habian quizá quitado á su alma el temple que reclamaban aquellos tiempos. A instancias suyas fue tambien elegido individuo de la junta el asistente Don Vicente Hore, á pesar de su amistad con el caido favorito. Entró á formar parte y se señaló por su particular influjo el padre Manuel Gil clérigo reglar. La espantadiza desconfianza de Godoy que sin razon le habia creido envuelto en la intriga que para derribarle habian urdido en 1795 la marquesa de Matallana y el de Mala-Espina, le sugirió entonces el encerrarle en el covento de Toribios de Sevilla, en el que se corregian los descarríos ciertos ó supuestos de un modo vergonzoso y desusado ya aun para con los niños. Disfrutaba el padre Gil, si bien de edad provecta, de la robustez y calor de los primeros años: con facilidad comunicaba á otros el fuego que sustentaba en su pecho, y en medio de ciertas extravagancias, mas bien hijas de la descuidada educacion del claustro que de extravíos de la mente, lucia por su erudicion y la perspicacia de su ingenio.

La nombrada junta intitulóse suprema de España é Indias. Desazonó á las otras la presuntuosa denominacion; pero ignorando lo que allende ocurria, quizá juzgó prudente ofrecer un centro comun, que contrapesando el influjo de la autoridad intrusa y usurpadora de Madrid, le hiciese firme é imperturbable rostro. Fue desacuerdo insistir en su primer título luego que supo la declaracion de las otras provincias. Su empeño hubiera podido causar desavenencias que felizmente cortaron la cordura y tino de ilustrados patriotas.

Para la defensa y armamento adoptó la junta medidas activas y acertadas. Sin distincion mandó que se alistasen todos los mozos de dieciseis hasta cuarenta y cinco años. Se erigieron asimismo por órden suya juntas subalternas en las poblaciones de 2000 y mas vecinos. La oportuna inversion de los donativos cuantiosos que se recibian, como tambien el cuidado de todo el ramo económico, se puso á cargo de sugetos de conocida integridad. En ciudades, villas y aldeas se respondió con entrañable placer al llamamiento de

la capital, y en Arcos como en Carmona, y en Jerez como en Lebrija y Ronda no se oyeron sino patrióticos y acordes acentos.

En la conmocion de la noche del 26 y en la mañana del 27 nadie se habia desmandado, ni se habian turbado aquellas primeras horas con muertes ni notables excesos. Estaba reservado para la tarde del mismo 27 que se ensangrentasen los muros de la ciudad con un horrible asesinato. Ya indicamos como el ayuntamiento habia trasladado al hospital de la Sangre el sitio de sus sesiones. Dió con este paso lugar á hablillas y rencores. Para calmarlos y obrar de concierto con la junta creada, envió á ella en comision al conde de Aguila procurador mayor en aquel año. A su vista se encolerizó la plebe, y pidió con ciego furor la cabeza del conde. La junta para resguardarle prometió que se le formaria causa, y ordenó que entre tanto fuese enviado en calidad de arrestado á la torre de la puerta de Triana. Atravesó el del Aguila á Sevilla entre insultos, pero sin ser herido ni maltratado de obra. Solo al subir á la prision que le estaba destinada, entrando en su compañía una banda de gente homicida, le intimó que se dispusiese á morir, y atándole á la barandilla del balcon que está sobre la misma puerta de Triana, sordos aquellos asesinos á los ruegos del conde y á las ofertas que les hizo de su hacienda y sus riquezas, bárbaramente le mataron á carabinazos. Fue por muchos llorada la muerte de este inocente caballero, cuya probidad y buen porte eran apreciados en general por todos los sevillanos. Hubo quien achacó imprudencias al conde; otros, y fueron los mas, atribuyeron el golpe á enemiga y oculta mano.

Rica y populosa Sevilla, situada ventajosamente para resistir á una invasion francesa, afianzó, declarándose, el levantamiento de España. Mas era menester para poner fuera de todo riesgo su propia resolucion contar con San Roque y Cádiz, en donde estaba reunida la fuerza militar de mar y tierra mas considerable y mejor disciplinada que habia dentro de la nacion. Convencida de esta verdad despachó la junta á aquellos puntos dos oficiales de artillería que eran de su confianza. El que fue á San Roque desempeñó su encargo con menos embarazos, hallando dispuesto á Don Francisco Javier Castaños que alli mandaba, á someterse á lo que se le prescribia. Ya de antemano habia entablado este general relaciones con Sir Hugo Dalrymple gobernador de Gibraltar, y lejos de suspender sus tratos por la llegada á su cuartel general del oficial francés Rogniat, de cuya comision hicimos mencion en el anterior libro, las avivó y estrechó mas y mas. Tampoco se retrajo de continuarlos ni por las ofertas que le hizo otro oficial de la misma nacion despachado al efecto, ni con el cebo del vireinato de Méjico que tenian en Madrid como en reserva para halagar con tan elevada dignidad la ambicion de los generales, cuya decision se conceptuaba de mucha importancia. Es de temer no obstante qne las pláticas con Dalrymple en nada hubieran terminado, si no hubiese llegado tan á tiempo el ex-

preso de Sevilla. A su recibo se pronunció abiertamente Castaños, y la causa comun ganó con su favorable declaracion 8941 hombres de tropa reglada que estaban bajo sus órdenes.

Tropezó en Cádiz con moyores obstáculos el conde de Teba, que fue el oficial enviado de Sevilla. Habitualmente residia en aquella plaza el capitan general de Andalucía, siendolo á la sazon Don Francisco Solano marqués del Socorro y de la Solana. No hacia mucho tiempo que habia regresado á su puesto desde Extremadura y de vuelta de la expedicion de Portugal, en donde le vimos soñar mejoras para el pais puesto á su cuidado. Despues del 2 de mayo solicitado y lisonjeado por los franceses, y sobre todo vencido por los consejos de españoles antiguos amigos suyos, con indiscrecion se mostraba secuaz de los invasores, graduando de frenesí cualquiera resistencia que se intentase. Ya antes de mediados de mayo corrió peligro en Badajoz por la poca cautela con que se expresaba. No anduvo mas prudente en todo su camino. Al cruzar por Sevilla se avistaron con él los que trabajaban para que aquella ciudad definitivamente se alzase. Esquivó todo compromiso, mas molestado por sus instancias pidió tiempo para reflexionar, y se apresuró á meterse en Cádiz. No satisfechos de su indecision, luego que tuvo lugar el levantamiento del 27 siendo ya algunos de los conspiradores individuos de la nueva junta, impelieron á esta para que el 28 enviase á aquella plaza al mencionado conde de Teba, quien con gran ruido y estrépito penetró por los muros gaditanos. Era alli muy amado el general Solano: debíalo á su anterior conducta en el gobierno del distrito, en el que se habia desvelado por hacerse grato á la guarnicion y al vecindario. En idolatría se hubiera convertido la aficion primera, si se hubiese francamente declarado por la causa de la nacion. Continuó vacilante é incierto, y el titubear de ahora en un hombre antes presto y arrojado en sus determinaciones, fue calificado de premeditada traicion. Creemos ciertamente que las esperanzas y promesas con que de una parte le habian traido entretenido, y los peligros que advertia de la otra examinando militarmente la situation de España, le privaron de la libre facultad de abrazar el honroso partido á que era llamado de Sevilla. Asi fue que al recibir sus pliegos ideó tomar un sesgo con que pudiera cubrirse.

Convocó á este propósito una reunion de generales, en la que se decidiese lo conveniente acerca del oficio traido por el conde de Teba. Largamente se discurrió en su seno la materia, y prevaleciendo como era natural el parecer de Solano, se acordó la publicacion de un bando cuyo estilo descubria la mano de quien le habia escrito. Dábanse en él las razones militares que asistian par considerar como temeraria la resistencia á los franceses, y despues de varias inoportunas reflexiones se concluia con afirmar que puesto que el pueblo la deseaba, no obstante las poderosas razones alegadas, se

formaria un alistamiento y se enviarian personas á Sevilla y otros puntos, estando todos los once, que suscribian al bando, prontos á someterse á la voluntad expresada. Contento Solano con lo que se habia determinado le faltó tiempo para publicarlo, y de noche con hachas encendidas y grande aparato mandó pregonar el bando por las calles, como si no bastase el solo acuerdo para dar suficiente pábulo á la inquietud del pueblo.

La desusada ceremonia atrajo á muchos curiosos, y luego que oyeron lo que de oficio se anunciaba, irritáronse sobremanera los circunstantes, y con el bullicio y el numeroso concurso pensaron los mas atrevidos en aprovecharse de la ocasion que se les ofrecia, y de monton acudieron todos á casa del capitan general. Allí un jóven llamado Don Manuel Larrus subiendo en ombros de otro, tomó la palabra y respondiendo una tras de otra á las razones del bando, terminó con pedir á nombre de la ciudad que se declarase la guerra á los franceses, y se intimase la rendicion á su escuadra fondeada en el puerto. Abatióse el altivo Solano á la voz del mozo, y quien para dicha suya y de su patria hubiera podido, acaudillándolas, ser árbitro y dueño de las voluntades gaditanas, tuvo que arrastrarse en pos de un desconocido. Convino pues en juntar al dia siguiente los generales, y ofreció que en todo se cumpliria lo que mandaba el pueblo.

La algazara promovida por la publicacion del bando siguió hasta rayar la aurora, y la muchedumbre cercó y allanó en uno de sus paseos de la casa del cónsul francés Mr. Le Roi, cuyo lenguaje soberbio y descomedido le habia atraido la aversion aun de los vecinos mas tranquilos. Refugióse el cónsul en el convento de S. Agustin y de allí fue á bordo de su escuadra. Acompañó á este desman el de soltar á algunos presos, pero no pasó mas allá el desórden. Los amotinados se aproximaron despues al parque de artillería para apoderarse de las armas, y los soldados en vez de oponerse los excitaron y ayudaron.

A la mañana inmediata 29 de mayo celebró Solano la ofrecida junta de generales, y todos condescendieron con la peticion del pueblo. Antes habia ya habido algunos de ellos que en vista del mal efecto causado por la publicacion del bando, procuraron descargar sobre el capitan general la propia responsabilidad, achacando la resolucion á su particular conato : indigna flaqueza que no poco contribuyó á indisponer mas y mas los ánimos contra Solano. Ayudó tambien á ello la frialdad é indiferencia que este dejaba ver en medio de su carácter naturalmente fogoso. No descuidaron la malevolencia y la enemistad emplear contra su persona las apariencias que le eran adversas, y ambas pasiones traidoramente atizaron las otras y mas nobles que en el dia reinaban.

Por la tarde se presentó en la plaza de S. Antonio el ayudante Don José Luquey anunciando al numeroso concurso allí reunido

que segun una junta celebrada por oficiales de marina, no se podia atacar la escuadra francesa sin destrozar la española todavia interpolada con ella. Se irritaron los oyentes, y serian las cuatro de la tarde cuando en seguida se dirigieron á casa del general. Permitióse subir á tres de ellos, entre los que habia uno que de lejos se parecia á Solano. El gentío era inmenso y tal el bullicio y la algazara que nadie se entendia. En tanto el jóven que tenia alguna semejanza con el general se asomó al balcon. La multitud aturdida tomóle por el mismo Solano, y las señas que hacia para ser oido, por una negativa dada á la peticion de atacar á la escuadra francesa. Entonces unos sesenta que estaban armados hicieron fuego contra la casa, y la guardia mandada por el oficial San Martin, despues caudillo célebre del Perú, se metió dentro y atrancó la puerta. Creció la saña, trajeron del parque cinco piezas y apuntaron contra la fachada, separada de la muralla por una calle baja, un cañon de á veinticuatro de los que coronaban aquella. Rompieron las puertas, huyó Solano, y encaramándose por la azotea se acogió á casa de su vecino y amigo el irlandés Strange. Al llegar se encontró con Don Pedro Olaechea, hombre oscuro, y que habiendo sido novicio en la Cartuja de Jerez, se le contaba entre los principales alborotadores de aquellos dias. Presumiendo este que el perseguido general se habria ocultado alli, habíasele adelantado entrando por la puerta principal. Sorprendióse Solano con el inesperado encuentro, mas ayudado del comandante del regimiento de Zaragoza Creach que casualmente entraba á visitar á la señora de Strange, juntos encerraron al ex-cartujo en un pasadizo, de donde queriendo el tal por una claraboya escaparse se precipitó á un patio, de cuyas resultas murió á pocos dias. Pero Solano no pudiendo evadirse por parte alguna, se escondió en un hueco oculto que le ofrecia un gabinete alhajado á la turca, donde la multitud corriendo en su busca desgraciadamente le descubrió. Pugnó valerosa, pero inútilmente, por salvarle la esposa del señor Strange Doña María Tuker; hiriéronla en un brazo, y al fin sacaron por violencia de su casa á la víctima que defendia. Arremolinándose la gente colocaron en medio al marqués y se le llevaron por la muralla adelante con propósito de suspenderle en la horca. Iba sereno y con brio, no apareciendo en su semblante decaimiento ni desmayo. Maltratado y ofendido por el paisanage y soldadesca, recibió al llegar á la plaza de San Juan de Dios una herida que puso término á sus dias y á su tormento. Revelaríamos para execracion de la posteridad el nombre del asesino, si con certeza hubiéramos podido averiguarlo. Bien sabemos á quién y cómo se ha inculpado, pero en la duda nos abstenemos de repetir vagas acusaciones.

Reemplazó al muerto capitan general D. Tomas de Morla gobernador de Cádiz. Aprobó la junta de Sevilla el nombramiento, y envió para asistirle y quizá para vigilarle al general Don Euse-

bio Antonio Herrera, individuo suyo. Se hizo marchar inmediatamente hácia lo interior parte de las tropas que habia en Cádiz y sus contornos, no contándose en la plaza otra guarnicion que los regimientos provinciales de Córdoba, Ecija, Ronda y Jerez, y los dos de linea de Burgos y Ordenes militares, que casi se hallaban en cuadro. El 31 se juró solemnemente á Fernando VII y se estableció una junta dependiente de la suprema de Sevilla. En la misma mañana parlamentaron con los ingleses el gefe de escuadra Don Enrique Macdonnell y el oidor Don Pedro Creux. Conformáronse aquellos con las disposiciones de la junta sevillana, reconocieron su autoridad y ofrecieron 5000 hombres que á las órdenes del general Spencer iban destinados á Gibraltar.

Cobrando cada vez mas aliento la junta suprema de Sevilla hizo el 6 de junio una declaracion solemne de guerra contra Francia, afirmando « que no dejaria las armas de la mano hasta que el em« perador Napoleon restituyese á España al rey Fernando VII y á « las demas personas reales, y respetase los derechos sagrados de « la nacion que habia violado, y su libertad, integridad é indepen« dencia. » Publicó por el mismo tiempo que esta declaracion otros papeles de grande importancia, señalándose entre todos el conocido con el nombre de *Prevenciones*. En él se daban acomodadas reglas para la guerra de partidas, única que convenia adoptar ; se recomendaba el evitar las acciones generales, y se concluia con el siguiente artículo, digno de que á la letra se reproduzca en este lugar : « se cuidará de hacer entender y persuadir á la nacion que « libres, como esperamos, de esta cruel guerra á que nos han for« zado los franceses, y puestos en tranquilidad y restituido al tro« no nuestro rey y señor Fernando VII, bajo él y por él se con« vocarán córtes, se reformarán los abusos y se establecerán las « leyes que el tiempo y la experiencia dicten para el público bien « y felicidad ; cosas que sabemos hacer los españoles, que las he« mos hecho con otros pueblos sin necesidad de que vengan los... « franceses á enseñárnoslo... » Dedúzcase de aqui si fue un fanatismo ciego y brutal el verdadero móvil de la gloriosa insurreccion de España, como han querido persuadirlo extrangeros interesados ó indignos hijos de su propio suelo.

Jaen y Córdoba se sublevaron á la noticia de la declaracion de Sevilla, y se sometieron á su junta, creando otras para su gobierno particular, en que entraron personas de todas clases. En Jaen desconfiándose del corregidor Don Antonio María de Lomas, le trasladaron preso á pocos dias á Valdepeñas de la Sierra, en donde el pueblo alborotado le mató á fusilazos. Córdoba se apresuró á formar su alistamiento, dirigió gran muchedumbre de paisanos á ocupar el puente de Alcolea, dándose el mando de aquella fuerza armada, llamada vanguardia de Andalucía, á Don Pedro Agustin de Echavárri. Aprobó la junta de Sevilla dicho nombramiento; la

que por su parte no cesaba de activar y promover las medidas de defensa. Confió el mando de todo el ejército á Don Francisco Javier Castaños, recompensa debida á su leal conducta; y el 9 de junio salió este general á desempeñar su honorífico encargo.

Rendicion de la escuadra francesa surta en Cadiz.

Entre tanto quedaba por terminar un asunto que al paso que era grave interesaba á la quietud y aun á la gloria de Cádiz. La escuadra francesa surta en el puerto todavía tremolaba á su bordo el pabellon de su nacion, y el pueblo se dolia de ver izada tan cerca de sus muros y en la misma bahía una bandera tenida ya por enemiga. Era ademas muy de temer, abierta la comunicacion con los ingleses, que no consintiesen estos tener largo tiempo casi al costado de sus propias naves y en perfecta seguridad una escuadra de su aborrecido adversario. Instó por consiguiente el pueblo en que prontamente se intimase la rendicion al almirante francés Rossilly. El nuevo general Morla, fuera prudencia para evitar efusion de sangre, ó fuera que anduviese aun dudoso en el partido que le convenia abrazar (sospecha á que da lugar su posterior conducta), procuraba diferir las hostilidades divirtiendo la atencion pública con mañosas palabras y dilaciones. El almirante francés con la esperanza de que avanzasen á Cadiz tropas de su nacion, pedia que no se hiciese novedad alguna hasta que el emperador contestase á la demanda hecha en proclamas y declaraciones de que se entregase á Fernando VII : estratagema que ya no podia engañar ni sorprender á la honradez española. Aprovechándose de la tardanza mejoraron los franceses su posicion, metiéndose en el canal del arsenal de la Carraca, y colocándose de suerte que no pudieran ofenderles los fuegos de los castillos ni de la escuadra española. Constaba la francesa de cinco navíos y una fragata : su almirante Mr. de Rossilly hizo despues una nueva proposicion, y fue que para tranquilizar los ánimos saldria de bahia si se alcanzaba del británico, anclado á la boca, el permiso de hacerse á la vela sin ser molestado; y sino que desembarcaria sus cañones, conservaria á bordo las tripulaciones y arriaria la bandera, dándose mútuamente rehenes, y con el seguro de ser respetado por los ingleses. Morla rehusó dar oidos á proposicion alguna que no fuese la pura y simple entrega.

Hasta el 9 de junio se habian prolongado estas pláticas, en cuyo dia temiéndose el enojo público se rompió el fuego. El almirante inglés Collingwood que de Tolon habia venido á suceder á Purvis, ofreció su asistencia, pero no juzgándola precisa fue desechada amistosamente. Empezó el cañon del Trocadero á batir á los enemigos, sosteniendo sus fuegos las fuerzas sutiles del arsenal y las del apostadero de Cádiz que fondearon frente de Fort-Luis. El navio francés Algeciras incomodado por la bateriá de morteros de la Cantera, la desmontó : tambien fue á pique una cañonera mandada por el alferez Valdés, y el místico de Escalera, pero sin desgracia. La

pérdida de ambas partes fue muy corta. Continuó el fuego el 10, en cuyo dia á las tres de la tarde el navio Héroe francés que montaba el almirante Rossilly, puso bandera española en el trinquete, y afirmó la de parlamento el navío Príncipe, en el que estaba Don Juan Ruiz de Apodaca comandante de nuestra escuadra. Abriéronse nuevas conferencias que duraron hasta la noche del 13, y en ella se intimó á Rossilly que á no rendirse romperian fuego destructor dos baterías levantadas junto al puente de la nueva poblacion. El 14 á las siete de la mañana izó el navío Príncipe la bandera de fuego, y entonces se entregaron los franceses á merced del vencedor. Regocijó este triunfo, si bien no costoso ni difícil, porque con eso quedaba libre y del todo desembarazado el puerto de Cádiz, sin haber habido que recurrir á las fuerzas marítimas de los nuevos aliados.

En tanto Sevilla acelerando el armamento y la organizacion militar, envió á todas partes avisos y comisionados; y Canarias y las provincias de América no fueron descuidadas en su solícita diligencia. Quiso igualmente asentar con el gobierno inglés directas relaciones de amistad y alianza, no bastándole las que interinamente se habian entablado con sus almirantes y generales: á cuyo fin diputó con plenos poderes á los generales D. Adrian Jácome y D. Juan Ruiz de Apodaca, que despues veremos en Inglaterra. Ahora conviene seguir narrando la insurreccion de las otras provincias.

Levantamiento de Granada.

Hemos referido mas arriba que Córdoba y Jaen habian reconocido la supremacía de Sevilla. No fue asi en Granada. Asiento de una capitanía general y de una chancillería, no habia estado avezada aquella ciudad, asi por esto como por su extension y riqueza, á recibir órdenes de otra provincia. Por tanto determinó elegir un gobierno separado, levantar un ejército propio suyo, y concurrir con brillantez y esfuerzo á la comun defensa. En los dos últimos meses se habian dejado sentir los mismos síntomas de desasosiego que en las otras partes; pero no adquirió aquel descontento verdadera forma de insurreccion hasta el 29 de mayo. A la una de aquel dia entró por la ciudad á caballo y con grande estruendo el teniente de artillería Don José Santiago, que traia pliegos de Sevilla. Acompañado de paisanos de las cercanías y de otros curiosos que se agregaron con tanta mas facilidad cuanto era domingo, se dirigió á casa del capitan general.

Éralo á la sazon Don Ventura Escalante, hombre pacífico y de escaso talento, quien aturdido con la noticia de Sevilla se quedó sin saber á qué partido ladearse. Por de pronto con evasivas palabras se limitó á mandar al oficial que se retirase, con lo que creció por la noche la agitacion, y agriamente se censuró la conducta tímida del general. Ser el dia siguiente 30 el de San Fernando, no poco influyó para acalorar mas los ánimos. Asi fue que por la mañana agolpándose mucha gente á la plaza Nueva, en donde está la chancillería, residencia del capitan general, se pidió

con ahinco por los que allí se agruparon que se proclamase á Fernando VII. El general en aquel aprieto con gran séquito de oficiales, personas de distincion y rodeado de la turba conmovida salió á caballo, llevando por las calles como en triunfo el retrato del deseado rey. Pero viendo el pueblo que las providencias tomadas se habian limitado al vano aunque ostentoso paseo, se indignó de nuevo, é incitado por algunos acudió de tropel y por segunda vez á casa del general, y sin disfraz le requirió que desconfiándose de su conducta era menester que nombrase una junta, la cual encargada que fuese del gobierno, cuidara con particularidad de armar á los habitantes. Cedió el Escalante á la imperiosa insinuacion. Parece ser que el principal promovedor de la junta, y el que dió la lista de sus miembros, fue un monge gerónimo llamado el padre Puebla, hombre de vasta capacidad y de carácter firme. Eligióse por presidente al capitan general, y mas de cuarenta individuos de todas clases entraron á componer la nueva autoridad. Al instante se pensó en medidas de guerra : el entusiasmo del pueblo no tuvo límites, y se alistó la gente en términos que hubo que despedir gran parte. Llovieron los donativos y las promesas, y bien pronto no se vieron por todos lados sino fábricas de monturas, de uniformes y de composicion de armas. Granada puede gloriarse de no haber ido en zaga en patriotismo y heróicos esfuerzos á ninguna otra de las provincias del reino. Y ¡ojalá que en todas hubiera habido tanta actividad y tanto órden en el empleo de sus medios!

Pero ciudad extendida é indefensa, hubiera sin embargo corrido gran riesgo si alguna fuerza enemiga se hubiera acercado á sus puertas. Se hallaba sin tropas, destinadas á otros puntos las que antes la guarnecian. Un solo batallon suizo que quedaba, por órden de la corte se habia ya puesto en marcha para Cádiz. Felizmente no se habia alejado todavía, y en obediencia á un parte de la junta retrocedió y sirvió de apoyo á la autoridad.

Declarada con entusiasmo la guerra á Bonaparte, requisito que acompañaba siempre á la insurreccion, se llamó de Málaga á Don Teodoro Reding su gobernador para darle el mando de la gente que se armase, y tuvo la especial comision de adiestrarla y disciplinarla el brigadier Don Francisco Abadía, quien la desempeñó con zelo y bastante acierto. Todos los pueblos de la provincia imitaron el ejemplo de Granada. En Málaga pereció desgraciadamente el 20 de junio el vice-cónsul francés M. d'Agaud y Don Juan Croharé que sacó á la fuerza el populacho del castillo de Gibralfaro en donde estaban detenidos. Pero sus muertes no quedaron impunes, vengándolas el cadalso en la persona de Cristóbal Avalos y de otros dos, á quienes se consideró como principales culpados.

La junta de Granada no contenta con los auxilios propios y con las armas que aguardaba de Sevilla, envió á Gibraltar en comision á Don Francisco Martinez de la Rosa, quien á pesar de su edad tem-

prana era ya catedrático en aquella universidad, y mereció por sus aventajadas partes ser honrado con encargo de tanta confianza. No dejó en su viage de encontrar con embarazos, recelosos los pueblos de cualquiera pasagero que por ellos transitaba. Siendo el segundo español que en comision fue á Gibraltar para anunciar la insurreccion de las provincias andaluzas, le acogieron los moradores con júbilo y aplauso. No tanto el gobernador Sir Hugo Dalrymple. Prevenido en favor de un enviado de Sevilla que era el que le habia precedido, temia el inglés una fatal desunion si todos no se sometian á un centro comun de autoridad. Al fin condescendió en suministrar al comisionado de Granada fusiles y otros pertrechos de guerra, con lo que, y otros recursos que le facilitaron en Algeciras, cumplió satisfactoriamente con su encargo. A la llegada de tan oportunos auxilios se avivó el armamento, y en breve pudo Granada reunir una division considerable de sus fuerzas á las demas de Andalucía, capitaneándolas el mencionado Don Teodoro Reding, de quien era mayor general Don Francisco Abadía, y teniendo por intendente á Don Cárlos Veramendi, sugetos todos tres muy adecuados para sus respectivos empleos.

Deslustróse el limpio brillo de la revolucion granadina con dos deplorables acontecimientos. Don Pedro Trujillo antiguo gobernador de Málaga residia en Granada, y mirábasele con particular encono por su anterior proceder y violentas exacciones, sin recomendarle tampoco á las pasiones del dia su enlace con Doña Micaela Tudó hermana de la amiga del príncipe de la Paz. Hiciéronse mil conjeturas acerca de su mansion, é imputábasele tener algun encargo de Murat. Para protegerle y calmar la agitacion pública, se le arrestó en la Alhambra. Determinaron despues bajarle á la cárcel de corte, contigua á la chancillería, y esta fue su perdicion, porque al atravesar la plaza nueva se amontonó gente dando gritos siniestros, y al entrar en la prision se echaron sobre él á la misma puerta y le asesinaron. Lleno de heridas arrastraron como furiosos su cadáver. Achacóse entre otros á tres negros el homicidio, y sumariamente fueron condenados, ejecutados en la cárcel, y ya difuntos puestos en la horca una mañana. Al asesinato de Trujillo siguiéronse otros dos, el del corregidor de Velez-Málaga y el de Don Bernabé Portillo sugeto dado á la economía política, y digno de aprecio por haber introducido en la abrigada costa de Granada el cultivo del algodon. Su indiscrecion contribuyó á acarrearle su pérdida. Ambos habian sido presos y puestos en la cartuja extramuros para que estuviesen mas fuera del alcance de insultos populares. El 23 de junio, dia de la octava del Corpus, habia en aquel monasterio una procesion. Despachábase por los monges con motivo de la fiesta mucho vino de su cosecha, y un lego era el encargado de la venta. Viendo este á los concurrentes alegres y enardecidos con el mucho beber, díjoles: « Mas valia no dejar impunes á los dos

« traidores que tenemos adentro. » No fue necesario repetir la aleve insinuacion á hombres ébrios y casi fuera de sentido. Entraron pues en el monasterio, sacaron á los dos infelices y los apuñalaron en el Triunfo. Sañudo el pueblo parecia inclinarse á ejecutar nuevos horrores, maliciosamente incitado por un fraile de nombre Roldan. Doloroso es en verdad que ministros de un Dios de paz embozados con la capa del patriotismo se convertiesen en crueles carniceros. Por dicha el síndico del comun llamado Garcilaso distrajo la atencion de los sediciosos, y los persuadió á que no procediesen contra otros sin suficientes y justificativas pruebas. La autoridad no desperdició la noche que sobrevino: prendió á varios, y de ellos hizo ahorcar á nueve, que cubiertas las cabezas con velo, se suspendieron en el patíbulu, enviando despues á presidio al fraile Roldan. Aunque el castigo era desusado en su manera, y recordaba el misterioso secreto de Venecia, mantuvo el órden y volvió á los que gobernaban su vigoroso influjo. Desde entonces no se pertnrbó la tranquilidad de Granada, y pudieron sus gefes con mas sosiego ocuparse en las medidas que exigia su noble resolucion.

Levantamiento de Extremadura. La provincia de Extremadura habia empezado á desasosegarse desde el famoso aviso del alcalde de Móstoles, que ya alcanzó á Badajoz en 4 de mayo. Era gobernador y comandante general el conde de la Torre del Fresno, quien en su apuro se asesoró con el marqués del Socorro general en gefe de las tropas que habian vuelto de Portugal. Ambos convocaron á junta militar, y de sus resultas se dió el 5 una proclama contra los franceses, la primera quizá que en este sentido se publicó en España enviando ademas á Lisboa, Madrid y Sevilla varios oficiales con comisiones al caso é importantes. Obraron de buena fé Torre del Fresno y Socorro en paso tan arriesgado; pero recibiendo nuevos avisos de estar restablecida la tranquilidad en la capital, asi uno como otro mudaron de lenguaje y sostuvieron con empeño el gobierno de Madrid. Habian alucinado á Socorro cartas de antiguos amigos suyos, y halagádole la resolucion de Murat de que volviese á su capitanía general de Andalucía para donde en breve partió. Su ejemplo y sus consejos arrastraron á Torre del Fresno que carecia de prendas que le realzasen : general cortesano y protegido como paisano suyo por el príncipe de la Paz, aplacíale mas la vida floja y holgada que las graves ocupaciones de su destino. Sin la necesaria fortaleza aun para tiempos tranquilos, mal podia contrarestar el torrente que amenazaba. La fermentacion crecia, menguaba la confianza hácia su persona, y avivando las pasiones los impresos de Madrid que tanto las despertaron en Sevilla, trataron entonces algunas personas de promover el levantamiento general. Se contaban en su número y eran los mas señalados Don José María Calatrava, despues ilustre diputado de córtes, el teniente de rey Mancio y el tesorero Don Felix Ovallo, quienes se juntaban en

casa de Don Alonso Calderon. Concertóse en las diversas reuniones un vasto plan que el 3 ó 4 de junio debia ejecutarse al mismo tiempo en Badajoz y cabezas de partido. En el ardor que abrigaban los pechos españoles no era dado calcular friamente el momento de la explosion como en las comunes conjuraciones. Ahora todos conspiraban y conspiraban en calles y plazas. Ciertos individuos formaban á veces propósito de enseñorearse de esta disposicion general y dirigirla, pero un incidente prevenia casi siempre sus laudables intentos.

Así fue en Badajoz, en donde un caso parecido al de la Coruña anticipó el estampido. Habia ordenado el gobernador que el 30, dia de San Fernando, no se hiciese la salva, ni se enarbolase la bandera. Notóse la falta, se apiñó la gente en la muralla, y una muger atrevida despues de reprender á los artilleros cogió la mecha y prendió fuego á un cañon. Al instante dispararon los otros, y á su sonido levantóse en toda la ciudad el universal grito de *viva Fernando VII y mueran los franceses.* Cuadrillas de gente recorrieron las calles con banderolas, panderos y sonajas, sin cometer exceso alguno. Se encaminaron á casa del gobernador, cuya voz se empleó exclusivamente en predicar la quietud. Impacientáronse con sus palabras los numerosos espectadores, y ultrajáronle con el denuesto de traidor. Mientras tanto y azarosamente llegó un postillon con pliegos, y se susurró ser correspondencia sospechosa y de un general francés. Ciegos de ira y sordos á las persuasiones de los prudentes, enfurecieronse los mas y treparon sin demora hasta entrarse por los balcones. Acobardado Torre del Fresno se evadió por una puerta falsa, y en compañía de dos personas aceleró sus pasos hácia la puerta de la ciudad que dá al Guadiana. Advirtiendo su ausencia siguieron la huella, le encontraron, y rodeado de gran gentio se metió en el cuerpo de guardia sin haber quien le obedeciese. Cundió que se fugaba, y en medio de la pendencia que suscitó el quererle defender unos y acometerle otros, le hirió un artillero, y lastimado de otros golpes de paisanos y soldados fue derribado sin vida. Arrastraron despues el cadáver hasta la puerta de su casa, en cuyos umbrales le dejaron abandonado. Víctima inocente de su imprudencia, nunca mereció el injurioso epíteto de traidor con que amargaron sus últimos suspiros.

El brigadier de artillería Don José Galluzo fue elevado al mando supremo, y al gobierno de la plaza el teniente de rey Don Juan Gregorio Mancio. Interinamente se congregó una junta de unas veinte personas escogidas entre las primeras autoridades y hombres de cuenta. Los partidos constituyeron del mismo modo otras en sus respectivas comarcas, y unidos obedecieron las órdenes de la capital. Hubo por todas partes el mejor órden, á excepcion de la ciudad de Plasencia y de la villa de los Santos, en donde se ensangrentó el alzamiento con la muerte de dos personas. Las clases sin

distincion se esmeraron en ofrecer el sacrificio de su persona y de sus bienes, y los mozos acudieron á enregimentarse como si fuesen á una festiva romería.

Entristeció sin embargo á los cuerdos el absoluto poder que por pocos dias ejerció el capitan Don Ramon Gavilanes, despachado de Sevilla para anunciar su pronunciamiento. Al principio con nueva tan halagüeña colmó su llegada de júbilo y satisfaccion. Acibaróse luego al ver que por la flaqueza de Don José Galluzo procedió el Gavilanes á manera de dictador de índole singular, repartiendo gracias y honores, y aun inventando oficios y empleos antes desconocidos. La junta sucumbió á su influjo, y confirmó casi todos los nombramientos; mas volviendo en sí puso término á las demasías del intruso capitan, procurando que se olvidase su propia debilidad y condescendencia con las medidas enérgicas que adoptó. Despues ella misma legitimó la autoridad provincial convocando una junta á que fueron llamados representantes de la capital, de los otros partidos, de los gremios y principales corporaciones.

Casi desmantelada la plaza de Badajoz y desprovistos sus habitantes de lo mas preciso para su defensa, fue su resolucion harto osada, estando el enemigo no lejos de sus puertas. Ocupaba á Yelbes el general Kellerman, y para disfrazar el estado de la ciudad alzada, se emplearon mil estratagemas que estorbasen un impensado ataque. La guarnicion estaba reducida á 500 hombres. La milicia urbana cubria á veces el servicio ordinario. Uno de los dos regimientos provinciales estaba fuera de Extremadura, el otro permanecia desarmado. Las demas plazas de la frontera, débiles de suyo, ahora lo estaban aun mas, arruinándose cada dia las fortificaciones que las circuian. Todo al fin fue remediándose con la actividad y zelo que se desplegó. Al acabar junio contó ya el ejército extremeño 20,000 hombres. Sirvieron mucho para su formacion los españoles que á bandadas se escapaban de Portugal á pesar de la estrecha vigilancia de Junot: y de los pasados portugueses y del propio ejército francés pudo levantarse un cuerpo de extrangeros. Importantísimo fue para España y particularmente para Sevilla el que se hubiera alzado Extremadura. Con su ayuda se interrumpieron las comunicaciones directas de los franceses del Alentejo y de la Mancha, y no pudieron estos ni combinar sus operaciones, ni darse la mano para apagar la hoguera de insurreccion encendida en la principal cabeza de las Andalucías.

Conmociones en Castilla la Nueva.

Ocupadas ú observadas de cerca por el ejército francés las cinco provincias en que se divide Castilla la Nueva, no pudieron en lo general sus habitantes formar juntas ni constituirse en un gobierno estable y regular. Procuraron con todo en muchas partes cooperar á la defensa comun, ya enviando mozos y auxilios á las que se hallaban libres, ya provocando y favoreciendo la desercion de los regimientos españoles

que estaban dentro de su territorio, y ya tambien hostigando al enemigo é interceptando sus correos y comunicaciones. El ardor de Castilla por la causa de la patria caminaba al par del de las otras provincias del reino, y á veces raros ejemplos de valor y bizarría ennoblecieron é ilustraron á sus naturales. Mas adelante veremos los servicios que allí se hicieron, sobre todo en la desprevenida y abierta Mancha. Ya desde el principio se difundieron proclamas para excitar á la guerra, y aun hubo parages en que hombres atrevidos dieron acertado impulso á los esfuerzos individuales.

Penetradas de iguales sentimientos y alentadas por la proteccion que las circunstancias les ofrecian, lícito les fue á las tropas que tenian sus acantonamientos en los pueblos castellanos desampararlos é ir á incorporarse con los ejércitos que por todas partes se levantaban. Entre las acciones que brillaron con mas pureza en estos dias de entusiasmo y patriotismo, asombrosa fue y digna de mucha loa la resolucion de Don José Veguer comandante de zapadores y minadores, quien desde Alcalá de Henares y á tan corta distancia de Madrid partió en los últimos dias de mayo con 110 hombres, la caja, las armas, banderas, pertrechos y tambores, y desoyendo las promesas que en su marcha recibió de un emisario de Murat, en medio de fatigas y peligros, amparado por los habitantes, y atravesando por la sierra de Cuenca, tomó la vuelta de Valencia, á cuya junta se ofreció con su gente. Al amor de la insurreccion que cundia, buscaron los otros soldados el honroso sendero ya trillado por los zapadores. Así se apresuraron en la Mancha á imitar su glorioso ejemplo los carabineros reales, y en Talavera sucedió otro tanto con los voluntarios de Aragon y un batallon de Saboya que iban con destino á domeñar la Extremadura. ¿Qué mas? De Madrid mismo desertaban oficiales y soldados sueltos de todos los cuerpos y partidas enteras, como se verificó con una de dragones de Lusitania y otra del regimiento de España, la cual salió por sus mismas puertas sin estorbo ni demora. Fácil es figurarse cuál seria la sorpresa y aturdimiento de los franceses al ver el desórden y la agitacion que reinaban en las poblaciones mismas de que eran dueños, y la desconfianza y desmayo que debian sembrarse en sus propias filas. Por momentos se acrecentaban sus zozobras, pues cada dia recibian la nueva de alguna provincia levantada, y no poco los desconcertó el correo portador de lo que pasaba en la parte oriental de España que vamos á recorrer.

Levantamiento de Cartagena y Murcia.

Fue allí Cartagena la primera que dió la señal, compeliendo á levantar el estandarte de independencia á Murcia y pueblos de su comarca. Plaza de armas y departamento de marina, reunia Cartagena un cúmulo de ventajas que fomentaban el deseo de resistencia que la dominaba. Se esparció el 22 de mayo que el general Don José Justo Salcedo pasaba á Mahon para encargarse de nuevo del mando de la escuadra allí fon-

deada y conducirla á Tolon. Interesaba esta providencia á un departamento de cuya bahía aquella escuadra habia levado el ancla, y en donde se albergaban muchas personas conexionadas con las tripulaciones de su bordo. Por acaso en el mismo dia vinieron las renuncias de Bayona, vehemente incitativo al levantamiento de toda España, y con ellas otras noticias tristes y desconsoladoras. Amontonándose á la vez novedades tan extraordinarias causaron una tremenda explosion. El cónsul de Francia se refugió á un buque dinamarqués. Reemplazó á Don Francisco de Borja capitan general del departamento Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, siendo despues el 10 de junio inmediato asesinado el primero de resultas de un alboroto á que dió ocasion un artículo imprudente de la Gaceta de Valencia. Escogieron por gobernador al marqués de Camarena la Real coronel del regimiento de Valencia, y se formó en fin una junta de personas distinguidas del pueblo, en cuyo número brillaba el sabio oficial de marina Don Gabriel Ciscar. Cartagena declarada era un fuerte estribo en que se podian apoyar confiadamente la provincia de Murcia y toda la costa. Abiertos sus arsenales y depósitos de armas, era natural que proveyesen en abundancia, como asi lo hicieron, de pertrechos militares á todos los que se agregasen para sostener la misma causa. Nada se omitió por la ciudad despues de su insurreccion para aguijar á las otras. Y fue una de sus oportunas y primeras medidas poner en cobro la escuadra de Mahon, á cuyo puerto y con aquel objeto fue despachado el teniente de navío Don José Duelo, quien llegando á tiempo impidió que se hiciese á la vela como iba Salcedo á verificarlo conformándose con una órden de Murat recibida por la via de Barcelona.

De los emisarios que Cartagena habia enviado á otras partes penetraron en Murcia á las siete de la mañana del 24 de mayo cuatro oficiales aclamando á voces á Fernando VII. Se conmovió el pueblo á tan desusado rumor, y los estudiantes de San Fulgencio, colegio insigne por los claros varones que ha producido, se señalaron en ser de los primeros á abrazar la causa nacional. Acrecentándose el tumulto, los regidores con el cabildo eclesiástico y la nobleza tuvieron ayuntamiento, y acordaron la proclamacion solemne de Fernando, ejecutándose en medio de universales vivas. No hubo desgracias en aquella ciudad, y solo por precaucion arrestaron á algunos mirados con malos ojos por el pueblo y al que hacia de cónsul francés. En la de Villena pereció su corregidor y algun dependiente suyo, hombres antes odiados. Se eligió una junta de dieciseis personas entre las de mas monta, resaltando en la lista el nombre del conde de Florida-Blanca, con quien á pesar de su avanzada edad todavía nos encontraremos. El mando de las tropas se confió á Don Pedro Gonzales de Llamas antiguo coronel de milicias, y comenzaron á adoptarse medidas de armamento y defensa. Como esta provincia por lo que respecta á lo militar dependia del capitan general

de Valencia, sus tropas obraron casi siempre y de consuno, por lo menos en un principio, con las restantes de aquel distrito.

Pero entre las provincias bañadas por el Mediterráneo llamó la atencion sobre todas la de Valencia. Indispensable era que asi fuese al ver sus heróicos esfuerzos, sus sacrificios y desgraciadamente hasta sus mismos y lamentables excesos. Tributáronse á unos los merecidos elogios, y arrancaron los otros justos y acerbos vituperios. Los naturales de Valencia activos é industriosos, pero propensos al desasosiego y á la insubordinacion, no era de esperar que se mantuviesen impasibles y tranquilos, ahora que la desobediencia á la autoridad intrusa era un título de verdadera é inmarcesible gloria. Sin embargo ni los trastornos de marzo, ni los pasmosos acontecimientos que desde entonces se agolparon unos en pos de otros, habian suscitado sino hablillas y corrillos hasta el 23 de mayo. En la madrugada de aquel dia se recibió la Gaceta de Madrid del 20, en la que se habian insertado las renuncias de la familia real en la persona del emperador de los franceses. Solian por entonces gentes del pueblo juntarse á leer dicho papel en un puesto de la plazuela de las Pasas, encargándose uno de satisfacer en voz alta la curiosidad de los demas concurrentes. Tocó en el 23 el desempeño de la agradable tarea á un hombre fogoso y atrevido, quien al relatar el artículo de las citadas renuncias rasgó la Gaceta y lanzó el primer grito de *viva Fernando VII y mueran los franceses.* Respondieron á su voz los numerosos oyentes, y corriendo con la velocidad del rayo se repitió el mismo grito hasta en los mas apartados lugares de la ciudad. Se aumentó el clamoreo agrupándose miles de personas, y de tropel acudieron á la casa del capitan general, que lo era el conde de la Conquista. En vano intentó este apaciguarlos con muchas y atentas razones. El tumulto arreció, y en la plazuela de Santo Domingo mostráronse sobre todo los amotinados muy apiñados y furiosos.

Levantamiento de Valencia.

Faltabales caudillo, y allí por primera vez se les presentó el padre Juan Rico religioso franciscano, el cual, resuelto, fervoroso, perito en la popular elocuencia y resguardado con el hábito que le santificaba á los ojos de la muchedumbre, unia en su persona poderosos alicientes para arrastrar tras sí á la plebe, dominarla é impedir que enervase esta su fuerza con el propio desórden.

Arengó brevemente al innumerable auditorio, le indicó la necesidad de una cabeza, y todos le escogieron para que llevase la voz. Escusóse Rico, insistió el pueblo, y al cabo cediendo aquel, fue llevado en hombros desde la plazuela de Santo Domingo al sitio en que el real acuerdo celebraba sus sesiones. Hubo entre los individuos de esta corporacion y el padre Rico largo coloquio, esquivando aquellos condescender con las peticiones del pueblo, y persistiendo el último tenazmente en su invariable propósito. Acalorándose con la impaciencia los ánimos, asintieron las autoridades á lo que de

ellas se exigia, y se nombró por general en gefe del ejército que iba á formarse al conde de Cervellon grande de España, propietario rico del pais, aunque falto de las raras dotes que semejante mando y aquellos tiempos turbulentos imperiosamente reclamaban. Como el de la Conquista y el real acuerdo habian con repugnancia sometidose á tamaña resolucion, procuraron escudarse con la violencia dando subrepticiamente parte á Madrid de lo que pasaba, y pidiendo con ahinco un envio de tropas que los protegiese. El pueblo ignorante de la doblez tranquilamente se recogió á sus casas la noche del 23 al 24. En ella habia el arzobispo tanteado á Rico, y ofrecídole una cuantiosa suma si queria desamparar á Valencia, cuyo paso habiendo fallado por la honrosa repulsa del solicitado, se despertaron los recelos, y en acecho los principales promovedores del alboroto prepararon otro mayor para la mañana siguiente.

Rico se habia albergado aquella noche en el convento del Temple en el cuarto de un amigo. Muy temprano y á la sazon en que el pueblo empezó á conmoverse, fue á visitarle el capitan de Saboya Don Vicente Gonzales Moreno con dos oficiales del propio cuerpo. Era de importancia su llegada, porque ademas de aunarse asi las voluntades de militares y paisanos, tenia Moreno amistad con personas de mucho influjo en el pueblo y huerta de Valencia, tales eran Don Manuel y Don Mariano Beltran de Lis, quienes de antemano juntábanse con otros á deplorar los males que amenazaban á la patria, pagaban gente que estuviese á su favor, y atizaban el fuego encubierto y sagrado de la insurreccion. Concordes en sentimientos Moreno y Rico meditaron el modo de apoderarse de la ciudadela.

Un impensado incidente estuvo entre tanto para envolver á Valencia en mil desdichas. La serenidad y valor de una dama lo evitó felizmente. Habíase empeñado el pueblo en que se leyesen las cartas del correo que iba á Madrid, y en vano se cansaron muchos en impedirlo. La balija que las contenia fue trasportada á casa del conde de Cervellon, y á poco de haber comenzado el registro se dió con un pliego que era el duplicado del parte arriba mencionado, y en el que el real acuerdo se disculpaba de lo hecho, y pedia tropas en su auxilio. Viendo la hija del conde, que presenciaba el acto, la importancia del papel, con admirable presencia de ánimo al intentar leerle le cogió, rasgóle en menudos pedazos, é imperturbablemente arrostró el furor de la plebe amotinada. Esta, si bien colérica, quedó absorta, y respetó la osadia de aquella señora que preservó de muerte cierta á tantas personas. Accion digna de eterno loor.

En el mismo dia 24 y conforme á la conmocion preparada pensaron Rico, Moreno y sus amigos en enseñorearse de la ciudadela. Con pretexto de pedir armas para el pueblo se presentaron en gran número delante del acuerdo, y como este contestase, segun

era cierto, que no las habia, exigieron los amotinados para cerciorarse con sus propios ojos que se les dejase visitar la ciudadela, en donde debian estar depositadas. Se concedió el permiso á Rico con otros ocho; pero llegados que fueron, todos entraron de monton, pasando á su bando el baron de Rus que era gobernador. Gran brio dió este suceso á la revolucion, y tanto que sin resistencia de la autoridad se declaró el dia 25 la guerra contra los franceses, y se constituyó una junta numerosísima en que andaba mezclada la mas elevaba nobleza con el mas humilde artesano.

La situacion empero de Valencia hubiera sido muy peligrosa, si Cartagena no la hubiese socorrido con armas y pertrechos de guerra. Estaba en esta parte tan exhausta de recursos que aun de plomo carecia; pero para suplir tan notable falta empezó igualmente la fortuna á soplar con próspero viento. Por singular dicha arribó al Grao una fragata francesa cargada con 4000 quintales de aquel metal, la cual sin noticia del levantamiento vino á ponerse á la sombra de las baterías del puerto, dándole caza un corsario inglés. A la entrada fue sorprendida y apresada, y se envió á su contrario, que bordeaba á la banda de afuera, un parlamento para comunicarle las grandes novedades del dia, y confiarle pliegos dirigidos á Gibraltar. En esta doble y feliz casualidad vió el pueblo la mano de la providencia, y se ensanchó su ánimo alborozado.

Hasta ahora en medio del conflicto que habia habido entre las autoridades y los amotinados no se habia cometido exceso alguno. Sospechas nacidas del acaso empezaron á empañar la revolucion valenciana, y acabaron al fin por ensangrentarla horrorosamente.

Don Miguel de Saavedra baron de Albalat habia sido uno de los primeros nombrados de la junta para representar en ella á la nobleza. Mas reparándose que no asistia, se susurró haber pasado á Madrid para dar en persona cuenta á Murat de las ruidosas asonadas: rumor falso é infundado. Solamente habia de cierto que el baron, odiado por el pueblo desde años atras, en que como coronel de milicias deciase haber mandado hacer fuego contra la multitud opuesta á la introduccion y establecimiento de aquel cuerpo, creyó prudente alejarse de Valencia mientras durase el huracan que la azotaba, y se retiró á Buñol siete leguas distante. Su ausencia renovó la antigua llaga todavía no bien cerrada, y el espíritu público se encarnizó contra su persona. Para aplacarle ordenó la junta que pues habia el baron rehusado acudir á sus sesiones, se presentase arrestado en la ciudadela. Obedeció, y al tiempo que el 29 de mayo regresaba á Valencia, se encontró á tres leguas en el mar del Poyo con el pueblo, que impaciente habia salido á aguardar el correo que venia de Madrid. Por una aciaga coincidencia el de Albalat y el correo llegaron juntos, con lo cual tomaron cuerpo las sospechas. Entonces á pesar de sus vivas reclamaciones cogiéronle y le llevaron preso. A media legua de la ciudad se adelantó á protegerle una

partida de tropa al mando de Don José Ordoñez, quien, á ruegos del baron, en vez de conducirle directamente á la ciudadela, torció á casa de Cervellon, extravío que en parte coadyuvó á la posterior catástrofe; extendiéndose la voz de su vuelta, y dando lugar á que se atizase el encono público y aun el privado. Entró en aquellos umbrales amagado ya por los puñales de la plebe: acelcró hácia allí sus pasos el padre Rico, y vió al baron tendido sobre un sofá pálido y descaecido. El infeliz se arrojó á los brazos de quien podia ampararle en su desconsuelo, y con trémulo y penetrante acento le dijo: « Padre, salve usted á un caballero que no ha cometido otro « delito que obedecer á la órden de que regresase á Valencia. » Rico se lo prometió, y contando para ello con la ayuda de Cervellon fue en su busca: pero este no menos atemorizado que el perseguido se habia metido en la cama con el simulado motivo de estar enfermo, y se negó á verle y á favorecer á un desgraciado con quien le enlazaba antigua amistad y deudo. Ruin villanía y notable contraposicion con el valor é intrepidez que en el asunto de las cartas habia mostrado su hija.

Entonces el padre Rico, pidiendo el pueblo desaforadamente la cabeza del baron, determinó con intento de salvarle que se le trasladase á la ciudadela, metiéndole en medio de un cuadro de tropa mandado por Moreno. Sin que fuese roto por los remolinos y oleadas de la turba, consiguieron llegar al pedestal del obelisco de la plaza. Allí al fin forzó el pueblo el cuadro, penetró por todos lados, y sordos á las súplicas y exhortaciones de Rico dieron de puñaladas en sus propios brazos al desventurado baron, cuya cabeza cortada y clavada en una pica la pasearon por la ciudad. Difundióse en toda ella un terror súbito, y la nobleza para apartar toda sospecha aumentó sus ofrecimientos y formó un regimiento de caballería de individuos suyos, que no deslucieron el esplendor de su cuna en empeñadas acciones.

Triste y doloroso como fue el asesinato del baron de Albalat, desaparece á la vista de la horrorosa matanza que á pocos dias tuvo que llorar Valencia, y á cuyo recuerdo la pluma se cae de la mano. En 1º de junio se presentó en aquella ciudad Don Baltasar Calvo, canónigo de San Isidro de Madrid, hombre travieso, de amaño, fanático y arrebatado, con entendimiento bastantemente claro. Entre los dos bandos que anteriormente habian dividido á los prebendados de su iglesia de jansenistas y jesuitas, se habia distinguido como cabeza de los últimos, y ensañádose en perseguir á la parcialidad contraria. Ahora tratando de amoldar á su ambicion las doctrinas que tenazmente habia siempre sostenido, notó muy luego que el padre Rico con su influjo pudiera en gran manera servirle, é hizo resolucion de trabar con él amistad; pero ya fuesen zelos, ó ya que en uno hubiera mejor fé que en otro, no pudieron entenderse ni concordarse. El astuto Calvo procuró entonces urdir con otros

la espantosa trama que meditaba. Para encubrir sus torcidos manejos distraia con apariencias de santidad la atencion del pueblo, tardando mucho en decir misa, y permaneciendo arrodillado en los templos cuatro ó cinco horas en acto de contrita y fervorosa oracion. Queria ser dominador de Valencia, y creyó que con la hipocresía y con poner en práctica la infernal maquinacion de matar á los franceses cautivaria el ánimo del pueblo que tanto los odiaba. Para alcanzar su intento era necesario comenzar por apoderarse de la ciudadela, en cuyo recinto habia ordenado la junta que aquellos se recogiesen, precaviéndolos de todo daño y respetando religiosamente sus propiedades y haberes. No era difícil la empresa, porque solo habian quedado allí de guarnicion unos cuantos inválidos, habiéndose ausentado con su gente para formar una division en Castellon de la Plana Don Vicente Moreno, nombrado antes por la junta gobernador de dicha ciudadela. Calvo conoció bien que dueño de este punto tenia en sus manos una prenda muy importante, y que podria á man salva cometer la proyectada carnicería.

Él y sus cómplices fijaron el 5 de junio para la ejecucion de su espantoso plan, y repentinamente al anochecer, levantando gran gritería y alboroto, sin obstáculo penetraron dentro de los muros de la ciudadela y la dominaron. Fue Calvo de los primeros que entraron, y apresurándose á poner en obra su proyecto se complació en unir á la crueldad la mas insigne perfidia. Porque presentándose á los franceses detenidos, con aire de compuncion les dijo: « que « intentando el populacho matarlos, movido de piedad y caridad « cristiana se habia anticipado á preservarlos, disponiendo el á « escondidas que se evadiesen por el postigo que daba al campo, « y partiesen al Grao, en donde encontrarian barcos listos para trans- « portarlos á Francia. » Al propio tiempo que de aquel modo con ellos se expresaba, habia preparado para determinarlos y azorar aun mas sus caidos ánimos que se diesen por los agavillados gritos amenazadores de *traicion* y *venganza*. Con semejante amago cedieron los presos á las insinuaciones del fingido amigo, y trataron de salir por el postigo indicado. Al ir á ejecutarlo corrió la voz de que se salvaban los franceses, y hombres ciegos y rabiosos se atropellaron hácia su estancia. Dentro comenzó el horrible estrago: presidiale el feroz clérigo. Hubo tan solo un intermedio en que se llamaron confesores para asistir en su última hora á las infelices víctimas. Aprovechándose de aquellos breves instantes algunas personas humanas volaron á su socorro, acompañadas de imágenes y reliquias veneradas por los valencianos. Su presencia y las enternecidas súplicas de los respetables confesores á veces apiadaban á los verdugos; pero el furibundo Calvo, convertido en carnívora fiera, acallaba con el terror las lágrimas y los quejidos de los que intercedian en favor de tantos inocentes y estimulaba á sus sicarios añadiendo á las esperanzas de un asalariado cebo la blasfemia de que nada era

mas grato á los ojos de la divinidad que el matar á los franceses. Quedaban vivos setenta de estos desgraciados, y menos bárbaros les ejecutores que su sanguinario gefe, suspendieron la matanza, y pidieron que se les hiciese gracia. Fingió Calvo acceder á su ruego, seguro de que en vano hubiera insistido en que se continuase el destrozo, y mandó que los sacasen por fuera del muro á la torre de Cuarte. Mas, ¡ quién creyera tamaña ferocidad! Aquel tigre habia á prevencion apostado una cuadrilla de bandidos cerca de la plaza de toros, y al emparejar con ella los que ya se juzgaban libres, se vieron acometidos por los encubiertos asesinos, quienes fria y traidoramente los traspasaron con sus espadas y puñales. Perecieron en la noche 330 franceses: pensóse que con la oscuridad se pondria término á tan bárbaro furor, pero el de Calvo no estaba todavía satisfecho.

Al empezar el alboroto habia la junta comisionado á Rico para que le enfrenase y estorbara los males que amagaban. Inútiles fueron ofertas, ruegos y amenazas. La voz de su primer caudillo fue tan desoida por los amotinados como cuando mataron á Albalat. Nueva prueba si de ella se necesitase de que (* Ap. n. 5.) « los tribunos « del pueblo (segun la expresion de Tito Livio) mas « bien que rigen son regidos casi siempre por la multitud. » Calvo ensoberbecido se erigió en señor absoluto, y durante la carnicería de la ciudadela expidió órdenes á todas las autoridades, y todas ellas humildemente se le sometieron empezando por el capitan general. Rico desfallecido temió por su persona y se recogió á un sitio apartado. Sin embargo por la mañana recobrando sus abatidas fuerzas montó á caballo, y confiando en que la multitud con su inconstancia desampararia á su nuevo dueño, pensó en prenderle, y estaba á punto de conseguir contra su rival un seguro triunfo, cuando el coronel Don Mariano Usel propuso en la junta que se nombrase á Calvo individuo suyo. Le apoyaron otros dos, por lo que de resultas hubo quien á estos y al Usel los sospechara de no ignorar del todo el origen de los horrores cometidos.

Calvo en la mañana del 6 todavía empapado en la inocente sangre tomó asiento en la junta. Consternados estaban todos sus miembros, y solo Rico, despechado por el suceso de la anterior noche, alzó la voz, dirigió con energía su discurso al mismo Calvo, acriminó con negros colores su conducta, y afirmó que Valencia estaba perdida si al instante no se cortaba la cabeza á aquel malvado. Sorprendióse Calvo, pasmáronse los otros circunstantes, y en esto andaban cuando una parte del populacho destacada por su gefe sediento de sangre, despues de haber recorrido las casas en que se guarecian unos pocos franceses y de haberlos muerto, arrastró consigo á la presencia de la misma junta ocho de aquellos desgraciados que quiso inmolar en la sala de las sesiones. El cónsul inglés Tupper, que antes habia salvado á algunos, intentó inútilmente y con harto

riesgo de su persona libertar á estos. Los individuos de aquella corporacion amedrentados precipitadamente se dispersaron, salpicándose sus vestidos con la sangre de los ocho infelices franceses, vertida sin piedad por infames matadores. Todo fue entonces terror y espanto. Rico se escondió y aun dos veces mudó de disfraz, temiendo la inevitable venganza de Calvo que triunfante dominaba solo, y se disponia á ejecutar actos de inaudita ferocidad.

Felizmente no todos se descorazonaron: al contrario los hubo que, trabajando en silencio por la noche, pudieron congregar la junta en la mañana del 7. Vuelto en sí Rico del susto llevó principalmente la voz, y queriendo los asistentes no ser envueltos en la ruina comun que amenazaba, decretaron el arresto de Calvo, y ántes de que este pudiera ser avisado diéronse priesa á ejecutar la resolucion convenida, sorprendiéronle y sin tardanza le pusieron á bordo de un barco que le trasladó á Mallorca. Alli permaneció hasta últimos de junio, en que preso se le volvió á traer á Valencia para ser juzgado. Grandes y honrosos sucesos acaecieron en el intervalo en aquella ciudad, y con los cuales lavó algun tanto el negro borron que los asesinatos habian echado sobre su gloria. Ahora aunque anticipemos la serie de los acontecimientos, será bien que concluyamos con los hechos de Calvo y de sus cómplices. Asi con el pronto y severo castigo respirará el lector angustiado con la nefanda relacion de tantos crímenes.

Habiendo vuelto Calvo á Valencia, alegó conforme á la doctrina de su escuela, en una defensa que extendió por escrito, que si habia obrado mal habia sido por hacer el bien, debiendo la intencion ponerle á salvo de toda inculpacion. Aqui tenemos renovada la regla invariable de los sectarios de Loyola, á quienes todo les era lícito, con tal que *, como dice Pascal, *supiesen dirigir la intencion*. No le sirvió de descargo á Calvo, porque condenado á la pena de garrote fue ajusticiado en la cárcel á las doce de la noche del 3 de julio, y expuesto su cadáver al público en la mañana del 4. Hubo en la formacion y sentencia de la causa algunas irregularidades, que á pesar de la atrocidad de los crímenes del reo hubiera convenido evitar. Achacóse tambien á Calvo haber procedido en virtud de comision de Murat. Careció de verosimilitud y de fundamento tan extraña acusacion. Se inventó para hacerle odioso á los ojos de la muchedumbre, y poder mas fácilmente atajarle en su desenfreno. Fue hombre fanático y ambicioso, que, mezclando y confundiendo erróneos principios con sus feroces pasiones, no reparó en los medios de llevar á cabo un proyecto que le facilitase obtener el principal y quizá exclusivo influjo en los negocios del dia.

(* Ap. n. 6.)

La junta pensó ademas en hacer un escarmiento en los otros delincuentes. Creó con este objeto un tribunal de seguridad pública, compuesto de tres magistrados de la audiencia Don José Manescau y los señores Villafañe y Fuster. Habia la prevision del primero pre-

parado una manera fácil de descubrir á los matadores, y la cual en parte la debió á la casualidad. En la mañana que siguió á la cruel carnicería quince ó veinte de los asesinos con las manos aun teñidas en sangre, creyendo haber procedido segun los deseos de la junta, se presentaron para entregar los relojes y alhajas de que habian despojado á los franceses muertos, y pidieron en retribucion del acto patriótico que habian ejecutado alguna recompensa. El advertido Manescau condescendió en dar á cada uno treinta reales, pero con la precaucion al escribano de que les tomase los nombres, bajo pretexto que era preciso aquella formalidad para justificar que habian cobrado el dinero. Partiendo de este antecedente pudo probarse quiénes eran los reos, y en el espacio de dos meses se ahorcó públicamente y se dió garrote en secreto á mas de doscientos individuos. Severidad que á algunos pareció áspera, pero sin ella la anarquía á duras penas se hubiera reprimido en Valencia y en otros pueblos de su reino, entre los que Castelion de la Plana y Ayora habian visto tambien perecer á su gobernador y alcalde mayor. Con el ejemplo dado la autoridad recobró la conveniente fuerza.

Luego que la junta se vió desembarazada de Calvo y de sus infernales maquinaciones, se ocupó con mas desahogo en el alistamiento y organizacion de su ejército. El tiempo urgia; repetidos avisos anunciaban que los franceses disponian una expedicion contra aquella provincia, y era preciso no desaprovechar tan preciosos momentos. Cartagena suministró inmediatos recursos, y con ellos y los que pudieron sacarse del propio suelo se puso la ciudad de Valencia en estado de defensa. Al mismo tiempo se dirigió sobre Almansa un cuerpo de 15,000 hombres al mando del conde de Cervellon, á quien se juntó de Murcia Don Pedro Gonzalez de Llamas, y otro de 8000 bajo las de Don Pedro Adorno se situó en las Cabrillas. Tal estaba el reino de Valencia antes de ser atacado por el mariscal Moncey, de cuya campaña nos occuparemos despues.

La justa indignacion abrigada en todos los pechos bullia con acelerados latidos en el de los moradores del antiguo asiento de las franquezas y libertades españolas, en la inmortal Zaragoza. Gloria duradera le estaba reservada, y la patria de Lanuza renovó en nuestros dias las proezas que solemos colocar entre las fábulas de la historia. Su levantamiento sin embargo nada ofreció de nuevo ni singular, caminando por los mismos pasos por donde habian ido algunas de las otras provincias. Con mayo empezaron los corrillos y las conversaciones populares, y al recibirse el correo de Madrid agrupábanse las gentes á saber las novedades que traia. Siendo por momentos mas tristes y adversas, aguardaban todos que la inquieta curiosidad finalizaria por una estrepitosa explosion. Repartieron en efecto el 24 las cartas llegadas por la mañana, y de boca en boca cundió velozmente cómo Napoleon se erigia en dueño de la monarquía española de resultas

Levantamiento de Aragon.

de haber renunciado la corona en favor suyo la familia de Borbon. Instantáneamente se armó gran bulla; y hombres, mugeres y niños se precipitaron á casa del capitan general Don Jorge Juan de Guillelmi. Los vecinos de las parroquias de la Magdalena y San Pablo concurrieron en gran número capitaneados por varios de los suyos y entre ellos el tio Jorje que era del arrabal. Descolló el último sobre todos, y la energía de su porte, el sano juicio que le distinguia, lo recto de su intencion y el varonil denuedo con que á cada paso expuso despues su vida, le hacen acreedor á una honrosa y particular mencion. Hombre sin letras y desnudo de educacion culta, halló en la nobleza de su corazon y como por instinto los elevados sentimientos que han ilustrado á los varones esclarecidos. Su nombre aunque humilde, escrito al lado de ellos, resplandecerá sin deslucirlos.

La muchedumbre pidió al capitan general que hiciera dimision del mando. Costó mucho que se resolviese al sacrificio, mas forzado á ello y conducido preso á la Aljafería, fue interinamente sustituido por su segundo el general Mori. Al anochecer se embraveció el tumulto, y desconfiándose del nuevo gefe por ser italiano de nacion, se convidó con el mando á Don Antonio Cornel antiguo ministro de la guerra, quien rehusó aceptarle.

Mori el 25 congregó una junta, la cual tímida como su presidente buscaba paliativos que sin desdoro ni peligro sacasen á sus miembros del atascadero en que estaban hundidos: inútiles y menguados medios en violentas crísis. Enfadóse el pueblo con la tardanza, volviendo sus inquietas miradas hácia Don José Palafox y Melci. Recordará el lector que este militar, á últimos de abril, en comision de su gefe el marqués de Castelar, habia ido á Bayona para informar al rey de lo ocurrido en la soltura y entrega del príncipe de la Paz. Continuó allí hasta los primeros dias de mayo, en que se asegura regresó á España con encargo parecido al que por el propio tiempo se dió á la junta suprema de Madrid para resistir abiertamente á los franceses. Penetró Palafox por Guipúzcoa, de donde se trasladó á la Torre de Alfranca, casa de campo de su familia cerca de Zaragoza. Permaneciendo misteriosamente en su retiro, movió á sospecha al general Guillelmi, quien le intimó la órden de salir del reino de Aragon. Tenemos entendido que Palafox, incomodado entonces, se arrimó á los que anhelaban por un rompimiento, y que no sin noticia suya estalló la revolucion zaragozana. Por fin al oscurecer del 25, depuesto ya Guillelmi y quejoso el pueblo de Mori, se despacharon á Alfranca 50 paisanos para traer á la ciudad á Palafox. Al principio se negó á ir aparentando disculpas, y solo cedió al expreso mandato que le fue enviado por el interino capitan general.

Al entrar en Zaragoza pidió que se juntase el acuerdo en la mañana del 26 con intento de comunicarle cosas del mayor interés. En

la sesion celebrada aquel dia hizo uso de las insinuaciones que se le habian hecho en Bayona para resistir á los franceses, y sobre las cuales á causa de estar S. M. en manos de su enemigo se guardó profundo silencio. Rogó despues que se le desembarazase de la importunidad del pueblo que se manifestaba deseoso de nombrarle por caudillo, añadiendo no obstante que su vida y haberes los inmolaria con gusto en el altar de la patria. Enmudecieron todos, y vislumbraron que no desagradaban á los oidos de Palafox los clamores prorumpidos por el pueblo en alabanza suya. Aguardaba la multitud impaciente á las puertas del edificio, é insistiendo por dos veces en que se eligiese capitan general á su favorecido, alcanzó la demanda cediendo Mori el puesto que ocupaba.

Alzado á la dignidad suprema de la provincia Don José Palafox y Melci fue obedecido en toda ella, y á su voz se sometieron con gusto los aragoneses de acá y allá del Ebro. Admiró su elevacion, y aun mas que en sus procedimientos no desmereciese de la confianza que en él tenia el pueblo. Todavía mancebo, pues apenas frisaba con los veintiocho años, bello y agraciado de rostro y de persona, con traeres apuestos y cumplidos, cautivaba Palafox la aficion de cuantos le veian y trataban. Pero si la naturaleza con larga mano le habia prodigado las perfecciones del cuerpo, no se creia hasta entonces que hubiese andado tan generosa en punto á las dotes del entendimiento. Buscado y requerido por las damas de la corrompida corte de Cárlos IV, se nos ha asegurado que con porfiado empeño desdeñó el rendimiento obsequioso de la que entre todas era, sino la mas hermosa, por lo menos la mas elevada. Esta tenacidad fue una de las principales calidades de su alma, y la empleó mas oportuna y dignamente en la memorable defensa de Zaragoza. Sin práctica ni conocimiento de la milicia ni de los negocios públicos, tuvo el suficiente tino para rodearse de personas que por su enérgica decision, ó su saber y experiencia, le sostuviesen en los apurados trances, ó le ayudasen con sus consejos. Tales fueron el padre Don Basilio Bogiero de la escuela pia, su antiguo maestro; Don Lorenzo Calvo de Rozas, que habiendo llegado de Madrid el 28 de mayo fue nombrado corregidor é intendente, y el oficial de artillería Don Ignacio Lopez, á quien se debió en el primer sitio la direccion de importantes operaciones.

Para legitimar solemnemente el levantamiento convocó Palafox á córtes el reino de Aragon. Acudieron los diputados á Zaragoza, y el dia 9 de junio abrieron sus sesiones * en la casa de la ciudad, asistiendo 34 individuos que representaban los cuatros brazos, en cuyo número se comprendia el de las ocho ciudades de voto en córtes. Aprobaron estas todo lo actuado antes de su reunion, y despues de nombrar á Don José Rebolledo de Palafox y Melci capitan general, juzgaron prudente separarse, formando una junta de 6 individuos que de acuerdo con el gefe militar

(* Ap. n. 6 bis.)

atendiese á la defensa comun. La autoridad y poder de este nuevo cuerpo fueron mas limitados que el de las juntas de las otras provincias, siendo Palafox la verdadera, y por decirlo asi, la única cabeza del gobierno. Dependió no poco esta diferencia de la particular situacion en que se halló Zaragoza, la cual, temiendo ser prontamente acometida por los franceses, necesitaba de un brazo vigoroso que la guiase y protegiese. Era esto tanto mas urgente cuanto la ciudad estaba del todo desabastecida. No llegaba á 2000 hombres el número de tropas que la guarnecian, inclusos los miñones y partidas sueltas de bandera. De doce cañones se componia toda la artillería y esta no gruesa, escaseando en mayor proporcion los otros pertrechos. En vista de tamaña miseria apresuráronse Palafox y sus consejeros á reunir la gente que de todas partes acudia, y á organizarla, empleando para ello á los oficiales retirados y á los que de Pamplona, San Sebastian, Madrid, Alcalá y otros puntos sucesivamente se escapaban. Restableció en la formacion de los nuevos cuerpos el ya desusado nombre de tercios, bajo el que la antigua infantería española habia alcanzado tantos laureles, distinguiéndose mas que todos el de los estudiantes de la universidad, disciplinado por el baron de Versages. Se recogieron fusiles, escopetas y otras armas, se montaron algunas piezas arrinconadas ó viejas, y la fábrica de polvora de Villafeliche suministró municiones. Escasos recursos si á todo no hubiera suplido el valor y la constancia aragonesa.

El levantamiento se ejecutó en Zaragoza sin que felizmente se hubiese derramado sangre. Solamente se arrestaron las personas que causaban sombra al pueblo.

Enérgico como los demas, fue en especial notable su primer manifiesto por dos de los artículos que comprendia. « 1° Que el em- « perador, todos los individuos de su familia, y finalmente todo « general francés, eran personalmente responsables de la seguridad « del rey y de su hermano y tio. 2° Que, en caso de un atentado « contra vidas tan preciosas, para que la España no careciese de su « monarca *usaría la nacion de su derecho electivo* á favor del archi- « duque Cárlos, como nieto de Cárlos III, siempre que el príncipe « de Sicilia y el infante Don Pedro y demas herederos no pudieran « concurrir. » Échase de ver en la cláusula notada con bastardilla que al paso que los aragoneses estaban firmemente adictos á la forma monárquica de su gobierno, no se habian borrado de su memoria aquellos antiguos fueros que en la junta de Caspe les habian dado derecho á elegir un rey, conforme á la justicia y pública conveniencia.

Levantamiento de Cataluña.

« Cataluña, como dice Melo, una de las provincias « de mas primor, reputacion y estima que se halla en « la grande congregacion de estados y reinos de que se formó la « nacion española, » levantó erguida su cerviz humillada por los que con fementido engaño habian ocupado sus principales fortalezas. Mas desprovistos los habitantes de este apoyo, sobre todo del

de Barcelona, grande é importante por el armamento, vestuario, tropa, oficialidad y abundantes recursos que en su recinto se encerraban, faltóles un centro de donde emanasen con uniforme impulso las providencias dirigidas á conmover las ciudades y pueblos de su territorio. No por eso dejaron de ser portentosos sus esfuerzos, y si cabe en ellos y en admirable constancia sobrepujó á todas la belicosa Cataluña. Solamente, obstruida y cortada por el ejército enemigo, tuvo al pronto que levantarse desunida y en separadas porciones, tardando algun tiempo en constituirse una junta única y general para toda la provincia.

Las conmociones empezaron á últimos de mayo y al entrar junio. Dentro del mismo Barcelona se desgarraron el 31 de aquel mes los carteles que proclamaban la nueva dinastia. Hubo tumultuosas reuniones, andúvose á veces á las manos, y resultaron muertes y otros disgustos. Los franceses se inquietaron bastantemente, ya por lo populoso de la ciudad, y ya tambien porque el vecindario amotinado hubiera podido ser sostenido por 3500 hombres de buena tropa española, que todavía permanecian dentro de la plaza, y cuyo espíritu era del todo contrario á los invasores. Sin embargo acalláronse alli los alborotos, pero no en las poblaciones que estaban fuera del alcance de la garra francesa.

Habia Duhesme su general pensado en hacerse dueño de Lérida para conservar francas sus comunicaciones con Zaragoza. Consiguió al efecto una órden de la junta de Madrid, ya no débil, pero si culpable, la cual ordenó la entrega á la tropa extrangera. Cauto sin embargo el general francés envió por delante al regimiento de Extremadura, que no pudiendo como español despertar las sospechas de los leridanos le allanase sin obstáculo la ocupacion. Penetraron no obstante aquellos habitantes intencion tan siniestra, y haciendo en persona la guardia de sus muros rogaron á los de Extremadura que se quedasen afuera. Con gusto condescendieron estos, aguardando en la villa de Tárrega favorable coyuntura para pasar á Zaragoza, en cuyo sitio se mantuvieron firmes apoyos de la causa de su patria. Lérida por tanto fue la que primero se armó y declaró ordenadamente. Al mismo tiempo Manresa quemó en público los bandos y decretos del gobierno de Madrid. Tortosa, luego que fue informada de las ocurrencias de Valencia, imitó su ejemplo y por desgracia algunos de sus desórdenes, habiendo perecido miserablemente su gobernador Don Santiago de Guzman y Villoria. Igual suerte cupo al de Villafranca del Panadés Don Juan de Toda. Asi todos los pueblos unos tras de otros ó á la vez se manifestaron con denuedo, y alli el lidiar fue inseparable del pronunciamiento. Yendo uno y otro de compañia, nos reservaremos pues el hablar mas detenidamente para cuando lleguemos á las acciones de guerra. El principado se congregó en junta de todos sus corregimientos á fines de junio, y se escogió entonces para su asiento la ciudad de Lérida.

Separadas por el Mediterráneo del continente español las Islas Baleares, no solo era de esperar que desconociesen la autoridad intrusa, resguardadas como lo estaban y al abrigo de sorpresa, sino que tambien era muy de desear que abrazasen la causa comun, pudiendo su tranquilo y aislado territorio servir de reparo en los contratiempos, y dejando libres con su declaracion las fuerzas considerables de mar y tierra que allí habia. Ademas de la escuadra surta en Menorca, de que hemos hablado, se contaban en todas sus islas unos 10,000 hombres de tropa reglada, cuyo número, atendiendo á la escasez que de soldados veteranos habia en España, era harto importante. Levantamiento de las Baleares.

Notáronse en todas las Baleares parecidos síntomas á los que reinaban en la península, y cuando se estaba en dudas y vacilaciones arribó de Valencia el 29 de mayo un barco con la noticia de lo ocurrido en aquella ciudad el 23. El general, que lo era á la sazon Don Juan Miguel de Vives, en union con el pueblo mostróse inclinado á seguir las mismas huellas; pero se retrajo en vista de pliegos recibidos de Madrid pocas horas despues, y traidos por un oficial francés. Hízole titubear su contenido, y convocó el acuerdo para que juntos discurriesen acerca de los medios de conservar la tranquilidad. Se traslució su intento, y por la tarde una porcion de jóvenes de la nobleza y oficiales formaron el proyecto de trastornar el órden actual, valiéndose de la buena disposicion del pueblo. Idearon como paso previo tantear al segundo cabo el mariscal de campo Don Juan Oneille con ánimo de que reemplazase al general, quien sabiendo lo que andaba paró el golpe reuniendo á las nueve de la noche en las casas consistoriales una junta de autoridades. Se iluminó la fachada del edificio, y se anunció al pueblo la resolucion de no reconocer otro gobierno que el de Fernando VII. Entonces fue universal la alegría, unánimes las demostraciones cordiales de patriotismo. Evitó la oportuna decision del general desórdenes y desgracias. Al dia siguiente 30 se erigió la junta que se habia acordado en la noche anterior, la cual presidida por el capitan general se compuso de mas de 20 individuos, entresacados de las autoridades, y nombrados otros por sus estamentos ó clases. Se agregaron posteriormente dos diputados por Menorca, dos por Ibiza, y otro por la escuadra fondeada en Mahon.

En esta última ciudad, siendo las cabezas oficiales de ejército y de marina, se habia depuesto y preso al gobernador y al coronel de Soria Cabrera, y desobedecido abiertamente las órdenes de Murat. Recayó el mando en el comandante interino de la escuadra, á cuyas instancias envió la junta de Mallorca para relevarle al marqués del Palacio, poco antes coronel de húsares españoles.

En nada se habia perturbado la tranquilidad en Palma ni en las otras poblaciones. Solo el 29 para resguardar su persona se puso en el castillo de Belver al oficial francés portador de los pliegos de

Madrid. Doloroso fue tener tambien que recurrir á igual precaucion con los dos distinguidos miembros del instituto de Francia Arago y Biot, quienes en union con los astrónomos españoles Don José Rodriguez y Don José Chaix habian pasado á aquella isla con comision científica importante. Era pues la de prolongar á la isla de Formentera la medida del arco del meridiano, observado y medido anteriormente desde Dunkerque hasta Monjuich en Barcelona por los sabios Méchain y Delambre. La operacion dichosamente se habia terminado antes que las provincias se alzasen, estorbando solo este suceso medir una base de verificacion proyectada en el reino de Valencia. Ya el ignorante pueblo los habia mirado con desconfianza, cuando para el desempeño de su encargo ejecutaban las operaciones geodésicas y astronómicas necesarias. Figuróse que eran planos que levantaban por órden de Napoleon para sus fines políticos y militares. A tales sospechas daban lugar los engaños y aleves arterías con que los ejércitos franceses habian penetrado en lo interior del reino: y en verdad que nunca la ignorancia pudiera alegar motivos que pareciesen mas fundados. La junta al principio no osó contrarestar el torrente de la opinion popular; pero conociendo el mérito de los sabios extrangeros, y la utilidad de sus trabajos, los preservó de todo daño; é imposibilitada por la guerra de enviarlos en derechura á Francia, los embarcó en oportuna ocasion á bordo de un buque que iba á Argel, pais entonces neutral, y de donde se restituyeron despues á sus hogares.

El entusiasmo en Mallorca fue universal, esmerándose con particularidad en manifestarle las mas principales señoras; y si en toda la isla de Mallorca, como decia el cardinal de * Retz, « no hay mugeres feas, » fácil será imaginar el poderoso influjo que tuvieron en su levantamiento.

(* Ap. n. 7.)

En Palma se creó un cuerpo de voluntarios con aquel nombre, que despues pasó á servir á Cataluña. Y aunque al principio la junta obrando precavidamente no permitió que se trasladasen á la peninsula las tropas que guarnecian las islas, por fin accedió á que se incorporasen sucesivamente con los ejércitos que guerreaban.

Navarra y provincias vascongadas.

Unas tras otras hemos recorrido las provincias de España y contado su glorioso alzamiento. Habrá quien eche de menos á Navarra y las provincias vascongadas. Pero lindando con Francia, privados sus moradores de dos importantes plazas, y cercados y opresos por todos lados, no pudieron revolverse ni formalizar por de pronto gobierno alguno. Con todo animadas de patriotismo acendrado impelieron á la desercion á los pocos soldados españoles que habia en su suelo, auxiliaron en cuanto alcanzaban sus fuerzas á las provincias lidiadoras, y luego que las suyas estuvieron libres ó mas desembarazadas se unieron á todas, cooperando con no menor conato á la destruccion

del comun enemigo. Y mas adelante veremos que, aun ocupado de nuevo su territorio, pelearon con empeño y constancia por medio de sus guerrillas y cuerpos francos.

Islas Canarias.

En las Islas Canarias, aunque algo lejanas de las costas españolas, siguióse el impulso de Sevilla. Dudóse en un principio de la certeza de los acontecimientos de Bayona, y se consideraron como invencion de la malevolencia, ó como voces de intento esparcidas por los partidarios de los ingleses. Mas habiendo llegado en julio noticia de la insurreccion de Sevilla y de la instalacion de su junta suprema, el capitan general marqués de Casa-Cagigal dispuso que se proclamase á Fernando VII, imitando con vivo entusiasmo los habitantes de todas las islas el noble ejemplo de la península. Hubo sin embargo entre ellas algunas desavenencias, renovando la Gran Canaria sus antiguas rivalidades de primacía con la de Tenerife. Asi se crearon en ambas separadas juntas, y en la última despojado del mando Casa-Cagigal, ya de ambas aborrecido, fue puesto en su lugar el teniente de rey Don Cárlos O'Donell. Levantáronse despues quejas muy sentidas contra este gefe y la junta de Tenerife, que no cesaron hasta que el gobierno supremo de la central puso en ello el conveniente remedio.

Por lo demas el cuadro que hemos trazado de la insurreccion de España parecerá á algunos diminuto ó conciso, y á otros difuso ú harto circunstanciado. Responderemos á los primeros que, no habiendo sido nuestro propósito escribir la historia particular del alzamiento de cada provincia, el descender á mas pormenores hubiera sido obrar con desacuerdo. Y á los segundos que, en vista de la nobleza de la causa y de la ignorancia cierta ó fingida que acerca de su orígen y progreso muchos han mostrado, no ha sido tan fuera de razon dar á conocer con algun detenimiento una revolucion memorable, que por descuido de unos y malicia de otros se iba sepultando en el olvido ó desfigurándose de un modo rápido y doloroso. Para acabar de llenar nuestro objeto, será bien que, fundándonos en la verídica relacion que precede, sacada de las mejores fuentes, añadamos algunas cortas reflexiones, que arrojando nueva luz refuten las equivocaciones sobrado groseras en que varios han incurrido.

Reflexiones generales.

Entre estas se ha presentado con mas séquito la de atribuir las conmociones de España al ciego fanatismo, y á los manejos é influjo del clero. Lejos de ser asi, hemos visto cómo en muchas provincias el alzamiento fue espontáneo, sin que hubiera habido móvil secreto; y que si en otras hubo personas que aprovechándose del espíritu general trataron de dirigirle, no fueron clérigos ni clases determinadas, sino indistintamente individuos de todas ellas. El estado eclesiástico cierto que no se opuso á la insurreccion, pero tampóco fue su autor. Entró en ella como toda la nacion, arrastrado de un honroso sentimiento patrio, y no

impelido por el inmediato temor de que se le despojase de sus bienes. Hasta entonces los franceses no habian en esta parte dado ocasion á sospechas, y segun se advirtió en el libro segundo, el clero español antes de los sucesos de Bayona mas bien era partidario de Napoleon qne enemigo suyo, considerándole como el hombre que en Francia habia restablecido con solemnidad el culto. Por tanto la resistencia de España nació de odio contra la dominacion extrangera: y el clérigo como el filósofo, el militar como el paisano, el noble como el plebeyo se movieron por el mismo impulso, al mismo tiempo y sin consultar generalmente otro interés que el de la dignidad é independencia nacional. Todos los españoles que presenciaron aquellos dias de universal entusiasmo, y muchos son los que aun viven, atestiguarán la verdad del aserto.

No menos infundado, aunque no tan general, ha sido achacar la insurreccion á conciertos de los ingleses con agentes secretos. Napoleon y sus parciales, que por todas partes veian ó aparentaban ver la mano británica, fueron los autores de invencion tan peregrina. Por lo expuesto se habrá notado cuán ageno estaba aquel gobierno de semejante suceso, y cuánto le sorprendió la llegada á Lóndres de los diputados asturianos que fueron los primeros que le anunciaron. Muchas de las costas de España estaban sin buques de guerra ingleses que de cerca observasen ó fomentasen alborotos, y las provincias interiores no podian tener relacion con ellos ni esperar su pronta y efectiva proteccion; y aun en Cádiz en donde habia un crucero se desechó su ayuda, si bien amistosamente, para un combate en el que por ser marítimo les interesaba con mas especialidad tomar parte. Véase pues si el conjunto de estos hechos dan el menor indicio de que la Inglaterra hubiese preparado el primero y gran sacudimiento de España.

Mas aun careciendo de la copia de datos que muestran lo contrario, el hombre meditabundo é imparcial fácilmente penetrará que no era dado ni á clérigos ni á ingleses, ni á ninguna otra persona, clase ni potencia por poderosa que fuese, provocar con agentes y ocultos manejos en una nacion entera un tan enérgico, unánime y simultáneo levantamiento. Buscará su orígen en causas mas naturales, y su atento juicio le descubrirá sin esfuerzo en el desórden del anterior gobierno, en los vaivenes que precedieron, y en el cúmulo de engaños y alevosías con que Napoleon y los suyos ofendieron el orgullo español.

No bastaba á los detractores dar al fanatismo ú á los ingleses el primer lugar en tan grande acontecimiento. Hanse recreado tambien en oscurecer su lustre, exagerando las muertes, y horrores cometidos en medio del fervor popular. Cuando hemos referido los lamentables excesos que entonces hubo, cubriendo á sus autores del merecido oprobio, no hemos omitido ninguno que fuese notable. Siendo asi, digasenos de buena fé si acompañaron al tropel

de revueltas desórdenes tales que deban arrancar las desusadas exclamaciones en que algunos han prorumpido. Solo pudieran ser aplicables á Valencia y no á la generalidad del reino, y aun allí mismo los excesos fueron inmediatamente reprimidos y castigados con una severidad que rara vez se acostumbra contra culpados de semejantes crímenes en las grandes revoluciones. Pero al paso que profundamente nos dolemos de aquel estrago, séanos lícito advertir que hemos recorrido provincias enteras sin topar con desman alguno, y en todas las otras no llegaron á treinta las personas muertas tumultuariamente. Y por ventura en la situacion de España, rotos los vínculos de la subordinacion y la obediencia, con autoridades que compuestas en lo general de hechuras y parciales de Godoy eran miradas al soslayo y á veces aborrecidas, ¿no es de maravillar que desencadenadas las pasiones no se suscitasen mas rencillas, y que las tropelías, multiplicándose, no hubiesen salvado todas las barreras? ¿Merece pues aquella nacion que se la tilde de cruel y bárbara? ¿Qué otra en tan deshecha tormenta se hubiera mostrado mas moderada y contenida? Cítesenos una mudanza y desconcierto tan fundamental, si bien no igualmente justo y honroso, en que las demasías no hayan muy mucho sobrepujado á las que se cometieron en la insurreccion española. Nuestra edad ha presenciado grandes trastornos en naciones apellidadas por excelencia cultas, y en verdad que el imparcial exámen y cotejo de sus excesos con los nuestros no les seria favorable.

Despues de haber tratado de desvanecer errores que tan comunes se han hecho, veamos lo que fueron las juntas y de qué defectos adolecieron. Agregado incoherente y sobrado numeroso de individuos en que se confundia el hombre del pueblo con el noble, el clérigo con el militar, estaban aquellas autoridades animadas del patriotismo mas puro, sin que á veces le adornase la conveniente ilustracion. Muchas de ellas pusieron todo su conato en ahogar el espíritu popular, que les habia dado el ser, y no le sustituyeron la acertada direccion con que hubieran podido manejar los negocios hombres prácticos y de estado. Asi fue que bien pronto se vieron privadas de los inagotables recursos que en todo trastorno social suministra el entusiasmo y facilita el mismo desembarazo de las antiguas trabas: no pudiendo en su lugar introducir órden ni regla fija, ya porque las circunstancias lo impedian, y ya tambien porque pocos de sus individuos estaban dotados de las prendas que se requieren para ello. Hombres tales, escasos en todos los paises, era natural que fuesen mas raros en España, en donde la opresiva humillacion del gobierno habia en parte ahogado las bellas disposiciones de los habitantes. Por este medio se explica como á la grandiosa y primera insurreccion, hija de un sentimiento noble de honor é independencia nacional, que el despotismo de tantos años no habia podido desarraigar, no correspondieron las medidas

de gobierno y organizacion militar y económica que en un principio debieron adoptarse. No obstante justo es decir que los esfuerzos de las juntas no fueron tan cortos ni limitados como algunos han pretendido; y que aun en naciones mas adelantadas quizá no se hubiera ido mas allá si en lo interior hubiesen tenido estas que luchar con un ejército extrangero, careciendo de uno propio que pudiera llamarse tal, vacías las arcas públicas y poco provistos los depósitos y arsenales.

Fue muy útil que en el primer ardor de la insurreccion se formase en cada provincia una junta separada. Esta especie de gobierno federativo, mortal en tiempos tranquilos para España, como nacion contigua por mar y tierra á estados poderosos, dobló entonces y aun multiplicó sus medios y recursos; excitó una emulacion hasta cierto punto saludable, y sobre todo evitó que los manejos del extrangero, valiéndose de la flaqueza y villanía de algunos, barrenasen sordamente la causa sagrada de la patria. Un gobierno central y único, antes de que la revolucion hubiese echado raices, mas fácilmente se hubiera doblegado á pérfidas insinuaciones, ó su constancia hubiera con mayor prontitud cedido á los primeros reveses. Autoridades desparramadas como las de las juntas, ni ofrecian un blanco bien distinto contra el que pudieran apuntarse los tiros de la intriga, ni aun á ellas mismas les era permitido (cosa de que todas estuvieron lejos) ponerse de concierto para daño y pérdida de la causa que defendian.

Acompañó al sentimiento unánime de resistir al extrangero otro no menos importante de mejora y reforma. Cierto que este no se dejó ver ni tan clara ni tan universalmente como el primero. Para el uno solo se requeria ser español y honrado; mas para el otro era necesario mayor saber que el que cabia en una nacion sujeta por siglos á un sistema de persecucion é intolerancia política y religiosa. Sin embargo apenas hubo proclama, instruccion ó manifiesto de las juntas en que, lamentándose de las máximas que habian regido anteriormente, no se diese indicio de querer tomar un rumbo opuesto, anunciando para lo futuro ó la convocacion de córtes, ó el restablecimiento de antiguos fueros, ó el desagravio de pasadas ofensas. Infiérase de aqui cuál seria sobre eso la opinion general cuando asi se expresaban unas autoridades que, compuestas en su mayor parte de individuos de clases privilegiadas, procuraban contener mas bien que estimular aquella general tendencia. Asi fue que por sus pasos contados se encaminó España á la reforma y mejoramiento, y congregó sus córtes sin que hubiera habido que escuchar los consejos ó preceptos del extrangero. Y ¡ojalá nunca los escuchara! Los años en que escribimos han sido testigos de que su intervencion tan solo ha servido para hacerla retroceder á tiempos comparables á los de la mas profunda barbarie.

Nos parece que lo dicho bastará á deshacer los errores á que ha dado lugar el silencio de algunas plumas españolas, el despique de otras y la ligereza con que muchos extrangeros han juzgado los asuntos de España, pais tan poco conocido como mal apreciado.

Antes de concluir el presente libro será justo que demos una razon, aunque breve, de la insurreccion de Portugal, cuyos acontecimientos anduvieron tan mezclados con los nuestros.

Portugal.

Aquel reino, si bien al parecer tranquilo, viéndose agobiado con las extraordinarias cargas y ofendido de los agravios que se hacian á sus habitantes, tan solo deseaba oportuna ocasion en que sacudir el yugo que le oprimia.

Junot en su desvanecimiento á veces habia ideado ceñirse la corona de Portugal. Para ello hubo insinuaciones, sordas intrigas, proyectos de constitucion y otros pasos que no haciendo á nuestro propósito, los pasaremos en silencio. Tuvo por último que contentarse con la dignidad de duque de Abrantes á que le ensalzó su amo en remuneracion de sus servicios.

Su situacion.

Desde el mes de marzo con motivo de la llamada de las tropas españolas anduvo el general francés inquieto, temiendo que se aumentasen los peligros al paso que se disminuia su fuerza. Se tranquilizó algun tanto cuando vió que al advenimiento al trono de Fernando habian recibido los españoles contraórden. Asi fue, como hemos dicho, que los de Oporto volvieron á sus acantonamientos; se mantuvieron quietos en Lisboa y sus contornos los de Don Juan Carrafa; y solo de los de Solano se restituyeron á Setúbal cuatro batallones, no habiendo Junot tenido por conveniente recibir á los restantes. Prefirió este guardar por si el Alentejo, y envió á Kellerman para reemplazar á Solano, cuya memoria fue tanto mas sentida por los naturales, cuanto el nuevo comandante se estrenó con imponer una contribucion en tal manera gravosa que el mismo Junot tuvo que desaprobarla. Kellerman transfirió á Yelbes su cuartel general para observar de cerca á Solano, quien permaneció en la frontera hasta mayo, en cuyo tiempo se retiró á Andalucía.

En este estado se hallaban las cosas de Portugal cuando, despues del suceso del 2 de mayo en Madrid, receloso Napoleon de nuevos alborotos en España, ordenó á Junot que enviase del lado de Ciudad-Rodrigo 4000 hombres que obrasen de concierto con el mariscal Bessières, y otros tantos por la parte de Extremadura para ayudar á Dupont que avanzaba hácia Sierra-Morena. Al entrar junio llegaron los primeros al pie del fuerte de la Concepcion, el cual, situado sobre el cerro llamado el Gardon, sirve como de atalaya para observar la frontera portuguesa y las plazas de Almeida y Castel-Rodrigo. El general Loison que mandaba á los franceses ofreció al comandante

Divisiones francesas que intentan pasar a España.

español algunas compañías que reforzasen el fuerte contra los comunes enemigos de ambas naciones. El ardid por tan repetido era harto grosero para engañar á nadie. Pero no habiendo dentro la suficiente fuerza para la defensa, abandonó el comandante por la noche el fuerte, y se refugió á Ciudad-Rodrigo, cuya plaza distante cinco leguas, y levantada ya como toda la provincia de Salamanca, redobló su vigilancia y contuvo asi los siniestros intentos de Loison. Por la parte del mediodia los 4000 franceses que debian penetrar en las Andalucías trataron con su gefe Avril de dirigirse sobre Mértola, y bajando despues por las riberas de Guadiana, desembocar impensadamente en el condado de Niebla. Alli la insurreccion habia tomado tal incremento, que no osaron continuar en empresa tan arriesgada. Al paso que asi se desbarataron los planes de Napoleon, que en esta parte no hubieran dejado de ser acertados, si mas á tiempo hubiesen tenido efecto los acontecimientos del norte de Portugal, vinieron del todo á trastornar á Junot, y levantar un incendio universal en aquel reino.

Los españoles se retiran de Oporto.

Los españoles á su vuelta á Oporto habian sido puestos á las órdenes del general francés Quesnel. Desagradó la medida inoportuna en un tiempo en que la indignacion crecia de punto, é inútil no siendo afianzada con tropa francesa. Andaba asi muy irritado el soldado español, cuando alzándose Galicia comunicó aquella junta avisos para que los de Oporto se incorporasen á su ejército y llevasen consigo á cuantos franceses pudiesen coger. Concertáronse los principales gefes, se colocó al frente al mariscal de Campo Don Domingo Belestá como de mayor graduacion, y el 6 de junio habiendo hecho prisionero á Quesnel y á los suyos, que eran muy pocos, tomó toda la division española que estaba en Oporto el camino de Galicia. Antes de partir dijo Belestá á los portugueses que les dejaba libres de abrazar el partido que quisieran, ya fuese el de España, ya el de Francia, ó ya el de su propio pais. Escogieron el último como era natural. Pero luego que los españoles se alejaron, amedrentadas las autoridades se sometieron de nuevo á Junot.

Primer levantamiento de Oporto.

Continuaron de este modo algunos dias hasta que el 11 de junio habiéndose levantado la provincia de Tras-los-Montes, y nombrado por su gefe al teniente general Manuel Gomez de Sepúlveda, hombre muy anciano, se extendió á la de Entre-Duero-y-Miño la insurreccion, y se renovó el 18 en Oporto en donde pusieron á la cabeza á Don Antonio de San José de Castro obispo de la diócesi. Cundió tambien á Coimbra y otros pueblos de la Beira, haciendo prisioneros y persiguiendo á algunas partidas sueltas de franceses. Loison, que desde Almeida habia intentado ir á Oporto, retrocedió al verse acometido por la poblacion insurgente de las riberas del Duero.

Levantamiento de Tras-los-Montes y segundo de Oporto.

Una junta se formó en Oporto que mandó en union con el obispo, la cual fue reconocida por todo el norte de Portugal. Al instante abrió tratos con Inglaterra, y diputó á Lóndres al vizconde de Balsemao y á un desembargador. Entabló tambien con Galicia convenientes relaciones, y entre ambas juntas se concluyó una convencion ó tratado de alianza ofensiva y defensiva.

Se desarma á los españoles de Lisboa.

Súpose en Lisboa el 9 de junio la marcha de las tropas españolas de Oporto, y lo demas que en esta ciudad habia pasado. Sin dilacion pensó Junot en tomar una medida vigorosa con los cuerpos de la misma nacion que tenia consigo, y cuyos soldados estaban con el ánimo tan alborotado como todos sus compatriotas. Temíase una sublevacion de parte de ellos y no sin algun fundamento. Ya en el mes anterior y cuando en 5 de mayo dió en Extremadura la proclama de que hicimos mencion el desgraciado Torre del Fresno, habia sido enviado allí de Badajoz el oficial Don Federico Moreti para concertarse con el general Don Juan Carrafa y preparar la vuelta á España de aquellas tropas. La comision de Moreti no tuvo resulta, asi por ser temprana y arriesgada, como tambien por la tibieza que mostró el mencionado Carrafa; pero despues embraveciéndose la insurreccion española, llegaron de varios puntos emisarios qué atizaban, faltando solo ocasion oportuna para que hubiese un rompimiento. Ofreciasela lo acaecido en Oporto, y con objeto de prevenir golpe tan fatal, procuró Junot antes de que se esparciese la noticia sorprender á los nuestros y desarmarlos. Pudo sin embargo escaparse de Mafra y pasar á España el marqués de Malespina con el regimiento de dragones de la Reina; y para engañar á los demas emplearon los franceses varios ardides, cogiendo á unos en los cuarteles y á otros divididos. Mil y doscientos de ellos, que estaban en el campo de Ourique, rehusaron ir al convento de San Francisco, barruntando que se les armaba alguna celada. Entonces Junot los mandó llamar al Terreiro do Paço, fingiendo que era con intento de embarcarlos para España. Alborozados por nueva tan halagüeña llegaron á aquella plaza, cuando se vieron rodeados por 3000 franceses, y asestada contra sus filas la artillería en las bocacalles. Fueron pues desarmados todos y conducidos á bordo de los pontones que habia en el Tajo. No se comprendió á los oficiales en precaucion tan rigurosa; pero no habiendo creido algunos de ellos deber respetar una palabra de honor que se les habia arrancado despues de una alevosía, se fugaron á España, y de resultas sus compañeros fueron sometidos á igual y desgraciada suerte que los soldados.

Rechazan los españoles á los franceses en Os Pegoes.

No fue tan fácil sorprender ni engañar á los que estando á la izquierda del Tajo vivian mas desembarazadamente. Asi desertó la mayor parte del regimiento de caballería de María Luisa, y fue notable la insur-

reccion de los cuerpos de Valencia y Murcia, de los que con bandera se dirigieron á España muchos soldados. Estaban en Setúbal, y el general francés Graindorge que alli mandaba los persiguió. Hubo un reencuentro en Os Pegoes, y los franceses habiendo sido rechazados no pudieron detener á los nuestros en su marcha.

Levantamiento de los Algarbes.

El haber desarmado á los españoles de Lisboa motivó la insurreccion de los Algarbes, y por consecuencia la de todo el mediodia de Portugal. Gobernaba aquella provincia de parte de los franceses el general Maurin, á quien estando enfermo sustituyó el coronel Maransin. Eran cortas las tropas que estaban á sus órdenes, y cuidadoso dicho gefe con los alborotos, habia salido para Villa-Real en donde construia una bateria que asegurase aquel punto contra los ataques de Ayamonte. Ocupado en guarecerse de un peligro, otro mas inmediato vino á distraerle y consternarle. Era el 16 de junio cuando Olhá, pequeño pueblo de pescadores á una legua de Faro, se sublevó á la lectura de una proclama que habia publicado Junot con ocasion de haber desarmado á los españoles. Dió el coronel José Lopez de Sousa el primer grito contra los franceses, que fue repetido por toda la poblacion. Este alboroto estuvo á punto de apaciguarse; pero obligado Maransin que habia acudido al primer ruido á salir de Faro para combatir á los paisanos que levantados descendian de las montañas que parten término con el Alentejo, se sublevó á su vez dicha ciudad de Faro, formó una junta, se puso en comunicacion con los ingleses, llevó á bordo de sus navios al enfermo general Maurin y á los pocos franceses que estaban en su compañía. Maransin en vista de la poca fuerza que le quedaba se retiró á Mértola para de alli darse mas fácilmente la mano con los generales Kellerman y Avril que ocupaban el Alentejo. Se aproximó despues á Beja, y por haberle asesinado algunos soldados la entró á saco el 25 de junio. Prendió la insurreccion en otros puntos, y en todos aquellos en que el espíritu público no fue comprimido por la superioridad de la fuerza francesa, se repitió el mismo espectáculo y hubo iguales alborotos que en el resto de la peninsula. Entre la junta de Faro y los españoles suscitóse cierta disputa por haber estos destruido las fortificaciones de Castro-Marin. De ambos lados se dieron las competentes satisfacciones, y amistosamente se concluyó un convenio adecuado á las circunstancias entre los nuevos gobiernos de Sevilla y Faro.

Convenciones entre algunas juntas de España y Portugal.

No faltó quien viese asi en este arreglo, como en lo que antes se habia estipulado entre Galicia y Oporto, una preparacion para tratados mas importantes que hubieran podido rematar por una union y acomodamiento entre ambas naciones. Desgraciadamente varios obstáculos con los cuidados graves de entonces debieron impedir que so prosigüiese en designio de tal entidad. Es sin embargo de desear que venga un tiempo en que desapareciendo añejas rivalidades, é ilus-

trándose unos y otros sobre sus recíprocos y verdaderos intereses, se estrechen dos paises que al paso que juntos formarán un incontrastable valladar contra la ambicion de los extraños, desunidos solo son víctima de agenas contiendas y pasiones.



LIBRO CUARTO.

Junta de Madrid. — Comision que da al marqués de Lazan. — Su proclama de 4 de junio. — Su zelo en favor de la diputacion de Bayona. — Valdés. — Marqués de Astorga. — Obispo de Orense — Proclama de Bayona á los Zaragozanos. — Comisionados enviados á Zaragoza. — Avisos enviados por Napoleon á América. — Napoleon renuncia la corona de España en José. — Llegada de José á Bayona. — Recibimiento de José en Marrac. — Diputaciones españolas. — La de los grandes. — La del consejo de Castilla. — La de la inquisicion. — La del ejército. — Otra proclama de los de Bayona. — Previas disposiciones para abrir el congreso de Bayona. — Abrense sus sesiones. — Sus discusiones. — Si gozó de libertad. — Juramento prestado á la constitucion. — Reflexiones sobre la constitucion. — Visita de la junta de Bayona á Napoleon. — Felicitaciones de la servidumbre de Fernando. — Felicitacion de Fernando mismo. — Ministerio nombrado por José. — Jovellanos. — Empleos de palacio. — José entra en España el 9 de julio. — Primera expedicion de los franceses contra Santander. — Expedicion contra Valladolid. — Quema de Torquemada. — Entrada en Palencia. — Accion de Cabezon. — Entran los franceses en Valladolid. — Segunda expedicion contra Santander. — Obispo de Santander. — Noble accion de su junta. — Expedicion contra Zaragoza. — Accion de Mallen. — De Alagon. — Cataluña. — Somatenes. — Accion del Bruch. — Defensa de Esparraguera. — Chabran en Tarragona. — Reencuentro de Arbós. — Saqueo de Villafranca del Panadés. — Segunda accion del Bruch. — Expedicion de Duhesme contra Gerona. — Resistencia de Mongat. — Saqueo de Mataró. — Ataque de los franceses contra Gerona. — Vuelve Duhesme á Barcelona. — Reencuentro de Granollers. — Somatenes del Llobregat. — Murat. — Envia á Dupont á Andalucía. — Accion de Alcolea. — Saco de Córdoba. — Situacion angustiada de los franceses. — Excesos de los paisanos españoles. — Resistencia de Valdepeñas. — Retirase Dupont á Andújar. — Saqueo de Jaen. — Expedicion de Moncey contra Valencia. — Reencuentro del puerto Pajazo. — De las Cabrillas. — Preparativos de defensa en Valencia. — Refriega en el pueblo de Cuarte. — Defensa de Valencia. — Proposicion de Moncey para que capitule la ciudad. — Hechos notables de algunos españoles. — Retirase Moncey. — Inaccion de Cervellon. — Conducta laudable de Llamas. — Enfermedad de Murat. — Enfermedades en su ejército. — Opinion de Larrey. — Savary sucede á Murat. — Singular comision de Savary. — Su conducta. — Envia á Vedel para reforzar á Dupont. — Paso de Sierra-Morena. — Refuerzos enviados á Moncey. — Caulincourt. — Saquea á Cuenca. — Frère. — Segundo refuerzo llevado á Dupont por el general Gobert. — Desatiéndese á Bessières. — Cuesta. — Ejército de Galicia despues de la muerte

de Filangieri. — Batalla de Rioseco, 14 de julio. — Avanza Bessières á Leon: su correspondencia con Blake. — Viage de José á Madrid. — Retrato de José. — Su proclamacion. — Su reconocimiento. — Consejo de Castilla. — Acontecimientos que precedieron á la batalla de Bailen. — Distribucion del ejército espanol de Andalucía. — Consejo celebrado para atacar á los franceses. — Accion de Mengíbar. — Batalla de Bailen, 19 de julio. — Capitulacion del ejército francés. — Rinden las armas los franceses. — Reflexiones sobre la batalla. — Camina el ejército rendido á la costa. — Desórden en Lebrija causado por la presencia de los prisioneros. — En el puerto de Santa-María. — Correspondencia entre Dupont y Morla. — Consternacion del gobierno francés en Madrid. — Retirase José. — Españoles que le siguen. — Destrozos causados en la retirada.

Junta de Madrid.

Antes de haber tomado la insurreccion de España el alto vuelo que le dieron en los últimos dias de mayo las renuncias de Bayona, recordará el lector como se habian derramado por las provincias emisarios franceses y españoles que con seductoras ofertas trataron de alucinar á los gefes que las gobernaban. La junta suprema de Madrid, principal instigadora de semejantes misiones y providencias, viéndose asi comprometida, siguió con esmerada porfía en su propósito, y al crujido de la insurreccion general reiterando avisos, instrucciones y cartas confidenciales, avisó su desacordado zelo en favor de la usurpacion extraña, conservando la ciega y vana esperanza de sosegar por medios tan frágiles el asombroso sacudimiento de una grande y pundonorosa nacion.

Comision que da al marques de Lazan.

Sobresaltada en extremo con la conmocion de Zaragoza acudió con presteza á su remedio. Punzábala este suceso no tanto por su importancia, cuanto por el temor sin duda de que con él se trasluciesen las órdenes que para resistir á los franceses le habian sido comunicadas desde Bayona, y á cuyo cumplimiento habia faltado. Presumia que Palafox sabedor de ellas, y encargado de otras iguales ó parecidas, les daria entera publicidad, poniendo asi de manifiesto la reprensible omision de la junta, á la que por tanto era urgente aplacar aquel levantamiento. Como el caso requeria pulso, se escogió al efecto al marqués de Lazan hermano mayor del nuevo capitan general de Aragon, en cuya persona concurrian las convenientes calidades para no excitar con su nombre recelos en el asustadizo pueblo, y poder influir con éxito y desembarazadamente en el ánimo de aquel caudillo. Pero el de Lazan al llegar á Zaragoza, en vez de favorecer los intentos de los que le enviaban, y persuadido tambien de cuán imposible era resistir al entusiasmo de aquellos moradores, se unió á su hermano, y en adelante partió con él los trabajos y penalidades de la guerra.

Su proclama de 4 de junio.

(* Ap. n. 1.)

Arrugándose mas y mas el semblante del reino, y tocando á punto de venir á las manos, en 4 * de Junio circuló la junta de acuerdo con Murat una proclama en la que se ostentaban las ventajas de que todos se mantuviesen sosegados, y aguardasen á que *el héroe que admiraba*

al mundo concluyera la grande obra en que estaba trabajando de la regeneracion política. Tales expresiones alborotaban los ánimos lejos de apaciguarlos, y por cierto rayaba en avilantez el que una autoridad española osase ensalzar de aquel modo al causador de las recientes escenas de Bayona, y ademas era, por decirlo asi, un desenfreno del amor propio imaginarse que con semejante lenguaje se pondria pronto término á la insurreccion.

Su zelo en favor de la diputacion de Bayona.

Viendo cuán inútiles eran sus esfuerzos, y ansiosa de encontrar por todas partes apoyo y disculpa á sus compromisos, trabajó con ahinco la junta para que acudiesen á Bayona los individuos de la deputacion convocada á aquella ciudad. Crecian los obstáculos para la reunion con los bullicios de las provincias, y con la repulsa que dieron algunos de los nombrados. Indicamos ya como el bailío Don Antonio Valdés habia rehusado ir, prefiriendo con gran peligro de su persona fugarse de Burgos donde residia á la mengua de autorizar con su presencia los escándalos de Bayona. Excusóse tambien el marqués de Astorga sin reparar en que siendo uno de los primeros próceres del reino, la mano enemiga le perseguiria y le privaria de sus vastos estados y riquezas. Pero quien aventajó á todos en la resistencia fue el reverendo obispo de Orense Don Pedro de Quevedo y Quintano. La contestacion de este prelado al llamamiento de Bayona, obra señalada de patriotismo, unió á la solidez de las razones un atrevimiento hasta entonces desconocido á Napoleon y sus secuaces. Al modo de los oradores mas egregios de la antigüedad, usó con arte de la poderosa arma de la ironía, sin deslucirla con bajas é impropias expresiones. Desde Orense y en 29 de mayo no levantada todavía Galicia, y sin noticia de la declaracion de otras provincias, dirigió su contestacion al ministro de gracia y justicia. Como en su contenido se sentaron las doctrinas mas sanas y los argumentos mas convincentes en favor de los derechos de la nacion y de la dinastía reinante, recomendamos muy particularmente la lectura de tan importante documento, que á la letra hemos insertado en el apéndice *. Dificilmente pudieran trazarse con mayor vigor y maestría las verdades que en él se reproducen. Asi fue que aquella contestacion penetró muy allá en todos los corazones, causando impresion profundísima y duradera. Pero Murat y la junta de Madrid no por eso cesaron en sus tentativas, y con fatal empeño aceleraron la partida de las personas que de monton se nombraban para llenar el hueco de las que esquivaban el ominoso viage.

Valdés.

Marqués de Astorga.

Obispo de Orense.

(* Ap. n. 2.)

Proclama de Bayona á los zaragozanos.

El 15 de junio debian abrirse las sesiones de aquella famosa reunion, y todavía en los primeros dias del propio mes no alcanzaban á 30 los que allí asistian. Mientras que los demas llegaban, y para no darles huelga, obligó

Napoleon á los presentes á convidar á los zaragozanos por medio de una proclama * á la paz y al sosiego. Queriendo agregar al escrito la persuasion verbal, fueron comisionados para llevarle el príncipe de Castelfranco, Don Ignacio Martinez de Villela consejero de Castilla, y el alcalde de corte Don Luis Marcelino Pereira. No les fue dable penetrar en Zaragoza, y menos el que se atendiera á sus intempestivas amonestaciones. Tuviéronse por dichosos de regresar á Bayona: merced á los franceses que los custodiaban, bajo cuyo amparo pudieron volver atras sin notable azar, aunque no sin mengua y sobresalto.

(* Ap. n. 3.)

Comisionados enviados á Zaragoza.

Avisos enviados por Napoleon á América.

Napoleon, que miraba ya como suya la tierra peninsular, trató tambien por entonces de alargar mas allá de los mares su poderoso influjo, expidiendo á América buques con cuyo arribo se previniesen los intentos de los ingleses, y se preparasen los habitadores de aquellas vastas y remotas regiones españolas á admitir sin desvío la dominacion del nuevo soberano, procedente de su estirpe. Hizo que á su bordo partiesen proclamas y circulares autorizadas por Don Miguel de Azanza, quien ya firmemente adicto á la parcialidad de Napoleon se figuraba que el emperador de los franceses habia de respetar la union íntegra de aquellos paises con España, y no seguir el impulso y las variaciones de su interés ó su capricho.

Napoleon renuncia la corona de España en José.

Luego que Fernando VII y su padre hubieron renunciado la corona, se presumió que Napoleon cederia sus pretendidos derechos en alguna persona de su familia. Fundábase sobre todo la conjetura en la indicacion que hizo Murat á la junta de Madrid y consejo real de que pidiesen por rey á José. Ignorábase no obstante de oficio si tal era su pensamiento, cuando en 25 de mayo dirigió Napoleon una proclama * á los españoles en la que aseguraba que « no queria reinar sobre sus provincias, pero sí adquirir « derechos eternos al amor y al reconocimiento de su posteridad. » Apareció pues por este documento de una manera auténtica que trataba de desprenderse del cetro español, mas todavía guardó silencio acerca de la persona destinada á empuñarle. Por fin el 6 de junio se pronunció claramente dando en Bayona mismo un decreto del tenor siguiente *. « Napoleon por la gracia de Dios, etc. A todos los que verán las presentes salud. La « junta de estado, el consejo de Castilla, la villa de Madrid, etc. etc. « habiéndonos por sus exposiciones hecho entender que el bien de « la España exigia que se pusiese prontamente un término al interregno, hemos resuelto proclamar, como nos proclamamos por « las presentes, rey de España y de las Indias á nuestro muy amado hermano José Napoleon, actualmente rey de Nápoles y de « Sicilia.

(* Ap. n. 4.)

(* Ap. n. 5.)

« Garantimos al rey de las Españas la independencia é integri-
« dad de sus estados, asi los de Europa como los de Africa, Asia
« y América. Y encargamos, etc. » (Sigue la fórmula de estilo.)

Llegada de José á Bayona.

Era este decreto el precursor anuncio de la llegada de José, quien el 7 entró en Pau á las ocho de la mañana, y puesto en camino poco despues se encontró con Napoleon á seis leguas de Bayona, hasta donde habia salido á esperarle. Mostraba este tanta diligencia porque, no habiendo de antemano consultado con su hermano la mudanza resuelta, temió que no aceptase el nuevo solio, y quiso remover prontamente cualquiera obstáculo que le opusiese. En efecto José contento con su delicioso reino de Nápoles no venia decidido á admitir el cambio que para otros hubiera sido tan lisonjero. Y aqui tenemos una corona arrancada por la violencia á Fernando VII, adquirida tambien mal de su grado por el señalado para sucederle.

Napoleon atento á evitar la negativa de su hermano le hizo subir en su coche, y exponiéndole sus miras políticas en trasladarle al trono español, trató con particularidad de inculcarle los intereses de familia, y la conveniencia de que se conservase en ella la corona de Francia, para cuyo propósito y el de prevenir la ambicion de Murat y de otros extraños, nada era mas acertado, añadia, que el poner como de atalaya á José en España, desde donde con mayor facilidad y superiores medios se posesionaria del trono de Francia, en caso de que vacase inesperadamente. Ademas le manifestó haber ya dispuesto del reino de Nápoles para colocar en él á Luciano. Asegúrase que la última indicacion movió á José mas que otra razon alguna por el tierno amor que profesaba á aquel su hermano. Sea pues de esto lo que fuere, lo cierto es que Napoleon habia de tal modo preparado las cosas que sin dar tiempo ni vagar fue José reconocido y acatado como rey de España.

Recibimiento de José en Marrac.

Asi sucedió que al llegar entre dos luces á Marrac recibió los obsequios de tal de boca de la emperatriz, que con sus damas habia salido á recibirle al pie de la escalera. Ya le aguardaban dentro del palacio los españoles congregados en Bayona, á quienes se les habia citado de antemano, teniendo Napoleon tanta priesa en el reconocimiento del nuevo rey, que no permitió cubrir las mesas ni descanso alguno á su hermano antes de desempeñar aquel cuidado, cuyo ceremonial se prolongó hasta las diez de la noche.

Diputaciones españolas.

Naturalmente debió durar mas de lo necesario, habiendo ignorado los españoles el motivo á que eran llamados. Advertidos despues tuvieron que concertarse apresuradamente alli mismo en uno de los salones, y arreglar el modo de felicitar al soberano recien llegado. Para ello se dividieron en cuatro diputaciones, á saber, la de los grandes, la del consejo de Castilla, la de los consejos de la inquisicion, Indias y hacienda

reunidos los tres en una, y la del ejército. Pusieron todas separadamente y por escrito una exposicion gratulatoria, y antes de que se leyesen á José con toda solemnidad, se presentaba cada una á Napoleon para su aprobacion previa: menguada censura, indigna de su alta gerarquía.

La de los grandes. Era la diputacion de los grandes la primera en órden, é iba á su cabeza el duque del Infantado, quien habia tenido el encargo de extender la felicitacion. Principiando por un cumplido vago, concluia esta con decir: « Las leyes de España no nos permiten ofrecer otra cosa á V. M. Esperamos que « la nacion se explique y nos autorice á dar mayor ensanche á « nuestros sentimientos. » Difícil seria expresar la irritacion que provocó en el altivo ánimo de Napoleon tan inesperada cortapisa. Fuera de sí y abalanzándose al duque, díjole « que siendo caba« llero se portase como tal, y que en vez de altercar acerca de los « términos de un juramento, el cual asi que pudiera intentaba « quebrantar, se pusiese al frente de su partido en España, y li« diase franca y lealmente... Pero le advertia que si faltaba al ju« ramento que iba á prestar, quizá estaria en el caso antes de « ocho dias de ser arcabuceado. » Tardíos eran á la verdad los escrúpulos del duque, y ó debia haberlos sepultado en lo mas íntimo del pecho, ó sostenerlos con el brio digno de su cuna, si arrastrado por el clamor de la conciencia queria acallarla dándoles libre salida. Mas el del Infantado arredróse, y cedió á la ira de Napoleon. Por eso hubo quien achacara á otro haberle apuntado la cláusula, dejándole solo al duque la gloria de haberla escrito, sin pensar en el aprieto en que iba á encontrarse. Corrigieron entonces los grandes su primera exposicion, reconocieron por rey á José é hizo la lectura de ella, aunque no pertenecia á la clase, Don Miguel José de Azanza.

La del consejo de Castilla. Los magistrados que llevaban la voz á nombre del consejo de Castilla, si bien incensaron al nuevo rey diciéndole * : « V. M. es rama principal de una fa« milia destinada por el cielo para reinar, » esquivaron tambien, pero de un modo mas encapotado que los grandes, el reconocimiento claro y sencillo, limitándose por falta de autoridad, segun expresaban, á manifestar cuáles eran sus deseos: tan cuidadosos andaban siempre el consejo y sus individuos de no comprometerse abiertamente en ningun sentido.

(* Ap. n. 6.)

A todos los parabienes respondió José con afable cortesanía, mereciendo particular mencion el modo con que habló al inquisidor Don Raimundo Ethenard y Salinas, á quien dijo « que la religion era la base de la moral y de la prosperi« dad pública, y que aunque habia paises en que se admitian mu« chos cultos, sin embargo debia considerarse á la España como « feliz porque no se honraba en ella sino el verdadero. » Con un

La de la inquisicion.

tan claro elogio de las ventajas de una religion exclusiva los inquisidores, que fundadamente consideraban su tribunal como el principal baluarte de la intolerancia, creyéronse asegurados. Ya antes alimentaban la esperanza de mantenerse desde que Murat mismo habia correspondido á sus congratulaciones con halagüeñas y favorables palabras. El no haberse abolido aquel terrible tribunal en la constitucion de Bayona, y el que uno de sus ministros en representacion suya la autorizase con su firma, acrecentó la confianza de los interesados en conservarle, y puso espanto á los que á su nombre se estremecian. Ahora que han trascurrido años, y que otros excesos han casi borrado los de Napoleon, atribuiráse á sueño de los partidarios del santo oficio el haberse imaginado que aquel hubiera sostenido tan odiosa institucion. Mas si recordamos que en los primeros tiempos de la irrupcion francesa muchos emisarios de su gobierno encarecian la utilidad de la inquisicion como instrumento político, y si tambien atendemos al modo arbitrario y escudriñador con que en la ilustrada Francia se disminuia y cercenaba la libertad de escribir y pensar, no nos parecerá que fuesen tan desvariadas y fútiles las esperanzas de los inquisidores. Quizá José y algunos españoles de su bando hubieran querido la abolicion inmediata ¿pero qué podia él ni que valian ellos contra la imperiosa voluntad de Napoleon? Que este acabase despues en diciembre de 1808 con la inquisicion, en nada destruye nuestros recelos. Entonces restablecida, como á su tiempo veremos, por la junta central con gran descrédito suyo, entendió el soberano francés ser oportuno descuajar tan mala planta, procurando granjearse por aquel medio y en contraposicion de la autoridad nacional el aprecio de muchos hombres de saber, atemorizados y desabridos con el renacimiento de tan odioso tribunal.

En la contestacion que dió José al duque del Parque, representante del ejército, tambien notamos ciertas expresiones bastantemente singulares. « Yo me honro, dijo, « con el título de su primer soldado, y ora fuese necesario como « en tiempos antiguos combatir á los moros, ora sea menester « rechazar las injustas agresiones de los eternos enemigos del con- « tinente, yo participaré de todos vuestros peligros. » Extraña mezcla poner al par de los ingleses á los moros y sus guerras. Probablemente fue adorno oratorio mal escogido: dado que no siendo creible que por aquellas palabras hubiera querido anunciar en nuestros dias temores de una irrupcion agarena, era forzoso imaginarse que se encubria en su sentido el ulterior proyecto de invadir la costa africana, y cierto que si el primer pensamiento hubiera pasado de desvarío, habríase el segundo reprendido de sobradamente anticipado cuando la nueva corona apenas habia tocado su cabeza. La del ejército.

Todavía era muy corto el número de diputados que concur-

rian en Bayona, á la sazon que en 8 * de junio dieron (* Ap. n. 7.) los presentes otra proclama á todos los españoles con objeto de recomendar á su afecto la nueva dinastía, y de reprimir la insurreccion. José por su parte aceptó en decreto del 10 * la cesion de la corona de España que en su persona habia hecho su hermano, confirmando á Murat en la lugar-tenencia del reino, cuyo puesto habia ejercido sucesivamente á nombre de Cárlos IV y de Napoleon.

Otra proclama de los de Bayona.

(* Ap. n. 8.)

Acompañaba á este decreto * otro en que mostraba (* Ap. n. 9.) cuáles eran sus intenciones, y en el que ya llamaba suyos á los pueblos de España. Estos documentos corrian con dificultad en las provincias; pero si alguno de ellos se introducia, soplaba el fuego en vez de apagarle.

Previas disposiciones para abrir el congreso de Bayona.

Acercábase el dia de abrirse el congreso de Bayona y á duras penas crecia el número de individuos que debian componerle. Por fin fueron llegando algunos de los que forzadamente obligaban á salir de Madrid, ó de los que cogian en los pueblos ocupados por las tropas francesas. Pocos fueron los que de grado acudieron al llamamiento; y mal podia ser de otra manera viendo los convocados que la insurreccion prendia por todas partes, y el gran compromiso á que se exponian. Antes de dar principio á las sesiones, Napoleon entregó á Don Miguel José de Azanza un proyecto de constitucion. Extrema curiosidad se despertó con deseo de averiguar quién fuese el autor. Ni entonces ni ahora ha sido dable el descubrirle, bien que se advierta que una mano española debió en gran parte coadyuvar al desempeño de aquel trabajo. Nosotros no aventurarémos conjeturas mas ó menos fundadas. Pero sí se nos ha aseverado de un modo indudable por persona bien enterada, que dicha constitucion ó sus bases mas esenciales fueron entregadas al emperador francés en Berlin despues de la batalla de Jena. Debió pues salir de pluma que vislumbrase ya cuál suerte aguardaba á España con la incierta política del príncipe de la Paz y la desmesurada ambicion del gabinete de Francia. Napoleon escogió á Don Miguel de Azanza, como en otro libro indicamos, para presidir el congreso; y se nombraron por secretarios á Don Mariano Luis de Urquijo del consejo de estado, y á Don Antonio Ranz Romanillos del de hacienda. Encargó tambien que se eligiesen dos comisiones á cuyo previo exámen se confiase el preparar los asuntos para los debates, y proponer las modificaciones que pareciere oportuno adoptar en la nueva constitucion.

Abrense sus sesiones.

Concluidas que fueron estas disposiciones preliminares, abrió sus sesiones la junta de Bayona el 15 de junio, dia de antemano señalado. Pronunció Don Miguel de Azanza en calidad de presidente el discurso de apertura. En él decia * : « Gracias y honor inmortal á este hombre ex-

(* Ap. n. 10.)

« traordinario (Napoleon) que nos vuelve una patria que habíamos « perdido... » « Ha querido despues que en el lugar de su residen- « cia y á su misma vista se reunan los diputados de las principales « ciudades, y otras personas autorizadas de nuestro pais, para dis- « currir en comun sobre los medios de reparar los males que hemos « sufrido, y sancionar la constitucion que nuestro mismo regenerador « se ha tomado la pena de disponer para que sea la inalterable nor- « ma de nuestro gobierno... De este modo podrán ser útiles nuestros « trabajos, y cumplirse los altos designios del héroe que nos ha « convocado.... » Pesa que hombre cuyo concepto de probidad se « habia hasta entonces mantenido sin tacha, se abatiese á pronunciar expresiones adulatorias, poco dignas de la boca de un ministro puro y honrado. Porque en efecto, ¿dónde estaban los diputados de las principales ciudades? y si la patria estaba perdida ¿no habia tambien *el hombre extraordinario* contribuido en gran manera á hundirla en el abismo? ¿En dónde y cómo nos la habia vuelto? Sin la constancia española, sin la pertinaz guerra de seis años, hubiera sido tratada con el vilipendio que otros estados, y partida despues ó desmembrada al antojo del extrangero. Suerte que hubiera merecido, si en silencio hubiese dejado que tan indignamente se la humillase y oprimiese. Pudiera Azanza haber cumplido con el encargo de presidente, sin aparacer oficioso ni lisonjero.

Sus discusiones.

Redujéronse á doce las sesiones de Bayona. En la misma del 15 se procedió á la verificacion de poderes, y se leyó el decreto de Napoleon por el que cedia la corona de España á su hermano José; habiéndose acordado en la del 17 pasar á cumplimentar al nuevo monarca. En nada fueron notables los discursos que al caso se pronunciaron, sino en haberse especificado en el contexto del de la junta « que habian hecho y que harian (sus « individuos) cuanto estuviese de su parte para atraer á la tranqui- « lidad y al órden las provincias que estaban agitadas. » Por el « mismo tenor y segun costumbre fue la contestacion de José, no echando en olvido la repetida cantilena de que los ingleses eran los que fomentaban la inquietud de los pueblos.

Preseutóse el dia 20 el proyecto de constitucion y ordenó la junta su impresion, habiéndose oido en los siguientes varios discursos acerca de sus artículos. Se ventilaron tambien otros puntos, y en la citada sesion del 20 se propuso para halagar al pueblo la supresion de los cuatro maravedis en cuartillo de vino, y la de tres y un tercio por ciento de los frutos que no diezmaban, cuyo acuerdo quedó en el inmediato dia aprobado por José. En la del 22 Don Ignacio de Tejada, designado por Murat para representar el nuevo reino de Granada, sostuvo en un vehemente discurso lo conveniente que seria afianzar la union con la metrópoli de las provincias americanas. Cuatro religiosos que tenian voz como diputados de los regulares, pidieron en otra sesion que no se suprimiesen del todo

los conventos, y que solo se minorase el número. ¡Ojalá se hubieran mostrado siempre tan sumisos y conformes! Se atrevió á proponer la abolicion del santo oficio Don Pablo Arribas, sosteniéndole Don José Gomez Hermosilla, pero el inquisidor, Ethenard levantándose muy alborotado, se opuso é intentó probar lo útil del establecimiento, considerado por el lado político. Apoyáronle con fuerza los consejeros de Castilla, siendo natural se estrechasen para defensa mútua dos cuerpos que en sus respectivas jurisdicciones tanto daño habian acarreado á España. El duque del Infantado queria que no se rebajase á menos de 80,000 ducados el máximo de los mayorazgos: desechóse la propuesta, no habiendo tampoco las dos anteriores tenido resulta. Fue notable y digna de loa la que promovió Don Ignacio Martinez de Villela, sino con mejor éxito, de que se comprendiese en la ley fundamental un artículo para que ninguno pudiese ser incomodado por sus opiniones políticas y religiosas. Admiraria que aquel mismo magistrado años adelante se convirtiese en duro y constante perseguidor, si por desgracia no ofreciese la flaqueza humana, la rencorosa envidia ó la desapoderada ambicion, repetidos ejemplos de tan lamentables mudanzas. Por tal término anduvieron las discusiones, hasta que el 30 se concluyeron y cerraron las de la constitucion; en cuyo dia se le añadió un último artículo declarando que despues del año 20 se presentarian de órden del rey las mejoras y modificaciones que la experiencia hubiese enseñado ser necesarias y convenientes.

Si se gozo de libertad.

En vista de la adicion de este artículo y de las cortas discusiones que hubo, han pretendido algunos y de aquellos que han tratado de defenderse, que la junta habia gozado de libertad. Concediendo que esto fuese cierto, levantaríase contra los miembros un grave cargo por no haber sostenido mejor los derechos de la nacion, ya que hubiesen creido inútil recordar los de Fernando y su familia. Pareceria pues imposible, á no leerlo en sus obras, que hombres graves hayan querido persuadir al público que allí se procedió sin embarazo, discutiéndose las materias con toda franqueza y al sabor y segun el dictámen de los vocales. No hay duda que sobre puntos accesorios fue lícito hablar, y aun indicar leves modificaciones. Pero ¿qué hubiera acontecido si alguno se hubiese propasado, no á renovar la cuestion decidida ya de mudanza de dinastía, sino enmendar cualquiera artículo de los sustanciales de la constitucion? ¿Qué si hubiese reclamado la libertad de imprenta, la publicidad de las sesiones, una manera en fin mas acertada de constituirse las córtes? O para siempre hubiera enmudecido el audaz diputado de cuyos labios hubiesen salido semejantes proposiciones, ó de prisa y estrepitosamente se hubiera disuelto el congreso de Bayona. Asi en el corto número de doce sesiones se cumplió con las formalidades de estilo, se tocaron varias materias, y se discutió y aprobó á la unanimidad una

constitucion de 146 artículos. ¿Mas á qué cansarse? Para conceptuar de qué libertad gozaron los diputados, basta decir que fue en Bayona, y á vista de Napoleon, donde celebraron sus sesiones.

Al fin el 7 de julio reunido el congreso en el mismo sitio de los anteriores dias, que fue en el palacio llamado del Obispado viejo, juró José la observancia de la constitution en manos del arzobispo de Burgos, y tambien la juraron, aceptaron y firmaron los diputados cuyo número no pasó de noventa y uno, siendo de notar que apenas veinte habian sido nombrados por las provincias. Los demas ó eran de aquellos que habian acompañado al rey Fernando, ó individuos de diversas corporaciones ó clases residentes en Madrid y ciudades oprimidas por los soldados franceses. Para que subiera la cuenta obligaron tambien á españoles transeuntes casualmente en Bayona, á que pusiesen su firma en la nueva constitucion. Pero á pesar de tales esfuerzos nunca pudo completarse el número de 150 que era el determinado en la convocatoria.

Juramento prestado á la constitucion.

Ahora seria oportuno entrar en el exámen de esta constitucion, si por lo menos hubiera gobernado de hecho la monarquía. Mas ilegítima en su origen, y bastarda produccion de tierra extraña nunca plantada en la nuestra, no seria justo que nos detuviese largo tiempo, ni cortase el hilo de nuestra narracion. Sin embargo atendiendo al elogio que de algunos ha merecido, séanos lícito poner aquí ciertas observaciones, que si bien restrictas y generales, no por eso dejarán de dar una idea de los defectos fundamentales que la oscurecian y anulaban.

Reflexiones sobre la constitucion.

Desde luego nótase que falta en aquella constitucion lo que forma la base principal de los gobiernos representativos, á saber, la publicidad. Por ella se ilustra y conoce la opinion, y la opinion es la que dirige y guia á los que mandan en estados asi constituidos. Dos son los únicos y verdaderos medios de conseguir que la voz pública suba con rapidez á los representantes de una gran nacion, y que la de estos descienda y cunda á todas las clases del pueblo. Son pues la libertad de imprenta y la publicidad en las discusiones del cuerpo ó cuerpos que deliberan. Por la última, como decia el mismo Burke, llega á noticia de los poderdantes el modo de pensar y obrar de sus diputados, sirviendo tambien de escuela instructiva á la juventud: y por la primera, esencialmente unida á la naturaleza de un estado libre, conforme á la expresion del gran jurisconsulto Blackstone, se enteran los que gobiernan de las variaciones de la opinion y de las medidas que imperiosamente reclama, por cuya mútua y franca comunicacion, acumulándose cuantiosa copia de saber y datos, las resoluciones que se toman en una nacion de aquel modo regida no se apartan en lo general de lo que ordena su interés bien entendido; desapareciendo en cotejo de tamaño beneficio los cortos

inconvenientes que en ciertos y contados casos pudieran acompañar á la publicidad, y de que nunca se ve del todo desembarazada la humana naturaleza. Pues aquellos dos medios tan necesarios de estamparse en una constitucion que se preciaba de representativa, no se vislumbraban siquiera en la de Bayona. Al contrario, por el artículo 80 se prevenia « que las sesiones de las córtes no « fuesen públicas. » Y en tanto grado se huia de conceder dicha facultad, que en el 81 íbase hasta graduar de rebelion el publicar impresas ó por carteles las opiniones ó votaciones. Quien con tanto esmero habia trabado la libertad de los diputados, no era de esperar obrase mas generosamente con la de la imprenta. Deferíase su goce á dos años despues que la constitucion se hubiese planteado, no debiendo esta tener su cumplido efecto antes de 1813. Pero aun entonces, ademas de las limitaciones que hubieran entrado en la ley, parece ser que nunca se hubieran comprendido en su contesto los papeles periódicos. Asi se infiere de lo prevenido en el artículo 45. Porque al paso que se crea una junta de cinco senadores encargados de velar acerca de la libertad de imprenta, se exceptuan determinadamente semejantes publicaciones, las que sin duda reservaba el gobierno á su propio exámen. Véase pues cuán tardía y escatimada llegaria concesion de tal importancia.

Tampoco se habia compuesto ni deslindado atinadamente la potestad legislativa. Al sonido de la voz senado cualquiera se figuraria haber sido erigido aquel cuerpo con la mira de formar una segunda y separada cámara que tomase parte en la discusion y aprobacion de las leyes; pero no era asi. Ceñidas sus facultades en tiempos tranquilos á velar sobre la conservacion de la libertad individual y de la de imprenta, ensanchábanse en los borrascosos ó cuando parecieren tales á la potestad ejecutiva, á suspender la constitucion y á adoptar las medidas que exigiese la seguridad del estado. Un cuerpo autorizado con facultad tan amplia y poderosa, debiera al menos haber ofrecido en su independencia un equilibrio correspondiente y justo. Mas constando de solos veinticuatro individuos nombrados por el rey y escogidos entre empleados antiguos, antes era sostenimiento de la potestad ejecutiva que valladar contra sus usurpaciones,

Para evitar estas ó resistirles ganánciosamente no era mas propicia ni recomendable la manera como se habian constituido las córtes, las cuales ademas de verse privadas de la publicidad, sólido cimiento de su conservacion, llevaban consigo la semilla de su propia desorganizacion y ruina. Por de pronto el rey estaba obligado solamente á convocarlas cada tres años, y como para todo este intermedio se votaban las contribuciones, no era probable que se las hubiera congregado con mas frecuencia. El número de vocales se limitaba á 162 divididos en tres estamentos, clero, nobleza y pueblo, componiéndose los dos primeros de 50 individuos. De-

bian, reunidos en la misma sala, discutir las materias y decidirlas á pluralidad de votos y no por separacion de clase. En cuya virtud sin resultar las ventajas de la cámara de lores en Inglaterra, ni la del senado en los Estados-Unidos, sirviendo de contrapeso entre la potestad real ó ejecutiva y la popular; aqui juntos y amontonados todos los estamentos ó brazos, hubieran presentado la imágen del desórden y la confusion. Cuando el cuerpo que ha de formar las leyes está dividido en dos cámaras, al choque funesto de las clases que es temible exista estando reunidos los privilegiados y los que no lo son, sucede cuando deliberan separadamente el saludable contrapeso de las opiniones individuales, estableciéndose una mútua correspondencia entre los vocales de ambas cámaras que no disienten en el modo de pensar; sin atender á la clase á que pertenecen. Por lo menos asi nos lo muestra la experiencia gran maestra en semejantes materias. Cuanto mas se reflexiona acerca del artificio de esta constitucion, mas se descubre que solo en el nombre queria darse á España un gobierno monárquico representativo.

Habia empero artículos dignos de alabanza. Merécenla pues aquellos en que se declaraba la supresion de privilegios onerosos, la abolicion del tormento, la publicidad en los procesos criminales y el límite de 20,000 pesos fuertes de renta, señalado á la excesiva acumulacion de mayorazgos. Mas estas mejoras que ya desaparecian junto á las imperfecciones sustanciales arriba indicadas, del todo se deslustraban y ennegrecian con la monstruosidad (no puede dársele otro nombre) de insertar en la ley fundamental del estado que habria perpetuamente una alianza ofensiva y defensiva, tanto por tierra como por mar entre España y Francia. Todo tratado ó liga de suyo variable, supone por lo menos el convenio recíproco de los dos ó mas gobiernos que estan interesados en su cumplimiento. Exigíase aun mas en este caso: ya que quisiera darse á la alianza la duracion y firmeza de una ley fundamental, menester era que la otra parte, la Francia, se hubiese comprometido á lo mismo en las constituciones del imperio. Podrá redargüirse que estaba sujeta esta determinacion á un tratado posterior y especial entre ambas naciones. Pero segun el artículo 24 de la constitucion que era en donde se adoptaba el principio, debia el tratado limitarse á especificar el contingente con que cada una habia de contribuir, y no de manera alguna á variar la base admitida de una alianza perpetua ofensiva y defensiva. No es de este lugar examinar la utilidad ó perjuicio que se seguiria á España, pais casi aislado, de atarse con semejante vínculo y abrazar todas las desavenencias de una nacion como la Francia contigua á tantas otras y con intereses tan complicados. Aqui solo consideramos la cuestion constitucional, bajo cuyo respecto no pudo ser ni mas fuera de sazon ni mas extraña. Al ver adoptado semejante artículo no podemos menos de asombrarnos por

segunda vez de que haya habido españoles de los firmantes, tan olvidados de sí propios, que hayan asegurado en sus defensas haberse gozado en Bayona de entera é ilimitada libertad. Porque si á sabiendas y voluntariamente le admitieron y aprobaron ¿cómo pudieran disculparse de haber encadenado la suerte de su patria á la de otra nacion, sin que esta se hubiera al propio tiempo comprometido á igual reciprocidad? Mas afortunadamente y para honra del nombre español si hubo algunos que con placer firmaron la constitucion de Bayona, justo es decir que el mayor número lo hicieron obligados de la penosa é involuntaria situacion en que los habia colocado su aciaga estrella.

Visita de la junta de Bayona á Napoleon.

En el mismo dia 7 de julio Don Miguel de Azanza propuso y se acordó la acuñacion de dos medallas que perpetuasen la memoria del juramento á la constitucion, trasladándose en seguida la junta en cuerpo al palacio de Marrac á cumplimentar á Napoleon. Llevó la palabra el presidente y en silencio aguardaron todos con ansiosa curiosidad la respuesta del soberano de Francia, rodeado de los diputados españoles. Tres cuartos de hora duró el discurso del último, embarazoso en la expresion é infecundo en sus conceptos. Levantando pues la cabeza y echando una mirada esquiva y torva, la inclinaba despues aquel príncipe sobre el pecho, articulando de tiempo en tiempo palabras sueltas ó frases truncadas é interrumpidas, sin que centellease ninguno de aquellos rasgos originales que á veces brillaban en sus conversaciones ó arengas. Parecia representar su voz el estado de su conciencia. Impacientabánse todos, mas el disimulo reinaba por todas partes. Sus cortesanos quedaron inmobles; y aturdidos los españoles, á cuyos ojos achicóse en gran manera el objeto que tan agigantado les habia parecido de lejos. Fatigado el concurso y quizá Napoleon mismo, despidió este á los diputados que sobrecogidos y silenciosos se retiraron. Azaroso andaba en todo lo de España.

Felicitacion de la servidumbre de Fernando.

(* Ap. n. 41.)

Aun duraban las dicusiones de la constitucion cuando llegó á Bayona una carta escrita en Valencey en 22 de junio por la servidumbre de Fernando y los infantes, en la que « juraban * obediencia á la nueva constitucion de su pais y fidelidad al rey de España José I. » Segun Escoiquiz fue efecto de intimacion del príncipe de Talleyrand hecha á nombre de Napoleon, añadiendo que para evitar mayores males accedieron encargándose él mismo de extender la carta en términos estudiados y medidos. Si asi hubiera pasado, merecian disculpa Escoiquiz y sus compañeros; pero aconteció muy de otra manera. Y ó aquel se imaginó que nunca se traslucíria el contenido de su carta, ó con los infortunios se habia enteramente desmemoriado. En ella se prestaba el juramento de un modo claro no ambiguo; y lo que era peor se pedian nuevas gracias expresadas en una

nota adjunta, afirmándose tambien que *estaban prontos á obedecer ciegamente su voluntad* (la de José) *hasta en lo mas mínimo*. Véase pues lo que llamaba Escoiquiz juramento condicional y aéreo, y carta escrita en términos medidos.

Felicitacion de Fernando mismo.

(* Ap. n. 12.)

Asimismo Fernando escribió con igual fecha * á Napoleon en nombre suyo y de su hermano y tio, dándole el parabien de haber sido ya instalado en el trono de España su hermano José; con una carta (leida en 30 de junio ante los diputados de Bayona) inclusa para el último en que se decia despues de felicitarle « que se consideraba miembro « de la augusta familia de Napoleon, á causa de que habia pedido « al emperador una sobrina para esposa, y esperaba conseguirla: » tan caida y por el suelo andaba la corona de Cárlos V y Felipe II.

Ministerio nombrado por José.

En 4 de julio habia José arreglado definitivamente su ministerio. Tocó á Don Mariano Luis de Urquijo la secretaría de estado, á cuyo puesto correspondia, segun la constitucion de Bayona, refrendar todos los decretos. En el reinado de Cárlos IV, todavía aquel muy jóven, habia sido nombrado ministro interino de estado. Adornado de ciertas calidades brillantes y exteriores, no se le reputaba por hombre de saber profundo: tachábanle de presuntuoso. Quiso en su ministerio enfrenar el tribunal de la inquisicion, y restablecer á los obispos en sus primitivos derechos. Acarreóle su intento la enemistad de Roma y de una parte del clero español. Con esto y haber el príncipe de la Paz recobrado su antigua é ilimitada privanza, fue desgraciado Urquijo, encerrado en la ciudadela de Pamplona, y confinado despues á Bilbao su patria. No tuvo partes en los primeros desaciertos de Madrid y Bayona, y solo acudió á esta ciudad en virtud de reiterado llamamiento de Napoleon, quien le deslumbró prodigando lisonjas á su amor propio. Encargóse Don Pedro Cevallos del ministerio de negocios extrangeros, con repugnancia y violencia segun el propio se expresa, con gusto y solicitud suya segun otros. Don Sebastian de Piñuela y Don Gonzalo Ofarril se mantuvieron en sus respectivos ministerios de gracia y justicia y de guerra. Obtuvo el de Indias Don Miguel José de Azanza, reservándose el de marina para Don José Mazarredo, quien en dicho ramo gozaba de gran concepto, habiendo ilustrado su nombre en varias campañas; pero que sin práctica en las materias de estado, y preocupado y nimio en otras, abrazó sin discernimiento á manera de frensí el partido del rey intruso. Púsose la hacienda al cuidado del conde de Cabarrus, francés de nacion, mas por aficion y enlaces de corazon español. Decidido en Zaragoza á seguir la gloriosa causa de aquellos moradores, fuese temor ó enfado de algun peligro que habia corrido en Agreda, mudó despues de parecer y aceptó el ministerio que José le confirió. « Hombre extraordinario (segun le pinta su amigo Jovellanos) en « quien competian los talentos con los desvarios y las mas nobles

« calidades con los mas notables defectos. » No era fácil que en un tiempo en que el nuevo rey ansiaba granjearse la estimacion pública, se hubiese olvidado en la reparticion de empleos y gracias del hombre insigne que acabamos de citar, de Don Gaspar Melchor de Jovellanos. Libertado de su largo y penoso encierro al advenimiento al trono de Fernando VII, habíase retirado á Jadraque en casa de un amigo para recobrar su salud debilitada y perdida con los malos tratamientos y duro padecer. Buscóle en su rincon Murat mandándole pasase á Madrid : exusóse con el mal estado de su cuerpo y de su espíritu. Acosáronle poco despues los de Bayona ; José de oficio para que fuese á Asturias á reducir al sosiego á sus paisanos, y confidencialmente Don Miguel de Azanza, anunciándole que se le destinaba para el ministerio de lo interior. Disculpóse con el primero en términos parecidos á los que habia usado con Murat, y al segundo le manifestó « que estaba lejos de « admitir ni el encargo, ni el ministerio, y que le parecia vano el « empeño de reducir con exhortaciones á un pueblo tan numeroso « y valiente, y tan resuelto á defender su libertad. » Reiteráronse las instancias por medio de Ofárril, Mazarredo y Cabarrus. Acometido tan obstinadamente de todos lados, expresó en una de sus contestaciones « que cuando la causa de la patria fuese tan desesperada « como ellos se pensaban, seria siempre la causa del honor y la « lealtad, y la que á todo trance debia preciarse de seguir un buen « español. » Sordos á sus razones y á sus disculpas le nombraron ministro mal de su grado, é insertaron en la Gaceta de Madrid su nombramiento : señalada perfidia con que trataron de comprometerle. Por dicha salvóle la honra lo terso y limpio de su noble conducta, y sirvió de obstáculo á la persecusion, que su constante resistencia hubiera podido acarrearle, la victoria de Bailen : con cierta prolijidad hemos referido este hecho como ejemplo digno de ser trasmitido á la posteridad.

Jovellanos.

Formado que hubo su ministerio el rey intruso, se ocupó en proveer los empleos de palacio en los grandes que estaban en Bayona; * y cuya enumeracion omitimos por inútil y fastidiosa. El duque del Infantado fue nombrado coronel de guardias españolas, y de walonas el príncipe de Castel-Franco. Mucho desmereció el primero, viéndole la nacion volver favorecido por la estirpe que habia despojado del trono al rey Fernando, y cuya pérdida habia en gran parte provenido de haber escuchado sus consejos. Pocos fueron los franceses que acompañaron á José, y en eminente puesto solamente colocó al general Saligny duque de San German, escogido para ser uno de los capitanes de guardias de corps. Imitó en eso la política de Luis XIV, quien segun expresa el marqués de San Felipe * mandó « prudentísimamente que ningun vasallo suyo entrase « en España.... Con lo que explicaba entregar enteramente al rey

Empleos de palacio.

(* Ap. n. 13.)

(* Ap. n. 14.)

« (Felipe V) al dictámen de los españoles, y que ni los zelos de su favor, ni el mando turbase la pública quietud. »

Al fin arreglado lo interior de palacio y el supremo gobierno, determinó José de acuerdo con su hermano entrar en España el 9 de julio, confiados ambos en que á favor de ciertas ventajas militares alcanzadas por las armas francesas seria fácil llegar sin impedimento á la capital del reino; por lo cual es ya ocasion de hablar de las acciones de guerra, y reencuentros que hubo por aquel tiempo antes de proceder mas adelante.

José entra en España el 9 de junio.

Santander, punto marítimo y cercano á las provincias aledañas de Francia, fijó primero la atencion de Napoleon. Por su órden se encomendó al mariscal Bessières que destacase la suficiente fuerza para ahogar aquella insurreccion. Este en 2 de junio hizo partir de Burgos al general Merle, poniendo bajo su mando seis batallones y 200 caballos. Ya dijimos que al levantarse Santander se habia colocado en las principales gargantas de su cordillera la gente de nuevo alistada. El 4 advertidos los gefes españoles de que los franceses avanzaban, dispusieron replegarse á las posiciones mas favorables, resueltos á impedir el paso. Aguardaban ser acometidos en la mañana del 5; mas aclarando el dia y disipada la densa niebla que con frecuencia cubre aquellas alturas, notaron con sorpresa que los franceses habian alzado el campo y desaparecido. La bisoña tropa atribuyó la retirada á temores del ejército enemigo, con lo que adquirió una desgraciada y ciega confianza: muy otra era la causa.

Primera expedicion de los franceses contra Santander.

Habíase insurreccionado Valladolid, cundia el fuego de un pueblo en otro, y tocando casi á los mismos muros de Burgos, en donde el mariscal Bessières tenia asentado su cuartel general, recelóse este de ver cortadas sus comunicaciones, si de pronto no acudia al remedio. Consideraba mayor el peligro y mas graves las conmociones cercanas con un caudillo de nombre, como lo era Don Gregorio de la Cuesta. Y en tal estado parecióle oportuno no alejar ni esparcir su fuerza, y obrar solamente contra el enemigo mas inmediato. Mandó por tanto á las tropas enviadas antes camino de Santander que retrocediendo viniesen al encuentro del general Lassalle, quien asistido de cuatro batallones de infantería y 700 caballos se dirigia hácia Valladolid. Habia el último salido de Burgos el 5 de junio, y al anochecer del 6 llegó á Torquemada, villa situada cerca de Pisuerga, y que domina el campo de la márgen opuesta. Muchos vecinos abandonaron el pueblo, algunos se quedaron; y preparándose para la defensa, atajaron con cadenas y carros el puente bastante largo por donde se va á la villa. Ciento de los mas animosos parapetados detras ó subidos en la iglesia y casas inmediatas, dispararon contra los franceses que se adelantaban. No arredrados estos con el incierto y

Expedicion contra Valladolid.

Quema de Torquemada.

lejano fuego del pasainage, aceleraron el paso y bien pronto desembarazando el puente, penetraron por las calles y saquearon y quemaron lastimosamente sus casas y edificios. Dispersos los defensores fueron unos acuchillados por la caballería, otros atravesados por las bayonetas de los infantes, y tratados los demas moradores con todo el rigor de la guerra, sin que se perdonase á edad ni sexo.

Entrada en Palencia.

En Palencia se habian tambien reunido los mozos con varios soldados sueltos á las órdenes del anciano general Don Diego de Tordesillas. Mas atemorizados con el incendio de Torquemada, se retiraron á tierra de Leon, procurando el obispo aplacar la furia de los franceses con un obsequioso recibimiento. Llegaron el 7, y á sus ruegos se contentaron con desarmar á los habitantes, imponiéndoles ademas una contribucion bastante gravosa.

Accion de Cabezon.

En Dueñas se engrosó la division de Lassalle con la de Merle de vuelta de Reinosa, y allí acordaron el modo de atacar á Don Gregorio de la Cuesta. Habia el general español ocupado á Cabezon, distante dos leguas de Valladolid. Contaba bajo su mando 5000 paisanos mal armados y sin instruccion militar, 100 guardias de corps de los que habian acompañado á Bayona á la familia real, y 200 hombres del regimiento de caballería de la Reina. Reducíase su artillería á cuatro piezas que habian salvado del colegio de Segovia sus oficiales y cadetes. Cabezon, situado á la orilla izquierda de Pisuerga, contiguo al puente adonde viene á parar la calzada de Burgos, y en parage mas elevado, ofrecia abrigo y reparo á la gente allegadiza de Cuesta si hubiera sabido ó querido este aprovecharse de tamaña ventaja. Pero con asombro de todos, haciendo pasar al otro lado del rio lo grueso de sus tropas, colocó en una misma línea la caballería y los paisanos, entre los que se distinguia por su mejor arreo y disciplina el cuerpo de estudiantes. Situó cerca y á la salida del puente dos cañones, y dejó los otros dos del lado de Cabezon. Quedaron asimismo por esta parte algunas compañías de paisanos de las parroquias de Valladolid cada una con su bandera para guardar los vados del rio: inexplicable arreglo y ordenacion en un general veterano.

Temprano en la mañana del 12 empezó el ataque. El francés Lassalle marchó por el camino real, cubriendo el movimento de su izquierda con el monasterio de bernardos de Palazuelo. El general Merle tiró por su derecha hácia Cigales con intento de interceptar á Cuesta si queria retirarse del lado de Leon, como se lo habian los enemigos pensado al verle pasar el rio, no pudiendo achacar á ignorancia semejante determinacion. La refriega no fue ni larga ni empeñada. A las primeras descargas los caballos, que estaban avanzados y al descubierto en campo raso, empezaron á inquietarse sin que fueran dueños los ginetes de contenerlos. Perturbaron con su desasosiego á los infantes y los desordenaron. Al punto dióse la señal de retirada, agolpándose al puente la caballería,

precedida por los generales Cuesta y Don Francisco Eguia su mayor general. Los estudiantes se mantuvieron aun firmes, pero no tardaron en ser arrollados. Unos huyendo hácia Cigales fueron hechos prisioneros por los franceses, ó acuchillados en un soto á que se habian acogido. Otros procurando vadear el rio ó cruzarle á nado, se ahogaron con la precipitacion y angustia. No fueron tampoco mas afortunados los que se dirigieron al puente. Largo y angosto caian sofocados con la muchedumbre que allí acudia ó muertos por los fuegos franceses, y el de un destacamento de españoles situado al pie de la ermita de la Vírgen del Manzano, cuyos soldados poco certeros mas bien ofendian á los suyos que á los contrarios. Grande fue la pérdida de nuestra parte, cortísima la de los franceses. El general Cuesta tranquilamente continuó su retirada, y sin detenerse se replegó con la caballería á Rioseco pasando por Valladolid. No faltó quien atribuyese su extraña conducta á traicion ó despique, por haberle forzado á comprometerse en la insurreccion. Otras batallas posteriores en que exponiendo mucho su persona anduvo igualmente desacertado en las disposiciones, probaron que no obraba de mala fé sino con poco conocimiento de la estrategia.

Entran los franceses en Valladolid.

Los enemigos temerosos de alguna emboscada cañonearon al principio á Cabezon sin entrar en el pueblo. Con el ruido y las balas ahuyentaron á los vecinos, y solo á mediodia penetraron en las casas, saqueándolas y abrasando en las eras los efectos y ajuar que no pudieron llevar consigo. Fue el botin abundante, porque como era domingo casi todos los habitantes de Valladolid habian ido allí como á fiesta y romería, imaginándose á fuer de inexpertos segura y fácil la victoria. El camino de Cabezon estaba sembrado de despojos de innumerable gentío que precipitadamente queria ponerse en salvo. Los franceses avanzaron con lentitud, y no entraron en Valladolid hasta las cinco de la tarde. El obispo y unos cuantos regidores y ministros de la chancillería salieron á recibirlos para calmar su enojo. Respetaron la ciudad, quitaron las armas á los vecinos, se llevaron algunos en rehenes y la gravaron con una fuerte contribucion. No se detuvieron sino hasta el 16 en cuyo dia abondonaron la ciudad, queriendo apagar la insurreccion de Santander.

Segunda expedicion contra Santander.

El general Lassalle se apostó en Palencia para observar á Cuesta, y apoyar la expedicion que iba á la Montaña capitaneada por el general Merle. Llegó este á Reinosa el 20 con fuerza considerable, y el 21 marchó sobre Lantueno. Guardaba las entradas de aquel lado Don Juan Manuel Velarde con 3000 hombres, los mas paisanos, y dos piezas de grueso calibre. Cuando la primera retirada del enemigo, los españoles en vez de redoblar sus esfuerzos, descuidaron los preparativos de defensa, y la gente como nueva é indisciplinada se desbandó en parte, juzgando ya inú-

til su asistencia. Los franceses atacaron en dos columnas : opúsoseles escasa resistencia, pues en breve cedieron á la pericia de aquellos los nuevos reclutas, salvándose el mayor número por las fraguras, y reparándose los menos de una segunda linea de defensa, formada entre las Fraguas y Somahoz. Estrechado alli el camino de un lado por un despeñadero y del otro por la roca Tajada, ofreció facilidad para que se le embarazase con ramas, peñascos y troncos, colocando detras algunos cañones. Mas los españoles desmayados con el primer descalabro, y viendo que las tropas ligeras del enemigo avanzaban por su derecha é izquierda y los flanqueaban á pesar de lo escabroso del terreno, se retiraron apresuradamente, dejando libre el paso al general Merle, quien se posesionó de Santander el 23.

Por el Escudo las avanzadas de la division española que ocupaba aquel punto á las órdenes de Don Emeterio Velarde, ya el 19 reconocieron al enemigo que venia sobre ellos con 1200 infantes y 60 coraceros. Era su general el de brigada Ducos, quien habia partido de Miranda de Ebro, empezando su movimento á la misma sazon que Merle. La fuerza española era aun mas flaca por esta parte que por la de Reinosa, y solo tenia un cañon servible. Rechazóse sin embargo en un principio al enemigo. Disponíanse de nuevo á resistirle, cuando informado Don Emeterio de la rota experimentada por los de Lantuerno, formó un consejo de guerra, y en él se decidió separarse guarecidos de la densa niebla esparcida por las Montañas, y por cuya causa habia cesado el fuego de una y otra parte. El general Ducos avanzó entonces, y juntándose con Merle llegó en su compañia á Santander.

Obispo de Santander.

El obispo luego que supo que los franceses se aproximaban á la Montaña, arrebatado de entusiasmo montó en una mula, y pertrechado de todas armas se encaminó adonde acampaba el ejército; pero encontrándole á poco deshecho y disperso, decayó de ánimo, y huyó como los demas refugiándose á Asturias, lo cual dió lugar á la voz de haber servido dicho prelado de guia á las tropas en aquella sazon.

Noble accion de su junta.

Pocos dias despues del levantamiento de Santander habia entrado de arribada en el puerto un buque francés, procedente de sus colonias y ricamente cargado. La junta en medio de sus apuros tuvo la generosidad de no aprovecharse del precioso socorro que el acaso le ofrecia, y permitió al buque seguir su viage á Francia, dando ademas libertad y poniendo á su bordo al cónsul y á los otros franceses que en un principio habian sido arrestados. Accion tan noble y rara no evitó á Santander el ser molestado en lo sucesivo con derramas é imposiciones extraordinarias.

Expedicion contra Zaragoza.

El vigilante cuidado de Napoleon no se adormeció del lado de Aragon, disponiendo que el general de brigada Lefebvre Desnouettes con 5000 hombres de infantería y

800 caballos partiese el 7 de junio de Pamplona. Llegó el 8 delante de Tudela. Los vecinos habian cortado el puente del Ebro con intento de impedir el paso; pero los franceses cruzando en barcas el rio se apoderaron de la ciudad, á pesar de gente y socorros que habia enviado Zaragoza á las órdenes del marqués de Lazan, Arcabucearon para escarmiento algunas personas, como si fuera delito defender sus hogares contra el extrangero: repararon el puente, y prosiguieron su marcha. El marqués de Lazan que con tropa colecticia se habia adelantado hasta Tudela, se replegó y tomó posicion el 12 junto á un olivar, apoyando su izquierda en la villa de Mallen, y la derecha en el canal de Aragon. Resistieron con valor sus soldados, mas atacando los enemigos vigorosamente uno de los flancos, comenzaron los nuestros á ciar, y del todo se desordenaron con una carga que les dieron los lanceros polacos. No por eso se abatieron los aragoneses, y todavía el 13 pelearon en Gallur, aunque tambien con desventaja. En la madrugada del 14 noticioso el general Palafox de la rota de la gente de su hermano, salió en persona de Zaragoza acompañado de 5000 paisanos mal armados, dos piezas de artillería, 80 caballos del regimiento de dragones del Rey, con otros oficiales y soldados sueltos, y fue al encuentro del enemigo dirigiéndose á la villa de Alagon, cuatro leguas distante de aquella capital. Pareció oportuno posesionarse de aquel punto, cuya posicion elevada entre los rios Jalon y Ebro era ademas favorecida por los olivares y tapias que estrechan el camino que viene de Navarra. A las tres de la tarde colocó su gente el general Palafox mas allá de la villa, distribuyendo tiradores por delante de sus flancos, y enfilando la entrada con los dos cañones que tenia. Los mal disciplinados paisanos fueron fácilmente arrollados por las tropas aguerridas del enemigo. En vano se trató de detenerlos. Sin embargo con algunos de ellos mas valerosos ó serenos, con los pocos soldados de línea que alli habia y la artilleria, defendióse por largo rato y vivamente la entrada de la villa. Al fin resolvió Palafox retirarse con 250 hombres que le quedaban, y en cuyo número se contaban soldados del primer batallon de voluntarios de Aragon y los del Rey de caballería con algunos tiradores diestros. De los paisanos siendo muchos del partido de Alcañiz, se recogieron los mas á sus casas, entrando por la noche con Palafox en Zaragosa los que eran de alli naturales. Los franceses entonces se aproximaron á aquella ciudad, en cuyas cercanias los dejaremos para tomar despues el hilo, y no interrumpirle en la narracion de su memorable sitio.

Accion de Mallen.

De Alagon.

Debia dar la mano á las operaciones de Aragon el ejército francés de Cataluña. Napoleon figurándose que dueño de Barcelona y Figueras lo era de la provincia, no creyó arriesgado sacar parte de las fuerzas que la ocupaban. Asi ordenó

Cataluña.

que de aquel punto se enviasen socorros á Aragon y Valencia. Conformándose el general Duhesme con lo que se le mandaba, dispuso que 3800 hombres conducidos por el general Schwartz se dirigiesen á Zaragoza, y que 4200 á las órdenes de Chabran se apoderasen de Tarragona y Tortosa, continuando en seguida su marcha á Valencia. Los primeros debian al paso castigar á Manresa por su anterior levantamiento, quemar sus molinos de pólvora, é imponer al vecindario 750,000 francos de contribucion. Ambas expediciones salieron de la capital el 4 de junio. La de Schwartz se detuvo en Martorell el 5 á causa de una abundante lluvia, con cuya feliz demora alcanzaron á tiempo á Igualada y Manresa los avisos de sus confidentes. La insurreccion ya comenzada tomó incremento y extraordinario ensanche, tocóse á somaten, se despacharon expresos á todas partes, y resolvieron aguardar al enemigo en la posicion del Bruch y Casa-Masana.

Somatenes.

Es el somaten en Cataluña « un género de socorro, « come dice Zurita, repentino y cierto que muchas « veces ha sido de grande efecto. » Está conocido de tiempo inmemorial, teniendo que acudir al repique de la campana concejil todos los hombres aptos para las armas en las diversas veguerías ó partidos, segun lo dispone el usage de Barcelona. Fue en este caso no menos provechoso que en otros antiguos y renombrados. Habia pocas armas y municiones tan escasas, que careciendo de balas de fusil se cortaron las barillas de hierro de las cortinas para que supliesen la falta.

Accion del Bruch.

Los somatenes de Igualada y Manresa fueron los primeros que se prepararon, y al hijo de un mercader llamado Francisco Riera teníasele por principal caudillo. Apostáronse pues, y se escondieron entre los matorrales y arboleda de las alturas del Bruch. Apenas habia pasado la columna francesa las casas que llevan el mismo nombre, y tomado la revuelta que forma el camino real antes de emparejar con el de Manresa, cuando fue detenida por el inesperado fuego de los encubiertos somatenes. Schwartz, despues de un rato de espera, embistió á sus contrarios, replegáronse estos, y disputando el terreno á palmos se dividieron, unos yendo la vuelta de Igualada y otros la de Casa-Masana. Desalojados del último punto y teniéndose por perdidos, apriesa se retiraban, y completa hubiera sido su derrota á no haber afortunadamente Schwartz desistido de perseguirlos. Admirados los manresanos de la suspension del francés, cobraron aliento y engrosados con el somaten de San Pedor, compuesto de buenos y esforzados tiradores, volvieron de nuevo á la carga. Venia con los recien llegados un tambor, quien como mas experto hizo las veces de general en gefe. Vivamente acometieron todos juntos á los franceses de Casa-Masana, los que se recogieron al cuerpo de la columna que comia el rancho á retarguardia.

El número de somatenes crecia por momentos, sus ánimos se enardecian, adquiriendo ventaja sobre los franceses descaecidos con la impensada embestida. Schwartz al ver retirarse su vanguardia, y al ruido de la caja del somaten de San Pedor, persuadióse que tropa de línea auxiliaba al paisanage. Formó entonces el cuadro para evitar ser envuelto, y al cabo de cierto tiempo determinó retroceder á Barcelona. Aunque molestados los enemigos por los somatenes en flanco y retaguardia llegaron sin desórden hasta Esparraguera.

Defensa de Esparraguera.

Los vecinos de esta villa puestos en acecho, y sabiendo que los enemigos se retiraban, atajaron la calle larga y angosta que la atraviesa con todo linage de obstáculos, en especial con muebles y útensilios de casa. Al anochecer se acercaron los franceses, y penetrando en la calle con imprudencia la cabeza de la columna, cayeron en la celada que les estaba armada. De todas partes empezaron á ofenderlos á tejazos y pedradas con algunos escopetazos, y hasta con calderadas de agua hirviendo. Schwartz suspendió el paso, y dividiendo su gente en dos trozos la hizo caminar á derecha é izquierda de la villa. Apretó despues la marcha durante la noche hostigado incesantemente por los somatenes, los que le cogieron un cañon en la Riera de Cabrera, y le acosaron hasta Martorell. No imitaron sus habitantes el ejemplo de los de Esparraguera, y asi fueles permitido á los franceses entrar en Barcelona el 8 de junio; pero tan destrozados y abatidos que dieron claro indicio de la rota experimentada. Su pérdida no dejó de ser considerable, mayormente si se atiende á que fueron acometidos por gente allegadiza y con escasas y malas armas. De los nuestros pocos perecieron, estando siempre amparados del terreno, y protejidos en el alcance por toda la poblacion.

Toca á los catalanes la gloria de haber sido los primeros en España que postraron con feliz éxito el orgullo de los invasores. Fue en efecto la victoria del Bruch la que antes que ninguna otra mereció ser calificada con tal nombre. Y semejante triunfo admirable en sus circunstancias, resonando por todo el principado, excitó noble emulacion en todos sus habitadores, declarándose á porfía los pueblos unos en pos de otros y denodadamente.

Con razon Duhesme se sobrecogió al saber el inesperado descalabro, mas que por su importancia por el aliento que infundia en los apellidados insurgentes. Atento al corto número de tropas que mandaba, obró cuerdamente en no aventurarse á nuevos riesgos y en reconcentrar sus fuerzas. Conservar sus comunicaciones con Francia debió ser su principal mira, y mal lo hubiera conseguido desparramando sus soldados en diversas direcciones: asi fue que llamó á Chabran á Barcelona.

Con mayor felicidad que Schwartz habia aquel dado principio á su expedicion de Valencia, penetrando sin tropiezo el 7 de junio

Chabran en Tarragona.

en los muros de Tarragona. Guarnecia la plaza el regimiento suizo de Wimpffen al servicio de España, cuya oficialidad condújose con tal mesura que no despertando los recelos del francés tuvo la dicha de mantener intacto su cuerpo, despues señalado apoyo de la buena causa. El general Chabran en cumplimiento de las órdenes de su gefe evacuó el 9 á Tarragona, mas á su vuelta encontró sublevado el pais que poco antes habia pacíficamente atravesado. En el Vendrell y en Arbos opúsosele empeñada resistencia. Trecientos suizos de Wimpffen que iban á incorporarse con los de Tarragona ayudaron y sostuvieron á los paisanos, y defendieron juntos con notable bizarría la posicion de Arbos, aunque no fuese el terreno favorable á soldados bisoños. Despues de repetidos ataques consiguieron los franceses ahuyentar á los somatenes, y apoderarse de la artillería que consigo tenian. Entraron en Arbos, y para vengarse del atrevido arrojo de sus habitantes maltrataron y mataron á muchos de ellos. Continuó Chabran á Villafranca del Panadés y no cesó el estrago, saqueando alli y quemando casas y edificios en desagravio, segun decia, del asesinato del gobernador español Toda, de que ya hablamos; singular equidad la de castigar una poblacion entera por las demasías de contados individuos. Duhesme salió en busca de la tropa que volvia de Tarragona, habiendo sabido que en la ruta topaba con resistencia, y reunidos unos y otros entraron en Barcelona el dia 12.

Reencuentro en Arbos.

Saqueo de Villafranca del Panadés.

Aunque resueltos á no intentar de nuevo expediciones lejanas ni otras importantes operaciones que las que exigiese la libre comunicacion con Francia, quisieron sin embargo viéndose todos juntos probar fortuna con deseo de castigar al paisanage de Manresa y su comarca. Para lo cual reunidas las columnas de Schwartz y Chabran salieron el 15 al mando del último, tomando el mismo camino que la vez primera. En el tránsito saquearon y quemaron muchas casas de Martorell y Esparraguera ahora desapercibida, y cometieron todo linage de desórdenes y escesos, con cuyo desmandado porte provocábase la ira del tenaz catalan; no se le arredraba.

Segunda accion del Bruch.

Interesada la gloria de los manresanos en sostener el sitio del Bruch, testigo de sus primeros laureles, habian atendido á fortificarle y guarnecerle debidamente en union con la junta de Lérida y pueblos del contorno. Apellidaron alli sus somatenes y les agregaron los soldados escapados de Barcelona, y cuatro compañías de voluntarios leridanos al mando de Don Juan Baguet, con algunas piezas de artillería traidas de las fortalezas del principado. El 14 trató Chabran de forzar la posicion, mas á pesar de venir los franceses con dobles fuerzas y de caminar advertidos fue vana su empresa. Estrellóse su desapoderado orgullo contra las flacas armas del somaten catalan, y de pocos y mal regidos soldados. En reiterados ataques quisieron enseñorearse de la

posicion: rechazados en todos volvieron atras sus pasos, y con pérdida de 500 hombres y alguna artillería, perseguidos y hostigados por los paisanos se metieron vergonzosamente en Barcelona.

Frustradas las primeras tentativas, y no habiendo podido ser ejecutadas las órdenes de Napoleon, suspendió Duhesme darles el debido cumplimiento, y volvió exclusivamente la atencion á asegurar y poner libres las comunicaciones con Francia. Para ello salió de Barcelona el 17 de junio con siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas de artillería, prefiriendo al camino que va por Hostalrich el de la marina. Habianse armado los paisanos del Vallés, y en número de 9000 aguardaban á los franceses en la cresta de Mongat. Los inexpertos somatenes se imaginaron que solo por el frente habian de ser acometidos; pero el general francés disfrazando con varios ataques falsos el verdadero, los envolvió por su derecha, y en breve los deshizo y dispersó. Dueño el enemigo de Mongat, batería de la costa, cometió con los paisanos inauditas crueldades. Mataró, que habia pensado en defenderse, no cejó en su propósito con la desgracia acaecida. Colocando artillería en las avenidas del camino de Barcelona, hicieron los vecinos fuego contra las columnas francesas que se acercaban. No tardaron en ser desbaratados, y el mismo dia 17 entraron los enemigos en Mataró y la saquearon. Ciudad de 20,000 habitantes, y rica por sus fábricas de algodon, vidrio y encajes, ofreció al vencedor copioso botin, no perdonando su codicia ni los vestidos de las mugeres, ni otros objetos de poco valor y uso comun. El asesinato, la violencia hasta de las vírgenes mas tiernas acompañaron al pillage, confundiéndose á veces cebados en los mismos excesos el general con el soldado: largos dias llorará Mataró aquel tan aciago y cruel.

Expedicion de Duhesme contra Gerona.

Resistencia de Mongat.

Saqueo de Mataró.

En la mañana siguiente continuaron los franceses la marcha sobre Gerona. En su tránsito dejaron sangriento rastro por las muertes, robos y destrozos con que afligieron á todos los pueblos. En tanto grado convierte la guerra en hombres inhumanos á los soldados de una nacion culta. Habia solamente de guarnicion en Gerona 300 hombres del regimiento de Ultonia y algunos artilleros, los que con gente de mar de la vecina costa dirigieron los fuegos de aquella arma. Limitadísimo número si los nobles, el clero y todos los vecinos sin excepcion, inflamados de ardor patrio, no hubiesen sostenido con el mayor brio los puntos que se confiaron á su cuidado. Era gobernador interino Don Julian de Bolivar.

Ataque de los franceses contra Gerona.

A las nueve de la mañana del propio dia 20 se presentó el enemigo en las alturas de la aldea de Palausacosta, mas incomodado con algunos cañonazos del baluarte de la Merced y fuerte de Capuchinos se replegó á Salt y Santa Eugenia, cuyas aldeas saqueó á

sangre y fuego. Por la tarde despues de varios reconocimientos atacó formalmente, dirigiendo su izquierda por los lugares que acabamos de mencionar, al paso que su derecha cruzando el Oña acometió con ímpetu é intentó forzar la puerta del Cármen. Los sitiados le repelieron con valor y serenidad. Señalóse Ultonia, cuyo teniente coronel Don Pedro O'Dally quedó herido. Atacó en seguida el fuerte de Capuchinos en donde fue igualmente repelido, habiendo experimentado considerable pérdida. Burladas sus esperanzas colocó una batería cerca de la cruz de Santa Eugenia, no lejos de la plaza : causó algun daño en el Colegio Tridentino y otros edificios, y respondiendo con acierto á sus fuegos las baterías de la plaza la noche puso término al combate.

Fue aquella sumamente lóbrega, y confiados los franceses en la oscuridad se acercaron calladamente al muro, y de tal manera y con tanto arrojo que hasta hallarse muy cerca no fueron sentidos. Peleóse entonces por ambos lados con braveza, alumbrados solamente por los fogonazos del cañon, y no interrumpido el silencio sino por su estruendo y los ayes de los heridos y moribundos. ¡ Espantosa noche ! El enemigo osó arrimar escalas al baluarte de Santa Clara. Algunos de sus soldados pusiéronse encima de la misma muralla, y apresuradamente les seguian sus compañeros, cuando una partida del regimiento de Ultonia, matando á los ya encaramados, precipitó á los otros y estorbó á todos continuar en aquel intento. El fuego sin embargo no cesó hasta que el baluarte de San Narciso tirando á metralla destrozó á los acometedores y los dispersó, dejando el campo como despues se vió sembrado de cadáveres y heridos. No cansados todavía los franceses renováron el ataque á las doce de la noche, queriendo asaltar el baluarte de San Pedro, pero fueron rechazados de modo que desistieron de proseguir en su empresa, retirándose temprano por el camino de Barcelona en la mañana del 21. Aunque corta fue notable esta primer defensa de Gerona, cuya plaza tanto lustre adquirió despues en otra inmediata acometida, y sobre todo en el célebre sitio del siguiente año. Los somatenes molestaron por todas partes al enemigo, habiendo impedido con su ayuda que pasase al otro lado del Ter. No fue menos que de 700 hombres la pérdida de los franceses, la de los españoles mucho mas reducida.

Vuelve Duhesme á Barcelona.

Duhesme volvió á Barcelona dejando en Mataró parte de su ejército que puso al cuidado de Chabran, y cuyo trozo compuesto de 3500 hombres fue al Vallés á buscar vituallas. Rodeados siempre los franceses por el paisanage tuvieron en Moncada que romper á viva fuerza un cordon de somatenes, siendo al cabo detenidos cerca de Granollers por el teniente coronel Don Francisco Milans, quien los ahuyentó haciéndoles perder la artillería. A la retirada como de costumbre talaron y destruyeron el pais por donde pasaron.

Reencuentro de Granollers.

Al propio tiempo que tan mal parados andaban los invasores en aquella parte de Cataluña, tampoco se descuidaron sus naturales en el mediodia, formando á la márgen derecha del Llobregat una línea de hombres belicosos que defendia los caminos de Garraf, Ordal y Esparraguera. Los capitaneaba Don Juan Baguet, que con los voluntarios de Lérida habia la segunda vez contribuido á repeler en el Bruch á los franceses. Desde allí enviaban partidas sueltas que recorrian la tierra en todas direcciones. Incomodado Duhesme de verse asi estrechado, envió contra ellos al general Lecchi, quien el 30 de junio obligó á los somatenes á abandonar su posicion cogiéndoles algunos cañones y aventajándose á todos los suyos en cometer demasías. No por eso desmayaron los vencidos, apareciéndose en breve hasta en las cercanías de la misma Barcelona. Somatenes del Llobregat.

Por este término y con éxito vario se ejecutaron las órdenes de Napoleon en Cataluña, Aragon y Castilla. Fueron parecidas las que significó para las otras provincias al gran duque de Berg, cuya solícita diligencia procuró aniquilar en derredor suyo la semilla insurreccional que brotaba con lozanía. Insinuamos antes varias de sus providencias, y las que de consuno con la junta de Madrid se habian tomado para cortar las conmociones sin tener que venir á las manos. Inútiles fueron sus esfuerzos, como lo serán siempre todos los que se dirijan á contener por la persuasion el levantamiento de una nacion entera. No le pesó quizá á Murat, á cuyo gusto y anterior vida se acomodaban mas las armas que los discursos. Asi fue que á veces á un tiempo y otras muy de cerca, mandó que sus tropas acompañasen ó siguiesen á las proclamas y exhortáciones de la junta. Consideró como de mayor importancia las Andalucías y Valencia, y de consiguiente trató ante todo de asegurarse de aquellas provincias, mayormente habiendo dado Sevilla ya en primero de mayo muestras de desasosiego y grave alteracion. Murat.

Dupont acantonado en Toledo recibió la órden de dirigirse á Cádiz, y el 24 del mismo mayo se puso en marcha. Llevaba consigo los dos regimientos suizos de Reding y Preux al servicio de España, la division de infantería del general Barbou compuesta de 6000 hombres y ademas 500 marinos de la guardia imperial, con 5000 caballos mandados por el general Fresia. Iban todos tan confiados en el buen éxito de su empresa, que Dupont señalaba de antemano al ministro de guerra de Francia el dia que habia de entrar en Cádiz. Atravesaron la Mancha tranquilamente, y en tal abundancia hallaban los mantenimientos que dejaron almacenados en el pósito de Santa Cruz de Mudela la galleta y víveres que á prevencion traian, y de los que pocos dias despues se apoderaron aquellos vecinos, cogiendo tambien parte de los soldados que los custodiaban y matando otros. El 2 de junio penetra- Envia á Dupont á Andalucía.

ron los franceses por las estrechuras de Sierra-Morena. Hasta allí si bien habian notado inquietud y desvío en los habitantes, ningun síntoma grave se habia manifestado. En la Carolina se despertó su recelo viéndola sola y desierta; y al entrar en Andújar supieron el levantamiento general de Sevilla y la formacion de una junta suprema. No por eso suspendieron su marcha, llegando al amanecer del 7 delante del puente de Alcolea. Don Pedro Agustin de Echavarri oficial de cierto arrojo, pero ignorante en el arte de la guerra, y á quien vimos al frente de la insurreccion cordobesa, se habia situado en aquel paraje. Tenia á sus órdenes 3000 hombres de línea, compuestos de parte de un batallon de Campomayor, de soldados de varios regimientos provinciales con granaderos de los mismos, á los que se agregaba alguna caballería y un destacamento de suizos. No habia entre ellos cuerpo completo que estuviese presente. El número de paisanos era mas considerable, y habíase de Sevilla recibido bastante artillería. Los españoles, levantando una cabeza de puente, habian colocado en ella doce cañones para impedir el paso del Guadalquivir y cubrir asi la ciudad de Córdoba, puesta á su márgen derecha y distante unas tres leguas de las ventas de Alcolea. El puente es largo y torcido, formando un ángulo ó recodo que estorba el que por él se enfilen los fuegos de cañon. A la izquierda del rio se habia quedado la caballería española con intento de acometer á los enemigos por el flanco y espalda al tiempo que estos comenzasen el ataque de frente. Los franceses para desembarazarse trataron de dar á aquella una vigorosa carga, la cual repetida contuvo á los ginetes españoles sin lograr desbaratarlos. A poco la infantería francesa avanzó al puente. Los fuegos bien dirigidos de la obra de campaña recien construida, y sostenida tambien valerosamente por el oficial Lasala que mandaba á los de Campomayor y granaderos provinciales, mantuvieron por algun tiempo con firmeza la posicion atacada. Pero el paisanage todavía no fogueado, desamparando á la tropa, facilitó á los franceses escalar la posicion, que levantada de prisa ni era perfecta ni estaba del todo concluida. Sin embargo la caballería española, no habiendo caido en desmayo, trató de favorecer á los suyos y de nuevo y con ventaja acometió á la francesa. Dupont, teniendo que enviar una brigada al soccorro de su gente, no prosiguió el alcance contra los infantes españoles, los que retirándose con órden solo perdieron un cañon, cuya cureña se habia descompuesto. El reencuentro duró dos horas. Costó á los franceses 200 hombres, no mas á los españoles por haberse retirado tranquilamente. Echavarri, juzgando que no era posible defender á Córdoba, abandonó la ciudad sin detenerse en sus muros.

Accion de Alcolea.

Saco de Córdoba.

Llegaron á su vista los franceses á las tres de la tarde del mismo dia 7 de junio. Habian los vecinos cerrado las puertas mas bien para capitular que para defenderse. Entablá-

ronse sobre ello pláticas, cuando con pretexto de unos tiros disparados de las torres del muro y de una casa inmediata, apuntaron los enemigos sus cañones contra la Puerta-Nueva, hundiéndola á poco rato y sin grande esfuerzo. Metiéronse pues dentro hiriendo, matando y persiguiendo á cuantos encontraban: saquearon las casas y los templos y hasta el humilde asilo del pobre y desvalido habitante. La célebre catedral, la antigua mezquita de los árabes, rival en su tiempo en santidad de Medina y la Meca, y tan superior en magnificencia, esplendidez y riqueza, fue presa de la insaciable y destructora rapacidad del extrangero. Destruidos quedaron entonces los conventos del Cármen, San Juan de Dios y Terceros, sirviéndoles de infame lupanar la iglesia de Fuensanta y otros sitios no menos reverenciados de los naturales. Grande fue el destrozo de Córdoba, muchas las preciosidades robadas en su recinto. Ciudad de 40,000 almas, opulenta de suyo y con templos en que habia acumulado mucha plata y joyas la devocion de los fieles, fue gran cebo á la codicia de los invasores. De los solos depósitos de la tesorería y consolidacion sacó el general Dupont mas de 10,000,000 de reales, sin contar con otros muchos de arcas públicas y robos hechos á particulares. Asi se entregó al pillage una poblacion que no habia ofrecido ni intentado resistencia. Bajo fingidos motivos á fuego y sangre penetraron los franceses por sus calles, á la misma sazon que se conferenciaba. Y no satisfechos con la ruina y desolacion causada, acabáron de oprimir á los desdichados moradores gravándolos con imposiciones muy pesadas. Mas tan injusto y atroz trato alcanzó en breve el merecido galardon, siendo quizá la principal causa de la pérdida posterior del ejército de Dupont el codicioso anhelo de conservar los bienes mal adquiridos en el saco de aquella ciudad.

Situacion angustiada de los franceses. Excesos de los paisanos españoles.

A pesar del triunfo conseguido el general francés andaba inquieto. Sus fuerzas no eran numerosas. La insurreccion de todas partes le cercaba: con instancia pedia auxilios á Madrid cuyas comunicaciones, ya antes interrumpidas, fueron al último del todo cortadas. A su propia retaguardia el 9 de junio partidas de paisanos entraron en Andújar, y alborotada por la noche la ciudad, hicieron prisionero el destacamento francés allí apostado, y mataron al comandante con otros tres de su guardia que quisieron resistirse en casa de Don Juan de Salazar. Molestó sobre todo al enemigo Don Juan de la Torre, alcalde de Montoro, que á sus expensas habia levantado un cuerpo considerable; mas cogido por sorpresa debió la vida á la generosa intercesion del general Fresia, á quien habia antes hospedado y obsequiado en su casa. En el Puerto del Rey apresaron los naturales al abrigo de aquellas fraguras varios convoyes: y como en la comarca se habia esparcido la voz de lo acaecido en Córdoba, hubo ocasion en que so color de desquite se ensañó el

paisanage contra los prisioneros con exquisita crueldad. Fue una de sus víctimas el general René á quien cogieron y mataron estando antes herido: lamentable suceso, pero desgraciadamente inevitable consecuencia de los desmanes cometidos en Córdoba y otros parages por el extrangero. Pues que, si en efecto era difícil contener en una guerra de aquella clase al soldado de una nacion culta como la Francia y sometido á la dura disciplina militar, cuánto no debia serlo reprimir los excesos del cultivador español, que ciego en su venganza y sin freno que le contuviese, veia talados sus campos y quemados los pacíficos hogares de sus antepasados por los mismos que poco antes preciábanse de ser amigos. Habia corrido el alboroto de la Sierra hasta la Mancha, y el 5 de junio los vecinos de Santa Cruz de Mudela, arremetiendo á unos 400 franceses que habia en el pueblo y matando á muchos, obligaron á los demas á fugarse camino de Valdepeñas. En esta villa opusiéronse los naturales al paso de los enemigos, y estos, para esquivar un duro choque, echando por fuera de la poblacion tomaron despues el camino real, aguardando á un cuarto de legua en el sitio apellidado de la Aguzadera á ser reforzados. No tardó en efecto en llegar en el mismo dia, que era el 6 de junio, el general Liger-Belair procedente de Manzanares con 600 caballos, é incorporados todos revolvieron sobre Valdepeñas.

Resistencia de Valdepeñas.

Los moradores de esta villa alentados con la anterior retirada de los franceses, y temiendo tambien que quisiesen vengar aquella ofensa, resolvieron impedir la entrada. Es Valdepeñas poblacion rica de 3000 vecinos, asentada en los llanos de la Mancha, y á la que dan celebridad sus afamados vinos. Atraviésala por medio la calle llamada Real, tránsito de los que viajan de Castilla á Andalucía, y la cual tiene de largo cerca de un cuarto de legua. Aprovechándose de su extension, dispusiéronla los habitantes de modo que en ella se entorpeciese la marcha de los franceses. La cubrieron con arena, esparciendo debajo clavos y agudos hierros; de trecho en trecho y disimuladamente ataron maromas á las rejas, cerraron y atrancaron las puertas de las casas, y embarazaron las callejuelas que salian á la principal avenida. No contentos con resistir detras de las paredes, osaron en número de mas de 1000 ponerse en fila á la orilla del pueblo. Pero viendo lo numeroso de la caballería enemiga, despues de algun tiroteo, se agacharon en lo interior, pertrechados de armas y medios ofensivos.

Los franceses al aproximarse enviaron por delante una descubierta, la cual segun su costumbre con paso acelerado se adelantó al pueblo. Penetró, y muy luego los caballos tropezando y cayendo unos sobre otros miserablemente arrojaron á los ginetes. Entonces de todas partes llovieron sobre los derribados tiros, pedradas, ladrillazos, atormentando tambien sus carnes con agua y aceite hirviendo. Quisieron otros protegèr á los primeros y cúpoles igual y

malhadado fin. Irritado Liger-Belair con aquel contratiempo, entró la villa por los costados incendiando las casas y destrozándolas. Pasaron de 80 las que se quemaron, y muchas personas fueron degolladas hasta en los campos y las cuevas. Habian los enemigos perdido ya mas de 100 hombres, al paso que la villa se arruinaba y se hundia. Conmovidos de ello y recelosos de su propia suerte, varios vecinos principales resolvieron, yendo á su cabeza el alcalde mayor Don Francisco Maria Osorio, avistarse con el general Liger-Belair, quien temeroso tambien de la ruina de los suyos escuchó las proposiciones, convino en ellas, y saliendo todos juntos con una divisa blanca, pusieron de consuno término á la matanza. Mas la contienda habia sido tan reñida, que los franceses escarmentados no se atrevieron á ir adelante, y juzgaron prudente retroceder á Madrilejos.

Retírase Dupont á Andújar.

Dupont aislado, sin noticia de lo que á la otra parte de los montes pasaba, aturdido con lo que de cerca veia, pensó en retirarse; y el 16 de junio saliendo por la tarde de Córdoba se encaminó á Andújar, en donde tomó posicion el 19. Desde aquel punto con objeto de abastecer á su gente, y deseoso de no abandonar el terreno sin castigar á Jaen, á la cual se achacaba haber participado del alboroto y muerte del comandante francés de Andújar, envió allí el 20 al oficial Baste con la suficiente fuerza. Entraron los enemigos en la ciudad sin hallar oposicion, y con todo la pillaron y maltrataron horrorosamente. Degollaron hasta niños y viejos, ejerciendo acerbas crueldades contra religiosos enfermos de los conventos de Santo Domingo y de San Agustin: tal fue el último, notable y fiero hecho cometido por los franceses en Andalucia antes de rendirse á las huestes españolas.

Saqueo de Jaen.

Expedicion de Moncey contra Valencia.

Casi al propio tiempo determinó Murat enviar tambien una expedicion contra Valencia. Mandábala el mariscal Moncey y se componia de 8000 hombres de tropa francesa, á los que debian reunirse guardias españolas, walonas y de corps. Mas todos estos en su mayor parte se desbandaron pasando por atajos y trochas del lado de sus compatriotas. Moncey salió de Madrid el 4 de junio y llegó á Cuenca el 11. Deteniéndose algunos dias disgustóse Murat, y despachó para aguijarle al general de caballería Excelmans con otros muchos oficiales, quienes, arrestados en Saelices y conducidos prisioneros á Valencia, terminaron su comision de un modo muy diverso del que esperaban. En Cuenca fueron recibidos los franceses con tibieza mas no hostilmente. Prosiguiendo su marcha hallaron por lo general los pueblos desamparados, pronóstico que vaticinaba la resistencia con que iban á tropezar.

La junta de Valencia habia en tanto adoptado las medidas vigorosas de defensa que la premura del tiempo le permitia. Recreciéronse al oir que Moncey se aproximaba del lado de Cuenca, y se

dieron nuevas órdenes é instrucciones al mariscal de campo Don Pedro Adorno, á cuyo mando, como ya dijimos, se habian confiado las tropas apostadas en los desfiladeros de las Cabrillas, á donde el enemigo se dirigia. Lo mas de la gente era nueva é indisciplinada y por eso convenia aprovecharse de las ventajas qne ofreciese el terreno. Tratóse pues de disputar primeramente á los franceses el paso del Cabriel en el puente Pajazo, en donde remata la cuesta de Contreras, y en cuya cabeza construyeron los españoles una mala batería de cuatro cañones sostenida por un trozo de un regimiento suizo, colocándose la otra tropa en diferentes puntos de dicha cuesta. Detuviéronse los franceses hasta que á duras penas, por los malos senderos y escabrosidades, acercaron casi á la rastra unos cañones. Con su auxilio el 20 rompieron el fuego, y vadeando unos el rio, y otros acometiendo de frente, se apoderaron de la batería española, habiendo habido muchos de los suizos que se les pasaron. Los nuevos reclutas que nunca habian sido fogueados, abandonados por aquellos veteranos, no tardaron en dispersarse, replegándose parte de ellos con algunos soldados españoles á las Cabrillas.

Reencuentro del puente Pajazo.

Cundió la nueva de la derrota, súpola la junta de Valencia, y grande fue la consternacion y el sobresalto. En tamaño apuro envió al ejército en comision á su vocal el padre Rico, ó ya quisiesen vengarse asi algunos del estrecho en que los habia metido, ó ya tambien porque, gozando de suma popularidad, pensaron otros que era aquel el modo mas propio de calmar la pública agitacion y alejar la desconfianza. Obedeció Rico, y el 23 por la noche llegó á las Cabrillas ocho leguas de Valencia, y cuyos montes parten término con Castilla. Habianse recogido á sus cumbres los dispersos del Cabriel, y allí se encontró el padre Rico con 180 hombres del regimiento de Saboya mandados por el capitan Gamindez, con tres cuerpos de nueva creacion, algunos caballos y artilleros que habian conservado dos cañones y un obus, componiendo en todo cerca de 3000 hombres. Eran contados los oficiales veteranos, siendo el de mayor graduacion el brigadier Marimon de guardias españolas. Ignorábase el paradero de Adorno. Reunidas todas aquellas reliquias se colocaron en situacion ventajosa á espaldas y á legua y media del pueblo de Siete-Aguas, hasta cuyas casas enviaban sus descubiertas. Gamindez mandó el centro, la izquierda Marimon, y colocáronse guerrillas sueltas por la derecha. El 24 avanzaron los franceses, y los nuestros favorecidos de tierra tan quebrada los molestaron bastantemente. Impacientado Moncey destacó por su izquierda y del lado de la sierra de los Ajos al general Harispe con vascos acostumbrados á trepar por las asperezas del Pirineo. Encaramáronse pues á pesar de escabrosidades y derrumbaderos, y arrollando á las guerrillas, facilitaron el ataque de frente. Defendiéronse bien los de Saboya quedando los mas de ellos y los

De las Cabrillas.

artilleros muertos junto á los cañones, y prisionero con otros su comandante Gamindez. Lo restante de la gente bisoña huyó precipitadamente. La pérdida de los españoles fue de 600 hombres, muy inferior la de los contrarios. El mariscal Moncey al instante traspasó la sierra por el portillo de las Cabrillas, desde donde registrándose las ricas y frondosas campiñas de la huerta de Valencia, se encendió la ansiosa codicia de sus fatigados soldados. Si entonces hubiera proseguido su marcha, fácilmente se hubiera enseñoreado de la ciudad; pero obligado á detenerse el 25 en la venta de Buñol para aguardar la artillería, y queriendo adelantarse cautelosamente, dió tiempo á que Rico, volviendo á Valencia al rayar el alba de aquel mismo dia, apellidase guerra dentro de sus muros.

Preparativos de defensa en Valencia.

Está asentada Valencia á la derecha del Guadalaviar ó Turia; 100,000 almas forman su poblacion, exceediendo de 60,000 las que habitan en los lugarejos, casas de campo y alquerías de sus deliciosas vegas. Ceñida de un muro antiguo de mamposteria con una mala ciudadela, no podia ofrecer al enemigo larga y ordenada resistencia, si militarmente hubiera de haberse considerado su defensa. Mas á la voz de la desgracia de las Cabrillas, en lugar de abatirse, creciendo el entusiasmo al mas subido punto, tomó la junta activas providencias, y los moradores no solo las ejecutaron debidamente, sino que tambien por sí procedieron á dar á los trabajos la amplitud y perfeccion que permitia la brevedad del tiempo. Sin distincion de clase ni de sexo acudieron todos á trabajar en las fortificaciones que se levantaban. En el corto espacio de sesenta horas construyéronse en las puertas baterías con sacos de tierra. En la de Cuarte, como era por donde se aguardaba al enemigo, ademas de dos cañones de á 24 se colocó otro en el primer piso de la torre, abriéndose una zanja ancha y profunda en medio de la calle del arrabal que embocaba la batería. A la derecha de esta puerta y antes de llegar á la de San José, entre el muro y el rio, se situaron cuatro cañones y dos obuses, impidiendo lo sólido del malecon que se abriese un foso. Dióse á esta obra el nombre de batería de Santa Catalina, del de una torre antes demolida y que ocupaba el mismo espacio. Lo expresamos por su importancia en la defensa. Dentro del recinto se cortaron y atajaron las calles, callejuelas y principales avenidas con carros, coches, vigas, calesas y tartanas. Tapáronse las entradas y ventanas de las casas con colchones, mesas, sillas y todo género de muebles, cubriendo por el mismo término y cuidadosamente lo alto de las azoteas ó terrados. Detrás de semejantes y tan repentinos atrincheramientos estaban preparados sus dueños con armas arrojadizas y de fuego, y aun hubo mugeres que no olvidaron el aceite hirviendo. Afanados todos mútuamente se animaban, habiendo resuelto defender heróicamente sus hogares.

La junta ademas, para dilatar el que los franceses se acercasen,

trató de formar un campo avanzado á la salida del pueblo de Cuarte, distante una legua de Valencia. Le componian cuerpos de nueva formacion y se habia puesto á las órdenes de Don Felipe Saint-March. Situóse la gente en la ermita de San Onofre á orillas del canal de regadío que atraviesa el camino que va á las Cabrillas. Entre tanto Don José Caro nombrado brigadier al principio de la insurreccion, y que mandaba una division de paisanos en el ejército de Cervellon, apostado segun dijimos en Almansa, corrió apresuradamente al socorro de la capital luego que supo el progreso del enemigo. A su llegada se unió á Saint-March, y juntos dispusieron el modo de contener al mariscal francés. Emboscaron al efecto en los algarrobales, viñedos y olivares que pueblan aquellos contornos, tiradores diestros y esforzados. El cuerpo principal se colocó á espaldas de una batería que enfilaba el camino hondo, por donde era de creer arremetiese la caballería enemiga y cuyo puente se habia cortado. Como los generales habian previsto que al fin tendrian que ceder á la superioridad y pericia francesa, deseosos de que su retirada no causara terror en Valencia, habian pensado, Caro en tirar por la izquierda y Saint-March pasar el rio por la derecha y situarse en el collado del almacen de pólvora. Pero para verificar, llegado el caso, su movimiento con órden y evitar que dispersos fueran á la ciudad, establecieron á su retaguardia una segunda línea en el pueblo de Cuarte, rompiendo el camino y guarneciendo las casas para su defensa.

Refriega en el pueblo de Cuarte.

A las 11 de la mañana del dia 20 empezó el fuego, duró hasta las tres, siendo muy vivo durante dos horas. Al fin los franceses cruzaron el canal, y forzaron la primera línea. Caro y Saint-March se retiraron segun habian convenido. Los franceses vencedores iban á perseguirlos cuando notaron que desde el pueblo de Cuarte se les hacia fuego. Molestados tambien por el continuado de los paisanos metidos en los cañamares de dicho pueblo, no pudieron entrarle hasta las seis de la tarde; huyendo los vecinos al amparo de las acequias, cañaverales y moreras que cubren sus campos. La pérdida fue considerable de ambas partes: la artillería quedó en poder de los franceses.

Defensa de Valencia.

Avanzó entonces Moncey hasta el huerto de Juliá, media legua de Valencia. Por la noche pasó al capitan general conde de la Conquista un oficio para que rindiese la plaza. Fue portador el coronel Solano. Congregóse la junta, á la que se unieron para deliberar en asunto tan espinoso el ayuntamiento, la nobleza é individuos de todos los gremios. El de la Conquista inclinábase á la entrega, viendo cuán imposible seria resistir con gente allegadiza, y en ciudad, por decirlo asi, abierta á enemigos aguerridos. Sostuvo la misma opinion el emisario Solano y en tanto grado que se esforzó en probar no habia nada que temer respecto de lo pasado, asi por la condicion suave

Proposicion de Moncey para que capitule la ciudad.

y noble del mariscal francés, como tambien por los vínculos particulares que le enlazaban con los Valencianos; lo cual aludia á conocerse en aquel reino familias del nombre de Moncey, y haber quien le conceptuara oriundo de la tierra. Asi se discurria acerca de la proposicion, cuando el pueblo, advertido de que se negociaba, desaforadamente se agolpó á la sala de sesiones de la junta. Atemorizados los que en su seno buscaban la rendicion y alentados los de la parcialidad opuesta, no se titubeó en desechar la demanda del enemigo. Y puestos todos sus individuos al frente del mismo pueblo, recorrieron la línea animando y exhortando á la pelea. Con la oportuna resolucion se embraveció tanto la gente que no hubo ya otra voz que la de vencer ó morir.

El 28 á las once de la mañana se rompió el fuego. Como Moncey era dueño de casi todo el arrabal de Cuarte, le fue fácil ordenar sus batallones detras del convento de San Sebastian. A su abrigo dirigieron los enemigos sus cañones contra la puerta de Cuarte y batería de Santa Catilina. Tres veces atacaron con el mayor ímpetu del lado de la primera, y otras tantas fueron rechazados. Mandaba la batería española con mucho acierto el capitan Don José Ruiz de Alcalá, y el puesto los coroneles baron de Petrés y Don Bartolomé de Georget. Los enemigos no perdonaron medio de flanquear á los nuestros por derecha é izquierda, pero de un costado se lo estorbaron los fuegos de Santa Catalina, y del otro el graneado de fusilería que desde la muralla hacian los habitantes. El entusiasmo de los defensores tocaba en frenesí cada vez que el enemigo huia, pero siempre se mantuvo el mejor órden. Temióse por un rato carecer de metralla, y sin tardanza de las casas inmediatas se arrancaron rejas, se enviaron barras y otros utensilios de hierro que cortados en menudos pedazos pudieron suplir aquella falta, acudiendo á porfía las señoras de la clase mas elevada á coser los saquillos de la recien fabricada metralla. Con tal ejemplo, ¿qué brazo varonil hubiera cedido el paso al enemigo? El capitan general, los magistrados y aun el arzobispo aparecíanse á veces en medio de aquel importante puesto dando brio con su presencia á los menos esforzados.

Moncey, tratando de variar su ataque, recogió sus soldados á la cruz de Mislata, y acometió despues de un respiro la batería de Santa Catalina, á la derecha como dijimos de la de Cuarte. Era comandante del punto el coronel Don Firmo Valles, y de la batería Don Manuel de Velasco y Don José Soler. Dos veces y con gran furia embistieron los franceses. La primera ciaron abrasados por el fuego de cañon y el que por su flanco izquierdo les hacia la fusilería; y la segunda huyeron atropelladamente sin que los contuviesen las exhortaciones de sus gefes. No por eso desistió Moncey, y fingiendo querer atacar el muro por donde mira á la plazuela del Carbon, emprendió nueva acometida contra la batería de Santa Catalina. Vano empeño. Sus soldados repelidos dejaron el suelo em-

papado en su sangre. Distinguióse allí el oficial Don Santiago O'Lalor, asesinado alevemente en el propio dia por mano desconocida.

Los franceses, perturbados con defensa tan inesperada y recia, trataron de dar una última embestida á la ciudad. Eran las cinco de la tarde cuando avanzando Moncey con el grueso de su ejército hácia la puerta de Cuarte, hizo marchar una columna por el convento de Jesus para atacar la de San Vicente situada á la izquierda de la primera, y confiada al cuidado del coronel Don Bruno Barrera, bajo cuyas órdenes dirigian la artillería los oficiales Don Francisco Cano y Don Luis Almela. Considerábase aquella parte del muro la mas flaca, mayormente su centro en donde está colocada en medio de las otras dos la puerta tapiada de Santa Lucía, antiguamente dicha de la Boatella. Empezóse el ataque, y los españoles apuntaron con tal acierto sus cañones que lograron desmontar los de los enemigos, y desalojarlos del punto que ocupaban con notable matanza. Desde aquella hora que era ya la de las ocho de la noche cesó el fuego en ambas líneas. Durante los diversos ataques arrojaron los franceses á la ciudad granadas que no causaron daño.

Hechos notables de algunos españoles.

El padre Rico anduvo constantemente por los parages de mayor riesgo, y coadyuvó grandemente á la defensa con su energía y brioso porte. Fue imperturbable en su valor Juan Bautista Moreno que, sin fusil y con la espada en la mano, alentaba á sus compañeros, y tomó á su cargo abrir y cerrar las puertas sin reparar en el peligro que á cada paso le amenazaba. Mas sublime ejemplo dió aun con su conducta Miguel García mesonero de la calle de San Vicente, quien hizo solo á caballo cinco salidas, y sacando en cada una de ellas cuarenta cartuchos los empleaba como diestro tirador atinadamente. Hechos son estos dignos de la recordacion histórica, y no deben desdeñarse aunque vengan de humilde lugar. Al contrario conviene repetirlos y grabarlos en la memoria de los buenos ciudadanos, para que sean imitados en aquellos casos en que peligre la independencia de la patria.

La resistencia de Valencia aunque de corta duracion tuvo visos de maravillosa. No tenia soldados que la defendiesen, habiendo salido á diversos puntos los que antes la guarnecian, ni otros gefes entendidos sino oficiales subalternos que guiaron el denuedo de los paisanos. Los franceses perdieron mas de 2000 hombres, y entre ellos al general de ingenieros Cazal con otros oficiales superiores. Los españoles resguardados detras de los muros y baterías tuvieron que llorar pocos de sus compatriotas, y ninguno de cuenta.

Retírase Moncey.

Al amanecer del 29 Don Pedro Túpper puesto de vigía en el Miguelete ó torre de la catedral avisó que los enemigos daban indicio de retirarse. Apenas se creia tan plausible nueva, mas bien pronto todos se cercioraron de ello viendo

marchar al enemigo por Torrente para tomar la calzada que va á Almansa. La alegría fue colmada, y esperábase que el conde de Cervellon acabaria en el camino de destruir al mariscal Moncey, ó por lo menos le molestaria y picaria por todos lados. Muy lejos estaba de obrar conforme al comun deseo. Él general español habia venido á Alcira cuando supo el paso de los franceses por las Cabrillas, y su marcha sobre Valencia. Alli permaneció tranquilo, y no trató de disputar á Moncey el paso del Júcar despues de su derrota delante de los muros de la capital. Tachósele de remiso, principalmente porque habiendo consultado á los oficiales superiores sobre el rumbo que en tal oportunidad convendria seguir, opinaron todos que se impidiese á los franceses cruzar el rio: no abrazó su dictámen fundándose en lo indisciplinados que todavía estaban sus soldados: prudencia quizá laudable, pero amargamente censurada en aquellos tiempos.

Inaccion de Cervellon.

Perjudicó tambien á su fama, aun en el concepto de los juiciosos, la contraposicion que con la suya formó la conducta de Don Pedro Gonzalez de Llamas y la de Don José Caro. A este le hemos visto acudir al socorro de Valencia, y si bien no con feliz éxito por lo menos retardó con su movimiento el progreso del enemigo, lo cual fue de suma utilidad para que se preparasen los vecinos de la ciudad á una notable y afortunada resistencia. El general Llamas que de Murcia se habia acercado al puerto de Almansa, noticioso por su parte de que los franceses iban á embestir á Valencia, habia avanzado rápidamente y colocádose á la espalda en Chiva, cortándoles asi sus comunicaciones con el camino de Cuenca. Y despues obedeciendo las órdenes de la junta provincial hostigó al enemigo hasta el Júcar, en donde se paró asombrado de que Cervellon hubiese permanecido inactivo. Prodigáronse pues alabanzas á Llamas, y achacóse á Cervellon la culpa de no haber derrotado al ejército de Moncey antes de la salida del territorio valenciano. Como quiera que fuese, costóle al fin el mando tal modo de comportarse, graduado por los mas de reprensible timidez. Moncey prosiguió su retirada incomodado por el paisanage, y á punto que no osaba desviarse del camino real. Pasó el 2 de julio el puerto de Almansa, y en Albacete hizo alto y dió descanso á sus fatigadas tropas.

Conducta laudable de Llamas.

Entre tanto no sabia el gobierno de Madrid cuál partido le convenia abrazar. Notaba con desconsuelo burladas sus esperanzas, no habiendo reprimido prontamente la insurreccion de las provincias con las expediciones enviadas al intento. Temia tambien que las tropas desparramadas por diversos y lejanos puntos, y molestadas sin gozar de un instante de sosiego, no acabasen por perder la disciplina. Mucho contribuyó á su desconcierto la enfermedad grave de qué fue acometido el gran duque de Berg en los primeros dias de junio, con lo cual se hallaron los individuos

Enfermedad de Murat.

de la junta faltos de un centro principal que diera union y fuerza. Hubo entre los suyos quien le creyó envenenado, y entre los españoles no faltó tambien quien atribuyera su mal á castigo del cielo por las tropelías y asesinatos del 2 de mayo. Los ociosos y lenguaraces buscaban el principio en un orígen impuro, dando lugar á sus sueltas palabras los deslices de que no estaba exento el duque. Mas la verdadera enfermedad de este era uno de aquellos cólicos por desgracia harto comunes en la capital del reino, y que por serlo tanto los ha distinguido en una disertacion el docto Luzuriaga con el nombre de cólicos de Madrid. Agregáronsele unas tercianas tan pertinaces y recias que descaeciendo su espíritu y su cuerpo, tuvo que conformarse con el dictámen de los facultativos de trasladarse á Francia, y tomar las aguas termales de Bareges. Provocó tambien á sospecha de emponzoñamiento el haber amalado muchos de los soldados franceses, y muerto algunos con síntomas de índole dudosa. Para serenar los ánimos el baron Larrey, primer cirujano del ejército invasor, examinó los alimentos, y el boticario mayor del mismo, Mr. Laubert, analizó detenidamente el vino que se les vendia en varias tabernas y bodegones de dentro y fuera de Madrid. Nada se descubrió de nocivo en el líquido, solamente á veces habia con él mezcladas algunas sustancias narcóticas mas ó menos excitativas, como el agua de laurel y el pimiento que para dar fuerza suelen los vinateros y vendedores añadir al vino de la Mancha, á semejanza del óxido de plomo ó sea litargirio que se emplea en algunos de Francia para corregir su acedia. La mixtion no causaba molestia á los españoles por la costumbre, y sobre todo por su mayor sobriedad: dañó extremadamente á los franceses no habituados á aquella bebida, y que abusaban en sumo grado de los vinos fuertes y licorosos de nuestro terruño. El exámen y declaracion de Larrey y Laubert tranquilizó á los franceses, recelosos de cualquiera asechanza de parte de un pueblo gravemente ofendido; pero el de España con dificultad hubiera recurrido para su venganza á un medio que no le era usual, cuando tantos otros justos y nobles se le presentaban.

Enfermedades en su ejército. Opinion de Larrey.

Savary sucede á Murat.

En lugar de Murat envió Napoleon á Madrid al general Savary, el que llegó el 15 de junio. No agradó la eleccion á los franceses, habiendo en su ejército muchos que por su graduacion y militar renombre reputábanse como muy superiores. Asimismo en el concepto de algunos menoscababa la estimacion de la persona escogida el haber sido con frecuencia empleada en comisiones mas propias de un agente de policía que de quien habia servido en la carrera honorífica de las armas. No era tampoco entre los españoles juzgado Savary con mas ventaja, porque habiendo sido el celador asiduo del viage de Fernando, coadjuvó con palabras engañosas á arrastrarle á Bayona. Sin em-

bargo su nombre no era ni tan conocido ni odiado como el de Murat: ademas llegó en sazon en que muy poco se curaban en las provincias de lo que se hacia ó deshacia en Madrid. Asuntos inmediatos y de mayor cuantía embargaban toda la atencion.

Singular comision de Savary.

El encargo confiado á Savary era nuevo y extraño en su forma. Autorizado con iguales facultades que el lugarteniente Murat, no le era lícito poner su firma en resolucion alguna. Al general Belliard tocaba con la suya legalizarlas. El uno leia las cartas, oficios é informes dirigidos al lugarteniente, respondia, determinaba: el otro ceñíase á manera de una estampilla viva á firmar lo que le era prescrito. Los decretos se encabezaban á nombre del gran duque como si estuviese presente ó hubiese dejado sus poderes á Savary, y este disponiendo en todo soberanamente incomodaba á varios de los otros gefes que se consideraban desairados.

Su conducta.

Para mostrar que él era la suprema cabeza, á su llegada se alojó en palacio, y tomó sin tardanza providencias acomodadas al caso. Prosiguió las fortificaciones del Retiro, y construyó un reducto al rededor de la fábrica real de porcelana alli establecida, y á que dan el nombre de casa de la China, en donde almacenó las vituallas y municiones de guerra. Pensó despues en sostener los ejércitos esparcidos por las provincias. Tal habia sido la órden verbal de Napoleon, quien juzgaba « ser lo « mas importante ocupar muchos puntos, á fin de derramar por « todas partes las novedades que habia querido introducir.... » Conforme á ella é incierto de la suerte de Dupont, cuya correspondencia estaba cortada, resolvió Savary reforzarle con las tropas mandadas por el general Vedel que se hallaban en Toledo. Ascendian á 6000 infantes y 700 caballos con doce cañones. El 19 de junio salieron de aquella ciudad, juntándoseles en el camino los generales Roize y Liger-Belair con sus destacamentos, los cuales hemos visto fueron compelidos á á recogerse á Madrilejos por la insurreccion general de la Mancha.

Envia á Vedel para reforzar á Dupont.

Los franceses por todas partes se encontraban con pueblos solitarios, incomodándoles á menudo los tiros del paisanage oculto detras de los crecidos panes, y ¡ ay de aquellos que se quedaban rezagados! No obstante asomaron sin notable contratiempo á Despeñaperros en la mañana del 26 de junio. La posicion estaba ocupada por el teniente coronel español Don Pedro Valdecañas empleado antes en la persecucion de contrabandistas por aquellas sierras, y ahora apostado alli con objeto de que, colocándose á la retaguardia de Dupont, le interceptase la correspondencia é impidiese el paso de los socorros que de Madrid le llegasen. Habia atajado el camino en lo mas estrecho con troncos, ramas y peñascos, desmoronándole del lado del despeñadero, y situando detras seis cañones. Paisanos los mas de su tropa, y el

Paso de Sierra-Morena.

mismo poco práctico en aquella clase de guerra, desaprovechó la superioridad que le daba el terreno. Cedieron luego los nuestros al ataque bien concertado de los franceses, perdieron la artillería, y Vedel prosiguió sin embarazo á la Carolina, en cuya ciudad se le incorporó un trozo de gente que le enviaba Dupont á las órdenes del oficial Basto, el saqueador de Jaen. Llevada pues á feliz término la expedicion, creyó Vedel conveniente enviar atras alguna tropa para reforzar ciertos puntos que eran importantes, y conservar abierta la comunicacion. Por lo demas bien que pareciesen cumplidos los deseos del enemigo en la union de Vedel y Dupont, pudiendo no solo corresponder libremente con Madrid, mas aun hacer rostro á los españoles y desbaratar sus mal formadas huestes, no tardaremos en ver cuán de otra manera de lo que esperaban remataron las cosas.

Refuerzos enviados á Moncey. Aquejábale igualmente á Savary el cuidado de Moncey, cuya suerte ignoraba. Despues de haberse adelantado este mariscal mas allá de la provincia de Cuenca, habian sido interrumpidas sus comunicaciones, hechos prisioneros soldados suyos sueltos y descarriados, y aun algunas partidas. Juntándose pues número considerable de paisanos alentados con aquellos que calificaban de triunfos, fue necesario pensar en dispersarlos. Caulincourt saquea á Cuenca. Con este objeto se ordenó al general Caulincourt apostado en Tarancon que marchase con una brigada sobre Cuenca. Dió vista á la ciudad el 3 de julio, y una gavilla de hombres desgobernada le hizo fuego en las cercanías á bulto y por corto espacio. Bastó semejante demostracion para entregar á un horroroso saco aquella desdichada ciudad. Hubo regidores é individuos del cabildo eclesiástico que saliendo con bandera blanca quisieron implorar la merced del enemigo; mas resuelto este al pillage sin atender á la señal de paz los forzó á huir recibiéndolos á cañonazos. Espantáronse á su ruido los vecinos y casi todos se fugaron, quedando solamente los ancianos y enfermos y cinco comunidades religiosas. No perdonaron los contrarios casa ni templo que no allanasen y profanasen. No hubo muger por enferma ó decrépita que se libertase de su brutal furor. Al venerable sacerdote Don Antonio Lorenzo Urban de edad de ochenta y tres anos, ejemplar por sus virtudes, le traspasaron de crueles heridas, despues de recibir de sus propias manos el escaso peculio que todavía su ardiente caridad no habia repartido á los pobres. Al franciscano el padre Gaspar Navarro, tambien octogenario, atormentáronle crudamente para que confesase dinero que no tenia. Otras y no menos crueles, bárbaras y atroces acciones mancharon el nombre francés en el no merecido saco de Cuenca.

Frère. No satisfecho Savary con el refuerzo que se enviaba á Moncey al mando de Caulincourt, despachó otro nuevo á las órdenes del general Frère, el mismo que antes habia

ido á apaciguar á Segovia. Llegó este á Requena el 5 de julio, donde noticioso de que Moncey se retiraba del lado de Almansa, y de estar guardadas las Cabrillas por el general español Llamas, revolvió sobre San Clemente, y se unió con el mariscal. Poco despues informado Savary de haberse puesto en cobro las reliquias de la expedicion de Valencia, y deseoso de engrosar su fuerza en derredor suyo, mandó á Caulincourt y á Frère que se restituyesen á Madrid: con lo que enflaquecido el cuerpo de Moncey y quizá ofendido este de que un oficial inferior en graduacion y respetos pudiese disponer de la gente que debia obedecerle, desistió de toda empresa ulterior, y se replegó á las orillas del Tajo.

Los franceses, que esparcidos no habian conseguido las esperadas ventajas, comenzaron á pensar en mudar de plan, y reconcentrar mas su fuerzas. Napoleon sin embargo tenaz en sus propósitos insistia en que Dupont permaneciese en Andalucía, al paso que mereció su desaprobacion el que le enviasen continuados refuerzos. Savary inmediato al teatro de los acontecimientos, y fiado en el favor de que gozaba, tomó sobre sí obrar por rumbo opuesto, é indicó á Dupont la conveniencia de desamparar las provincias que ocupaba. Para que con mas desembarazo pudiera este gefe efectuar el movimiento retrógrado, dirigió aquel sobre Manzanares al general Gobert con su division, en la que estaba la brigada de coraceros que habia en España. Mas Dupont, ya fuese temor de su posicion, ó ya deseos de conservarse en Andalucía, ordenó á Gobert que se le incorporase, y este se sometió á dicho mandato despues de dejar un batallon en Manzanares y otro en el Puerto del Rey.

Segundo refuerzo llevado á Dupont por el general Gobert.

Tan discordes andaban unos y otros, como acontece en tiempos borrascosos, estando solo conformes y empeñados en aumentar fuerzas hácia el mediodia. Y al mismo tiempo el punto que mas urgia auxiliar, que era el de Bessières, amenazado por las tropas de Galicia, Leon y Asturias, quedaba sin ser socorrido. Claro era que una ventaja conseguida por los españoles de aquel lado comprometiria la suerte de los franceses en toda la península, interrumpiria sus comunicaciones con la frontera, y los dejaria á ellos mismos en la imposibilidad de retirarse. Pues á pesar de reflexion tan obvia desatendióse á Bessières, y solo tarde y con una brigada de infanterla y 300 caballos se acudió de Madrid en su auxilio. Felizmente para el enemigo la fortuna le fue alli mas favorable; merced á la impericia de ciertos gefes españoles.

Desatiendo á Bessières.

Despues de la batalla de Cabezon se habia retirado á Benavente el general Cuesta. Recogió dispersos, prosigió los alistamientos, y se le juntaron el cuerpo de estudiantes de Leon y el de Covadonga de Asturias. Diéronse en aquel punto las primeras lecciones de táctica á los nuevos reclutas, se les dividió

Cuesta.

en batallones que llamaron tercios, y esmeróse en instruirlos Don José de Zayas. De esta gente se componia la infantería de Cuesta, limitándose la caballería al regimiento de la Reina y guardias de corps que estuvieron en Cabezon, y al escuadron de carabineros que antes habia pasado á Asturias. Era ejército endeble para salir con él á campaña, si las tropas de la última provincia y las de Galicia no obraban al propio tiempo y mancomunadamente. Por lo cual con instancia pidió el general Cuesta que avanzasen y se le reuniesen. La junta de Asturias, propensa á condescender con sus ruegos, fue detenida por las oportunas reflexiones de su presidente el marqués de Santa-Cruz de Marcenado, manifestando en ellas que, lejos de acceder, se debia exhortar al capitan general de Castilla á abandonar sus llanos y ponerse al abrigo de las montañas; pues no teniendo soldados ni unos ni otros sino hombres, infaliblemente serian deshechos en descampado, y se apagaria el entusiasmo que estaba tan encendido. Convencida la junta de lo fundado de las razones del marqués, acordó no desprenderse de su ejército, y solo por halagar á la multitud consintió en que quedase unido á los castellanos el regimiento de Covadonga, compuesto de mas de 1000 hombres, y mandado por Don Pedro Mendez de Vigo, y ademas que otros tantos bajasen á Leon del puerto de Leitariegos á las órdenes del mariscal de campo conde de Toreno padre del autor.

Tambien encontró en Galicia la demanda de Cuesta graves dificultades. Habia sido el plan de Filangieri fortificar á Manzanal, y organizar allí y en otros puntos del Vierzo sus soldados, antes de aventurar accion alguna campal. Mas la junta de Galicia atenta á la quebrantada salud de aquel general y al desvío con que por extrangero le miraban algunos, relevándole del mando activo, le habia llamado á la Coruña, y nombrado en su lugar al cuartel maestre general Don Joaquin Blake. Púsose este al frente del ejército el 21 de junio, y perseguido Filangieri de adversa estrella pereció como hemos dicho el 24. Persistió Blake en el plan anterior de adiestrar la tropa, esperando que con los cuerpos que habia en Galicia, los de Oporto y nuevos alistados, conseguiria armar y disciplinar 40,000 hombres. La inquietud de los tiempos le impidió llevar su laudable propósito á cumplido efecto. Deseoso de examinar y reconocer por sí la sierra y caminos de Fuencebadon y Manzanal habia salido de Villafranca, y pareciéndole conveniente tomar posicion en aquellas alturas que forman una cordillera avanzada de la del Cebrero y Piedra-Fita, límite de Galicia, se situó allí extendiendo su derecha hasta el Monte Teleno que mira á Sanabria, y su izquierda hácia el lado de Leon por la Cepeda. Así no solamente guarecia todas las entradas principales de Galicia, sino tambien disfrutaba de los auxilios que ofrecia el Vierzo. Empezaba pues á poner en planta su intento de ejercitar y organizar su gente,

Ejército de Galicia despues de la muerte de Filangieri.

cuando el 28 de junio se le presentó Don José de Zayas rogándole á nombre del general Cuesta que con todo ó parte de su ejército avanzase á Castilla. Negóse Blake, y entonces pasó el comisionado á avistarse con la junta de la Coruña de quien aquel dependia. La desgracia ocurrida con Filangieri, el terror que infundió su muerte, las instancias de Cuesta y los deseos del vulgo que casi siempre se gobierna mas bien por impulso ciego que por razon, lograron que triunfase el partido mas pernicioso, habiéndose prevenido á Blake que se juntase con el ejército de Castilla en las llanuras. Poco antes de haber recibido la órden redujo aquel general á cuatro divisiones las seis en que á principios de junio se habia distribuido la fuerza de su mando, ascendiendo su número á unos 27,000 hombres de infantería, con mas de 30 piezas de campaña y 150 caballos de distintos cuerpos. Tomó otras disposiciones con acierto y diligencia, y si al saber y práctica militar que le asistia se le hubiera agregado la conveniente fortaleza ó mayor influjo para contrarestar la opinion vulgar, hubiera al fin arreglado debidamente el ejército puesto á sus órdenes. Mas oprimido bajo el peso de aquella, tuvo que ceder á su impetuoso torrente, y pasar en los primeros dias de julio á unirse en Benavente con el general Cuesta. Dejó solo en Manzanal la segunda division compuesta de cerca de 6000 hombres á las órdenes del mariscal de campo Don Rafael Martinengo, y en la Puebla de Sanabria un trozo de 1000 hombres á las del marqués de Valladares, el que obró despues en Portugal de concierto con el ejército de aquella nacion. Llegado que fue á Benavente con las otras tres divisiones, dejó alli la tercera al mando del brigadier Don Francisco Riquelme sirviendo como de reserva, y constando de 5000 hombres. Púsose en movimiento camino de Rioseco con la primera y cuarta division acaudilladas por el gefe de escuadra Don Felipe Jado Cagigal y el mariscal de campo marqués de Portago; llevó ademas el batallon de voluntarios de Navarra que pertenecia á la tercera. Se habia tambien arreglado para la marcha una vanguardia que guiaba el conde de Maceda grande de España, y coronel del regimiento de infantería de Zaragoza. Ascendia el número de esta fuerza á 15,000 hombres, la cual formaba con la de Cuesta un total de 22,000 combatientes. Contábanse entre unos y otros muchos paisanos vestidos todavía con su humilde y tosco trage, y no llegaban á 500 los ginetes. Reunidos ambos generales tomó el mando el de Castilla como mas antiguo, si bien era muy inferior en número y calidad su tropa. No reinaba entre ellos la conveniente armonía. Repugnábanle á Blake muchas ideas de Cuesta, y ofendíase este de que un general nuevamente promovido y por una autoridad popular pudiese ser obstáculo á sus planes. Pero el primero por desgracia sometiéndose á la superioridad que daban al de Castilla los años, la costumbre del mando y sobre todo ser su dictámen el que

con mas gusto y entusiasmo abrazaba la muchedumbre, no se opuso segun hemos visto á salir de Benavente ni al tenaz propósito de ir al encuentro del enemigo por las llanuras que se extendian por el frente.

Batalla de Rioseco, 14 de julio.

Noticiosos los franceses del intento de los españoles quisieron adelantárseles, y el 9 salió de Burgos el general Bessières. No estaban el 13 á larga distancia ambos ejércitos, y al amanecer del 14 de julio se avistaron sus avanzadas en Palacios, legua y media distante de Rioseco. El de los franceses constaba de 12,000 infantes y mas de 1500 caballos: superior en número el de los españoles era inferiorísimo en disciplina, pertrechos y sobre todo en caballería, tan necesaria en aquel terreno, siendo de admirar que con ejército tan novel y desapercibido se atreviese Cuesta á arriesgar una accion campal.

La desunion que habia entre los generales españoles, sino del todo manifiesta todavía, y la condicion imperiosa y terca del de Castilla, impidieron que de antemano se tomasen mancomunadamente las convenientes disposiciones. Blake en la tarde del 13, al aviso de que los franceses se acercaban, pasó desde Castromonte, en donde tenia su cuartel general, á Rioseco, en cuya ciudad estaba el de Cuesta, y juntos se contentaron con reconocer el camino que va á Valladolid, persuadido el último que por allí habian de atacar los franceses. A esto se limitaron las medidas préviamente combinadas.

Volviendo Don Joaquin Blake á su campo, preparó su gente, reconoció de nuevo el terreno, y á las dos de la madrugada del 14 situó sus divisiones en el parage que le pareció mas ventajoso, no esperando grande ayuda de la cooperacion de Cuesta. Empezó sin embargo este á mover su tropa en la misma direccion á las cuatro de la mañana; pero de repente hizo parada, sabedor de que el enemigo avanzaba del lado de Palacios á la izquierda del camino que de Rioseco va á Valladolid. Advertido Blake tuvo tambien que mudar de rumbo y encaminarse á aquel punto. Ya se deja discurrir de cuánto daño debió de ser para alcanzar la victoria movimiento tan inesperado, teniendo que hacerse por paisanos y tropas bisoñas. Culpa fue grande del general de Castilla no estar mejor informado en un tiempo en que todos andaban solícitos en acechar voluntariamente los pasos del ejército francés. Cuesta temiendo ser atacado pidió auxilio al general Blake, quien le envió su cuarta division al mando del marqués de Portago, y se colocó él mismo con la vanguardia, los voluntarios de Navarra y primera division en la llanura que á manera de mesa forma lo alto de una loma puesta á la derecha del camino que media entre Rioseco y Palacios, y á cuyo descampado llaman los naturales Campos de Monclin. Constaba esta fuerza de 9000 hombres. No era respetable la posicion escogida, siendo por varios puntos de acceso no difícil.

Cuesta se situó detras á la otra orilla del camino, dejando entre sus cuerpos y los de Blake un claro considerable. Mantúvose asi apartado por haber creido segun parece que eran franceses los soldados del provincial de Leon que se mostraron á lo lejos por su izquierda, y quizá tambien llevado de los zelos que le animaban contra el otro general su compañero.

Al avanzar dudó un momento el mariscal Bessières si acometeria á los españoles, imaginándose que eran muy superiores en número á los suyos. Pero habiendo examinado de mas cerca la extraña disposicion, por la cual quedaba un claro en tanto grado espácioso que parecian las tropas de su frente mas bien ejércitos distintos que separados trozos de uno mismo y solo, recordó lo que habia pasado allá en Cabezón, y arremetiendo sin tardanza resolvió interponerse entre Blake y Cuesta. Habia juzgado el francés que eran dos líneas diversas, y que la ignorancia é impericia de los gefes habia colocado á los soldades tan distantes unos de otros. Difícil era por cierto presumir que el interés de la patria, ó por lo ménos el honor militar, no hubiese acallado en un dia de batalla mezquinas pasiones. Nosotros creemos que hubo de parte de Cuesta el deseo de campear por sí solo y acudir al remedio de la derrota luego que hubiese visto destrozado en parte ó por lo menos muy comprometido á su rival. No era dado á su ofendido orgullo descubrir lo arriesgado y aun temerario de tal empresa. De sn lado Blake hubiera obrado con mayor prudencia si, conociendo la inflexible dureza de Cuesta, hubiese evitado exponerse á dar batalla con una parte reducida de su ejército.

Prosiguiendo Bessières en su propósito ordenó que el general Merle y Sabathier acometiesen el primero la izquierda de la posicion de Blake y el segundo su centro. Iba con ellos el general Lasalle acompañado de dos escuadrones de caballería. Resistieron con valor los nuestros, y muchos aunque bisoños aguantaron la embestida, como si estuvieran acostumbrados al fuego de largo tiempo. Sin embargo el general Merle encaramándose del lado del camino por el tajo de la meseta, los nuestros comenzaron á ciar, y á desordenarse la izquierda de Blake. En tanto avanzaba Mouton para acometer á los de Cuesta, é interponerse entre los dos grandes y separados trozos del ejército español. A su vista los carabineros reales y guardias de corps sin aguardar aviso se movieron y en una carga bizarrísima arrollaron las tropas ligeras del enemigo, y las arrojaron en una torrentera de las que causan en aquel pais las lluvias. Fue al socorro de los suyos la caballería de la guardia imperial, y nuestros ginetes cediendo al número se guarecieron de su infantería. Cayeron muertos en aquel lance los ayudantes mayores de carabineros Escobedo y Chaperon, lidiando este bravamente y cuerpo á cuerpo con varios soldados del ejército contrario. Arreciando la pelea, se adelantó la cuarta division de

Galicia, puesta antes á las órdenes inmediatas de Cuesta con consentimiento de Blake. Dicen unos que obró por impulso propio, otros por acertada disposicion del primer general. Iban en ella dos batallones de granaderos entresacados de varios regimientos, el provincial de Santiago y el de línea de Toledo, á los que se agregaron algunos bisoños, entre otros el de Covadonga. Arremetieron con tal brio que fueron los franceses rechazados y deshechos, cogiendo los nuestros cuatro cañones. Momento apurado para el enemigo y que dió indicio de cuán otro hubiera sido el éxito de la batalla á haber habido mayor acuerdo entre los generales españoles. Mas la adquirida ventaja duró corto tiempo. En el intervalo habia crecido el desórden y la derrota en las tropas de Blake. En balde este general habia querido contener al enemigo con la columna de granaderos provinciales que tenia como en reserva. Estos no correspondieron á lo que su fama prometia por culpa en gran parte de algunos de los gefes. Fueron como los demas envueltos en el desórden, y caballos enemigos que subieron á la altura acabaron de aumentar la confusion. Entonces Merle mas desembarazado revolvió sobre la cuarta division que habia alcanzado la ventaja arriba indicada, y flanqueándola por su derecha la contuvo y desconcertó. Los franceses luego acometieron intrépidamente por todos lados, extendiéronse por la meseta ó alto de la posicion de Blake, y todo lo atropellaron y desbarataron, apoderándose de nuestras no aguerridas tropas la confusion y el espanto. Individualmente hubo soldados, y sobre todo oficiales que vendieron caras sus vidas, contándose entre los mas valerosos al ilustre conde de Maceda, quien *pródigo de su grande alma*, cual otro Paulo, prefirió arrojarse á la muerte antes que ver con sus ojos la rota de los suyos. Vanos fueron los esfuerzos del general Blake y de los de su estado mayor, particularmente de los distinguidos oficiales Don Juan Moscoso, Don Antonio Burriel y Don José Maldonado, para rehacer la gente. Eran sordos á su voz los mas de los soldados, manteniéndose por aquel punto solo unido y lidiando el batallon de voluntarios de Navarra mandado por el coronel Don Gabriel de Mendizabal. Cundiendo el desórden no fue tampoco dable á Cuesta impedir la confusion de los suyos, y ambos generales españoles se retiraron á corta distancia uno de otro sin ser muy molestados por el enemigo, pero entre sí con ánimo mas opuesto y enconado. Tomaron el camino de Villalpando y Benavente. Pasó de 4000 la pérdida de los nuestros entre muertos, heridos, prisioneros y extraviados, con varias piezas de artillería. De los contrarios perecieron unos 500 y mas de 700 fueron los heridos. Lamentable jornada debida á la obstinada ceguedad é ignorancia de Cuesta, al poco concierto entre él y Blake, y á la débil y culpable condescendencia de la junta de Galicia. La tropa bisoña y aun el paisanage, habiendo peleado largo rato con entusiasmo y denuedo, claramente mostraron lo que con

mayor disciplina y mejor acuerdo de los gefes hubieran podido llevar á glorioso remate. Mucho perjudicó á la causa de la patria tan triste suceso. Se perdieron hombres, se consumieron en balde armas y otros pertrechos, y sobre todo se menoscabó en gran manera la confianza.

Rioseco pagó duramente la derrota padecida casi á sus puertas. Nunca pudo autorizar el derecho de la guerra el saqueo y destruccion de un pueblo que por sí no habia opuesto resistencia. Mas el enemigo, con pretexto de que soldados dispersos habian hecho fuego cerca de los arrabales, entró en la ciudad matando por calles y plazas. Los vecinos que quisieron fugarse murieron casi todos á la salida. Allanaron los franceses las casas, los conventos y los templos, destruyeron las fábricas, robándolo todo y arruinándolo. Quitaron la vida á mozos, ancianos y niños, á religiosos y á varias mugeres, violándolas á presencia de sus padres y maridos. Lleváronse otras al campamento, abusando de ellas hasta que hubieron fallecido. Quemaron mas de cuarenta casas, y coronaron tan horrorosa jornada con formar de la hermosa iglesia de Santa Cruz un infame lupanar, en donde fueron víctima del desenfreno de la soldadesca muchas monjas, sin que se respetase aun á las muy ancianas. No pocas horas duró el tremendo destrozo.

Avanza Bessières á Leon.

Bessières despues de avanzar hasta Benavente persiguió á Cuesta camino de Leon, á cuya ciudad llegó este el 17, abandonándola en la noche del 18 para retirarse hácia Salamanca. El general francés que habia dudado antes si iria ó no á Portugal, sabiendo este movimiento y el que Blake y los asturianos se habian replegado detras de las montañas, desistió de su intento y se contentó con entrar en Leon y recorrer la tierra llana.

Su correspondencia con Blake.

Desde el 22 abrió el mariscal francés correspondencia con Blake haciéndole proposiciones muy ventajosas para que él y su ejército reconociesen á José. Respondióle el general español con firmeza y decoro, concluyendo los tratos con una carta de este demasiadamente vanagloriosa, y una respuesta de su contrario atropellada y en que se pintaba el enfado y despecho *. (* Ap. n. 14 bis.)

La batalla de Rioseco fatal para los españoles llenó de júbilo á Napoleon, comparándola con la de Villaviciosa que habia asegurado la corona en las sienes de Felipe V. Satisfecho con la agradable nueva, ó mas bien sirviéndole de honroso y simulado motivo, abandonó á Bayona, de donde el 21 de julio por la noche salió para Paris, visitando antes los departamentos del mediodia. No fue la vez primera ni la única en que, alejándose á tiempo, procuraba que sobre otros recayesen las faltas y errores que se cometian en su ausencia.

Viage de José a Madrid.

José, á quien dejamos á la raya de España y pisando su territorio, el 9 de julio habia seguido su camino á

cortas jornadas. A do quiera que llegaba acogíanle friamente; las calles de los pueblos estaban en soledad y desamparo, y no habia para recibirle sino las autoridades que pronunciaban discursos, forzadas por la ocupacion francesa. El 16 supo en Burgos las resultas de la batalla de Rioseco, con lo que mas desahogadamente le fue lícito continuar su viage á Madrid. En el tránsito quiso manifestarse afable, lo cual dió ocasion á los satíricos donaires de los que le oian; porque, poco práctico en la lengua española, alteraba su pureza con vocablos y acento de la italiana, y sus arengas en vez de cautivar los ánimos solo los movian á risa y burla.

Su entrada en la capital. El 20 en fin llegó á Chamartin á mediodia y se apeó en la quinta del duque del Infantado, disponiéndose á hacer su entrada en Madrid. Verificóla pues en aquella propia tarde á las seis y media, yendo por la puerta de Recoletos, calle de Alcalá y Mayor hasta palacio. Habian mandado colgar y adornar las casas. Raro ó ninguno fue el vecino que obedeció. Venia escoltado para seguridad y mayor pompa de mucha infantería y caballería, generales y oficiales de estado mayor, y contados españoles de los que estaban mas comprometidos. Interrumpíase la silenciosa marcha con los solos vivas de algunos franceses establecidos en Madrid, y con el estruendo de la artillería. Las campanas en lugar de tañer como á fiesta las hubo que doblaron á manera de dia de difuntos. Pocos fueron los habitantes que se asomaron ó salieron á ver la ostentosa solemnidad. Y aun el grito de uno que prorumpió en *viva Fernando VII* causó cierto desórden por el recelo de alguna oculta trama. Recibimiento que representaba al vivo el estado de los ánimos, y singular en su contraste con el que se habia dado á Fernando VII en 24 de marzo. Asemejóse muy mucho al de Cárlos de Austria en 1710, en el que se mezclaron con los pocos vítores que le aplaudian varios que osaron aclamar á Felipe V. Pero José no se ofendió ni de extraños clamores ni de la expresiva soledad como el austriaco. Este al llegar á la puerta de Guadalajara torció á la derecha y se salió por la calle de Alcalá diciendo « que era una corte sin gente. » José se posesionó de Palacio y desde luego admitió á cumplimentarle á las autoridades, consejos y principales personas al efecto citadas.

Retrato de José. Ahora no parecerá fuera de propósito que nos detengamos á dar una idea, si bien sucinta, del nuevo rey, de su carácter y prendas. Comenzaremos por asentar con desapasionada libertad que en tiempos serenos y asistido de autoridad, sino mas legítima por los menos de orígen menos odioso, no hubiera el intruso deshonrado el solio, mas sí cooperado á la felicidad de España. José habia nacido en Córcega, año de 1768. Habiendo estudiado en el colegio de Autun en Borgoña, volvió á su patria en 1785 en donde despues fue individuo de la administracion departamental, á cuya cabeza estaba el célebre Paoli. Casado

en 1794 con una hija de Mr. Clari, hombre de los mas acaudalados de Marsella, acompañó al general Bonaparte en su primera campaña de Italia. Hallábase embajador en Roma á la sazon que sublevándose el pueblo acometió su palacio y mató á su lado al general Duphot. Miembro á su regreso del consejo de los Quinientos, defendió con esfuerzo á su hermano que, entonces en Egipto, era vivamente atacado por el directorio. Despues de desempeñar comisiones importantes y de haber firmado el concordato con el papa, los tratados de Luneville, Amiens y otros, tomó asiento en el senado. Mas cuando Napoleon convirtió la Francia en un vasto campo militar y sus habitantes en soldados, ciñó á su hermano la espada, dándole el mando del cuarto regimiento de línea, uno de los destinados al tan pregonado desembarco de Inglaterra. No descolló empero en las armas, cual conviniera al que fue á domeñar despues una nacion fiera y altiva como la española. Al subir Napoleon al trono ofreció á José la corona de Lombardía que se negó á admitir, accediendo en 1806 á recibir la de Nápoles, cuyo reino gobernó con algun acierto. Fue en España mas desgraciado á pesar de las prendas que le adornaban. Nacido en la clase particular y habiendo pasado por los vaivenes y trastornos de una gran revolucion política, poseia á fondo el conocimiento de los negocios públicos y el de los hombres. Suave de condicion, instruido y agraciado de rostro, y atento y delicado en sus modales, hubiera cautivado á su partido las voluntades españolas, si antes no se las hubiera tan gravemente lastimado en su pundonoroso orgullo. Ademas la extrema propension de José á la molicie y deleites, oscureciendo algun tanto sus bellas dotes, dió ocasion á que se inventasen respecto de su persona ridículas consejas y cuentos creidos por una multitud apasionada y enemiga. Asi fue que, no contentos con tenerle por ebrio y disoluto, deformáronle hasta en su cuerpo fingiendo que era tuerto. Su misma locucion fácil y florida perjudicóle en gran manera, pues arrastrado de su facundia se arrojaba como hemos advertido á pronunciar discursos en lengua que no le era familiar, cuyo inmoderado uso unido á la fama exagerada de sus defectos provocó á componer farsas populares que, representadas en todos los teatros del reino, contribuyeron no tanto al odio de su persona como á su desprecio; afecto del ánimo mas temible para el que anhela afianzar en sus sienes una corona. Por tanto José, si bien enriquecido de ciertas y laudables calidades, carecia de las virtudes bélicas y austeras que se requerian entonces en España, y sus imperfecciones, débiles lunares en otra coyuntura, ofrecíanse abultadas á los ojos de una nacion enojada y ofendida.

Su proclamacion.

Los pocos dias que el nuevo rey residió en Madrid se pasaron en ceremonias y cumplidos. Señalóse el 25 de julio para su proclamacion. Prefirieron aquel dia por ser el de Santiago, creyendo asi agradar á la devocion española que le reco-

nocia como patron del reino. Hizo las veces de alferez mayor el conde de Campo de Alange, estando ausente y habiendo rehusado asistir el marqués de Astorga á quien de derecho competia.

Su reconocimiento.

Consejo de Castilla.

Todas las autoridades despues de haber cumplimentado á José le prestaron con los principales personages juramento de fidelidad. Solo se resistieron el consejo de Castilla y la sala de alcaldes. Muy de elogiar seria la conducta del primero, si con empeño y honrosa porfía se hubiera antes constantemente opuesto á las resoluciones de la autoridad intrusa. Habia sí á veces suprimido la fórmula, al publicar sus decretos, de que estos se *guardasen* y *cumpliesen*; pero imprimiéndose y circulándose á su nombre, el pueblo que no se detenia en otras particularidades achacaba al consejo y vituperaba en él la autorizacion de tales documentos, y los hombres entendidos deploraban que se sirviese de un efugio indigno de supremos magistrados. Porque al paso que doblaban la cerviz al usurpador, buscaban con sutilezas é impropios ardides un descargo á la severa responsabilidad que sobre ellos pesaba; proceder que los malquistó con todos los partidos.

Desde la llegada de José á España habíase ordenado al consejo que se dispusiese á prestar el debido juramento. En el 22 de julio expresamente se le reiteró cumpliese con aquel acto, segun lo prevenido en la constitucion de Bayona la cual ya de antemano se le habia ordenado que circulase. El consejo, sabedor de la resistencia general de las provincias, y previendo el compromiso á que se exponia, habia procurado dar largas, y no antes del 24 respondió á las mencionadas órdenes. En dicho dia remitió dos representaciones que abrazaban ambos puntos el del juramento y el de la constitucion. Acerca de la última expuso: « que él no representaba á « la nacion, y sí únicamente las córtes, las que no habian recibido « la constitucion; que seria una manifiesta infraccion de todos los de- « rechos mas sagrados el que tratándose, no ya del establecimiento « de una ley sino de la extincion de todos los códigos legales y de « la formacion de otros nuevos, se obligase á jurar su observancia « antes que la nacion los reconociese y aceptase. » Justa y saludable doctrina de que en adelante se desvió con frecuencia el mismo consejo.

Hasta en el presente negocio cedió al fin respecto de la constitucion de Bayona, cuya publicacion y circulacion tuvo efecto con su anuencia en 26 de julio. Animáronle á continuar en la negativa del pedido juramento los avisos confidenciales que ya llegaban del estado apurado de los franceses en Andalucía: por lo cual el 28 insistió en las razones alegadas, añadiendo nuevas de conciencia. A unas y á otras le hubiera la necesidad obligado á encontrar salida y someterse á lo que se le ordenaba, segun antes habia en todo practicado, si grandes acontecimientos allende la Sierra-Morena no

hubieran distraido de los escrúpulos del consejo y suscitado nuevos é impensados cuidados al gobierno intruso.

Al llegar aqui de suyo se nombra la batalla de Bailen: memorable suceso que exige lo refiramos circunstanciadamente.

Acontecimientos que precedieron á la batalla de Bailen.

No habrá el lector olvidado como Dupont despues de abandonar á Córdoba se habia replegado á Andújar, y asentando alli su cuartel general, sucesivamente habia recibido los refuerzos que le llevaron los generales Vedel y Gobert. Antes de esta retirada y para impedirla se habia formado un plan por los españoles. Don Francisco Javier Castaños se oponia á que este se realizase, pensando quizá fundadamente que ante todo debia organizarse el ejército en un campo atrincherado delante de Cádiz. En tanto Dupont frustró con su movimiento retrógrado el intento que habia habido de rodearle. Alentáronse los nuestros, y solo Castaños insistió de nuevo en su anterior dictámen. Inclinábase á adoptarle la junta de Sevilla hasta que arrastrada por la voz pública, y noticiosa de que tropas de refresco avanzaban á unirse al enemigo, determinó que se le atacase en Andújar.

Castaños desde que habia tomado el mando del ejército de Andalucía habia tratado de engrosarle, y disciplinar á los innumerables paisanos que se presentaban á alistarse voluntariamente. En Utrera estableció su cuartel general, y en aquel pueblo y Carmona se juntaron unas en pos de otras todas las fuerzas, asi las que venian de San Roque, Cádiz y Sevilla, como las que con Echavarri habian peleado en Alcolea. No tardaron mucho las de Granada en aproximarse y darse la mano con las demas. Para mayor seguridad rogó Castaños al general Spencer, quien con 5000 ingleses segun se apuntó estaba en Cádiz á bordo de la escuadra de su nacion, que desembarcase y tomase posicion en Jerez. Entonces no condescendió este general con su deseo, prefiriendo pasar á Ayamonte y sostener la insurreccion de Portugal. No tardó sin embargo el inglés en volver y desembarcar en el puerto de Santa María, en donde permaneció corto tiempo sin tomar parte en la guerra de Andalucía.

Distribucion del ejército español de Andalucía.

Puestos de inteligencia los gefes españoles dispusieron su ejército en tres divisiones con un cuerpo de reserva. Mandaba la primera Don Teodoro Reding con la gente de Granada; la segunda el marqués de Coupigny, y se dejó la tercera á cargo de Don Felix Jones que debia obrar unida á la reserva capitaneada por Don Manuel de la Peña. El total de la fuerza ascendia á 25,000 infantes y 2000 caballos. A las órdenes de Don Juan de la Cruz habia una corta division, compuesta de las compañías de cazadores, de algunos cuerpos de paisanos y otras tropas ligeras, con partidas sueltas de caballería, que en todo ascendia á 1000 hombres. Tambien Don Pedro Valde-

cañas mandaba por otro lado pequeños destacamentos de gente allegadiza.

Los españoles avanzando se extendieron desde el 1° de julio por el Carpio y ribera izquierda del Guadalquivir. Los franceses para buscar víveres y cubrir su flanco habian al propio tiempo enviado á Jaen el general de brigada Cassagne con 1500 hombres. A las once del mismo dia acercándose los franceses á la ciudad tuvieron varios reencuentros con los nuestros, y hasta el 3 que por la noche la desampararon estuvieron en continuado rebato y pelea, ya con paisanos y ya con el regimiento de suizos de Reding y voluntarios de Granada, que habian acudido á la defensa de los suyos. Dupont sabedor del movimiento del general Castaños, no queriendo tener alejadas sus fuerzas, habia ordenado á Cassagne que retrocediese, y así se libertó Jaen de la ocupacion de unos soldados que tanto daño le habian ocasionado en la primera.

Consejo celebrado para atacar á los franceses.

Instando de todos lados para que se acometiese decididamente al enemigo, celebraron en Porcuna el 11 de julio los gefes españoles un consejo de guerra en el que se acordó el plan de ataque. Conforme á lo convenido debia Don Teodoro Reding cruzar el Guadalquivir por Mengíbar y dirigirse sobre Bailen, sosteniéndole el marqués de Coupigny que habia de pasar el rio por Villanueva. Al mismo tiempo Don Francisco Javier Castaños quedó encargado de avanzar con la tercera division y la reserva y atacar de frente al enemigo, cuyo flanco derecho debia ser molestado por las tropas ligeras y cuerpos francos de Don Juan de la Cruz, quien atravesando por el puente de Marmolejo, que aunque cortado anteriormente estaba ya transitable, se situó al efecto en las alturas de Sementera.

El 13 se empezó á poner en obra el concertado movimiento, y el 15 hubo varias escaramuzas. Dupont, inquieto con las tropas que veia delante de sí, pidió á Vedel que le enviase de Bailen el socorro de una brigada; pero este no queriendo separarse de sus soldados fue en persona con su division, dejando solamente á Liger-Belair con 1300 hombres para guardar el paso de Mengíbar. En el mismo 15 los franceses atacaron á Cruz, quien despues de haber combatido bizarramente se trasfirió á Peñascal de Morales, replegándose los enemigos á sus posiciones. No hubo en el 16 por el frente, ó sea del lado de Castaños, sino un recio cañoneo; pero fue grave y glorioso para los españoles el choque en que se vió empeñado en el propio dia el general Reding.

Accion de Mengíbar.

Segun lo dispuesto trató este general de atacar al enemigo, y al tiempo que le amenazaba en su posicion de Mengíbar, á las cuatro de la mañana cruzó el rio á media legua por el vado apellidado del Rincon. Le desalojó de todos los puntos, y obligó á Liger-Belair á retirarse hácia Bailen, de donde volando á su socorro el general Gobert, recibió este un balazo en la cabeza,

de que murió poco despues. Cuerpos nuevos como el de Antequera y otros se estrenaron aquel dia con el mayor lucimiento. Contribuyó en gran manera al acierto de los movimientos el experto y entendido mayor general Don Francisco Javier Abadia. Nada embarazaba ya la marcha victoriosa de los españoles; mas Reding como prudente capitan suspendió perseguir al enemigo, y repasando por la tarde el rio aguardó á que se le uniese Coupigny. Pareció ser dia de buen agüero porque en 1212 en el mismo 16 de julio, segun el cómputo de entonces, habíase ganado la célebre batalla de las Navas de Tolosa, pueblo de alli poco distante : siendo de notar que el parage en donde hubo mayor destrozo de moros, y que aun conserva el nombre de Campo de Matanza, fue el mismo en que cayó mortalmente herido el general Gobert.

De resultas de este descalabro determinó Dupont que Vedel tornase á Bailen, y arrojase los españoles del otro lado del rio. Empezaba el terror á desconcertar á los franceses. Aumentóse con la noticia que recibieron de lo ocurrido en Valencia, y por do quiera no veian ni soñaban sino gente enemiga. Asi fue que Dufour, sucesor de Gobert, y Liger-Belair escarmentados con la pérdida que el 16 experimentaron en Mengibar, y temerosos de que los españoles mandados por Don Pedro Valdecañas, que habian acometido y sorprendido en Linares un destacamento francés, se apoderasen de los pasos de la sierra y fuesen despues sostenidos por la division victoriosa de Reding, en vez de mantenerse en Bailen caminaron á Guarroman tres leguas distante. Ya se habian puesto en marcha cuando Vedel de vuelta de Andújar llegó al primer pueblo, y sin aguardar noticia ni aviso alguno recelándose que Dufour y su compañero pudiesen ser atacados prosiguió adelante, y uniéndose á ellos avanzaron juntos á la Carolina y Santa Elena.

En el intermedio y al dia siguiente de la gloriosa accion que habia ganado, movió el general Reding su campo, repasó de nuevo el rio en la tarde del 17, é incorporándosele al amanecer el marqués de Coupigny entraron ambos el 18 en Bailen. Sin permitir á su gente largo descanso disponíanse á revolver sobre Andújar, con intento de coger á Dupont entre sus divisiones y las que habian quedado en los Visos, cuando impensadamente se encontraron con las tropas de dicho general, que de priesa y silenciosamente caminaban. Habia el francés salido de Andújar al anochecer del 18, despues de destruir el puente y las obras que para su defensa habia levantado. Escogió la oscuridad deseoso de encubrir su movimiento, y salvar el inmenso bagage que acompañaba á sus huestes.

Batalla de Bailen, 19 de julio.

Abria Dupont la marcha con 2600 combatientes, mandando Barbou la columna de retaguardia. Ni franceses ni españoles se imaginaban estar tan cercanos; pero desengañólos el tiroteo que de noche empezó á oirse en los puntos avanzados. Los generales españoles, que estaban reunidos en una

almazara ó sea molino de aceite á la izquierda del camino de Andújar, paráronse un rato con la duda de si eran fusilazos de su tropa bisoña ó reencuentro con la enemiga. Luego los sacó de ella una granada que casi cayó á sus pies á las doce y minutos de aquella misma noche, y principio ya del dia 19. Eran en efecto fuegos de tropas francesas que habiendo las primeras y mas temprano salido de Andújar, habian tenido el necesario tiempo para aproximarse á aquellos parages. Los gefes españoles mandaron hacer alto, y Don Francisco Venegas Saavedra, que en la marcha capitaneaba la vanguardia, mantuvo el conveniente órden, y causó diversion al enemigo en tanto que la demas tropa ya puesta en camino volvia á colocarse en el sitio que antes ocupaba. Los franceses por su parte avanzaron mas allá del puente que hay á media legua de Bailen. En unas y otras no empezó á trabarse formalmente la batalla hasta cerca de las cuatro de la mañana del citado 19. Aunque los dos grandes trozos ó divisiones, en que se habia distribuido la fuerza española alli presente, estaban al mando de los generales Reding y Coupigny, sometido este al primero, ambos gefes acudian indistintamente con la flor de sus tropas á los puntos atacados con mayor empeño. Ayudóles mucho para el acierto el saber y tino del mayor general Abadía.

La primera acometida fue por donde estaba Coupigny. Rechazáronla sus soldados vigorosamente, y los guardias walonas, suizos, regimientos de Bujalance, Ciudad-Real, Trujillo, Cuenca, Zapadores y el de caballería de España embistieron las alturas que el enemigo señoreaba y le desalojaron. Roto este enteramente se acogió al puente, y retrocedió largo trecho. Reconcentrando en seguida Dupont sus fuerzas volvió á posesionarse de parte del terreno perdido, y extendió su ataque contra el centro y costado derecho español en donde estaba Don Pedro Grimarest. Flaqueaban los nuestros de aquel lado, pero auxiliados oportunamente por Don Francisco Venegas, fueron los franceses del todo arrollados teniendo que replegarse. Muchas y porfiadas veces repitieron los enemigos sus tentativas por toda la línea, y en todas fueron repelidos con igual éxito. Manejaron con destreza nuestra artillería los soldados y oficiales de aquella arma mandados por los coroneles Don José Juncar y Don Antonio de la Cruz, consiguiendo desmontar de un modo asombroso la de los contrarios. La sed causada por el intenso calor era tanta que nada disputaron los combatientes con mayor encarnizamiento como el apoderarse, ya unos ya otros, de una noria sita mas abajo de la almazara antes mencionada.

A las doce y media de la mañana Dupont lleno de enojo púsose con todos los generales á la cabeza de las columnas, y furiosa y bravamente acometieron juntos al ejército español. Intentaron con particular arrojo romper nuestro centro, en donde estaban los ge-

nerales Reding y Abadía, llegando casi á tocar con los cañones los marinos de la guardia imperial. Vanos fueron sus esfuerzos, inútil su conato. Tanto ardimiento y maestría estrellóse contra la bravura y constancia de nuestros guerreros. Cansados los enemigos, del todo decaidos, menguados sus batallones, y no encontrando refugio ni salida, propusieron una suspension de armas que aceptó Reding.

Mientras que la victoria coronaba con sus laureles á este general, Don Juan de la Cruz no habia permanecido ocioso. Informado del movimiento de Dupont en la misma noche del 18 se adelantó hasta los Baños, y colocándose cerca del Herrumblar á la izquierda del enemigo, le molestó bastantemente. Castaños debió tardar mas en saber la retirada de los franceses, puesto que hasta la mañana del 19 no mandó á Don Manuel de la Peña ponerse en marcha. Llevó este consigo la tercera division de su mando reforzada, quedándose con la reserva en Andújar el general en gefe. Peña llegó cuando se estaba ya capitulando : habia antes tirado algunos cañonazos para que Reding estuviese advertido de su llegada, y quizá este aviso aceleró el que los franceses se rindiesen.

Vedel en su correria no habiendo descubierto por la sierra tropas españolas, unido con Dufour permaneció el 18 en la Carolina, despues de haber dejado para resguardar el paso en Santa Elena y Despeñaperros dos batallones y algunas compañías. Allí estaba cuando al alborear del 19 oyendo el cañoneo del lado de Bailen, emprendió su marcha, aunque lentamente, hácia el punto de donde partia el ruido. Tocaba ya á las avanzadas españolas, y todavía reposaban estas con el seguro de la pactada tregua. Advertido sin embargo Reding envió al francés un parlamento con la nueva de lo acaecido. Dudó Vedel si respetaria ó no la suspension convenida, mas al fin envió un oficial suyo para cerciorarse del hecho.

Ocupaban por aquella parte los españoles las dos orillas del camino. En la ermita de San Cristóbal, que está á la izquierda yendo de Bailen á la Carolina, se habia situado un batallon de Irlanda, y el regimiento de Ordenes Militares al mando de su valiente coronel Don Francisco de Paula Soler : en frente y del otro lado se hallaba otro batallon de dicho regimiento de Irlanda con dos cañones. Pesaroso Vedel de haber suspendido su marcha, ú obrando quizá con doblez, media hora despues de haber contestado al parlamento de Reding, y de haber enviado un oficial á Dupont, mandó al general Cassagne que atacase el puesto de los españoles últimamente indicado. Descansando nuestros soldados en la buena fé de lo tratado, fuele fácil al francés desbaratar al batallon de Irlanda que allí habia, cogerle muchos prisioneros, y aun los dos cañones. Mayor oposicion encontró el enemigo en las fuerzas que mandaba Soler, quien aguantó bizarramente la acometida que le

dió el gefe de batallon Roche. Interesaba mucho aquel punto de la ermita de San Cristóbal, porque se facilitaba apoderándose de ella la comunicacion con Dupont. Viendo la porfiada y ordenada resistencia que los españoles ofrecian, iba Vedel á atacar en persona la ermita, cuando recibió la órden de su general en gefe de no emprender cosa alguna, con lo que cesó en su intento calificado por los españoles de alevoso.

Capitulacion del ejército francés.

Negociábase pues el armisticio que antes se habia entablado. Fue enviado por Dupont para abrir los tratos el capitan Villoutreys de su estado mayor. Pedia el francés la suspension de armas y el permiso de retirarse libremente á Madrid. Concedió Reding la primera demanda, advirtiendo que para la segunda era menester abocarse con Don Francisco Javier Castaños que mandaba en gefe. A él se acudió autorizando los franceses al general Chabert para firmar un convenio. Inclinábase Castaños á admitir la proposicion de dejar á los enemigos repasar sin estorbo la Sierra-Morena. Pero la arrogancia francesa disgustando á todos, excitó al conde de Tilly á oponerse, cuyo dictámen era de gran peso como individuo de la junta de Sevilla, y de hombre que tanta parte habia tomado en la revolucion. Vino en su apoyo el haberse interceptado un despacho de Savary de que era portador el oficial Mr. de Fenelon. Preveníasele á Dupont en su contenido que se recogiese al instante á Madrid en ayuda de las tropas que iban á hacer rostro á los generales Cuesta y Blake que avanzaban por la parte de Castilla la Vieja. Tilly á la lectura del oficio insistió con ahinco en su opinion, añadiendo que la victoria alcanzada en los campos de Bailen de nada serviria sino de favorecer los deseos del enemigo, caso que se permitiese á sus soldados ir á juntarse con los que estaban allende la sierra. A sus palabras irritados los negociadores franceses se propasaron en sus expresiones hablando mal de los paisanos españoles y exagerando sus excesos. No quedaron en zaga en su réplica los nuestros, echándoles en cara escándalos, saqueos y perfidias. De ambas partes agriándose sobremanera los ánimos, rompiéronse las entabladas negociaciones.

Mas los franceses no tardaron en renovarlas. La posicion de su ejército por momentos iba siendo mas crítica y peligrosa. Al ruido de la victoria habia acudido de la comarca la poblacion armada, la cual y los soldados vencedores estrechando enderredor al enemigo abatido y cansado, sofocado con el calor y sediento, le sumergian en profunda afliccion y desconsuelo. Los gefes franceses no pudiendo los mas sobrellevar la dolorosa vista que ofrecian sus soldados, y algunos, si bien los menos, temerosos de perder el rico botin que los acompañaba, generalmente persistieron en que se concluyese una capitulacion. Y como las primeras conferencias no habian tenido feliz resulta, escogióse para ajustarla al general Ma-

rescot que por acaso se habia incorporado al ejército de Dupont. De antiguo conocia al nuevo plenipotenciario Don Francisco Javier Castaños, y lisonjeáronse los que le eligieron con que su amistad llevaria la negociacion á pronto y cumplido remate.

Habianse ya trabado nuevas pláticas, y todavia hubo oficiales franceses que, escuchando mas á los ímpetus de su adquirida gloria que á lo que su situacion y la fé empeñada exigian, propusieron embestir de repente las líneas españolas, y uniéndose con Vedel salvarse á todo trance. Dupont mismo sobrecogido y desatentado dió órdenes contradictorias, y en una de ellas insinuó á Vedel que se considerase como libre y se pusiese en cobro. Bastóle á este general el permiso para empezar á retirarse por la noche burlándose de la tregua. Notando los españoles su fuga, intimaron á Dupont que de no cumplir él y los suyos la palabra dada, no solamente se romperia la negociacion, sino que tambien sus divisiones serian pasadas á cuchillo. Arredrado con la amenaza, envió el francés oficiales de su estado mayor que detuviesen en la marcha á Vedel, el cual aunque cercado de un enjambre de paisanos, y hostigado por el ejército español, vaciló si habia ó no de obedecer. Mas aterrorizados oficiales y soldados, era tanto su desaliento que de veintitres gefes que convocó á consejo de guerra, solo cuatro opinaron que debia continuarse la comenzada retirada. Mal de su grado sometióse Vedel al parecer de la mayoría.

Terminóse pues la capitulacion oscura y contradictoria en alguna de sus partes; lo que en seguida dió márgen á disputas y altercados*. Segun los primeros artículos se hacia una distincion bien marcada entre las tropas del general Dupont y las de Vedel. Las unas eran consideradas como prisioneras de guerra, debiendo rendir las armas, y sujetarse á la condicion de tales. A las otras si bien forzadas á evacuar la Andalucía, no se les obligaba á entregar las armas sino en calidad de depósito, para devolvérselas á su embarco. Pero esta distincion desaparecia en el artículo 6° en donde se estipulaba que todas las tropas francesas de Andalucía se harian á la vela desde San Lúcar y Rota para Rochefort en buques tripulados por españoles. Ignoramos si hubo ó no malicia en la insercion del artículo. Si procedió de ardid de los negociadores franceses, enredáronse entonces en su propio lazo, pues no era hacedero aprestar los suficientes barcos con tripulacion nacional. Tenemos por mas probable que anhelando todos concluir el convenio se precipitaron á cerrarle, dejándole en parte ambiguo y vago.

(* Ap. n. 16.)

La capitulacion firmóse en Andújar el 22 de julio por Don Francisco Javier Castaños y el conde de Tilly á nombre de los españoles, y lo fue al de los franceses por los generales Marescot y Chabert. Al dia siguiente desfiló la fuerza que estaba á las órdenes inmediatas del general Dupont por delante de la reserva y tercera division

españolas, á cuyo frente se hallaban los generales Castaños y Don Manuel de la Peña. Censuróse que se diera la mayor honra y prez de la victoria á las tropas que menos habian contribuido á alcanzarla. Componíase la primera fuerza francesa de 8248 hombres, la cual rindió sus armas á 400 toesas del campo. El 24 trasladóse el mismo Castaños á Bailen, en donde las divisiones de Vedel y Dufour que constaban de 9593 hombres abandonaron sus fusiles, colocándolos en pabellones sobre el frente de banderas. Ademas entregaron unos y otros las águilas como tambien los caballos y la artillería que contaba 40 piezas. De suerte que entre los que habian perecido en la batalla, los rendidos y los que despues sucesivamente se rindieron en la sierra y Mancha, pasaba el total del ejército enemigo de 21,000 hombres. El número de sus muertos ascendia á mas de 2000 con gran número de heridos. Entre ellos perecieron el general Dupré y varios oficiales superiores. Dupont quedó tambien contuso. De los nuestros murieron 243, quedando heridos mas de 700.

Rinden las armas los franceses.

Reflexiones sobre la batalla.

Dia fue aquel de ventura y gloria para los españoles, de eterna fama para sus soldados, de terrible y dolorosa humillacion para los contrarios. Antes vencedores estos contra las mas aguerridas tropas de Europa, tuvieron que rendir ahora sus armas á un ejército bisoño compuesto en parte de paisanos y allegado tan apresuradamente que muchos sin uniforme todavia conservaban su antiguo y tosco vestido. Batallaron sin embargo los franceses con honra y valentía; cedieron á la necesidad, pero cedieron sin afrenta. Algunos de sus caudillos no pudieron ponerse á salvo de una justa y severa censura. Allá en Roma en parecido trance pasaron sus cónsules bajo el yugo despojados, y medio desnudos al decir de Tito Livio: « Aquí hubo gefes que « tuvieron mas cuenta con la mal adquirida riqueza que con el « buen nombre. » No ha faltado entre sus compatriotas quien haya achacado la capitulacion al deseo de no perder el cuantioso botin que consigo llevaban. Pudo caber tan ruin pensamiento en ciertos oficiales, mas no en su mayor y mas respetable número. Guerreros bravos y veteranos lidiaron con arrojo y maestría; sometiéronse á su mala estrella y á la dicha y señalado brio de los españoles.

La victoria pesada en la balanza de la razon casi tocó en portento. Cierto que las divisiones de Reding y de Coupigny, únicas que en realidad lidiaron, contaban un tercio de fuerza mas que las de Dupont, constando estas de 8000 hombres, y aquellas de 14,000. ¡ Pero qué inferioridad en su composicion! Las francesas superiorísimas en disciplina, bajo generales y oficiales inteligentes y aguerridos, bien pertrechadas y con artillería completa y bien servida, tenian la confianza que dan tamañas ventajas y una serie no interrumpida de victorias. Las españolas mal vestidas y armadas, con oficiales por la mayor parte poco prácticos en el arte de

la guerra y con soldados inexpertos, eran mas bien una masa de hombres de repente reunidos, que un ejército en cuyas filas hubiese la concordancia y órden propios de un ejército á punto de combatir. Nuestra caballería por su mala organizacion conceptuábase como nula á pesar del valor de los ginetes, al paso que la francesa brillaba y se aventajaba por su arreglo y destreza. La posicion ocupada por los españoles no fue mas favorable que la de los enemigos, habiendo al contrario tenido estos la fortuna de acometer los primeros á los nuestros que comenzaban su marcha. Podrá alegarse que hallándose á la retaguardia de Dupont las fuerzas de Castaños y Peña, se le inutilizaba á aquel su superioridad viéndose asi perseguido y estrechado; pero en respuesta diremos que tambien Reding tuvo á sus espaldas las tropas de Vedel, con la diferencia que las de Peña nunca llegaron al ataque, y las otras le realizaron por dos veces. No es extraño que mortificados los vencidos con la impensada rota, la hayan asimismo achacado á la penuria que experimentaban sus soldados, al cansancio y al calor terrible en aquella estacion y en aquel clima. Pero si los víveres abundaban en el campo de los españoles, era igual ó mayor la fatiga, y no herian con menos violencia los rayos del sol á muchos de los que siendo de provincias mas frescas estaban tan desacostumbrados como los franceses á los ardores de las del mediodia, de que varios cayeron sofocados y muertos. Hanse reprendido á Dupont y á sus generales graves faltas, y ¡cuáles no cometieron los españoles! Si Vedel y los suyos corrieron á la Carolina tras un enemigo que no existia, Castaños y la Peña se pararon sobrado tiempo en los visos de Andújar, figurándose tener delante un enemigo que habia desaparecido. El general francés, reputado como uno de los primeros de su nacion, aventajábase en nombradía al español, habiéndose ilustrado con gloriosos hechos en Italia, y en las orillas del Danubio y del Elba. Castaños, despues de haber servido con distincion en la campaña de Francia de 1795, gozaba fama de buen oficial y de hombre esforzado, mas no habia todavia tenido ocasion de señalarse como general en gefe. Suave de condicion amábanle sus subalternos; mañero en su conducta acusábanle otros de saber aprovecharse en beneficio propio de las hazañas agenas. Asi fue que quisieron privarle de todo loor y gloria en los triunfos de Bailen. Juicio apasionado é injusto. Pues si á la verdad no asistió en persona á la accion, y anduvo lento en moverse de Andújar, no por eso dejó de tomar parte en la combinacion y arreglo acordado para atacar y destruir al enemigo. Por lo demas la ventaja real que en esta célebre jornada asistió á los españoles, fue el puro y elevado entusiasmo que los animaba y la certeza de la justicia de la causa que defendian, al paso que los franceses decaidos en medio de un pueblo que los aborrecia, abrumados con su bagage y sus riquezas, conservaban si el valor de la disci-

plina y el suyo propio, pero no aquella exaltacion sublime con que habian asombrado al mundo en las primeras campañas de la revolucion.

Nos hemos detenido algun tanto en el cotejo de los ejércitos combatientes y en el de sus operaciones, no para dar preferencia en las armas á ninguna de las dos naciones, sino para descubrir la verdad y ponerla en su mas espléndido y claro punto. Los habitadores de España y Francia como todos los de Europa igualmente bravos y dispuestos á las acciones mas dignas y elevadas, han tenido sus tiempos de gloria y abatimiento, de fortuna y desdicha, dependiendo sus victorias ó de la prevision y tino de sus gobiernos, ó de la maestria de sus caudillos, ó de aquellos acasos tan comunes en la guerra, y por los que con razon se ha dicho que las armas tienen sus dias.

Camina el ejército rendido á la costa.

Los franceses despues de haberse rendido emprendieron su viage hácia la costa de noche y á cortas jornadas. Ademas de las contradicciones é inconvenientes que en sí envolvia la capitulacion, casi la imposibilitaban las circunstancias del dia. La autoridad, falta de la necesaria fuerza, no podia enfrenar el odio que habia contra los franceses, causadores de una guerra que Napoleon mismo calificó alguna vez de sacrílega*. El modo pérfido con que ella habia comenzado, los excesos, robos y saqueos cometidos en Córdoba y su comarca, tanto mas pesados, cuanto recaian sobre pueblos no habituados desde siglos á ver enemigos en sus hogares, excitaban un clamor general, y creíase universalmente que ni pacto ni tratado debia guardarse con los que no habian respetado ninguno. En semejante conflicto la junta de Sevilla consultó con los generales Morla y Castaños acerca de asunto tan grave. Disintieron ambos en sus pareceres. Con razon el último sostenia el fiel cumplimiento de lo estipulado, en contraposicion del primero que buscaba la aprobacion y aplauso popular. Adhirió la junta al dictámen de este, aunque injusto é indebido. Para sincerarse circuló un papel en cuyo contexto intentó probar que los franceses habian infringido la capitulacion, y que suya era la culpa si no se cumplia. Efugio indigno de la autoridad soberana cuando habia una razon principalísima, y que fundadamente podia producirse, cual era la falta de trasportes y marinería.

(* Ap. n. 16.)

Desórden en Lebrija causado por la presencia de los prisioneros.

Por pequeña ocasion aumentáronse las dificultades. Acaeció pues en Lebrija que descubriéndose casualmente en las mochilas de algunos soldados mas dinero que el que correspondia á su estado y situacion, irritóse en extremo el pueblo, y ellos, para libertarse del enojo que habia promovido el hallazgo, trataron de descargarse acusando á los oficiales. Del alboroto y pendencia resultaron muertes y desgracias. Propúsoseles entonces á los prisioneros que

para evitar disturbios se sujetasen á un prudente registro, depositando los equipages en manos de la autoridad. No cedieron al medio indicado, y otro incidente levantó en el puerto de Santa María gran bullicio. Al embarcarse allí el 14 de agosto para pasar la bahía, cayóse de la maleta de un oficial una patena y la copa de un cáliz. Fácil es adivinar la impresion que causaria la vista de semejantes objetos. Porque ademas de contravenirse á la capitulacion en que se habia expresamente estipulado la restitucion de los vasos sagrados, se escandalizaba sobremanera á un pueblo que en tan gran veneracion tenia aquellas alhajas. Encendidos los ánimos, se registraron los mas de los equipages, y apoderándose de ellos se maltrató á muchos prisioneros y se les despojó en general de casi todo lo que poseian.

En el puerto de Santa María.

Promovieron tales incidentes reclamaciones vivas del general Dupont y una correspondencia entre él y Don Tomas de Morla gobernador de Cádiz. Pedia el francés en ella los equipages de que se habia privado á los suyos, é insistiendo en su demanda contestóle entre otras cosas Morla: « ¿si « podia una capitulacion que solo hablaba de la seguridad de sus « equipages darle la propiedad de los tesoros que con asesinatos, « profanacion de cuanto hay sagrado, crueldades y violencias ha« bia acumulado su ejército de Córdoba y otras ciudades? ¿Hay « razon (continuaba), derecho ni principio que prescriba que se « debe guardar fé ni aun humanidad á un ejército que ha entrado « en un reino aliado y amigo so pretextos capciosos y falaces; que « se ha apoderado de su inocente y amado rey y toda su familia con « igual falacia; que les ha arrancado violentas é imposibles renun« cias á favor de su soberano, y que con ellas se ha creido autori« zado á saquear sus palacios y pueblos, y que porque no acceden « á tan inicuo proceder, profanan sus templos y los saquean, asesi« nan sus ministros, violan las vírgenes, estupran á su placer bár« baro, y cargan y se apoderan de cuanto pueden trasportar, y « destruyen lo que no? ¿Es posible que estos tales tengan la au« dacia oprimidos, cuando se les priva de estos que para ellos de« berian ser horrorosos frutos de su iniquidad, de reclamar los « *principios de honor y probidad?* » Verdades eran estas si bien mal expresadas, por desgracia sobradamente obvias y de todos conocidas. Mas las perfidias y escándalos pasados no autorizaban el quebrantamiento de una capitulacion contratada libremente por los generales españoles. ¿Qué seria de las naciones, qué de su progreso y civilizacion, si echándose recíprocamente en cara sus extravíos, sus violencias, olvidasen la fé empeñada y traspasasen y abatiesen los linderos que ha fijado el derecho público y de gentes? En Morla fue mas reprensible aquel lenguaje siendo militar antiguo, y hombre que despues á las primeras desgracias de su patria la abandonó villanamente y desertó al bando enemigo.

Correspondencia entre Dupont y Morla.

Consternacion del gobierno francés en Madrid.

Al paso que con las victorias de Bailen fue en las provincias colmado el júbilo y universal y extremado el entusiasmo, consternóse y cayó como postrado el gobierno de Madrid. Empezó á susurrarse tan grave suceso en el dia 23. De antemano y varias veces se habia anunciado la deseada victoria como si fuera cierta, por lo que los franceses calificaban la voz esparcida de vulgar é infundada. Sacóles del error el aviso de que un oficial suyo se aproximaba con la noticia. Llegó pues este, y supieron los pormenores de la desgracia acaecida. Habia cabido ser portador de la infausta nueva al mismo Mr. de Villoutreys que habia entablado en Bailen los primeros tratos, y á cuyo hado adverso tocaba el desempeño de enfadosas comisiones. Segun lo convenido en la capitulacion un oficial francés escoltado por tropa española debia en persona comunicarla al duque de Rovigo general en gefe del ejército enemigo, y ordenar tambien en su tránsito por la sierra y Mancha á los destacamentos apostados en la ruta, y que formaban parte de las divisiones rendidas, ir á juntarse con sus compañeros ya sometidos para participar de igual suerte. Cumplió fielmente Mr. de Villoutreys con lo que se le previno, y todos obedecieron incluso el destacamento de Manzanares. Fue el de Madrilejos el que primero resistió á la órden comunicada.

Retirase José.

Llegó á Madrid el fatal mensagero en 29 de julio. Congregó José sin dilacion un consejo compuesto de personas las mas calificadas. Variaron los pareceres. Fue el del general Savary retirarse al Ebro. Todos al fin se sometieron á su opinion, asi por salir de la boca del mas favorecido de Napoleon, como tambien porque avisos continuados manifestaban cuánto se empeoraba el semblante de las cosas. Por todas partes se conmovian los pueblos cercanos á la capital: no les intimidaba la proximidad de las tropas enemigas; cortábanse las comunicaciones; en la Mancha eran acometidos los destacamentos sueltos, y ya antes en Villarta habian sus vecinos desbaratado é interceptado un convoy considerable. Agolpáronse uno tras otro los reveses y los contratiempos: pocos hubo en Madrid de los enemigos y sus parciales que no se abatiesen y descorazonasen. A muchos faltábales tiempo para alejarse de un suelo que les era tan contrario y ominoso.

Españoles que le siguen.

José resuelto á partir, dejó á la libre voluntad de los españoles que con él se habian comprometido quedarse ó seguirle en la retirada. Contados fueron los que quisieron acompañarle. De los siete ministros, Cabarrus, Ofarril, Mazarredo, Urquijo y Azanza mantuviéronse adictos á su persona y no se apartaron de su lado. Permanecieron en Madrid Peñuela y Cevallos. Imitaron su ejemplo los duques del Infantado y el del Parque, como casi todos los que habian presenciado los acontecimientos de Bayona y asistido á su congreso. No faltó quien los tachase de inconsiguientes y desleales. Juzgaban otros diversamente, y decian

que los mas habian sido arrastrados á Francia ó por fuerza ó por engaños, y que si bien se propasaron algunos á pedir empleos ó gracias, nunca era tarde para reconciliarse con la patria, arrepentirse de un tropiezo causado por el miedo ó la ciega ambicion, y contribuir á la justa causa en cuyo favor la nacion entera se habia pronunciado. Lo cierto es que ni uno quizá de los que siguieron á José hubiera dejado de abrazar el mismo partido, á no haberles arredrado el temor de la enemistad y del odio que las pasiones del momento habian excitado contra sus personas.

Antes de abrir la marcha reconcentraron los enemigos hácia Madrid las fuerzas de Moncey y las desparramadas á orillas del Tajo. Clavaron en el Retiro y casa de la China mas de ochenta cañones, llevándose las vagillas y alhajas de los palacios de la capital y sitios reales, que no habian sido de antemano robadas. Tomadas estas medidas empezaron á evacuar la capital inmediatamente. Salió José el 30 cerrando la retaguardia en la noche del 31 el mariscal Moncey. Respiraron del todo y desembarazadamente aquellos habitantes en la mañana del 1° de agosto. El 9 entró el fugitivo rey en Burgos con Bessières, quien segun órdenes recibidas se habia replegado allí de tierra de Leon.

Destrozos causados en la retirada.

Acompañaron á los franceses en su retirada lágrimas y destrozos. Soldados desmandados y partidas sueltas esparcieron la desolacion y espanto por los pueblos del camino ó los poco distantes. Rezagábanse, se perdian para merodear y pillar, saqueaban las casas, talaban los campos sin respetar las personas ni lugares mas sagrados. Buitrago, el Molar, Iglesias, Pedrezuela, Gandullas, Broajos y sobre todo la villa de Venturada, abrasada y destruida, conservarán largo tiempo triste memoria del horroroso tránsito del extrangero.

Continuó José su marcha y en Miranda de Ebro hizo parada, extendiéndose la vanguardia de su ejército á las órdenes del mariscal Bessières hasta las puertas de Burgos. Terminóse así su malogrado y corto viage de Madrid, del que libres y menos apremiados por los acontecimientos, pasaremos á referir los nuevos y esclarecidos triunfos que alcanzaron las armas españolas en las provincias de Aragon y Cataluña.

LIBRO QUINTO.

Primer sitio y defensa de Zaragoza. — Asiento de la ciudad. — Estado apurado de la misma. — Salida de Palafox, 15 de junio. — Primera embestida de los franceses contra Zaragoza y su derrota, 15 de junio. — Don Lorenzo Calvo de Rozas. — Preparativos de defensa en Zaragoza. — Don Antonio San Génis. — Intimacion de Lefebvre Desnouettes. — El general Palafox en Épila. — Accion de Épila. — Piensa Palafox en volver á Zaragoza. — Entrada allí de Lazan el 24 de junio. — Juramento de los zaragozanos. — — Amenaza villana de un polaco á Calvo. — Conferencia y proposiciones de los generales franceses. — Los franceses reforzados. Verdier general en gefe. — Vuélase un almacen de pólvora. — Ataque contra el monte Torrero. — Castigo del comandante. — Llegada de un refuerzo á los españoles. — 30 de junio, principia el bombardeo. — Nuevas obras de defensa de los sitiados. — Ataques del 1° y 2 de julio. — Agustina Zaragoza. — Entrada de Palafox el 2 en Zaragoza. — Otros combates. — Puente echado por los franceses en San Lamberto. — Estrago hecho por los mismos. — Otras medidas de los sitiados. — Apodérase el enemigo de Villafeliche. — Otros combates. — Ataques del 3 y 4 de agosto. — Avanzan los franceses al Coso. — Salida de Palafox de Zaragoza. — Vuelve Lazan el 5 con socorros. — El 8 Palafox. — Continuan los choques y reencuentros. — Los franceses reciben el 6 órden de retirarse. — Contraórden poco despues. — Resolucion magnánima de los zaragozanos. — 13, órden definitiva dada á los franceses de retirarse. — Llegada á Zaragoza de una division de Valencia. — Aléjanse los franceses de Zaragoza el 14. — Fin del sitio. — Alegría de los aragoneses, estado de la ciudad. — Cataluña. — Bloqueo de Figueras por los somatenes. — Socorre la plaza el general Reille. — Don Juan Clarós. — Vuelve Duhesme á Gerona. — Junta de Lérida. — Tropas de Menorca mandadas por el marqués del Palacio. — El conde de Caldagués va en socorro de Gerona. — Atacan los franceses á Gerona el 13 de agosto. — Son derrotados el 16. — Levantan el sitio. — Portugal. — Estado de aquel reino y de su insurreccion. — Evora. — Expedicion inglesa enviada á Portugal. — Sir Arturo Wellesley. — Sale la expedicion de Cork. Desembarco en Mondego. — Estado de Junot y sus disposiciones. — Accion de Roliza. — Socorros llegados al ejército inglés. — Batalla de Vimeiro, 21 de agosto. — Armisticio entre ambos ejércitos. — Convenio del almirante ruso con el inglés. — Convencion de Cintra. — Españoles de Portugal. — Restablecen los ingleses la regencia de Portugal. — Yelbes sitiada por los españoles. — Almeida por los portugueses. — Desaprobacion general de la convencion de Cintra en Inglaterra. — Declaracion de S. M. B. de 4 de julio. — Peticiones y reclamaciones que se hacen á los diputados españoles. — Dumouriez. — Conde de Artois. — Luis XVIII. — Príncipe de Castelcicala. — Tropa española en Dinamarca. — Marqués de la Romana. — Lobo. — Fábregues. — Se disponen á embarcarse las tropas del norte. — Kindelan. — Kindelan y Guerrero. — Juramento de los españoles en Langeland. — Dan la vela para España. — Trátase de reunir una junta central. — Situacion de Madrid. — Consejo de Castilla. — Sus manejos. — Opinion sobre aquel cuerpo. — Estado de las juntas provinciales. — Llegada á Gibraltar del príncipe Leopoldo de Sicilia. — Correspondencia entre las juntas. — Proceder del consejo. — Entrada en Madrid de Llamas y Castaños. — Proclamacion de Fernando VII. — Insurreccion de Bilbao. — Movimientos en Guipúzcoa

y Navarra. — Nuevos manejos del consejo. — Propuesta de Cuesta á Castaños. — Consejo de guerra celebrado en Madrid. — Prende Cuesta á Valdés y Quintanilla. — Acaba el gobierno de las juntas provinciales.

Sin muro y sin torreones, segun nos ha trasmitido Floro *, defendióse largos años la inmortal Numancia contra el poder de Roma. Tambien desguarnecida y desmurada resistió al de Francia con tenaz porfía, sino por tanto tiempo, la ilustre Zaragoza. En esta como en aquella mancillaron su fama ilustres capitanes: y los impetuosos y concertados ataques del enemigo tuvieron que estrellarse en los acerados pechos de sus invictos moradores. Por dos veces en menos de un año cercaron los franceses á Zaragoza; una malogradamente, otra con pérdidas é inauditos reveses. Cuanto fue de realce y nombre para Aragon la heróica defensa de su capital, fue de abatimiento y desdoro para sus sitiadores aguerridos y diestros no haberse enseñoreado de ella pronto y de la primera embestida.

(* Ap. n. 1.)

Primer sitio y defensa de Zaragoza.

Baña á Zaragoza, asentada á la derecha márgen, el caudaloso Ebro. Cíñela al mediodia y del lado opuesto Huerba acanalado y pobre, que mas abajo rinde á aquel sus aguas, y casi en frente á donde desde el Pirineo viene tambien á fenecer el Gállego. Por la misma parte y á un cuarto de legua de la ciudad se eleva el monte Torrero, cuya altura atraviesa la acequia imperial, que asi llaman al canal de Aragon por traer su orígen del tiempo del emperador Cárlos V. Antes del sitio hermoseaban á Zaragoza en sus contornos feraces campiñas, viñedos y olivares con amenas y deleitables quintas, á que dan en la tierra el nombre de torres. A izquierda del Ebro está el arrabal que comunica con la ciudad por medio de un puente de piedra, habiéndose destruido otro de madera en una riada que hubo en 1802. Pasaba la poblacion de 55;000 almas: menguó con las muertes y destrozos. No era Zaragoza ciudad fortificada; diciendo Colmenar *, á manera de profecía, cosa ha de un siglo, « que estaba sin defensa, pero que reparaba esta falta el valor de sus habitantes. » Cercaba solamente una pared de diez á doce pies de alto y de tres de espesor, en parte de tapia y en otras de mampostería, interpolada á veces y formada por algunos edificios y conventos, y en la que se cuentan ocho puertas que dan salida al campo. No lejos de una de ellas, que es la del Portillo, y extramuros se distingue la Aljafería, antigua morada de los reyes de Aragon, rodeada de un foso y muralla, cuyos cuatro ángulos guarnecen otros tantos bastiones. Las calles en general son angostas, excepto la del Coso muy espaciosa y larga, casi en el centro de la ciudad, y que se extiende desde la puerta llamada del Sol hasta la plaza del Mercado. Las casas de ladrillo y por la mayor parte de dos ó tres pisos. La adornan edificios y conventos

Asiento de la ciudad.

(* Ap. n. 2.)

bien construidos y de piedra de sillería. La piedad admira dos suntuosas catedrales, la de Nuestra Señora del Pilar y la de la Seo, en las que alterna por años para su asistencia el cabildo. El último templo antiquísimo, el primero muy venerado de los naturales por la imágen que en su santuario se adora. Como no es de nuestra incumbencia hacer una descripcion especial de Zaragoza, no nos detendremos ni en sus antigüedades ni grandeza, reservando para despues hablar de aquellos lugares, que á causa de la resistencia que en ellos se opuso adquirieron desconocido renombre; porque allí las casas y edificios fueron otras tantas fortalezas.

Si ningunas eran en Zaragoza las obras de fortificacion, tampoco abundaban otros medios de defensa. Vimos cuán escasos andaban al levantarse en mayo. El corto tiempo trascurrido no habia dejado aumentarlos notablemente, y antes bien se habian minorado con los descalabros padecidos en Tudela y Mallen. En semejante estado déjase discurrir la consternacion de Zarogosa al esparcirse la nueva, en la noche del 14 de junio, de haber sido aquel dia derrotado Don José de Palafox en las cercanías de Alagon, segun dijimos en el anterior libro. Desapercibidos sus habitantes tan solamente hallaron consuelo con la presencia de su amado caudillo, que no tardó en regresar á la ciudad. Mas el enemigo no dió descanso ni vagar. Siguieron de cerca á Palafox, y tras él vinieron proposiciones del general Lefebvre Desnouettes á fin de que se rindiese, con un pliego enderezado al propio objeto y firmado por los emisarios españoles Castelfranco, Villela y Pereira que acompañaban al ejército francés, y de quienes ya hicimos mencion.

Estado apurado de Zaragoza.

Fue la respuesta del general Palafox ir al encuentro de los invasores; y con las pocas tropas que le quedaban, algunos paisanos y piezas de campaña se colocó fuera no lejos de la ciudad al amanecer del 15. Estaba á su lado el marqués de Lazan y muchos oficiales, mandando la artillería el capitan Don Ignacio Lopez. Pronto asomaron los franceses y trataron de acometer á los nuestros con su acostumbrado denuedo. Pero Palafox viendo cuán superior era el número de sus contrarios, determinó retirarse, y ordenadamente pasó á Longares, pueblo seis leguas distante, desde donde continuó al puerto del Frasno cercano á Calatayud: queriendo engrosar su corta division con la que reunia y organizaba en dicha ciudad el baron de Versages.

Salida de Palafox, 15 de junio.

Semejante movimiento si bien acertado en tanto que no se consideraba á Zaragoza con medios para defenderse, dejaba á esta ciudad del todo desamparada y á merced del enemigo. Así se lo imaginó fundadamente el general francés Lefebvre Desnouettes, y con sus 5 á 6000 infantes y 800 caballos á las nueve de la mañana del mismo 15 presentóse con ufanía delante de las puertas. Habian crecido dentro las angustias: no eran arriba de 300 los militares

que quedaban entre miñones y otros soldados : los cañones pocos y mal colocados como por gente á quien no guiaban oficiales de artillería, pues de los dos únicos con quien se contaba en un principio Don Juan Cónsul y Don Ignacio Lopez, el último acompañaba á Palafox y el primero por órden suya hallábase de comision en Huesca. El paisanage andaba sin concierto y por todas partes reinaba la indisciplina y confusion. Parecia por tanto que ningun obstáculo detendria á los enemigos, cuando el tiroteo de algunos paisanos y soldados desbandados les obligó á hacer parada y proceder precavidamente. De tan casual é impensado acontecimiento nació la memorable defensa de Zaragoza.

Primera embestida de los franceses contra Zaragoza y su derrota, 15 de junio.

La perplejidad y tardanza del general francés alentó á los que habian empezado á hacer fuego, y dió á otros alas para ayudarlos y favorecerlos. Pero como aun no habia ni baterías ni resguardo importante, consiguieron algunos ginetes enemigos penetrar hasta dentro de las calles. Acometidos por algunos voluntarios y miñones de Aragon al mando del coronel Don Antonio de Torres, y acosados por todas partes por hombres, mugeres y niños, fueron los mas de ellos despedazados cerca de Nuestra Señora del Portillo, templo pegado á la puerta del mismo nombre.

Enfurecidos los habitantes y con mayor confianza en sus fuerzas despues de la adquirida si bien fácil ventaja, acudieron sin distincion de clase ni de sexo á donde amagaba el peligro, y llevando á brazo los cañones antes situados en el mercado, plaza del Pilar y otros parages desacomodados, los trasladaron á las avenidas por donde el enemigo intentaba penetrar, y de repente hicieron contra sus huestes horrorosas descargas. Creyó entonces necesario el general francés emprender un ataque formal contra las puertas del Cármen y Portillo. Puso su mayor conato en apoderarse de la última, sin advertir que, situada á la derecha de la Aljafería, eran flanqueadas sus tropas por los fuegos de aquel castillo, cuyas fortificaciones, aunque endebles, le resguardaban de un rebate. Asi sucedió que los que le guarnecian, capitaneados por un oficial retirado de nombre Don Mariano Cerezo, militar tan bravo como patriota, escarmentaron la audacia de los que confiadamente se acercaban á sus muros. Dejáronles aproximarse y á quema ropa los ametrallaron. En sumo grado contribuyó á que fuera mas certera la artillería en sus tiros un oficial sobrino del general Guillelmi, quien encerrado alli con su tio desde el principio de la insurreccion, olvidándose del agravio recibido, solo pensó en no dar quiebra á su honra, y cumplió debidamente con lo que la patria exigia de su persona. Igualmente fueron los franceses repelidos en la puerta del Cármen, sosteniendo por los lados el tremendo fuego, que de frente se les hacia, escopeteros esparcidos entre las tapias, alameda y olivares, cuya buena puntería causó en las filas enemigas notable

matanza. Nadie rehusaba ir á la lid : las mugeres corrian á porfía á estimular á sus esposos y á sus hijos, y atropellando por medio del inminente riesgo los socorrian con víveres y municiones. Los franceses aturdidos al ver tanto furor y ardimiento titubeaban y crecia con su vacilar el entusiasmo y valentía de los defensores. De nuevo no obstante y reiteradas veces embistieron la entrada del Portillo, desviándose de la Aljafería, y procurando cubrirse detras de los olivares y arboledas. Menester fue para poner término á la sangrienta y reñida pelea que sobreviniese la noche. Bajo su amparo se retiraron los franceses á media legua de la ciudad, y recogieron sus heridos, dejando el suelo sembrado de mas de 500 cadáveres. La pérdida de los españoles fue mucho mas reducida, abrigados de tapias y edificios. Y de aquella señalada victoria, que algunos llamaron de las Eras, resultó el glorioso empeño de los zaragozanos de no entrar en pacto alguno con el enemigo y resistir hasta el último aliento.

Don Lorenzo Calvo de Rozas.

Fuera de sí aquellos vecinos con la victoria alcanzada, ignoraban todavía el paradero del general Palafox. Grande fue su tristeza al saber su ausencia, y no teniendo fé en las autoridades antiguas ni en los demas gefes, los diputados y alcades de barrio á nombre del vecindario se presentaron luego que cesó el combate al corregidor é intendente Don Lorenzo Calvo de Rozas, que hechura de Palafox merecia su confianza. Instáronle para que hiciera sus veces, y condescendió con sus ruegos en tanto que aquel no volviera. Unia Calvo en su persona las calidades que el caso requeria. Declarado abiertamente en favor de la causa pública, habiase fugado de Madrid en donde estaba avecindado. Hombre de carácter firme y sereno encerraba en su pecho, con apariencias de tibio, el entusiasmo y presteza de un alma impetuosa y ardiente. Autorizado como ahora se veia por la voz popular y punzado por el peligro que á todos amenazaba, empleó con diligencia cuantos medios le sugeria el deseo de proteger contra la invasion extraña la ciudad que se ponia en sus manos.

Preparativos de defensa en Zaragoza.

Prontamente llamó al teniente de rey Don Vicente Bustamante para que expidiese y firmase á los de su jurisdiccion las convenientes órdenes. Mandó iluminar las calles con objeto de evitar cualquiera sorpresa ó excesos; empezáronse á preparar sacos de tierra para formar baterías en las puertas de Sancho, el Portillo, Cármen y Santa Engracia; abriéronse zanjas ó cortaduras en sus avenidas; dispusiéronse á artillarlas, y se levantó en toda la tapia que circuia á la ciudad una banqueta para desde alli molestar al enemigo con la fusilería. Previnose á los vecinos en estado de llevar armas que se apostasen en los diversos puntos debiendo alternar noche y dia; ocupáronse los niños y mugeres en tareas propias de su edad y sexo, y se encargó á los religiosos hacer cartuchos de cañon y fusil, cumpliéndose con tan buen

deseo y ahinco aquellas disposiciones, que á las diez de la noche se habia ya convertido Zaragoza en un taller universal, en el que todos se afanaban por desempeñar debidamente lo que á cada uno se habia encomendado.

Con mas lentitud se procedió en la construccion de baterías por falta de ingeniero qui dirigiese la obra. Solo habia uno, que era Don Antonio San Genis, y este habia sido el 15 llevado á la cárcel por los paisanos que le conceptuaban sospechoso, habiendo notado que reconocia las puertas y la ronda de la ciudad. Ignoróse su suerte en medio de la confusion, pelea y agitacion de aquel dia y noche, y solo se le puso en libertad por órden de Calvo de Rozas en la mañana del 16. Sin tardanza trazó San Genis atinadamente varias obras de fortificacion; esmerándose en el buen desempeño, y ayudado en lugar de otros ingenieros por los hermanos Tabuenca arquitectos de la ciudad. Pintan estos pormenores, y por eso no son de mas, la situacion de los zaragozanos, y lo apurados y escasos qne estaban de recursos y de hombres inteligentes en los ramos entonces mas necesarios.

Don Antonio San Genis.

Los franceses atónitos con la ocurrido el 15, juzgaron imprudente empeñarse en nuevos ataques antes de recibir de Pamplona mayores fuerzas, con artillería de sitio, morteros y municiones correspondientes. Mientras que llegaba el socorro queriendo Lefebvre probar la via de la negociacion, intimó el 17 que á no venir á partido pasaria á cuchillo á los habitantes cuando entrase en la ciudad. Contestósele dignamente *, y se prosiguió con mayor empeño en prepararse á la defensa.

Intimacion de Lefebvre Desnouettes.

(* Ap. n. 1.)

El general Palafox en tanto, vista la decision que habian tomado los zaragozanos de resistir á todo trance al enemigo, trató de hostigarle y llamar á otra parte su atencion. Unido al baron de Versages contaba con una division de 6000 hombres y cuatro piezas de artillería. El 21 de junio pasó en Almunia reseña de su tropa, y el 23 marchó sobre Épila. En aquélla villa hubo gefes que, notando el poco concierto de su tropa, por lo comun allegadiza, opinaron ser conveniente retirarse á Valencia, y no empeorar con una derrota la suerte de Zaragoza. Palafox, asistido de admirable presencia de ánimo, congregó su gente, y delante de las filas exhortando á todos á cumplir con el duro pero honroso deber qne la patria les imponia, añadió que eran dueños de alejarse libremente aquellos á quienes no animase la conveniente fortaleza para seguir por el estrecho y penoso sendero de la virtud y de la gloria, ó que tachasen de temeraria su empresa. Respondióse á su voz con universales clamores de aprobacion, y ninguno osó desamparar sus banderas. De tamaña importancia es en los casos árdnos la entera y determinada voluntad de un caudillo.

El general Palafox en Épila.

Seguro de sus soldados hizo propósito Palafox de avanzar la ma-

Accion de Epila.

ñana siguiente á la Muela, tres leguas de Zaragoza, queriendo coger á los franceses entre su fuerza y aquella ciudad. Pero barruntando estos su movimiento se le anticiparon, y acometieron á su ejército en Épila á las nueve de la noche, hora desusada y en la que dieron de sobresalto é impensadamente sobre los nuestros por haber sorprendido y hecho prisionera una avanzada, y tambien por el descuido con que todavia andaban nuestras inexpertas tropas. Trabóse la refriega que fue empeñada y reñida. Como los españoles se vieron sobrecogidos no hubo órden premeditado de batalla, y los cuerpos se colocaron segun pudo cada uno en medio de la oscuridad. La artillería dirigida por el muy inteligente oficial Don Ignacio Lopez se señaló en aquella jornada, y algunos regimientos se mantuvieron firmes hasta por la mañana que sin precipitacion tomaron la vuelta de Calatayud. En su número se contaba el de Fernando VII, que aunque nuevo sostuvo el fuego por espacio de seis horas, como si se compusiera de soldados veteranos. Tambien hombres sueltos de guardias españolas defendieron largo rato una batería de las mas importantes. Disputaron pues unos y otros el terreno á punto que los franceses no los incomodaron en la retirada.

Piensa Palafox en volver á Zaragoza.

Palafox convencido no obstante de que no era dado con tropas bisoñas combatir ventajosamente en campo raso, y de que seria mas útil su ayuda dentro de Zaragoza, determinó superando obstáculos meterse con los suyos en aquella ciudad, por lo que despues de haberse rehecho, y dejando en Calatayud un depósito al mando del baron de Versages, dividió su corta tropa en dos pequeños trozos: encargó el uno á su hermano Don Francisco, y acaudillando en persona el otro volvió el 2 de julio á pisar el suelo zaragozano.

Entrada allí el 24 de junio de Lazan.

Ya habia allí acudido desde el 24 de junio su otro hermano el marqués de Lazan, que era el gobernador, con varios oficiales, á instancias y por aviso del intendente Calvo de Rozas. Deseaba este un arrimo para robustecer aun mas sus acertadas providencias, acordar otras, comprometer en la defensa á las personas de distincion que no lo estuviesen todavía, imponer respeto á la muchedumbre congregando una reunion escogida y numerosa, y afirmarla en su resolucion por medio de un público y solemne juramento. Para ello convocó el 25 de junio una junta general de las principales corporaciones é individuos de todas clases, presidida por el de Lazan. En su seno expuso brevemente Calvo de Rozas el estado en que la ciudad se hallaba, y cuáles eran sus recursos, y excitó á los concurrentes á coadyuvar con sus luces y patriótico celo al sostenimiento de la causa comun. Conformes todos aprobaron lo antes obrado, se confirmaron en su propósito de vencer ó morir, y resolvieron que el 26 los vecinos, soldados, oficiales y

Juramento de los zaragozanos.

paisanos armados prestarian en calles y plazas, en baterías y puertas un público y magestuoso juramento. Amaneció aquel dia y á una hora señalada de la tarde se pobló el aire de un grito asombroso y unánime, « de que los defensores de Zaragoza juntos y separados « derramarian hasta la última gota de su sangre por su religion, su « rey y sus hogares. »

Movió á curiosidad entre los enemigos la impensada agitacion que causó tan nueva solemnidad, y con ansia de informarse de lo que pasaba, aproximóse á la línea española un comandante de polacos acompañado de varios soldados; y aparentando deseos de tomar partido él y los suyos con los sitiados, pidió como seguro de su determinacion tratar con los gefes superiores. Salió Calvo de Rozas, indicó al comandante que se adelantase para conferenciar solos: hízolo asi, mas á poco y alevosamente cercaron á Calvo los soldados del contrario. Encaráronle las armas, y despues de preguntar lo que en Zaragoza ocurria tuvo el comandante la descompuesta osadía de decirle, que no era su intento desamparar sus banderas; que habia solo inventado aquella artimaña para averiguar de qué provenia la inquietud de la ciudad, é intimar de nuevo por medio de una persona de cuenta la rendicion, siendo inevitable que al fin se sometiesen los zaragozanos al ejército francés, tan superior y aguerrido. Añadióle que á no consentir con lo que de él exigia seria muerto ó prisionero. En vez de atemorizarse con la villana amenaza, reportado y sereno contestóle Calvo: « Harto conocidas son vuestras malas artes y la « máscara de amistad con que encubris vuestras continuadas perfidias, para que desprevenido y no muy sobre aviso acudiera yo « á vuestro llamamiento: los muertos ó prisioneros sereis vos y « vuestros soldados si intentais traspasar las leyes admitidas aun « entre las naciones bárbaras. El castillo de donde estamos tan « próximos á la menor señal mia disparará sus cañones y fusiles, « que por disposicion anterior estan ya apuntados contra vosotros. » Alteróse el polaco con la áspera contestacion, y reprimiendo la ira suavizó su altanero lenguaje, ciñéndose á proponer al intendente Calvo una conferencia con sus generales. Vino en ello, y tomando la venia del de Lazan se escogió por sitio el frente de la batería del Portillo.

Amenaza villana de un polaco á Calvo.

Todavía en el mismo dia avistáronse alli con Calvo y otros oficiales españoles autorizados por el gobernador y vecindario, los generales franceses Lefebvre y Verdier recien llegado. Limitáronse las pláticas á insistir estos en la entrega de Zaragoza, ofreciendo olvido de lo pasado, respetar las personas y propiedades, y conservar á los empleados en sus destinos; con la advertencia que de lo contrario convertirian en cenizas la ciudad, y pasarian á cuchillo los moradores. Calvo contestó con brio, prometiendo sin embargo que da-

Conferencia y proposiciones de los generales franceses.

ria cuenta de lo que proponian, y que en la mañana siguiente se les comunicaria la definitiva resolucion, en cuya conformidad pasó el 27 temprano al campo francés Don Emeterio Barredo llevando consigo una respuesta * firmada por el marqués de Lazan, en la que se desechaban las insidiosas proposiciones del enemigo.

(* Ap. n. 4.)

Los franceses reforzados. Verdier general en gefe.

Claro era que estrechar el asedio y nuevas embestidas seguirian á repulsa tan temeraria, mayormente cuando los franceses habian engrosado su ejército, y cuando se habia mejorado su posicion. Por aquellos dias ademas de haberse desembarazado de Palafox arrojándole de Épila, habian recibido de Pamplona y Bayona socorros de cuantía. Trájolos el general Verdier, quien por su mayor graduacion reemplazó en el mando en gefe á Lefebvre, y no menos fueron por de pronto reforzados que con 3000 hombres, 30 cañones de grueso calibre, cuatro morteros, 12 obuses, y 800 portugueses á las órdenes de Gomez Freire. Fundadamente pensaron entonces que con buen éxito podrian vencer la tenacidad zaragozana.

Vuélase un almacen de pólvora.

Asi fue que en el mismo dia 27 renovaron el fuego, y dirigieron con particularidad su ataque contra los puestos exteriores. Repelidos con pérdida en las diversas entradas de la ciudad, de que quisieron apoderarse, no pudo impedírseles que se acercasen al recinto. Como en sus maniobras se notó el intento de enseñorearse del monte Torrero, con diligencia se metieron en Zaragoza los víveres y municiones que estaban encerrados en aquellos almacenes; mas tan oportuna precaucion originó un desastre. A las tres de la tarde estremeciéronse todos los edificios, zumbando y resonando el aire con el disparo y caida de piedras, astillas y cascos. Tuviéronse los zaragozanos por muertos y como si fuesen á ser sepultados en medio de ruinas. Despavoridos y azorados huian de sus casas, ignorando de dónde provenia tanto ruido, turbacion y fracaso. Causábalo el haberse pegado fuego por descuido de los conductores á la pólvora que se almacenaba en el seminario conciliar, y este y la manzana de casas contiguas y las que estaban enfrente se volaron ó desplomaron, rompiéndose los cristales de la ciudad, con muertes y desdichas. Agregábase á la horrenda catástrofe la pérdida de la pólvora tan necesaria en aquel tiempo, y en el que habia de todo apretada pobreza.

Y para que apareciese enteramente acrisolada la constancia aragonesa, los franceses fiados en la desolacion y universal desconsuelo reiteraron sus ataques en tan apurado momento. No se descorazonaron los defensores, antes bien enfurecidos hicieron que se malograse la tentativa de los enemigos, inhumana en aquella sazon.

Desde aquel dia no trascurrió uno en que no hubiese reñidas contiendas, escaramuzas, salidas, acometimientos de sitiados y

sitiadores. Largo seria é imposible referir hazañas tantas y tan gloriosas, rara vez empañadas con alguna bastarda accion.

Atáque contra el monte Torrero.

Túvose sin embargo por tal lo ocurrido en el monte Torrero. El comandante á cuyo cargo estaba el puesto, de nombre Falcon, ora por connivencia, ora por desaliento que es á lo que nos inclinamos, le desamparó vergonzosamente, y el enemigo enseñoreándose de aquellas alturas causó en breve notables estragos.

Castigo del comandante.

El vecindario por su parte irritado de la conducta del comandante español, le obligó mas adelante á que compareciese ante un consejo de guerra, y por sentencia de este fue arcabuceado. La misma suerte cupo durante el sitio al coronel Don Rafael Pesino gobernador de las Cinco Villas, y á otros de menos nombre acusados de inteligencia con el enemigo. Ejemplar castigo, tachado por algunos de precipitado, pero que miraron otros como saludable freno contra los que flaqueasen por tímidos ó tramasen alguna alevosía.

Llegada de un refuerzo á los españoles.

Empeñábase asi la resistencia, y cobraban todos ánimo con los oficiales y soldados que á menudo acudian en ayuda de la ciudad sitiada. Llenó sobre todo de particular gozo la llegada á últimos de junio de 300 soldados del regimiento de Extremadura al mando del teniente coronel Don Domingo Larripa, que vimos allá detenido en Tárrega, sin querer cumplir las órdenes de Duhesme, y tambien la que por entonces ocurrió de 100 voluntarios de Tarragona capitaneados por el teniente coronel Don Francisco Marcó del Pont. Compensábase con eso algun tanto el haber perdido las alturas de Torrero.

30 de junio, principia el bombardeo.

Mas dueños los franceses de semejante posicion determinaron molestar la ciudad con balas, granadas y bombas. Para ello colocaron en aquella eminencia una batería formidable de cañones de grueso calibre y morteros. Levantaron otras en diversos puntos de la línea, con especialidad en el parage llamado de la Bernardona, enfrente de la Aljafería. Preparados de este modo, al terminarse el 30 de junio y á las doce de la noche rompieron el fuego, y dieron principio á un horroroso bombardeo. Los primeros tiros salvaron la ciudad sin hacer daño: acortáronlos, y las bombas, penetrando por las bóvedas de la fábrica antigua de la iglesia del Pilar y arruinando varias casas, empezaron á causar quebrantos y destrozos.

Nuevas obras de defensa de los sitiados.

Al amanecer los vecinos lejos de arredrarse á su vista, trabajaron á competencia y con sumo afan para disminuir las lástimas y desgracias. Construyéronse blindages en calles y plazas, torcióse el curso de Huerba y se le metió en la ciudad para apagar con presteza cualquiera incendio. Franqueáronse los sótanos, empleando dentro en trabajos útiles y que pedian resguardo á los que no eran llamados á guerrear. Para

observar el fogonazo y avisar la llegada de las bombas, pusiéronse atalayas en la torre que denominaban Nueva, si bien fabricada en 1504, la cual elevándose en la plaza de San Felipe sola y sin arrimo pareció acomodada al caso, aunque ladeada á la manera de la famosa de Pisa. No satisfechos los sitiados con estas obras y las antes construidas, ideando otras, cortaron y zanjaron calles, atroneraron casas y tapiales, apilaron sacos de tierra, trazaron y erigieron nuevas baterías, las cubrieron con cañones arrumbados por viejos en la Aljafería ó con los que sucesivamente llegaban de Lérida y Jaca, y en fin quemaron y talaron las huertas y olivares, los jardines y quintas que encubrian los aproches del enemigo, perjudicando á la defensa. Sus dueños no solamente condescendian en la destruccion con desprendimiento magnánimo, sino que las mas veces ayudaban con sus brazos al total asolamiento. Y cuando lidiando en otro lado descubrian la llama que devoraba el fruto de años de sudor y trabajo ó el antiguo solar de sus abuelos, ensoberbecíanse de cooperar asi y con largueza á la libertad de la patria. ¿De qué no eran capaces varones dotados de virtudes tan esclarecidas?

Ataques del 1° y 2 de julio.

Al bombardeo siguióse en la mañana del 1° de julio un ataque general en todos los puntos. Empezaron á batir la Aljafería y puerta del Portillo, mandada por Don Francisco Marcó del Pont, los fuegos de la Bernardona. La puerta del Cármen encargada al cuidado de Don Domingo Larripa fue casi al mismo tiempo embestida, y tampoco tardaron los enemigos en molestar la de Sancho custodiada por el sargento mayor Don Mariano Renovales. Con todo siendo su mayor empeño apoderarse de la del Portillo, hubo allí tal estrago que muertos en una batería exterior todos los que la defendian, nadie osaba ir á reemplazarlos, lo cual dió ocasion á que se señalase una muger del pueblo llamada Agustina Zaragoza. Moza esta de 22 años y agraciada de rostro, llevaba provisiones á los defensores cuando acaeció el mencionado abandono. Notando aquella valerosa hembra el aprieto y desánimo de los hombres, corrió al peligroso punto, y arrancando la mecha aun encendida de un artillero que yacia por el suelo, puso fuego á una pieza, é hizo voto de no desampararla durante el sitio sino con la vida. Imprimiendo su arrojo nueva audacia en los decaidos ánimos, se precipitaron todos á la batería, y renovóse tremendo fuego. Proeza muy semejante la de Agustina á la de María Pita en el sitio que pusieron los ingleses á la Coruña en 1589, fue premiada tambien de un modo parecido, y asi como á aquella le concedió Felipe II el grado y sueldo de alférez vivo, remuneró Palafox á esta con un grado militar y una pension vitalicia.

Agustina Zaragoza.

Continuaba vivísimo el fuego, y nuestra artillería muy certera arredraba al enemigo, sin que hasta entonces hubiese oficial alguno de aquella arma que la dirigiese. No eran todavía las doce del dia cuando entre el horroroso y mortífero estruendo del cañon

se presentaron los subtenientes de aquel distinguido cuerpo Don Jerónimo Piñeiro y Don Francisco Rosete, que fugados de Barcelona corrian apresuradamente á tomar parte en la defensa de Zaragoza. Sin descanso, despues de largo viage y fatigoso tránsito, se pusieron el primero á dirigir los fuegos de la entrada del Portillo, y el segundo los de la del Cármen. Con la ayuda de oficiales inteligentes creció el brio en los nuestros, y aumentóse el estrago en los contrarios. La noche cortó el combate, mas no el bombardeo, renovándose aquel al despuntar del alba con igual furia que el dia anterior. Las columnas enemigas con diversas maniobras intentaron enseñorearse del Portillo, y abierta brecha en la Aljafería se arrojaron á asaltar aquella fortaleza; pero fuese que no hallasen escalas acomodadas, ó fuese mas bien la denodada valentía de los sitiados, los franceses repelidos se desordenaron y dispersaron en medio de los esfuerzos de gefes y oficiales. Otro tanto pasaba en el Portillo y Cármen. El marqués de Lazan durante el ataque recorrió la línea en los puntos mas peligrosos, remunerando á unos y alentando á otros con sus palabras.

Ya era entrada la tarde, desmayaban los enemigos, y los nuestros familiarizándose mas y mas con los riesgos de la guerra, desconocidos al mayor número, redoblaron sus esfuerzos alentados con un inesperado y para ellos halagüeño acontecimiento. De boca en boca y con rapidez se difundió que Don José de Palafox estaba de vuelta en la ciudad y que pronto gozarian todos de su presencia. En efecto penetrando en Zaragoza á las cuatro de la tarde de aquel dia, que era el 2, aparecióse de repente en donde se lidiaba, y á su vista arrebatados de entusiasmo hicieron los nuestros tan firme rostro á los franceses, que sin insistir estos en nueva acometida se contentaron con proseguir el bombardeo.

Entrada de Palafox el 2 en Zaragoza.

Viendo sin embargo que para aproximarse á las puertas era menester hacerse dueños de los conventos de San José y Capuchinos y otros puntos extramuros, comenzaron por entonces á embestirlos. En el convento de San José, asentado á la derecha del rio Huerba, no habia otro amparo que el de las paredes en cuyo macizo se habian abierto troneras. Asaltáronle 400 polacos, y repelidos con gran pérdida tuvieron que aguardar refuerzo, y aun así no se posesionaron de aquel puesto sino al cabo de horas de pelea. No fueron mas afortunados en el de Capuchinos cercano á la puerta del Cármen. Lucharon los defensores cuerpo á cuerpo en la iglesia, en los claustros, en las celdas, y no desampararon el edificio hasta despues de haberle puesto fuego.

Otros combates.

Tambien quisieron los franceses cercar la ciudad por la orilla izquierda del Ebro, principalmente á causa de los socorros que la libre comunicacion proporcionaba. Para estorbarlo pensaron en cruzar el rio,

Puente echado por los franceses en San Lamberto.

echando el 10 de julio un puente de balsas en San Lamberto. Salió contra ellos el general Palafox con paisanos y una compañía de suizos que acababa de llegar. Batallaron largo tiempo, y vino con refuerzo á sostenerlos el intendente Calvo de Rozas, cuyo caballo fue derribado de una granada. Los enemigos no se atrevieron á pasar muy adelante, y aprovechando los nuestros el precioso respiro que daban, levantaron en el arrabal tres baterías, una en los Tejares, y las otras dos en el Rastro de los clérigos y en San Lázaro: de las que protegidos los labradores se escopetearon varias veces con los franceses en el campo de las Ranillas y los ahuyentaron, distinguiéndose con frecuencia en la lid el famoso tio Jorge. Asi que los sitiadores no pudieron cerrar del todo las comunicaciones de Zaragoza, pero talaron los campos, quemaron las mieses, y extendiéndose hácia el Gállego vióse desconsoladamente arder el puente de madera que da paso al camino carretero de Cataluña, y destruirse é incendiarse las aceñas y molinos harineros que abastecian la ciudad. Las angustias crecian, mas al par de ellas tambien el ardimiento de los sitiados. Se acopió la harina del vecindario para amasar solamente pan de municion que todos comian con gusto, y para fabricar pólvora se establecieron molinos movidos por caballos, y se cogió el azufre en donde quiera que lo habia: se lavó la tierra de las calles para tener salitre, y se hizo carbon con la caña del cáñamo tan alto en aquel pais. No poco cooperó al acierto y direccion de estos trabajos, como de los demas que ocurrieron, el sabio oficial de artillería Don Ignacio Lopez, quien desde entonces hasta el fin del sitio fue uno de los pilares en que estribó la defensa zaragozana.

Estrago hecho por los mismos.

Otras medidas de los sitiados.

Eran estas precauciones tanto mas necesarias, cuanto no solo los franceses ceñian mas y mas la plaza, sino que tambien previeron los sitiados que bien pronto intentarian destruir ó tomar los molinos de pólvora de Villafeliche á doce leguas de Zaragoza, que eran los que la proveian. Asi sucedió. El baron de Versages desde Calatayud asomándose á las alturas inmediatas á aquel pueblo, impidió al principio que lograsen su objeto. Mas revolviendo sobre él los enemigos con mayores fuerzas tuvo que replegarse y dejar en sus manos tan importantes fábricas.

Apodérase el enemigo de Villafeliche.

Otros combates.

En medio del tropel de desdichas que oprimian á los zaragozanos permanecian constantes sin que nada los abatiese. En continuada vela desbarataban las sorpresas que á cada paso tentaban sus contrarios. El 17 de julio dueños ya estos del convento de Capuchinos, sigilosamente á las nueve de la noche procuraron ponerse bajo el tiro de cañon de la puerta del Cármen. Los nuestros lo notaron y en silencio tambien aguardando el momento del asalto rompieron el fuego y derribaron sin vida á los que se gloriaban ya de ser dueños del puesto. Con mayor furia renovaron los sitiadores sus ataques alli y en las otras puertas las noches

siguientes; en todas infructuosamente, no habiendo podido tampoco apoderarse del convento de Trinitarios descalzos sito extramuros de la ciudad.

En lucha tan encarnizada los españoles á veces molestaban al enemigo con sus salidas, y no menos quisieron que adelantarse hasta el monte Torrero. Aparentando pues un ataque formal por el paseo antes deleitoso que de la ciudad iba á aquel punto, dieron otros de sobresalto en medio del dia en el campamento francés. Todo lo atropellaron y no se retiraron sino cubiertos de sangre y despojos. Por las márgenes del Gállego midieron igualmente unos y otros sus armas en varias ocasiones, y señaladamente en 29 de julio en que nuestros lanceros sacaron ventaja á los suyos con mucha honra y prez, sobresaliendo en los reencuentros el coronel Butron primer ayudante de Palafox.

Restaban aun nuevas y mas recias ocasiones en que se emplease y resplandeciese la bizarría y firmeza de los zaragozanos. Noche y dia trabajaban sus enemigos para construir un camino cubierto que fuese desde el convento de San José por la orilla del Huerba hasta las inmediaciones de la Bernardona, y á su abrigo colocar morteros y cañones, no mediando ya entre sus baterías y las de los españoles sino muy corta distancia.

Aguardábase por momentos una general embestida, y en efecto en la madrugada del 3 de agosto el enemigo rompió el fuego en toda la linea, cayendo principalmente una lluvia de bombas y granadas en el barrio de la ciudad situado entre las puertas de Santa Engracia y el Cármen hasta la calle del Coso. El coronel de ingenieros francés Lacoste, ayudante de Napoleon, que habia llegado despues de comenzado el sitio, con razon juzgó no ser acertado el ataque antes emprendido por el Portillo, y determinó que el actual se diese del lado de Santa Engracia, como mas directo y como punto no flanqueado por el castillo. La principal batería de brecha estaba á 150 varas del convento, y constaba de 6 piezas de á 16 y de 4 obuses. Habian ademas establecido sobre todo el frente de ataque 7 baterías, de las que la mas lejana estaba del recinto 400 varas. A tal distancia y tan reconcentrado fácil es imaginarse cuán terrible y destructor seria su fuego. Sea de propósito ó por acaso, notóse que sus tiros con particularidad se asestaban contra el hospital general en que habia gran número de heridos y enfermos, los niños expósitos y los dementes. Al caer las bombas hasta los mas postrados, desnudos y despavoridos saltaron de sus camas y quisieron salvarse. Grande desolacion fue aquella. Mas con el celo y actividad de buenos patricios, muchos, en particular niños y heridos, se trasladaron á parage mas resguardado. Prosiguió todo aquel dia el bombardeo, conmoviéndose unos edificios, desplómándose otros, y causando todo junto tal estampido y estruendo que se difundia y retumbaba á muchas leguas de Zaragoza.

Ataques del 3 y 4 de agosto.

Al alborear del 4 descubrieron los enemigos su formidable batería en frente de Santa Engracia. No habia enderredor del monasterio foso alguno, coronando solo sus pisos varias piezas de artillería. Empezaron á batirle en brecha, acometiendo al mismo tiempo la entrada inmediata del mismo nombre, y distrayendo la atencion con otros ataques del lado del Cármen, Portillo y Aljafería. A las nueve de la mañana estaban arrasadas casi todas nuestras baterías y practicables las brechas. Palafox presentándose por todas partes, corria á donde habia mayor riesgo y sostenia la constancia de su gente. En lo recio del combate propúsole Lefebvre Desnouettes « paz y capitulacion. » Respondióle Palafox « guerra á cuchillo. » A su voz atropellábanse paisanos y soldados á oponerse al enemigo, y abalanzándose á dicho monasterio de Santa Engracia, célebre por sus antigüedades y por ser fundacion de los reyes católicos, se metian dentro sin que los arredrara ni el desplomarse de los pisos ni la caida de las mismas paredes que amagaba. A todo hacian rostro, nada los desviaba de su temerario arrojo. Y no parecia sino que las sombras de los dos célebres historiadores de Aragon Gerónimo Blancas y Zurita, cuyas cenizas allí reposaban, ahuyentadas del sepulcro al ruido de las armas y vagando por los atrios y bóvedas, los estimulaban y aguijaban á la pelea, representándoles vivamente los heróicos hechos de sus antepasados que tan verídica y noblemente habian trasmitido á la posteridad. Tanto tenia de sobrehumano el porfiado lidiar de los aragoneses.

Al cabo de horas, y cuando el terreno quedaba no sembrado sino cubierto de cadáveres, y entorno suyo ruinas y destrozos, pudieron los franceses avanzar y salir á la calle de Santa Engracia. Pisando ya el recinto vanagloriábanse de ser dueños de Zaragoza, y formados y con arrogancia se encaminaban al Coso.

Mas pesóles muy luego su sobrada confianza. Cogidos y como enredados entre calles y casas estuvieron expuestos á un horroroso fuego que de todos lados se les hacia á manera de granizada. Cortadas las bocacalles y parapetados los defensores con sacas de algodon y lana, y detras de las paredes de las mismas casas, los abrasaron por decirlo así á quema ropa por espacio de tres horas, sin que pudieran salir al Coso, á donde desemboca la calle de Santa Engracia. Desesperanzaban ya los franceses de conseguirlo, cuando volándose un repuesto de pólvora que cerca tenian los españoles, con el daño y desórden que esta desgracia causó, fuéles permitido á los acometedores llegar al Coso, y posesionarse de dos grandes edificios que hay en ambas esquinas, el del convento de San Francisco á la izquierda, y el hospital general á la derecha. En este fue espantoso el ataque, prendióse fuego, y los enfermos que quedaban arrojándose por las ventanas caian sobre las bayonetas enemigas. Entre tanto los locos encerrados en sus jaulas can-

taban, lloraban ó reian segun la manía de cada uno. Los soldados enemigos tan fuera de sí como los mismos dementes, en el ardor del combate mataron á muchos y se llevaron á otros al monte Torrero, de donde despues los enviaron. Mucha sangre habia costado á los franceses aquel dia, habiendo sido tan de cerca ofendidos: contáronse entre el número de los muertos oficiales superiores, y fue herido su mismo general en gefe Verdier.

Dueños de aquella parte sentaron los enemigos sus águilas victoriosas en la cruz del Coso, templete con columnas en medio de la calle del mismo nombre, Todo parecia asi perdido y acabado. Calvo de Rozas y el oficial Don Justo San Martin fueron los últimos que á las cuatro de la tarde, despues de haberse volado el mencionado repuesto, desampararon la bateria que enfilaba desde el Coso la avenida de Santa Engracia. Pero el primero no decayendo de ánimo dirigióse por la calle de San Gil al arrabal para desde alli juntar dispersos, rehacer su gente, traer los que custodiaban aquellos puntos entonces no atacados, y con su ayuda prolongar hasta la noche la resistencia, aguardando de fuera y antes de la madrugada, segun veremos, auxilio y refuerzos.

Avanzan los franceses al Coso.

Favoreció á su empresa lo ocurrido en el hospital general, y una equivocacion afortunada de los enemigos, quienes queriendo encaminarse al puente que comunica con el arrabal, en vez de tomar la calle de San Gil que tomó Calvo y es la directa, desfilaron por el arco de Cineja, callejuela torcida que va á la Torrenueva. Aprovechándose los aragoneses del extravío los arremetieron en aquella estrechura y los acribillaron y despedazaron. Obligóles á hacer alto semejante choque, y en el entretanto volviendo Calvo del arrabal con 600 hombres de refresco y otros muchos que se le agregaron, desembocaron juntos y de repente en la calle del Coso en donde estaba la columna francesa. Embistió con 50 hombres escogidos, y el primero el anciano capitan Cerezo que ya vimos en la Aljafería, yendo armado (para que todo fuera extraordinario) de espada y rodela, y bien unido con los suyos se arrojaron todos como leones sobre los contrarios, sorprendidos con el súbito y furibundo ataque. Acometieron los demas por diversos puntos, y disparando desde las casas trabucazos y todo linage de mortíferos instrumentos, acosados los franceses y aterrados se dispersaron y recogieron en los edificios de San Francisco y hospital general.

Anocheció al cesar la pelea, y vueltos los españoles del primer sobresalto supieron por experiencia con cuanta ventaja resistirian al enemigo dentro de las calles y casas. Sosteníales tambien la firme esperanza de que con el alba apareceria delante de sus puertas un numeroso socorro de tropas, que asi se lo habia prometido su idolatrado caudillo Don José de Palafox.

Salida de Palafox de Zaragoza.

Habia partido este de Zaragoza con sus dos hermanos á las doce del dia del 4, despues que los franceses dueños del monasterio de Santa Engracia estaban como atascados en las calles que daban al Coso. Presumíase con fundamento que no podrian en aquel dia vencer los obstáculos con que encontraban; mas al mismo tiempo careciendo de municiones y menguando la gente, temíase que acabarian por superarlos si no llegaban socorros de á fuera, y si ademas tropas de refresco no llenaban los huecos y animaban con su presencia á los tan fatigados si bien heróicos defensores. No estaban aquellas lejos de la ciudad, pero dilatándose su entrada pensóse que era necesario fuese Palafox en persona á acelerar la marcha. No quiso este sin embargo alejarse antes que le prometiesen los zaragozanos que se mantendrian firmes hasta su vuelta. Hiciéronlo asi, y teniendo fé en la palabra dada convino en ir al encuentro de los socorros.

Correspondió á la esperanza el éxito de la empresa. A últimos de junio habia desde Cataluña penetrado en Aragon el 2° batallon de voluntarios con 1200 plazas al mando del coronel Don Luis Amat y Teran, 500 hombres de guardias españolas al del coronel Don José Manso, y ademas dos compañías de voluntarios de Lérida, cuya division se habia situado en Jelsa, diez leguas de Zaragoza. Cierto que con este auxilio y un convoy que bajo su amparo podria meterse en la ciudad sitiada, era dado prolongar la defensa hasta la llegada de otro cuerpo de 5000 hombres procedente de Valencia que se adelantaba por el camino de Teruel. El tiempo urgia; no sobraba la mas exquisita diligencia, por lo que, y á mayor abundamiento, despachóse al mismo Calvo de Rozas para enterar á Palafox de lo ocurrido despues de su partida y servir de punzante espuela al pronto envío de los socorros. Alcanzó el nuevo emisario al general en Villafranca de Ebro, pasaron juntos á Osera, cuatro leguas de Zaragoza, en donde á las nueve de la noche entraron las tropas alojadas antes en Jelsa y Pina.

En dicho pueblo de Osera celebróse consejo de guerra, á que asistieron los tres Palafoxes con su estado mayor, el brigadier Don Francisco Osina, el coronel de artillería Don J. Navarro Sangran (estos dos procedentes de Valencia) y otros gefes. Informados por el intendente Calvo del estado de Zaragoza, sin tardanza se determinó que el marqués de Lazan con los 500 hombres de guardias españolas, formando la vanguardia se metiese en la ciudad en la madrugada del 5, que con la demas tropa le siguiese Don José de Palafox, y que su hermano Don Francisco quedase á la retaguardia con el convoy de víveres y municiones custodiado tambien por Calvo de Rozas. Acordóse asimismo que para mantener con brio á los sitiados y consolarlos en su angustiada posicion, partiesen prontamente á Zaragoza como anunciadores y pregoneros del socorro el teniente coronel Don Emeterio Barredo y el tio Jorge, cuya

persona rara vez se alejaba del lado de Palafox siendo capitan de su guardia. Partiéronse todos á desempeñar sus respectivos encargos, y la oportuna llegada á la ciudad de los mencionados emisarios, desbaratando los secretos manejos en que andaban algunos malos ciudadanos, confortó al comun de la gente y provocó el mas arrebatado entusiasmo.

A ser posible hubiera crecido de punto con la entrada pocas horas despues del marqués de Lazan. Retardóse la de su hermano y la del convoy por un movimiento del general Lefebvre Desnouettes, quien mandaba en gefe en lugar del herido Verdier. Habíanle avisado la llegada de Lazan y queria impedir la de los demas, juzgando acertadamente que le seria mas fácil destruirlos en campo abierto que dentro de la ciudad. Palafox, desviándose á Villamayor, situado á dos leguas y media en una altura desde donde se descubre Zaragoza, esquivó el combate y aguardó oportunidad de burlar la vigilancia del enemigo. Para ejecutar su intento con apariencia fundada de buen éxito, mandó que de Huesca se le uniese el coronel Don Felipe Perena con 3000 hombres que alli habia adiestrado, y despues dejando á estos en las alturas de Villamayor para encubrir su movimiento, y valiéndose tambien de otros ardides engañó el enemigo, y de mañana y con el sol entró el dia 8 por las calles de Zaragoza. Déjase discurrir á qué punto se elevaria el júbilo y contentamiento de sus moradores, y cuán difícil seria contener sus ímpetus dentro de un término conveniente y templado.

Vuelve Lazan el 5 con socorros.

El 8 Palafox con otro nuevo.

Los franceses si bien sucesivamente habian acrecentado el número de su gente hasta rayar en el de 11,000 soldados, estaban descaecidos de espíritu, visto que de nada servian en aquella lid las ventajas de la disciplina, y que para ir adelante menester era conquistar cada calle y cada casa, arrancándolas del poder de hombres tan resueltos y constantes. Amilanáronse aun mas con la llegada de los auxilios que en la madrugada del 5 recibieron los sitiados, y con los que se divisaban en las cercanías.

No por eso desistieron del propósito de enseñorearse de todos los barrios de la ciudad, y destruyendo las tapias formaron detras líneas fortificadas, y construyeron ramales que comunicasen con los que estaban alojados dentro.

Continuan los choques y reencuentros.

Desde el 5 hubo continuados tiroteos, peleábase noche y dia en casas y edificios, incendiáronse algunos y fueron otros teatro de reñidas lides. En las mas brilló con sus parroquianos el beneficiado Don Santiago Sas, y el tio Jorge. Tambien se distinguió en la puerta de Sancho otra muger del pueblo llamada Casta Alvarez, y mucho por todas partes Doña María Consolácion de Azlor condesa de Bureta. A ningun vecino atemorizaba ya el bombardeo, y avezados á los mayores riesgos bastábales la separacion de una ca-

lle ó de una casa para mirarse como resguardados por un fuerte muro ú ancho foso. Debieran haberse eternizado muchos nombres que para siempre quedaron alli oscurecidos, pues siendo tantos y habiéndose convertido los zaragozanos en denodados guerreros, su misma muchedumbre ha perjudicado á que se perpetue su memoria.

Los franceses reciben el 6 orden de retirarse.

Por entonces empezó á susurrarse la victoria de Bailen. Daban crédito los sitiados á noticia para ellos tan plausible, y con desden y sonrisa la oian sus contrarios, cuando de oficio les fue á los últimos confirmada el dia 6 de agosto. Procuróse ocultar al ejército, pero por todas partes se traslucia, mayormente habiendo acompañado á la noticia la órden de Madrid de que levantasen el sitio y se replegasen á Navarra. Meditaban los gefes franceses el modo de llevarlo á efecto, y hubieran bien pronto abandonado una ciudad para sus huestes tan ominosa si no hubiesen poco despues recibido contra-órden del general Monthion desde Vitoria, á fin de que antes de alejarse aguardasen nuevas instrucciones de Madrid del gefe de estado mayor Belliard. Permanecieron pues en Zaragoza, y continuaron todavia unos y otros en sus empeñados choques y reencuentros. Los franceses con desmayo, los españoles con ánimo mas levantado.

Contraórden poco despues.

Asi fue que el 8 de agosto luego que entró Palafox congregóse un consejo de guerra, y se resolvió continuar defendiendo con la misma tenacidad y valentia que hasta entonces todos los barrios de la ciudad, y en caso que el enemigo consiguiese apoderarse de ellos, cruzar el rio, y en el arrabal perecer juntos todos los que hubiesen sobrevivido. Felizmente su constancia no tuvo que exponerse á tan recia prueba, pues los franceses sin haber pasado del Coso recibieron el 13 la órden definitiva de retirarse. Llegó para ellos muy oportunamente, porque en el mismo dia caminando á toda priesa, y conducida en carros por los naturales del tránsito la division de Valencia al mando del mariscal de campo Don Felipe Saint-March, corrió á meterse precipitadamente en la ciudad invadida. Y tal era la impaciencia de sus soldados por arrojarse al combate, que sin ser mandados y en union con los zaragozanos embistieron á las seis de la tarde desaforadamente al enemigo. Hallábase este á punto de desamparar el recinto, y al verse acometido apresuró la retirada volando los restos del monasterio de Santa Engracia. En seguida se reconcentró en su campamento del monte Torrero, y dispuesto á abandonar tambien aquel punto, prendió por la noche fuego á sus almacenes y edificios, clavó y echó en el canal la artilleria gruesa, destruyó muchos pertrechos de guerra, y al cabo se alejó al amanecer del 14 de las cercanias de Zaragoza. La division de Valencia con

Resolucion magnánima de los zaragozanos.

13, órden definitiva dada á los franceses de retirarse.

Llegada á Zaragoza de una division de Valencia.

Alejanse los franceses de Zaragoza el 14.

otros cuerpos siguieron su huella, situándose en los linderos de Navarra.

Fin del sitio.

Terminóse asi el primer sitio de Zaragoza, que costó á los franceses mas de 3000 hombres y cerca de 2000 á los españoles. Célebre y sin ejemplo, mas bien que sitio pudiera considerársele como una continuada lucha ó defensa de posiciones diversas, en las que el entusiasmo y personal denuedo llevaba ventaja al calculado valor y disciplina de tropas aguerridas. Pues aquellos triunfos eran tanto mas asombrosos cuanto en un principio y los mas señalados fueron conseguidos, no por el brazo de hombres acostumbrados á la pelea y estrépitos marciales, sino por pacíficos labriegos que ignorando el terrible arte de la guerra, tan solamente habian encallecido sus manos con el áspero y penoso manejo de la azada y la podadera.

Alegria de los aragoneses. Estado de la ciudad.

Al cerciorarse de la retirada de los franceses prorumpieron los moradores de Zaragoza en voces de alegría con loores eternos al Todopoderoso y gracias rendidas á la vírgen del Pilar, que su devocion miraba como la principal protectora de sus hogares. No daba facultad el gozo para reparar en qué estado quedaba la ciudad: triste era verdaderamente. La parte ocupada por los sitiadores arruinada, los tejados de la que habia permanecido libre hundidos por las granadas y bombas. En unos parages humeando todavía el fuego mal apagado, en otros desplomándose la techumbre de grandes edificios, y mostrándose en todos el lamentable espectáculo de la desolacion y la muerte.

Celebráronse el 25 magníficas exequias por los que habian fallecido en defensa de su patria, de quienes nunca mejor pudiera repetirse con Pericles, « que en brevísimo tiempo y con breve suerte « habian sin temor perecido en la cumbre de la gloria*. » Concedió Palafox á los defensores muchos privilegios, entre los que con razon algunos se graduaron de desmedidos. Mas este y otros desvíos desaparecieron y se ocultaron al resplandor de tantos é inmortales combates.

(* Ap. n. 5.)

Cataluña.

No desdijeron de aquella defensa las esclarecidas acciones que por entonces y con el mismo buen éxito que las primeras acaecieron en Cataluña. El Ampurdan habia imitado el ejemplo de los otros distritos de su provincia, y estaba ya sublevado cuando los franceses acometieron infructuosamente á Gerona la vez primera. El movimiento de sus somatenes fue provechoso á la defensa de aquella plaza, molestando con correrías las partidas sueltas del enemigo é interrumpiendo sus comunicaciones. Llevaron mas allá su audacia, y apoyados en algunos soldados de la corta guarnicion de Rosas, bloquearon estrechamente el castillo de San Fernando de Figueras, defendido por solos 400 franceses con escasas vituallas. Des-

Bloqueo de Figueras por los somatenes.

pechados estos de verse en apuro por la osadía de meros paisanos, quisieron vengarse incomodando con sus bombas á la villa y arruinándola sin otro objeto que el de hacer daño. Mas hubiéranse quizá arrepentido de su bárbara conducta, si estando ya casi á punto de capitular no los hubiese socorrido oportunamente el general Reille. Ayudante este de Napoleon habia por órden suya llegado á Perpiñan, y reunido precipitadamente algunas fuerzas. Con ellas y un convoy tocó el 5 de julio los muros de Figueras y ahuyentó los somatenes.

Socorre la plaza el general Reille.

Persuadido Reille que Rosas, aunque en parte desmantelada, atizaba el fuego de la insurreccion y suministraba municiones y armas, intentó el 11 del mismo julio tomarla por sorpresa, pero le salió vano su intento habiendo sido completamente rechazado. A la vuelta tuvo que padecer bastante acosado por los somatenes, que en varios otros reencuentros, señaladamente en el del Alfar, desbarataron á los franceses. Era su principal caudillo Don Juan Claros hombre de valor y muy práctico en la tierra.

Don Juan Clarós.

Duhesme por su parte luego que volvió á Barcelona despues de habérsele desgraciado su empresa de Gerona, no descansaba ni vivia tranquilo hasta vengar el recibido agravio. Juntó con premura los convenientes medios, y al frente de 6000 hombres, un tren considerable de artillería con municiones de boca y guerra, escalas y demas pertrechos conducentes á formalizar un sitio, salió de Barcelona el 10 de julio.

Vuelve Duhesme á Gerona.

Confiado en el éxito de esta nueva expedicion contra Gerona, públicamente decia: *el 24 llego, el 25 la ataco, la tomo el 26 y el 27 la arraso*. Conciso como César en las palabras no se le asemejó en las obras. Por de pronto fue inquietado en todo el camino. Detuvieron á sus soldados entre Caldetas y San Pol las cortaduras que los somatenes habian abierto, y cuyo embarazo los expuso largo tiempo á los fuegos de una fragata inglesa y de varios buques españoles. Prosiguiendo adelante se dividieron el 19 en dos trozos, tomando uno de ellos la vuelta de las asperezas de Vallgorquina, y el otro la ruta de la costa. De este lado tuvieron un reñido choque con la gente que mandaba Don Francisco Milans, y por el de la Montaña vencidos varios obstáculos, con pérdidas y mucha fatiga llegaron el 20 á Hostalrich, cuyo gobernador Don Manuel O'Sulivan, de apellido extrangero, pero de corazon español y nacido en su suelo, contestó esforzadamente á la intimacion que de rendirse le hizo el general Goulas. Volviéronse á unir las dos columnas francesas despues de otros reencuentros, y juntas avanzaron á Gerona, en donde el 24 se les agregó el general Reille con mas de 2000 hombres que traia de Figueras. Aunque á vista de la plaza, no la acometieron formalmente hasta principios de agosto, y como el no haber conseguido el enemigo su objeto dependió en mucha parte de haberse mejorado

la situacion del principado con los auxilios que de fuera vinieron, y con el mejor órden que en él se introdujo, será conveniente que acerca de uno y otro echemos una rápida ojeada.

Junta de Lérida.

Habíase congregado en Lérida á últimos de junio una junta general en que se representaron los diversos corregimientos y clases del principado. Fue su primera y principal mira aunar los esfuerzos, que si bien gloriosos, habian hasta entonces sido parciales, combinando las operaciones y arreglando la forma de los diversos cuerpos que guerreaban. Acordó juntar con ellos y otros alistados el número de 40,000 hombres, y buscó y encontró en sus propios recursos el medio de subvenir á su mantenimiento. Para lisonjear sin duda la opinion vulgar de la provincia, adoptó en la organizacion de la fuerza armada la forma antigua de los miqueletes. Motejóse con razon esta disposicion como tambien el que dándoles mayor paga disgustase á los regimientos de línea. Los miqueletes, segun Melo, se llamaron antes almogavares, cuyo nombre significa gente del campo, que profesaba conocer por señales ciertas el rastro de personas y animales. Mudaron su nombre en el de miquelets en memoria, dice el mismo autor, de Miquelot de Prads, compañero del famoso César Borja. Pudo en aquel siglo y aun despues convenir semejante ordenacion de paisanos, aunque muchos lo han puesto en duda; mas de ningun modo era acomodada al nuestro faltándole la conveniente disciplina y subordinacion.

Tropas de Menorca mandadas por el marqués del Palacio.

Acudieron tambien á Cataluña por el propio tiempo parte de las tropas de las islas Baleares. Al principio se habian negado sus habitantes á desprenderse de aquella fuerza, temerosos de un desembarco. Pero en julio mas tranquilos convinieron en que la guarnicion de Mahon con el marqués del Palacio que mandaba en Menorca desde el principio de la insurreccion, se hiciese á la vela para Cataluña. Dicho general si bien habia suscitado altercaciones de que hubieran podido resultar males, y abierta division entre las dos islas de Mallorca y Menorca, habíase sin embargo mantenido firmemente adicto á la causa de la patria y contestado con dignidad y energía á las insidiosas propuestas que le hicieron los franceses de Barcelona y sus parciales.

El 20 de julio salió pues de Menorca la expedicion compuesta de 4630 hombres con muchos víveres y pertrechos, y el 23 desembarcó en Tarragona. Dió su llegada grande impulso á la defensa de Cataluña, y trasladándose sin tardanza de Lérida á aquel puerto la junta del principado nombró por su presidente al marqués del Palacio y se instaló solemnemente el 6 de agosto.

Se empezó desde entonces en aquella parte de España á hacer la guerra de un modo mejor y mas concertado. Al principio sin otra guia ni apoyo que el valor de sus habitantes redújose por lo

general á ser defensiva y á incomodar separadamente al enemigo. Con este fin determinó el nuevo gefe tomar la ofensiva reforzando la linea de somatenes que cubria la orilla del Llobregat. Escogió para mandar la tropa que enviaba á aquel punto al brigadier conde de Caldagues, quien se juntó con el coronel Baguet gefe de los somatenes. La presencia de esta gente incomodaba á Lecchi comandante de Barcelona en ausencia de Duhesme, mayormente cuando por mar le bloqueaban dos fragatas inglesas, de una de las cuales era capitan el despues tan conocido y famoso Lord Cochrane. Temiase el francés cualquiera tentativa, y creció su cuidado luego que supo haber los somatenes recobrado el 31 á Mongat con la ayuda de dicho Cochrane, y capitaneados por Don Francisco Barceló.

El conde de Caldagues vá en socorro de Gerona.

No queriendo desperdiciar la ocasion y valiéndose de la inquietud y sobresalto del enemigo, pensó el marqués del Palacio en socorrer á Gerona. Al efecto y creyendo que por sí y los somatenes podria distraer bastantemente la atencion de Lecchi, dispuso que el conde de Caldagues saliese de Martorell el 6 de agosto con tres compañías de Soria y una de granaderos de Borbon, alrededor de cuyo núcleo esperaba que se agruparian los somatenes del tránsito. Asi sucedió, agregándose sucesivamente Milans, Claros y otros al conde de Caldagues, que se encaminó por Tarrasa, Sabadell y Granollers á Hostalrich. El 15 se aproximaron todos á Gerona, y en Castellá celebrándose un consejo de guerra y de concierto con los de la plaza se resolvió atacar á los franceses al dia siguiente. Contaban los españoles 10,000 hombres por la mayor parte somatenes.

Veamos ahora lo que alli habia ocurrido desde que el enemigo la habia embestido en los últimos dias de julio. El número de los sitiadores si no se ha olvidado ascendia á cerca de 9000 hombres; el de los nuestros dentro del recinto á 2000 veteranos, y ademas el vecindario muy bien dispuesto y entusiasmado. Los franceses, fuese desacuerdo entre ellos, fuesen órdenes de Francia ó mas bien el trastorno que les causaban las nuevas que recibian de todas las provincias de España, continuaron lentamente sus trabajos sin intentar antes del 12 de agosto ataque formal. Aquel dia intimaron

Atacan los franceses á Gerona el 13 de agosto.

la rendicion, y desechadas que fueron sus proposiciones rompieron el fuego á las doce de la noche del 13. Aviváronle el 14 y 15 acometiendo con particularidad del lado de Monjuich, nombre que se da como en Barcelona á su principal fuerte. Adelantaban en la brecha los enemigos, y muy luego hubiera estado practicable, si los sitiados trabajando con ahinco y guiados por los oficiales de Ultonia no se hubiesen empleado en su reparo.

Son derrotados el 16.

Apurados sin embargo andaban, á la sazon que el conde de Caldagues colocado con su division en las cercanías, trató estando todos de acuerdo de atacar en la mañana del 16

las baterías que los sitiadores habian levantado contra Monjuich. Mas era tal el ardimiento de los soldados de la plaza, que sin aguardar la llegada de los de Caldagues, y mandados por Don Narciso de la Valeta, Don Enrique Odonell y Don Tadeo Ahlea, se arrojaron sobre las baterías enemigas, penetraron hasta por sus troneras, incendiaron una, se apoderaron de otra y quemaron sus montages. Hízose luego general la refriega: duró hasta la noche quedando vencedores los españoles, no obstante la superioridad del enemigo en disciplina y órden. Escarmentados los franceses abandonaron el sitio, y volviéndose Reille al siguiente dia á Figueras, enderezó Duhesme sus pasos camino de Barcelona. Pero este no atreviéndose á repasar por Hostalrich ni tampoco por la marina, ruta en varios puntos cortada y defendida con buques ingleses, se metió por en medio de los montes perdiendo carros y cañones, cuyo trasporte impedian lo agrio de la tierra y la celeridad de la marcha. Llegó Duhesme dos dias despues á la capital de Cataluña con sus tropas hambrientas y fatigadas y en lastimoso estado. Terminóse asi su segunda expedicion contra Gerona, no mas dichosa ni lucida que la primera.

Levantan el sitio.

Llevada en España á feliz término esta que podemos llamar su primer campaña, será bien volver nuestra vista á la que al propio tiempo acabaron los ingleses gloriosamente en Portugal.

Portugal.

Habia aquel reino proseguido en su insurreccion, y padecido bastantemente algunos de sus pueblos con la entrada de los franceses. Cupo suerte aciaga á Leiria y Nazareth, habiendo sido igualmente desdichada la de la ciudad de Évora. Era en Portugal difícil el arreglo y union de todas sus provincias por hallarse interrumpidas las comunicaciones entre las del norte y mediodia, y árduo por tanto establecer un concierto entre ellas para lidiar ventajosamente contra los franceses. La junta de Oporto animada de buen zelo, mas desprovista de medios y autoridad, procedia lentamente en la organizacion militar, y de Galicia con escasez y tarde le llegaron cerca de 2000 hombres de auxilio. La junta de Extremadura envió por su lado una corta division á las órdenes de Don Federico Moreti, con cuya presencia se fomentó el alzamiento del Alentejo en tal manera grave á los ojos de Junot, que dió órden á Loison para pasar prontamente á aquella provincia, desamparando la Beira, en donde este general estaba, despues de haber inútilmente pisado los lindes de Salamanca y las orillas de Duero. Supieron portugueses y españoles que se acercaban los enemigos, y al mando aquellos del general Francisco de Paula Leite, y los nuestros al del brigadier Moreti, los aguardaron fuera de las puertas de Évora, dentro de cuyos muros se habia instalado la junta suprema de la provincia. Era el

Estado de aquel reino y de su insurreccion.

29 de julio, y las tropas aliadas, no ofreciendo sino un conjunto informe de soldados y paisanos mal armados y peor disciplinados, se dispersaron en breve, recogiéndose parte de ellos á la ciudad. Los enemigos avanzaron, mas tuvieron dentro que vencer la pertinaz resistencia de los vecinos y de muchos de los españoles refugiados allí despues de la accion, y que guiados por Moreti y sobre todo por Don Antonio María Gallego disputaron á palmos algunas de las calles. El último quedó prisionero. La ciudad fue entregada por el enemigo á saco, desahogando este horrorosamente su rabia en casas y vecinos. Moreti con el resto de su tropa se acogió á la frontera de Extremadura. En ella y en la plaza de Olivenza reunia los dispersos el general Leite. Tambien al mismo tiempo se ocupaba en el Algarbe el conde de Castromarin en allegar y disciplinar reclutas; mas tan loables esfuerzos, así de esta parte como otros parecidos en la del norte de Portugal, no hubieran probablemente conseguido el anhelado objeto de libertar el suelo lusitano de enemigos sin la pronta y poderosa cooperacion de la Gran Bretaña.

Évora.

Expedicion inglesa enviada á Portugal.

Desde el principio de la insurreccion española habia pensado aquel gobierno en apoyarla con tropas suyas. Así se lo ofreció á los diputados de Galicia y Asturias en caso que tal fuese el deseo de las juntas; mas estas prefirieron á todo los socorros de municiones y dinero, teniendo por infructuoso, y aun quizá perjudicial, el envío de gente. Era entonces aquella opinion la mas acreditada, y fundábase en cierto orgullo nacional loable, mas hijo en parte de la inexperiencia. Daba fuerza y séquito á dicha opinion el desconcepto en que estaban en el continente las tropas inglesas, por haberse hasta entonces malogrado desde el principio de la revolucion francesa casi todas sus expediciones de tierra. Sin embargo al paso que amistosamente no se admitió la propuesta, se manifestó que si el gobierno de S. M. B. juzgaba oportuno desembarcar en la península alguna division de su ejército, seria conveniente dirigirla á las costas de Portugal, en donde su auxilio serviria de mucho á los españoles poniéndoles á salvo de cualquiera empresa de Junot.

Abrazó la idea el ministerio inglés, y una expedicion preparada antes de levantarse España, y segun se presume contra Buenos-Aires, mudó de rumbo, y recibió la órden de partir para las costas portuguesas. Púsose á su frente al teniente general Sir Arturo Wellesley, conocido despues con el nombre de duque de Wellington, y de quien daremos breve noticia, siendo muy principal el papel que representó en la guerra de la península.

Sir Arturo Wellesley.

Cuarto hijo Sir Arturo del vizconde Wellesley, conde de Mornington, habia nacido en Irlanda en 1769, el mismo año que Napoleon. De Eton pasó á Francia y entró en la escuela militar de Angers para instruirse en la profesion de

las armas. Comenzó su carrera en la desastrada campaña que en 1795 acaudilló en Holanda el duque de York, donde se distinguió por su valor. Detenido á causa de temporales, no se hizo á la vela para América en 1795, segun lo intentaba, y solo en 1797 se embarcó con direccion á opuestas regiones, yendo á la India oriental en compañía de su hermano mayor el marqués de Wellesley nombrado gobernador. Se aventajó por su arrojo y pericia militar en la guerra contra Tipoo-Saib y los Máratas, ganándoles con fuerzas inferiores la batalla decisiva de Assie. En 1805 de vuelta á Inglaterra tomó asiento en la cámara de los comunes, y se unió al partido de Pitt. Nombrado secretario de Irlanda, capitaneó despues la tropa de tierra que se empleó en la expedicion de Copenhague. Hombre activo y resuelto al paso que prudente, gozando ya de justo y buen concepto como militar, sobremanera aumentó su fama en las venturosas campañas de la península española.

Contaba ahora la expedicion de su mando 10,000 hombres, los que bien provistos y equipados dieron la vela de Cork el 12 de julio. Al emparejar con la costa de España paráronse delante de la Coruña, en donde desembarcó el 20 su general Wellesley. Andaba á la sazon aquella junta muy atribulada con la rota de Rioseco, y nunca podrian haber llegado mas oportunamente los ofrecimientos ingleses en caso de querer admitirlos. Reiterólos su gefe, pero la junta insistió en su dictámen, y limitándose á pedir socorros de municiones y dinero, indicó como mas conveniente el desembarco en Portugal. Prosiguieron pues su rumbo, y poniéndose de acuerdo el general de la expedicion con Sir Cárlos Cotton que mandaba el crucero frente de Lisboa, determinó echar su gente en tierra en la bahía de Mondego, fondeadero el mas acomodado.

Sale la expedicion de Cork.

Desembarca en Mondego.

No tardó Wellesley en recibir aviso de que otras fuerzas se le juntarian, entre ellas las del general Spencer, antes en Jerez y puerto de Santa María, y tambien 10,000 hombres procedentes de Suecia al mando de Sir Juan Moore. Reunidas que fuesen todas estas tropas con otros cuerpos sueltos, debian ascender en su totalidad á 30,000 hombres inclusos 2000 de caballería; pero con noticia tan placentera recibió otra el general Wellesley por cierto desagradable. Era pues que tomaria el mando en gefe del ejército Sir H. Dalrymple, haciendo de segundo bajo sus órdenes Sir H. Burrard. Recayó el nombramiento en el primero porque, habiendo seguido buena correspondencia con Castaños y los españoles, se creyó que asi se estrecharian los vínculos entre ambas naciones con la cumplida armonía de sus respectivos caudillos.

No obstante la mudanza que se anunciaba, previnose al general Wellesley que no por eso dejase de continuar sus operaciones con la mas viva diligencia. Autorizado este con semejante permiso, y quizá estimulado con la espuela del sucesor, trató sin dilacion de

abrir la campaña. Desembarcadas ya todas sus tropas en 5 de agosto, y arribando con las suyas el mismo dia el general Spencer, pusiéronse el 9 en marcha hácia Lisboa. El 12 se encontraron en Leiria con el general portugués Bernardino Freire que mandaba 6000 infantes y 600 caballos de su nacion. No se avinieron ambos gefes. Desaprobaba el portugués la ruta que queria tomar el británico, temeroso de que, descubierta Coimbra, fuese acometida por el general Loison, quien de vuelta ya del Alentejo habia entrado en Tomar. Por tanto permaneció por aquella parte, cediendo solamente á los ingleses 1400 hombres de infantería y 250 de caballería que se les incorporaron. Wellesley prosiguió adelante, y el 15 avanzó hasta Caldas.

Estado de Junot y sus disposiciones.

El desembarco de sus tropas habia excitado en Lisboa y en todos los pueblos extremado júbilo y alegría, enflaqueciendo el ánimo de Junot y los suyos. Preveian su suerte, principalmente estando ya noticiosos de la capitulacion de Dupont y retirada de José al Ebro. Derramadas sus fuerzas no ofrecian en ningun punto suficiente número para oponerse á 15,000 ingleses que avanzaban. Tomó sin embargo Junot providencias activas para reconcentrar su gente en cuanto le era dable. Ordenó á Loison dirigirse á la Beira y flanquear el costado izquierdo de sus contrarios, y á Kellerman que, ahuyentando las cuadrillas de paisanos de Alcázar de Sal y su comarca, evacuase á Setúbal y se le uniese. Negóse á prestarle ayuda Siniavin almirante de la escuadra rusa fondeada en el Tajo, no queriendo combatir á no ser que acometiesen el puerto los buques ingleses.

Tampoco descuidó Junot celar que se mantuviese tranquila la populosa Lisboa, y para ello en nada acertó tanto como en dejar su gobierno al cuidado del general Travot, de todos querido y apreciado por su buen porte. Custodiáronse con particular esmero los españoles que yacian en pontones, y se atendió á conservar libres las orillas del Tajo. Los franceses alli avecindados se mostraron muy aficionados á los suyos, y deseosos de su triunfo formaron un cuerpo de voluntarios. El conde de Bourmont y otros emigrados, á quienes durante la revolucion se habian prodigado en Lisboa favores y consuelo, se unieron á sus compatriotas solicitando con instancia el mencionado conde que se le emplease en el estado mayor.

Tomadas estas disposiciones, parecióle á Junot ser ocasion de ponerse á la cabeza de su ejército, é ir al encuentro de los ingleses. Pero antes habian estos venido á las manos cerca de Roliza con el general Delaborde, quien, saliendo de Lisboa el 6 de agosto y juntándose en Ovidos con el general Thomiers y otros destacamentos, habia avanzado á aquel punto al frente de 5000 hombres.

Accion de Roliza.

Eran sus instrucciones no empeñar accion hasta que se le agregasen las tropas en varios puntos es-

parcidas, y limitarse á contener á los ingleses. No le fue lícito cumplir aquellas, viéndose obligado á pelear con el ejército adversario. Habia este salido de su campo de Caldas en la madrugada del 17, y encaminádose hácia Ovidos. Se extiende desde allí hasta Roliza un llano arenoso cubierto de matorrales y arbustos terminado por agrias colinas, las que prolongándose del lado de Columbeira casi cierran por su estrechura y tortuosidad el camino que da salida al pais situado á su espalda. Delaborde tomó posicion en un corto espacio que hay delante de Roliza, pueblo asentado en la meseta de una de aquellas colinas, y de cuyo punto dominaba el terreno que habian de atravesar los ingleses. Acercábanse estos divididos en tres trozos: mandaba el de la izquierda el general Ferguson, encargado de rodear por aquel lado la posicion de Delaborde y de observar si Loison intentaba incorporársele. El capitan Trant con los portugueses debia por la derecha molestar el costado izquierdo de los franceses, quedando en el centro el trozo mas principal, compuesto de cuatro brigadas y á las órdenes inmediatas de Sir Arturo, de cuyo número se destacó por la izquierda la del general Fane para darse la mano con la de Ferguson, del mismo modo que por la derecha y para sostener á los portugueses se separó la del general Hill.

Delaborde no creyéndose seguro en donde estaba, con prontitud y destreza se recogió amparado de su caballería detras de Columbeira, en parage de difícil acceso, y al que solo daban paso unas barrancas de pendiente áspera y con mucha maleza. Entonces los ingleses variaron la ordenacion del ataque; y uniéndose los generales Fane y Ferguson para rodear el flanco derecho del enemigo, acometieron su frente de posicion muy fuerte los generales Hill y Nightingale. Defendiéronse los franceses con gran bizarría, y cuatro horas duró la refriega. Delaborde herido y perdida la esperanza de que se le juntára Loison, pensó entonces en retirarse, temeroso de ser del todo deshecho por las fuerzas superiores de sus contrarios. Primeramente retrocedió á Azambugeira, disputando el terreno con empeño. Hizo despues una corta parada, y al fin tomó el angosto camino de Runha, andando toda la noche para colocarse ventajosamente en Montechique. Perdieron los ingleses 500 hombres, 600 los franceses. Gloriosa fue aquella accion para ambos ejércitos; pues peleando briosamente, si favoreció á los últimos su posicion, eran los primeros en número muy superiores. Con la victoria recobraron confianza los soldados ingleses, menguada por anteriores y funestas expediciones; y de allí tomó principio la fama del general Wellesley, acrecentada despues con triunfos mas importantes.

No habia Loison acudido á unirse con Delaborde receloso de comprometer la suerte de su division. Sabia que los ingleses habian llegado á Leiria, le observaban de cerca los portugueses y unos

1500 españoles que de Galicia habia traido el marqués de Valladares; el pais se mostraba hostil, y asi no solo juzgó imprudente empeñarse en semejante movimiento, sino que tambien abandonando á Tomar, siguió por Torres-Novas á Santaren, y el 17 se incorporó en Cercal con Junot. Los portugueses luego que le vieron lejos entraron en Abrantes y se apoderaron de casi todo un destacamiento que alli habia dejado.

Junot por su parte, segun acabamos de indicar, se habia ya adelantado. El 15 de agosto, depues de celebrar con gran pompa la fiesta de Napoleon, por la noche y muy á las calladas habia salido de Lisboa. Falsas nuevas y el estado de su gente le retardaron en la marcha, y no le fue dado antes del 20 reunir sus diversas y separadas fuerzas. Aquel dia aparecieron juntas en Torres-Vedras, y se componian de 12,000 infantes y 1500 caballos. Quedaban ademas las competentes guarniciones en Yelbes, Almeida, Peniche, Palmela, Santaren y en los fuertes de Lisboa. Mandaba la 1ª division francesa el general Delaborde, la 2ª Loison, y Kellerman la reserva. La caballería y artillería se pusieron al cuidado de los generales Margaron y Taviel, y en la última arma mandaba la reserva el coronel entonces, y despues general Foy, célebre y bajo todos respectos digno de loa.

Socorros llegados al ejército inglés.

Era más numeroso el ejército inglés. Se le habian nuevamente agregado 4000 hombres á las órdenes de los generales Anstruther y Acland, y constaba en todo de mas de 18,000 combatientes. Carecia de la suficiente caballería, limitándose á 200 ginetes ingleses y 250 portugueses. Despues de la accion de Roliza no habia Wellesley perseguido á su contrario. Para proteger el desembarco en Maceira de los 4000 hombres mencionados, habia avanzado hasta Vimeiro, en donde casi al propio tiempo se le anunció la llegada con 11,000 hombres de Sir Juan Moore. A este le ordenó que saltase con su gente en tierra en Mondego, y que yendo del lado de Santaren cubriese la izquierda del ejército. No tardó tampoco en saberse la llegada de Sir H. Burrard nombrado segundo de Dalrymple en el mando: noticia por cierto poco grata para el general Wellesley, que esperaba por aquellos dias coger nuevos laureles. Su plan de ataque estaba ya combinado. Con pleno conocimiento del terreno, tomando un camino costero, escabroso y estrecho, pensaba flanquear la posicion de Torres-Vedras, y colocándose en Mafra interponerse entre Junot y Lisboa. Habia escogido aquellos vericuetos y ásperos sitios por considerarlos ventajosos para quien como él andaba escaso de caballería. Al aviso de estar cerca Burrard suspendió Wellesley su movimiento y se avistó á bordo con aquel general. Conferenciaron acerca del plan concertado, y juzgando Burrard ser arriesgada cualquiera tentativa en tanto que Moore no se les uniese, dispuso aguardarle y que permaneciese su ejército en la posicion de Vimeiro.

Tuvo empero la dicha el general Wellesley de que Junot, no queriendo dar tiempo á que se juntasen todas las fuerzas británicas, resolvió atacar inmediatamente á las que en Vimeiro se mantenian tranquilas.

Batalla de Vimeiro, 21 de agosto.

Está situado aquel pueblo no lejos del mar en una cañada por donde corre el rio Maceira. Al norte se eleva una sierra cortada al oriente por un escarpe en cuya hondonada está el lugar de Toledo. En dicha sierra no habian al principio colocado los ingleses sino algunos destacamentos. Al sudoeste se percibe un cerro en parte arbolado que por detras continúa hácia poniente con cimas mas erguidas. Seis brigadas inglesas ocupaban aquel puesto. Habia otras dos á la derecha del rio en una eminencia escueta y roqueña que se levanta delante de Vimeiro. En la cañada ó valle se situaron los portugueses y la caballería.

A las ocho de la mañana del 21 de agosto se divisaron los franceses viniendo de Torres-Vedras. Imaginóse Wellesley ser su intento atacar la izquierda de su ejército, que era la sierra al norte; y como estaba desguarnecida encaminó á aquel punto, una tras de otra, cuatro de las seis brigadas que coronaban las alturas de sudoeste y que era su derecha. No habia sido tal el pensamiento de los franceses. Mas observando su general dicho movimiento, envió sucesivamente para sostener á un regimiento de dragones, hácia allí destacado, dos brigadas al mando de los generales Brenier y Solignac.

No por eso desistió Junot de proseguir en el plan de ataque que habia concebido, y cuyo principal blanco era la eminencia situada delante de Vimeiro, en donde estaban apostadas, segun hemos dicho, dos brigadas inglesas, las cuales se respaldaban contra otras dos que aun permanecian en las alturas de sudoeste.

Rompió el combate el general Delaborde, siguió á poco Loison, y por instantes arreció la pelea furiosamente. La reserva bajo las órdenes de Kellerman, viendo que los suyos no se apoderaban de la eminencia, fue en su ayuda, y en uno de aquellos acometimientos hirieron á Foy. Rechazaban los ingleses á sus intrépidos contrarios, aunque á veces flaqueaba alguno de sus cuerpos. Junot en la reserva observaba y dirigia el principal ataque sin descuidar su derecha. Mas en aquella no tuvieron ventura los generales Solignac y Brenier, habiendo sido uno herido y otro prisionero.

A las doce del dia, despues de tres horas de inútil lucha y disminuido el ejército francés con la pérdida de mas de 1800 hombres, determinaron sus generales retirarse á una línea casi paralela á la que ocupaban los ingleses. Estos con parte de su fuerza todavía intacta consideraron entonces como suya la victoria, habiéndose apoderado de 13 cañones, y solo contando entre muertos y heridos unos 800 hombres. Parecia que era llegado el tiempo de per-

seguir á los vencidos con las tropas de refresco. Tal era el dictámen de Sir Arturo Wellesley, sin que ya fuese dueño de llevarle á cabo. Durante la accion habia llegado al campo el general Burrard, á quien correspondia el mando en gefe. Con escrúpulo cortesano dejó á Wellesley rematar una empresa dichosamente comenzada. Pero al tratar de perseguir al enemigo, recobrando su autoridad, opúsose á ello, é insistió en aguardar á Moore. De prudencia pudo graduarse semejante opinion antes de la batalla: tanta precaucion ahora, si no disfrazaba celosa rivalidad, excedia los límites de la timidez misma.

Los franceses por la tarde sin ser incomodados se fueron á Torres-Vedras. El 22 celebró Junot consejo de guerra, en el que acordaron abrir negociaciones con los ingleses por medio del general Kellerman, no dejando de continuar su retirada á Lisboa.

Armisticio entre ambos ejércitos.

Asi se ejecutó; pero al tocar el negociador francés las líneas inglesas, habia desembarcado ya y tomado el mando Sir H. Dalrymple. Con lo que en menos de dos dias tres generales se sucedieron en el campo británico: mudanza perjudicial á las operaciones militares y á los tratos que siguieron, apareciendo cuán erradamente á veces proceden aun los gobiernos mas prácticos y advertidos. Propuso Kellerman un armisticio, conformóse el general inglés y se nombró para concluirle á Sir Arturo Wellesley. Convinieron los negociadores en ciertos artículos que debian servir de base á un tratado definitivo. Fueron los mas principales: 1° que el ejército francés evacuaria á Portugal, siendo trasportado á Francia con artillería, armas y bagage por la marina británica; 2° que á los portugueses y franceses avecindados no se les molestaria por su anterior conducta política, pudiendo salir del territorio portugués con sus haberes en cierto plazo; y 3° que se consideraria neutral el puerto de Lisboa durante el tiempo necesario y conforme al derecho marítimo, á fin de que la escuadra rusa diese la vela sin ser á su salida incomodada por la británica. Señalóse una linea de demarcacion entre ambos ejércitos, quedando obligados recíprocamente á avisarse 48 horas de antemano en caso de volver á romperse las hostilidades.

Mientras tanto Junot habia el 23 entrado en Lisboa, en donde los ánimos andaban muy alterados. Con la noticia de la accion de Roliza hubiérase el 20 conmovido la poblacion á no haberla contenido con su prudencia el general Travot. Mas permaneciendo viva la causa de la fermentacion pública, hubieron los franceses de acudir á precauciones severas, y aun al miserable y frágil medio de esparcir falsas nuevas, anunciando que habian ganado la batalla de Vimeiro. De poco hubieran servido sus medidas y artificios si oportunamente no hubiera llegado con su ejército el general Junot. A su vista forzoso le fue al patriotismo portugués reprimir ímpetus inconsiderados.

Por otra parte el armisticio tropezaba con obstáculos imprevistos. El general Bernardino Freire agriamente representó contra su ejecucion, no habiendo tenido cuenta en lo estipulado ni con su ejército, ni con la junta de Oporto, ni tampoco con el príncipe regente de Portugal, cuyo nombre no sonaba en ninguno de los artículos. Aunque justa hasta cierto punto, fue desatendida tal reclamacion. No pudo serlo la de Sir C. Cotton comandante de la escuadra británica, quien no quiso reconocer nada de lo convenido acerca de la neutralidad del puerto y de los buques rusos allí anclados. Tuvieron pues que romperse las negociaciones.

Mucho incomodó á Junot aquel inesperado suceso; y escuchando antes que á sus apuros á la altivez de su pecho engreido con no interrumpida ventura, dispúsose á guerrear á todo trance. Mas sin recursos, angustiados los suyos y reforzados los contrarios con la division de Moore y un regimiento que el general Beresford traia de las aguas de Cádiz, se le ofrecian insuperables dificultades. Aumentábanse estas con el brio adquirido por la poblacion portuguesa, la que despues de las victorias alcanzadas, de tropel acudia á Lisboa y estrechaba las cercanías. Carecia tambien de la conveniente cooperacion del almirante ruso, indiferente á su suerte y firme en no prestarle ayuda. Tal porte enfureció tanto mas á Junot, cuanto la estancia de aquella escuadra en el Tajo habia sido causa del rompimiento de las negociaciones entabladas. Asi mal de su grado, solo y vencido de la amarga situacion de su ejército, cedió Junot y asintió á la famosa convencion concluida en Lisboa el 30 de agosto entre el general Kellerman y J. Murray cuartel maestre del ejército inglés. El ruso ajustó por sí en 3 de setiembre un convenio con el almirante inglés*, segun el cual entregaba en depósito su escuadra al gobierno británico hasta seis meses despues de concluida la paz entre sus gobiernos respectivos, debiendo ser trasportados á Rusia los gefes, oficiales y soldados que la tripulaban.

Convenio del almirante ruso con el inglés.

(* Ap. n. 6.)

La convencion entre franceses é ingleses llamóse malamente de Cintra, por no haber sido firmada allí ni ratificada*. Constaba de 22 artículos y ademas otros tres adicionales, partiendo de la base del armisticio antes concluido. Los franceses no eran considerados como prisioneros de guerra, y debian los ingleses trasportarlos á cualquiera puerto occidental de Francia entre Rochefort y Lorient. En el tratado se incluian las guarniciones de las plazas fuertes. Los españoles detenidos en pontones ó barcos en el Tajo se entregaban á disposicion del general inglés, en trueque de los franceses que sin haber tomado parte en la guerra hubieran sido presos en España. No eran por cierto muchos, y los mas habian ya sido puestos en libertad. Entre los que todavía permanecian arrestados soltó los suyos la junta de Extremadura, condescendiendo con los deseos del general inglés. El número de españoles que ge-

Convencion de Cintra.

(* Ap. n. 7.)

mian en Lisboa presos ascendia á 3500 hombres, procedentes de los regimientos de Santiago y Alcántara de caballería, de un batallon de tropas ligeras de Valencia, de granaderos provinciales y varios piquetes; los cuales bien armados y equipados desembarcaron en octubre á las órdenes del mariscal de campo Don Gregorio Laguna en la Rápita de Tortosa y en los Alfaques. Los demas artículos de la convencion tuvieron sucesivamente cumplido efecto. Algunos de ellos suscitaron acaloradas disputas: sobre todo los que tenian relacion con la propiedad de los individuos. Esto y falta de trasportes dilataron la partida de los franceses.

Españoles de Portugal.

Causaba su presencia desagradable impresion, y tuvieron los ingleses que velar noche y dia para que no se perturbase la tranquilidad de Lisboa. No tanto ofendia á sus habitantes la franca salida que por la convencion se daba á sus enemigos, cuanto el poco aprecio con que en ella eran tratados el príncipe regente y su gobierno. No se mentaba ni por acaso su nombre, y si en el armisticio habia cabido la disculpa de ser un puro convenio militar, en el nuevo tratado en que mezclaban intereses políticos no era dado alegar las mismas razones. De aquí se promovió un reñido altercado entre la junta de Oporto y los generales ingleses. A principio quisieron estos aplacar el enojo de aquella; mas al fin desconocieron su autoridad y la de todas las juntas creadas en Portugal. Restablecieron en 18 de setiembre conforme á instruccion de su gobierno la regencia que al partir al Brasil habia dejado el príncipe Don Juan, y tan solo descartaron las personas ausentes ó comprometidas con los franceses. Portugal reconoció el nuevo gobierno y se disolvieron todas sus juntas.

Restablecen los ingleses la regencia de Portugal.

El 13 de setiembre dió la vela Junot y su nave dirigió el rumbo á la Rochela. El 30 todas sus tropas estaban ya embarcadas, y unas en pos de otras arribaron á Quiberon y Lorient. Faltaban las de las plazas, para cuya salida hubo nuevos tropiezos. El general español Don José de Arce, por órden de la junta de Extremadura, habia asediado el 7 de setiembre á Yelbes, y obligado al comandante francés Girod de Novilars á encerrarse en el fuerte de la Lippe. Sobrado tardía era en verdad la tentativa de los españoles, y llevaba traza de haberse imaginado despues de sabida la convencion entre franceses é ingleses. Despacháron estos para cumplirla en aquella plaza un regimiento, pero Arce y la junta de Extremadura se opusieron vivamente á que se dejase ir libres á los que sus soldados sitiaban. Cruzáronse escritos de una y otra parte, hubo varias y aun empeñadas explicaciones, mas al cabo se arregló todo amistosamente con el coronel inglés Graham. No anduvieron respecto de Almeida mas dóciles los portugueses, quienes cercaban la plaza. Hasta primeros de octubre no se removieron los obstáculos que se oponian á la entrega, y aun entonces hubo de serles á los franceses

Yelbes sitiada por los españoles.

Almeida por los portugueses.

harto costosa. Libres ya y próximos á embarcarse en Oporto, sublevóse el pueblo de aquella ciudad con haber descubierto entre los equipages ornamentos y alhajas de iglesia. Despojados de sus armas y haberes debieron la vida á la firmeza del inglés Sir Roberto Wilson que mandaba un cuerpo de portugueses, conteniendo á duras penas la embravecida furia popular.

Con el embarco de la guarnicion de Almeida quedaba del todo cumplida la convencion llamada de Cintra. Fue penosa la travesía de las tropas francesas, maltratado el convoy por recios temporales. Cerca de 2000 hombres perecieron, naufragando tripulaciones y trasportes: 22,000 arribaron á Francia, 29,000 habian pisado el suelo portugués. Pocos meses adelante los mismos soldados aguerridos y mejor disciplinados volvieron de refresco sobre España.

Desaprobacion general de la convencion de Cintra en Inglaterra.

La convencion no solamente indignó á los portugueses y fue censurada por los españoles, sino que tambien levantó contra ella el clamor de la Inglaterra misma. Llenos de satisfaccion y contento habian estado sus habitantes al eco de las victorias de Roliza y Vimeiro. De ello fuimos testigos, y de los primeros. Traemos á la memoria que en 1º de setiembre y á cosa de las nueve de la noche asistiendo á un banquete en casa de Mr. Canning, se anunció de improviso la llegada del capitan Campbell portador de ambas nuevas. Estaban allí presentes los demas ministros británicos, y á pesar de su natural y prudente reserva, con las victorias conseguidas desabrocharon sus pechos con júbilo colmado. No menor se mostró en todas las ciudades y pueblos de la Gran Bretaña. Pero enturbióle bien luego la capitulacion concedida á Junot, creciendo el enojo á par de lo abultado de las esperanzas. Muchos decian que los españoles hubieran conseguido triunfo mas acabado. Tan grande era el concepto del brio y pericia militar de nuestra nacion, exagerado entonces, como despues sobradamente deprimido al llegar derrotas y contratiempos. Aparecia el despecho y la ira hasta en los papeles públicos, cuyas hojas se orlaban con bandas negras, pintando tambien en caricaturas é impresos á sus tres generales colgados de un patíbulo afrentoso. Cundió el enojo de los particulares á las corporaciones, y las hubo que elevaron hasta el solio enérgicas representaciones. Descolló entre todas la del cuerpo municipal de Lóndres. No en vano levanta en Inglaterra su voz la opinion nacional. A ella tuvieron que responder los ministros ingleses, nombrando una comision que informase acerca del asunto, y llamando á los tres generales Dalrymple, Burrard y Wellesley para que satisficiesen á los cargos. Hubo en el exámen de su conducta varios incidentes, mas al cabo conformándose S. M. B. con el unánime parecer de la comision, declaró no haber lugar á la formacion de causa, al paso que desechó los artículos de la convencion, cuyo

contenido podria ofender ó perjudicar á españoles y portugueses. Decision que á pocos agradó, y sobre la que se hicieron justos reparos.

Nosotros creemos que si bien hubieran podido sacarse mayores ventajas de las victorias de Roliza y Vimeiro, fue empero de gran provecho el que desembarazase á Portugal de enemigos. Con la convencion se consiguió pronto aquel objeto; sin ella quizá se hubiera empeñado una lucha mas larga, y España embarazada con los franceses á la espalda no hubiera tan fácilmente podido atender á su defensa y arreglo interior.

Declaracion de S. M. B. de 4 de julio.

Estas pues habian sido las victorias conseguidas por las armas aliadas antes del mes de setiembre en el territorio peninsular, con las que se logró despejar su suelo hasta las orillas del Ebro. Por el mismo tiempo fueron tambien de entidad los tratos y conciertos que hubo entre el gobierno de S. M. B. y las juntas españolas, los cuales dieron ocasion á acontecimientos importantes.

Hablamos en su orígen del modo lisonjero con que habian sido tratados los diputados de Asturias y Galicia. Se habian ido estrechando aquellas primeras relaciones, y ademas de los cuantiosos auxilios mencionados y que en un principio se despacharon á España, fueron despues otros nuevos y pecuniarios*. (* Ap. n. 7. bis.) Creciendo la insurreccion y afirmándose marravillosamente, dió S. M. B.* (* Ap. n. 8.) una prueba solemne de adhesion á la causa de los españoles, publicando en 4 de julio una declaracion por la que se renovaban los antiguos vínculos de amistad entre ambos naciones. Realmente estaban ya restablecidos desde primeros de junio; pero á mayor abundamiento quisose dar á la nueva alianza toda autoridad por medio de un documento público y de oficio.

Peticiones y reclamaciones que se hacen á los diputados españoles.

La union franca y leal de ambos paises, y el tropel portentoso de inesperados sucesos habian excitado en Inglaterra un vivo deseo de tomar partido con los patriotas españoles. No se limitó aquel á los naturales, no á aventureros ansiosos de buscar fortuna. Cundió tambien á extrangeros y subió hasta personages célebres é ilustres. Los diputados españoles careciendo de la competente facultad se negaron constantemente á escuchar semejantes solicitudes. Seria prolijo reproducir aun las mas principales. Contentarémonos con hacer mencion de dos de las mas señaladas. Fue una la del general

Dumouriez.

Dumouriez: con ahinco solicitaba trasladarse á la península, y tener alli un mando, ó por lo menos ayudar de cerca con sus consejos. Figurábase que ellos y su nombre desbaratarian las huestes de Napoleon. Tachado de vario é inconstante en su conducta, y tambien de poco fiel á su patria, mal hubiera podido merecer la confianza de otra adoptiva. De muy diverso

origen procedia la segunda solicitud, y de quien bajo todos respectos y por sus desgracias y las de su familia merecia otro miramiento y atencion. Sin embargo no les fue dado á los diputados acceder al noble sacrificio que queria hacer de su persona el conde de Artois (hoy Cárlos X de Francia) partiendo á España á pelear en las filas españolas.

Conde de Artois.

Acompañaron á estas gestiones otras no dignas de olvido. Pocos dias habian corrido despues de la llegada á Lóndres de los diputados de Asturias, cuando el duque de Blacas (entonces conde) se les presentó á nombre de Luis XVIII, ilustre cabeza de la familia de Borbon, con objeto de reclamar el derecho al trono español que asistia á la rama de Francia, extinguida que fuese la de Felipe V. Evitando tan espinosa cuestion por anticipada, se respondió de palabra y con el debido acatamiento á la reclamacion de un príncipe desventurado y venerable, lejos todavía de imaginarse que la insurreccion de España le serviria de primer escalon pàra recuperar el trono de sus mayores. Mas secamente se replicó á la nota que al mismo propósito escribió á los diputados en favor de su amo, el príncipe de Castelcicala embajador de Fernando IV rey de las dos Sicilias. Provocó la diferencia en la contestacion el modo poco atento y desmañado con que dicho embajador se expresó, pues al paso que revindicaba derechos de tal cuantia, estudiosamente aun en el estilo esquivaba reconocer la autoridad de las juntas. La relacion de estos hechos muestra la importancia que ya todos daban á la insurreccion de España, deprimida entonces y desfigurada por Napoleon.

Luis XVIII.

Príncipe de Castelcicala.

Pero si bien eran lisonjeros aquellos pasos, no podian fijar tanto la atencion de los diputados como otros negocios que particularmente interesaban al triunfo de la buena causa. Para su prosecucion se agregaron en primeros de julio á los de Galicia y Asturias los diputados de Sevilla el teniente general Don Juan Ruiz de Apodaca y el mariscal de campo Don Adrian Jácome. Unidos no solamente promovieron el envío de socorros, sino que ademas volvieron la vista al norte de Europa. Despacharon á Rusia un comisionado, mas ya fuese falta suya ó que aquel gabinete no estuviese todavía dispuesto á desavenirse con Francia, la tentativa no tuvo ninguna resulta. Mas dichosa fue la que hicieron para libertar la division española que estaba en Dinamarca á las órdenes del marqués de la Romana, merced al patriotismo de sus soldados, y á la actividad y celo de la marina inglesa.

Hubiérase achacado á desvarío pocos meses antes el figurarse siquiera que aquellas tropas á tan gran distancia de su patria y rodeadas del inmenso poder y vigilancia de Napoleon, pisarian de nuevo el suelo español burlándose de precauciones, y aun sirviéndoles para su empresa las mismas que contra

Tropa española en Dinamarca.

su libertad se habian tomado. Constaba á la sazon su fuerza de 14,198 hombres, y se componia de la division que en la primavera de 1807 habia salido de España con el marqués de la Romana, y de la que estaba en Toscana y se le juntó en el camino. Por agosto de aquel año y á las órdenes del mariscal Bernadotte príncipe de Ponte-Corvo, ocupaban dichas divisiones á Hamburgo y sus cercanías, despues de haber gloriosamente peleado algunos de los cuerpos en el sitio de Stralsunda. Resuelto Napoleon á enseñorearse de España, juzgó prudente colocarlos en parage mas seguro, y con pretexto de una invasion en Suecia los aisló y dividió en el territorio danés. Estrechólos asi entre el mar y su ejército. Napoleon determinó que ejecutasen aquel movimiento en marzo de 1808. Cruzó la vanguardia el pequeño Belt y desembarcó en Fionia. La impidió atravesar el gran Belt é ir á Zelandia la escuadra inglesa que apareció en aquellas aguas. Lo restante de la fuerza española detenida en el Sleswic se situó despues en las islas de Langeland y Fionia y en la península de Jutlandia. Asi continuó, excepto los regimientos de Asturias y Guadalajara que de noche y precavidamente consiguieron pasar el gran Belt y entrar en Zelandia. Las novedades de España aunque alteradas y tardías habian penetrado en aquel apartado reino. Pocas eran las cartas que los españoles recibian, interceptando el gobierno francés las que hablaban de las mudanzas intentadas ó ya acaecidas. Causaba el silencio desasosiego en los ánimos, y aumentaba el digusto el verse las tropas divididas y desparramadas.

En tal congoja recibióse en junio un despacho de Don Mariano Luis de Urquijo para que se reconociese y prestase juramento á José, con la advertencia « de que se diese parte si habia en los re« gimientos algun individuo tan exaltado que no quisiera confor« marse con aquella soberana resolucion, desconociendo el interés « de la familia real y de la nacion española. » No acompañaron á este pliego otras cartas ó correspondencia, lo que despertó nuevas sospechas. Tambien el 24 del mismo mes habia al propio fin escrito al de la Romana el mariscal Bernadotte. El descontento de soldados y oficiales era grande, los susurros y hablillas muchos, y temíanse los gefes alguna sería desazon. Por tanto adoptárouse para cumplir la órden recibida convenientes medidas, que no del todo bastaron. En Fionia salieron gritos de entre las filas de Almansa y Princesa de *viva España* y *muera Napoleon*, y sobre todo el tercer batallon del último regimiento anduvo muy alterado. Los de Asturias y Guadalajara abiertamente se sublevaron en Zelandia, fue muerto un ayudante del general Fririon, y este hubiera perecido si el coronel del primer cuerpo no le hubiese escondido en su casa. Rodeados aquellos soldados fueron desarmados por tropas danesas. Hubo tambien quien juró con condicion de que José hubiese subido al trono sin oposicion del pueblo español. Cortapisa honrosa y que

ponia á salvo la mas escrupulosa conciencia, aun en caso de que obligase un juramento engañoso, cuyo cumplimiento comprometia la suerte é independencia de la patria.

Mas semejantes ocurrencias excitaron mayor vigilancia en el gobierno francés. Aunque ofendidos é irritados, calladamente aguantaban los españoles hasta poder en cuerpo ó por separado libertarse de la mano que les oprimia. El mismo general en gefe vióse obligado á reconocer al nuevo rey, dirigiéndole, como á Bernadotte, una carta harto lisonjera. La contradiccion que aparece entre este paso y su posterior conducta se explica con la situacion crítica de aquel general y su carácter; por lo que daremos de él y de su persona breve noticia.

Marqués de la Romana.

Don Pedro Caro y Sureda marqués de la Romana, de una de las mas ilustres casas de Mallorca, habia nacido en Palma capital de aquella isla. Su edad era la de 46 años, de pequeña estatura, mas de complexion recia y enjuta, acostumbrado su cuerpo á abstinencia y rigor. Tenia vasta lectura no desconociendo los autores clásicos latinos y griegos, cuyas lenguas poseia. De la marina pasó al ejército al empezar la guerra de Francia en 1793, y sirvió en Navarra á las órdenes de su tio Don Juan Ventura Caro. Yendo de allí á Cataluña ascendió á general, y mostróse entendido y bizarro. Obtuvo despues otros cargos. Habiendo antes viajado en Francia, se le miró como hombre al caso para mandar la fuerza española que se enviaba al Norte. Faltábale la conveniente entereza, pecaba de distraido, cayendo en olvidos y raras contradicciones. Juguete de aduladores, se enredaba á veces en malos é inconsiderados pasos. Por fortuna en la ocasion actual no tuvieron cabida aviesas insinuaciones, asi por la buena disposicion del marqués, como tambien por ser casi unánime en favor de la causa nacional la decision de los oficiales y personas de cuenta que le rodeaban.

Bien pronto en efecto se les ofreció ocasion de justificar los nobles sentimientos que los animaban. Desde junio les diputados de Galicia y Asturias habian procurado por medio de activa correspondencia ponerse en comunicacion con aquel ejército; mas en vano: sus cartas fueron interceptadas ó se retardaron en su arribo. Tambien el gobierno inglés envió un clérigo católico de nombre Robertson, el que si bien consiguió abocarse con el marqués de la Romana, nada pudo entre ellos concluirse ni determinarse definitivamente. Mientras tanto llegaron á Lóndres Don Juan Ruiz de Apodaca y Don Adrian Jácome, y como era urgente sacar, por decirlo asi, de cautiverio á los soldados españoles de Dinamarca, concertáronse todos los diputados y resolvieron que los de Andalucía enviasen al Báltico á su secretario el oficial de marina Don Rafael Lobo, sugeto capaz y celoso. Proporcionó buque el gobierno inglés, y haciéndose á la vela en julio arribó Lobo el 4 de agosto al gran Belt, en donde con el mismo objeto se habia

Lobo.

apostado á las órdenes de Sir R. Keats parte de la escuadra inglesa que cruzaba en los mares del Norte.

Don Rafael Lobo ancló delante de las islas dinamarquesas, á tiempo que en aquellas costas se habia despertado el cuidado de los franceses por la presencia y proximidad de dicha escuadra. Deseoso de avisar su venida empleó Lobo inútilmente varios medios de comunicar con tierra. Empezaba ya á desesperanzar, cuando el brioso arrojo del oficial de voluntarios de Cataluña Don Juan Antonio Fábregues puso término á la angustia. Habia este ido con pliegos desde Langeland á Copenhague. A su vuelta con propósito de escaparse, en vez de regresar por el mismo parage, buscó otro apartado, en donde se embarcó mediante un ajuste con dos pescadores. En la travesía columbrando tres navíos ingleses fondeados á cuatro leguas de la costa, arrebatado de noble inspiracion tiró del sable y ordenó á los dos pescadores, únicos que gobernaban la nave, hacer rumbo á la escuadra inglesa. Un soldado español que iba en su compañía, ignorando su intento, arredróse y dejó caer el fusil de las manos. Con presteza cogió el arma uno de los marineros, y mal lo hubiera pasado Fábregues, si pronto y resuelto este, dando al danés un sablazo en la muñeca, no le hubiese desarmado. Forzados pues se vieron los dos pescadores á obedecer al intrépido español. Déjase discurrir de cuánto gozo se embargarian los sentidos de Fábregues al encontrarse á bordo con Lobo, como tambien cuánta seria la satisfaccion del último cerciorándose de que la suerte le proporcionaba seguro conducto de tratar y corresponder con los gefes españoles.

Fábregues.

No desperdiciaron ni uno ni otro el tiempo que entonces era á todos precioso. Fábregues á pesar del riesgo se encargó de llevar la correspondencia, y de noche y á hurtadillas le echó en la costa de Langeland un bote inglés. Avistóse á su arribo y sin tardanza con el comandante español, que tambien lo era de su cuerpo, Don Ambrosio de la Cuadra, confiado en su militar honradez. No se engañó porque asintiendo este á tan digna determinacion, prontamente y disfrazado despachó al mismo Fábregues para que diese cuenta de lo que pasaba al marqués de la Romana. Trasladóse á Fionia en donde estaba el cuartel general, y desempeñó en breve y con gran celo su encargo.

Causaron allí las nuevas que traia profunda impresion. Crítica era en verdad y apurada la posicion de su gefe. Como buen patricio anhelaba seguir el pendon nacional, mas como caudillo de un ejército pesábale la responsabilidad en que incurriria si su noble intento se desgraciaba. Perplejo se hubiera quizá mantenido á no haberle estimulado con su opinion y consejos los demas oficiales. Decidióse en fin al embarco, y convino secretamente con los ingleses en el modo y forma de ejecutarle. Al principio se habia pensado en que se suspendiese hasta

Dispónense á embarcarse las tropas del Norte.

que noticiosas del plan acordado las tropas que habia en Zelandia y Jutlandia, se moviesen todas á un tiempo antes de despertar el recelo de los franceses. Mas informados estos de haber Fábregues comunicado con la escuadra inglesa, menester fue acelerar la operacion trazada.

Dieron principio á ella los que estaban en Langeland enseñoreándose de la isla. Prosiguió Romana y se apoderó el 9 de agosto de la ciudad de Nyborg, punto importante para embarcarse y repeler cualquiera ataque que intentasen 3000 soldados dinamarqueses existentes en Fionia. Los españoles acuartelados en Swendborg y Faaborg, al mediodia de la misma isla, se embarcaron para Langeland tambien el 9, y tomaron tierra desembarazadamente. Con mas obstáculos tropezó el regimiento de Zamora, acantonado en Fridericia: engañóle Don Juan de Kindeland, segundo de Romana, que alli mandaba. Aparentando desear lo mismo que sus soldados dispúsose á partir y aun embarcó su equipage; pero en el entretanto no solo dió aviso de lo que ocurria al mariscal Bernadotte, sino que temiendo que se descubriese su perfidia, cautelosamente y por una puerta falsa se escapó de su casa. Amenazados por aquel desgraciado incidente apresuráronse los de Zamora á pasar á Middlefahrt, y sin descanso caminaron desde alli por espacio de veintiuna horas, hasta incorporarse en Nyborg con la fuerza principal, habiendo andado en tan breve tiempo mas de dieciocho leguas de España. Huido Kindelan y advertidos los franceses, parecia imposible que se salvasen los otros regimientos que habia en Jutlandia: con todo lo consiguieron dos de ellos. Fue el primero el de caballería del Rey. Ocupaba á Aarhuns, y por el cuidado y celo de su anciano coronel, fletando barcas salvóse y arribó á Nyborg. Otro tanto sucedió con el del Infante, tambien de caballería, situado en Manders y por consiguiente mas lejos y al norte. No tuvo igual dicha el de Algarbe, único que alli quedaba. Retardó su marcha por indecision de su coronel, y aunque mas cerca de Fionia que los otros dos, fue sorprendido por las tropas francesas. En aquel encuentro el capitan Costa, que mandaba un escuadron, al verse vendido prefirió acabar con su vida tirándose un pistoletazo. Imposible fue á los regimientos de Asturias y Guadalajara acudir al punto de Corsoer que se les habia indicado como el mas vecino á Nyborg desde la costa opuesta de Zelandia. Desarmados antes, segun hemos visto, y cuidadosamente observados, envolviéronlos las tropas danesas al ir á ejecutar su pensamiento. Asi que entre estos dos cuerpos el de Algarbe de caballería, algunas partidas sueltas y varios oficiales ausentes por comision ó motivo particular, quedaron en el Norte 5160 hombres, y 9038 fueron los que unidos en Langeland y pasada reseña se contaron prontos á dar la vela. Abandonáronse los caballos no habiendo ni trasportes ni tiempo para embarcarlos. Muchos de los

Kindelan.

ginetes no tuvieron ánimo para matarlos, y siendo enteros y viéndose solos y sin freno, se extendieron por la comarca y esparcieron el desórden y espanto.

Kindelan y Guerrero. Don Juan de Kindelan habia en el intermedio llegado al cuartel general de Bernadotte, y no contento con los avisos dados, descubrió al capitan de artillería Don José Guerrero, encargado por Romana de una comision importante en el Sleswic. Arrestáronle, y enfurecido con la alevosía de Kindelan apellidóle traidor delante de Bernadotte, quedando aquel avergonzado y mirándole despues al soslayo los mismos á quienes servia: merecido galardon á su villano proceder. Salvó la vida á Guerrero la hidalga generosidad del mariscal francés, quien le dejó escapar y aun en secreto le proporcionó dinero.

Juramento de los españoles en Langeland. Mas al paso que tan dignamente se portaba con un oficial honrado y benemérito, forzoso le fue, obrando como general, poner en práctica cuantos medios estaban á su alcance para estorbar la evasion de los españoles. Ya no era dado ejecutarlo por la violencia. Acudió á proclamas y exhortaciones, esparciendo ademas sus agentes falsas nuevas, y procurando sembrar rencillas y desavenencias. Pero ¡cuán grandioso espectáculo no ofrecieron los soldados españoles en respuesta á aquellos escritos y manejos! Juntos en Langeland, clavadas sus banderas en medio de un círculo que formaron, y ante ellas hincados de rodillas, juraron con lágrimas de ternura y despecho ser fieles á su amada patria y desechar seductoras ofertas. No; la antigüedad con todo el realce que dan á sus acciones el trascurso del tiempo y la elocuente pluma de sus egregios escritores, no nos ha trasmitido ningun suceso que á este se aventaje. Nobles é intrépidos sin duda fueron los griegos cuando unidos á la voz de Jenofonte para volver á su patria, dieron á las falaces promesas del rey de Persia aquella elevada y sencilla respuesta* (*Ap. n. 9.): « Hemos resuelto atravesar el pais pacíficamente si se nos « deja retirarnos al suelo patrio, y pelear hasta morir si alguno « nos lo impidiese. » Mas á los griegos no les quedaba otro partido que la esclavitud ó la muerte; á los españoles, permaneciendo sosegados y sujetos á Napoleon, con largueza se les hubieran dispensado premios y honores. Aventurándose á tornar á su patria, los unos llegados que fuesen, esperaban vivir tranquilos y honrados en sus hogares; los otros, si bien con nuevo lustre, iban á empeñarse en una guerra larga, dura y azarosa, exponiéndose, si caian prisioneros, á la tremenda venganza del emperador de los franceses.

Urgiendo volver á España, y siendo prudente alejarse de costas dominadas por un poderoso enemigo, abreviaron la partida de Langeland y el 13 se hicieron á la vela para Gotemburgo en Suecia. En aquel puerto, entonces amigo,

Dan la vela para España.

aguardaron trasportes, y antes de mucho dirigieron el rumbo á las playas de su patria, en donde no tardaremos en verlos unidos á los ejércitos lidiadores.

Trátase de reunir una junta central.

Habiendo llegado los asuntos públicos dentro y fuera del reino á tal punto de pronta é impensada felicidad, cierto que no faltaba para que fuese cumplida sino reconcentrar en una sola mano ó cuerpo la potestad suprema. Mas la discordancia sobre el modo y lugar, las dificultades que nacieron de un estado de cosas tan nuevo, y rivalidades y competencias retardaron su nombramiento y formacion.

Situacion de Madrid.

Perjudicó tambien á la apetecida brevedad la situacion en que quedó á la salida del enemigo la capital de la monarquía. Los moradores ausentes unos, y amedrentados otros con el duro escarmiento del 2 de mayo, ó no pudieron ó no osaron nombrar un cuerpo que, á semejanza de las demas provincias, tomase las riendas del gobierno de su territorio y sirviese de guia á todo el reino. Verdad es que Madrid ni por su poblacion ni por su riqueza no habiendo nunca ejercido, como acontece con algunas capitales de Europa, poderoso influjo en las demas ciudades, hubiera necesitado de mayor esfuerzo para atraerlas á su voz y acelerar su ayuntamiento y concordia. Con todo, habríanse al fin vencido tamaños obstáculos si no se hubiera encontrado otro superior en el consejo real ó de Castilla; el cual, desconceptuado en la nacion por su incierta, tímida y reprensible conducta con el gobierno intruso, tenia en Madrid todavía acérrimos partidarios en el numeroso séquito de sus dependientes y hechuras. Aunque érale dado con tal arrimo proseguir en su antigua autoridad, mantúvose quedo y como arrumbado á la partida de los franceses; ora por temor de que estos volviesen, ora tambien por la incertidumbre en que estaba de ser obedecido. Al fin y poco despues tomó brios viendo que nadie le salia al encuentro, y sobre todo impelido del miedo con que á muchos sobrecogió un sangriento desman de la plebe madrileña.

Asesinato de Viguri.

Vivia en la capital retirado y oscurecido Don Luis Viguri, antiguo intendente de la Habana y uno de los mas menguados cortesanos del príncipe de la Paz, cuya desgracia, segun dijimos, le habia acarreado la formacion de una causa. Parece ser que no se aventajaba á la pública su vida privada, y que con frecuencia maltrataba de palabra y obra á un familiar suyo. Adiestrado este en la mala escuela de su amo, luego que se le presentó ocasion no la desaprovechó y trató de vengarse. Un dia, y fue el 4 de agosto, á tiempo que reinaba en Madrid una sorda agitacion, antojósele al malaventurado Viguri desfogar su encubierta ira en el tan repetidamente golpeado doméstico, quien encolerizado apellidó en su ayuda al populacho, afirmando con verdad ó sin ella que su amo era partidario de José Napoleon. A los gritos

arremolinóse mucha gente delante de las puertas de la habitacion. Asustado Viguri quiso desde un balcon apaciguar los ánimos; pero los gestos que hacia para acallar el ruido y vocería, y poder hablar, fueron mirados por los concurrentes como amenazas é insultos, con lo que creció el enojo; y allanando la casa y cogiendo al dueño, le sacaron fuera é inhumanamente le arrastaron por las calles de Madrid.

Consejo de Castilla.

Atemorizáronse al oir la funesta desgracia consejeros y cortesanos, estremeciéronse los de la parcialidad del intruso, y acongojáronse hasta los pacíficos y amantes del órden. Huérfana la capital y sin nueva corporacion que la rigiese, fácil le fue al consejo, aprovechándose de aquel suceso y aprieto, recobrar el poder que se figuraba competirle. El bien comun y público sosiego pedian, no hay duda, el establecimiento de una autoridad estable y única: y lástima fue que el vecindario de Madrid no la hubiera por sí formado; y tal, que enfrenando las pasiones populares y atajando al consejo en sus ambiciosas miras, hubiese aunado, repetimos, y concertado mas prontamente las voluntades de las otras juntas.

Sus manejos.

No fue así; y el consejo destruyendo el impulso que Madrid hubiera debido dar, acrecentó con sus manejos y pretensiones los estorbos y enredos. Cuerpo autorizado con excesivas y encontradas facultades, habia en todos tiempos causado graves daños á la monarquía, y se imaginaba que no solo gobernaria ahora á Madrid, sino que extenderia á todo el reino y á todos los ramos su poder é influjo. Admira tanta ceguedad y tan desapoderada ambicion en un tiempo en que escrupulosamente se escudriñaba su porte con el instruso, y en que hasta se le disputaba el legítimo orígen de su autoridad. Así era que unos decian: « Si en realidad es el consejo, segun pregona, el « depositario de la potestad suprema en ausencia del monarca, « ¿qué ha hecho para conservar intactas las prerogativas de la co- « rona? ¿qué en favor de la dignidad y derechos de la nacion? « Sumiso al intruso ha reconocido sus actos, ó por lo menos los ha « proclamado; y los efugios que ha buscado y las cortapisas que « á veces ha puesto, mas bien llevaban traza de ser un resguardo « que evitase su personal compromiso que la oposicion justa y ele- « vada de la primera magistratura del reino. » Otros subiendo hasta la fuente de su autoridad: « Nacido el consejo (decian) en los « flacos y turbulentos reinados de los Juanes y Enriques, tomó « asiento y ensanchó su poderío bajo Felipe II, cuando aquel mo- « narca intentando descuajar la hermosa planta de las libertades « nacionales, tan trabajadas ya del tiempo de su padre procuraba « sustentar su denominacion en cuerpos amovibles á su voluntad y « de eleccion suya, sin que ninguna ley fundamental de la monar- « quía ni las córtes permitiesen tal como era su establecimiento, ni

Opinion sobre aquel cuerpo.

« deslindasen las facultades que le competian. Desde entonces el « consejo, aprovechándose de los calamitosos tiempos en que dé- « biles monarcas ascendieron al solio, se erigió á veces en supremo « legislador formando en sus autos acordados leyes generales, para « cuya adopcion y circulacion no pedia el beneplácito ni la sancion « real. Ingirióse tambien en el ramo económico y manejó á su ar- « bitrio los intereses de todos los pueblos, sobre no reconocer en « la potestad judicial límites ni traba. Asi acumulando en sí solo « tan vasto poder, se remontaba á la cima autoridad soberana; y « descendiendo despues á entrometerse en la parte mas ínfima, « si no menos importante del gobierno, no podia construirse una « fuente ni repararse un camino en la mas retirada aldea ó apartada « comarca sin que antes hubiese dado su consentimiento. En union « con la inquisicion y asistido del mismo espíritu, al paso que esta « cortaba los vuelos al entendimiento humano, ayudábala aquel « con sus minuciosas leyes de imprenta, con sus tasas y restric- « ciones. Y si en tiempos tranquilos tanto perjuicio y tantos daños « (añadian) nos ha hecho el consejo, institucion monstruosa de ex- « traordinarias y mal combinadas facultades, consentidas mas no le- « gitimadas por la voz nacional, ¿no tocaria en frenesí dejarle con el « antiguo poder cuando al mismo tiempo que la nacion se libertaba « con energía del yugo extrangero, el consejo que blasona ser caba- « cera del reino se ha mostrado débil, condescendiente y abatido, « ya que no se le tenga por auxiliador y cómplice del enemigo? »

Tales discursos no estaban desnudos de razon, aunque participa-sen algun tanto de las pasiones que agitaban los ánimos. En su buen tiempo el consejo se habia por lo general compuesto de magistrados íntegros, que con imparcialidad juzgaban los pleitos y desavenencias de los particulares: entre ellos se habian contado hombres profundos como los Macanaces y Campomanes, que con gran caudal de erudicion y sana doctrina se habian opuesto á las usurpaciones de la curia romana y procurado por su parte la mejora y adelantamientos de la nacion. Pero era el consejo un cuerpo de solos 25 individuos, los cuales por la mayor parte ancianos, y meros jurisperitos, no habian tenido ocasion ni lugar de extender sus conocimientos ni de perfeccionarse en otros estudios. Ocupados en sentenciar pleitos, responder á consultas y despachar negocios de comisiones particulares, no solamente faltaba á los mas el saber y práctica que requieren la formacion de buenas leyes y el gobierno de los pueblos, sino que tambien escasos de tiempo dejaban á subalternos ignorantes ó interesados la resolucion de importantísimos expedientes. Mal grave y sentido de todos tan de antiguo, que ya en 1751 propuso al rey el célebre ministro marqués de la Ensenada despojar al consejo de lo concerniente á gobierno, policía y economía, dejándole reducido á entender en la justicia civil y criminal y asuntos del real patronato.

No le iba pues bien al consejo insistir ahora en la conservacion de sus antiguas facultades y aun en darles mayor ensanche. Con todo tal fue su intento. Seguro ya de que su autoridad seria en Madrid respetada, dirigióse á los presidentes de las juntas y á los generales de los ejércitos : á estos para que se aproximasen á la capital; á aquellos para que diputasen personas, que unidas al consejo tratasen de los medios de defensa : « tocando solo á él (decia) « resolver sobre medidas de otra clase y excitar la autoridad de « la nacion y cooperar con su influjo, representacion y luces al « bien general de ésta. » Ensoberbecidas las juntas con el triunfo de su causa, déjase discurrir con qué enfado y desden replicarian á tan imprudente y desacordada propuesta. La de Galicia no solamente tachaba á cada uno de sus miembros de ser adicto á los franceses, sino que al cuerpo entero le echaba en cara haber sido el mas activo instrumento del usurpador. Palafox en su respuesta con severidad le decia : « Ese tribunal no ha llenado sus deberes » ; y Sevilla le acusaba ante la nacion « de haber obrado contra las « leyes fundamentales... de haber facilitado á los enemigos todos « los medios de usurpar el señorio de España...... de ser en fin « una autoridad nula é ilegal, y ademas sospechosa de haber co« metido antes acciones tan horribles que podian calificarse de « delitos atrocísimos contra la patria.... » Al mismo són se expresaron todas las otras juntas fuera de la de Valencia, la cual en 8 de agosto aprobó los términos lisonjeros con que el consejo era tratado en un escrito leido en su seno por uno de sus miembros. Mas aquella misma junta, tan dispuesta en su favor, tuvo muy luego que retractarse mandando en 15 del propio mes « que nin« guna autoridad de cualquiera clase mantuviese correspondencia « directa ni se entendiese en nada con el consejo. » Dió lugar á la mudanza de dictámen la presteza con que el último se metió á expedir órdenes como si ya no existiese la junta. Mal recibido de todos lados y aun ásperamente censurado, parecióle necesario al consejo dar un manifiesto en que sincerase su conducta y procedimientos : penoso paso á quien siempre habia desestimado el tribunal de la opinion pública. Mas no por eso desistió de su propósito, ni menos descuidó emplear otros medios con que recobrar la autoridad perdida. Dábale particular confianza la desunion que reinaba en las juntas y varias contestaciones entre ellas suscitadas. Por lo que será bien referir las mudanzas acaecidas en su composicion, y las explicaciones y altercados que precedieron á la instalacion de un gobierno central.

Estado de las juntas provinciales.

En la forma interior de aquellos cuerpos contadas fueron las variaciones ocurridas. Habíase en Asturias congregado desde agosto una nueva junta que diese mas fuerza y legitimidad al levantamiento de mayo, nombrando ó reeligiendo sus concejos diputados que la compusiesen con pleno co-

nocimiento del objeto de su reunion. Ninguna alteracion sustancial habia acaecido en Galicia; pero su junta convidó á la anterior, para que de comun con ella y las de Leon y Castilla formasen todas una representacion de las provincias del norte. Se habian las dos últimas confundido y erigido en una sola despues de la aciaga jornada de Cabezon. Presidia á ambas el bailío Don Antonio Valdés, quien estando al principio de acuerdo con Don Gregorio de la Cuesta acabó por desavenirse con él y enojarse poderosamente. Reunidas en Ponferrada, como punto mas resguardado, se trasladaron á Lugo, en cuya ciudad debia verificarse la celebracion de juntas propuesta por la de Galicia. Esta mudanza fue el orígen y principal motivo del enfado de Cuesta, no pudiendo tolerar que corporaciones que consideraba como dependientes de su autoridad, se alejasen del territorio de su mando y pasasen á una provincia con cuyos gefes estaba tan encontrado.

Concurrieron sin embargo á Lugo las tres juntas de Galicia, Castilla y Leon. No la de Asturias, ya por cierto desvío que habia entre ella y la de Galicia, y tambien porque viendo próxima la reunion central de todas las provincias del reino, juzgó excusado y quizá perjudicial el que hubiese una parcial entre algunas del norte. Al tratarse de la formacion de esta hubo diversos pareceres acerca del modo de su formacion y composicion. Quien opinaba por córtes, y quien soñaba un gobierno que diese principio y encaminase á una federacion nacional. Adheria al primer dictámen Sir Cárlos Stuart representante del gobierno inglés, como medio mas acomodado á los antiguos usos de España. Pero las novedades introducidas en las constituciones de aquel cuerpo durante la dominacion de las casas de Austria y Borbon, ofrecian para su llamamiento dificultades casi insuperables; pues al paso de ser muchas las ciudades de Leon y Castilla que enviaban procuradores á córtes; solo tenia una voz el populoso reino de Galicia y se veia privado de ella el principado de Asturias, cuna de la monarquía. Tal desarreglo pedia para su enmienda mas tiempo y sosiego de lo que entonces permitian las circunstancias. Por su parte la junta de Galicia, sabedora de la idea de la federacion, queria esquivar en sus vistas con las de Leon y Castilla, el tratar de la union de un solo y único gobierno central. Mas la autoridad de Don Antonio Valdés, que todas tres habian elegido por su presidente, pudiendo mas que el estrecho y poco ilustrado ánimo de ciertos hombres, y prevaleciendo sobre las pasiones de otros, consiguió que se aprobase su propuesta dirigida al nombramiento de diputados que en representacion de las tres juntas acudiesen á formar con las demas del reino una central. Con tan prudente y oportuna determinacion se evitaron los extravíos y aun lástimas que hubiera provocado la opinion contraria.

Asimismo cortaron cuerdos varones varias desavenencias movidas entre Sevilla y Granada. Pretendia la primera que la última se

le sometiese, olvidada de la principal parte que habian tenido las tropas de su general Reding en los triunfos de Bailen. La rivalidad habia nacido con la insurreccion, no siendo dable fijar ni deslindar los límites de nuevas y desconocidas autoridades; y en vez de desaparecer aquella, tomó con la victoria alcanzada extraordinario incremento. Llegó á tal punto la exaltacion y ceguera que el inquieto conde de Tilly propuso en el seno de la junta sevillana, que una division de su ejército marchase á sojuzgar á Granada. Presente Castaños y airado, á pesar de su condicion mansa, levantóse de su asiento, y dando una fuerte palmada en la mesa que delante habia, exclamó: « ¿Quién sin mi beneplácito se atreverá á « dar la órden de marcha que se pide? No conozco (añadió) dis- « tincion de provincias; soy general de la nacion, estoy á la ca- « beza de una fuerza respetable y nunca toleraré que otros pro- « muevan la guerra civil. » Su firmeza contuvo á los díscolos, y ambas juntas se conformaron en adelante con una especie de concierto concluido entra la de Sevilla y los diputados de Granada, Don Rodrigo Riquelme regente de su chancillería, y el oidor Don Luis Guerrero, nombrados al intento y autorizados competentemente.

Diferian tan lamentables disputas la reunion del gobierno central, y como si estos y otros obstáculos naturales no bastasen por sí, nuevos intereses y pretensiones venian á aumentarlos. Recordará el lector los pasos que en Lóndres dió en favor de los derechos de su amo á la corona de España el príncipe de Castelcicala embajador del rey de las Dos Sicilias, y la repulsa que recibió de los diputados. No desanimado con ella su gobierno, ni tampoco con otra parecida que le dió el ministerio inglés, por julio envió á Gibraltar un emisario que hiciese nuevas reclamaciones. El gobernador Dalrymple le impidió circular papeles y propasarse á otras gestiones. Mas tras del emisario despachó el gobierno siciliano al príncipe Leopoldo, hijo segundo del rey, á quien acompañaba el duque de Orleans. Fondearon ambos el 9 de agosto en la bahía de Gibraltar; pero no viéndose apoyados por el gobernador, pasó el de Orleans á Inglaterra y quedó en el puerto de su arribada el príncipe Leopoldo. Entretenia este la esperanza de que á su nombre y conforme quizá á secretos ofrecimientos, no tardaria en recibir una diputacion y noticia de haber sido elevado á la dignidad de regente. Pero vano fue su aguardar; y era en efecto difícil que un príncipe de edad de 18 años, extrangero, sin recursos ni anterior fama, y sin otro apoyo que lejanos derechos al trono de España, fuese acogido con solícita diligencia en una nacion en que era desconocido, y en donde para conjurar la tormenta que la azotaba se requerian otras prendas, mayor experiencia y muy diversos medios que los que asistian al príncipe pretendiente.

Llegada á Gibraltar del príncipe Leopoldo de Sicilia.

Hubo no obstante quien esparció por Sevilla la voz de que con-

venia nombrar una regencia compuesta del mencionado príncipe, del arzobispo de Toledo cardenal de Borbon, y del conde del Montijo. Con razon se atribuyó la idea á los amigos y parciales del último, quien conservando todavía cierta popularidad á causa de la parte que se le atribuia en la caida del príncipe de la Paz, procuraba aunque en vano subir á puesto de donde su misma inquietud le repelia. Mas los enredos y marañas de ciertos individuos eran desbaratados por la ambicion de otros ó la sensatez y patriotismo de las juntas,

Correspondencia entre las juntas.

Asi fue que á pesar del desencadenamiento, de pasiones y de los obstáculos nacidos con la misma insurreccion ó causados por la presencia del enemigo, ya desde junio habia llamado la attencion de las juntas : 1° La formacion de nn gobierno central : 2° Un plan general con el que mas prontamente se arrojase á los franceses del suelo patrio. Al propósito entablóse entre ellas seguida correspondencia. Dió la señal la de Murcia, dirigiendo con fecha de 22 de junio una circular en que decia : « Ciudades de voto en córtes, reunámonos, formemos un cuerpo, « elijamos un consejo que á nombre de Fernando VII organice todas « las disposiciones civiles, y evitemos el mal que nos amenaza que « es la division..... Capitanes generales..... de vosotros se debe « formar un consejo militar de donde emanen las órdenes que obe- « dezcan los que rigen los ejércitos..... » Propuso tambien Asturias en un principio la convocacion de córtes con algunas modificaciones, y hasta Galicia (no obstante la mencionada federacion de algunos proyectada) comisionó cerca de las juntas del mediodia á Don Manuel Torrado, quien ya en últimos de julio se hallaba en Murcia, despues de haberlas recorrido, y propuesto una central formada de dos vocales de cada una de las de provincia. En el propio sentido y en 16 de dicho julio habia la de Valencia pasado á las demas su opinion impresa, lo que tambien por su parte y al mismo tiempo hizo la de Badajoz. No fue en zaga á las otras la junta de Granada, la cual apoyando la circular de Valencia, se dirigió á su competidora la de Sevilla, y desentendiéndose de desavenencias, señaló como acomodado asiento para la reunion la última ciudad.

No por eso se apresuraba esta ostentando siempre su altanera supremacía. Pesábale en tanto grado descender de la cumbre á que se habia elevado, que hubo un tiempo en que prohibió la venta y circulacion de los papeles que convidaban á la apetecida concordia. Apremiada en fin por la voz pública y estrechada por el dictámen de algunos de sus individuos entendidos y honrados, publicó con fecha de 3 de agosto un papel en el que examinando los diversos puntos que en el dia se ventilaban, proponia la formacion de una junta central compnesta de dos vocales de cada una de las de provincia. Anduvo perezosa no obstante en acabar de escoger los suyos. Pero adhiriendo las otras juntas á las oportunas razones de

circular, cuyo contenido en sustancia se conformaba con la opinion que las mas habian mostrado antes de concertarse, y que era la mas general y acreditada, fueron todas sucesivamente escogiendo de su seno personas que las representasen en una junta única y central.

Proceder del consejo.

Por su parte el consejo todavia esperaba recuperar con sus amaños y tenaz empeño el poder que para siempre querian arrebatarle de las manos. Mas no por eso y para cautivar las voluntades de los hombres ilustrados, mudó de rumbo, adoptando un sistema mas nuevo y conforme al interés público y al progreso de la nacion. Asustándose á la menor sombra de libertad, encadenó la imprenta con las mismas y aun mas trabas que antes; redujo á dos veces por semana la diaria publicacion de la Gaceta de Madrid; persiguió y aun llegó á formar causa á algunas personas que tenian en su poder papeles de las juntas, mayormente de la de Sevilla, y en fin resucitó en cuanto pudo su trillada, lenta y añeja manera de gobernar. Persuadióse que todo le era licito á trueque de dar ciertos decretos de alistamiento y acopio de medios que mostrasen su interés por la causa de la independencia que tan mal habia antes defendido. Y sobre todo cobró esperanza con la llegada á Madrid de varios generales en quienes presumia poder con buen éxito emplear su influjo.

Entrada en Madrid de Llamas y Castaños.

Fue el primero que pisó el suelo de la capital con las tropas de Valencia y Murcia Don Pedro Gonzalez de Llamas que habia sucedido á Cervellon removido del mando. Atravesó la puerta de Atocha con 8000 hombres á las seis de la mañana del dia 13 de agosto. A pesar de hora tan temprana inmenso fue el concurso que salió á recibirle y extremado el entusiasmo. Pasó á frenesí al entrar el 23 por la misma puerta Don Francisco Javier Castaños acompañado de la reserva de Andalucía. Sus soldadas adornados con los despojos del enemigo ofrecian en su variada y extraña mezcla el mejor emblema de la victoria alcanzada. Pasaron todos por debajo de un arco de sencilla y magestuosa arquitectura que habia erigido la villa de Madrid junto á sus casas consistoriales. A estas entradas triunfales siguiéronse otros festejos con la proclamacion de Fernando VII, hecha en esta acasion por el legítimo alférez mayor de Madrid marqués de Astorga. Mas no á todos contentaban tanto bullicio y fiestas, pidiendo con sobrada razon que se pusiera mayor conato y celeridad en perseguir al enemigo, y en aumentar y organizar cumplidamente la fuerza armada. Daban particular peso á sus justas quejas y reclamaciones los acontecimientos por entonces ocurridos en Vizcaya y Navarra.

Proclamacion de Fernando VII.

Insurreccion de Bilbao.

Habíase en la primera provincia levantado Bilbao al anunciarse la victoria de Bailen, y en 6 de agosto escogiendo su vecindario una junta, acordó un alistamiento gene-

ral, y nombró por comandante militar al coronel Don Tomas de Salcedo. Sobremanera inquietó á los franceses esta insurreccion, ya por el ejemplo y ya tambien porque comprometida su posicion en las márgenes del Ebro, pudieran verse obligados á estrecharse mas contra la frontera. Creció su recelo á mayor grado con asonadas y revueltas que hubo en Tolosa y pueblos de Guipúzcoa, y con las correrías que hacian y gente que allegaban en Navarra Don Antonio Egoaguirre y Don Luis Gil. Habian estos salido de Zaragoza en 27 de junio para alborotar aquel reino. Despues de algun tiempo Gil empezó á incomodar al enemigo por el lado de Orbaiceta, se apoderó de muchas municiones de aquella fábrica, y amenazó y sembró el espanto hasta el mismo pueblo francés de San Juan de Pié de Puerto. Egoaguirre tampoco se descuidó en la comarca de Lerin: formando un batallon con nombre de voluntarios de Navarra recorrió la tierra, y llamó tanto la atencion que el general D'Agout envió una columna desde Pamplona para atajar sus daños y alejarle del territorio de su mando.

Movimiento en Guipúzcoa y Navarra.

José por su parte pensó en apagar prontamente la temible insurreccion de Bilbao. Para ello envió contra aquella poblacion una division á las órdenes del general Merlin. No era dado á sus vecinos sin tropa disciplinada resistir á semejante acometimiento.* Apostáronse sin embargo con aquella idea á media legua, y los franceses asomándose allí el 16 de agosto desbarataron y dispersaron á los bilbainos, pereciendo miserablemente y despues de haberse rendido prisionero el oficial de artillería Don Luis Power distinguido entre los suyos. Los auxilios que de Asturias llevaba el oficial inglés Roche llegaron tarde, y Merlin entró en Bilbao cuya ciudad fue con rigor tratada. En su correspondencia blasonaba el rey intruso de « haber apagado la insurreccion « con la sangre de 1200 hombres. » Singular jactancia y extraña en quien como José no era de corazon duro ni desapiadado.

(* Ap. n. 10.)

El contratiempo de Bilbao qu en Madrid provocaba las reclamaciones de muchos, difundiéndose por las provincias aumentó el clamor ya casi universal contra generales y juntas, reparando que algunos de aquellos se entregaban demasiadamente á divertimientos y regocijos, y que estas con celos y rivalidades retardaban la instalacion de la junta central. Deseando el consejo aprovecharse de la irritacion de los ánimos, y valiéndose de los lazos que le unian con Don Gregorio de la Cuesta su antiguo gobernador, se concordó con este y discurrieron apoderarse del mando supremo. Mas como Cuesta carecia de la suficiente fuerza, fuéles necesario tantear á Castaños, entonces algo disgustado con la junta de Sevilla. Avistóse pues con el último Don Gregorio de la Cuesta, y le propuso (segun tenemos de la boca del mismo Castaños) dividir en dos partes el gobierno

Nuevos manejos del consejo.

Propuesta de Cuesta á Castaños.

de la nacion, dejando la civil y gubernativa al consejo, y reservando la militar al solo cuidado de ellos dos en union con el duque del Infantado. Era Castaños sobrado advertido para admitir semejante proposicion. Vislumbraba el motivo porque se le buscaba, y conocia que separando su causa de la de las juntas, quizá seria desobedecido del ejército, y aun de la division misma que se alojaba en Madrid.

Consejo de guerra celebrado en Madrid.

En tanto para acallar el rumor público se celebró en aquella capital el 5 de setiembre un consejo de guerra. Asistieron á él los generales Castaños, Llamas, Cuesta y la Peña, representando á Blake el duque del Infantado y á Palafox otro oficial cuyo nombre ignoramos. Discutiéronse largamente varios puntos, y Cuesta, llevado siempre de mira particular, promovió el nombramiento de un comandante en gefe. No se arrimaron los otros á su parecer, y tan solo arreglaron un plan de operaciones, de que hablaremos mas adelante. Cuesta aunque aparentó conformarse, salió despechado de Madrid, y con ánimo mas bien que de cooperar á la realizacion de lo acordado de levantar obstácnlos á la reunion de la junta central: para lo cual y satisfacer al mismo tiempo su ira contra la junta de Leon, de la que, como hemos visto, estaba ofendido, arrestó á sus dos individuos Don Antonio Valdés y vizconde de la Quintanilla, que iban de camino para representar su voz en la central. Quiso tratarlos como rebeldes á su autoridad, y los encerró en el alcázar de Segovia: tropelía que excitó contra el general Cuesta la pública animadversion.

Prende Cuesta a Valdes y Quintanilla.

Vanos sin embargo salieron sus intentos, vanos otros enredos y maquinaciones. Por todas partes prevaleció la opinion mas sana, y los diputados elegidos por las diversas juntas fueron poco á poco acercándose á la capital. Llegó pues el suspirado momento de la reunion de una autoridad central, debiendo con ella cesar la particular supremacía de cada provincia. Durante la cual no habiendo habido lugar ni ocasion de hacer sustanciales reformas ni mudanzas en los diversos ramos de la administracion pública, tales como estaban dispuestos y arreglados al disolverse, por decirlo asi, la monarquía en mayo, tales ó con cortísima diferencia se los entregaron las juntas de provincia á la central.

Acaba el gobierno de las juntas provinciales.

No disimulamos en el libro anterior ni en el curso de nuestra narracion las defectos de que dichas juntas adolecieron, las pasiones que las agitaron. Por lo mismo justo es tambien que ahora tributemos debidas alabanzas á su primera y grandiosa resolucion, á su ardiente celo, á su incontrastable fidelidad. Al acabar de su mando anublóse por largo tiempo la prosperidad de la patria; mas se dió principio á una nueva, singular y porfiada lucha, en que sobre todo resplandeció la firmeza y constancia de la nacion española.

LIBRO SEXTO.

Instalacion de la junta central en Aranjuez, 25 de setiembre. — Número de individuos. — Su composicion. — Floridablanca. — Jovellanos. — Diversos partidos de la central. — Su instalacion celebrada en las provincias. — Contestacion con el consejo. — Dictámen de Jovellanos. — Forma interior de la central. — Don Manuel Quintana. — Primeras providencias y decretos de la central. — Su manifiesto en 10 de noviembre. — Distribucion de los ejércitos. — Su marcha. — Marcha del de Galicia. — Ocupa á Bilbao. — Marcha del de Asturias. — Cuesta. — Su conducta. — Le sucedieron Eguía y Pignatelli. — Marcha de Llamas. — Detencion de Castaños en Madrid. — Su salida. — Plan concertado con Palafox. — Situacion del ejército del centro y del de Aragon. — Fuerza de los ejércitos españoles. — Situacion de José y del ejército francés. — Exposicion de sus ministros. — Fuerza del ejército francés. — Movimiento de los españoles. — Accion de Lerin, 26 de octubre. — Retirada de los castellanos de Logroño. — Arreglo que en su ejército hace el general Castaños. — Se sitúa en Cintruénigo y Calahorra. — Napoleon. — Su mensage al senado. — Leva de nuevas tropas. — Conferencias de Erfurth. — Correspondencia con el gobierno inglés. — Fin de la correspondencia. — Discurso de Napoleon al cuerpo legislativo. — Fuerza y division del ejército francés. — Cruza Napoleon el Bidasoa. — Accion de Zornoza, 31 de octubre. — De Valmaseda, 4 de noviembre. — Reconocimiento hácia Güeñes en 7 de noviembre. — Batalla de Espinosa, 10 y 11 de noviembre. — Disposiciones de Napoleon. — Accion de Burgos, 10 de noviembre. — Revuelve Soult contra Blake. — Diversas direcciones de los mariscales franceses. — Entrada en Burgos de Napoleon. — Su decreto de 12 de noviembre. — Ejército inglés. — Ejército del centro. — Don Francisco Palafox enviado por la central. — Diversos planes. — Marcha Lannes contra dicho ejército. — Repliégase Castaños. — Batalla de Tudela, 23 de noviembre. — Retirada del ejército. — Su llegada á Sigüenza. — La Peña general en gefe. — San Juan en Somosierra. — Pasan los franceses el puerto. — Situacion de la central. — Cartas de los ministros de José. — abandona la central á Aranjuez. — Situacion de Madrid. — Muerte del marqués de Perales. — Napoleon delante de Madrid. — Ataque de Madrid. — Conferencia de Morla con Napoleon. — Capitulacion. — Fáltase á la capitulacion. — Decretos de Napoleon en Chamartin. — Españoles llevados á Francia. — Visita Napoleon el palacio real. — Su inquietud. — Contestacion al corregidor de Madrid. — Juramento exigido de los vecinos. — Van los mariscales franceses en persecucion de los españoles. — Total dispersion del ejército de San Juan. — Muerte cruel de este general. — Ejército del centro: sus marchas y retirada á Cuenca. — Rebelion del oficial Santiago. — Nómbrase por general en gefe al duque del Infantado. — Conde de Alacha. — Su retirada gloriosa. — La Mancha. — Toledo. — Muertes violentas. — Villacañas. — Sierra-Morena. — Juntas de los cuatro reinos de Andalucia. — Camposagrado. — Marques del Palacio. — Marchan los franceses á Extramadura: estado de la provincia. — Excesos. — General Galluzo. — Su retirada. — Continúa la central su viage. — Sus providencias. — Sucede Cuesta á Galluzo. — Llega á Sevilla la central en 17 de diciembre. — Muerte de Floridablanca. — Situacion penosa de la central. — Sus esperanzas.

No resueltas las dudas que se habian suscitado sobre el lugar mas conveniente para la reunion de un gobierno central, tocábase ya al deseado momento de su instalacion, y aun subsistia la misma y penosa incertidumbre. Los mas se inclinaban al dictámen de la junta de Sevilla que habia al efecto señalado á Ciudad Real, ó cualquiera otro parage que no fuese la capital de la monarquía, sometida segun pensaba al pernicioso influjo del consejo y sus allegados. El haberse en Aranjuez incorporado á los diputados de dicha junta los de otras varias, puso término á las dificultades, obligando á los que permanecian en Madrid vacilantes en su opinion, á conformarse con la de sus compañeros, declarada por la celebracion en aquel sitio de las primeras sesiones. Antes de abrirse estas y juntos unos y otros tuvieron conferencias preparatorias, en las que se examinaron y aprobaron los poderes, y se resolvieron ciertos puntos de etiqueta ó ceremonial.

Instalacion de la junta central en Aranjuez, 25 de setiembre.

(* Ap. n. 4.)

Por fin el 25 de setiembre en Aranjuez y en su real palacio instalóse solemnemente el nuevo gobierno, bajo la denominacion de junta suprema central gubernativa del reino *. Compuesta entonces de veinticuatro individuos creció en breve su número, y se contaron hasta treinta y cinco nombrados en su mayor parte por las juntas de provincia, erigidas al alzarse la nacion en mayo. De cada una vinieron dos diputados. Otros tantos envió Toledo sin estar en igual caso, y lo mismo Madrid y reino de Navarra. De Canarias solo acudió uno á representar sus islas. Fue elegido presidente el conde de Floridablanca diputado por Murcia, y secretario general Don Martin de Garay que lo era por Extramadura.

Número de individuos.

Su composicion.

Los vocales pertenecian á honrosas y principales clases del estado, contándose entre ellos eclesiásticos elevados en dignidad, cinco grandes de España, varios títulos de Castilla, antiguos ministros y otros empleados civiles y militares. Sin embargo casi todos antes de la insurreccion eran como repúblicos, desconocidos en el reino, fuera de Don Antonio Valdés, del conde de Floridablanca y de Don Gaspar Melchor de Jovellanos. El primero muchos años ministro de marina mereció, al lado de leves defectos, justas alabanzas por lo mucho que en su tiempo se mejoró y acrecentó la armada y sus dependencias. Los otros dos de fama mas esclarecida requieren de nuestra pluma particular mencion, por lo que haremos de sus personas un breve y fiel traslado.

Floridablanca.

A los ochenta años cumplidos de su edad Don José Moñino conde de Floridablanca, aunque trabajado por la vejez y achaques, conservaba despejada su razon y bastante fortaleza para sostener las máximas que le habian guiado en su largo y señalado ministerio. De familia humilde de Hellin en Mur-

cia, por su aplicacion y saber habia ascendido á los mas eminentes puestos del estado. Fiscal del consejo real, y en union con su ilustre compañero el conde de Campomanes, habia defendido atinada y esforzadamente las regalías de la corona contra los desmanes del clero y desmedidas pretensiones de la curia romana. Por sus doctrinas y por haber cooperado á la expulsion de los jesuitas se le honró con el cargo de embajador cerca de la *Santa Sede*, en donde contribuyó á que se diese el breve de supresion de la tan nombrada sociedad, y al arreglo de otros asuntos igualmente importantes. Llamado en 1777 al ministerio de estado, y encargado á veces del despacho de otras secretarías, fue desde entonces hasta la muerte de Cárlos III ocurrida en 1788 árbitro, por decirlo asi, de la suerte de la monarquía. Con dificultad habrá ministro á un tiempo mas ensalzado ni mas deprimido. Hombre de capacidad, entero, atento al desempeño de su obligacion, fomentó en lo interior casi todos los ramos, construyó caminos, y erigió varios establecimientos de pública utilidad. Fuera de España si bien empeñado en la guerra impolítica y ruinosa de la independencia de los Estados-Unidos, emprendida segun parece mal de su grado, mostró á la faz de Europa impensadas y respetables fuerzas, y supo sostener entre las demas la dignidad de la nacion. Censurósele y con justa causa el haber introducido una policía suspicaz y perturbadora, como tambien sobrada aficion á persecuciones, cohonestando con la razon de estado tropelías hijas las mas veces del deseo de satisfacer agravios personales. Quizá los obstáculos que la ignorancia oponia á medidas saludables irritaban su ánimo poco sufrido : ninguna de ellas fue mas tachada que la junta llamada de estado, y por la que los ministros debian de comun acuerdo resolver las providencias generales y otras determinadas materias. Atribuyósele á prurito de querer entrometerse en todo y decidir con predominio. Sin embargo la medida en sí y los motivos en que la fundó, no solo le justificaban sino que tambien por ella sola se le podria haber calificado de práctico y entendido estadista. Despues del fallecimiento de Cárlos III continuó en su ministerio hasta el año de 1792. Arredrado entonces con la revolucion francesa, y agriado por escritos satíricos contra su persona, propendió aun mas á la arbitrariedad á que ya era tan inclinado. Pero ni esto, ni el conocimiento que tenia de la corte y sus manejos, le valieron para no ser prontamente abatido por Don Manuel Godoy, aquel coloso de la privanza régia, cuyo engrandecimiento, aunque disimulaba, veia Floridablanca con recelo y aversion. Desgraciado en 1792, y encerrado en la ciudadela de Pamplona, consiguió al cabo que se le dejase vivir tranquilo y retirado en la ciudad de Murcia. Alli estaba en el mayo de la insurreccion, y noblemente respondió al llamamiento que se le hizo, siendo falsas las protestas que la malignidad inventó en su nombre. Afecto en su ministerio á ensanchar mas y mas los

límites de la potestad real rompiendo cuantas barreras quisieran oponérsele, habia crecido con la edad el amor á semejantes máximas, y quiso como individuo de la central que sirviesen de norte al nuevo gobierno, sin reparar en las mudanzas ocasionadas por el tiempo, y en las que reclamaban escabrosas circunstancias.

Jovellanos. Atento á ellas y formado en muy diversa escuela seguia en su conducta la vereda opuesta Don Gaspar Melchor de Jovellanos, concordando sus opiniones con las mas modernas y acreditadas. Desde muy mozo habia sido nombrado magistrado de la audiencia de Sevilla : ascendiendo despues á alcalde de casa y corte y á consejero de órdenes desempeñó estos cargos y otros no menos importantes con integridad, celo y atinada ilustracion. Elevado en 1797 al ministerio de gracia y justicia, y no pudiendo su inflexible honradez acomodarse á la corrompida corte de María Luisa, recibió bien pronto su exhoneracion. Motivóla con particularidad el haber procurado alejar de todo favor é influjo á Don Manuel Godoy, con quien no se avenia ningun plan bien concertado de pública felicidad. Quiso al intento aprovecharse de una coyuntura en que la reina se creia desairada y ofendida. Mas la ciega pasion de esta, despertada de nuevo con el artificioso y reiterado obsequio de su favorito, no solo preservó al último de fatal desgracia, sino que causó la del ministro y sus amigos. Desterrado primero á Gijon, pueblo de su naturaleza, confinado despues en la cartuja de Mallorca, y al fin atropelladamente y con crueldad encerrado en el castillo de Bellver de la misma isla, sobrellevó tan horrorosa y atroz persecucion con la serenidad y firmeza del justo. Libertóle de su larga cautividad el levantamiento de Aranjuez, y ya hemos visto cuán dignamente al salir de ella desechó las propuestas del gobierno intruso, por cuyo noble porte y sublime y reconocido mérito le eligió Asturias para que fuese en la central uno de sus dos representantes. Escritor sobresaliente y sobre todo armonioso y elocuentísimo, dió á luz como literato y como publicista obras selectas, siendo en España las que escribió en prosa de las mejores si no las primeras de su tiempo. Protector ilustrado de la ciencias y de las letras fomentó con esmero la educacion de la juventud, y echó en su instituto asturiano, de que fue fundador, los cimientos de una buena y arreglada enseñanza. En su persona y en el trato privado ofrecia la imágen que nos tenemos formada de la pundonorosa dignidad y apostura de un español del siglo XVI, unida al saber y exquisito gusto del nuestro. Achacábanle aficion á la nobleza y sus distinciones; pero sobre no ser extraño en un hombre de su edad y nacido en aquella clase, justo es decir que no procedia de vano orgullo ni de pueril apego al blason de su casa, sino de la persuasion en que estaba de ser útil y aun necesario en una monarquía moderada el establecimiento de un poder intermedio entre el monarca y el pueblo. Asi estuvo siempre por la opi-

nion de una representacion nacional dividida en dos cámaras. Suave de condicion, pero demasiadamente tenaz en sus propósitos, á duras penas se le desviaba de lo una vez resuelto, al paso que de ánimo candoroso y recto solia ser sorprendido y engañado, defecto propio del varon excelente que (como decia * Ciceron, su autor predilecto) « dificilísimamente cae en sospe- « cha de la perversidad de los otros. » Tal fue Jovellanos, cuya nombradía resplandecerá y aun descollará entre las de los hombres mas célebres que han honrado á España. (* Ap. n. 2.)

Fija de antemano la atencion nacional en los dos respetables varones de que acabamos de hablar, siguieron los individuos de la central el impulso de la opinion, arrimándose los mas á uno ú á otro de dichos dos vocales. Pero como estos entre sí disentian, dividiéronse los pareceres, prevaleciendo en un principio y por lo general el de Floridablanca. Con su muerte y las desgracias no dejó mas adelante de triunfar á veces el de Jovellanos, ayudado de Don Martin de Garay, cuyas luces naturales, fácil despacho y práctica de negocios le dieron sumo poder é influjo en las deliberaciones de la junta.

Diversos partidos en la central.

Pero á uno y otro partido de los dos, si asi pueden llamarse, en que se dividió la central, faltábales actividad y presteza en las resoluciones. Floridablanca anciano y doliente, Jovellanos entrado tambien en años y con males, avezados ambos á la regularidad y pausa de nuestro gobierno, no podian sobreponerse á la costumbre y á los hábitos en que se habian criado y envejecido. Su autoridad llevaba en pos de sí á los demas centrales, hombres en su mayoría de probidad, pero escasos de sobresalientes ó notables prendas. Dos ó tres mas arrojados y atrevidos entre los que principalmente sonaba Don Lorenzo Calvo de Rozas, acreditado en el sitio de Zaragoza, querian en vano sacar á la junta de su sosegado paso. No era dado á su corto número ni á su anterior y casi desconocido nombre vencer los obstáculos que se oponian á sus miras.

Asi fue que en los primeros meses siguiendo la central en materias políticas el dictámen de Floridablanca, y no asistiéndole ni á él ni á Jovellanos para las militares y económicas el vigor y pronta diligencia que la apretada situacion de España exigia, con lástima se vió que el nuevo gobierno obrando con lentitud y tibieza en la defensa de la patria, y ocupándose en pormenores, recejaba en lo civil y gubernativo á tiempos añejos y de aciaga recordacion.

Mas antes y al saberse en las provincias su instalacion, fue celebrada esta con general aplauso y desoidas las quejas en que prorumpieron algunas juntas, señaladamente las de Sevilla y Valencia: las cuales pesarosas de ir á menos en su poder habian intentado convertir los diputados de la central en meros agentes sometidos á su voluntad y capricho, dándoles facultades coartadas. Pasóse pues por encima de las Ins-

Su instalacion celebrada en las provincias.

trucciones que aquellas habian dado, arreglándose á lo que prevenian los poderes de otras juntas, y segun los que se creaba una verdadera autoridad soberana é independiente y no un cuerpo subalterno y encadenado. Y si en ello pudo haber algun desvío de legitimad, el bien y union del reino reclamaban que se tomase aquel rumbo, sino se queria que cada provincia prosiguiese gobernándose separadamente y á su antojo.

Contestacion con el consejo. Tampoco faltaron como era de temer desavenencias con el consejo real. En 25 de setiembre le habia dado cuenta la junta central de su instalacion, previniéndole que prestado que hubiesen sus individuos el juramento debido, expidiese las cédulas, órdenes y provisiones competentes para que obedeciesen y se sujetasen á la nueva autoridad todas las de la monarquía. Por aquel paso, desaprobado de muchos, persuadido tal vez el consejo de que la junta habia menester su apoyo para ser reconocida en el reino, cobró aliento, y despues de dilatar una contestacion clara y formal, al cabo envió el 30 con el juramento pedido una exposicion de sus fiscales, en la que estos se oponian á que se prestase dicho juramento, reclamando el uso y costumbres antiguas. Aunque el consejo no habia seguido el parecer fiscal, le remitió no obstante á la junta acompañado de sus propias meditaciones, dirigidas principalmente á que se adoptasen las tres siguientes medidas: 1ª Reducir el número de vocales de la central, por ser el actual contrario á la Ley 3ª, Partida 2ª, título 15, en que hablándose de las minoridades en los casos en que el rey difunto no hubiese nombrado tutores, dice: « que los guardadores deben ser uno ó tres, ó cinco e non « mas. » 2ª La extincion de las juntas provinciales: y 3ª La convocacion de córtes conforme al decreto dado por Fernando VII en Bayona.

Justas como á primera vista parecian estas peticiones, no solo no eran por entonces hacederas, sino que procediendo de un cuerpo tan desopinado como lo estaba el consejo, achacáronse á odio y despique contra las autoridades populares nacidas de la insurreccion. Sobre los generales y conocidos motivos, otros particulares al caso contribuyeron á dar mayor valor á semejante interpretacion. Pues en cuanto al primer punto el consejo que ahora juzgaba ser harto numerosa la junta central, habia en agosto provocado á los presidentes de las de provincia para que * « no siendo po- (* Ap. n. 3.)
« sible adoptar de pronto en circunstancias tan ex-
« traordinarias los medios que designaban las leyes y las costum-
« bres nacionales.... diputasen personas de su mayor confianza,
« que, reuniéndose á las nombradas por las juntas establecidas en
« las demas provincias y al consejo, pudiesen conferenciar... de
« manera que partiendo todas las providencias y disposiciones de
« este centro comun fuese tan expedito como conveniente el efecto. »
Por lo cual si se hubiera condescendido con la voluntad del consejo

lejos de ser menos en número los individuos de la central, se hubiera esta engrosado con todos los magistrados de aquel cuerpo. Ademas la citada ley de Partida en que estribaba la opinion para reducir los centrales y la formacion de regencia, puede decirse que nunca fue cumplida, empezando por la misma minoridad de Don Fernando IV el Emplazado, nieto del legislador que promulgó la ley, y acabando en la de Cárlos II de Austria. La otra peticion del consejo de suprimir las juntas provinciales, pareció sobradamente desacordada. Perjudicial la conservacion de estas en tiempos pacíficos y serenos, no era todavía ocasion de abolirlas permaneciendo el enemigo dentro del reino, y solo sí de deslindar sus facultades y limitarlas. Tampoco agradó, aunque en apariencia lisonjera, la 3ª peticion de convocar la representacion nacional. Dudábase de la buena fé con que se hacia la propuesta; habiéndose constantemente mostrado el consejo hosco y espantadizo á solo el nombre de córtes, sin contar con que se requeria mas espacio para convenir en el modo de su llamamiento, conforme á las mudanzas acaecidas en la monarquía. Las insinuaciones del consejo se llevaron pues tan á mal, que intimidado no insistió por entonces en su empeño.

Dictámen de Jovellanos.

Coincidia sin embargo hasta cierto punto con su dictámen el de algunos individuos de la central, y de los mas ilustrados, entre ellos el de Jovellanos. Desde el dia de la instalacion y reuniéndose á puerta cerrada mañana y noche, fue uno de los primeros acuerdos de la junta nombrar una comision de cinco vocales que hiciese su reglamento interior. En ella provocó Jovellanos como medida previa, tratar de la institucion y forma del nuevo gobierno. No asintiendo los otros á su parecer, le reprodujo el 7 de octubre en el seno de la misma junta, pidiendo que se anunciase inmediatamente « á la nacion que seria reunida en « córtes luego que el enemigo hubiese abandonado nuestro terri« torio, y si esto no se verificase antes, para el octubre de 1810; « que desde luego se formase una regencia interina en el dia 1° del « año inmediato de 1809; que instalada la regencia quedasen exis« tentes la junta central y las provinciales; pero reduciendo el nú« mero de vocales en aquella á la mitad, en estas á cuatro, y unas « y otras sin mando ni autoridad, y solo en calidad de auxiliares « del gobierno. » Este dictámen, aunque justamente apreciado, no fue admitido, suspendiéndose para mas adelante su resolucion. Creian unos que era mas urgente ocuparse en medidas de guerra que en las políticas y de gobierno, y á otros pesábales bajar del puesto á que se veian elevados. Era tambien dificultoso agradar á las provincias en la eleccion de regencia: esta solamente habia de constar de 3 ó 5 individuos, y no siendo por tanto dado á todas ellas tener en su seno un representante, hubiera nacido de su formacion quejas y desabrimientos. Ademas el gobierno electivo y limitado de la regencia, sin el apoyo de otro cuerpo mas numeroso y

que deliberase en público como el de las córtes, no hubiera probablemente podido resistir á los embates de la opinion tan varia y suspicaz en medio de agitaciones y revueltas. Y la convocacion de aquellas segun hemos insinuado pedia mas desahogo y previa meditacion: por cuyas causas y la premura de los tiempos continuó la junta central en todo el goce y poderío de la autoridad soberana.

Forma interior de la central.

En su virtud y para el mejor y mas pronto despacho de los negocios, arregló su forma interior y se dividió en otras tantas secciones cuantos ministerios habia en España, á saber: estado, gracia y justicia, guerra, marina y hacienda, resolviendo en sesiones plenas las providencias que aquellas proponian. Y para reducir su accion á unidad, se creó una secretaría general á cuya cabeza se puso al célebre literato y buen patriota Don Manuel Quintana: eleccion que á veces sirvió al crédito de la central, pues valiéndose de su pluma para proclamas y manifiestos, media la muchedumbre por la dignidad del lenguaje las ideas y providencias del gobierno.

Don Manuel Quintana.

Primeras providencias y decretos de la central.

Desgraciadamente estas no correspondieron á aquel durante los primeros meses. Por de pronto y antes de todo ocupáronse los centrales en honores y condecoraciones. Al presidente se le dió el tratamiento de alteza, á los demas vocales el de excelencia, reservándose el de magestad á la junta en cuerpo. Adornaron sus pechos con una placa que representaba ambos mundos, se señalaron el sueldo de 120,000 reales, é incurrieron por consiguiente en los mismos deslices que las juntas de provincia, sin ser ya iguales las circunstancias.

No desdijeron otros decretos de estos primeros y desacertados. Mandóse suspender la venta de manos muertas, y aun se pensó en anular los contratos de las hechas anteriormente. Permitióse á los ex-jesuitas volver á España en calidad de particulares. Restablecióronse las antiguas trabas de la imprenta, y se nombró inquisidor general; y afligiendo y contristando así á los hombres ilustrados, la junta ni contentó ni halagó al clero, sobradamente avisado para conocer lo inoportuno de semejantes providencias.

Por otra parte tampoco acallaba las hablillas y disgusto, que aquellas promovian, con las que tomaba en lo económico y militar. Verdad es que si algun tanto dependia su inaccion de las vanas ocupaciones en que se entretenia, gran parte tuvo tambien en ella el estado lastimoso de la nacion, la cual habiendo hecho un extraordinario esfuerzo ya casi exhausta al levantarse en mayo, acabó de agotar sus recursos para hacer rostro á las urgentes necesidades del momento. Y la administracion pública de antemano desordenada desquiciándose del todo con el gran sacudimiento, yacia por tierra. Reconstruirla era obra mas larga y no propia de un gobierno como la central, cuya forma si bien imposible ó difícil de

mejorarse entonces, no por eso dejaba de ser viciosísima y monstruosa: puesto que cuerpo sobradamente numeroso como potestad ejecutiva, resolvia lentamente por lo detenido y embarazoso de sus deliberaciones, y escaso de vocales para ejercer la legislativa, ni podian ilustrarse suficientemente las materias, ni buscar luces ni arrimo en la opinion, teniendo que ser secretas sus discusiones por la índole de su institucion misma.

Su manifiesto en 10 de noviembre.

Trató no obstante la central, aunque perezosamente, de bienquistarse con la nacion, circulando en 10 de noviembre un manifiesto que llevaba la fecha de 26 de octubre, y en el que con maestría se trazaba el cuadro del estado de cosas y la conducta que la junta seguiria en su gobierno. No solamente mencionaba en su contenido los remedios prontos y vigorosos que era necesario adoptar, no solo trataba de mantener para la defensa de la patria 500,000 infantes y 50,000 caballos, sino que tambien daba esperanza de que se mejorarian para lo venidero nuestras instituciones. Si este papel se hubiera esparcido con anticipacion, y sobre todo si los hechos se hubieran conformado con las palabras, asombroso y fundado hubiera sido el concepto de la junta central. Mas habia corrido el mes de octubre, entrado noviembre, comenzado las desgracias, y no por eso se veia que los ejércitos se proveyesen y aumentasen.

Distribucion de los ejércitos.

Estos habian sido divididos por decreto suyo en cuatro grandes y diversos cuerpos. 1° Ejército de la izquierda que debia constar del de Galicia, Asturias, tropas venidas de Dinamarca, y de la gente que se pudiera allegar de las montañas de Santander y pais que recorriese. 2° Ejército de Cataluña compuesto de tropas y gente de aquel principado, de las divisiones desembarcadas de Portugal y Mallorca, y de las que enviaron Granada, Aragon y Valencia. 3° Ejército del centro que debia comprender las cuatro divisiones de Andalucía y las de Castilla y Extremadura con las de Valencia y Murcia, que habian entrado en Madrid con el general Llamas. Tambien habia esperanzas de que obrasen por aquel lado los ingleses en caso de que se determinasen á avanzar hácia la frontera de Francia. 4° Ejército de reserva, compuesto de las tropas de Aragon y de las que durante el sitio de Zaragoza se les habian agregado de Valencia y otras partes. Nombróse tambien una junta general de guerra, y presidente de ella al general Castaños, aunque por entonces debia seguir al ejército. Mas estas providencias no tuvieron entero y cumplido efecto, impidiéndolo en parte otras disposiciones, y los contratiempos y desastres que sobrevinieron, en cuya relacion vamos á entrar.

Su marcha.

Ya antes de la instalacion de la central y en el consejo militar celebrado en Madrid en 5 de setiembre de que hicimos mencion, se habia acordado que al paso que el general

Llamas con las tropas de Valencia y Murcia marchase á Calahorra, y Castaños con las de Andalucía á Soria, se arrimaran Cuesta y las de Castilla al Burgo de Osma, y Palafox con las suyas á Sangüesa y orillas del rio Aragon; recomendando ademas á Galluzo que mandaba las de Extremadura el ir á unirse á las que se encaminaban al Ebro. Blake por su lado debia avanzar con los gallegos y asturianos hácia Burgos y provincias vascongadas. Descabellado como era el plan, desparramando sin órden en varios puntos y en una línea extendida, escasas, mal disciplinadas y peor provistas tropas, se procedió despacio en su ejecucion, no habiéndose nunca del todo realizado. Nuevas disputas y pasiones contribuyeron á ello, y principalmente lo mal entendido y combinado del mismo plan, falta de recursos, desórden en la distribucion y aquella lentitud característica al parecer de la nacion española, y de la que segun el gran Bacon habia ya en su tiempo nacido el proverbio* «*me venga la muerte de España*, porque vendria tarde.»

(* Ap. n. 4.)

Marcha del de Galicia.

Con todo, el ejército de Galicia despues de la rota de Rioseco, habiéndose algun tanto organizado en Manzanal y Astorga, emprendió su marcha á las órdenes de su general Don Joaquin Blake en los últimos dias de agosto, y dividido en tres columnas se dirigió por la falda meridional de la cordillera que separa á Leon y á Burgos de Asturias y Santander. Al promediar el mes se hallaban las tres columnas en Villarcayo, punto que se tuvo por acomodado y central para posteriores operaciones. Ascendia su número á 22,728 infantes y 400 caballos distribuidos en cuatro divisiones. La cuarta al mando del marqués de Portago se movió la vuelta de Bilbao para asegurar la comunicacion con aquella costa, y esperando sorprender á los franceses. Mas avisados estos por los tiros indiscretos de una avanzada española, pudieron con corta pérdida retirarse y desocupar la villa. No la guardaron mucho tiempo nuestras tropas, porque revolviendo sobre ellas con refuerzo el mariscal Ney, recien llegado de Francia, obligó á Portago á recogerse por Valmaseda sobre la Nava. Insistió dias despues el general Blake en recuperar á Bilbao, y acudiendo en persona con superiores fuerzas, necesario le fue al general francés Merlin evacuar de nuevo dicha villa en la noche del 11 de octubre.

Ocupa á Bilbao.

Marcha del de Asturias.

En el mismo dia y ocupando á Quincoces orilla izquierda del Ebro, se incorporaron al ejército de Galicia las tropas de Asturias, capitaneadas por Don Vicente María de Acevedo. Habia este sucedido en el mando, desde 28 de junio, al marqués de Santa Cruz de Marcenado, á cuyo patriotismo é instruccion no acompañaban las raras prendas que pide la formacion de un ejército nuevo y allegadizo. El Acevedo, militar antiguo, firme y severo, y adornado de luces naturales y adquiridas, habia con-

seguido disciplinar bastantemente 8000 hombres, con los que resolvió salir á campaña. Iban en dos trozos, uno le regia Don Cayetano Valdés, otro Don Gregorio Quirós. Gefe de escuadra el primero le vimos en Mahon mandando á principios de año la fuerza naval surta en aquel puerto, y ya antes la nacion le habia distinguido y colocado entre sus mejores y mas arrojados marinos. Al ruido del alzamiento de Asturias habia acudido á esta provincia, cuna de su familia. El segundo, natural de ella y oficial de guardias españolas, era justamente tenido por hombre activo, inteligente y bizarro. Unidas pues las tropas de Asturias y Galicia concertaron sus movimientos, y el 25 de octubre se sitió el general Blake con parte de ellas entre Zornoza y Durango.

Cuesta, su conducta.

Al propio tiempo Don Gregorio de la Cuesta antes que en cumplir lo acordado en 5 de setiembre en Madrid, pensó en satisfacer sus venganzas. Referimos cómo de vuelta de la capital habia detenido y preso en el alcázar de Segovia á los diputados de Leon Don Antonio Valdés y vizconde de Quintanilla. Adelante con su propósito queria juzgarlos como rebeldes á su autoridad en consejo militar, escogiendo para fiscal de la causa al conde de Cartaojal. Dispuso tambien que la ciudad de Valladolid nombrase en su lugar otros dos vocales por Castilla, con lo que hubieron de aumentarse los choques y la confusion. Felizmente no halló Cuesta abrigo en la opinion, y desaprobando la central su conducta, le mandó comparecer en Aranjuez, y previno á Cartaojal qne soltase los presos. Obedecieron ambos, y puesto el ejército de Castilla bajo las órdenes de su segundo gefe Don Francisco Eguia, se acercó á Logroño en donde definitivamente le sucedió y tomó el mando Don Juan Pignatelli. Mas estas mudanzas y trasiego de gefes menguó y desconcertó la tropa castellana, llena sí de entusiasmo y ardor, pero bisoña y poco arreglada. Su número no pasaba de 8000 hombres con pocos caballos.

Le suceden Eguia y Pignatelli.

Marcha de Llamas.

Por su parte y deseoso de poner en práctica el plan resuelto, partió de Madrid el primero de todos y en setiembre Don Pedro Gonzalez de Llamas. Mandaba á los valencianos y murcianos con que habia entrado en la capital, y salió de ella con unos 4500 hombres infantes y ginetes. Enderezó su marcha á Alfaro, orilla derecha del Ebro, y situó en primeros de octubre su cuartel general en Tudela. Siguiéronle de cerca la 2ª y 4ª division de Andalucía regidas ambas por el general Don Manuel de la Peña, y cuya fuerza ascendia á 10,000 hombres. Castaños permaneció en Madrid y no faltaba quien motejase su tardanza, en la que tuvieron principal parte manejos y tramas del consejo, zelos, piques y desavenencias de la junta de Sevilla.

Detencion de Castaños en Madrid.

Dijeron algunos que tambien se detenia, esperanzado en que la central le nombraria generalísimo en remuneracion de lo que habia trabajado por insta-

laria. Apoyaban la conveniencia de semejante medida Sir Cárlos Stewart que de Galicia habia venido á Madrid y Aranjuez, y lord William Bentinck enviado desde Portugal por el general Dalrymple para concertarse con Castaños acerca de las operaciones militares. El pensamiento era sin duda útil para la union y conformidad en la direccion de los ejércitos; pero á su cumplimiento se oponian las rivalidades de otros generales, las que reinaban dentro de la misma junta central y el temor de que no tuviese Castaños la actividad y firmeza que aquellos tiempos requerian.

Su salida.

Salió este al fin de Madrid el 8 de octubre, y el 17 llegó á Tudela. Convidado por Palafox pasó á Zaragoza, y alli acordaron el 20, como continuacion de lo antes resuelto, que el ejército del centro con el de Aragon amenazase á Pamplona, poniéndose una division á espaldas de esta plaza al mismo tiempo que el de Blake, á quien se enviaria aviso, marchase por la costa á cortar la comunicacion con Francia.

Plan concertado con Palafox.

Al último le dejamos entre Zornoza y Durango; los dos primeros, ó sea mas bien la parte de ellos que se habia acercado al Ebro, estaba por entonces asi distribuida. A Logroño le ocupaban los 8000 castellanos al mando de su general Don Juan de Pignatelli; á Lodosa Don Pedro Grimarest con la 2ª division de Andalucía, estando la 4 á las órdenes de Don Manuel de la Peña en Calahorra, y siendo ambas de 10,000 hombres segun queda dicho. Los 4500 valencianos y murcianos permanecian situados en Tudela y á su frente D. Pedro Roca sucesor de Llamas, encargado de otro puesto cerca del gobierno supremo. Del ejército de Aragon habia en Sangüesa 8000 hombres que regia Don Juan O'Neil, enviado de Valencia con un corto refuerzo, y á su retaguardia en Egea otros 5000 al mando de Don Felipe Saint-March. Con tan contadas fuerzas y en linea tan dilatada, juzgaron los prudentes y entendidos ser desacertado el plan convenido en Zaragoza para tomar la ofensiva; puesto que el total de soldados españoles, avanzados á mediados de octubre hasta Vizcaya y orillas del Ebro, no llegaba á 70,000 hombres, teniendo Blake 30,000 asturianos y gallegos (los de Romana todavía no estaban incorporados), y Castaños unos 36,000 entre castellanos, andaluces, valencianos, murcianos y aragoneses. Parecerá tanto mas arreglado á la razon aquel dictámen, si volviendo la vista al enemigo examinamos su estado, su número, su posicion.

Fuerza de los ejércitos españoles.

Situacion de José y del ejército frances.

José Bonaparte despues de haber salido de Madrid habia permanecido en los lindes de la provincia de Burgos ó en Vitoria. Alli se entretuvo en dar algunos decretos, en trazar marchas y expediciones que no tuvieron cumplido efecto, y en crear una órden militar. Sus ministros apremiados por las circunstancias presentaron un

Exposicion de sus ministros.

escrito en el que * « expouiendo que el interés de Es- (* Ap. n. 5.)
« paña exigia no confundir su buena armonía y amis-
« tad para con la Francia, con su cooperacion á los fines y planes
« de mayor extension en que se hallaba empeñado el gefe de
« ella... » indicaban que... « convenia poder anunciar á la nacion
« que aunque gobernada por el hermano del emperador conforme
« á los tratados de Bayona, fuese libre de ajustar una paz sepa-
« rada con la Inglaterra... que esto calmaria las fundadas zozobras
« sobre las posesiones de América... etc., etc. » El escrito se creyó digno de ser presentado á Napoleon, y para llevarle y apoyarle de palabra fueron en persona á Paris los ministros Azanza y Urquijo. Por loables que fuesen las intenciones de los que escribieron la exposicion, no se hace creible dieran aquel paso con probabilidad de buen éxito conociendo á Napoleon y su política, ó si tal pensaron, forzoso es decir que andaban harto desalumbrados. Mas el emperador de los franceses no paró mientes en los discursos de los ministros españoles de José, y solo se ocupó en mejorar y reforzar su ejército.

Este en los primeros tiempos de su retirada habia caido en gran desánimo, y los mas de sus soldados, excepto los del mariscal Bessières, iban al Ebro casi sin órden ni formacion. Perseguidos entonces é inquietados, fácilmente hubieran sido del todo desrancbados y dispersos, ó por lo menos no se hubieran detenido hasta pisar tierra de Francia. Pero los españoles descansando sobre los laureles adquiridos, flojos, escasos tambien de recursos, les dieron espacio para repararse. Asi fue que los franceses ya mas serenos y engrosados con gente de refresco, se distribuyeron en tres grandes cuerpos, el del centro mandado por el mariscal Ney, que ya dijimos acababa de llegar de Francia, y los de la izquierda y derechá gobernados cada uno por los mariscales Moncey y Bessières. Habia ademas una reserva compuesta en parte de soldados de la guardia imperial, y en donde estaba José con el mariscal Jourdan su mayor general, enviado de Paris últimamente para desempeñar aquel cargo. De suerte que todos juntos componian en setiembre una masa compacta de mas de 50,000 combatientes, entre ellos 11.000 de caballería, con la particular ventaja de estar reconcentrados y prontos á acudir por el radio á cualquier punto que fuese acometido, cuando los nuestros para darse la mano tenian que recorrer la extendida y prolongada curva que formaban en torno de los enemigos, quienes sin contar con los de Cataluña y guarniciones de Pamplona y San Sebastian estaban tambien respaldados por fuerzas que mandaba en Bayona el general Drouet, y con la confianza de recibir de su propio pais por la inmediacion todo género de prontos y eficaces auxilios.

Fuerza del ejército francés.

A pesar de eso y de aumentarse sus filas cada dia con nuevas tropas, manteníanse los franceses quietos

Movimiento de los españoles.

y sobre la defensiva, á tiempo que los españoles trataron de ejecutar el plan adoptado en Zaragoza. Era el 27 de octubre el señalado para dar comienzo á la empresa, mas dias antes ya habian los nuestros con su impaciencia movídose por su frente. Los castellanos desde Logroño, sentado á la márgen derecha del Ebro, cruzando á la opuesta, se habian adelantado á Viana, y Grimarest extendídose desde Lodosa á Lerin. Los aragoneses por el lado de Sangüesa tambien avanzaron acompañados de muchos paisanos. Y tan grande fue el número de estos, que Moncey sobresaltado dió cuenta á José, quien destacó del cuerpo de Bessières dos divisiones para reforzar las tropas que estaban por la parte de Aragon y Navarra.

El 20 de octubre mandó el general Grimarest á Don Juan de la Cruz Mourgeon ocupar á Lerin con los tiradores de Cádiz, una compañía de voluntarios catalanes y unos cuantos caballos. Para apoyarle quedaron en Carcar y Sesma otros destacamentos. Cruz tenia órden de retirarse si le atacaban superiores fuerzas, y habiendo expuesto lo difícil de ejecutar dicha órden caso de que el enemigo se posesionase con su caballería de un llano que se extiende de Lerin camino de Lodosa, le ofreció Grimarest sostenerle con oportuno socorro.

Accion de Lerin, 26 de octubre.

Cruz en cumplimiento de lo que se le mandaba fortificó segun pudo el convento de Capuchinos y el palacio cuyo edificio habia de ser su último refugio. No tardó en saber que iba á ser atacado, y de ello dió aviso el 25 al general Grimarest. En efecto en la madrugada del 26 le acometieron los enemigos valerosamente rechazados por sus tropas. Con mas gente insistieron aquellos en su propósito á las nueve de la mañana, y los nuestros replegándose al palacio no dieron oidos á la intimacion que de rendirse se les hizo. Renovaron varias veces los franceses sus embestidas con 6000 infantes, con artillería y 700 ú 800 caballos, y los de Cruz que no excedian de 1000 continuaron en repelerlos hasta entrada la noche con la esperanza de que Grimarest, segun lo prometido, vendria en su auxilio. Los destacamentos de Carcar y Sesma aunque lo intentaron no pudieron por su corta fuerza dar ayuda. Amaneció el dia siguiente, y sin municiones ni noticia de Grimarest se vió forzado Cruz á capitular con el enemigo, quien celebrando su valor y el de su gente, le concedió salir del palacio con todos los honores de la guerra, debiendo despues ser cangeados por otros prisioneros. Brillante accion fue la de Lerin aunque desgraciada, siendo los tiradores de Cádiz soldados nuevos, no familiarizados con los rigores de la guerra. Censuróse al Grimarest haber avanzado hasta Lerin aquellas tropas para abandonarlas despues á su aciaga suerte; pues en vez de correr en su auxilio, con pretexto de una órden de La Peña evacuó á Lodosa, y repasando el Ebro se situó en la torre de Sartaguda.

O'Neil mas dichoso en aquellos dias obligó al enemigo á retirarse, de Nardues á Monreal : corta compensacion de la anterior pérdida y de la que se experimentó en Logroño. El mariscal Ney habia atacado y repelido el 24 los puestos avanzados de las tropas de Castilla, colocándose el 25 en las alturas que hacen frente á aquella ciudad del otro lado del Ebro. El general Castaños, que entonces se encontraba allí, mandó á Pignatelli que sostuviese el punto, á no ser que los enemigos cruzando el rio se adelantasen por la derecha, en cuyo caso se situaria en la sierra de Cameros sobre Nalda. Ordenó tambien que el batallon ligero de Campomayor fuese á reforzarle y desalojar al enemigo de las alturas ocupadas. Inútiles prevenciones. Castaños volvió á Calahorra, y Pignatelli evacuó el 27 á Logroño con tal precipitacion y desórden, que no parando hasta Cintruénigo, dejó al pie de la sierra de Nalda sus cañones, y los soldados desparramados, que durante veinticuatro horas le siguieron unos en pos de otros. El pavor que se habia apoderado de sus ánimos era tanto menos fundado, cuanto que 1500 hombres al mando del conde de Cartaojal, volviendo á Nalda, recobraron los cañones en el sitio en que quedaron abandonados, y á donde no habia penetrado el enemigo.

Retirada de los castellanos de Logroño.

El general Castaños justamente irritado contra Pignatelli, le quitó el mando, é incorporando la colecticia gente de Castilla en sus otras divisiones, hizo algunas leves mudanzas en su ejército. Por de pronto formó una vanguardia de 4000 hombres de infantería y caballería, regida por el conde de Cartaojal, la cual habia de maniobrar por las faldas de sierra de Cameros desde el frente de Logroño hasta el de Lodosa, y dió el nombre de 5ª division á los 4500 valencianos y murcianos repartidos entre Alfaro y Tudela al mando de Don Pedro Roca. Reconcentró la demas fuerza en Calahorra y sus alrededores, y escarmentado con lo ocurrido se resolvió antes de emprender cosa alguna á aguardar las demas tropas que debian agregarse al ejército del centro, y respuesta del general Blake al plan comunicado.

Arreglo que en su ejército hace el general Castaños.

Se sitúa en Cintruénigo y Calahorra.

Napoleon en tanto se preparaba á destruir en su raiz la noble resistencia de un pueblo cuyo ejemplo era de temer cundiese á las naciones y reyes que gemian bajo su imperial dominacion. En un principio se habia figurado que con las tropas que tenia en la Península podria comprimir los aislados y parciales esfuerzos de los españoles, y que su alzamiento de corta duracion pasaria silencioso en la historia del mundo. Desvanecida su ilusion con los triunfos de Bailen, la tenaz defensa de Zaragoza y las proezas de Cataluña y Valencia, pensó apagar con extraordinarios medios un fuego que tan grande hoguera habia encendido. Fue anuncio precursor de su propósito el publicar en 6 de setiembre en el Mo-

Napoleon.

nitor y por primera vez una ralacion circunstanciada de las novedades de la península, si bien pintadas y desfiguradas á su sabor.

Su mensage al senado. Habia precedido en 4 del mismo mes á esta publicacion un mensage del emperador al senado con tres exposiciones, de las que dos eran del ministro de negocios extrangeros Mr. de Champagny y una del de la guerra Mr. Clarke. Las del primero llevaban fecha de 24 de abril y 1° de setiembre. En la de abril despues de manifestar Mr. Champagny la necesidad de intervenir en los asuntos de España, asentaba que la revolucion francesa habiendo roto el útil vínculo que antes unia á ambas naciones gobernadas por una sola estirpe, era político y justo atender á la seguridad del imperio francés, y libertar á España del influjo de Inglaterra; lo cual, añadia, no podria realizarse, ni reponiendo en el trono á Cárlos IV ni dejando en él á su hijo. En la exposicion de setiembre hablábase ya de las renuncias de Bayona, de la constitucion allí aprobada, y en fin se revelaban los disturbios y alborotos de España, provocados segun el ministro por el gobierno británico que intentaba poner aquel pais á su devocion y tratarle como si fuera provincia suya. Mas aseguraba que tamaña desgracia nunca se efectuaria estando preparados para evitarla 2,000,000 de hombres valerosos que arrojarian á los ingleses del suelo peninsular.

Leva de nuevas tropas. Pronosticaban tan jactanciosas palabras demanda de nuevos sacrificios. Tocó especificarlos á la exposicion del ministro de la guerra. En ella pues se decia, que habiendo resuelto S. M. I. juntar al otro lado de los Pirineos mas de 200,000 hombres, era indispensable levantar 80,000 de la conscripcion de los años 1806, 7, 8 y 9, y ordenar que otros 80,000 de la del 10 estuviesen prontos para el enero inmediato. Al dia siguiente de leidás estas exposiciones y el mensage qne las acompañaba, contestó el senado aprobando y aplaudiendo lo hecho, y las medidas propuestas; y asegurando tambien que la guerra con España era « política, justa y necesaria. » A tan mentido y abyecto lenguaje habia descendido el cuerpo supremo de una nacion culta y poderosa.

Por anteriores órdenes habian ya empezado á venir del norte de Europa muchas de las tropas francesas allí acantonadas. A su paso por Paris hizo reseña de varias de ellas el emperador Napoleon, pronunciando para animarlas una arenga enfática y ostentosa.

Conferencias de Erfurth. No satisfecho este con las numerosas huestes que encaminaba á España, trató tambien de asegurar el buen éxito de la empresa estrechando su amistad y buena armonía con el emperador de Rusia. Sin determinar tiempo se habia en Tilsit convenido en que mas adelante se avistarian ambos príncipes. Los acontecimientos de España, incertidumbres sobre la Alemania y aun dudas sobre la misma Rusia obligaron á Napoleon á pedir la celebracion de las proyectadas vistas. Accedió á su demanda el em-

perador Alejandro, quien y el de Francia, puestos ambos de acuerdo llegaron á Erfurth, lugar señalado para la reunion, el 27 de setiembre. Concurrieron allí varios soberanos de Alemania, siendo el de Austria representado por su embajador, y el de Prusia por su hermano el príncipe Guillermo. Reinó entre todos la mayor alegría, satisfaccion y cordialidad, pasándose los dias y las noches en diversiones y festines, sin reparar que en medio de tantos regocijos no solo legítimos monarcas sancionaban la usurpacion mas escandalosa, y autorizaban una guerra que ya habia hecho correr tantas lágrimas, sino que tambien tachando de insurreccion la justa defensa y de rebeldía la lealtad, abrian ancho portillo por donde mas adelante pudieran ser acometidos sus propios pueblos y atropellados sus derechos. Ni motivos tan pederosos, ni tales temores detuvieron al emperador Alejandro. Contento con los obsequios de su aliado y algunas concesiones, reconoció por rey de España á José, y dejó á Napoleon en libertad de proceder en los asuntos de la península segun conviniese á sus miras.

Correspondencia con el gobierno inglés.

Mas al propio tiempo y para aparentar deseos de paz, cuando despues de lo estipulado era imposible ajustarla, determinaron entablar acerca de tan grave asunto correspondencia con Inglaterra. Ambos emperadores escribieron en una y sola carta al rey Jorge III, y sus ministros respectivos pasaron notas con aviso de que plenipotenciarios rusos se enviarian á Paris para aguardar la respuesta de Inglaterra: los que en union con los de Francia concurririan al punto del continente que se señalase para tratar.

En contestacion Mr. Canning escribió el 28 de octubre dos cartas á los ministros de Rusia y Francia, acompañadas de una nota comun á ambos. Al primero le decia, que aunque S. M. B. deseaba dar respuesta directa al emperador su amo, el modo desusado con que este habia escrito le impedia considerar su carta como privada y personal, siendo por tanto imposible darle aquella señal de respeto sin reconocer títulos que nunca habia reconocido el rey de la Gran Bretaña. Que la proposicion de paz se comunicaria á Suecia y á España. Que era necesario estar seguro de que la Francia admitiria en los tratos al gobierno de la última nacion, y que tal sin duda debia de ser el pensamiento del emperador de Rusia, segun el vivo interés que siempre habia mostrado en favor del bienestar y dignidad de la monarquía española; lo cual bastaba para no dudar que S. M. I. nunca seria inducido á sancionar por su concurrencia ó aprobacion usurpaciones fundadas en principios no menos injustos que de peligroso ejemplo para todos los soberanos legítimos. En la carta al ministro de Francia se insistia en que entrasen como partes en la negociacion Suecia y España.

El mismo Mr. Canning respondió ampliamente en la nota que iba para dichos dos ministros á la carta autógrafa de ambos empe-

radores. Sentábase en ella que los intereses de Portugal y Sicilia estaban confiados á la amistad y proteccion del rey de la Gran Bretaña, el cual tambien estaba unido con Suecia, asi para la paz como para la guerra. Y que si bien con España no estaba ligado por ningun tratado formal, habia sin embargo contraido con aquella nacion á la faz del mundo empeños tan obligatorios como los mas solemnes tratados; y que por consiguiente el gobierno que alli mandaba á nombre de S. M. C. Fernando VII, deberia asimismo tomar parte en las negociaciones.

El ministro ruso replicó no haber dificultad en cuanto á tratar con los soberanos aliados de Inglaterra; pero que de ningun modo se admitirian los plenipotenciarios de los insurgentes españoles (asi los llamaba), puesto que José Bonaparte habia ya sido reconocido por el emperador su amo como rey de España. Menos sufrida y mas amenazadora fue la contestacion de Mr. Champagny ministro de Francia.

Fin de la correspondencia.

Dióse fin á la correspondencia con nuevos oficios en 9 de diciembre de Mr. Canning, concluyendo este con repetir al francés, « que S. M. B. estaba resuelto á no aban- « donar la causa de la nacion española y de la legítima monarquía « de España (añadiendo); que la pretension de la Francia de que « se excluyese de la negociacion el gobierno central y supremo « que obraba en nombre de S. M. C. Fernando VII, era de natu- « raleza á no ser admitida por S. M. sin condescender con una « usurpacion que no tenia igual en la historia del universo."

Discurso de Napoleon al cuerpo legislativo.

Contaba Napoleon tan poco con esta negociacion, que volviendo á Paris el 18 de octubre, y abriendo el 25 el cuerpo legislativo, despues de tocar en su discurso muy por encima el paso dado en favor de las paces, dijo: « Parto dentro de pocos dias para ponerme yo mismo al frente de « mi ejército, coronar con la ayuda de Dios en Madrid al rey de « España, y plantar mis águilas sobre las fortalezas de Lisboa." Palabras incompatibles con ningun arreglo ni pacificacion, y tan conformes con lo que en su mente habia resuelto, que sin aguardar respuesta de Lóndres á la primera comunicacion, partió de Paris el 29 de octubre llegando á Bayona en 3 de noviembre.

Fuerza y division del ejército francés.

Empezaban ya entonces á tener cumplida ejecucion las providencias que habia acordado para sujetar y domeñar en poco tiempo la altiva España. Sus tropas acudian de todas partes á la frontera, y variando por decreto de setiembre la forma que tenia el ejército de José, le incorporó al que iba á reforzarle, dividiendo su conjunto en ocho diversos cuerpos á las órdenes de señalados caudillos, cuyos nombres y distribucion nos parece conveniente especificar.

1er cuerpo, mariscal Victor duque de Bellune.

2º cuerpo, mariscal Bessieres duque de Istria.

3er cuerpo, mariscal Moncey duque de Conegliano.
4° cuerpo, mariscal Lefebvre duque de Dantzick.
5° cuerpo, mariscal Mortier duque de Treviso.
6° cuerpo, mariscal Ney duque de Elchingen.
7° cuerpo, el general Saint-Cyr,
8° cuerpo, el general Junot duque de Abrantes.

A veces, segun iremos viendo ,se sustituyeron nuevos gefes en lugar de los nombrados. El total de hombres, sin contar con enfermos y demas bajas, ascendia á 250,000 combatientes, pasando de 50,000 los caballos. De estos cuerpos el 7° estaba destinado á Cataluña, el 5° y 8° llegaron mas tarde. Los otros en su mayor parte aguardaban ya á su emperador para inundar, á manera de raudal arrebatado, las provincias españolas.

Cruza Napoleon el Bidasoa.

Napoleon cruzó el Bidasoa el 8 de noviembre acompañado de los mariscales Soult y Lannes, duques de Dalmacia y de Monte-bello. Llegó el mismo dia á Vitoria, donde estaba José y el cuartel general. Las tropas francesas habian conservado del lado de Navarra y Castilla casi las mismas posiciones que ocuparon despues de las jornadas de Lerin y Logroño. No asi por el de Vizcaya. Inquieto el mariscal Lefebvre, sucesor del general Merlin, de los movimientos del ejército de Don Joaquin Blake, habia pensado con el 4° cuerpo arrojarle de Zornoza.

Firme el general español desde el 25 de octubre en conservar aquel sitio, celebró en 28 un consejo de guerra. Los mas prudentes estuvieron por replegarse: hubo quien opinó por acometer sin dilacion al enemigo. Andaba indeciso el general en gefe, no pareciéndole acertado el último dictámen, y receloso de abrazar el primero en una sazon en que los pueblos tildaban de traidor al general que los dejaba con su retirada á merced del enemigo. Entre dudas llegó el 31 de octubre, dia en que el mariscal Lefebvre atacó á los españoles. La fuerza que este tenia era de 26,000 hombres, la nuestra 16,500. Habia tambien contado Blake con que apoyaria su derecha la division de Martinengo con algunos caballos mandados por el marqués de Malespina, y una de Asturias gobernada por Don Vicente María de Acevedo. Mas avanzando ambas hasta Villaró y Dima, se vieron separadas del cuerpo principal del ejército por fragosas sierras y caminos intransitables. Grande inadvertencia ordenar un movimiento sin cabal noticia del terreno,

Accion de Zornoza, 31 de octubre.

El mariscal Lefebvre al amanecer del 31 empezó su embestida á favor de una densa niebla. Las vanguardias de ambos ejércitos estaban á un lado y otro de la hondonada que forma el monte de San Martin y la altura arbolada de Bernagoitia, por donde atraviesa el camino real. La vanguardia española, regida por el brigadier Don Gabriel de Mendizabal, enseñoreaba la última posicion de las nombradas, que fue acometida primeramente por la division

del general Villate. Apoyaron y siguieron á este las divisiones de los generales Sebastiani y Leval, y empeñada toda nuestra vanguardia peleó largo rato esforzadamente. Causábale gran daño la artillería enemiga, sin que á sus fuegos pudiera responder careciendo de igual arma. Rota al fin se recogió al amparo de la 1ª y 4ª division apostadas en el monte de San Miguel. La 1ª del mando de Don Genaro Figueroa, oficial sabio y bizarro, repelió con su vivo y acertado fuego al enemigo, impidiéndole apoderarse de un mogote que ocupaba en dicho monte; pero la 4ª, falta de cañones como lo demas del ejército, fue arrollada, habiendo el enemigo avanzado su artillería por el camino real, y sosteniéndola con infantería y caballería. Entonces Blake conociendo su desventaja determinó retiarse, para lo que poniéndose á la cabeza los granaderos provinciales, y siguiéndole la reserva mandada por Don Nicolas Mahy, contuvo al enemigo y dió lugar á que todas las fuerzas, reuniéndose en las faldas del monte de Santa Cruz de Bizcargui, emprendiesen la retirada. La 3ª division, al mando de Don Francisco Riquelme, estuvo alejada de las otras y en la orilla opuesta del rio, en donde sosteniendo un choque del enemigo, se replegó separadamente no siéndole dado unirse al grueso del ejército. Los franceses, atentos á la aspereza de la tierra y á que los nuestros se retiraban en bastante buen órden, dejaron de perseguirlos de cerca y molestarlos. La pérdida fue corta de ambas partes: quizá la victoria hubiera sido mas dudosa si el general español no se hubiese de antemano despojado de la artillería, enviándola camino de Bilbao. Ha habibo quien le disculpe con el propósito que tenia de retirarse; pero ciertamente fue descuido quedarse del todo desprovisto de tan necesaria ayuda enfrente de un enemigo activo y emprendedor. Blake continuó por la noche su marcha, y sin detenerse en Bilbao mas que para acopiar algunas vituallas, uniéndose despues con Riquelme, tomaron juntos la vuelta de Valmaseda. El mariscal Lefebvre los siguió de lejos hasta Güeñes, en donde habiendo dejado para observarlos al general Villatte con 7000 hombres retrocedió á Bilbao.

José, aunque desaprobaba como precipitada la tentativa de aquel mariscal, no siendo ya dueño de evitarla, mandó de Vitoria que una division del 1er cuerpo del mariscal Victor se extendiese por el valle de Orduña para favorecer los movimientos de Lefebvre, y que otra del 2º cuerpo se dirigiese á Berberena, ya para unirse con la primera, ó ya para perseguir á Blake si se retiraba del lado de Villarcayo. La del valle de Orduña se encontró en su marcha con los generales Acevedo y Martinengo, que vimos separados del ejército en Villaró. Inciertos estos gefes de la suerte de Blake, é informados tarde y confusamente de la accion de Zornoza, creyeron arriesgada su posicion y trataron de alejarse por Oquendo, Miravalles y Llodio. En el camino y cerca de Menagaray fue su encuen-

tro con la mencionada division francesa. Presentáronle los nuestros firme rostro, é imaginándose los contrarios haber tropezado con todo el ejército de Blake, no insistieron en atacar y se replegaron á Orduña. Los españoles entonces mejoraron su posicion colocándose en una altura agria cerca de Orrantia.

Blake el 3 de noviembre se habia reconcentrado en la Nava, dos leguas mas allá de Valmaseda yendo de Bilbao. Poco antes se le incorporó la mayor parte de la fuerza que habia venido de Dinamarca y que estaba á las órdenes del conde de San Roman, y en el mismo Nava otra division de Asturias á las de Don Gregorio Quirós, componiendo en todo los que se reunieron de 8 á 9000 hombres. La caballeria venida del Norte, hallándose desmontada, habia partido al mediodia de España para proveerse de caballos. Reforzado asi el ejército de Blake, y enterado este del aprieto de Acevedo y Martinengo, sin tardanza determinó librarlos. Movióse pues hácia Valmaseda cuyo punto debia acometer la 4ª division, ahora mandada por Don Estevan Porlier, en tanto que la de San Roman se dirigia al Berron una legua distante, la 3ª y la asturiana de Quirós á Arciniega, y lo demas de la fuerza á Orrantia, en donde era de presumir permaneciesen las divisiones comprometidas. No se engañaron, encontrándose luego unos y otros con inexplicable gozo.

Fue en aquel mismo instante cuando se rompió el fuego por los que se habian adelantado á Valmaseda, cuyo camino corre al pie de las alturas que ocupaban las divisiones extraviadas. Atacado impensadamente el general francés Villatte, retiróse con demasiada priesa, hasta que volviendo en sí juntó su gente á la ribera izquierda del Salcedon. Visto lo cual por el general Acevedo, se aproximó con cuatro cañones de montaña á una de las dos eminencias que forman el valle de Valmaseda, y enviando por un rodeo dos batallones para que estrechasen á los franceses por retaguardia, sobrecogió á estos, que desbaratados huyeron en el mayor desórden hasta Güeñes. Perdieron un cañon, carros de municiones y muchos equipages, entre los que se contaba el del general Villatte. Debióse principalmente la victoria al acierto y pronta decision de Don Vicente María de Acevedo.

De Valmaseda, 4 de noviembre.

Napoleon supo en Bayona los ataques ocurridos desde el 31, y desagradóle que el mariscal Lefebvre hubiese comenzado á guerrear antes de su llegada, y aun tambien que José le prestase ayuda: ya porque juzgase expuesto un movimiento parcial y aislado, ó ya mas bien porque no quisiese que empezasen triunfos y victorias antes de que él en persona capitanease su ejército. Sin embargo temeroso de alguna desgracia, mandó prontamente que el mariscal Lefébvre con el 4° cuerpo continuase desde Bilbao en perseguir á Blake, y que el mariscal Victor con el 1° marchase por Orduña y Amurrio contra Valmaseda, formando un total de 50,000 hombres.

Avanzaban ambos mariscales á la propia sazon que Blake, que-

riendo aprovecharse de la ventaja alcanzada en Valmaseda y reconocer las fuerzas del enemigo, iba el 7 la vuelta de San Pedro de Güeñes. La víspera habia el general español enviado sobre su izquierda á Sopuerta la 4ª division, que no pudiendo reincorporarse al ejército se retiró por Lanestosa á Santander. El mismo dia, no queriendo tampoco Blake dejar descubierta su derecha, dirigió camino de Villarcayo y de Medina de Pomar al marqués de Malespina con los 400 caballos que habia y algunos infantes. Por su lado el general en gefe se encontró con el mariscal Lefebvre; peleando los españoles con bizarría, particularmente la division de Figueroa y el batallon de estudiantes de Santiago, apellidado literario. Al caer la noche hubieron los nuestros de replegarse vista la superioridad del enemigo, y á pesar de ser el tiempo muy lluvioso, prosiguieron ordenadamente su retirada, ocupando el 8 á Valmaseda y pueblos vecinos.

Reconocimiento hácia Güeñes en 7 de noviembre.

La tarde de dicho dia, agolpándose del lado de Orduña y de Bilbao todas las fuerzas de los mariscales Victor y Lefebvre que caminaban á unirse, levantaron los nuestros su campo dirigiéndose á la Nava. Quedaron á la retaguardia para proteger el movimiento algunos batallones de la division de Martinengo y asturianos al mando de Don Nicolas de Llano Ponte, quien poco avisado, dejándose cortar por el enemigo, nunca se volvió á incorporar con el grueso del ejército, yéndose del lado de Santander. Los mariscales franceses se juntaron en Valmaseda, y Blake llegó el 9 en la tarde á Espinosa de los Monteros.

Disminuíase su ejército teniendo desde el 31 que pelear á la continua con el enemigo, la lluvia, el frio, el hambre, la desnudez. Rigorosa suerte aun para soldados veteranos y endurecidos; insoportable para bisoños y poco disciplinados. La escasez de víveres fue extrema, viéndose obligados hasta los mismos gefes á mantenerse con mazorcas de maiz y malas frutas. Provenia miseria tanta del mal arreglo en el ramo de hacienda, y de haber contado el general en gefe con ser abastecido por la costa, sin cuidar convenientemente de adoptar otros medios: enseñando la práctica militar, como ya decia Vegecio « que * la penuria mas « veces que la pelea acaba con un ejército, y que el « hambre es mas cruel que el hierro del enemigo. »

(* Ap. n. 6.)

Acosado nuestro ejército por tantos males, pensábase que el general Blake no se aventuraria á combatir contra un enemigo mas numeroso, aguerrido y bien provisto. Esperanzado sin embargo en que le asistiese favorable estrella, determinó probar la suerte de una batalla delante de Espinosa de los Monteros.

Batalla de Espinosa, 10 y 11 de noviembre.

Es esta villa muy conocida en España por el privilegio de que gozan sus naturales de hacer de noche la guardia al rey cerca de su cuarto; y cuya conce-

sion, segun cuentan*, sube á Don Sancho García conde de Castilla. Está situada en la ribera izquierda del Trueba, y los españoles colocándose en el camino que viene de Valmaseda dejaron á su espalda el rio y la villa. En una altura elevada de difícil acceso y á la siniestra parte pusiéronse los asturianos capitaneados por los generales Acevedo, Quirós y Valdés. La 1ª division y la reserva con sus respectivos gefes Don Genaro Figueroa y Don Nicolas Mahy seguian en la línea descendiendo al llano. El general Riquelme y su 3ª division ocupó en el valle lo mas abierto del terreno, y la vanguardia, al mando de Don Gabriel de Mendizábal con seis piezas de artillería dirigidas por el capitan Don Antonio Roselló, se colocó en un altozano á la derecha de Espinosa, desde donde se enfilaban las principales avenidas. Por el mismo lado y mas adelante en un espeso bosque y sobre una loma estaba la division del norte que gobernaba el conde de San Roman, quedando no lejos de la artillería y algo detras por su derecha la 2ª de Martinengo. La fuerza de los españoles no llegaba á 21,000 combatientes.

(* Ap. n. 7.)

A la una de la tarde del 10 empezó á avistarse el enemigo, en número de 25,000 hombres mandados por el mariscal Victor. Se habia este juntado con el mariscal Lefebvre en Valmaseda y separádose en la Nava, dirigiéndose el segundo á Villarcayo y siguiendo el primero la huella de Blake con esperanzas ambos de envolverle. Se empeñó la refriega por donde estaban las tropas del norte, embistiendo el bosque el general Paschod. Durante dos horas le defendieron los nuestros con intrepidez, mas cargando el enemigo en mayor número fue al fin abandonado. La artillería, manejada con acierto por Roselló, dirigió entonces un fuego muy vivo contra el bosque, y caminando por órden de Blake para sostener á San Roman la division de Riquelme, se encendió de nuevo la pelea. Cundió por toda la línea, y aun la izquierda de los asturianos avanzó para llamar la atencion del enemigo. La derecha no solo se mantenia, sino que volviendo á ganar terreno, estaban las tropas del norte prontas á recuperar el bosque, cuando la oscuridad de la noche impidió la continuacion del combate, glorioso para los españoles, pero con tan poca ventura que perdieron dos de sus mejores gefes, el conde de San Roman y Don Francisco Riquelme, mortalmente heridos.

Los españoles, si bien alentados con haber infundido respeto al enemigo, ya no podian sobrellevar tanto cansancio y trabajos, careciendo aun de las provisiones mas precisas. Malas frutas habian comido aquellos dias, pero ahora apenas les quedaba tan menguado recurso. Sus heridos yacian abandonados, y si algunos eran recogidos no podia suministrárseles alivio en medio de sus quejidos y lamentos. En balde se esmeraba el general en gefe, en balde sus oficiales en buscar por Espinosa socorros para su gente. Los vecinos habian huido espantados con la guerra; la tierra de suyo escasa es-

taba ahora con aquella ausencia mas empobrecida, aumentándose la confusion y el duelo en medio de la lobreguez de la noche. A su amparo obligó el hambre á muchos soldados á desarrancarse de sus banderas, particularmente á los de la division del Norte, que eran los que mas habian padecido.

Al contrario los franceses, bien alimentados, retirados sus heridos y puestos otros en lugar de los que el dia 10 habian combatido, se disponian á pelear en la mañana siguiente. Hubiera el general español obrado con cordura, si atendiendo á las lástimas y apuros de sus soldados hubiese á la callada y por la noche alzado el campo, y buscado del lado de Santander ó del de Reinosa bastimentos y alivio á los males. Mas lisonjeándose de que el enemigo se retiraria y queriendo sacar ventaja del esfuerzo con que sus soldados habian lidiado, se inclinó á permanecer inmoble y exponerse á nuevo combate.

No tuvo que aguardar largo tiempo: desde el amanecer le renovaron los franceses. Habian en la víspera notado que en la izquierda de los españoles estaban tropas bisoñas, y tambien que la altura que ocupaban, como mas elevada, era la llave de la posicion. Asi se determinaron á empezar por alli el ataque, siendo el general Maison con su brigada quien primero embistió á los asturianos. Resistieron estos con denuedo, y á la voz de sus dignos gefes Acevedo, Quirós y Valdés conservarónse firmes y serenos, no obstante su inexperiencia. Advirtió el general enemigo el influjo do dichos gefes, y sobre todo que uno de ellos montado en un caballo blanco, corriendo á los puntos mas peligrosos, exhortaba á su tropa con la palabra y el gesto. Sin tardanza (segun nos ha contado años adelante en Paris el mismo general) destacó tiradores diestros, para que apuntando cuidadosamente disparasen contra los gefes, y en especial contra el del caballo blanco, que era el desgraciado Quirós. La órden causó grave mal á los españoles, y decidió la accion. Los tiradores abrigados de lo irregular y quebrado del terreno, esparcidos en diversos sitios, arcabuceaban, por decirlo asi, á nuestros oficiales, sin que recibiesen notable daño del fuego cerrado de nuestras columnas. La poca práctica de la guerra y el escasear de soldados hábiles, impidió usar del mismo medio que empleaban los enemigos. A poco fue traspasado de dos balazos Don Gregorio Quirós, heridos los generales Acevedo y Valdés, con otros gefes, entre los que se contaron los distinguidos oficiales Don Joaquin Escario y Don José Peon. La muerte y heridas de caudillos tan amados sembró profunda afliccion en las filas asturianas, y flaqueando algunos cuerpos siguióse en todos el mayor desórden. Quiso sostenerlos Blake enviando á Don Gabriel de Mendizábal para que tomase el mando; mas ya era tarde. La dispersion habia comenzado y los franceses posesionándose de la altura perseguian á los asturianos, cuyo mayor número huyendo se enriscó por las asperezas del valle de Pas.

El centro del ejército español y su derecha, que en la noche se habian agrupado al rededor del altozano donde estaba Roselló con la artillería, tan luego como se dispersó la izquierda, se vieron acometidos por la division francesa de Ruffin. Algun tiempo se mantuvieron nuestros soldados en su puesto, aunque inquietos con la huida de los asturianos; pero en breve comenzando unos á ciar y otros á desarreglarse, ordenó el general Blake la retirada, sostenida por la reserva de Don Nicolas Mahy y las seis piezas del capitan Rosolló, perdidas luego en el paso del Trueba. Hubiera á los nuestros servido de mucho en aquel trance y en lo demas de la retirada la corta division con 400 caballos que mandaba el marqués de Malespina, y á los que el general Blake habia ordenado pasar a Villarcayo. Temeroso dicho marqués de ser envuelto por el mariscal Lefebvre que iba del mismo lado, en vez de aproximarse á Espinosa tomó otro rumbo, y su division se unió despues en diversas partidas á distintos y lejanos ejércitos. La pérdida de los españoles en las acciones de Espinosa fue muy considerable, su dispersion casi completa. La de los franceses, cortísima el 11, no dejó la víspera de ser de importancia.

Señaló Don Joaquin Blake para reunion de sus tropas la villa de Reinosa, en donde estaba el parque general de artillería y los almacenes. Llegó el 12 con pocas fuerzas esperando poder rehacerse algun tanto y dar vida con las provisiones que allí habia á sus hambrientos y desmayados soldados. Pero la activa diligencia del enemigo y las desgracias que se agolparon no le dejaron vagar ni respiro.

Disposiciones de Napoleon.

Desde que en 8 de noviembre hábia Napoleon entrado en Vitoria, se sentia por do quiera su presencia. Servíanle como de mágico impulso poder inmenso, bélico renombre, imperiosa y presta voluntad. Ya contamos como de Bayona mismo habia ordenado al 1° y 4° cuerpo perseguir al general Blake. Y ahora poniendo particular conato en enderezar sus pasos á Madrid, cuya toma resonaria en Europa favorablemente á sus miras, arregló para ello y en breve un plan general de ataque. Asegurada que fue su derecha por los mencionados 1° y 4° cuerpos, encargó al 3° del mando del mariscal Moncey que observase desde Lodosa el ejército del centro y de Aragon, dejando ademas en Logroño á los generales Lagrange y Colbert del 6° cuerpo, cuya principal fuerza capitaneada por su mariscal Ney debia caminar á Aranda de Duero. Tomó el mando del 2° cuerpo el mariscal Soult, y su anterior gefe Bessières fue encargado de gobernar la caballería. Ambos con Napoleon al frente de la guardia imperial y la reserva siguieron el camino real de Madrid dirigiéndose á Burgos.

Accion de Burgos, 10 de noviembre.

En esta ciudad habia comenzado á entrar el ejército de Extremadura compuesto de unos 18,000 hombres distribuidos en tres divisiones, y á su frente el conde de Belveder; mozo inexperto nombrado por la junta central

para reemplazar á Don José Galluzo. La 1ª division estaba allí desde el 7 de noviembre: se le juntó la 2ª en la tarde del 9, quedando todavía atras y hácia Lerma la 3ª. Asi que solo se contaban dentro de la ciudad y cercanías 12,000 hombres, de ellos 1200 de caballería. Fiado Belveder en algunas favorables y leves escaramuzas, vivia tranquilo y de modo que á los oficiales de la 2ª division que á su llegada fueron á cumplimentarle, recomendóles el descanso, bastándole por entonces, segun dijo, las fuerzas de la 1ª division para rechazar á los franceses caso que le atacasen. Tan ignorante estaba de la superioridad del enemigo, y tan olvidado de la endeble organizacion de sus tropas.

Serian las seis de la mañana del 10 cuando el general Lasalle con la caballería francesa llegó á Villafría, tres cuartos de legua de Gamonal, á donde se habia adelantado la 1ª division de Belveder mandada por Don José María de Alós. Los franceses como no tenian consigo infantería, retrocedieron para aguardarla á Ruvena, con lo que alentados los nuestros resolvieron empeñar una accion. Lasalle rehecho forzó á los que le seguian á replegarse otra vez á Gamonal, á cuyo punto habia ya acudido lo demas del ejército español. La derecha de este ocupaba un bosque del lado del rio Arlanzon, y la izquierda las tapias de una huerta ó jardin, cubriendo el frente algunos cuerpos con dieciseis piezas de artillería. Las tropas mas bisoñas se pusieron detras de las mejor enregimentadas, como lo eran un batallon de guardias españolas, algunas compañías de walonas, el 2º de Mallorca y granaderos provinciales.

Fue pues aproximándose el ejército enemigo: y extendiéndose por nuestra derecha el general Lasalle se colocó en un llano situado entre el bosque y el rio, al paso que la infantería veterana del general Mouton intrépidamente acometió dicho bosque guarnecido por la derecha española, la cual creyéndose envuelta por Lasalle comenzó en breve á cejar, no obstante el vivo fuego que desde el frente hacian nuestros cañones. La caballería, guiada por Don Juan Henestrosa, hombre valiente, pero mas devoto que entendido militar, trató de dar una carga á la enemiga. Henestrosa que en realidad mandaba tambien en gefe, invocando á los santos del cielo y con tanta bravura como imprudencia, arremetió contra los ginetes franceses, quienes fácilmente le repelieron y desbarataron. Entonces fueron del todo deshechos los del bosque: y la izquierda, aunque no atacada de cerca, comenzó á huir y desbandarse. La pelea duró poco, y vencidos y vencedores entraron mezclados en Burgos.

El mariscal Bessières, tirando por la orilla del rio con la caballería pesada, acuchilló á los soldados fugitivos y cogió varios cañones, habiéndose perdido catorce y ademas otros que quedaron en el parque. La pérdida de los españoles fue considerable, aunque mayor la dispersion y el desórden; teniendo que arrepentirse, y dolorosamente, el general Belveder de haberse empeñado con

ligereza en accion tan desventajosa. Entregaron los vencedores al pillage la ciudad de Burgos apoderándose de 2000 sacas de lana fina pertenecientes á ricos ganaderos. Llegó el mismo dia el conde de Belveder á Lerma con muchos dispersos, en donde se encontró con la 3ª division de Extremadura, ausente de la batalla. Perseguido por los enemigos pasó á Aranda de Duero, y no seguro todavía allí prosiguió hasta Segovia, en cuya ciudad fue relevado del mando por la junta central que nombró para sucederle á Don José de Heredia.

El mariscal Soult con la natural presteza de su nacion, enviando del lado de Lerma una columna que persiguiese á los españoles y otra camino de Palencia y Valladolid, salió en persona el mismo 10 hácia Reinosa con intento de interceptar á Blake en su retirada. Inútilmente habia esto confiado en dar en aquella villa descanso á sus tropas, pues noticioso de que por Villarcayó se acercaba el mariscal Lefebvre, ya habia el 13 movido su artillería con direccion á Leon por Aguilar de Campo. Iban con ella enfermos y heridos huyendo de un peligro sin pensar en el otro no menos terrible con que tropezaron. Caminaban cuando se les anunció la aparicion por su frente de tropas francesas : la artillería precipitando su marcha y usando de adecuados medios pudo salvarse, mas de los heridos los hubo que fueron víctima del furor enemigo. En su número se contó al general Acevedo. Encontráronle cazadores franceses del regimiento del coronel Tascher, y sin miramiento á su estado, ni á su grado, ni á las sentidas súplicas de su ayudante Don Rafael del Riego, traspasáronle á estocadas. Riego, el mismo que fue despues tan conocido y desgraciado, quedó en aquel lance prisionero. Revuelve Soult contra Blake.

Blake acosado y temiendo no solo á los que le habian vencido en Espinosa, sino tambien á los mariscales Lefebvre y Soult, que cada uno por su lado venian sobre él; no pudiendo ya ir á Leon por tierra de Castilla, salió de Reinosa en la noche del 13, y se enriscó por montañas y abismos, enderezándose al valle de Cabuérniga. Llegó allí á su colmo la necesidad y miseria. El ánimo de Blake andaba del todo contristado y abatido, mayormente teniendo que entregar á nuevo gefe de un dia á otro y en tan mal estado las pobres reliquias de su ejército, lo cual le era de gran pesadumbre. La central habia nombrado general en gefe del ejército de la izquierda al marqués de la Romana. Noticioso Blake en Zornoza del sucesor, no por eso dejó de continuar el plan de campaña comenzado. Una indisposicion, segun parece, detuvo á Romana en el camino, no uniéndose al ejército sino en Renedo, cuando estaba en completa derrota y dispersion. En tal aprieto parecióle ser mas conveniente dejar á Blake el cuidado de la marcha, ordenándole que se recogiese por la Liébana á Leon, en cuya ciudad y ribera derecha del Ezla debia hacer alto y aguardarle.

Diversas direcciones de los mariscales franceses.

De su lado los mariscales franceses, ahuyentado Blake, tomaron diversos rumbos. El mariscal Lefebvre con el cuarto cuerpo, despues de descansar algunos dias, se encaminó por Carrion de los Condes á Valladolid. El primer cuerpo del mando de Victor juntóse en Burgos con Napoleon, marchándo Soult con el segundo á Santander; de cuyo puerto hecho dueño, y dejando para guarnecerle la division de Bonnet, persiguió por la costa los dispersos y tropas asturianas que se retiraban á su pais natal. Tuvo en San Vicente de la Barquera un choque con 4000 de ellos al mando de Don Nicolas de Llano Ponte : los deshizo y dispersó ; é yendo por la Liébana en busca de Blake, franqueando las angosturas de la Montaña y despejándola de soldados españoles, desembocó rápidamente en las llanuras de tierra de Campos.

Entrada en Burgos de Napoleon.

Napoleon al propio tiempo y despues de la jornada de Gamonal habia sentado su cuartel general en Burgos. Los vecinos habian huido de la ciudad ; y soledad y silencio no interrumpido sino por la algazara del soldado vencedor fue el recibimiento que ofreció al emperador de los franceses la antigua capital de Castilla. Mas él poco cuidadoso del modo de pensar de los habitantes, revistadas las tropas y tomadas otras providencias, dió el 12 de noviembre un decreto, en el que concedia en nombre suyo y de su hermano *perdon general y plena y entera amnistia* à todos los españoles que en el espacio de un mes, despues de su entrada en Madrid, depusieran las armas y renunciasen á toda alianza y comunicacion con los ingleses, inclusos los generales y las juntas. Eran exceptuados de aquel beneficio los duques del Infantado, de Hijar, de Medinaceli, de Osuna, el marqués de Santa Cruz del Viso, los condes de Fernan-Nuñez y de Altamira, el príncipe de Castelfranco, Don Pedro Cevallos y el obispo de Santander, à quienes se declaraba enemigos de España y Francia y traidores á ambas coronas; mandando que, aprehendidas sus personas, fuesen entregados á una comision militar, pasados por las armas, y confiscados todos sus bienes, muebles y raices que tuviesen en España y reinos extrangeros. Si bien admira la proscripcion de unos individuos cuyo mayor número, si no todos, habia pasado á Francia por engaño ó mal de su grado, y prestado alli un juramento que llevaba visos de forzado, crece el asombro al ver en la lista al obispo de Santander, que nunca habia reconocido al gobierno intruso, ni rendido obediencia á José ni á su dinastía. Es tambien de notar que este decreto de Napoleon fue el primero de proscripcion que se dió entonces en España, no habiendo todavía las juntas de provincia ni la central ofrecido semejante ejemplo; aunque estuvieran como autoridades populares mas expuestas á ser arrastradas por las pasiones que dominaban. Siguieron despues los gobiernos de España el camino abierto por

Su decreto de 12 de noviembre.

Napoleon: camino largo y que solo tiene término en el cansancio, en las muchas víctimas, ó en el recíproco temor de los partidos.

En Burgos dudó algun tiempo el emperador de los franceses si revolveria contra Castaños, ó si prosiguiendo por la anchurosa Castilla iria al encuentro del ejército inglés, que presumia se adelantaba á Valladolid. Mas luego supo que aquel no daba indicio de moverse de los contornos de Salamanca. Habia allí venido desde Lisboa al mando de Sir Juan Moore, sucesor del general Dalrymple, llamado á Lóndres segun vimos á dar cuenta de su conducta por la convencion de Cintra. El gobierno inglés, aunque lentamente, habia decidido que 30,000 infantes y 5000 caballos de su ejército obrarian en el norte de España; para lo cual se desembarcarian de Inglaterra 10,000 hombres sacándose los otros de los que habia en Portugal, en donde solo se dejaba una divison. Conforme á lo determinado, y en cumplimiento de órden que se le comunicó en 26 de octubre, salió de Lisboa el general Moore, y marchando con la principal fuerza sobre Almeida y Ciudad-Rodrigo, llegó á Salamanca el 13 de noviembre. La mayor parte de la artillería y caballería, con 3000 infantes á las órdenes de Sir Juan Hope, la envió por la izquierda del Tajo á Badajoz á causa de la mayor comodidad de los caminos, debiendo despues pasar á unírsele á Castilla. De Inglaterra habia arribado á la Coruña el 13 de octubre Sir David Baird con los 10,000 hombres indicados; mas aquella junta, insistiendo en no querer su ayuda, impidió que desembarcasen bajo el pretexto de que necesitaba la venia de la central. Con tal ocurrencia, otros motivos que se alegaron y la destruccion de una parte de los ejércitos españoles, no solo retardaron los ingleses su marcha, sino que tambien apareció que tenian escasa voluntad de internarse en Castilla.

Ejército inglés.

Napoleon, penetrando pues su pensamiento, hizo correr la tierra llana por 8000 caballos, asi para tener en respeto al inglés como para aterrar á los habitantes, y resolvió destruir al ejército español del centro antes de avanzar á Madrid.

No era dado á dicho ejército ni por su calidad ni por su fuerza competir con las aguerridas y numerosas tropas del enemigo. Sus filas solamente se habian reforzado con una parte de la 1ª y 5ª division de Andalucía y algunos reclutas, empeorándose su situacion con interiores desavenencias. Porque censurado su gefe Don Francisco Javier Castaños de lento y sobradamente circunspecto, los que no eran parciales suyos, y aun los que anhelaban por mayor diligencia sin atender á las dificultades, procuraron y consiguieron que se enviasen á su lado personas que le moviesen y aguijasen. Recayó la eleccion en Don Francisco de Palafox, hermano del capitan general de Aragon é individuo de la junta central, autorizado con po-

Ejército del centro.

Don Francisco Palafox enviado por la central.

deres extensos, y á quien acompañaban el marqués de Coupigny y el conde del Montijo. Siendo el Palafox hombre estimable, pero de poco valer; Coupigny extrangero y mal avenido desde Bailen con Castaños; y el del Montijo, mas inclinado á meter cizaña que á concertar ánimos, claro era que con los comisionados, en vez de alcanzarse el objeto deseado, solo se aumentarian tropiezos y embarazos.

Diversos planes.

Todos juntos y en 5 de noviembre, agregándoseles otros generales y Don José Palafox que vino de Zaragoza, celebraron consejo de guerra en el que se acordó, no muy á gusto de Castaños, atacar al enemigo, á pesar de lo desprovisto y no muy bien ordenado del ejército español. Disputas y nuevos altercados dilataron la ejecucion, hasta que del todo se suspendió con las noticias infaustas que empezaron á recibirse del lado de Blake. Proyectáronse otros planes sin resulta; y agriados muchos contra Castaños, alcanzaron que la junta central diese el mando de su ejército al marqués de la Romana, á quien antes se habia conferido el de la izquierda. Y en ello se ve cuán á ciegas y atribulada andaba entonces la autoridad suprema, no pudiéndose llevar á efecto su resolucion por la lejanía en que estaba el marqués y la priesa que se dió el enemigo á acometer y dispersar nuestros ejércitos.

En esto corrió el tiempo hasta el 19 de noviembre, en que por los movimentos de los franceses sopechó el general Castaños ser peligrosa y critica su situacion. No se engañaba. El mariscal Lannes duque de Montebello, á quien una caida de caballo habia detenido en Vitoria, ya restablecido se adelantaba, encargado por Napoleon de capitanear en gefe las tropas de los generales Lagrange y Colbert del sexto cuerpo, en union con las del tercero del mando del mariscal Moncey, á las que debia agregarse la division del general Maurice Mathieu recien llegada de Francia, y componiendo en todo 30,000 hombres de infantería, 5000 de caballería y 60 cañones. Se juntaron estas fuerzas desde el 20 al 22 en Lodosa y sus cercanías. Con su movimiento habia de darse la mano otro del cuerpo de Ney, que constaba de mas de 20,000 hombres, cuyo gefe, destrozado que fue el ejército de Extremadura, avanzaba desde Aranda de Duero y el Burgo de Osma á Soria, donde entró el 21. De esta manera trataban los franceses, no solo de impedir al ejército del centro su retirada hácia Madrid, sino tambien de sorprenderle por su flanco y envolverle.

Replégase Castaños.

Don Francisco Javier Castaños conservó hasta el 19 su cuartel general en Cintruénigo, y la posicion de Calahorra que habia tomado despues de las desgracias de Lerin y Logroño. Juzgó entonces prudente replegarse y ocupar una línea desde Tarazona á Tudela, extendiéndose por las márgenes del Queiles y apoyando su derecha en el Ebro. Sus fuerzas, si se

unian con las de Aragon, escasamente ascendian á 41,000 hombres. entre ellos 3700 de caballería. De las últimas estaba la mayor parte en Caparroso, y rehusaban incorporarse sin expresa órden del general Palafox. Felizmente llegó este á Tudela el 22, y con anuencia suya se aproximaron, celebrándose por la noche en dicha ciudad un consejo de guerra. Los Palafoxes opinaron por defender á Aragon, sosteniendo que de ello pendia la seguridad de España. Con mejor acuerdo discurria Castaños en querer arrimarse á las provincias marítimas y meridionales, de cuantioso recursos; no cifrándose la defensa del reino en la de una parte suya interior, y por tanto mas difícil de ser socorrida. Nada estaba resuelto, segun acontece en tales consejos, cuando temprano en la mañana hubo aviso de que se descubrian los enemigos del lado de Alfaro.

Batalla de Tudela, 23 de noviembre.

Apresuradamente tomáronse algunas disposiciones para recibirlos. Don Juan O'Neil, que con los aragoneses acampaba desde la víspera al otro lado de Tudela, empezó en la madrugada á pasar el puente, ignorándose hasta ahora por qué dejó aquella operacion para tan tarde. Aunque sus batallones tenian obstruidas las calles de la ciudad, poco á poco las evacuaron y se colocaron fuera ordenadamente. Estaba tambien allí la quinta division regida por Don Pedro Roca, y compuesta de valencianos y murcianos. Se colocó esta en las inmediaciones y altura de Santa Bárbara situada en frente de Tudela yendo á Alfaro. Por la misma parte y siguiendo la orilla del Ebro se extendieron algunos aragoneses, pero el mayor número de estos tiró á la izquierda y hácia el espacioso llano de olivos que termina en el arranque de colinas que van á Cascante. Ambas fuerzas reunidas constaban de 20,000 hombres. En el pueblo que acabamos de nombrar estaba ademas la cuarta division de Andalucía con su gefe la Peña, y en Tarazona la segunda del mando de Grimarest con la parte que habia de la primera y tercera. De suerte que la totalidad del ejército se derramaba por el espacio de cuatro leguas que media entre la última ciudad y la de Tudela.

Aquí se travó la accion principal con la quinta division y los aragoneses. Los que de estos habian ido por la orilla del rio repelieron al principio al enemigo, quien luego arremetió contra los del llano, conceptuado centro del ejército español por formar su izquierda las divisiones citadas de Cascante y Tarazona. Los atacó el general Maurice Mathieu sostenido por la caballería de Lefebvre Desnouettes. Los enemigos, subiendo abrigados del olivar á una de las colinas en que el centro español se apoyaba, flanqueáronle; pero acudiendo por órden de Castaños Don Juan O'Neil á desalojarlos, y prolongando por detras de la altura ocupada un batallon de guardias españolas, se vieron los franceses obligados á retirarse precipitadamente siguiendo los nuestros el alcance. Eran las tres de

la tarde y la suerte nos era favorable, á la sazon que el general Morlot, rechazando á los aragoneses de la derecha, avanzó orilla del rio hasta Tudela, con lo que la quinta division para no ser envuelta abandonó la altura é inmediaciones de Santa Bárbara. Tambien entonces reparándose el general Maurice Mathieu y cargando de nuevo, comenzó á flaquear nuestro centro, contra el que dando en aquella ocasion una acometida la caballería de Lefebvre penetró por medio, le desordenó, y aun acabó de desconcertar la derecha revolviendo contra ella. Castaños á la misma hora pensó en dirigirse adonde estaba la Peña, pero envuelto en el desórden y casi atropellado se recogió á Borja, punto en que se encontraron varios generales, excepto Don José de Palafox que de mañana se habia ido á Zaragoza.

En tanto que se veia asi atacada y deshecha la mitad del ejército español, acometió á la division de la Peña junto á Cascante el general Lagrange, trabóse vivo choque, y tal que herido el último cejó su caballería. Creíanse los españoles victoriosos, pero acudiendo gran golpe de infantería rehiciéronse los ginetes enemigos, y fue á su vez rechazado la Peña, y forzado á meterse en Cascante. Como espectadoras se habian en Tarazona mantenido las otras fuerzas de Andalucía, y no sabemos á qué achacar la morosidad y tardanza del general Grimarest, quien á pesar de haber para ello recibido temprano órden de Castaños no se aproximó á Cascante hasta de noche. Todas estas divisiones andaluzas pudieron sin embargo retirarse ordenadamente hácia Borja conservando su artillería. Excitó solamente algun desasosiego el volarse en una ermita un repuesto de pólvora, recelándose que eran enemigos. Fue gran dicha que no viniera de Soria segun pudiera el mariscal Ney. Deteniéndose este allí tres dias para dar descanso á su gente ó por otras causas, dejó á los nuestros libre y franca la retirada.

Perdiéronse en Tudela los almacenes y la artillería del centro y derecha del ejército, quedando 2000 prisioneros y muchos muertos. Pudiera decirse que esta batalla se dividió en dos separadas acciones, la de Tudela y la de Cascante, sin que los españoles se hubieran concertado ni para la defensa, ni para el ataque. De lo que resulta grave cargo á los caudillos que mandaban, como tambien de que no se emplease una parte considerable de tropas, fuese culpa suya ó de gefes subalternos que no obedecieron. Igualmente quedó cortada, segun veremos despues, una parte de la vanguardia que guiaba el conde de Cartaojal. Cúmulo de desventuras que prueba sobrada imprevision y abandono.

Despues de la batalla las reliquias de los aragoneses, y casi todos los valencianos y murcianos que de ella escaparon, se metieron en Zaragoza, como igualmente los mas de sus gefes. Castaños prosiguió á Calatayud adonde llegó el 25 con el ejército de Andalucía. En persecucion suya entró el mismo dia en Borja el general Maurice

Mathieu, y alli se le unió el 26 con su gente el mariscal Ney. Hasta entonces no se habia encontrado en su retirada el ejército español con los franceses. En Calatayud recibiendo aviso de la junta central de que Napoleon avanzaba á Somosierra, y órden para que Castaños fuese al remedio, juntó este los gefes de las divisiones y acordaron salir el 27 via de Sigüenza, debiendo hacer espaldas un cuerpo de 5000 hombres de infantería ligera, caballería y artillería al mando del general Venegas. Luego vino este á las manos con el enemigo. A dos leguas de Calatayud cerca de Bubierca se apostó, segun órden del general en gefe, para defender el paso y dar tiempo á que se alejasen las divisiones. Con dobladas fuerzas asomó el 29 el general Maurice Mathieu, trabándose desde la mañana hasta las cuatro de la tarde un reñido y sangriento choque. Se pararon de resultas en su marcha los franceses, y se logró que llegasen salvas á Sigüenza nuestras divisiones. En esta ciudad, destinado el general Castaños á desempeñar otras comisiones, se encargó interinamente del mando del ejército del centro Don Manuel de la Peña. Y por ahora alli le dejaremos para ocuparnos en referir otros acontecimientos de no menor cuantía.

Retirada del ejército.

Su llegada á Sigüenza.

La Peña general en gefe.

Derrotados ó dispersos los ejércitos de la izquierda, Extremadura y centro, creyó Napoleon poder sin riesgo avanzar á Madrid, mayormente cuando los ingleses estaban lejos para estorbárselo, y no con bastantes fuerzas para osar interponerse entre él y la frontera de Francia. Urgíale entrar en la capital de España, asi porque imaginaba ahogar pronto con aquel suceso la insurreccion, como tambien para asombrar á Europa con el terrible y veloz progreso de sus armas.

Corto embarazo se ofrecia ya por delante al cumplimiento de su deseo. La junta central despues de la rota de Burgos habia encargado á Don Tomas de Morla y al marqués de Castelar atendiesen á la defensa de Madrid, y de los pasos de Guadarrama, Fonfria, Navacerrada y Somosierra. Como mas expuesto se cuidó en especial del último pnnto, enviando para guarnecerle á Don Benito Sanjuan con los cuerpos que habian quedado en Madrid de la primera y tercera division de Andalucía y con otros nuevos, á los que se agregaron reliquias del ejército de Extremadura, en todo 12,000 hombres y algunos cañones. Endeble reparo para contener en su marcha al emperador de los franceses.

Con todo á fin de asegurarla obró este precavidamente, tomando varias y atentas disposiciones. Mandó á Moncey ir sobre Zaragoza, á Ney continuar en perseguimiento de Castaños, á Soult tener en respeto al ejército inglés, y á Lefebvre inundar por su derecha la Castilla, extendiéndose hácia Valladolid, Olmedo y Segovia. Dejó consigo la guardia imperial, la reserva y el primer cuerpo del mariscal Victor para penetrar por Somosierra y caer sobre Madrid.

Sanjuan en Somosierra.

Salió el 28 de Aranda de Duero, y el 29 sentó en Boceguillas su cuartel general. Don Benito Sanjuan se preparaba á recibirle. En lo alto del puerto habia levantado aceleradamente algunas obras de campaña, y colocado en Sepúlveda una vanguardia á las órdenes de Don Juan José Sarden. Con ella se encontraron los franceses en la madrugada del 28, acometiéndola 4000 infantes y 1000 caballos. En vano se esforzaron por romperla y hacerse dueños de la posicion que defendia. Al cabo de horas de refriega se retiraron y dejaron el campo libre á los nuestros; mas de poco sirvió. Temores y voces esparcidas por la malevolencia forzaron á los gefes á replegarse á Segovia en la noche del 29, dejando á Sanjuan desamparado y solo en Somosierra con el resto de las fuerzas.

Pasan los franceses el puerto.

Siendo estas escasas no era aquel paso de tan difícil acceso como se creia. Dominado el camino real hasta lo alto del puerto por montañas laterales que le siguen en sus vueltas y sesgos, y enseñoreada la misma cumbre por cimas mas elevadas, era necesario ó cubrir con tropas ligeras los puntos mas eminentes, ó exponerse, segun sucedió, á que el enemigo flanquease la posicion. Densa niebla encapotaba las fraguras al nacer del 30, en cuya hora atacando á nuestro frente con seis cañones y una numerosa columna el general Senarmont, desprendiéronse otras dos tambien enemigas por derecha é izquierda para atacar nuestros costados. Repelióse con denuedo por el frente la primera embestida á tiempo que Napoleon llegó al pie de la sierra. Irritado este é impaciente con la resistencia mandó entonces soltar á escape por la calzada y contra la principal batería española los lanceros polacos y cazadores de la guardia al mando del general Montbrun. Los primeros que acometieron cubrieron el suelo con sus cadáveres, y en una de las cargas quedó gravemente herido de tres balazos Mr. Felipe de Ségur, estimable autor de la historia de la campaña de Rusia. Insistiendo de nuevo en atacar la caballería francesa, y á la sazon que sus columnas de derecha é izquierda se habian á favor de la niebla encaramado por los lados, empezaron los nuestros á flaquear abandonando al cabo sus cañones, de que se apoderaron los ginetes enemigos. Sanjuan, queriendo contener el desórden de los suyos, recorrió el campo con tal valor y osadía, que envuelto por lanceros polacos se abrió paso, llegando por trochas y atajos y herido en la cabeza á Segovia, en cuya ciudad se unió á Don José Heredia que juntaba dispersos.

Situacion de la central.

Con semejante desgracia Madrid quedaba descubierto, y el gobierno supremo en sumo riesgo, si de Aranjuez no se transferia en breve á parage seguro. Ya al promediar noviembre y á propuesta de Don Gaspar Melchor de Jovellanos se habia pensado en ello, mas con tal lentitud que fue menester que el 28 se dijese haber asomado hácia Villarejo partidas enemi-

gas para ocuparse seriamente en el asunto. El compromiso de la junta era grande, y mayor por un incidente ocurrido en aquellos dias. Figurándose el enemigo que con la ruina y descalabros padecidos podria entrarse en acomodamiento, habia convidado por medio de los ministros de José á las autoridades supremas á que se sometiesen y evitasen mayores males con prolongar la resistencia. Al propósito escribieron aquellos tres cartas concebidas en idéntico y literal sentido, una al conde de Floridablanca, y las otras dos al decano del consejo real y al corregidor de Madrid. La central sobremanera indignada decretó en 24 de noviembre que dichos escritos fuesen quemados por mano del verdugo, declarando infidentes y desleales á sus autores, y encargando á la sala de alcaldes la sustanciacion y fallo de la causa. Con lo cual se respondió á la propuesta, é igualmente al decreto de proscripcion de Napoleon, aunque no tan militar ni arbitrariamente. Mas semejante resolucion, metiendo á la junta en nuevos comprometimientos, la impelia á atender á su propia seguridad.

Cartas de los ministros de José.

Las horas ya eran contadas. El 30 exploradores enemigos se habian divisado en Móstoles; y el 1° de diciembre muy de mañana súpose lo acaecido en Somosierra. Con afan y temprano el mismo dia congregó el presidente á los individuos de la junta para que se enterasen de los partes recibidos. Pensóse inmediatamente en abandonar á Aranjuez, pero antes se encaminaron á la capital los recursos disponibles, se acordaron otras providencias, y se resolvió elegir diferentes vocales que fuesen á inflamar el espíritu de las provincias. Deliberóse en seguida acerca del parage en que el gobierno deberia fijar su residencia. Variaron los pareceres, señalóse al fin Badajoz. Para mayor comodidad del viage se dispuso que los individuos de la junta se repartiesen en tandas, y para el fácil despacho de los negocios urgentes se escogió una comision activa compuesta de los señores Floridablanca, Astorga, Valdés, Jovellanos, Contamina y Garay. Unos en pos de otros salieron todos de Aranjuez en la tarde y noche del 1° al 2 de diciembre. Apenas con escolta, en medio de tales angustias tuvieron la dicha de que los pueblos no los molestaran, y de que los franceses no los alcanzasen y cogiesen. Libres de particular contratiempo llegaron á Talavera de la Reina en donde volveremos á encontrarlos.

Abandona la central á Aranjuez.

En tanto reinaba en Madrid la mayor agitacion. Don Tomas de Morla y el capitan general de Castilla la Nueva marqués de Castelar habian discurrido calmarla, y aun por órden de la central promulgaron edictos que pintaban con amortiguados colores las desgracias sucedidas. Sin embargo no fue dado por mas tiempo ocultarlas, acudiendo prófugos de todos lados. Alterada á su vista la muchedumbre se agolpó á casa de Castelar que disfrutaba de la confianza pública, y pidió el 30 de

Situacion de Madrid.

noviembre con gran vocería que se la armase. Así lo prometió, y desde entonces con mayor diligencia y ahinco se atendió á fortificar la capital y distribuir á sus vecinos armas y municiones. Madrid no era en verdad punto defendible, y las obras que se trazaron, levantadas atropelladamente, no fueron tampoco de grande ayuda. Redujéronse á unos fosos delante de las puertas exteriores, en donde se construyeron baterías á barbeta que artillaban cañones de corto calibre. Se aspilleraron las tapias del recinto, abriéndose cortaduras ó zanjas en ciertas calles principales como la de Alcalá, carrera de San Gerónimo y Atocha. Tambien se desempedraron muchas de ellas, y acumulándose las piedras en las casas, se parapetaron las ventanas con almohadas y colchones. Todos corrian á trabajar, siendo el entusiasmo general y extremado.

En 1° de diciembre se confió el gobierno político y militar á una junta que se instaló en la casa de Correos. A su cabeza estaba el duque del Infantado como presidente del consejo real, y eran ademas individuos el capitan general, el gobernador y corregidor, como tambien varios ministros de los consejos y regidores de la villa. La defensa de la plaza se encargó exclusiva y particularmente á Don Tomas de Morla, que gozaba de concepto de oficial mas inteligente que el gobernador Don Fernando de la Vera y Pantoja. En Madrid no habia sino 300 hombres de guarnicion y dos batallones con un escuadron de nueva leva. Corrió la voz aquel dia de que el enemigo estaba á cinco leguas, y el vecindario lejos de amilanarse se inflamó con ímpetu atropellado. Repartiéronse 8000 fusiles, chuzos y hasta armas viejas de la armería. Y para guardar órden se citó á todos por la tarde al Prado, desde donde á cada uno debia señalarse destino. Escasearon los cartuchos, y aun para muchos faltaron. Pedíanlos los concurrentes con instancia, mas respondiendo Morla que no los habia, y dentro de algunos habiéndose encontrado en vez de pólvora arena, creció la desconfianza, lanzáronse gritos amenazadores, y todo pronosticaba estrepitosa conmocion.

Muerte del marqués de Perales

Habia entendido como regidor el marqués de Perales en la formacion de los cartuchos, y contra el y su mayordomo se empezó á clamar desaforadamente. Este marqués era antes el ídolo de la plebe madrileña; presumia de imitarla en usos y traheres; con nadie sino con ella se trataba, y aun casi siempre se le veia vestido á su manera con el trage de majo. Pero acusado con razon ó sin ella de haber visitado á Murat y recibido de este obsequios y buen acogimiento, cambióse el favor de los barrios en ojeriza. Juntóse tambien para su desdicha la ira y zelos de una antigua manceba á quien por otra habia dejado. Tenia el marqués por costumbre escoger sus amigas entre las mugeres mas hermosas y desenfadadas del vulgo, y era la abandonada hija de un carnicero. Para vengar esta lo que reputaba ultraje, no solo

dió pábulo al cuento de ser el marqués autor de los cartuchos de arena, sino que tambien inventó haber él mismo pactado con los franceses la entrega de la puerta de Toledo. Sabido es que entre el bajo pueblo nada halla tanto séquito como lo que es infundado y absurdo. Y en este caso con mayor facilidad, saliendo de la boca de quien se creia depositaria de los secretos del marqués. Vivia este en la calle de la Magdalena, inmediata al barrio del Avapies (de todos el mas desasosegado), y sus vecinos se agolparon á la casa, la allanaron, cosieron al dueño á puñaladas, y puesto sobre una estera le arrastraron por las calles. Tal fue el desastrado fin del marqués de Perales, víctima inocente de la ceguedad y furor popular, pero que ni era general, ni anciano, ni habia nunca sido mirado como hombre respetable segun lo afirma cierto historiador inglés, empeñado en desdorar y ennegrecer las cosas de España. La conmocion no fue mas allá: personas de influjo y otros cuidados la sosegaron.

Napoleon delante de Madrid.

En la mañana del 2 aparecieron sobre las alturas del norte de Madrid las divisiones de dragones de los generales La Tour Maubourg y La Houssaie: antes solo se habian columbrado partidas sueltas de caballería. A las doce Napoleon mismo llegó á Chamartin y se alojó en la casa de campo del duque del Infantado. Aniversario aquel dia de la batalla de Austerlitz y de su coronacion, se lisonjeaba seria tambien el de su entrada en Madrid. Con semejante esperanza no tardó en presentarse en sus cercanías é intimar por medio del mariscal Bessières la rendicion á la plaza. Respondióse con desden, y aun corrió peligro de ser atropellado el oficial enviado al efecto. No habia la infantería francesa acabado de llegar, y Napoleon recorriendo los alrededores de la villa meditaba el ataque para el siguiente dia. En este no hubo sino tiroteos de avanzadas y correrías de la caballería enemiga, que detenia, despojaba y á veces mataba á los que inhábiles para la defensa salian de Madrid. Con mas dicha y por ser todavía en la madrugada oscura y nebulosa, pudo alejarse el duque del Infantado comisionado por la junta permanente para ir hacia Guadalajara en busca del ejército del centro, al que se consideraba cercano. Por la noche el mariscal Victor hizo levantar baterías contra ciertos puntos, principalmente contra el Retiro: y á las doce de la misma el mariscal Berthier príncipe de Neufchatel, mayor general del ejército imperial, repitió nueva intimacion, valiéndose de un oficial español prisionero, á la que se tardó algunas horas en contestar.

Ataque de Madrid.

Amaneció el 3 cubierto de niebla, la cual disipándose poco á poco, aclaró el dia á las nueve de la mañana, y apareció bellísimo y despejado. Napoleon, preparado el ataque, dirigió su especial conato á apoderarse del Retiro, llamando al propio tiempo la atencion por las puertas del Conde-Duque y

Fuencarral, hasta la de Recoletos y Alcalá, y colocándose él en persona cerca de la fuente Castellana. Mas barriendo aquella cañada y cerros inmediatos una batería situada en lo alto de la escuela de la veterinaria, cayeron algunos tiros junto al emperador, que diciendo: *estamos muy cerca*, se alejó lo suficiente para librarse del riesgo. Gobernaba dicha bateria un oficial de nombre Vasallo, y con tal acierto que contuvo á la columna enemiga que queria meterse por la puerta de Recoletos para coger por la espalda la de Alcalá. Los ataques de las otras puertas no fueron por lo general sino simulados, ó no hubo sino ligeras escaramuzas, señalándose en la de los Pozos una cuadrilla de cazadores que se habia apostado en las casas de Bringas allí contiguas. Tambien hubo entre la del Conde-Duque y Fuencarral vivo tiroteo, en los que fue herido en el pie de una bala el general Maison. Mas el Retiro, cuya eminencia dominando á Madrid es llave de la posicion, fue el verdadero y principal punto atacado. Los franceses ya en tiempo de Murat habian reconocido su importancia. Los generales españoles, fuese descuido ó fatal acaso no se habian esmerado en fortificarle.

Treinta piezas de artillería dirigidas por el general Senarmont rompieron el fuego contra la tapia oriental. Sus defensores que no eran sino paisanos, y un cuerpo recien levantado á expensas de Don Francisco Mazarredo, resistieron con serenidad, hasta que los fuegos enemigos abrieron un ancho boqueron por donde entraron sus tiradores y la division del general Villate. Entonces los nuestros decayendo de ánimo fueron ahuyentados, y los franceses derramándose con celeridad por el Prado, obligaron á los comandantes de las puertas de Recoletos, Alcalá y Atocha á replegarse á las cortaduras de sus respectivas é inmediatas calles. Pero como aquellas habian sido excavadas en la parte mas elevada, quedaron muchas casas y edificios á merced del soldado extrangero que las robó y destrozó. Tocó tan mala suerte á la escuela de mineralogía calle del Turco, en donde pereció una preciosísima coleccion de minerales de España y America, reunida y arreglada al cabo de años de trabajo y penosa tarea.

La pérdida del Retiro no causó en la problacion desaliento. En todos los puntos se mantuvieron firmes, y sobre todo en la calle de Alcalá en donde fue muerto el general francés Bruyère. Castelar en tanto respondió á la segunda intimacion pidiendo una suspension de armas durante el dia 3 para consultar á las demas autoridades y ver las disposiciones del pueblo, sin lo cual nada podia resolver definitivamente. Eran las doce de la mañana cuando llegó esta respuesta al cuartel general francés, é invadido ya el Retiro desistió Napoleon de proseguir en el ataque, prefiriendo á sus contingencias el medio mas suave y seguro de una capitulacion. Pero para conseguirla mandó al de Neufchatel que diese á Castelar una réplica amenazadora diciendo: «Inmensa artillería está preparada

« contra la villa, minadores se disponen para volar sus principales « edificios..... las columnas ocupan la entrada de las avenidas..... « mas el emperador siempre generoso en el curso de sus victorias, « suspende el ataque hasta las dos. Se concederá á la villa de Ma- « drid proteccion y seguridad para los habitantes pacíficos, para el « culto y sus ministros, en fin olvido de lo pasado. Enarbólese ban- « dera blanca antes de las dos, y envíense comisionados para tratar. »

La junta establecida en Correos mandó cesar el fuego, y envió al cuartel general francés á Don Tomas de Morla y á Don Bernardo Iriarte. Avocáronse estos con el príncipe de Neufchatel quien los presentó á Napoleon: vista que atemorizó á Morla, hombre de corazon pusilánime, aunque de fiera y africana figura. Napoleon le recibió ásperamente. Echóle en cara su proceder contra los prisioneros franceses de Bailen, sus contestaciones con Dupont, hasta le recordó su conducta en la guerra de 1793 en el Rosellon. Por último díjole: « Vaya usted á « Madrid, doy de tiempo para que se me responda de aquí á las « seis de la mañana. Y no vuelva usted sino para decirme que el « pueblo se ha sometido. De otro modo usted y sus tropas serán « pasados por lar armas. »

Conferencia de Morla con Napoleon.

Demudado volvió á Madrid el general Morla, y embarazosamente dió cuenta á la junta de su comision. Tuvo que prestarle ayuda su compañero Iriarte, mas sereno aunque anciano y no militar. Hubo disenso entre los vocales: prevaleció la opinion de la entrega. El marqués de Castelar no queriendo ser testigo de ella partió por la noche, con la poca tropa que habia, camino de Extremadura. Tambien y antes el vizconde de Gante que mandaba la puerta de Segovia salió surepticiamente del lado del Escorial en busca de Sanjuan y Heredia.

Capitulacion.

A las seis de la mañana del 4 Don Tomas de Morla y el gobernador Don Fernando de la Vera y Pantoja pasaron al cuartel general enemigo con la minuta de la * capitulacion. Napoleon la aprobó en todas sus partes con cortísima variacion, si bien se contenian en ella artículos que no hubieran debido entrar en un convenio puramente militar.

(* Ap. n. 8.)

El general Belliard despues de las diez del mismo dia entró en Madrid y tomó sin obstáculo posesion de los puntos principales. Solo en el nuevo cuartel de guardias de corps se recogieron algunos con ánimo de defenderse, y fue menester tiempo y la presencia del corregidor para que se rindieran.

Silencioso quedó Madrid despues de la entrega, y contra Morla se abrigaba en el pecho de los habitantes odio reconcentrado. Tacháronle de traidor, y confirmáronse en la idea con verle pasar al bando enemigo. Solo hubo de su parte falta de valor y deshonroso proceder. Murió años adelante ciego, lleno de pesares, aborrecido de todos.

Consiguióse con la defensa de Madrid sino detener al ejéercito francés, por lo menos probar á Europa que á viva fuerza y no de grado se admitia á Napoleon y á su hermano. Respecto de lo cual oportuna aunque familiarmente decia Mr. de Pradt capellan mayor del emperador, primero obispo de Poitiers, y despues arzobispo de Malinas, « que José habia sido echado de Madrid á puntapies y « recibido á cañonazos. »

El 6 se desarmó á los vecinos, y no se tardó en faltar á la capitulacion, esperanza de tantos hombres ciegos y sobradamente confiados. Dieron la señal de su quebrantamiento los decretos que desde Chamartin y á fuer de conquistador empezó el mismo dia 4 á fulminar Napoleon, quien arrojando todo embozo, y sin mentar á su hermano mostróse como señor y dueño absoluto de España.

Faltase á la Capitulacion.

Decretos de Napoleon en Chamartin.

Fue el primero contra el consejo de Castilla. Deciase en su contexto que por haberse portado aquella corporacion con *tanta debilidad como supercheria*, se destituian sus individuos considerándolos *cobardes é indignos de ser los magistrados de una nacion brava y generosa.* Quedaban ademas detenidos en calidad de rehenes: por cuyo decreto el artículo sexto de la capitulacion con afan apuntado por los del consejo, y segun el cual debian conservarse « las leyes, costumbres y tribunales en « su actual constitucion; » se barrenaba y destruia.

Siguiéronse á este el de la abolicion de la inquisicion, el de la reduccion de conventos á una tercera parte, el de la extincion de los derechos señoriales y exclusivos, y el de poner las aduanas en la frontera de Francia. Varios de estos decretos reclamados constantemente por los españoles ilustrados, no dejaron de cautivar al partido del gobierno intruso ciertos individuos enojados con los primeros pasos de la central, dando á otros plausible pretexto para hacerse tornadizos.

Mas semejantes resoluciones, de suyo benéficas aunque procedentes de mano ilegítima, fueron acompañadas de otras crueles é igualmente contrarias á lo capitulado. Se cogió y llevó á Francia á Don Arias Mon, decano del consejo, y á otros magistrados. El príncipe de Castelfranco, el marqués de Santa Cruz del Viso y el conde de Altamira ó sea de Trastamara, comprendidos en el decreto de proscripcion de Burgos, fueron tambien presos y conducidos á Francia, conmutándose la pena de muerte en la de perpetuo encierro, sin embargo de que por los artículos primero, segundo y tercero de la capitulacion se aseguraba la libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos, militares y empleados de Madrid. Igual suerte cupo en un principio al duque de Sotomayor de que le libró especial favor. Estuvo para ser mas rigorosa la del marqués de San Simon, emigrado francés al servicio de España: fue juzgado por una comision militar, y con-

Españoles llevados á Francia.

denado á muerte, habiendo defendido contra sus compatriotas la puerta de Fuencarral. Las lágrimas y encarecidos ruegos de su desconsolada hija alcanzaron gracia, limitándose la pena de su padre á la de confinacion en Francia.

Visita Napoleon el palacio real.

Napoleon permanecia en Chamartin, y solo una vez y muy de mañana atravesó á Madrid y se encaminó á palacio. Aunque se le representó suntuosa la morada real, segun sabemos de una persona que le acompañaba, por nada preguntó con tanto anhelo como por el retrato de Felipe II: detúvose durante algunos minutos delante de uno de los mas notables, y no parecia sino que un cierto instinto le llevaba á considerar la imágen de un monarca que si bien en muchas cosas se le desemejaba, coincidia en gran manera con él en su amor á exclusiva, dura é ilimitada dominacion, asi respecto de propios como de extraños.

Su inquietud.

La inquietud de Napoleon crecia segun que corrian dias sin recoger el pronto y abundante esquilmo que esperaba de la toma de Madrid. Sus correos comenzaban á ser interceptados, y escasas y tardías eran las noticias que recibia. Los ejércitos españoles si bien deshechos, no estaban del todo aniquilados, y era de temer se convirtiesen en otros tantos núcleos, en cuyo derredor se agrupasen oficiales y soldados, al paso que los franceses teniendo que derramarse enflaquecian sus fuerzas, y aun desaparecian sobre la haz espaciosa de España. En las demas conquistas dueño Napoleon de la capital lo habia sido de la suerte de la nacion invadida: en esta ni el gobierno ni los particulares, ni el mas pequeño pueblo de los que no ocupaba se habian presentado libremente á prestarle homenage. Impacientábale tal proceder, sobre todo cuando nuevos cuidados podrian llamarle á otras y lejanas partes. Mostró su enfado al corregidor de Madrid que el 16 de diciembre fue á Chamartin á cumplimentarle y á pedirle la vuelta de José segun se habia exigido del ayuntamiento: dijole pues Napoleon qne por los derechos de conquista que le asistian podia gobernar á España nombrando otros tantos vireyes cuantas eran sus provincias. Sin embargo añadió que consentiria en ceder dichos derechos á José, cuando todos los ciudadanos de la capital le hubieran dado pruebas de adhesion y fidelidad por medio de un juramento «que saliese no solamente «de la boca sino del corazon, y que fuese sin restriccion je«suítica.»

Contestacion al corregidor de Madrid.

Juramento exigido de los vecinos.

Sujetóse el vecindario á la ceremonia que se pedia, y no por eso trataba Napoleon de reponer á José en el trono, cosa que á la verdad interesaba poco á los madrileños, molestados con la presencia de qualquiera gobierno que no fuera el nacional. El emperador habia dejado en Burgos á su hermano, quien sin su permiso vino y se le presentó en Chamartin,

donde fue tan mal recibido que se retiró á la Monclova y luego al Pardo, no gozando de rey sino escasamente la apariencia.

Van los mariscales franceses en perseguimiento de los españoles.

Mas que en su persona ocupábase Napoleon en averiguar el paradero de los ingleses, y en disipar del todo las reliquias de las tropas españolas. El 8 de diciembre llegó á Madrid el cuerpo de ejército del duque de Dantzick, y con diligencia despachó Napoleon hácia Tarancon al mariscal Bessières, dirigiendo sobre Aranjuez y Toledo al mariscal Victor y á los generales Milhaud y Lasalle.

Total dispersion del ejército de Sanjuan.

Por este lado y la vuelta de Talavera se habia retirado Don Benito Sanjuan, quien, despues de haber recogido en Segovia dispersos, y en union con Don José Heredia, se habia apostado en el Escorial antes de la entrega de Madrid. Pensaban ir ambos generales al socorro de la capital, y aun instados por el vizconde de Gante que con aquel objeto segun vimos habia ido á su encuentro, se pusieron en marcha. Acercábanse, cuando esparcida la voz de estar muy apretada la villa y otras siniestras, empezó una dispersion horrorosa, abandonando los artilleros y carreteros cañones y carruages. Comenzó por donde estaba Sanjuan, cundió á la vanguardia que mandaba Heredia, y ni uno ni otro fueron parte á contenerla. Algunos restos llegaron en la madrugada del 4 casi á tocar las puertas de Madrid, en donde noticiosos de la capitulacion, sueltos y á manera de bandidos, corrieron como los primeros asolando los pueblos, y maltratando á los habitadores hasta Talavera, punto de reunion que fue teatro de espantosa tragedia.

Habituados á la rapiña y al crímen las mal llamadas tropas, pesábales volver á someterse al órden y disciplina militar. Su caudillo Don Benito Sanjuan no era hombre para permitir mas tiempo la holganza y los excesos encubiertos bajo la capa del patriotismo, de lo cual temerosos los alborotadores y cobardes, difundieron por Talavera que los gefes los habian traidoramente vendido. Con lo que apandillándose una banda de hombres y soldados desalmados, se metieron en la mañana del 7 en el convento de Agustinos, y guiados por un furibundo fraile penetraron en la celda en donde se albergaba el general Sanjuan. Empezó este á arengarlos con serenidad, y aun á defenderse con el sable, no bastando las razones para aplacarlos. Desarmáronle y viéndose perdido, al querer arrojarse por una ventana tres tiros le derribaron sin vida. Su cadáver despojado de los vestidos, mutilado y arrastrado, le colgaron por último de un árbol en medio de un paseo público, y asi expuesto, no satisfechos todavía le acribillaron á balazos. Faltan palabras para calificar debidamente tamaña atrocidad, ejecutada por soldados contra su propio gefe, y promovida y abanderizada por quien iba revestido del hábito religioso.

Muerte cruel de este general.

Ejército del centro. Sus marchas y retirada á Cuenca.

No tan relajado aunque harto decaido estaba por el lado opuesto el ejército del centro. El hambre, los combates, el cansancio, voces de traicion, la fuga, el mismo desamparo de los pueblos, uniéndose á porfía y de tropel, habian causado grandes claros en las filas. Cuando le dejamos en Sigüenza estaba reducido su número á 8000 hombres casi desnudos. Mas sin embargo determinaron los gefes cumplir con las órdenes del gobierno, é ir á reforzar á Somosierra. Emprendió la infantería su ruta por Atienza y Jadraque, y la artillería y caballería en busca de mejores caminos tomaron la vuelta de Guadalajara siguiendo la izquierda del Henares. No tardaron los primeros en variar de rumbo, y caminar por donde los segundos con el aviso de Castelar recibido en la noche del 1° al 2 de diciembre, de haber los enemigos forzado el paso de Somosierra. Continuando pues todo el ejército á Guadalajara, la 1ª y 4ª division entraron por sus calles en la noche del 2 junto con la artillería y caballería. Casi al propio tiempo llegó á dicha ciudad el duque del Infantado; y el 3, avistándose con La Peña y celebrando junta de generales, se acordó: 1° Enviar parte de la artillería á Cartagena, como se verificó; y 2° dirigirse con el ejército por los altos de San Torcaz, pueblecito á dos leguas de Alcalá y á su oriente, y extenderse á Arganda para que desde aquel punto, si ser pudiere, se metiese la vanguardia con un convoy de víveres por la puerta de Atocha. En la marcha tuvieron noticia los gefes de la capitulacion de Madrid, y obligados por tanto á alejarse, resolvieron cruzar el Tajo por Aranjuez y guarecerse de los montes de Toledo. Plan demasiadamente arriesgado y que por fortuna estorbó con sus movimientos el enemigo sin gran menoscabo nuestro. Caminaron los españoles el 6 y descansaron en Villarejo de Salvanés. Allí les salió al encuentro Don Pedro de Llamas, encargado por la central de custodiar con pocos soldados el punto de Aranjuez, que acababa de abandonar forzado por la superioridad de fuerzas francesas. Interceptado de este modo el camino, se decidieron los nuestros á retroceder y pasar el Tajo por las barcas de Villamanrique, Fuentidueñas y Estremera, y abrigándose de las sierras de Cuenca sentar sus reales en aquella ciudad, parage acomodado para repararse de tantas fatigas y penalidades. Así y por entonces se libraron las reliquias del ejército del centro de ser del todo aniquiladas en Aranjuez por el mariscal Victor, y en Guadalajara por la numerosísima caballería de Bessières y el cuerpo de Ney que entró el 6 viniendo de Aragon. No hubo sino alguno que otro reencuentro, y haber sido acuchillados en Nuevo-Bastan los cansados y zagueros.

Rebelion del oficial Santiago.

A los males enumerados y al encarnizado seguimiento del enemigo agregáronse en su marcha al ejército del centro discordias y conspiraciones. El 7 de diciembre estando en Belinchon el cuartel general, se mandó ir á la villa de Yebra á

la 1ª y 4 division que regia entonces el conde de Villariezo. A mitad del camino y en Mondéjar Don José Santiago teniente coronel de artillería, el mismo que en mayo fue de Sevilla para levantar á Granada, se presentó al general de las divisiones diciéndole, que estas en vez de proseguir á Cuenca, querian rotroceder á Madrid para pelear con los franceses, y que á él le habian escogido por caudillo; pero que suspendia admitir el encargo hasta ver si el general, aprobando la resolucion, se hacia digno de continuar capitaneándolos. Rehusó Villariezo la inesperada oferta, y reprendiendo al Santiago, encomendóle contener el mal espíritu de la tropa: singular conspirador y singular gefe. La artillería, como era de temer, en vez de apaciguarse se apostó en el camino de Yebra, y forzó á la otra tropa que iba á continuar su marcha á volver atras. Intentó Villariezo arengar á los sublevados que aparentaron escucharle, mas quiso que de nuevo prosiguiesen su ruta; y gritando unos á *Madrid* y otros á *Despeñaperros*, tuvo que desistir de su empeño y despachar al coronel de Pavia príncipe de Anglona para que informase de lo ocurrido al general en gefe, el cual creyó prudente separar la infantería y alejarla de la caballería y artillería. Los peones dirigiéndose á Illana debian cruzar el vado y barcas de Maquilon; los ginetes y cañones con solos dos regimientos de infantería, Ordenes y Lorca, las de Estremera: mandando á los primeros el mismo Villariezo y á los segundos Don Andres de Mendoza. Ciertas precauciones y la repentina mudanza en la marcha suspendieron algun tiempo el alboroto; mas el dia 8 al querer salir de Tarancon encrespóse de nuevo, y sin rebozo se puso Santiago á la cabeza.

Pareciéndole al Mendoza que el carácter y respetos del conde de Miranda comandante de carabineros reales, que alli se hallaba, eran mas acomodados para atajar el mal que los que á su persona asistian, propuso al conde, y este aceptó, sustituirle en el mando. Llamado don José Santiago por el nuevo gefe, retúvole este junto á su persona; y hubo vagar para que adoptadas prontas y vigorosas providencias se continuase, aunque con trabajo, la marcha á Cuenca. El Santiago fue conducido á dicha ciudad, y arcabuceado despues en 12 de enero con un sargento y cabo de su cuerpo.

Mas el mal habia echado tan profundas raices y andaban las voluntades tan mal avenidas, que para arrancar aquellas y aunar estas, juzgó conveniente Don Manuel La Peña celebrar un consejo de guerra en Alcázar de Huete, y desistiéndose del mando proponer en su lugar por general en gefe al duque del Infantado. Admitióse la propuesta, consintió el duque, y aprobólo despues la central, con que se legitimaron unos actos que solo disculpaba lo arduo de las circunstancias.

[1] Nómbrase por general en gefe al duque del Infantado.

La mayor parte del ejército entró en Cuenca en 10 de diciembre. Mas remisa estuvo, y llegó en desórden la 2ª division al mando

del general Grimarest, quo fue atacada en Santa Cruz de la Zarza en la noche del 8, y ahuyentada por el general Mont-Brun. Y el terror y la indisciplina fueron tales, que casi sin resistencia corrió dicha division precipitadamente y á la primera embestida camino de Cuenca.

En esta ciudad reunido el ejército del centro y abrigado de la fragosa tierra que se extendia á su espalda, terminó su retirada de 86 leguas, emprendida desde las faldas del Moncayo, memorable sin duda, aunque costosa; pues al cabo, en medio de tantos tropiezos, reencuentros, marchas y contramarchas, escaseces y sublevaciones, salvóse la artillería y bastante fuerza para con su apoyo formar un nuevo ejército, que combatiendo al enemigo ó trabajándole le distrajese de otros puntos y contribuyese al bueno y final éxito de la cansa comun.

Descansaban pues y se reponian algun tanto aquellos soldados, cuando con asombro vieron el 16 entrar por Cuenca una corta division que se contaba por perdida. Recordará el lector como despues del acontecimiento de Logroño, incorporada la gente de Castilla en el ejército de Andalucia, se formó una vanguardia de 4000 hombres al mando del conde de Cartaojal, destinada á maniobrar en la sierra de Cameros. El 22 de noviembre, segun órden de Castaños, se habia retirado dicho gefe por el lado de Agreda á Borja, y despues de una leve refriega con partidas enemigas prosiguiendo á Calatayud, se habia allí unido al grueso del ejército, de cuya suerte participó en toda la retirada. Mas de este cuerpo de Cartaojal quedó el 21 en Nalda separado y como cortado un trozo á las órdenes del conde de Alacha. Conde de Alacha. Su retirada gloriosa.

No desanimándose ni los soldados ni su caudillo, aconsejado de buenos oficiales al verse rodeados de enemigos, y ellos en tan pequeño número, emprendieron una retirada larga, penosa y atrevida. Por espacio de veinte dias acampando y marchando á dos y tres leguas del ejército francés, cruzando empinados montes y erizadas breñas, descalzos y casi desnudos en estacion cruda, apenas con alimento, desprovistos de todo consuelo, consiguieron venciendo obstáculos para otros insuperables, llegar á Cuenca conformes y aun contentos de presentarse no solo salvos, sino con el trofeo de algunos prisioneros franceses. Tanta es la constancia, sobriedad é intrepidez del soldado español bien capitaneado.

Pero la estancia en Cuenca del ejército del centro, si bien por una parte le daba lugar para recobrarse y le ponia mas al abrigo de una acometida, por otra dejaba á la Mancha abierta y desamparada. Es cierto que sus vastas llanuras nunca hubieran sido bastantemente protegidas por las reliquias de un ejército á cuya caballería no le era dado hacer rostro á la formidable y robusta de las huestes enemigas. Asi fue el ma- La Mancha.

riscal Victor, sentando ya en 11 de diciembre su cuartel general en Aranjuez y Ocaña, desparramó por la Mancha baja gruesas partidas que se proveian de vituallas en sus feraces campiñas y pillaban y maltrataban pueblos abandonados á su rapacidad por los fugitivos habitantes.

Toledo.

Habian contado algunos con que Toledo haria resistencia. Mas desapercibida la ciudad y cundiendo por sus hogares el terror que esparcian la rota y dispersion de los ejércitos, abrió el 19 de diciembre sus puertas al vencedor; habiendo antes salido de su recinto la junta provincial, muchos de los principales vecinos, y despachado á Sevilla 12,000 espadas de su antigua y celebrada fábrica.

Muertes violentas.

Ciertos y contados pueblos ofrecieron la imágen de la mas completa anarquía, atropellando ú asesinando pasageros. Doloroso sobre todo fue lo que aconteció en Malagon y Ciudad-Real. Por el último pasaba preso á Andalucía Don Juan Duro canónigo de Toledo y antiguo amigo del príncipe de la Paz: ni su estado, ni su dignidad, ni sus súplicas le guarecieron de ser bárbaramente asesinado. La misma suerte cupo en el primer pueblo á Don Miguel Cayetano Soler, ministro de hacienda de Cárlos IV, que tambien llevaban arrestado: atrocidades que hubieran debido evitarse no exponiendo al riesgo de transitar por lugares agitados personages tan aborrecidos.

Villacañas.

Templa por dicha la armargura de tales excesos la conducta de otras poblaciones, que empleando dignamente su energía y cediendo al noble impulso del patriotismo antes que á los consejos de la prudencia, detuvieron y escarmentaron á los invasores. Señalóse la villa de Villacañas una de las comprendidas en el gran priorato de San Juan. Varias partidas de caballería enemiga que quisieron penetrar por sus calles fueron constantemente rechazadas en diferentes embestidas que dieron en los dias del 20 al 25 de diciembre. Alabó el gobierno y premió la conducta de Villacañas, cuya poblacion quedó, durante algun tiempo, libre de enemigos, en medio de la Mancha inundada de sus tropas.

Sierra-Morena.

Estas antes de terminar diciembre se habian extendido hasta Manzanares y amagaban aproximarse á las gargantas de Sierra-Morena. Muchos oficiales y soldados del ejército del centro se habian acogido á aquellas fraguras. Unos obligados de la necesidad; otros huyendo vergonzosamente del peligro. Sin embargo como estos eran los menos túvose á dicha su llegada, porque daba cimiento á formar y organizar centenares de alistados que acudian de las Andalucías y la Mancha.

Juntas de los cuatro reinos de Andalucía.

Las juntas de aquellos cuatro reinos, vista la dispersion de los ejércitos y en dudas del paradero de la central, trataron de reunirse en la Carolina, enviando

alli dos diputados de cada una que las representasen, invitando tambien á lo mismo á la de Extremadura y á otra que se habia establecido en Ciudad-Real. Pero la central, fuese prevision ó temores de que se le segregasen estas provincias, habia comisionado á Sierra-Morena al marqués de Campo Sagrado, individuo suyo, con órden de promover los alistamientos y de poner en estado de defensa aquella cordillera. El 6 de diciembre ya se hallaba en Andújar, como asimismo el marques del Palacio encargado del mando en gefe del ejército que se reunia en Despeñaperros, habiendo sido antes llamado de Cataluña segun en su lugar veremos. De Sevilla enviaron los utiles y cañones necesarios para fortificar la sierra, á donde tambien y con felicidad retrocedieron desde Manzanares 14 piezas que caminaban á Madrid. Por este término se consiguió al promediar diciembre, que en la Carolina y contornos se juntasen 6000 infantes y 500 caballos, cubriéndose y reforzándose sucesivamente los diversos pasos de la sierra.

Campo Sagrado.

Marques del Palacio.

Cortos eran en verdad semejantes medios si el enemigo con sus poderozas fuerzas hubiera intentado penetrar en Andalucía. Pero distraida su atencion á varios puntos, y fija principalmente en el modo de destruir al ejército inglés, único temible que quedaba, trató de seguir á este en Castilla y obrar ademas del lado de Extremadura, como movimiento que podria ayudar á las operaciones de Portugal en caso que los ingleses se retirasen hácia aquel reino.

Para lograr el último objeto marchó sobre Talavera el 4° cuerpo del mando del mariscal Lefebvre compuesto de 22,000 infantes y 5000 caballos. La provincia de Extremadura, aunque hostigada y revuelta con exacciones y dispersos, se mantenia firme y muy entusiasmada. Mas el despecho que causaban las desgracias convirtió á veces la energía en ferocidad. Fueron en Badajoz el 16 de diciembre inmolados dos prisioneros franceses, el coronel de milicias Don Tiburcio Carcelen y el ex-tesorero general Don Antonio Noriega, antiguo allegado del príncipe de la Paz. Tambien pereció en la villa de Usagre su alcalde mayor. Los asesinos descubiertos en ambos pueblos fueron juzgados y pagaron su crímen con la vida. Estas muertes, con las que hemos contado, y alguna otra que relataremos despues, que en todo no pasaron de doce, fueron las que desdoraron este segundo periodo de nuestra historia, en el cual, rompiéndose de nuevo en ciertas provincias los vínculos de la subordinacion y el órden, quedó suelta la rienda á las pasiones y venganzas particulares.

Marchan los franceses á Extremadura.

Estado de la provincia.

Excesos.

El general Galluzo, sucesor del desventurado Sanjuan, escogió la orilla izquierda del Tajo como punto propio para detener en su marcha á los franceses. Fue su primera idea guardar los vados y cortar los principales puentes. Cuéntanse de estos cuatro desde

donde el Tiétar y Tajo se juntan en una madre hasta Talavera; y son el del Cardenal, el de Almaraz, el del Conde y el del Arzobispo. El 2° por donde cruza el camino de Bajadoz á Madrid mereció particular atencion, colocándose allí en persona el mismo Galluzo. La trabazon de su fábrica era tan fuerte y compacta, que por entonces no se pudo destruir, y solo sí resquebrajarle en parte: 5000 hombres le guarnecieron. Don Francisco Trias fue enviado el 15 de diciembre al del Arzobispo, del que ya enseñoreados los enemigos, tuvo que limitarse á quedar en observacion suya. Los otros dos puentes fueron ocupados por nuestros soldados.

Su retirada. Los franceses se contentaron al principio con escaramuzar en toda la línea hasta el dia 24, en que viniendo por el del Arzobispo, atacaron el frente y flanco derecho del general Trias, y le obligaron á recogerse á la sierra camino de Castañar de Ibor. Tambien fue amagado en el propio dia el del Conde, que sostuvo D. Pablo Morillo, subteniente entonces, general ahora.

Noticioso Galluzo de lo ocurrido con Trias y tambien de que los enemigos habian avanzado á Valdelacasa, se replegó á Jaraicejo, 3 leguas á retaguardia de Almaraz, dejando para guardar el puente los batallones de Irlanda y Mallorca y una compañía de zapadores. Asi como los otros fue luego atacado este punto, del que se apoderó al cabo de una hora de fuego la division del general Valence, cogiendo 300 prisioneros.

Pensó Galluzo detenerse en Jaraicejo, pero creyéndose poco seguro con la toma del puente de Almaraz, á las tres de la tarde del 25 ordenadamente emprendió su retirada á Trujillo cuatro leguas distante. Este movimiento y voces que esparcia el miedo ó la traicion, aumentaron el desórden del ejército, y temíase otra dispersion. Por ello, y la superioridad de fuerzas con que el enemigo se adelantaba, juntó Galluzo un consejo de guerra (menguado recurso á que nuestros generales continuamente acudian), y se decidió retirarse á Zalamea, 25 leguas de Trujillo y del lado de la sierra que parte términos con Andalucía. El 28 llegó el ejército á su destino, si ejército merece llamarse lo que ya no era sino una sombra. De la artillería se salvaron 17 piezas, 11 de ellas se enviaron de Miajadas á Badajoz, y 6 siguieron á Zalamea. A este punto llegaron despues y en mejor órden 1200 hombres de los del puente del Conde y del Arzobispo.

Los franceses penetraron el 26 hasta Trujillo, quedando á merced suya la Extremadura y muy expuesta y desapercibida la Andalucía. Otros acontecimientos les obligaron á hacer parada y retroceder prontamente, dando lugar á la junta central para reparar en parte tanto daño.

Continua la central su viage. El viage de esta habia continuado sin otra interrupcion ni descanso que el preciso para el despacho de los negocios. En todos los pueblos por donde transitaba era atendida

y acatada, contribuyendo mucho á ello los respetables nombres de Floridablanca y Jovellanos, y la esperanza de que la patria se salvaria salvándose la autoridad central. En Talavera, en cuya villa la dejamos, celebró dos sesiones. Detúvose en Trujillo cuatro dias, y recibiendo en esta ciudad pliegos del general Escalante enviado al ejército inglés, en los que anunciaba la ineficacia de sus oficios con el general Sir Juan Moore para que obrase activamente en Castilla; puesta la junta de acuerdo con el ministro británico Mr. Frere, nombraron la primera á Don Francisco Javier Caro individuo suyo, y el segundo á Sir Cárlos Stuart, á fin de que encarecidamente y de palabra repitiesen las mismas instancias á dicho general; siendo esencial su movimiento y llamada para evitar la irrupcion de las Andalucías.

Se expidieron tambien en Trujillo premiosas órdenes para el armamento y defensa á los generales y juntas, y se resolvió no ir á Badajoz sino á Sevilla como ciudad mas populosa y centro de mayores recursos.

Al pasar la junta por Mérida una diputacion de la de aquella ciudad le pidió en nombre del pueblo que eligiese por capitan general de la provincia y gefe de sus tropas á Don Gregorio de la Cuesta, que en calidad de arrestado seguia á la junta. No convino esta en la peticion dando por disculpa que se necesitaba *averiguar* el dictámen de la suprema de la provincia congregada en Badajoz, la cual sostuvo á Galluzo, hasta que tan atropellada y desordenadamente se replegó á Zalamea. Entonces la voz pública pidiendo por general á Cuesta, bienquisto en la provincia en donde antes habia mandado, unióse á su clamor la junta provincial, y la central aunque con repugnancia accedió al nombramiento. Cuesta llamó de Zalamea las tropas y estableció su cuartel general en Badajoz, en cuya plaza empezó á habilitar el ejército para resistir al enemigo, y emprender despues nuevas operaciones.

Sucede Cuesta á Galluzo.

Mas en esta providencia, oportuna sin duda y militar, no faltó quien viese la enemistad del general Cuesta con la junta central, quedando abierta la Andalucía á las incursiones del enemigo, y por tanto Sevilla ciudad que habia el gobierno escogido para su asiento. Temerosa debió de andar la misma junta ya de un ataque de los franceses, ó ya de los manejos y siniestras miras de Cuesta; pues antes de acabar diciembre nombró al brigadier Don José Serrano Valdenebro para cubrir con cuantas fuerzas pudiese los puntos de Santa Olalla y el Ronquillo y las gargantas occidentales de Sierra-Morena.

La junta central entró en Sevilla el 17 de diciembre. Grande fue la alegría y júbilo con que fue recibida, y grandes las esperanzas que comenzaron á renacer. Abrió sus sesiones en el real alcázar el dia siguiente 18, y notóse luego que mudaba algun tanto y mejoraba de rumbo. Los contra-

Llega á Sevilla la central en 17 de diciembre.

tiempos, la experiencia adquirida, los clamores y la muerte del conde de Floridablanca, influyeron en ello extraordinariamente. Falleció dicho conde en el mismo Sevilla el 28 de diciembre, cargado de años y oprimido por padecimiento de espíritu y de cuerpo. Celebróse en su memoria magnífico funeral, y se le dispensaron honores de infante de Castilla. Fue nombrado en su lugar vice-presidente de la junta el marqués de Astorga grande de España y digno por su conducta política, honrada índole y alta gerarquía de recibir tan honorífica distincion.

Muerte de Floridablanca.

El estado de las cosas era sin embargo crítico y penoso. De los ejércitos no quedaban sino tristes reliquias en Galicia, Leon y Asturias, en Cuenca, Badajoz y Sierra-Morena. Algunas otras se habian acogido á Zaragoza ya sitiada; y Cataluña, aunque presentase una diversion importante, no bastaba por sí sola á impedir la completa ruina y destruccion de las demas provincias y del gobierno. Dudábase de la activa cooperacion del ejército inglés, arrimado sin menearse contra Portugal y Galicia, y solo se vivia con la esperanza de que el anhelo por repelerle del territorio peninsular empeñaria á Napoleon en su seguimiento, y dejaria en paz por algun tiempo el levante y mediodia de España, con cuyo respiro se podrian rehacer los ejércitos y levantar otros nuevos, no solamente por medio de los recursos que estos paises proporcionasen, sino tambien con los que arribaron á sus costas de las ricas provincias situadas allende el mar.

Situacion penosa de la central.

Sus esperanzas.

LIBRO SÉPTIMO.

Salida de Napoleon de Chamartin. — Situacion del ejército inglés. — Dudas y vacilaciones del general Moore. — Consulta con M. Frere. — Pasos é instancias de la junta central y de Morla para que avance. — Resuélvese á ello. — Incidente que pudo estorbarlo. — Sale el 12 de Salamanca á Valladolid. — Varia de direccion y se mueve hácia Toro y Benavente. — Da de ello aviso á Romana. Mal estado del ejército de este. — Parcialidad de escritores extrangeros. — Union en Mayorga de los generales Baird y Moore. — Situacion del mariscal Soult. — Aviso de la venida de Napoleon. Retíranse los ingleses á Benavente y Astorga. — Marcha de Napoleon. Paso de Guadarrama. — Empieza á relajarse la disciplina del ejército inglés. — Choque de caballería en Benavente. — Sorprenden en Mansilla los franceses á los españoles. — Retírase Romana de Leon. — Júntase en Astorga con los ingleses. — Retírase Romana por Fuencebadon. Moore por Manzanal. — Desgracias de Romana en su retirada. — Desórdenes de los ingleses en su retirada. — Llega Napoleon á Astorga. — Entrada del mariscal Soult en el Vierzo. — Reencuentro en Cacabelos. — Retírase el general Moore de Villafranca. — Van en aumento los desórdenes de los ingleses. — Llegan á Lugo. — Prepárase Moore á aventurar una batalla. — Retirase despues. — Llega á la Coruña. — Batalla de la Coruña. — Embárcanse los ingleses. — Entrega de la Coruña. — Del Ferrol. — Estado de Galicia. — Paradero de Romana. — Sucede á Soult el mariscal Ney. — Vuelta de Napoleon á Valladolid. — Aspero recibimiento que hace Napoleon á las autoridades. — Angustias del ayuntamiento de Valladolid. — Suplicio de algunos españoles, y perdon de uno de ellos. — Temores de guerra con Austria. Prepárase Napoleon á volver á Francia. — Recibe en Valladolid á los diputados de Madrid. — Opinion é intentos de Napoleon sobre España. — Parte para Francia. — José en el Pardo. Pasa una revista en Aranjuez. — Movimiento del ejército español del centro. Planes de su gefe el duque del Infantado. — Ataque de Tarancon. — Avanza el mariscal Victor. — Retírase Venegas á Uclés. — Batalla de Uclés. — Excesos cometidos por los franceses en Uclés. — Retirada del duque del Infantado. — Sucédele en el mando el conde de Cartaojal. — Entrada de José en Madrid. — Sucesos de Cataluña. — La junta del principado se traslada á Villafranca. — Excursiones de Duhesme. — Vives sucesor del marques del Palacio. — Ejército español de Cataluña. Su fuerza. — Situacion de Barcelona. — Tentativas de Vives contra aquella plaza. — Entrada de Saint-Cyr en Cataluña. — Sitio de Rosas. — Honrosa resistencia de los españoles. — Capitulacion de Rosas. — Avanza Saint-Cyr camino de Barcelona. — Vives y las divisiones de Reding y Lazan. — Orden singular dada por Lecchi en Barcelona. — Trata Vives de seducirle á él y á otros. — Ataques de Vives del 26 y 27 de noviembre en las cercanías de Barcelona. — Del 5 de diciembre. — Reding y Vives van al encuentro de Saint-Cyr. — Continua Saint-Cyr su marcha. — Batalla de Llinas ó Cardedeu. — Son derrotados los españoles. — Se retiran al Llobregat. — Llega Saint-Cyr á Barcelona. — Avanza al Llobregat. — Situacion de los españoles. — Batalla de Molins de Rey. — Derrota de los españoles y tristes resultas. — Embarazosa tambien la situacion de Saint-Cyr. — Acontecimientos de Tarragona. — Sucede Reding á Vives. — Segundo sitio de Zaragoza. — Preparativos de defensa. — Disposiciones de

los franceses. — Preséntanse delante de Zaragoza. — El mariscal Moncey se apodera del monte Torrero. — Son rechazados los franceses en el arrabal. — Intimacion á la plaza. — Bloqueo y ataques que preparan los franceses. — Salida del general Butron. — Reemplaza Junot á Moncey. — Sale Mortier para Calatayud. — Empieza el bombardeo. — Ataques contra San José y reducto del Pilar. — Manuela Sancho. — Resolucion de los moradores. — Enfermedades y contagio. — Temores de los franceses. — Gente que perdieron en Alcañiz. — Llegada del mariscal Lannes. — Llama á Mortier. — Dispersa este á Perena. — Asalto de los franceses al recinto de la ciudad. — Muerte de San-Genis. — Estragos del bombardeo y epidemia. — Intimacion de Lannes. — Dicho de Palafox. — Resistencia en casas y edificios. — Minas de los franceses. — Patriotismo y fervor de algunos eclesiásticos. — Muerte del general Lacoste. — Murmuraciones del ejército francés. — Embestida del arrabal. — Los progresos del enemigo en la ciudad. — Nuevas murmuraciones del ejército francés. — Toma del arrabal. — Furioso ataque que los franceses preparan. — Deplorable estado de la ciudad. — Enfermedad de Palafox. — Propone la junta capitular. — Conferencia con Lannes. — Capitulacion. — Palabra que da Lannes. — Firma la junta la capitulacion. — Quebrántase por los franceses horrorosamente. — Mal trato dado á Palafox. — Muerte de prisioneros. De Boggierio y Sas. — Entrada de Lannes en Zaragoza. — P. Santander. — Junot sucede otra vez á Lannes. — Pérdidas de unos y de otros. — Ruinas de edificios y bibliotecas. — Juicio sobre este sitio.

Salida de Napoleon de Chamartin.

Napoleon permanecia en Chamartin. Alli afamado y diligente, agitado su corazon como mar por vientos bravos, ocupábale España, Francia, Europa entera, y mas que todo averiguar los movimientos y paradero del ejército inglés. Posponia á este los demas cuidados. Avisos inciertos ó fingidos le impelian á tomar encontradas determinaciones. Unas veces resuelto á salir via de Lisboa se aprestaba á ello: otras suspendiendo su marcha aguardaba de nuevo posteriores informes. Pareció al fin estar próximo el dia de su partida, cuando el 19 de diciembre á las puertas de la capital pasó reseña á 70,000 hombres de escogidas tropas. Asi fue: dos dias despues, el 21, habiendo recibido noticia cierta de que los ingleses se internaban en Castilla la Vieja, en la misma noche con la rapidez del rayo acordó oportunas providencias para que el 22, dejando en Madrid 10,000 hombres, partiesen 60,000 la vuelta de Guadarrama.

Situacion del ejército inglés.

Era en efecto tiempo de que atajase los intentos de contrarios tan temibles y que tanto aborrecia. Sir Juan Moore vacilante al principio habia por último tomado la ofensiva con el ejército de su mando. Ya hablamos de su llegada á Salamanca el 23 de noviembre. Apenas habia sentado alli sus reales, empezaron á esparcirse las nuevas de nuestras derrotas, funestos acontecimientos que sobresaltaron al general inglés con tanta mayor razon cuanto sus fuerzas se hallaban segregadas y entre sí distantes. Hasta el 23 del propio noviembre no acabaron de concurrir á Salamanca las que con el mismo general Moore habian avan-

zado por el centro : de las restantes las que mandaba Sir David Baird estaban el 26 unas en Astorga, otras lejos á la retaguardia. no habiendo aun en aquel dia las de Sir Juan Hope atravesado en su viage desde Extremaduza las sierras que dividen ambas Castillas.

Dudas y vacilaciones del general Moore.

Como exigia tiempo la reconcentracion de todas estas fuerzas, era de recelar que los franceses libres de ejércitos Españoles, avanzando é interponiéndose con su acostumbrada celeridad, embarazasen al de los ingleses y le acometiesen separadamente y por trozos : en especial cuando este si bien lucido en su apariencia, maravillosamente disciplinado, bizarrísimo en un dia de batalla, flaqueaba del lado de la presteza.

Motivos eran estos para contener el ánimo de cualquiera general atrevido, mucho mas el del general inglés, hombre prudente y á quien los riesgos se representaban abultados; porque aunque oficial consumado y dignísimo del buen concepto que entre sus compatriotas gozaba, adoleciendo por desgracia de aquel achaque entonces comun á los militares de tener por invencibles á Napoleon y sus huestes, juzgaba la causa peninsular de éxito muy dudoso, y por decirlo asi la miraba como perdida : lo cual no poco contribuyó á su irresolucion é incertitumbre. Se acrecentaron sus temores al entrar en España, no columbrando en los pueblos señales extraordinarias de entusiasmo, como si la manifestacion de un sentimiento tan vivo pudiera sin término prolongarse, y como si la disposicion en que veia á todos los habitantes de no querer entrar en pacto ni convenio con el enemigo, no fuera bastante para hacerle fundadamente esperar que ella sola debia al cabo producir larga y porfiada resistencia.

Desalentado por consiguiente el general Moore, y no contemplando ya en esta guerra sino una lucha meramente militar, empezó á contar bajo dicho respecto sus recursos y los de los españoles, y habiendo en gran parte desaparecido los de estos con las derrotas, y siendo los suyos muy inferiores á los de los franceses, pensó en retirarse á Portugal. Tal fue su primer impulso al saber las dispersiones de Espinosa y Burgos. Mas conservándose aun casi intacto el ejército español del centro, repugnábale volver atras antes de haberse empeñado en la contienda y de ser estrechado á ello por el enemigo. En medio de sus dudas resolvió tomar consejo con Mr. Frere ministro británico cerca de la junta central, quien no estaba tan desesperanzado de la causa peninsular como el general Moore, porque ministro ya de su corte en Madrid en tiempo de Cárlos IV, conocia á fondo á los españoles, tenia fé en sus promesas, y antes bien pecaba de sobrada aficion á ellos que de tibieza ó desvio. Su opinion por tanto les era favorable.

Consulta con Mr. Frere.

Pero Sir Juan Moore, noticioso el 28 de noviembre de la rota de

Tudela, sin aguardar la contestacion de Mr. Frere, determinó retirarse. En consecuencia encargó al general Baird que se encaminase á la Coruña ó á Vigo, previniéndole solamente que se detuviera algunos dias para imponer respeto á las tropas del mariscal Soult que estaban del lado de Sahagun, y dar lugar á que llegase Sir Juan Hope. Se unió este con el cuerpo principal del ejército en los primeros dias de diciembre, no habiendo condescendido, al pasar su division por cerca de Madrid, con los ruegos de Don Tomas de Morla, dirigidos á que entrase con aquella en la capital y cooperase á su defensa.

Pasos é instancias de la junta central y de Morla para que avance.

La junta central, recelosa por su parte de que los ingleses abandonasen el suelo español, y con objeto tambien de cumplimentar á sus gefes, habia enviado al cuartel general de Salamanca á Don Ventura Escalante y á Don Agustin Bueno que llegaron á la sazon de estar resuelta la retirada. Inútilmente se esforzaron por impedirla, bien es que fundando muchas de sus razones en los falsos rumores que circulaban por España, en vez de conmover con ellas el ánimo desapasionado y cauto del general ingles, no hacian sino afirmarle en su propósito.

Tambien por entonces Don Tomas de Morla no habiendo alcanzado lo que deseaba de Sir Juan Hope, despachó un correo á Salamanca pidiendo al general en gefe inglés que fuese al socorro de Madrid, ó que por lo menos distrajese al enemigo cayendo sobre su retaguardia. Tampoco hubiera suspendido este paso la resolucion de Moore, si al mismo tiempo Sir Cárlos Stewart, habitualmente de esperanzas menos halagüeñas y á los ojos de aquel general testigo imparcial, no le hubiese escrito manifestándole que creia al pueblo de Madrid dispuesto á recia y vigorosa resistencia.

Resuélvese á ello.

Empezó con esto á titubear el ánimo de Moore, y cedió al fin en vista de los pliegos que en respuesta á los suyos recibió el propio dia de M. Frere: quien expresando en su contenido ardiente anhelo por asistir á los españoles, añadia ser politicó y conveniente que sin tardanza se adelantase el ejército Británico á sostener el noble arrojo del pueblo de Madrid. Lenguaje digno y generoso de parte de M. Frere, propio para estimular al general de su nacion, pero cuyos buenos efectos hubiera podido destruir un desgraciado incidente.

Incidente que pudo estorbarlo.

Habia sido portador de los pliegos el coronel Charmilly emigrado francés, y que por haber presenciado en 1° de diciembre el entusiasmo de los madrileños, pareció sugeto al caso para dar de palabra puntuales y cumplidos informes. Pero la circunstancia de ser francés dicho portador, y quizá tambien otros siniestros y anteriores informes, lejos de inspirar confianza al general Moore, fueron causa de que le tratase con frialdad y reserva. Achacó el Charmilly recibimiento tan tibio á la

invariable resolucion que habia formado aquel de retirarse, y pensó oportuno hacer uso de una segunda carta que M. Frere le habia encomendado. La escribió este ministro ansioso de que á todo trance socorriese su ejército á los españoles, y sin reparar en la circunspeccion que su elevado puesto exigia, encargó al Charmilly la entregase á Moore caso que dicho general insistiese en volver atras sus pasos. Asi lo hizo el francés, y fácil es conjeturar cuál seria la indignacion del gefe Británico al leer en su contexto que antes de emprender la retirada « se examinase por un consejo de guerra al « portador de los pliegos. » Apenas pudo Sir Juan reprimir los ímpetus de su ira; y forzoso es decir que si bien habia animado á M. Frere intencion muy pura y loable, el modo de ponerla en ejecucion era desusado y ofensivo para un hombre del carácter y respetos del general Moore. Este, sin embargo, sobreponiéndose á su justo resentimiento, contentóse con mandar salir de los reales ingleses al coronel Charmilly, y determinó moverse por el frente con todo su ejército, cuyas divisiones estaban ya unidas ó por lo menos en disposicion de darse fácilmente la mano.

Próximo á abrir la marcha, fue tambien gran ventura que otros avisos llegados al propio tiempo no la retardasen ó la impidiesen. Habia antes el general inglés enviado hácia Madrid al coronel Graham á fin de que se cerciorase del verdadero estado de la capital. Mas dicho coronel sin haber pasado de Talavera, cuyo rodeo habia tomado á causa de las circunstancias, se halló de vuelta en Salamanca el 9 de diciembre, y trajo tristes y desconsoladas nuevas. Los franceses segun su relato, eran ya dueños del Retiro y habian intimado la rendicion á Madrid.

Sale el 12 de Salamanca á Valladolid.

Por grave que fuese semejante acontecimiento no por eso influyó en la resolucion de Sir Juan Moore, y el 12 levantó el campo marchando con sus tropas y las del general Hope camino de Valladolid, y con la buena fortuna de que ya en la noche del mismo dia un escuadron inglés al mando del brigadier general Cárlos Stewart, hoy Lord Londonderry, sorprendió y acuchilló en Rueda un puesto de dragones franceses.

El 14 se entregaron en Alaejos al general Moore pliegos cogidos en Valdestillas á un oficial enemigo, muerto por haber maltratado al maestro de postas de aquella villa. Iban dirigidos al mariscal Soult, á quien, despues de informarle de hallarse el emperador tranquilo poseedor de Madrid, se le mandaba que arrinconase en Galicia á los españoles y que ocupase á Leon, Zamora y tierra llana de Castilla. Del contenido de tales pliegos si bien se inferia la falta de noticias en que estaba Napoleon acerca de los movimientos de los ingleses, tambien con su lectura pudieron estos cerciorarse de cuál fuese en realidad la situacion de sus contrarios, y cuáles los triunfos que habian obtenido.

Con este conocimiento alteró su primer plan Sir Juan Moore, y en

Varia de direccion y se mueve hácia Toro y Benavente.

vez de avanzar á Valladolid tomó por su izquierda del lado de Toro y Benavente para unirse con los generales Baird y Romana, y juntos deshacer el cuerpo mandado por el mariscal Soult antes que Napoleon penetrase en Castilla la Vieja. Estaba el general inglés ejecutando su movimiento á la sazon que el 16 de diciembre se avistaron con él en Toro Don Francisco Javier Caro y Sir Cárlos Stewart, enviados desde Trujillo, uno por la junta central de que era individuo, y otro por Mr. Frere con el objeto de hacer un nuevo esfuerzo y evitar la tan temida retirada. Afortunadamente ya esta se habia suspendido, y si las operaciones del ejército inglés no fueron del todo conformes á los deseos del gobierno español, no dejaron por lo menos de ser oportunas y de causar diversion ventajosa.

Da de ello aviso á Romana. Mal estado del ejército de este.

Luego que el general Moore se resolvió á llevar á cabo el plan indicado se lo comunicó al marqués de la Romana. Hallábase este caudillo en Leon á la cabeza del ejército de la izquierda, cuyas reliquias, viniendo unas por la Liébana, segun dijimos, y cruzando otras el principado de Asturias, se habian ido sucesivamente reuniendo en la mencionada ciudad. En ella, en Oviedo y en varios pueblos de las dos lineas que atravesaron los dispersos, cundieron y causaron grande estrago unas fiebres malignas contagiosas. Las llevaban consigo aquellos desgraciados soldados, como triste fruto de la hambre, del desabrigo, de los rigurosos tiempos que habian padecido: cúmulo de males que requeria prontos y vigorosos remedios. Mas los recursos eran contados, y débil y poco diestra la mano que habia de aplicarlos. Hablamos ya de las prendas y de los defectos del marqués de la Romana. Por desgracia solo los últimos aparecieron en circunstancias tan escabrosas. Distraido y olvidadizo dejaba correr los dias sin tomar notables providencias, y sin buscar medios de que aun podia disponer. ¿ Quién en efecto pensára que teniendo á su espalda y libre de enemigos la provincia de Asturias no hubiese acudido á buscar en ella apoyo y auxilios? Pues fue tan al contrario que, pésanos decirlo, en el espacio de mas de un mes que residió en Leon, solo una vez y tarde escribió á la junta de aquel principado para darle gracias por su celo y patriótica conducta.

A pesar de tan reprensible abandono, no perseguido el ejército de la izquierda, mas tranquilo y mejor alimentado, íbase poco á poco reparando de sus fatigas, y no menos de 16,000 hombres se contaban ya alojados en Leon y riberas del Esla; pero de este número escasamente la mitad merecia el nombre de soldados.

Atento á su deplorable estado y en el intermedio que corrió entre la primera resolucion del general Moore de retirarse, y la posterior de avanzar, sabedor Romana de que Sir David Baird se disponia á replegarse á Galicia, no queriendo quedar expuesto, solo

y sin ayuda á los ataques de un enemigo superior, habia tambien determinado abandonar á Leon. Súpolo Moore en el momento en que se movia hácia adelante, y con diligencia escribió á Romana sentido de su determinacion, y de que pensase tomar el camino de Galicia por el que debian venir socorros al ejército de su mando, y marchar este en caso de necesidad. Replicóle y con razon el general español que nunca hubiera imaginado retirarse, si no hubiese visto que Sir David Baird se disponia á ello y le dejaba desamparado; pero ahora que, segun los avisos, habia otros proyectos, no solo se mantendria en donde estaba, sino que tambien y de buen grado cooperaria á cualquiera plan que se le propusiese.

Parcialidad de escritores extrangeros.

En toda su correspondencia habia el de la Romana animado á los ingleses á obrar é impedir la toma de Madrid. Algunos historiadores de aquella nacion le han motejado, asi como á otros generales nuestros y autoridades, de haber insistido en pedir una cooperacion activa, y de desfigurar los hechos con exageraciones y falsas noticias. En cuanto á lo primero, natural era que, oprimidos por continuadas desgracias, deseasen todos ofrecer al enemigo un obstáculo que dando respiro permitiese á la nacion volver en si y recobrar parte de las perdidas fuerzas: y respecto de lo segundo, las mismas autoridades españolas y los generales eran engañados con los avisos que recibian. Hubo provincias en que mas de un mes iba corrido antes que se hubiese averiguado con certeza la rendicion de Madrid. Los pueblos oian con tal sospecha á los que daban tristes nuevas, que los pocos trajineros y viajantes que circulaban en tan aciagos dias, en vez de descubrir la verdad, la ocultaban, estando asi seguros de ser bien tratados y recibidos. Si ademas los generales españoles y su gobierno ponderaban á veces los medios y fuerza que les quedaban, no poco contribuia á ello el desaliento que advertian en el general Moore, el cual era tan grande, que causaba segun los mismos ingleses disgusto y murmuraciones en su ejército. Por lo que sin intentar disculpar los errores y faltas que se cometieron por nuestra parte, y que somos los primeros á publicar, justo es que tampoco se achaquen á nuestros militares y gobernantes los que eran hijos de tiempos tan revueltos, ni se olviden las flaquezas de que otros adolecieron, igualmente reprensibles aunque por otro extremo.

Union en Mayorga de los generales Baird y Moore.

Volvamos ahora al general Moore. Continuando este su marcha se le unió el 20 en Mayorga el general Baird. Juntas asi las fuerzas inglesas formaban un total de 23,000 infantes y 2300 caballos: algunos otros cuerpos estaban todavía en Portugal, Astorga y Lugo. Por su izquierda y hácia Cea tambien empezó á moverse Romana con unos 8000 hombres escogidos entre lo mejor de su gente. Sentaron los ingleses el 21 en Sahagun su cuartel general, habiendo antes su caballeria en el mismo punto deshecho 600 ginetes enemigos.

Situacion del mariscal Soult.

El mariscal Soult se extendia con las tropas de su mando entre Saldaña y Carrion de los Condes, teniendo consigo unos 18,000 hombres. Despues de haber salido á Castilla viniendo de Santander, se habia mantenido sobre la defensiva aguardando nuevas órdenes. De estas las que le mandaban atacar á los españoles, fueron interceptadas en Valdestillas: ademas de que noticioso Soult del parage en donde estaban situados los ingleses (cosa que al dar aquellas ignoraba Napoleon) no se hubiera con solo su fuerza arriesgado á pasar adelante.

Aviso de la venida de Napoleon. Retiranse los ingleses á Benavente y Astorga.

Sabedor el mariscal francés de que los ingleses movian contra él su ejército, se reconcentró en Carrion. Disponíanse aquellos á avanzar, cuando en la noche del 23 recibieron aviso de Romana (que tambien por su parte ejecutaba el movimiento concertado) de que Napoleon venia sobre ellos con fuerzas numerosas. Confirmado este aviso con otros posteriores no prosiguió su marcha el general Moore, y el 24 comenzó á retirarse en dos columnas, una, á cuyo frente él iba, tomó por el puente de Castro Gonzalo á Benavente, y otra se dirigió á Valencia de Don Juan, cubriendo y amparando sus movimientos la caballería.

Marcha de Napoleon.

Paso de Guadarrama.

Era ya tiempo de adoptar esta resolucion Napoleon avanzaba con su acostumbrada diligencia. Al principio la marcha de su ejército habia sido penosa, y tan intenso el frio para aquel clima, que al pie de las montañas de Guadarrama señaló el termómetro de Réaumur nueve grados debajo de cero. Cruzaron los franceses el puerto en los dias 23 y 24 de diciembre, perdiendo hombres y caballos con el mucho frio, la nieve y ventisca. Detúvose la artillería volante y parte de la caballería á la mitad de la subida, teniendo que esperar algunas horas á que suavizase el tiempo. Napoleon, siéndole dificultoso continuar á caballo, y deseoso tambien de animar con el ejemplo, se puso á pie y estimuló á redoblar el paso, llegando él á Villacastin el 24. Al bajar á Castilla la Vieja sobrevino blandura acompañada de lluvia, y se formaron tales lodazales que hubo sitios en que se atascaron la artillería y equipages, aumentándose el desconsuelo de los franceses á la vista de pueblos por la mayor parte solitarios y desprovistos.

Tamaños obstáculos, aunque al fin vencidos, retardaron la marcha de Napoleon é impidieron la puntual ejecucion del plan que habia combinado. Era este envolver á los ingleses si continuaban en ir tras del mariscal Soult, á quien el mismo emperador escribia el 26 desde Tordesillas: « Si todavía conservan los ingleses « el dia de hoy su posicion, estan perdidos : si al contrario os atacan, retiraos á una jornada de marcha, pues cuanto mas se empeñen en avanzar, tanto mejor será para nosotros. »

Pero Sir Juan Moore, previniendo con oportunidad los intentos

de sus contrarios, prosiguió á Benavente y aseguró su comunicacion con Astorga. La disciplina sin embargo empezaba á relajarse notablemente en su ejército, disgustado con volver atras. Asi fue que la columna que cruzó por Valderas cometió lamentables excesos, y con ellos y otros que hubo en varios pueblos aterrado el paisanage, huia y á su vez se vengaba en los soldados y partidas sueltas. Censuró agriamente el general inglés la conducta de sus soldados; mas de poco sirvió. Prosiguieron en sus desmanes, y en Benavente devastaron el palacio de los condes-duques del mismo nombre, notable por su antigüedad y extension; mas no fue entonces cuando se quemó, segun algunos han afirmado. Nos consta por informacion judicial que de ello se hizo, que solo el 7 de enero apareció incendiado, durando el fuego muchos dias sin que se pudiese cortar.

Empieza á relajarse la disciplina del ejército inglés.

Esta columna que era la que mandaba Moore, despues de haber arruinado el puente de Castro-Gonzalo, se juntó el 29 en Astorga con la de Baird, que habia caminado por Valencia de Don Juan. La caballería permaneció aun en Benavente, enviando destacamentos á observar los vados del Esla. Engañado á su vista el general francés Lefebvre Desnouettes, y creyendo que ya no quedaba al otro lado ninguna fuerza inglesa sino aquella, vadeó el rio con 600 hombres de la guardia imperial y acometió impetuosamente á sus contrarios. Cejaron estos al principio excitando gran clamoreo las mugeres, rezagados y bagageros derramados por el llano que yace entre el Esla y Benavente. El general Stewart tomó luego el mando de los destacamentos ingleses, se le agregaron algunos caballos mas, y empezó á disputar el terreno á los franceses, que continuaron sin embargo en adelantar, hasta que Lord Paget, acudiendo con un regimiento de húsares, los obligó á repasar el rio. Quedaron en su poder 70 prisioneros, en cuyo número se contó al mismo general Lefebvre, de quien hicimos tanta memoria en el primer sitio de Zaragoza.

Choque de caballería en Benavente.

Era precursor este reencuentro de los muchos que unos en pos de otros en breve se sucedieron. Frustrada la primera combinacion del emperador francés á causa de la retirada de Moore, determinó aquel perseguir á los ingleses por el camino de Benavente con el grueso de sus fuerzas, mandando al mismo tiempo al mariscal Soult, que arrojase de Leon á los españoles. La destruccion del puente de Castro-Gonzalo retardó del lado de Benavente el movimiento de los franceses; pero del otro se adelantaron sin dificultad, no habiendo los españoles opuesto resistencia.

Ocupaba á Mansilla de las Mulas la 2ª division del marqués de la Romana, de la cual un trozo se habia quedado á retaguardia en el convento de Sandoval para conservar el paso del Esla en el puente de Villa-

Sorprenden en Mansilla los franceses á los españoles.

rente. Enfermos en Leon muchos de los principales gefes, no se habian tomado en Mansilla las precauciones oportunas, y el 29 fue sorprendido y entrado el pueblo por el general Franceschi, rindiéndose casi toda la tropa que tan mal custodiaba aquel punto.

Retírase Romana de Leon.

Desapercibido el marqués de la Romana, apresuradamente abandonó á Leon en la misma noche del 29, y los vecinos mas principales, temerosos de la llegada del enemigo, tuvieron tambien que salvarse y esconderse en las montañas inmediatas, dejando con el azoramiento hasta las alhajas y prendas de mayor valor. Romana se unió el 30 en Astorga con el general Moore, lo cual desagradó en gran manera á este que le conceptuaba en las fronteras de Asturias. Con la llegada á aquella ciudad de las tropas españolas, desnudas, de todo escasas y en sumo grado desarregladas, acreció el desórden y la confusion, yendo por instantes en aumento la indisciplina de los ingleses.

Júntase en Astorga con los ingleses.

Hasta aqui se habian imaginado muchos oficiales de este ejército que en Astorga ó entradas del Vierzo haria alto su general en gefe, y que aprovechándose de los favorables sitios de aquella escabrosa tierra, procuraria en ellos contener al enemigo y aun darle batalla, mayormente cuando la insubordinacion y el desconcierto no habian todavía llegado al extremo. Pero Sir Juan Moore no veia ya seguridad ni salvacion sino á bordo de sus buques; por lo cual dió órdenes para proseguir su camino hácia Galicia y destruir todo género de provisiones de boca y guerra que no pudiesen sus tropas llevar consigo. Desde entonces soltóse la rienda á las pasiones, y el ejército británico acabó del todo de desorganizarse. El marqués de la Romana insistia por conservar la cordillera que divide el Vierzo del territorio de Astorga; mas fueron vanos sus ruegos y ociosas sus razones: y á la verdad por poderosas que estas fuesen, debilitábanse saliendo de la boca de un general cuyos soldados se mostraban en estado tan deplorable. Forzado pues el general español á someterse á la inmutable resolucion del británico, tuvo asimismo que consentir en dejarle libre el nuevo y hermoso camino de Manzanal, reservando para si el antiguo y agrio de Fuencebadon.

Retírase Romana por Fuencebadon. Moore por Manzanal

A las doce del dia del 31 de diciembre empezó el ejército inglés su retirada, y el español la suya en la misma noche. La artillería del último, que hasta entonces habia casi toda podido librarse del continuo perseguimiento de los franceses, tomó, segun convenio con el general Moore, la via de Manzanal para evitar las asperezas de la otra. Mas no teniendo cuenta los soldados británicos con las órdenes de sus gefes, arrancando á viva fuerza los tiros de mulas de nuestra artillería, hubo que abandonar algunas piezas y precipitar otras en los abismos de las montañas, perdiéndose asi por

la violencia de manos aliadas unos cañones que á tan duras penas y desde Reinosa se habian conservado libres de las enemigas.

Desgracias de Romana en su retirada.

Ni fue Romana mas dichoso del lado de Fuencebadon. Creia, y fundadamente, que ya que le hubiese cabido la peor ruta, por lo menos se le dejaria en su retirada solo y desembarazado; mas engañóse en su juicio. Una division inglesa de 3000 hombres mandada por el general Crawford, separándose en Bonillos, á una legua de Astorga, del grueso de su ejército, tomó el mismo rumbo que Romana con intento de ir á embarcarse en Vigo. Turbó este incidente la marcha de los españoles, incomodando á todos el hallar casi cerrado con la nieve el paso de Fuencebadon.

Uniase á tal conjunto de desgracias estar capitaneadas las divisiones españolas por nuevos gefes sucesores de los que habian muerto de enfermedad ó en los combates. A tres se habia reducido el número de aquellas fuera de la llamada del Norte; y mal aventuradas refriegas mostraron en breve su triste estado. De ellas la 1ª mandada por el coronel Rengel, fue al amanecer del 1º de enero cortada y en gran parte cogida por ginetes franceses en Turienzo de los Caballeros. Las otras, aunque á costa de trabajos, siempre acosadas y desbandándose muchos de sus soldados, se enmarañaron en la sierra. Romana no habia tratado de prevenir ó disminuir el mal con acertadas disposiciones. Dejó á cada division andar y moverse á su arbitrio: y cruzando con su estado mayor y algunos caballos por los barrios de Ponferrada, se metió en el valle de Valdeorras. Alli reunió las pocas reliquias de su ejército que le habian seguido, y situó su cuartel general en la Puebla de Tribes, dejando en el puente de Domingo Flores una corta vanguardia que pasó despues al de Bibey.

Desórdenes de los ingleses en su retirada.

Los ingleses en tanto por el puerto de Manzanal continuaron precipitadamente su retirada. Repartidos en tres divisiones y una reserva, iban delante las de los generales Fraser y Hope, seguia la de Sir David Baird, y cerraba la marcha con la última el mismo Sir Juan Moore. Llegaron el 2 de enero á Villafranca, habiendo andado en tan corto tiempo 14 leguas de las largas de nuestros caminos reales, de las que solo entran diez y siete y media en el grado. Los males y el desconcierto rápidamente se aumentaban ofreciendo lastimoso cuadro: el tiempo crudo, los bagages abandonados, las municiones rezagadas, los fuertes y lucidos caballos ingleses desherrados y muertos por sus propios ginetes, los infantes descalzos y despeados, los soldados todos abatidos é insubordinados, y metiéndose muchos en los sótanos de las casas y las tabernas, se perdian de intento y se entregaban á la embriaguez y disolucion: fue Bembibre principal y horroroso teatro de sus excesos. Cruel castigo recibieron los que asi se olvidaban de la disciplina y buen órden. Los franceses corriendo en

pos de ellos, duramente y cual merecian los trataban, matando á unos, hiriendo á otros y atropellando á casi todos. Los que de su poder se escapaban, llenos de tajos y cuchilladas ponialos el general inglés como á la vergüenza delante de su ejército, á fin de que sirviesen de escarmiento á sus compañeros.

Llega Napoleon á Astorga.

Notábase en el perseguir de los franceses suma diligencia, mas no extraña. Aguijábalos poderosa espuela. Napoleon habia llegado á Astorga el 1° de enero. Le acompañaban 70,000 infantes y 10,000 caballos, que este número componian los cuerpos de los mariscales Soult y Ney, una parte de la guardia imperial y dos divisiones del ejército de Junot; las cuales ya de regreso, iban á pelear contra los mismos con quienes pocos meses antes habian capitulado. Napoleon no pasó de Astorga; pero envió en seguimiento de las tropas británicas al mariscal Soult con 25,000 hombres, de los cuales 4200 de caballaría. Tras de estos caminaban las divisiones de los generales Loison y Heudelet, debiendo todos ser sostenidos por 16,000 hombres del cuerpo del mariscal Ney. Aceleradamente fueron los primeros en busca de Sir Juan Moore, que no conservaba sino unos 19,000 combatientes, menguadas sus filas con los 3000 que fueron la vuelta de Vigo y con los perdidos en los diversos choques y retirada.

Entrada del mariscal Soult en el Vierzo.

Entró el marical Soult en el Vierzo dividida su gente en dos columnas, que tomaron una por Fuencebadon, otra por Manzanal, avanzando el 3 su vanguardia hasta las cercanías de Cacabelos. Habian los ingleses ocupado con 2500 hombres y una batería la ceja del ribazo de viñedos que se divisa no lejos de aquel pueblo y del lado de Villafranca. Mas adelante y camino de Bembibre habian tambien apostado 400 tiradores y otros tantos caballos, á los cuales hacia espalda el puente del Gúa, rio escaso de aguas, pero crecido ahora por las muchas nieves, y cuya corriente baña las calles de Cacabelos.

Reencuentro en Cacabelos.

Venian al frente de la vanguardia francesa unos cuantos escuadrones mandados por el general Colbert, quien pensando ser de importancia el número de ingleses que le aguardaba en puesto ventajoso, pidió refuerzo al mariscal Soult; mas respondiéndole secamente este que sin dilacion atacase, sentido Colbert de la imperiosa órden, acometió con temerario arrojo y arrolló á los caballos y tiradores ingleses que estaban avanzados. De estos los hubo que fueron cogidos al pasar el puente del Gúa; otros metiéndose en los viñedos de la márgen del camino, de cerca y á quema ropa dispararon y mataron á muchos ginetes franceses, entre ellos á su general Colbert, distinguido por su belleza y denuedo. Llegó á poco la division de infantería del general Merle, y aunque quiso pasar adelante, detúvose al ver la batería que estaba en lo alto del ribazo y tambien impedido de la noche que sobrevino.

Aqui hubiera podido empeñarse una accion general. Sir Juan

Moore la evitó retirándose despues de oscurecido. En Villafranca escandolosamente se renovaron los excesos y demaslas de otras partes : fueron robados los almacenes, entradas á viva fuerza muchas casas y oprimidos é inhumanamente tratados los vecinos. El general inglés reprimió algun tanto los desmanes con severas providencias, mandando tambien arcabucear á un soldado cogido infragante. Aceleró despues su partida, y como la tierra es por alli cada vez mas quebrada, y está cubierta de bosques ú otros plantios, no pudiendo la caballerla ser de gran provecho, envióla delante con direccion á Lugo. En todo este tránsito hay parages en que pocas fuerzas pudieran detener mucho tiempo á un ejército muy superior, pues si bien la calzada es magnífica, corre ceñida por largo espacio entre opuestas montañas de dificultoso y agrio acceso.

Retírase el general Moore de Villafranca.

Ningun fruto se sacó de tamañas ventajas : y encontrándose los soldados británicos con un convoy, no solo inutilizaron vestuario y armamento que de Inglaterra iba para Romana, sino que tambien cerca de Nogales y por órden del general Moore arrojaron á un despeñadero en vez de repartíselos 120,000 pesos fuertes. Llegó el desórden á su colmo : abandonábanse hasta los cañones y los enfermos y los heridos, acrecentando la confusion el gran séquito y embarazos que solian entonces acompañar á los ejércitos ingleses. En fin fue esta retirada hecha con tal apresuramiento y mala ventura, que uno de los generales británicos, testigo de vista, nos afirma en su narracion * « que por sombrías y horrorosas que fueran « las relaciones que de ella se hubiesen hecho, aun « no se asemejaban á la realidad. »

Van en aumento los desórdenes de los ingleses.

(* Ap. n. 1.)

Dos dias y una noche tardaron los ingleses en llegar á Lugo, 16 leguas de Villafranca : acosados en continuas escaramuzas hubieran padecido cerca de Constantin recio choque si el general Moore no le hubiese evitado haciendo bajar con rapidez la cuesta del rio Neira y engañando á sus contrarios con un diestro y oportuno amago.

Hasta poco antes habia permanecido dudoso el general Moore de si iria para embarcarse á Vigo ó á la Coruña. Informado de las dificultades que ofrecia la primera ruta, decidióse á continuar por la segunda, avisando en consecuencia al almirante de su escuadra, á fin de que los trasportes que estaban en Vigo pasasen al otro puerto. Y para dar tiempo á que se ejecutase dicha travesla, y tambien para rehacer algo su ejército cansado y desfallecido, determinó el mismo general pararse en Lugo y aun arriesgar una batalla si fuese necesario. Al intento reunió alli todas sus tropas, excepto los 3000 hombres del general Crawford que se embarcaron en Vigo sin ser molestados.

Llegan á Lugo.

A legua y media y antes de llegar á Lugo escogió Sir Juan Moore

Prepárase Moore á aventurar una batalla.

un sitio elevado y ventajoso para pelear contra los franceses, los cuales asomaron el 6 por las alturas opuestas. Pasóse aquel dia y el siguiente sin otras refriegas que las de algunos reconocimientos. El mariscal Soult, hallándose inferior en número, no queria empeñarse en accion formal antes de que se le uniesen mas tropas. Los ingleses por su parte se mantuvieron hasta el 8 sin moverse de su posicion; mas al anochecer de aquel dia, pareciéndole peligroso al general Moore aguardar á que los franceses se reforzasen, resolvió partir á las calladas con la esperanza de que ganando sobre ellos algunas horas, podria asi embarcarse sosegadamente. A las diez de la noche y encendidas hogueras en las líneas para cubrir su intento, emprendió la continuacion de la marcha, que un temporal deshecho de lluvia y viento vino á interrumpir y desordenar. Despues de padecer muchos trabajos y de cometer nuevas demasías, empezaron los ingleses á llegar á Betanzos en la tarde del 9 en un estado lamentable de confusion y abatimiento. Era tanta la fatiga y tan grande el número de rezagados, que tuvieron el 10 que detenerse en aquella ciudad. Prosiguieron su marcha el 11 y dieron vista á la Coruña, sin que en su rada se divisasen los apetecidos trasportes: vientos contrarios habian impedido al almirante inglés doblar el cabo de Finisterre. Por este atraso veíase expuesto el general Moore á probar la suerte de una batalla, causando pesadumbre á muchos de sus oficiales el que se hubiesen para ello desperdiciado ocasiones mas favorables y en tiempo en que su ejército se conservaba mas entero y menos indisciplinado.

Retírase despues.

Llega á la Coruña.

Cerca de la Coruña no dejaba en verdad de haber sitios ventajosos, pero en algunos requeríanse numerosas tropas. Tal era el de Peñasquedo, por lo que los ingleses prefirieron á sus alturas las del monte Mero, que si bien dominadas por aquellas hallábanse próximas á la Coruña, y su posicion como mas recogida podia guarnecerse con menos gente.

El 12 empezaron los franceses á presentarse del otro lado del puente del Burgo, que los ingleses habian cortado. Continuaron ambos ejércitos sin molestarse hasta el 14, en cuyo dia contando ya los franceses con suficientes tropas, repararon al puente destruido, y le fueron sucesivamente cruzando. Por la mañana se habia de propósito volado un almacen de pólvora sito en Peñasquedo, lo cual produjo horroroso estrépito, y por la tarde habiéndose el viento cambiado al sur entraron en la Coruña los trasportes ingleses procedentes de Vigo. Sin tardanza se embarcaron por la noche los enfermos y heridos, la caballería desmontada y 52 cañones: de estos solo se dejaron para en caso de accion ocho ingleses y cuatro españoles. No faltó en el campo británico quien aconsejara á su general que capitulase con los franceses, á fin de poder

libremente embarcarse. Desechó con nobleza Sir Juan Moore proposicion tan deshonrosa.

Puestos ya á bordo los objetos de mas embarazo y las personas inútiles, debia en la noche del 16 y á su abrigo embarcarse el ejército lidiador. Con impaciencia aguardaba aquella hora el general inglés, cuando á las dos de la tarde un movimiento general de la línea francesa estorbó el proyectado embargo, empeñándose una accion reñida y porfiada.

Disponiéndose á ella en la noche anterior habia colocado el mariscal Soult en la altura de Peñasquedo una batería de once cañones, en que apoyaba su izquierda ocupada por la division del general Mermet, guardando el centro y la derecha con las suyas respectivas los generales Merle y Delaborde, y prolongándose la del último hasta el pueblo de Pelavea de abajo. La caballería francesa se mostraba por la izquierda de Peñasquedo hácia San Cristóbal y camino de Bergantiños: el total de fuerza ascendia á unos 20,000 hombres. Batalla de la Coruña.

Era la de los ingleses de unos 16,000 que estaban apostados en el monte Mero, desde la ria del mismo nombre hasta el pueblo de Elviña. Por este lado se extendian las tropas de Sir David Baird, y por el opuesto que atraviesa el camino real de Betanzos las de Sir Juan Hope. Dos brigadas de ambas divisiones se situaron detras en los puntos mas elevados y extremos de su respectiva línea. La reserva mandada por Lord Paget estaba á retaguardia del centro en Eyris, pueblecillo desde cuyo punto se registra el valle que corria entre la derecha de los ingleses, y los altos ocupados por la caballería francesa. Mas inmediato á la Coruña y por el camino de Bergantiños se habia colocado con su division el general Fraser, estando pronto á acudir adonde se le llamase.

Trabóse la batalla á la hora indicada, atacando intrépidamente el francés con intento de deshacer la derecha de los ingleses. Los cierros de las heredades impedian á los soldados de ambos ejércitos avanzar á medida de su deseo. Los franceses al principio desalojaron de Elviña á las tropas ligeras ds sus contrarios; mas yendo adelante fueron detenidos y rechazados, si bien á costa de mucha sangre. La pelea se encarnizó en toda la línea. Fue gravemente herido el general Baird y Sir Juan Moore, que con particular esmero vigilaba el punto de Elviña, en donde el combate era mas reñido que en las otras partes: recibió en el hombro izquierdo una bala de cañon que le derribó por tierra. Aunque mortalmente herido incorporóse, y registrando con serenidad el campo confortó su ánimo al ver que sus tropas iban ganando terreno. Solo entonces permitió que se le recogiese á parage mas seguro. Vivió todavía algunas horas, y su cuerpo fue enterrado en los muros de la Coruña.

Los franceses no pudiendo romper la derecha de los ingleses

trataron de envolverla. Descubierto su intento avanzó Lord Paget con la reserva, y obligando á retroceder á los dragones de la Houssaye, que habian echado pie á tierra, contuvo á los demas, y aun se acercó á la altura en que estaba situada la batería francesa de once cañones. Al mismo tiempo los ingleses avanzaban por toda la línea, y á no haber sobrevenido la noche quizá la situacion del mariscal Soult hubiera llegado á ser crítica, escaseando ya en su campo las municiones; mas los ingleses contentos con lo obrado tornaron á su primera posicion, queriendo embarcarse bajo el amparo de la oscuridad. Fue su pérdida de 800 hombres : asegúrase haber sido mayor la de los franceses. El general Hope, en quien habia recaido el mando en gefe, creyó prudente no separarse de la resolucion tomada por Sir Juan Moore, y entrada la noche ordenó que todo su ejército se embarcase, protegiendo la operacion los generales Hill y Berosford.

Embárcanse los ingleses.

En la mañana seguiente viendo los franceses que estaba abandonado el monte Mero, y que sus contrarios les dejaban la tierra libre acogiéndose á su preferido elemento, se adelantaron, y desde la altura de San Diego con cañones de grueso calibre, de que se habian apoderado en la de las Angustias de Betanzos, empezaron á hacer fuego á los barcos de la bahía. Algunos picaron los cables, y se quemaron otros que con la precipitacion habian varado. Los moradores de la Coruña no solo ayudaron á los ingleses en su embarco con desinteresado celo, sino que tambien les guardaron fidelidad no entregando inmediatamente la plaza. Noble ejemplo, rara vez dado por los pueblos cuando se ven desamparados de los mismos de quienes esperaban proteccion y ayuda.

Asi terminó la retirada del general Moore, censurada de algunos de sus propios compatriotas, y defendida y aun alabada de otros. Dejando á ellos y á los militares el exámen y crítica de esta campaña, pensamos que sirvió de mucho para la gloria y buen nombre del general Moore la casualidad de haber tenido que pelear antes de que sus tropas se embarcasen, y tambien acabar sus dias honrosamente en el campo de batalla. Por lo demas si un ejército veterano y disciplinado como el inglés, provisto de cuantiosos recursos, empezó antes de combatir una retirada, en cuya marcha hubo tanto desórden, tanto estrago, tantos escándalos, ¿quién podrá extrañar que en las de los españoles, ejecutadas despues de haber lidiado, y con soldados bisoños, escasos de todo y en su propio pais, hubiese dispersiones y desconciertos? No decimos esto en menoscabo de la gloria Británica; pero sí en reparacion de la nuestra, tan vilipendiada por ciertos escritores ingleses de los mismos que se hallaron en tan funesta campaña.

Entrega de la Coruña.

Difícil era que despues de semejante suceso resistiese la Coruña largo tiempo. El recinto de la plaza solo la ponia al abrigo de un rebate; mas ni sus baterías, ni sus murallas

estaban reparadas, ni eran de suyo bastante fuertes. No haber mejorado á tiempo sus obras pendió en parte del descuido qué nos es natural, y tambien de la confianza que con su llegada dieron los ingleses. Era gobernador Don Antonio Alcedo, y el 19 capituló. Entró el 20 en la plaza el mariscal Soult, y puso autoridades de su bando. Dispersóse la junta del reino, y la audiencia, el gobernador y los otros cuerpos militares, civiles y eclesiásticos prestaron homenage al nuevo rey José.

No tardó Soult en volver los ojos al Ferrol, y ya el 22 empezaron á aproximarse á la plaza partidas avanzadas de su ejército. Aquel arsenal, primero de la marina española, era inatacable del lado de mar, de donde solo se puede entrar con un viento y por boca larga y estrecha: no estaba por tierra tan bien fortalecido. Hallábase el pueblo con ánimo levantado, sosteniéndole unos 300 soldados que habian llegado el 20. Era comandante del departamento Don Francisco Melgarejo, anciano é irresoluto, y comandante de tierra Don Joaquin Fidalgo. No se habia tomado medida alguna de defensa, ni tenido la precaucion de poner á salvo los buques de guerra alli fondeados. Dichos gefes y la junta peculiar del pueblo desde luego se inclinaron á capitular; mas no osando declararse tuvieron que responder con la negativa á la reiterada intimacion de los franceses. Al fin el 26 habiendo estos descubierto algunas obras de batería, y apoderádose de los castillos de Palma y San Martin, pudieron las autoridades prevalecer en su opinion y capitularon, entrando el 27 de mañana en el Ferrol el general Mermet. Fueron los términos de la rendicion los mismos de la Coruña, y por los que sometiéndose á reconocer á José, solo se añadieron algunos artículos respecto de pagas, y de que no se obligase á nadie á servir contra sus compatriotas. Don Pedro Obregon, preso desde el levantamiento de mayo, fue nombrado comandante del departamento, en cuya dársena, entre buenos y malos, habia siete navíos, tres fragatas y otros buques menores. Del Ferrol.

Que estas plazas se hubiesen rendido visto su mal estado y el desmayo que causó el embarco de los ingleses, cosa natural era; pero no que en una capitulacion militar se estipulase el reconocimiento de José, ejemplo no dado todavía por las otras partes del reino, ni por la capital de la monarquía, de donde provino que las mencionadas capitulaciones excitaron la indignacion de la junta central, que fulminó contra sus autores una declaracion tal vez demasiadamente severa.

Aterrada Galicia con la pérdida de sus dos principales plazas, y sobre todo con la retirada de los ingleses, apenas dió por algun tiempo señales de vida. Hubo pocos pueblos que hiciesen demostracion de resistir, y los que lo intentaron fueron luego entrados por el vencedor. A todas partes cundió el desaliento y la tristeza. Solo en pie y en un rincon quedó Romana con Estado de Galicia.

escasos soldados. Los franceses no le habian en un principio molestado; pero posteriormente, yendo en su busca el general Marchand, trató de atacarle en el punto de Bibey. Replegóse á Orense el general español: persiguióle el francés hasta que continando aquel hácia Portugal, desistió el último de su intento, pasando poco despues á Santiago, en donde habia entrado el 3 de febrero el mariscal Soult sin tropiezo y camino de Tuy.

Paradero de Romana.

El marqués de la Romana luego que salió de Orense estableció su cuartel general en Villaza, cerca de Monterey, trasladándose despues á Oimbra. En los últimos dias de enero celebró en el primer pueblo una junta militar para determinar lo mas conveniente, hallándose con pocas fuerzas, sin recursos, y los ingleses ya embarcados. Opinaron unos por ir á Ciudad-Rodrigo, otros por encaminarse á Tuy; prevaleciendo el dictámen que fue mas acertado de no alejarse del pais que pisaban, ni de la frontera de Portugal.

Sucede á Soult el mariscal Ney.

Mientras tanto tomó el mando de Galicia el mariscal Ney en lugar de Soult, que moviéndose del lado de Tuy, segun hemos indicado, se preparaba á internarse en Portugal. Ocuparon fuerzas francesas las principales ciudades de Galicia, y tranquila esta por entonces puso tambien Ney su atencion del lado de Asturias, cuyo territorio afortunadamente habia quedado libre en medio de tan general desdicha. Mas adelante hablaremos de lo que ocurrió en aquella provincia. Instanos ahora volver la vista á Napoleon, á quien dejamos en Astorga.

Vuelta de Napoleon á Valladolid.

Descansó allí dos dias, hospedándose en casa del obispo á quien trató sin miramiento. Y desasosegado con noticias que habia recibido de Austria, no creyendo ya necesario prolongar su estancia vista la priesa con que los ingleses se retiraban volvió atras y se dirigió á Valladolid, en cuya ciudad entró en la tarde del 6 de enero.

Aspero recibimiento que hace Napoleon á las autoridades.

Alojóse en el palacio real, y al instante mandó venir á su presencia al ayuntamiento, á los prelados de los conventos, al cabildo eclesiástico y á las demas autoridades. Queria imponer ejemplar castigo por las muertes de algunos franceses asesinados, y sobre todo por la de dos, cuyos cadáveres fueron descubiertos en un pozo del convento de San Pablo de dominicos. Iba al frente de los llamados el ayuntamiento, corporacion de repente formada en ausencia de los antiguos regidores, que los mas habian huido despues de la rota de Burgos. Procurando dicho cuerpo mantener órden en la ciudad, habia preservado de la muerte á varios extraviados del ejército enemigo, y puéstolos con resguardo en el monasterio de San Benito, motivo por el que antes merecia atento trato del extrangero que amargas reconvenciones. Sin embargo el emperador francés recibióle con rostro entenebrecido, y le habló en tono áspero y descompuesto echándole en cara los asesinatos cometidos. De los

presentes se atemorizaron con sus amenazas aun los mas serenos, y el que servia de intérprete no acertando á expresarse impacientó á Napoleon, que con enfado le mandó salir del aposento donde estaba, llamando á otro que desempeñase mejor su oficio. No menos alterado prosiguió en su discurso el altivo conquistador, usando de palabras impropias de su dignidad, hasta que al cabo despidió á las corporaciones españolas, repitiendo nuevas y terribles amenazas.

Angustias del ayuntamiento de Valladolid.

Triste y pensativo volvia el ayuntamiento á su morada cuando algunos de sus individuos, queriendo echar por un rodeo para evitar el encuentro de tropas que obstruian el paso, un piquete francés de caballería que de lejos los observaba intimóles que iban presos, y que asi fuesen por el camino mas recto. Restituidos todos á las casas consistoriales, entró á poco por aquellas puertas un emisario del emperador con órden que este le habia dado, teniendo el relox en la mano, de que si para las doce de la noche no se le pasaba la lista de los que habian asesinado á los franceses, haria ahorcar de los balcones del ayuntamiento á cinco de sus individuos. Sin intimidarse con el injusto y bárbaro requerimiento, reportados y con esfuerzo respondieron los regidores que antes perecerian siendo víctimas de su inocencia, que indicar á tientas y sin conocimiento personas que no creyesen culpables.

Á las nueve de la noche presentóse tambien repitiendo á nombre del emperador la anterior amenaza Don José de Hervas, el mismo que en el abril de 1808 habia acompañado á Madrid al general Savary, y quien como español se hizo mas fácilmente cargo de las razones que asistian al ayuntamiento. Sin embargo manifestó á sus individuos que corrian grave peligro, mostrándose Napoleon muy airado. No por eso dejaron aquellos de permanecer firmes y resueltos á sufrir la pena que arbitrariamente se les quisiera imponer. Sacóles luego del ahogo, y por fortuna para ellos, un tal Chamochin, de oficio procurador del número, el cual habiendo sido en tan tristes dias nombrado corregidor interino, quiso congraciarse con el invasor de su patria delatando como motor de los asesinatos á un adobador de pieles llamado Domingo que vivia en la plaza mayor. Por desgracia de este encontráronse en su casa ropa y otras prendas de franceses, ya porque en realidad fuera culpado, ó ya mas bien, segun se creyó, por haber dichos efectos llegado casualmente á sus manos. Fue preso Domingo con dos de sus criados y condenados los tres á la pena de horca. Ajusticiaron á los últimos perdonando Napoleon al primero, mas digno de muerte que los otros si habia delito. Llegó el perdon estando Domingo al pie del patíbulo: le obtuvo á ruego de personas respetables, del mencionado Hervas, y sobre todo movidos varios generales de las lágrimas y clamores

Suplicio de algunos españoles, y perdon de uno de ellos.

de la esposa del sentenciado, en extremo bella y de familia honrada de la ciudad. Tambien contribuyeron á ello los benedictinos, de quienes Napoleon hacia gran caso, recordando la celebridad de los antiguos y doctos de la congregacion de San Mauro de Francia. No asi de los dominicos, cuyo convento de San Pablo suprimió en castigo de los franceses que en él se habian encontrado muertos.

Temores de guerra con Austria. Preparase Napoleon á volver à Francia.

Mas en tanto otros cuidados de mayor gravedad llamaban la atencion de Napoleon. En su camino á Astorga habia recibido un correo con aviso de que el Austria se armaba: novedad impensada y de tal entidad que le impelia á volver prontamente á Francia. Asi lo decidió en su pensamiento; mas paróse en Valladolid diez dias, queriendo antes asegurarse de que los ingleses proseguian en su retirada, y tambien tomar acerca del gobierno de España una determinacion definitiva. Cierto de lo primero apresuróse á concluir lo segundo. Para ello hizo venir á Valladolid los diputados del ayuntamiento de Madrid y de los tribunales que le fueron presentados el 16 de enero. Traian consigo el expediente de las firmas de los libros de asiento que se abrieron en la capital, á fin de reconocer y jurar á José: condicion que para restablecer á este en el trono habia puesto Napoleon, pareciéndole fuerte abracijo lo que no era sino forzada ceremonia. Recibió el emperador francés con particular agasajo á los diputados españoles, y les dijo que accediendo á sus súplicas verificaria José dentro de pocos dias su entrada en Madrid.

Recibe en Valladolid á los diputados de Madrid.

Opinion é intentos de Napoleon sobre España.

Dudaron entonces algunos que Napoleon se hubiera resuelto á reponer á su hermano en el solio, si no se hubiese visto amenazado de guerra con Austria. En prueba de ello alegaban el haber solo dejado á José despues de la toma de Madrid el título de su lugar-teniente, y tambien el haber en todo obrado por si y procedido como conquistador. No deja de fortalecer dicho juicio la conversacion que el emperador tuvo en Valladolid con el ex-arzobispo de Malinas Mr. de Pradt. Habia este acompañado desde Madrid á los diputados españoles; y Napoleon antes de verlos, deseoso de saber lo que opinaban y lo que en la capital ocurria, mandó á aquel prelado que fuese á hablarle. Por largo espacio platicaron ambos sobre la situacion de la Península, y entre otras cosas dijo Napoleon: * « No conocia yo « á España: es un pais mas hermoso de lo que pen« saba. Buen regalo he hecho á mi hermano, pero los españoles « harán con sus locuras que su pais vuelva á ser mio: en tal caso « le dividiré en cinco grandes vireinatos. » Continuó asi discurriendo é insistió con particularidad en lo útil que seria para Francia el agregar á su territorio el de España. Intento que sin duda estorbó por entonces el nublado que amagaba del Norte, temeroso del cual partió para Paris el 17 de enero de noche y repentina-

(* Ap. n. 2.)

mente, haciendo la travesía de Valladolid á Burgos á caballo y con pasmosa celeridad.

Parte para Francia.

José en el Pardo. Pasa una revista en Aranjuez.

En el intervalo que medió desde principios de diciembre hasta últimos de enero disgustado José con el título de lugar-teniente se albergaba en el Pardo, no queriendo ir á Madrid hasta que pudiese entrar como rey. Sin embargo esperanzado en los primeros dias del año de volver á empuñar el cetro, pasó á Aranjuez y revistó alli el primer cuerpo mandado por el mariscal Victor, y con el cual procedente de Toledo se pensaba atacar al ejército del centro, cuyas reliquias rehechas algo en Cuenca, se habian en parte aproximado al Tajo.

Movimiento del ejército español del centro. Planes de su gefe el duque del Infantado.

El inesperado movimiento de los españoles era hijo de falsas noticias y del clamor de los pueblos que expuestos al pillage y extorsiones del enemigo, acusaban á nuestros generales de mantenerse espectadores tranquilos de los males que los agobiaban. Para acudir al remedio y acallar la voz pública habia el duque del Infantado, gefe de aquel ejército, imaginado un plan tras otro, notándose en el concebir de ellos mas bien loable deseo que atinada combinacion.

Por fin decidióse ante todo dicho general á despejar la orilla izquierda del Tajo de unos 1500 caballos enemigos que corrian la tierra. Nombró para capitanear la empresa al mariscal de campo Don Francisco Javier Venegas que mandaba la vanguardia compuesta de 4000 infantes y 800 caballos, y al brigadier Don Antonio Senra con otra division de igual fuerza. Debia el primero posesionarse de Tarancon, y al mismo tiempo enseñorearse el segundo de Aranjuez, en cuyos dos puntos tenia el enemigo, antes de que viniese el mariscal Victor, lo principal de sus destacamentos. Venegas no aprobó el plan, visto el mal estado de sus tropas; mas trató de cumplir con lo que se le ordenaba. Senra dejó de hacerlo pareciéndole imprudente ir hasta Aranjuez, teniendo franceses por su flanco en Villanueva del Cardete: disculpa que no admitió el general en gefe por haber ya contado con aquel dato en la disposicion del ataque.

Ataque de Tarancon.

Venegas por su parte situado en Uclés determinó atacar en la noche del 24 al 25 de diciembre á los franceses de Tarancon. El número de estos se reducia á 800 dragones. Distribuyó el general español su gente en dos columnas, una al mando de Don Pedro Agustin Giron debia amenazar por su frente al enemigo, otra capitaneada por el mismo general en persona y mas numerosa habia de interponerse en el camino que de Tarancon va á Santa Cruz de la Zarza, con objeto de cortar á los franceses la retirada, si querian huir del ataque de Giron, ó encerrarlos entre dos fuegos en caso de que resistiesen. La noche era cruda, sobreviniendo tras de nieve y ventiscas espesa niebla: lo cual retardó la marcha de Venegas, y fue causa del extravío de casi toda su ca-

ballería. Giron aunque salió mas tarde llegó sin tropiezo al punto que se le habia señalado, ya por ser mejor y mas corto el camino, y ya por su cuidado y particular vigilancia.

Espantados los dragones franceses con la proximidad de este general, huian del lado de Santa Cruz, cuando se encontraron con algunas partidas de carabineros reales que iban á la cabeza de la tropa de Venégas y los atacaron furiosamente, obligándolos á abrigarse de la infantería. Hubiera podido esta desconcertarse, cogiéndola desprevenida, si afortunadamente un batallon de guardias españolas y otro de tiradores de España puestos ya en columna no hubiesen rechazado á los enemigos, desordenándolos completamente. Hizo gran falta la caballería, cuya principal fuerza extraviada en el camino no llegó hasta despues: y entonces su gefe Don Rafael Zambrano desistió de todo perseguimiento por juzgarlo ya inútil y estar sus caballos muy cansados. La pérdida de los franceses entre muertos, heridos y prisioneros fue de unos 100 hombres. Hubo despues contestaciones entre ciertos gefes, achacándose mútuamente la culpa de no haber salido con la empresa. Nos inclinamos á creer que la inexperiencia de algunos de ellos y lo bisoño de la tropa fueron en este caso como en otros muchos la causa principal de haberse en parte malogrado la embestida, sirviendo solo á despertar la atencion de los franceses.

Recelosos estos de que engrosadas con el tiempo las tropas del ejército del centro y mejor disciplinadas, pudieran no solo repetir otras tentativas como la de Tarancon, mas tambien en un rebate apoderarse de Madrid, cuya guarnicion por atender á otros cuidados á veces se disminuia, pensaron seriamente en destruirlas y cortar el mal en su raiz. Para ello juntaron en Aranjuez y revistaron, segun hemos dicho, las fuerzas que mandaba en Toledo el mariscal Victor, las cuales ascendian á 14,000 infantes y 3,000 caballos. Sospechando Venégas los intentos del enemigo comunicó el 4 de enero sus temores al duque del Infantado, opinando que seria prudente, ó que todo el ejército se aproximase á su línea, ó que él con la vanguardia se replegase á Cuenca. No pensó el duque que urgiese adoptar semejante medida, y ya fuese enemistad contra Venégas, ó ya natural descuido, no contestó á su aviso, continuando en idear nuevos planes que tampoco tuvieron ejecucion.

Avanza el mariscal Victor.

Retírase Venégas á Uclés.

Apurando las circunstancias y no recibiendo instruccion alguna del general en gefe, juntó Venégas un consejo de guerra, en el que unánimemente se acordó pasar á Uclés como posicion mas ventajosa, é incorporarse allí con Senra, en donde aguardarian ambos las órdenes del duque. Verificóse la retirada en la noche del 11 de enero, y unidos al amanecer del 12 los mencionados Venégas y Senra, contaron juntos unos 8 á 9000 infantes y 1500 caballos. Trató desde luego el primero de aprove-

charse de las ventajas que le ofrecia la situacion de Uclés, villa sujeta á la órden de Santiago y para batallas de mal pronóstico por la que en sus campos se perdió contra los moros en el reinado de Alonso el VI. La derecha de la posicion era fuerte, consistiendo en varias alturas aisladas y divididas de otras por el riachuelo de Bedijar. En el centro está el convento llamado alcázar, y desde allí por la izquierda corre un gran cerro de escabrosa subida del lado del pueblo, pero que termina por el opuesto en pendiente mas suave y de fácil acceso. Venégas apostó en Tribaldos, pueblo cercano, algunas tropas al mando de Don Veremundo Ramirez de Arellano, que en la tarde y anochecer del 12 comenzaron ya á tirotearse con los franceses, replegándose á Uclés en la mañana siguiente, acometidas por sus superiores fuerzas.

Batalla de Uclés.

Con aviso de que los enemigos se acercaban, el general Venégas, aunque amalado y con los primeros síntomas de una fiebre pútrida, se situó en el patio del convento de donde divisaba la posicion y el llano que se abre al pie de Uclés, yendo á Tribaldos. Distribuyó sus infantes en las alturas de derecha é izquierda, y puso abajo en la llanura la caballería. Solo habia un obus y tres cañones que se colocaron, uno en la izquierda, dos en el convento y otro en el llano con los ginetes.

El mariscal Victor habia salido de Aranjuez con el número de tropas indicado, y fue en busca de los españoles sin saber de fijo su paradero. Para descubrirle tiró el general Villatte con su division derecho á Uclés, y el mariscal Victor con la del general Ruffin la vuelta del alcázar. Fue Villatte quien primero se encontró con los españoles, obligándolos á retirarse de Tribaldos, desde donde avanzó al llano con dos cuerpos de caballería y dos cañones. Al ver aquel movimiento creyó Venégas amagada su derecha, y por tanto atendió con particularidad á su defensa. Mas los franceses, á las diez de la mañana, tomando por el camino de Villarubio, se acercaron con fuerza considerable á las alturas de la izquierda, punto flaco de la posicion, cubierto con menos gente y al que su caballería pudo subir á trote. Venégas, queriendo entonces sostener la tropa allí apostada que comenzaba á ciar, envió gente de refresco y para capitanearla á Don Antonio Senra. Ya era tarde: los enemigos avanzando rápidamente arrollaron á los nuestros, é inútilmente desde el convento quiso Venégas detenerlos. Confuso él mismo y ahuyentado con todo su estado mayor, dificultosamente pudo salvarse, cayendo á su lado muerto el bizarro oficial de artillería Don José Escalera. Deshecho nuestro costado izquierdo empezó á desfilar el derecho; y la caballería, que en su mayor parte permanecia en el llano, trató de retirarse por una garganta que forman las alturas de aquel lado. Consiguiéronlo felizmente los dragones de Castilla, Lusitania y Tejas, mas no asi los regimientos de la Reina, Príncipe y Borbon, cuyo mando habia reasumido

el marqués de Albudeite. Estos, no pudiendo ya pasar impedidos por los fuegos de los franceses, que dueños del convento coronaban las cimas, volvieron grupa al llano y faldeando los cerros caminaron de priesa y perseguidos la via de Paredes. Desgraciadamente hácia el mismo lado tropezando la infantería con la division de Ruffin, habia casi toda tenido que rendirse; de lo cual advertidos nuestros ginetes, en balde quisieron salvarse, atajados con el cauce de un molino y acribillados por el fuego de seis cañones enemigos que dirigia el general Senarmon. No hubo ya entonces sino confusion y destrozo y sucedió con la caballería lo mismo que con los infantes: los mas de sus individuos perecieron ó fueron hechos prisioneros: contóse entre los primeros al marqués de Albudeite. Tal fue el remate de la jornada de Uclés, una de las mas desastradas, y en la que, por decirlo asi, se perdieron las tropas que antes mandaban Venegas y Senra. Solo se salvaron dos ó tres cuerpos de caballería y tambien algunas otras reliquias que libertó la serenidad y esfuerzo de Don Pedro Agustin Giron, uniéndose todos al duque del Infantado que ya se hallaba en Carrascosa.

Justos cargos hubieran podido pesar sobre los gefes que empeñaron semejante accion, ó fueron causa de que se malograse. El general Venegas y el del Infantado procuraron defenderse ante el público acusándose mutuamente. Pensamos que en la conducta de ambos hubo motivos bastantes de censura si ya no de responsabilidad. Aconsejaba la prudencia al primero retirarse mas allá de Uclés, é ir á unirse al cuerpo principal del ejército, no faltándole para ello ni oportunidad ni tiempo; y al segundo prescribíale su obligacion dar las debidas instrucciones y contestar á los oficios del otro, no sacrificando á piques y mezquinas pasiones el bien de la patria, el pundonor militar.

Excesos cometidos por los franceses en Uclés.

Ganado que hubieron la batalla, entraron los franceses en Uclés y cometieron con los vecinos inauditas crueldades. Atormentaron á muchos para averiguar si habian ocultado alhajas; robaron las que pudieron descubrir, y aparejando con albardas y aguaderas á manera de acémilas á algunos conventuales y sugetos distinguidos del pueblo, cargaron en sus hombros muebles y efectos inútiles para quemarlos despues con grande algazara en los altos del alcázar. No contentos con tan duro é innoble entretenimiento, remataron tan extraña fiesta con un acto de la mas insigne barbarie. Fue, ¡cáese la pluma de la mano! que cogiendo á 69 habitantes de los principales, y á monjas, y á clérigos, y á los conventuales Parada, Canova y Mejía, emparentados con las mas ilustres familias de la Mancha, atraillados y escarnecidos los degollaron con horrorosa inhumanidad, pereciendo algunos en la carnicería pública. Sordos ya á la compasion los feroces soldados, desoyeron los ayes y clamores de mas de 300 mugeres, de las que acorraladas y de monton abusaron con exquisita

violencia. Prosiguieron los mismos escándalos en el campamento, y sólo el cansancio, no los gefes, puso término al horroroso desenfreno.

No cupo mejor suerte á los prisioneros españoles: los que de ellos rendidos á la fatiga se rezagaban, eran fusilados desapiadadamente. Asi nos lo cuenta en su obra un testigo de vista, un oficial francés, Mr. de Rocca. ¿Qué extraño pues era que nuestros paisanos cometiesen en pago otros excesos cuando tal permitian los oficiales del ejército de una nacion culta?

Retirada del duque del Infantado.

El duque del Infantado que aunque tarde se adelantaba á Uclés, supo en Carrascosa, legua y media distante, la derrota padecida. Juntando alli los dispersos y cortas reliquias, se retiró por Horcajada á la venta de Cabrejas, en donde se decidió en consejo militar pasar á Valencia con todas las tropas. Entró el ejército en Cuenca el 14 por la noche, y al dia siguiente continuó la marcha. Dirigióse la artillería por camino qué pareció mas cómodo para volver despues á unirse en Almodóvar del Pinar, pero atollada en parte y mal defendida por otros cuerpos que acudieron en su ayuda, fue en Tórtola cogida casi toda por los franceses. Prosiguió lo restante del ejército alejándose; y desistiendo Infantado de ir á Valencia, metióse en el reino de Murcia y llegó á Chinchilla el 21 de enero. Desde aquel punto hizo nuevo movimiento, faldeando la Sierra-Morena, y al cabo se situó en Santa Cruz de Mudela. Alli segun costumbre no cesó de idear sin gran resulta nuevos planes; hasta que en 17 de febrero fue relevado del mando por órden de la junta central y puesto en su lugar el conde de Cartaojal, que mandaba tambien las tropas de la Carolina.

Sucédele en el mando el conde de Cartaojal.

Entrada de José en Madrid.

Alcanzada por los franceses la victoria de Uclés, y despues de obtener el permiso de Napoleon, hizo José en Madrid el 22 de enero su entrada pública y solemne. Del Pardo se encaminó por fuera de puertas á la plazuela de las Delicias, desde donde montando á caballo entró por la puerta de Atocha, y se dirigió á la iglesia colegiata de San Isidro, tomando la vuelta por el Prado, calle de Alcalá y Carretas hasta la de Toledo. Se habia preparado este recibimiento con mas esmero que el anterior de julio. Estaba tendida en toda la carrera la tropa francesa; habíanse por expresa órden colgado las calles y puéstose de trecho en trecho músicas que tocaban sonàtas acomodadas al caso. José rodeado de gran séquito de franceses y de los españoles que le eran adictos, mostrábase satisfecho y placentero. No dejó de ser grande el concurso de espectadores: las desgracias, amilanando los ánimos, los disponian á la conformidad; pero un silencio profundo, no interrumpido sino por alguna que otra voz asalariada, daba bastantemente á entender que las circunstancias impelian á la curiosidad, no afectuosa inclinacion. Fue recibido en la iglesia de

San Isidro por el obispo auxiliar y parte de su cabildo. Pronunciáronse discursos segun el tiempo, dijose una misa, se cantó el Te Deum, y concluida la ceremonia se dirigió José por la plaza Mayor y calle de la Almudena á palacio, en donde ocupándose de nuevo en el gobierno del reino, nos dará pronto ocasion de volver á hablar de él y de sus providencias.

Ahora es ya sazon de pensar en Cataluña. El no querer cortar el hilo de la narracion en los sucesos mas abultados y decisivos, nos ha obligado á postergar los de aquel principado, que si bien de grande interés y definitivamente de mucha importancia á la causa de la independencia, forman como un episodio embarazoso para el historiador, aunque gloriosísimo para aquella provincia.

Sucesos de Cataluña.

Dejamos en el libro 5º la campaña de Cataluña, á tiempo que Duhesme en el último tercio del mes de agosto se habia recogido á Barcelona de vuelta de su segunda y malograda expedicion de Gerona. De nuestra parte por entonces y en 1º de setiembre el marqués del Palacio y la junta del principado se habian de Tarragona trasladado á Villafranca con objeto de estar mas cerca del teatro de la guerra. Empezaron á acudir á dicha villa los tercios de toda la provincia, y se reforzó la línea del Llobregat, á cuyo parage se habia restituido desde Gerona el conde de Caldagués.

La junta del principado se traslada á Villafranca.

Excursiones de Duhesme.

Con el aumento de fuerzas temió el general Duhesme que estrechando los españoles cada vez mas á Barcelona, hubiese dificultad de introducir bastimentos en la plaza. Para alejar el peligro y con intento de hacer una excursion en el Panadés partió de aquella ciudad con 6000 hombres de caballería é infantería, y atacó á los españoles en su línea al amanecer del 2 de setiembre en los puntos de Molins de Rey y de San Boil. Por el último alcanzaron los franceses conocidas ventajas; fueron por el otro rechazados. Mas receloso el de Caldagués, en vista de un movimiento de los enemigos, de que abandonando estos la embestida del puente vadeasen el rio y le flanqueasen, previno oportunamente cualquiera tentativa situándose en las alturas de Molins de Rey.

Los franceses, no pudiendo romper la línea española del Llobregat, revolvieron del lado opuesto por donde corre el Besós, en cuyo sitio se mantenia Don Francisco Milans. Ya aqui, y ya en todos los puntos alrededor de Barcelona hubo en setiembre y octubre muchas escaramuzas y aun choques, entre los que fue grave el acaecido en San Culgat del Vallés, principalmente por el respeto que infundió al enemigo, obligándole á no alejarse de los muros de Barcelona. Tambien contribuyeron á ello los refuerzos que llegaron á los españoles sucesivamente de Portugal, Mallorca y otras partes, de algunos de los cuales ya hemos hecho mencion.

El gobierno interior de Cataluña se mejoraba cada dia por el es-

mero y cuidado de la junta. Habíase solo levantado grande enemistad contra el marqués del Palacio, ó porque las calidades de general no correspondiesen en él á su patriotismo, ó mas bien porque en aquellos tiempos arduos no siendo dado caminar en la ejecucion al són de la impaciencia pública, perdíase la confianza y el buen nombre con la misma rapidez, y á veces tan infundadamente como se habia adquirido. Los clamores de la opinion catalana obligaron á la junta central á llamar al marqués del Palacio, poniendo en su lugar al capitan general de Mallorca Don Juan Miguel de Vives, quien tomó el mando el 28 de octubre.

Vives sucesor del marqués del Palacio.

Teniendo este á su disposicion fuerzas mas considerables, coordinó nuevamente su ejército, y segun lo resuelto por la central le denominó de Cataluña ó de la derecha. Constaba en todo de 19,551 infantes, 780 caballos y 17 piezas, dividido en vanguardia, cuatro divisiones y una reserva. De estas fuerzas destinó Vives la vanguardia al mando de Don Mariano Alvarez á observar al enemigo en el Ampurdan, y las restantes las conservó consigo para bloquear á Barcelona, á donde se aproximó el 3 de noviembre, sentando su cuartel general en Martorell, cuatro leguas distante.

Ejército español de Cataluña. Su fuerza.

Los apuros en aquella plaza del general francés Duhesme crecian en extremo: el número de sus tropas, que antes era de 10,000 hombres, menguaba con la desercion y las enfermedades. De nadie podia fiarse. El disgusto y descontento de los barceloneses tocaba á sus ojos en abierta rebelion. Los habitantes mas principales huian á causa de las contribuciones exorbitantes que habia impuesto; teniendo que acudir á confiscar los bienes para evitar la emigracion. Mas tarde, cuando apretó la escasez, si bien permitió la salida de Barcelona, permitióla con condiciones rigurosas, dando pasaportes á los que abonaban cuatro meses anticipados de contribucion, y aseguraban con fianza el pago de los demas plazos. Fue despues adelante en usar sin freno de medidas arbitrarias, declarando á Barcelona en estado de sitio. Opúsose á ello el conde de Ezpeleta, por lo que se le puso preso, quitándole la capitanía general que solo en nombre habia conservado. Como mas antiguo le sucedió Don Galceran de Villalba, que en secreto se entendia con las autoridades patrióticas del principado. Los oficiales españoles que habia dentro de la plaza rehusaron despues reconocer el gobierno de Napoleon prefiriendo á todo ser prisioneros de guerra: lo mismo hicieron los que eran extrangeros, excepto Mr. Wrant d'Amelin, que en premio recibió el gobierno de Barcelona. Ejercióse la policía con particular severidad, prestándose á tan villano servicio un español llamado Don Ramon Casanova, sin que por eso se pudiese impedir que muchos y á las calladas se escapasen. Tantas molestias y tropelías eran en sumo grado favorables á la causa de la independencia.

Situacion de Barcelona.

Tentativas de Vives contra aquella plaza.

Contando sin duda con el influjo de aquellas y con secretos tratos, insistió el general Vives en estrechar á Barcelona, y aun proyectó varios ataques. Fue el mas notable el que se dió en 8 de noviembre, aunque no tuvo ni resulta ni se le consideró tampoco bien meditado. Sin embargo la proximidad del ejército español puso en tal desasosiego á los franceses, que en la misma mañana del 8 desarmaron al segundo batallon de guardias walonas como adicto á los llamados insurgentes.

Desaprobaban los hombres entendidos la permanencia de Vives en las cercanías de Barcelona, y con razon juzgándola militarmente, pues para formalizar el sitio no se estaba preparado, y para rendir por bloqueo la plaza se requeria largo tiempo. Creian que hubiera sido mas conveniente dejar un cuerpo de observacion que con los somatenes contuviese al enemigo en sus excursiones, y adelantarse á la frontera con lo demas del ejército, impidiendo así la toma de Rosas y la facilidad que ella daba de proveer por mar á Barcelona. Vino en apoyo de tan juicioso dictámen lo que sucedió bien pronto con el refuerzo que entró en el principado al mismo tiempo que por el Bidasoa hacian los franceses su principal irrupcion.

Entrada de Saint-Cyr en Cataluña.

Segun insinuamos al hablar de esta, fue destinado el 7° cuerpo á domeñar la Cataluña. Debia formarse con las tropas que allí habia á las órdenes de los generales Duhesme y Reille y con otras procedentes de Italia, al mando de los generales Souham, Pino y Chavert. Todas estas fuerzas reunidas ascendian á 25,000 infantes y 2000 caballos, compuestas de muchas naciones y en parte de nueva leva. Capitaneábalas el general Gouvion Saint-Cyr. Entró este en Cataluña al principiar noviembre, estableciendo el 6 en Figueras su cuartel general Fue su primer intento poner sitio á Rosas, y encargado de ello el general Reille le comenzó el dia 7 del mencionado mes.

Sitio de Rosas.

Pensó el general Saint-Cyr que convenia apoderarse de aquella plaza, porque abrigados los ingleses de su rada impedian por mar el abastecimiento de Barcelona, que no era hacedero del lado de tierra á causa de la insurreccion del pais. Hubo quien le motejase, sentando que en una guerra nacional como esta era de temer que con la tardanza pudieran los españoles por medio de secretos tratos sorprender á Barcelona apretada con la escasez de víveres. Napoleon juzgaba tan importante la posesion de esta plaza, que el solo encargo que hizo á Saint-Cyr á su despedida en Paris fue el de conservar á Barcelona * ; « porque si se perdiese (decia) serian necesarios « 80,000 hombres para recobrarla. » Sin embargo aquel general prefirió comenzar por sitiar á Rosas.

(* Ap. n. 3.)

Está situada dicha villa á las raices del Pirineo y á orillas del golfo de su nombre. Tenia de poblacion 1200 almas. No cubria su

recinto sino un atrincheramiento casi abandonado desde la guerra de la revolucion de Francia. Consistia su principal fortaleza en la ciudadela, colocada al extremo de la villa, y que aunque desmantelada quísose apresuradamente poner en estado de defensa, consiguiendo al cabo montar 56 piezas : su forma es la de un pentágono irregular con foso y camino cubierto, y sin otras obras á prueba que la iglesia, habiendo quedado inservibles desde la última guerra los cuarteles y almacenes. A la opuesta parte de la ciudadela y á 1100 toesas de la villa en un repecho de las alturas llamadas Puig-Rom, término por allí de los Pirineos, se levanta el fortin de la Trinidad en figura de estrella, de construccion ingeniosa pero dominado á corta distancia.

Honrosa resistencia de los españoles.

Con tan débiles reparos y en el estado de ruina de varias de sus obras, hubiérase en otra ocasion abandonado la defensa de la plaza : ahora sostúvose con firmeza. Era gobernador Don Pedro Odaly : constaba la guarnicion de 3000 hombres; se despidió la gente inútil, recompúsose algo el atrincheramiento destruido y se atajaron con zanjas las bocacalles. Favorecia á los sitiados un navío de línea inglés y dos bombarderas que estaban en la bahía.

La division del general Reille unida á la italiana de Pino se habia acercado á la plaza, componiendo juntas unos 7000 hombres. Ademas el general Souham, para cubrir las operaciones del sitio y observar á Alvarez que estaba con la vanguardia en Gerona, se situó con su division entre Figueras y el Fluviá, y ocupó á la Junquera con dos batallones el general Chavert.

Se habia lisonjeado el francés Reille de tomar por sorpresa á Rosas : así lo deseaba su general en gefe solícito de acudir al socorro de Barcelona y temeroso de la desercion que empezaba á notarse en la division italiana de Pino. De esta fueron cogidos por los somatenes varios soldados, y el general Saint-Cyr que presumia de humano envió en rehenes á Francia hasta el cange igual número de habitantes, prefiriendo este medio al de quemar los pueblos, antes usado por sus compatriotas. Mas los catalanes consideraron la nueva medida como mas injusta, imaginándose que los enviaban á servir al Norte.

Desde el 7 de noviembre que aparecieron los franceses delante de Rosas, y en cuyo dia los españoles hicieron una vigorosa salida, sobreviniendo copiosas lluvias no pudieron los primeros traer su artillería ni empezar sus trabajos hasta el 16. Entonces resolvió el general Saint-Cyr embestir simultáneamente la ciudadela y el fortin de la Trinidad. Emprendióse el ataque de aquella por el baluarte llamado de la Plaza, del lado opuesto á la villa, y por donde se ejecutó tambien la acometida en el sitio del año de 1795, al cual habia asistido el general enemigo Sanson, gefe ahora de los ingenieros.

Continuaron los trabajos por esta parte hasta el 25. Aquel dia dueños los franceses de un reducto, cabeza del atrincheramiento que cubria la villa, pensaron que seria conveniente apoderarse de esta para atacar despues la ciudadela por el frente comprendido entre los baluartes de Santa María y San Antonio. Fue entrada la villa en la noche del 26 al 27 á pesar de porfiada resistencia : de 500 hombres que la defendian 300 quedaron muertos, 150 fueron hechos prisioneros; pudieron los otros salvarse. El enemigo intimó entonces la rendicion á la ciudadela; contestósele con la negativa.

Al mismo tiempo el fortin de la Trinidad fue desde el 16 bizarramente defendido por su comandante Don Lotino Fitzgerald. Los ingleses juzgando inútil la resistencia habian retirado la gente que dentro habian metido; pero llegando poco despues el intrépido Lord Cockrane con amplias facultades del almirante Collingwood, reanimó á los españoles entrando en el fuerte con unos 80 hombres, y unidos todos rechazaron el 30 el asalto de los enemigos que creian practicable la brecha.

La guarnicion de Rosas habia vivido esperanzada de que se la socorreria por tierra; mas limitóse el auxilio á un movimiento que el 24 hizo la vanguardia al mando de Don Mariano Alvarez : cruzó este el Fluviá y arrolló al principio los puestos avanzados de los franceses, que rehechos repelieron despues á los nuestros, cogiendo prisionero al 2° comandante Don José Lebrun. Serenado el general Saint-Cyr con esto y con ver que el ejército español de Vives no avanzaba según temia, trató de acabar prontamente el sitio de la ciudadela de Rosas.

Capitulacion de Rosas.

Dirigíase el principal ataque contra la cara derecha del baluarte de Santa María, y los trabajos prosiguieron con ardor en los dias 1° y 2 en que inútilmente intentaron los sitiados hacer una salida. Por fin el 5, estando la brecha practicable y despues de 29 dias de asedio, capituló honrosamente el gobernador quedando la guarnicion prisionera de guerra. Tuvo mayor ventura Don Lotino Fitzgerald comandante del fortin de la Trinidad, habiéndose embarcado él y su gente con la ayuda y diligencia de Lord Cockrane, quien tal vez hubiera del mismo modo salvado la guarnicion de la ciudadela si hubiera sido comodoro del apostadero inglés.

Avanza Saint-Cyr camino de Barcelona.

Desembarazado el general Saint-Cyr del sitio de Rosas, se adelantó á socorrer á Barcelona con 15,000 infantes y 1500 caballos, despues de haber dejado en el Ampurdan la division del general Reille. Hubiera corrido riesgo el general francés de ser detenido en el camino, si D. Juan de Vives en vez de mantener sus tropas en derredor de Barcelona, le hubiese salido al encuentro en alguno de los sitios oportunos del tránsito : cosa tanto mas hacedera cuanto despues de sus infructuosas tentativas sobre Barcelona se le habian agregado en noviembre las

divisiones de Granada y Aragon y otros cuerpos sueltos. Constaba la primera, al mando de Don Teodoro Reding, de 11,700 infantes y 670 caballos, y la segunda de unos 4000 hombres regidos por el marqués de Lazan, quien pasó á engrosar la vanguardia despues de lo acaecido el 24 en las riberas del Fluviá.

Vives y las divisiones de Reding y Lazan.

Insistia el general Vives en acometer á Barcelona estimulado tambien por las ofertas de los comandantes de las fuerzas navales inglesas apostadas delante del puerto. Estas hicieron el 19 de noviembre un fuego vivísimo contra la plaza, cuyos habitantes á pesar del daño que recibian estaban alborozados y palmoteaban desde sus casas al ver la pesadumbre que el ataque causaba á los franceses : lo cual irritando sobremanera al comandante Lecchi, probibió á los habitantes asomarse á las azoteas en dias de refriega.

Orden singular dada por Lecchi en Barcelona.

Mal informado el general Vives dirigió á dicho general Lecchi y al español Casanova proposiciones de acomodamiento si le dejaban entrar en la plaza. Las desecharon ambos, notándose en la respuesta de Lecchi la dignidad conveniente. Creyeron sin embargo algunos que sin la pronta llegada del general Saint-Cyr, y conducida de otra manera la negociacion, quizá no hubiera esta sido infructuosa.

Trata Vives de seducirlo á él y á otros.

Don Juan Vives resolvió repetir el 26 el ataque que habia emprendido el 8. Ejecutado esta vez con mayor felicidad fueron los franceses rechazados hasta Barcelona, y se cogieron prisioneros 104 hombres que defendian la favorable posicion de San Pedro mártir. Prosiguieron las ventajas el 27, adelantándose el cuartel general á San Feliú de Llobregat, á legua y media de Barcelona. Desde donde y con deseo siempre de estrechar al enemigo, se le acometió de nuevo el 5 de diciembre, consiguiendo clavar los cañones y destruir las obras que habia formado en la falda de Monjuich.

Ataques de Vives el 26 y 27 de noviembre en las cercanías de Barcelona.

Del 5 de diciembre.

Pero eran cortas estas ventajas al lado de las que hubieran podido alcanzarse yendo en busca de Saint-Cyr. Sacrificóse todo al deseo de enseñorearse de la capital del principado. Sin embargo en la noche del 11 de diciembre sabedor Vives de que aquel general se habia movido el 8 con señales de ir la vuelta de Barcelona, mandó á Don Teodoro Reding que se adelantase hácia Granollers. Recibiéndose posteriormente confirmacion del primer aviso, se celebró un consejo de guerra, en el que variando segun costumbre los pareceres, no se siguió el de Caldagués que era el mas acertado, y segun el cual debiera haberse ido al encuentro de Saint-Cyr con la mayor parte de las fuerzas, dejando delante de Barcelona 4000 hombres bien atrincherados Resolvióse pues lo contrario, y solo salió Vives con algunas tropas

Reding y Vives van al encuentro de Saint-Cyr.

á unirse á Reding. Ambos generales juntaron 8000 hombres, agregándoseles ademas los somatenes. Al propio tiempo se previno al marqués de Lazan que separándose de la vanguardia que estaba en Gerona, siguiese la huella del francés, sin atacarle por la espalda hasta que el mismo Vives lo hiciese por el frente, y al coronel Milans que se apostase con cuatro batallones en Coll-Sacreu para molestar al enemigo si queria echarse del lado de la marina, ó sino concurrir con los demas á la accion general que se esperaba.

Continua Saint-Cyr su marcha. Apremiado el general Saint-Cyr, con la urgente necesidad de socorrer á Barcelona, no se empeñó en combatir al marqués de Lazan, quien por su parte esquivó tambien todo serio reencuentro. En seguida maniobró el general francés para disfrazar su intencion, y el 11 preparóse á marchar con rapidez y sin embarazos. Asi fue que enviando á Figueras la artillería, repartió á sus soldados víveres para cuatro dias, distribuyóles á razon de 50 cartuchos, y llevó 150,000 de reserva á lomo de acémilas. El 12 abrió la marcha desde La Bisbal, teniendo en el camino algunos choques con los miqueletes de Don Juan Clarós. Enderezóse á Hostalrich, y al llegar á las alturas que le dominan con gran júbilo vió que Vives ni se habia aun adelantado hasta allí, ni ocupado las gargantas del rio Tordera, en cuyas estrechuras bastando un corto número de hombres para detener á los suyos, hubieran en breve consumido las municiones que consigo traian.

Continuó el general Saint-Cyr su marcha, y el 15 para librarse de los fuegos de Hostalrich, dió vuelta á la plaza por un sendero agrio y desconocido, tornando luego á tomar el camino de Barcelona. Salió de Vallgorguina á incomodarle el coronel Milans, viéndose el general francés obligado á retardar su marcha á causa de las cortaduras practicadas en el desfiladero de Treinta Pasos. Mas vencidos los obstáculos acampó ya por la noche su ejército al raso á una legua del que mandaba Vives, quien pasando el Cardedeu se habia colocado en ventajoso puesto entre Llinas y Villalba. La situacion de los franceses, á pesar de las faltas que cometieron los nuestros, no dejaba de ser crítica. Por su frente tenian á Vives, flanqueábalos Milans á su izquierda, y detras los seguian Clarós y Lazan. Estaban privados de artillería, escaseábanles los víveres, solamente les quedaban municiones para una hora, y eran sus tropas un conjunto de soldados nuevos de varias naciones. Si Vives hubiera sabido aprovecharse de tales ventajas, quizá se habria repetido aqui la jornada de Bailen, y calificádose de intempestivo y temerario el movimiento del general Saint-Cyr, que por su buen éxito mereció el nombre de atrevido y sabio.

Batalla de Llinas o Cardedeu. Amaneció el 16 de diciembre, y el general español aguardaba á sus contrarios colocado en la loma que se levanta despues de Cardedeu y Villalba, y termina en la Riera de la Roca. En lo mas elevado de ella y á la derecha del camino

real situó cinco piezas, dejando dos á la izquierda. Formó su columna en batalla, y desplegó sobre la derecha que mandaba Reding, ocupando el costado opuesto de la línea el somaten de Vique. Como el objeto del general francés era pasar á toda costa, decidió combatir en una sola columna que rompiese por medio de los españoles. Comenzó el ataque la division de Pino con órden expresa de no desviarse de lo resuelto por el general en gefe, pero en contravencion á ello habiendo una de sus brigadas desplegado sobre la izquierda, hubo de comprometer á los franceses en una refriega que hubiera sido su perdicion á haberse prolongado. El peligro fue para ellos grande durante algun tiempo. La brigada que habia desplegado no solo fue rechazada, mas tambien ahuyentada, y destrozado uno de sus regimientos por el de húsares españoles, á cuyo frente estaba el coronel Ibarrola, quedando prisioneros 2 gefes, 15 oficiales y unos 200 soldados. Acudió pronto y oportunamente al remedio el general Saint-Cyr.

De un lado hizo que la division Souham contuviese la brigada puesta en desórden, al mismo tiempo que de otro amenazaba la izquierda española, que era la parte mas flaca y desguarnecida, disponiendo igualmente que el general Pino con la 2ª brigada prosiguiese el ataque en columna, y rompiese nuestra línea. Ejecutada la operacion á un tiempo y en buena sazon, se cambió la suerte de las armas, y el ejército español fue envuelto y puesto en derrota. Perdiéronse cinco de los siete cañones que habia, salvándose los dos por la actividad y presencia de ánimo del teniente Ulzurrum. Nuestra pérdida fue de 500 muertos y de 1000 entre heridos y prisioneros. Mayor la de los franceses, por el daño que al principio experimentaron de la artillería española. Salvóse el general Vives á pie y por sendas extraviadas, y el general Reding ayudado de la velocidad de su caballo pudo juntarse á una columna de infantería y caballería que con el mayor órden se retiró por el camino de Granollers á San Culgat. Allí tomó el mando interinamente dicho general, y se acogió á la derecha del Llobregat, á donde se transfirió el conde del Caldagués, quien aunque salvó la artillería y municiones, tuvo por la priesa que abandonar los inmensos acopios almacenados en Sarriá, los cuales sirvieron de mucho al enemigo. El marqués de Lazan que no tomó parte en la batalla, retrocedió despues á Gerona, y el coronel Milans se mantuvo en Arenys algunos dias sin ser molestado.

Son derrotados los españoles.

Se retiran al Llobregat.

Graves y desgraciadas fueron las resultas de la accion de Llinas ó Cardedeu, no tanto por la pérdida de una parte del ejército y por el socorro que introdujeron los franceses en Barcelona, cuanto por el desánimo que causó en los españoles, y los alientos que comunicó á los bisoños y mal seguros soldados del enemigo.

Llegó el general Saint-Cyr el 17 delante de Barcelona. No rei-

Llega Saint-Cyr á Barcelona.

naba entre él y el general Duhesme el mejor acuerdo, mostrándose este descontento con recibir un gefe superior, y al que luego se dirigieron quejas y reclamaciones. Por entonces ansioso Saint-Cyr de perseguir á los españoles no tomó acerca de ellas providencia, y el 20 despues de haber dado á sus tropas dos dias de descanso, salió para el Llobregat y se situó en la márgen izquierda, reforzado su ejército con cinco batallones de la division del general Chabran.

Avanza al Llobregat.

Situacion de los españoles.

Al otro lado habian reunido los españoles el suyo que con la derrota del 16 y dispersion que ella causó en todas las tropas no ascendia arriba de 10,000 infantes y 900 caballos con artilleria numerosa. Allí llegó el general Vives que se habia embarcado en Mataró, y que despues de aprobar las medidas tomadas en su ausencia pasó á Villafranca para obrar en union con la junta del principado.

Luego que se alejó asomaron los franceses, é indeciso Don Teodoro Reding de si se retiraria ó no, consultó al general en gefe que tardó en contestar, haciéndolo al fin de un modo ambiguo, lo cual decidió al primero á sostenerse en su puesto. El ejército español estaba atrincherado en la márgen derecha del Llobregat, en las colinas en que rematan las alturas de Ordal, extendiéndose desde San Vicente hasta Pallejá. Mandaba la derecha el brigadier D. Gaspar Gomez de la Serna, la izquierda el mariscal de campo Cuadrado, manteniéndose Reding juntamente con Caldagués en uno de los reductos que habian levantado en el camino real de Valencia.

Batalla de Molins de Rey.

El enemigo al alborear del 21 empezó su ataque. Apostóse el general Chabran en Molins de Rey, que estaba á la derecha de los franceses, y de donde la batalla tomó el nombre; vadeando la division del general Pino el Llobregat por San Feliú, al tiempo que Souham con su tropa le cruzaba por San Juan del Pí. Habian en un principio creido los españoles que su izquierda seria la primera atacada, mas cerciorados de lo contrario mejoraron su posicion, haciendo los peones acertado fuego. El desaliento no obstante era grande desde la accion de Llinas, y no habia corrido suficiente tiempo para que se borrase en la mente del soldado tan funesta impresion. Envolvieron los enemigos la derecha española; arrojáronla sobre el centro, y cayendo unos y otros sobre la izquierda, ya no hubo sino desconcierto, acorralados los nuestros contra el puente de Molins de Rey. A las diez de la mañana llegó Vives solamente para presenciar la destruccion de los suyos. El ejército español estuvo muy expuesto á ser del todo cogido por los franceses; á no haberse los soldados desbandado y tirado cada uno por donde encontró salida. Fue considerable nuestra pérdida, principalmente de gefes: el brigadier la Serna murió en Tarragona de las

Derrota de los españoles y tristes resultas.

cuchilladas recibidas; el de Caldagués cayó prisionero y lo mismo varios coroneles. Quedó en poder de los contrarios toda la artillería.

Por loable que fuera el deseo que animaba al general Reding, con razon debió tacharse de extrema imprudencia el aventurar una accion con un ejército que ademas de novel, acababa pocos dias antes de ser deshecho y en parte disperso. Asi fue que el general Saint-Cyr maniobrando con sumo arte, sin grande esfuerzo desbarató completamente nuestras filas atropellándose unos soldados sobre otros. Aciagas y de trascendencia fueron las resultas. Perdiéronse las armas que arrojaron los infantes, se abandonaron los cuantiosos almacenes que habia en el Llobregat, en Villafranca del Panadés y en Villanueva de Sitges, y en fin, deshízose enteramente el ejército. Cataluña quedó casi toda ella á merced del vencedor, que no solo forzó el paso del Brudh para él tan ominoso, sino que tambien derramó por todas partes el espanto y la desolacion.

Embarazosa tambien la situacion de Saint-Cyr.

Admiró á algunos que el general Saint-Cyr permaneciese ocioso, alcanzadas tales ventajas, y atribuíanlo á la condicion perezosa de que le tachaban. Pero otros motivos obraron en su mente para proceder con lentitud y circunspeccion. Habia en su ejército á pesar de los acopios cogidos mucha escasez por la necesidad de abastecer á Barcelona; el pais que le rodeaba estaba ya agotado, la comunicacion con Francia no fácil, y los obstáculos mayores cada dia por el pronto retoño de la guerra de somatenes, contra cuyos continuos y desparramados esfuerzos se estrellaba la pericia de los generales franceses.

Acontecimientos de Tarragona.

Era por cierto situacion esta embarazosa para ellos, y de grande ayuda para los españoles, cuyos dispersos se iban allegando á Tarragona. En sus muros alborotóse el pueblo, y amenazó de muerte al general Vives, quien para preservarse de una catástrofe casi inevitable, rotos los vínculos de la subordinacion, dejó el mando, que recayó en Don Teodoro Reding, grato á la opinion popular. Poco á poco recobró la autoridad su fuerza, la junta se trasladó á Tortosa, y el nuevo general con actividad y celo empezó á arreglar el ejército, á la sazon descompuesto é insubordinado. Todo anunciaba mejora, mas todo se malogró, como veremos despues por la fatal manía de dar batallas, y tambien por el laudable deseo de socorrer á Zaragoza.

Sucede Reding á Vives.

Segundo sitio de Zaragoza.

Preparativos de defensa.

Esta ciudad, si bien ilustró su nombre en el primer sitio, ahora le engrandeció en el segundo, perpetuándole con nuevas proezas y con su imperturbable constancia, en medio de padecimientos y angustias. Situada no lejos de la frontera de Francia temióse contra ella ya

en setiembre un nuevo y mas terrible acometimiento. Palafox como general advertido aprestóse á repelerle, fortificando con esmero y en cuanto se podia poblacion tan extensa y descubierta. Encargó la direccion de las obras á Don Antonio San Genis, ya célebre por lo que trabajó en el primer sitio. El tiempo y los medios no permitian convertir á Zaragoza en plaza respetable. Hubo varios planes para fortalecerla : adoptóse como mas fácil el de una fortificacion provisional, aprovechándose de los edificios que habia en su recinto. Por la márgen derecha del Ebro se recompuso y mejoró el castillo de la Aljafería, estableciendo comunicacion con el Portillo por medio de una doble caponera, y asegurando bastantemente la defensa hasta la puerta de Sancho. Del otro lado del castillo hasta el puente de Huerva se habian fortificado los conventos intermedios, se habia levantado un terraplen revestido de piedra, abierto en partes un foso y construido en el mismo puente un reducto que se denominó del Pilar. De allí un atrincheramiento doble se extendia al monasterio de Santa Engracia, cuyas ruinas se habian grandemente fortalecido. En seguida y hasta el Ebro defendian la ciudad varias obras y baterías, no habiéndose descuidado fortificar el convento de San José, que situado á la derecha de Huerva descubria los ataques del enemigo, y protegia las salidas de los sitiados. En el monte Torrero solo se lavantó un atrincheramiento, no creyendo el puesto susceptible de larga resistencia. Por la ribera izquierda del Ebro se resguardó el arrabal con reductos y flechas, revestidos de ladrillo ó adove, haciendo ademas cortaduras en las calles y aspillerando las casas. Otro tanto se practicó en la ciudad, tapiando los pisos bajos, atronerando los otros y abriendo comunicaciones por las paredes medianeras. Las quintas y edificios, los jardines y los árboles que en derredor del recinto quedaban aun en pie despues de los destrozos del primer sitio, se arrasaron para despejar los contornos. Todos los moradores á porfía y con afanado ahinco coadyuvaron á la pronta conclusion de los trabajos emprendidos.

La artillería no era en general de grueso calibre. Habia unas 60 piezas de á 16 y 24, sacadas por la mayor parte del canal en donde los franceses las habian arrojado: apenas se hizo uso de los morteros por falta de bombas. Se reservaban en los almacenes provisiones suficientes para alimentar 15,000 durante seis meses; cada vecino tenia un acopio particular para su casa, y los conventos muchas y considerables vituallas. En un principio no se contaba para la defensa sino con 14 ó 15,000 hombres : aumentáronse hasta 28,000 con los dispersos de Tudela que se incorporaron á la guarnicion. Era segundo de Palafox Don Felipe Sain-March ; mandaba la artilleria el general Villalba, y los ingenieros el coronel San Genis. Componiase la caballería de 1400 hombres á las órdenes del general Butron.

Disposiciones de los franceses.

Los franceses despues de la batalla de Tudela tambien se preparaban por su parte á comenzar el sitio, reuniendo en Alagon las tropas y medios necesarios. El mariscal Moncey aguardaba alli con el tercer cuerpo la llegada del quinto que mandaba el mariscal Mortier, destinados ambos á aquel objeto, y ascendiendo sus fuerzas reunidas á 35,000 hombres, sin contar con seis compañías de artillería, ocho de zapadores y tres de minadores que se agregaron. Mandaba la primera el general Dedon, y los ingenieros el general Lacoste. A todos y en gefe debia capitanear el mariscal Lannes, que por indisposicion se detuvo algunos dias en Tudela.

Preséntanse delante de Zaragoza.

Unidos en Alagon el 19 de diciembre los mencionados tercero y quinto cuerpo, presentáronse el 20 delante de Zaragoza, uno por la ribera derecha del Ebro, otro por la izquierda. Antes de formalizar el sitio pensó el mariscal Moncey general en gefe por ausencia de Lannes, en apoderarse del monte Torrero, que resguardaba con 5000 hombres Don Felipe Saint-March. Para ello al amanecer del 21 coronaron sus tropas las alturas que dominan aquel sitio, al mismo tiempo que distrayendo la atencion por nuestra izquierda, se enseñorearon, por la derecha, del puente de la Muela y de la Casa-Blanca. Desde alli flanquearon la batería de Buena-Vista, en la que volándose un repuesto de granadas con una arrojada por los enemigos, causó desórden y obligó á los nuestros á abandonar el puesto. Entonces Saint-March descubierto por su derecha pegó fuego en Torrero al puente de América, y se replegó al reducto del Pilar, en donde repelidos los enemigos tuvieron que hacer alto. De mal pronóstico era para la defensa de Zaragoza la pérdida de Torrero: en el anterior sitio igual hecho habia costado la vida al oficial Falcó: en el actual avínole bien á Saint-March para no ser perseguido la particular proteccion de Palafox.

El mariscal Moncey se apodera del monte Torrero.

Son rechazados los franceses en el Arrabal.

Compensóse en algo este golpe con lo acaecido en el Arrabal el mismo dia. Queriendo tomarle el general Gazan empezó por acometer á los suizos del ejército español que estaban en el camino de Villamayor: superior en número los obligó á retirarse á la torre del Arzobispo, en donde si bien se defendieron con el mayor valor, dándoles ejemplo su gefe Don Adriano Walker, quedaron alli los mas muertos ó prisioneros. Animados los franceses embistieron tres de las baterías del arrabal, en cuyo parage mandaba Don José Manso. Durante cinco horas persistieron en sus acometidas. Infructuosamente llegaron algunos hasta el pie de los cañones del Rastro y el Tejar. El coronel de artillería Don Manuel Velasco que dirigia los fuegos, cubrióse aquel dia de gloria por su acierto y bizarra serenidad. Mucho igualmente influyó con su presencia Don José Palafox, que acudia adonde mayor pe-

ligro amagaba. El éxito fue muy feliz para los españoles, y el haber sido rechazado el enemigo, asi en este como en otros puntos, comunicó aliento á los aragoneses, y convenció al francés que tampoco en esta ocasion seria ganada de rebate la ciudad de Zaragoza. Por eso recurrió igualmente el mariscal Moncey á la via de la negociacion; mas Palafox desechó su propuesta con ánimo levantado y arrogante*.

Intimacion á la plaza.

(* Ap. n. 4.)

Los franceses trataron entonces de establecer un riguroso bloqueo. Del lado del arrabal el general Gazan inundó el terreno para impedir las salidas de los sitiados, los cuales el 25 al mando de Don Juan Oneille desalojaron á los enemigos del soto de Mezquita, obligándolos á retirarse hasta las alturas de San Gregorio. Por la derecha del rio propuso el general Lacoste tres ataques, uno contra la Aljafería, y los otros dos contra el puente de Huerva y convento de San José, punto que miraban los enemigos como mas flaco por no haber detras en el recinto de la plaza muro terraplenado. Empezaron á abrir la trinchera en la noche del 29 al 30 de diciembre.

Bloqueo y ataques que preparan los franceses.

Notando los españoles que avanzaban los trabajos de los sitiadores, se dispusieron el 31 á hacer una salida mandada por el brigadier Don Fernando Gomez de Butron. Fingióse un ataque en todo lo largo de la linea, enderezándose nuestra gente á acometer la izquierda enemiga. Mas advertido Butron de que por la llanura que se extiende delante de la puerta de Sancho se adelantaba una columna francesa, prontamente revolvió sobre ella, y dándole una carga con la caballeria la arrolló y cogió 200 prisioneros. Palafox para estimular á la demas tropa, y borrar la funesta impresion que pudieran causar las tristes noticias del resto de España, recompensó á los soldados de Butron con el distintivo de una cruz encarnada.

Salida del general Butron.

El 1° de enero reemplazó en el mando en gefe al mariscal Moncey el general Junot duque de Abrantes. En aquel dia los sitiadores para adelantarse salieron de las paralelas de derecha y centro, perdiendo mucha gente, y el mariscal Mortier, disgustado del nombramiento de Junot, partió para Calatayud con la division del general Suchet, lo cual disminuyó momentáneamente las fuerzas de los franceses.

Reemplaza Junot á Moncey.

Sale Mortier para Calatayud.

Estos habiendo establecido el 9 ocho baterías, empezaron en la mañana del 10 el bombardeo, y á batir en brecha el reducto del Pilar y el convento de San José, que aunque bien defendido por Don Mariano Renovales, no podia resistir largo tiempo. Era edificio antiguo, con paredes de poco espesor, y que desplomándose, en vez de cubrir dañaban con su caida á los defensores. Hiciéronse sin embargo notables esfuerzos, sobresaliendo en bizarría una muger llamada Manuela Sancho, de edad de

Empieza el bombardeo.

Ataques contra San José y reducto del Pilar.

Manuela Sancho.

veinticuatro años, natural de Plenas en la serranía. El 11 dieron los franceses el asalto, teniendo que emplear en su toma las mismas precauciones que para una obra de primer órden.

Alojados en aquel convento fueron dueños de la hondonada de Huerva, pero no podian avanzar al recinto de la plaza sin enseñorearse del reducto del Pilar, cuyos fuegos los incomodaban por su izquierda. El 11 tambien este punto habia sido atacado con empeño, sin que los franceses alcanzasen su objeto. Mandaba Don Domingo La Ripa, y se señaló con sus acertadas providencias, asi como el oficial de ingenieros Don Marcos Simonó, y el comandante de la batería Don Francisco Betbezé. Por la noche hicieron los nuestros una salida qne difundió el terror en el campo enemigo, hasta que su ejército vuelto en sí y puesto sobre las armas obligó á la retirada. Arrasado el 15 el reducto, quedando solo escombros y muertos los mas de los oficiales que le defendian, fue abandonado entre ocho y nueve de la noche volando al mismo tiempo el puente de Huerva, en que se apoyaba su gola.

Entre este y el Ebro del lado de San José no restaba ya á Zaragoza otra defensa sino su débil recinto y las paredes de sus casas; pero habitadas estas por hombres resueltos á pelear de muerte, alli empezó la resistencia mas vigorosa, mas tenaz y sangrienta. Resolucion de los moradores.

De la determinacion de defender las casas nació la necesidad de abandonarlas, y de que se agolpase parte de la poblacion á los barrios mas lejanos del ataque, con lo cual crecieron en ellos los apuros y angustias. El bombardeo era espantoso desde el 10, y para guarecerse de él, amontonándose las familias en los sótanos, inficionaban el aire cen el aliento de tantos, con la falta de ventilacion, y el continuado arder de luces y leña. De ello provinieron enfermedades que á poco se trasformaron en horroroso contagio. Contribuyeron á su propagacion los malos y no renovados alimentos, la zozobra, el temor, la no interrumpida agitacion, las dolorosas nuevas de la muerte del padre, del esposo, del amigo; trabajos que á cada paso martillaban el corazon. Enfermedades y contagio.

Los franceses continuaron sus obras concluyendo el 21 la tercera paralela de la derecha, y entonces fijaron el emplazamiento de contrabaterías y baterías de brecha del recinto de la plaza. Procuraban los españoles por su parte molestar al enemigo con salidas, y ejecutando acciones arrojadas, largas de referir.

No solo padecian los franceses con el daño que de dentro de Zaragoza se les hacia, sino que tambien andaban alterados con el temor de que de fuera los atacasen cuadrillas numerosas; y se confirmaron en ello con lo acaecido en Alcañiz. Por aquella parte y camino de Tortosa habian destacado para acopiar víveres al general Vatier con 600 caballos y 1200 in- Temores de los franceses.

Gente que perdieron en Alcañiz.

fantes. En su ruta fue este molestado por los paisanos y algunos soldados sueltos, en términos que deseoso de destruirlos los acosó hasta Alcañiz, en cuyas calles los perseguidos y los moradores defendiéronse con tal denuedo que para enseñorearse de la poblacion perdieron los franceses mas de 400 hombres.

Acrecentóse su desasosiego con las voces esparcidas de que el marqués de Lazan y Don Francisco Palafox venian al socorro de Zaragoza; voces entonces falsas, pues Lazan estaba lejos en Cataluña y su hermano Don Francisco, si bien habia pasado á Cuenca á implorar la ayuda del duque del Infantado, no le fue á este lícito condescender con lo que pedia. Daba ocasion al engaño una corta division de 4 á 5000 hombres que Don Felipe Perena, saliendo de Zaragoza, reunió fuera de sus muros, y la cual ocupando á Villafranca, Leciñena y Zuera, recorria la comarca.

Por escasas que fuesen semejantes fuerzas instaba á los franceses destruirlas: cuando no, podian servir de núcleo á la organizacion de otras mayores. Favoreció á su intento la llegada el 22 de enero

Llegada del mariscal Lannes.

del mariscal Lannes. Restablecido de su indisposicion acudia este á tomar el mando supremo del tercero y quinto cuerpo, que mandados separadamente por gefes entre sí desavenidos, no concurrian á la formacion del sitio con la debida union y celeridad. Puesto ahora el poder en una sola mano notáronse luego sus efectos. Por de pronto ordenó Lannes al ma-

Llama á Mortier.

riscal Mortier que de Calatayud volviese con la division del general Suchet, y que con ella y el apoyo de la de Gazan que bloqueaba el arrabal, marchase al encuentro de la gente de Perena, que los franceses creian ser Don Francisco de Palafox. Aquel oficial, dejando hácia Zuera alguna fuerza, replegóse con el resto desde Perdiguera, donde estaba, á nuestra Se-

Dispersa este á Perena.

ñora de Magallon. Gente la suya nueva y allegadiza ahuyentáronla fácilmente los franceses de las cercanías de Zaragoza, y pudieron continuar el sitio sin molestia ni diversion de afuera.

Redoblando pues su furia contra la ciudad abrieron espaciosa brecha en su recinto, y ya no les quedaba sino pasar el Huerva para intentar el asalto. Construyeron dos puentes, y en la orilla izquierda dos plazas de armas donde se reuniese la gente necesaria al efecto. Los nuestros, sin dejar de defender algunos puntos aislados que les quedaban fuera, perfeccionaban tambien sus atrincheramientos interiores.

Asalto de los franceses al recinto de la ciudad.

El 27 determinaron los enemigos dar el asalto. Dos brechas practicables se les ofrecian, una enfrente del convento de San José, y otra mas á la derecha cerca de un molino de aceite que ocupaban. En el ataque del centro habian tambien abierto una brecha en el convento de

Santa Engracia, y por ella y las otras dos corrieron al asalto en aquel dia á las doce de la mañana. La campana de la torre nueva avisó á los sitiados del peligro. Todos á su tañido se atropellaron á las brechas. Por la del molino embistieron los franceses, y se encaramaron sin que los detuvieran dos hornillos á que se prendió fuego; mas un atrincheramiento interior y una granizada de balas, metralla y granadas, los forzaron á retirarse, limitándose á coronar con dificultad lo alto de la brecha por medio de un alojamiento. Enfrente de San José, rechazados repetidas veces consiguieron al fin meterse desde la brecha en una casa contigua, y hubieran pasado adelante á no haberlos contenido la intrepidez de los sitiados. El ataque contra Santa Engracia, si bien al principio ventajoso al enemigo, salióle despues mas caro que los otros. Tomaron en efecto sus soldados aquel monasterio, enseñoreáronse del convento inmediato de las Descalzas, y enfilando desde él la larga cortina que iba de Santa Engracia al puente de Huerva obligaron á los españoles á abandonarla. Alentados los franceses con la victoria se extendieron hasta la puerta del Cármen, y llevados de igual ardor los que de ellos guardaban la paralela del centro, acometieron por la izquierda, se hicieron dueños del convento de Trinitarios descalzos, y ya avanzaban á la Misericordia cuando se vieron abrasados con el fuego de dos cañones, y el daño que recibian de calles y casas. Los nuestros persiguiéndolos hicieron una salida, y hasta se metieron en el convento de Trinitarios, que fuera otra vez suyo sin el pronto socorro que trajo á los contrarios el general Morlot. Murieron de los franceses 800 hombres, en cuyo número se contaron varios oficiales de ingenieros.

Muerte de San Genis.

Pero de esta clase tuvieron los españoles que llorar al siguiente dia la dolorosa pérdida del comandante Don Antonio San Genis, que fue muerto en la batería llamada Palafox al tiempo que desde ella observaba los movimientos del enemigo. Tenia cuarenta y tres años de edad, y amábanle todos por ser oficial valiente, experimentado y entendido. Y aunque de condicion afable, era tal su entereza que desde el primer sitio habia dicho, « no se me llame á consejo si se trata de capitular, porque « nunca será mi opinion que no podamos defendernos. »

Estragos del bombardeo y epidemia.

El bombardeo mientras tanto continuaba sus estragos, siendo mayores los de la epidemia, de que ya morian 350 personas por dia, y los hubo en que fallecieron 500. Faltaban los medicamentos, estaban henchidos de enfermos los hospitales, costaba una gallina cinco pesos fuertes, careciase de carne y de casi toda legumbre. Ni habia tiempo ni espacio para sepultar los muertos, cuyos cadáveres hacinados delante de las iglesias, esparcidos á veces y desgarrados por las bombas, ofrecian á la vista espantoso y lamentable espectáculo. Confiado el mariscal Lannés de que en tal aprieto se darian á partido los

Intimacion de Lannes. españoles, sobre todo si eran noticiosos de lo que en otras partes ocurria, envió un parlamento comunicando los desastres de nuestros ejércitos y la retirada de los ingleses. Mas en balde: los zaragozanos nada escucharon; en vez de amilanarse crecia su valor al par de los apuros. Su caudillo, firme como ellos, repetia: « defenderé hasta « la última tapia. »

Dicho de Palafox.

Los franceses entonces yendo adelante en sus embestidas, inútilmente quisieron el 28 y 29 apoderarse por su derecha de los conventos de San Agustin y Santa Mónica. Tampoco pudieron vencer el obstáculo de una casa intermedia que les quedaba para penetrar en la calle de la Puerta quemada. Lo mismo les sucedió con una manzana contigua á Santa Engracia, empezando entonces á disputarse con encarnizamiento la posesion de cada casa, y de cada piso, y de cada cuarto.

Resistencia en casas y edificios.

Minas de los franceses. Siendo muy mortífero para los franceses este desconocido linage de defensa, resolvieron no acometer á pecho descubierto, y emprendieron por medio de minas una guerra terrible y escondida. Aunque en ella les daban su saber y recursos grandes ventajas, no por eso se abatieron los sitiados; y sosteniéndose entre las ruinas y derribos que causaban las minas enemigas, no solo procuraban conservar aquellos escombros, sino que tambien queriar recuperar los perdidos. Intentáronlo aunque en vano con el convento de Trinatarios descalzos. La lid fue porfiada y sangrienta; quedó herido el general francés Rostoland y muertos muchos de sus oficiales. Nuestros paisanos y soldados abalanzábanse al peligro como fieras. Y sacerdotes piadosos y atrevidos no cesaban de animarlos con sus lenguas y dar consuelos religiosos á los que caian heridos de muerte, siendo á veces ellos mismos víctimas de su fervor. Augusto entonces y grandioso ministerio, que al paso que desempeñaba sus propias y sagradas obligaciones, cumplia tambien con las que en tales casos y sin excepcion exige la patria de sus hijos.

Patriotismo y fervor de algunos eclesiasticos.

A fuerza de empeño y trabajos, y valiéndose siempre de sus minas, se apoderaron los franceses el 1° de febrero de San Agustin y Santa Mónica, y esperaron penetrar hasta el Coso por la calle de la Puerta quemada; empresa la última que se les malogró con pérdida de 200 hombres. Dolorosa fue tambien para ellos la toma en aquel dia de algunas casas en la calle de Santa Engracia, cayendo atravesado de una bala por las sienes el general Lacoste, célebre ya en otros nombrados sitios. Sucedióle Mr. Rogniat, herido igualmente en el siguiente dia.

Muerte del general Lacoste.

Aunque despacio, y por decirlo asi, á palmos, avanzaba el enemigo por los tres puntos principales de su ataque que acabamos de mencionar. Mas como le costaba tanta sangre, excitáronse murmuraciones y quejas en su

Murmuraciones del ejército frances.

ejército, las cuales estimularon al mariscal Lannes á avivar la conclusion de tan fatal sitio, acometiendo el arrabal.

Embestida del arrabal.

Seguia en aquella parte el general Gazan, habiéndose limitado hasta entonces á conservar riguroso bloqueo. Ahora segun lo dispuesto por Lannes, emprendió los trabajos de sitio. El 7 de febrero embistieron ya sus soldados el convento de franciscanos de Jesus á la derecha del camino de Barcelona. Tomáronle despues de tres horas de fuego, arrojando de dentro á 200 hombres que le guarnecian; y no pudiendo ir mas adelante por la resistencia que los nuestros les opusieron, paráronse allí y se atrincheraron.

Los progresos del enemigo en la ciudad.

Trató Lannes al mismo tiempo de que se diesen la mano con este ataque los de la ciudad, y puso su particular conato en que el de la derecha de San José se extendiese por la universidad y puerta del Sol hasta salir al pretil del rio. Tampoco descuidó el del centro, en donde los sitiados defendieron con tal tenacidad unas barracas que habia junto á las ruinas del hospital, que segun la expresion de uno de los gefes enemigos « era menester matarlos para vencerlos. » Allí el sitiador, ayudado de los sótanos del hospital, atravesó la calle de Santa Engracia por medio de una galería, y con la explosion de un hornillo se hizo dueño del convento de San Francisco : hasta que subiendo por la noche al campanario el coronel español Fleury acompañado de paisanos, agujerearon juntos la bóveda y causaron tal daño á los franceses desde aquella altura, que huyeron estos recobrando despues á duras penas el terreno perdido.

Nuevas murmuraciones del ejército francés.

Los combates de todos lados eran continuos, y aunque los sostenian por nuestra parte hombres flacos y macilentos, ensañábanse tanto, que creciendo las quejas del soldado enemigo, exclamaba : « que se aguardasen re« fuerzos, si no se queria que aquellas malhadadas ruinas fuesen « su sepulcro. »

Toma del arrabal.

Urgia pues á Lannes acabar sitio tan extraño y porfiado. El 18 de febrero volvió á seguirse el ataque del arrabal; y con horroroso fuego, al paso que de un lado se derribaban frágiles casas, flanqueábase del otro el puente del Ebro para estorbar todo socorro, pereciendo al querer intentarlo el baron de Versages. A las dos de la tarde abierta brecha, penetraron los franceses en el convento de mercenarios llamado de San Lázaro. Fundacion del rey don Jaime el Conquistador y edificio grandioso, fue defendido con el mayor valor; y en su escalera de construccion magnífica anduvo la lucha muy reñida : perecieron casi todos los que le guarnecian. Ocupado el convento por los franceses, quedó á los demas soldados del arrabal cortada la retirada. Imposible fue, excepto á unos cuantos, repasar el puente, siendo tan tremendo el fuego del enemigo que no parecia sino que á ma-

nera de las del Janto, se habian incendiado las aguas del Ebro. En tamaño aprieto echaron los mas de los nuestros por la orilla del rio, capitaneándolos el comandante de guardias españolas Manso: pero perseguidos por la caballería francesa, enfermos, fatigados y sin municiones, tuvieron que rendirse. Con el arrabal perdieron los españoles entre muertos, heridos y prisioneros 2000 hombres,

Dueños asi los franceses de la orilla izquierda del Ebro, colocaron en batería 50 piezas, con cuyo fuego empezaron á arruinar las casas situadas al otro lado en el pretil del rio. Ganaban tambien terreno dentro de la ciudad, extendiéndose por la derecha del Coso; y ocupado el convento de Trinitarios calzados se adelantaron á la calle del Sepulcro, procurando de este modo concertar diversos ataques. En tal estado, meditando dar un golpe decisivo, habian formado seis galerías de mina que atrevesaban el Coso, y cargando cada uno de los hornillos con 3000 libras de pólvora, confiaban en que su explosion, causando terrible espanto en los zaragozanos les obligaria á rendirse.

Furioso ataque que los franceses preparan.

No necesitaron los franceses acudir á medio tan violento. Menos eran de 4000 los hombres que en la ciudad podian sustentar las armas, 14,000 estaban postrados en cama, muchos convalecientes y los demas habian perecido al rigor de la epidemia y de la guerra. Desvanecíanse las esperanzas de socorro; y el mismo general Don José de Palafox, acometido de la enfermedad reinante, tuvo que trasmitir sus facultades á una junta que se instaló en la noche del 18 al 19 de febrero. Componíase esta de 34 indiduos, siendo su presidente Don Pedro María Ric regente de la audiencia. Rodeada de dificultades convocó la nueva autoridad á los principales gefes militares, quienes trazando un tristísimo cuadro de los medios que quedaban de defensa, inclinaron los ánimos á capitular. Discutióse no obstante largamente la materia; mas pasando á votacion, hubo de los vocales 26 que estuvieron por la rendicion, y solo ocho, entre ellos Ric, se mantuvieron firmes en la negativa. En airtud de la decision de la mayoria, envióse al cuartel general enemigo un parlamento, á nombre de Palafox, aceptando con alguna variacion las ofertas que el mariscal Lannes habia hecho dias antes; pero este por tardía desechó con indignacion la propuesta.

Deplorable estado de la ciudad.

Enfermedad de Palafox.

La junta entonces pidió por si misma suspension de hostilidades. Aceptó el mariscal frances con expresa condicion de que dentro de dos horas se le presentasen sus comisionados á tratar de la capitulacion. En el pueblo y entre los militares habia un partido numeroso que reciamente se oponia á ella, por lo cual hubo de usarse de precauciones.

Propone la junta capitular.

Fue nombrado para ir al cuartel general francés Don Pedro María Ric con otros vocales. Recibiólos

Conferencia con Lannes.

aquel mariscal con desden y aun desprecio, censurando agriamente y con irritacion la conducta de la ciudad, por no haber escuchado primero sus proposiciones. Amansado algun tanto con prudentes palabras de los comisionados, añadió Lannes, « respetaránse las « mugeres y los niños, con lo que queda el asunto concluido. » « Ni aun empezado, replicó prontamente mas con serenidad y fir- « meza Don Pedro Ric, eso seria entregarnos sin condicion á mer- « ced del enemigo, y en tal caso continuará Zaragoza defendién- « dose, pues aun tiene armas, municiones, y sobre todo puños. »

Capitulacion.

No queriendo sin duda el mariscal Lannes compeler á despecho ánimos tan altivos, reportóse aun mas, y comenzó á dictar la capitulacion. En vano se esforzó Don Pedro Ric por alterar alguna de sus cláusulas ó introducir otras nuevas. Fueron desatendidas las mas de sus reclamaciones. Sin embargo instando para que por un artículo expreso se permitiese á Don José de Palafox ir á donde tuviese por conveniente, replicó Lannes que nunca un individuo podia ser objeto de una capitulacion; pero añadió que empeñaba su palabra de honor de dejar á aquel general entera libertad, así como á todo el que quisiese salir de Zorogoza. Estos pormenores, que es necesario no echar en olvido, han sido publicados en una relacion impresa por el mismo Don Pedro María Ric, de cuya boca tambien nosotros se los hemos oido repetidas veces, mereciendo su dicho entera fé, como de magistrado veraz y respetable.

Palabra que da Lannes.

Firma la junta la capitulacion.

La junta admitió y firmó el 20 la capitulacion, airándose Lannes de que pidiese nuevas aclaraciones; mas de nada sirvió ni aun lo estipulado. En aquella misma noche la soldadesca francesa saqueó y robó; y si bien pudieran atribuirse tales excesos á la dificultad de contener al soldado despues de tan penoso sitio, no admite igual excusa el quebrantamiento de otros artículos, ni la falta de cumplimiento de la palabra empeñada de dejar ir libre á Don José de Palafox. Moribundo sacáronle de Zaragoza, á donde tuvieron que volverle por el estado de postracion en que se hallaba. Apenas restablecido lleváronle á Francia, y encerrado en Vincennes padeció hasta en 1814 durísimo cautiverio.

Quebrántase por los franceses horrorosamente.

Maltrato dado á Palafox.

Fueron aun mas allá los enemigos en sus demasías y crueldades. Despojaron á muchos prisioneros, mataron á otros y maltrataron á casi todos. Tres dias despues de la capitulacion á la una de la noche llamaron de un cuarto inmediato al de Palafox donde siempre dormia, á su antiguo maestro el padre Don Basilio Boggiero, y al salir se encontró con el alcalde mayor Solanilla, un capitan frances y un destacamento de granaderos que le sacaron fuera sin decirle á donde le llevaban. Tomaron al paso al capellan Don Santiago Sas que se habia distinguido en el segundo sitio tanto como en el anterior, despidieron á Solanilla,

Muerte de prisioneros de Boggiero y Sas.

y solos los franceses marcharon con los dos presos al puente de Piedra. Allí matáronlos á bayonetazos, arrojando sus cadáveres al rio. Hirieron primero á Sas, y no se oyó de su boca como tampoco de la de Boggiero otra voz que la de animarse recíprocamente á muerte tan bárbara é impensada. Contólo asi despues y repetidas veces el capitan francés encargado de su ejecucion, añadiendo que el mariscal Lannes le habia ordenado los matase sin hacer ruido. ¡Atrocidad inaudita! A tal punto el vencedor atropelló en Zaragoza las leyes de la guerra y los derechos sagrados de la humanidad.

(* Ap. n. 5.) La capitulacion se publicó en la Gaceta de Madrid de* 28 de febrero, nunca en los papeles franceses, sin duda para que se creyese que se habia entregado Zaragoza á merced del conquistador, y disculpar asi los excesos: como si con capitulacion ó sin ella pudieran permitirse muchos de los que se cometieron.

Entrada de Lannes en Zaragoza. Fue nombrado el general Laval gobernador de Zaragoza. Hizo el 5 de marzo su entrada solemne Lannes, recibiéndole en la iglesia de nuestra Señora del Pilar P. Santander. el padre Santander obispo auxiliar, que ausente en los dos sitios volvió á Zaragoza á celebrar el triunfo de los enemigos de su patria. Del joyero de aquel templo se sacaron las mas preciosas alhajas, pasando á manos de los principales gefes franceses bajo el nombre de regalos que hacia la junta *. (* Véase ap. núm. 6.) El mariscal Lannes permaneció en Zaragoza hasta el 14 de marzo que partió á Francia sucediéndole por entonces en el mando el general Junot duque de Abrantes. Junot sucede otra vez á Lannes.

Duró el sitio de Zaragoza 62 dias; y sin la epidemia, principal ayudadora de los franceses, muchos esfuerzos y tiempo hubieran Pérdidas de unos y de otros. todavía empleado estos en la conquista. Al capitular solo era suya una cuarta parte de la ciudad, el arrabal y 13 iglesias ó conventos, y sin embargo su posesion les habia costado tanto trabajo y la pérdida de mas de 8000 hombres. Murieron (* Ap n. 7.) de los españoles en ambos sitios 53,873 * personas; el mayor número en el último y de la epidemia. Fueron Ruinas de edificios y bibliotecas. destruidos con las bombas los mas de los edificios. La biblioteca de la universidad, formada con la antigua de los Jesuitas y enriquecida con varias dádivas, entre ellas una del ilustre aragonés Don Ramon de Pignatelli, se voló con una mina. Pereció tambien al final del sitio la del convento de dominicos de San Ildefonso, fundada por el marqués de la Compuesta secretario de gracia y justicia de Felipe V, en la que habia, sin los impresos, mas de 2000 curiosos manuscritos. Tan destructora y enemiga de las letras es la guerra, aun hecha por naciones cultas.

Juicio sobre este sitio. Muchos han dudado de si fue ó no conveniente defender á Zaragoza; desaprobando otros con mas razon el que se hubiesen encerrado tantas tropas en su recinto. Debiérase

ciertamente haber acudido al remedio de semejante embarazo, sacando de allí las que se recogieron despues de la rota de Tudela ó cualesquiera otras : con tal que se hubiera limitado su número á los 14 ó 15,000 hombres que antes habia, y los cuales unidos al entusiasmado vecindario bastaban para escarmentar de nuevo al enemigo y detenerle largo tiempo delante de sus muros. Mas por lo que toca á la determinacion de defender la ciudad, nos parece que fue acertada y provechosa. Los laureles adquiridos en el primer sitio habian dado al nombre da Zaragoza tan mágico influjo, que su pronta y fácil entrega hubiera causado desmayo en toda la nacion. De otra parte su resistencia no solo impidió la ocupacion de algunas provincias, deteniendo el ímpetu de huestes formidables, sino que tambien aquellos mismos hombres que tan bravos é impávidos se mostraban guarecidos de las tapias y las casas, no hubieran inexpertos y en campo raso podido sostonerse contra la práctica y disciplina de los franceses, mayormente cuando la impaciencia pública forzaba á aventurar imprudentes batallas.

Por varios y encontrados que en este punto hayan sido los dictámenes, nunca discordaron ni discordarán en calificar de gloriosísima y extraordinaria la defensa de Zaragoza. El general francés Rogniat, testigo de vista, nos dice con loable imparcialidad * : (* Ap. n. 8.)
« La alteza de ánimo que mostraron aquellos morado-
« res fue uno de los mas admirables espectáculos que ofrecen los
« anales de las naciones despues de los sitios de Sagunto y Numan-
« cia. » Fuélo en efecto tanto, que en 1814 citóse ya su ejemplo á los pueblos de Francia, como digno de imitarse, por aquel mismo Napoleon que antes hubiera querido borrarle de la memoria de los hombres.

LIBRO OCTAVO.

José en Madrid. — Felicitaciones. — Sus providencias. — Comisarios regios. — Tropa española. — Junta criminal. — Comisarios de hacienda. — Opinion acerca de José. — Junta central en Sevilla. — Declaracion unánime en favor de la causa peninsular de las provincias de América y Asia — Auxilios que envian. — Decreto de la central sobre América de 22 de enero. — Nuevo reglamento para las juntas provinciales de España. — Tratado con Inglaterra de 9 de enero. — Subsidios de Inglaterra. — Tribunal de seguridad pública. — Centrales enviados á las provincias. — Marqués de Villel en Cádiz. — Los ingleses quieren ocupar la plaza. — Altercados que hubo en ello. — Alboroto en Cádiz. — Conducta extraña de Villel. — Riesgo que corre su persona. — Matan á Heredia. — Sosiégase el alboroto. — Ejércitos. — El de la Mancha. — Ataque de Mora. — Alburquerque y Cartaojal. — Pasa Alburquerque al ejército de Cuesta. — Avanza Cartaojal y se retira. Accion de Ciudad Real. — Ejército de Extremadura. — Avanza á Almaraz. — Córtase el puente. — Pasan los franceses el Tajo. — Retíranse los nuestros. — Ventajas conseguidas por los españoles. — Unese Alburquerque á Cuesta. — Batalla de Medellin. — Sus resultas. — Determinacion de la central. — Venegas sucede á Cartaojal. — Reflexiones. — Comision de Sotelo. — Respuesta de la central. — Cartas de Sebastiani á Jovellanos y otros. — Cartas de Sebastiani al señor Jovellanos. — Contestacion del señor Jovellanos. — Guerra de Austria. — Cataluña. — Alboroto de Lérida. — Reding en Tarragona. — Plan prudente de Marti. — Variase. — Situacion del ejército español. — Le atacan los franceses. — Entran en Igualada. — Movimentos de Saint-Cyr y Reding. — Batalla de Valls. — Entran los franceses en Reus. — Esperanzas de Saint-Cyr. — Salen vanas. — Guerra de somatenes. — Dificultad de las comunicaciones. — Retírase Saint-Cyr de las cercanías de Tarragona. — Pasa por Barcelona. — Estado de la ciudad. Niéganse las autoridades civiles á prestar juramento. — Prenden á muchos y los llevan á Francia. — Pasa Saint-Cyr á Vique. — Muerte de Reding. — Sucede Coupigny. — Paisanos del Valles. — Principio de las partidas en todo el reino. — Decreto de la central. — Porlier. — Don Juan Echavarri. — El Empecinado. — Ciudad Rodrigo y Wilson. — Asturias. — La junta. — Ballesteros. — Sus operaciones en Colombres. — Armamento de la provincia. — Worster. — Entran los asturianos en Ribadeo. — Y en Mondoñedo. — Sorprenden y dispersan los franceses á Worster. — Romana. — Su ejército. — Empieza el levantamiento de Galicia. — Mariscal Soult. — Trata de invadir á Portugal. — Inútil tentativa para atravesar el Miño. — Toma Soult hácia Orense. — Insurreccion. — Los abades de Couto y Valladares. — El paisanage molesta á los franceses en su marcha. — Soult y Romana. — Intimacion á este. — Es desbaratada la retaguardia española. — Ataca á Villafranca. — Se apodera de la guarnicion. — Llega Romana á Oviedo. — Altercado con la junta. — Invade Ney á Asturias. — Kellerman. — Romana se embarca en Gijon. — Saquean los franceses á Oviedo. — Sale Ney de Asturias. — Maby amenaza á Lugo. — Desbarata al general Fournier. — Pone cerco á la ciudad. — Crece la insurreccion de Galicia. — Barrio. — Junta de Lobera. — Sitia á Vigo el abad de Valladares. — Limia. — Tenreiro y el portugués Almeida. — Morillo. — Gogo. — Ríndese Vigo á los españoles. — Bloqueo de Tuy. — Le alzan. — Y evacuan la ciu-

dad los franceses. — Se crea y aumenta la division del Miño. — Mándala Don Martin de la Carrera. — Desbarata á los franceses en el campo de la Estrella. — Campaña de Soult en Portugal. — Entran los franceses en Chaves. — En Braga — Asoman á Oporto. — Estado de la ciudad. — Éntranla los franceses. — Gran matanza. — Conducta del mariscal Soult. — Pídenle sea rey. — Silveira recobra á Chaves. — Coronel Trant. — Regencia de Portugal. — Cradock y los ingleses. — Beresford manda á los portugueses. — Refuérzase el ejército inglés. — Sir A Wellesley nombrado general en gefe. — Sus providencias. — Avanza á Coimbra. — Situacion de los franceses. — Sociedad secreta de los filadelfos. — Plan de Welesley. — Se apoderan los ingleses de Oporto. — Apuros de Soult. — Pasa la frontera. — Llega á Lugo. — Levanta Mahy el cerco. — Encuéntrase con Romana en Mondoñedo. — Marcha atrevida de los españoles. — Descontento del soldado con Romana. — Ney y Soult en Lugo. — Conciértanse para destruir el ejército español. — Conde de Noroña 2° comandante de Galicia. Accion del puente de San Payo. — Soult trata de pasar á Castilla. — Paisanos del Sil. — Quema de varios pueblos. — Romana en Celanova. — Soult en la Puebla de Sanabria. — General Franceschi cogido por el Capuchino. — Situacion de Ney. — Mazarredo. — Bazan. — Evacua Ney á Galicia. — Entra Noroña en la Coruña. — Worster y Bárcena. — Ballesteros pasa á Castilla y á las montañas de Santander. — Ocupa á Santander. Échanle los franceses y se embarca. — Intrepidez de Porlier. — Marcha admirable del batallon de la Princesa. — Romana en la Coruña. — Sus providencias y negligencia. — Sale á Castilla. — Nombra á Mahy para Asturias. — Nombra á Ballesteros para mandar 10,000 hombres. — Sucédele despues en el mando del ejército el duque del Parque. — Fin de este libro. — Parangon de la guerra de Austria y España. — Prevision notable de Pitt.

Habiendo la suerte favorecido tan poderosamente las armas francesas, pareció á muchos estar ya afianzada la corona de España en las sienes de José Bonaparte. Aumentóse asi el número de sus parciales, y ora por este motivo, y ora sobre todo por exigirlo el conquistador, acudieron sucesivamente á la corte á felicitar al nuevo rey diputaciones de los ayuntamientos y cuerpos de los pueblos sojuzgados. Esmeráronse algunas en sus cumplidos, y no quedaron en zaga las que representaban á los cabildos eclesiásticos y á los regulares, con la esperanza sin duda estos de parar el golpe que les amagaba. Mostráronse igualmente adictos varios obispos, y en tanto grado que dió contra ellos un decreto la junta central *, coligiéndose de ahi que si bien la mayoría del clero español como la de la nacion estuvo por la causa de la independencia, no fue exclusivamente aquella clase ni el fanatismo, segun queda ya apuntado, la que le dió impulso, sino la justa indignacion general. Corrobórase esta opinion al ver que entre los eclesiásticos que abrazaron el partido de José, contáronse muchos de los que pasaban plaza de ignorantes y preocupados. Tan cierto es que en las convulsiones políticas el acaso, el error, el miedo colocan como á ciegas en una y otra parcialidad á varios de los que siguen

José en Madrid.

Felicitaciones.

(* Ap. n. 1.)

sus opuestas banderas: motivos que reclaman al final desenlace recíproca indulgencia.

Sus providencias. José luego que entró en Madrid en vano procuró tomar providencias que volviendo la paz y órden al reino, cautivasen el ánimo de sus nuevos súbditos. Ni tenia para ello medios bastantes, ni era fácil que el pueblo español lastimado hasta en lo mas hondo de su corazon, escuchase una voz que á su entender era fingida y enganosa. Desgraciada por lo menos fue y de mal sonido la primera que resonó en los templos, y que se trasmitió por medio de una circular fecha en 24 de enero. Ordenábase en su contenido con promesa de la futura evacuacion de los franceses cantar en todos los pueblos un Te Deum en accion de gracias por las victorias que habia en la península alcanzado Napoleon, que era como obligar á los españoles á celebrar sus propias desdichas.

Al mismo tiempo salieron para las provincias con el título de Comisarios regios. comisarios regios sugetos de cuenta á restablecer el órden y las autoridades, predicar la obediencia y representar en todo y extraordinariamente la persona del monarca. Hubo de estos quienes trataron de disminuir los males que agobiaban á los pueblos; hubo otros que los acrecentaron desempeñando su encargo en provecho suyo y con acrimonia y pasion. Su influjo no obstante era casi siempre limitado, teniendo que someterse á la voluntad varia y antojadiza de los generales franceses.

Solo en Madrid se guardaba mayor obediencia al gobierno de José, y solo con los recursos de la capital y sobre todo con los Tropa española. derechos cobrados á la entrada de puertas podia aquel contar para subvenir á los gastos públicos. Estos en verdad no eran grandes, ciñéndose á los del gobierno supremo, pues ni corria de su cuenta el pago del ejército francés, ni tenia aun tropa ni marina española que aumentasen los presupuestos del estado. Sin embargo fue uno de sus primeros deseos formar regimientos españoles. La derrota de Uclés y las que la siguieron, proporcionaron á las banderas de José algunos oficiales y soldados. Pero los madrileños miraban á estos individuos con tal ojeriza y desvío, tiznándolos con el apellido de jurados, que no pudo al principio el gobierno intruso enregimentar ni un solo cuerpo completo de españoles. Apenas se veia el soldado vestido y calzado y repuesto de sus fatigas, pasaba del lado de los patriotas, y no parecia sino que se habia separado temporalmente de sus filas para recobrar fuerzas, y empuñar armas que le volviesen la estimacion perdida. Por eso ya en enero dieron en Madrid un decreto riguroso contra los ganchos y seductores de soldados y paisanos que de nada sirvió, empeñando este género de medidas en actos arbitrarios y de cada vez mas odiosos cuando la opinion se muestra contraria y universal.

Asi fue que en 16 de febrero creó el gobierno de José una junta criminal extraordinaria compuesta de cinco alcaldes de corte, la cual entendiendo en las causas de asesinos y ladrones, debia tambien juzgar á los patriotas. En el decreto * de su creacion confundíanse estos bajo el nombre de revoltosos, sediciosos y esparcidores de malas nuevas, y no solo se les imponia á todos la misma pena, sino tambien á los que usasen de puñal ó rejon. Espantosa desigualdad, mayormente si se considera que la pena impuesta era la de horca, la cual, segun la expresion del decreto, *habia de ser ejecutada irremisiblemente y sin apelacion.* Y como si tan destemplado rigor no bastase, añadiase en su contexto que aquellos á quienes no se probase del todo su delito, quedarian á disposicion del ministro de policía general para enviarlos á los tribunales ordinarios, y ser castigados con penas extraordinarias, conforme á la calidad de los casos y de las personas. Muchos perjuicios se siguieron de estas determinaciones: varias fueron las víctimas, teniendo que llorar entre ellas á un abogado respetable de nombre Escalera, cuyo delito se reducia à haber recibido cartas de un hijo suyo que militaba del lado de los patriotas. Su infausta suerte esparció en Madrid profunda consternacion. Don Pablo Arribas, hombre de algunas letras, despierto, pero duro é inflexible, y que siendo ministro de policía promovia con ahinco semejantes causas, fue tachado de cruel y en extremo aborrecido, como varios de los jueces del tribunal criminal extraordinario: suerte que cabrá siempre á los que no obren muy moderadamente en el castigo de los delitos políticos, que por lo general solo se consideran tales en medio de la irritacion de los ánimos, soliendo luego absolverlos la fortuna.

Junta criminal.

(* Ap. n. 2.)

A las medidas de severidad del gobierno de José acompañaron ó siguieron algunas benéficas que sucesivamente iremos notando. su establecimiento sin embargo fue lento ó nunca tuvo otro efecto que el de estamparse en la coleccion de sus decretos. Inútilmente se mandó en 24 de abril que no se impusieran contribuciones extraordinarias en las provincias sometidas nombrando comisarios de hacienda que lo evitasen y diesen principio á arreglar debidamente aquel ramo. El continuo paso y mudanza de tropas francesas, la necesidad y la codicia y malversacion de ciertos empleados impedian el cumplimiento de bien ordenadas providencias, y achacábanse á veces al gobierno intruso los daños y males que eran obra de las circunstancias. Por lo demas nunca hubo, digámoslo asi, un plan fijo de administracion, destruido casi en sus cimientos el antiguo, y no adoptado aun el que habia de emanar de la constitucion de Bayona.

Comisarios de hacienda.

José por su parte entregado demasiadamente á los deleites, poco respetado de los generales franceses, y desairado con frecuencia por su hermano, no crecia en aprecio á

Opinion acerca de José.

los ojos de la mayoría española, que le miraba como un rey de bálago, sujeto al capricho, á la veleidad y á los intereses del gabinete de Francia. Con lo cual si bien las victorias le granjeaban algunos amigos, ni su gobierno se fortalecia, ni la confianza tomaba el conveniente arraigo.

Junta central en Sevilla.

Menos afortunada que José en las armas, fuélo mas la junta central en el acatamiento y obediencia que le rindieron los pueblos. Sin que le tuviesen grande aficion, censurando á veces con justicia muchas de sus resoluciones, la respetaban y cumplian sus órdenes como procedentes de una autoridad que estimaban legítima. José Bonaparte no era dueño sino de los pueblos en que dominaban las tropas francesas: la central éralo de todos aun de los ocupados por el enemigo, siempre que podian burlar la vigilancia de los que apellidaban opresores. Tranquila en su asiento de Sevilla apareció allí con mas dignidad y brillo, dándole mayor realce la declaracion en favor de la causa peninsular que hicieron las provincias de América y Asia.

Declaracion unánime en favor de la causa peninsular de las provincias de América y Asia.

A imitacion de las de Europa levantaron estas un grito universal de indignacion al saber los acontecimientos de Bayona y el alzamiento de la península. Los habitantes de Cuba, Puerto Rico, Yucatan y el poderoso reino de Nueva España pronunciáronse con no menor union y arrebatamiento que sus hermanos de Europa. En la ciudad de Méjico, despues de recibir pliegos de los diputados de Asturias en Lóndres y de la junta de Sevilla, celebróse en 9 de agosto de 1808 una reunion general de las autoridades y principales vecinos, en la que reconociendo á todas y á cada una de las juntas de España, se juró no someterse á otro soberano mas que á Fernando VII y á sus legítimos sucesores de la estirpe real de Borbon, comprometiéndose á ayudar con el mayor esfuerzo tan sagrada causa. En las islas se entusiasmaron á punto de recobrar en noviembre de aquel año la parte española de Santo Domingo cedida á Francia por el tratado de Basilea. Idénticos fueron los sentimientos que mostraron sucesivamente Tierra Firme, Buenos-Aires, Chile, el Perú y Nueva Granada. Idénticos los de todas las otras provincias de una y otra América española, cundiendo rápidamente hasta las remotas islas Filipinas y Marianas. Y si los agravios de Madrid y Bayona tocaron por su enormidad en inauditos, tambien es cierto que nunca presentó la historia del mundo un compuesto de tantos millones de hombres esparcidos por el orbe en distintos climas y lejanas regiones que se pronunciasen tan unánimemente contra la iniquidad y violencia de un usurpador extrangero.

Auxilios que envian.

Ni se limitó la declaracion á vanos clamores, ni su expresion á estudiadas frases: acompañaron á uno y á otro cuantiosos donativos que fueron de gran socorro en la desbe-

cha tormenta de fines del año de 8 y principios del 9. El laborioso catalan, el gallego, el vizcaino, los españoles todos que á costa de sudor y trabajo habian allí acumalado honroso caudal, apresuráronse á prodigar socorros á su patria ya que la lejanía no les permitia servirla con sus brazos. El natural de América tambien siguió entonces el impulso que le dieron sus padres *, y no menos que doscientos ochenta y cuatro millones de reales vinieron para el gobierno de la central en el año de 1809. De ellos casi la mitad consistió en dones gratuitos ó anticipaciones, estando las arcas reales muy agotadas con las negociaciones y derroche del tiempo de Cárlos IV.

(* Ap. n. 3.)

Tan desinteresado y general pronunciamiento provocó en la central el memorable decreto * de 22 de enero, por el cual declarándose que no eran los vastos dominios españoles de Indias propiamente colonias sino parte esencial é integrante de la monarquía, se convocaba para representarlos á individuos que debian ser nombrados al efecto por sus ayuntamientos. Cimentáronse sobre este decreto todos los que despues se promulgaron en la materia, y conforme á los cuales se igualaron en un todo con los peninsulares los naturales de América y Asia. Tal fue siempre la mente y aun la letra de la legislacion española de Indias, debiendo atribuirse el olvido en que á veces cayó á las mismas causas que destruyeron y atropellaron en España sus propias y mejores leyes. La lejanía, lo tarde que á algunas partes se comunicó el decreto é impensados embarazos no permitieron que oportunamente acudiesen á Sevilla los representantes de aquellos paises, reservándose novedad de tamaña importancia para los gobiernos que sucedieron á la junta central.

Decreto de la central sobre América de 22 de enero.

(* Ap. n. 3. bis.

Otros cuidados de no menor interés ocuparon á esta al comenzar el año de 1809. Fue uno de los primeros dar nueva planta á las juntas provinciales de donde se derivaba su autoridad, formando un reglamento con fecha de 1° de enero segun el cual se limitaban las facultades que antes tenian, y se dejaba solo á su cargo lo respectivo á contribuciones extraordinarias, donativos, alistamiento, requisiciones de caballos y armamento. Reduciase á nueve el número de sus individuos, se despojaba á estos de parte de sus honores, y se cambiaba la antigua denominacion de juntas supremas en la de *superiores provinciales de observacion y defensa.* Tambien se encomendaba á su celo precaver las asechanzas de personas sospechosas, y proveer á la seguridad y apoyo de la central; encargo, por decirlo de paso, á la verdad extraño, poner su defensa en manos de autoridades que se deprimian. Aunque muchos aprobaron y en lo general se tuvo por justo circunscribir las facultades de las juntas, causó gran desagrado el artículo 10 del nuevo reglamento, segun

Nuevo reglamento para las juntas provinciales de España.

el cual se prohibia el libre uso de la imprenta, no pareciendo sino que al extenderse no estaba aun yerto el puño de Floridablanca. Alborotáronse varias juntas con la reforma, y la de Sevilla se enojó sobremanera, y á punto que suscitó la cuestion de renovar cada seis meses uno de sus individuos en la central, y aun llegó á dar sucesor al conde de Tilly. Encendiéndose mas y mas las contestaciones, suspendióse el nuevo reglamento, y nunca tuvo cumplido efecto ni en todas las provincias ni en todas sus partes. Quizá obró livianamente la central en querer arreglar tan pronto aquellas corporaciones, mayormente cuando los acontecimientos de la guerra cortaban á veces la comunication con el gobierno supremo; pero al mismo tiempo fueron muy reprensibles las juntas que movidas de ambicion dieron lugar en aquellos apuros á altercados y desabrimientos.

Tratado con Inglaterra de 9 de enero.

Señalóse tambien la entrada del año de 1809 con estrechar de un modo solemne las relaciones con Inglaterra. Hasta entonces las que mediaban entre ambos gobiernos eran francas y cordiales, pero no estaban apoyadas en pactos formales y obligatorios. Túvose pues por conveniente darles mayor y verdadera firmeza, concluyendo en 9 de enero en Lóndres un tratado de paz y alianza. Segun su contenido se comprometió Inglaterra á asistir á los españoles con todo su poder, y á no reconocer otro rey de España é Indias sino á Fernando VII, á sus herederos ó al legítimo sucesor que la nacion española reconociese; y por su parte la junta central se obligó á no ceder á Francia porcion alguna de su territorio en Europa y demas regiones del mundo, no pudiendo las partes contratantes concluir tampoco paz con aquella nacion sino de comun acuerdo. Por un artículo adicional se convino en dar mutuas y temporales franquicias al comercio de ambos estados, hasta que las circunstancias permitiesen arreglar sobre la materia un tratado definitivo. Queria entonces la central entablar uno de subsidios mas urgente que ningun otro; pero en vano lo intentó.

Subsidios de Inglaterra.

Los que España habia alcanzado de Inglaterra habian sido cuantiosos, si bien nunca se elevaron, sobre todo en dinero, á lo que muchos han creido. De las juntas provinciales solo las de Galicia, Asturias y Sevilla recibieron cada una 20,000,000 de reales vellon, no habiendo llegado á manos de las otras cantidad alguna, por lo menos notable. Entregáronse á la central 1,600,000 rs. en dinero, y en barras 20,000,000 de la misma moneda. A sus continuas demandas respondia el gobierno británico que le era imposible tener pesos fuertes si España no abria al comercio inglés mercados en América, por cuyo medio y en cambio de géneros y efectos de su fabricacion le darian plata aquellos naturales. Por fundada que fuera hasta cierto punto dicha contestacion, desagradaba al gobierno español, que con mas ó

menos razon estaba persuadido de que con la facilidad adquirida desde el principio de la guerra de introducir en la península mercaderías inglesas, de donde se difundian á América, volvia á Inglaterra el dinero anticipado á los españoles, ó invertido en el pago de sus propias tropas, siendo contados los retornos de otra especie que podia suministrar España.

Lo cierto es que la junta central con los cortos auxilios pecuniarios de Inglaterra, y limitada en sus rentas á los productos de las provincias meridionales, invirtiendo las otras los suyos en sus propios gastos, dificilmente hubiera levantado numerosos ejércitos sin el desprendimiento y patriotismo de los españoles, y sin los poderosos socorros con que acudió América, principalmente cuando dentro del reino era casi nulo el crédito, y poco conocidos los medios de adquirirle en el extrangero.

Levantáronse clamores contra la central respecto de la distribucion de fondos, y aun acusáronla de haber mal versado algunos. Probable es que en medio del trastorno general, y de resultas de batallas perdidas y de dispersiones haya habido abusos y ocultaciones hechas por manos subalternas, mas injustísimo fue atribuir tales excesos á los individuos del gobierno supremo que nunca manejaron por sí caudales, y cuya pureza estaba al abrigo en casi todos hasta de la sospecha. A los ojos del vulgo siempre aparecen abultados los millones, y la malevolencia se aprovecha de esta propension á fin de ennegrecer la conducta de los que gobiernan. En la ocasion actual eran los gastos harto considerables para que no se consumiese con creces lo que entró en el erario.

Tribunal de seguridad pública.

A modo del tribunal criminal de José creó asimismo la central uno de seguridad pública que entendiese en los delitos de infidencia, y aunque no tan arbitrario como aquel en la aplicacion y desigualdad de las penas, reprobaron con razon su establecimiento los que no quieren ver rotos bajo ningun pretexto los diques que las leyes y la experiencia han puesto á las pasiones y á la precipitacion de los juicios humanos. Ya en Aranjuez se estableció dicho tribunal con el nombre de extraordinario de vigilancia y proteccion; y aun se nombraron ministros por la mayor parte del consejo que le compusieran; mas hasta Sevilla y bajo otros jueces no se vió que ejérciese su terrible ministerio. Afortunadamente rara vez se mostró severo é implacable. Dirigió casi siempre sus tiros contra algunos de los que estaban ausentes y abiertamente comprometidos, respondiendo en parte á los fallos de la misma naturaleza que pronunciaba el tribunal extraordinario de Madrid. Solo impuso la pena capital á un exguardia de corps que se habia pasado al enemigo, y en abril de 1809 mandó ajusticiar en secreto, exponiéndolos luego al público, á Luis Gutierrez y á un tal Echevarría su secretario, mozo de entendimiento claro y despejado. El Gutierrez habia sido fraile y redactor de una gaceta

en español que se publicaba en Bayona, y el cual con su compañero llevaba comision para disponer los ánimos de los habitantes de América en favor de José. Encontráronles cartas del rey Fernando y del infante Don Cárlos que se tuvieron por falsas. Quizá no fue injusta la pena impuesta, segun la legislacion vigente, pero el modo y sigilo empleado merecieron con razon la desaprobacion de los cuerdos é imparciales.

Centrales enviados á las provincias.

Tampoco reportó provecho el enviar individuos de la central á las provincias, de cuya comision hablamos en el libro sexto. La junta intitulándolos comisarios, los autorizó para presidir á las provinciales y representarla con la plenitud de sus facultades. Los mas de ellos no hicieron sino arrimarse á la opinion que encontraron establecida, ó entorpecer la accion de las juntas, no saliendo por lo general de su comision ninguna providencia acertada ni vigorosa. Verdad es que siendo, conforme queda apuntado, pocos entre los individuos de la central los que se miraban como prácticos y entendidos en materias de gobierno, quedáronse casi siempre los que lo eran en Sevilla, yendo ordinariamente á las provincias los mas inútiles y limitados. Fue de este número el marqués de Villel: enviado á Cádiz para atender á su fortificacion, y desarraigar añejos abusos en la administracion de la aduana, provocó por su indiscrecion y desatentadas providencias un alboroto que á no atajarse con oportunidad, hubiera dado ocasion á graves desazones. Como este acontecimiento se rozó con otro que por entonces y en la misma ciudad ocurrió con los ingleses, será bien que tratemos á un tiempo de entrambos.

Marqués de Villel en Cádiz.

Los ingleses quieren ocupar la plaza.

Luego que el gobierno británico supo las derrotas de los ejércitos españoles, y temiendo que los franceses invadiesen las Andalucías, pensó poner al abrigo de todo rebate la plaza de Cádiz, y enviar tropas suyas que la guarneciesen. Para el recibimiento de esta y para proveer en ello lo conveniente envió allí á Sir Jorge Smith con la advertencia, segun parece, de solo obrar por sí en el caso de que la junta central fuese disuelta, ó de que se cortasen las comunicaciones con el interior. No habiendo sucedido lo que recelaba el ministerio inglés, y al contrario estando ya en Sevilla el gobierno supremo, de repente y sin otro aviso notició el Sir Jorge al gobernador de Cádiz como S. M. B. le habia autorizado para exigir que se admitiese dentro de la plaza guarnicion inglesa: escribiendo al mismo tiempo á Sir Juan Cradock general de su nacion en Lisboa, á fin de que sin tardanza enviase á Cádiz parte de las tropas que tenia á sus órdenes. Avertida la junta central de lo ocurrido, extrañó que no se la hubiera de antemano consultado en asunto tan grave, y que el ministro inglés Mr. Frere no le hubiese hecho acerca de ello la mas leve insinuacion. Resentida dióselo á entender con oportunas

reflexiones, previniendo al marqués de Villel su representante en Cádiz y al gobernador, que de ningun modo permitiesen á los ingleses ocupar la plaza, guardando no obstante en la ejecucion de la órden el miramiento debido á tropas aliadas.

A poco tiempo y al principiar febrero llegaron á la bahía gaditana con el general Mackenzie dos regimientos de los pedidos á Lisboa, y súpose tambien entonces por el conducto regular cuáles eran los intentos del gobierno inglés. Este, confiado en que la expedicion de Moore no tendria el pronto y malhadado término que hemos visto, queria, conforme manifestó, trasladar aquel ejército ó bien á Lisboa, ó bien al mediodía de España; y para tener por esta parte un punto seguro de desembarco, habia resuelto enviar de antemano á Cádiz al general Sherbrooke con 4000 hombres que impidiesen una súbita acometida de los franceses. Así se lo comunicó Mr. Frère á la junta central, y así en Lóndres Mr. Canning al ministro de España Don Juan Ruiz de Apodaca, añadiendo que S. M. B. deseaba que el gobierno español examinase si era ó no conveniente dicha resolucion. — Altercados que hubo en ello.

Parecian contrarios á los anteriores procedimientos de Sir Jorje Smith los pasos que en la actualidad se daban, y disgustábale á la central que despues de haber desconocido su autoridad se pidiese ahora su dictámen y consentimiento. No pensaba que Smith se hubiese excedido de sus facultades según se le aseguró, y mas bien presumió que se achacaba al comisionado una culpa que solo era hija de resoluciones precipitadas, sugeridas por el temor de que los franceses conquistasen en breve á España. Siguiéronse varias contestaciones y conferencias que se prolongaron bastantemente. La junta mantúvose firme y con decoro, y terminó el asunto por medio de una juciosa nota * pasada en 1° de marzo, de cuyas resultas dióse otro destino á las tropas inglesas que iban á ocupar á Cádiz. (* Ap. n. 4.)

Al propio tiempo y cuando aun permanecian en su bahía los regimientos que trajo el general Mackenzie, se suscitó dentro de aquella plaza el alboroto arriba indicado, cuya coincidencia dió ocasion á que unos le atribuyesen á manejos de agentes británicos, y otros á enredos y maquinaciones de los parciales de los franceses; estos para impedir el desembarco ó introducir division y cizaña, aquellos para tener un pretexto de meter en Cádiz las tropas que estaban en la bahía. Así se inclina el hombre á buscar en orígen oscuro y extraordinario la causa de muchos acontecimientos. En el caso presente se descubre fácilmente esta en el interés que tenian varios en conservar los abusos que iba á desarraigar el marqués de Villel; en los desacordados procedimientos del último y en la suma desconfianza que á la sazon reinaba. El marqués en vez de contentarse con desempeñar sus importantes comisiones, se entrometió en dar providencias de policía subalterna — Alboroto en Cádiz.

ó solo propias del recogimiento de un claustro. Prohibia las diversiones, censuraba el vestir de las mugeres, perseguia á las de conducta equívoca, ó á las que tal le parecian, dando pábulo con estas y otras medidas no menos inoportunas á la indignacion pública. En tal estado bastaba el menor incidente para que de las hablillas y desabrimientos se pasase á una abierta insurreccion.

Conducta extraña de Villel.

Presentóse con la entrada en Cádiz el 22 de febrero de un batallon de extrangeros compuesto de desertores polacos y alemanes. Desagradaba á los gaditanos que se metiesen en la plaza aquellos soldados, á su entender poco seguros : con lo que los enemigos de la central y los de Villel que eran muchos, soplando el fuego, tumultuaron la gente que se encaminó á casa del marqués para leer un pliego sospechoso á los ojos del vulgo, y el cual acababa de llegar al capitan del puerto. Manifestóse el contenido á los alborotados, y como se limitase este á una órden para trasladar los prisioneros franceses de Cádiz á las islas Baleares, aquietáronse por de pronto, mas luego arreciando la conmocion fue llevado el marqués con gran peligro de su persona á las casas consistoriales. Crecieron las amenazas, y temerosos algunos vecinos respetables de que se repitiese la sangrienta y deplorable escena de Solano, acudieron á libertar al angustiado Villel acompañados del gobernador Don Felix Jones y de Fr. Mariano de Sevilla guardian de capuchinos, que ofreció custodiarle en su convento. De entre los amotinados salieron voces de que los ingleses aprobaban la sublevacion, y teniéndolas por falsas rogó el gobernador Jones al general Mackenzie que las desvaneciese, en cuyo deseo condescendió el inglés. Con lo cual, y con fenecer el dia se sosegó por entonces el tumulto.

Riesgo que corre su persona.

A la mañana siguiente publicó el gobernador un bando que calmase los ánimos ; mas enfureciéndose de nuevo el populacho quiso forzar la entrada del castillo de Santa Catalina, y matar al general Carraffa que con otros estaba allí preso. Púdose afortunadamente contener con palabras á la muchedumbre, entre la que hallándose ciertos contrabandistas, revolvieron sobre la Puerta del mar, cogieron á Don José Heredia comandante del resguardo, contra quien tenian particular encono, y le cosieron á puñaladas. La atrocidad del hecho, el cansancio y los ruegos de muchos calmaron al fin el tumulto, prendiendo los voluntarios de Cádiz á unos cuantos de los mas desasosegados.

Matan á Heredia.

Sosiégase el alboroto.

Ejércitos.

Afligian á los buenos partricios tan tristes y funestas ocurrencias, sin que por eso se dejase de continuar con la misma constancia en el santo propósito de la libertad de la patria. La central ponia gran diligencia en reforzar y dar nueva vida á los ejércitos que habiéndose acogido al mediodia de España le servian

de valladar. En febrero del apellidado del centro y de la gente que el marqués del Palacio y despues el conde de Cartaojal habian reunido en la Carolina, formóse solo uno, segun insinuamos, á las órdenes del último general. En Extremadura prosiguió Don Gregorio de la Cuesta juntando dispersos y restableciendo el órden y la disciplina para hacer sin tardanza frente al enemigo. De cada uno de estos dos ejércitos y de sus operaciones hablaremos sucesivamente.

El que mandaba Cartaojal, ahora llamado de la Mancha, constaba de 16,000 infantes y mas de 3000 caballos. Los que de ellos se reunieron en la Carolina tuvieron mas tiempo de arreglarse; y la caballería numerosa y bien equipada, si no tenia la práctica y ejercicios necesarios, por lo menos sobresalía en sus apariencias. Debian darse la mano las operaciones de este ejército con las del general Cuesta en Extremadura, y ya antes de ser separado del mando del ejército del centro el duque del Infantado, se habia convenido en febrero entre él y el de Cartaojal hacer un movimiento hácia Toledo, que distrajese parte de las fuerzas enemigas que intentaban cargar á Cuesta. Con este propósito púsose á las órdenes del duque de Alburquerque, encargado del mando de la vanguardia del ejército del centro despues de la batalla de Uclés, una division formada con soldados de aquel y con otros del de la Carolina; constando en todo de 9000 infantes, 2000 caballos y 10 piezas artillería. El de la Mancha.

Era el de Alburquerque mozo valiente, dispuesto para este género de operaciones. Encaminóse por Ciudad Real y el pais quebrado y de bosque espeso llamado la Gualdería, y se acercó á Mora que ocupaba con 500 á 600 dragones franceses el general Dijon. Aunque por equivocacion de los guias y cierto desarreglo que casi siempre reinaba en nuestras marchas, no habia llegado aun toda la gente de Alburquerque, particularmente la infantería, determinó este atacar á los enemigos el 18 de febrero: los cuales advertidos por el fuego de las guerrillas españolas evacuaron la villa de Mora, y solo fueron alcanzados camino de Toledo. Acometiéronlos con brio nuestros ginetes, señaladamente los regimientos de España y Pavía, mandados por sus coroneles Gamez y príncipe de Anglona, y acosándolos de cerca se cogieron unos 80 hombres, equipages y el coche del general Dijon. Ataque de Mora.

Avisados los franceses de las cercanías de tan impensado ataque, comenzaron á reunir fuerzas considerables, de lo que temeroso Alburquerque se replegó á Consuegra en donde permaneció hasta el 22. En dicho dia se descubrieron los franceses por la llanura que yace delante de la villa, y desde las nueve de la mañana estuvo jugando de ambos lados la artillería, hasta que á las tres de la misma tarde sabedor Alburquerque de que 11,000 infantes y 3000 caballos venian sobre él, creyó prudente replegarse por la Cañada del

puerto de Gineta. No siguió el enemigo, parándose en el bosque de Consuegra, y los españoles se retiraron á Manzanares descansadamente. Infundió esta escursion, aunque de poca importancia, seguridad en el soldado, y hubiera podido ser comienzo de otras que le hiciesen olvidar las anteriores derrotas y dispersiones.

Alburquerque y Cartaojal.

Pero en vez de pensar los gefes en llevar á cabo tan noble resolucion, entregáronse á zelos y rencillas. El de Alburquerque fundadamente insistia en que se hiciesen correrías y expediciones para adestrar y foguear la tropa, mas inquieto y revolvedor sustentaba su opinion de modo que enojando á Cartaojal, mirábale este con zelosa ojeriza. En tanto los franceses habian vuelto á sus antiguas posiciones, y fortaleciéndose en el ejército español y cundiendo el dictámen de Alburquerque, aparentó el general en gefe adherir á él; determinando que dicho duque fuese con 2000 ginetes la vuelta de Toledo, en donde los enemigos tenian 4000 infantes y 1500 caballos. Dobladas fuerzas que las que estos tenian habia pedido aquel para la expedicion, único medio de no aventurar malamente tropas bisoñas como lo eran las nuestras. Por lo mismo juzgó con razon el de Alburquerque que la condescendencia del conde de Cartaojal no era sino imaginada traza para comprometer su buena fama; con lo cual creciendo entre ambos la enemistad, acudieron con sus quejas á la central, sacrificando asi á deplorables pasiones la causa pública.

Pasa Alburquerque al ejército de Cuesta.

Se aprobó en Sevilla el plan del duque, pero debiendo aumentarse el ejército de Cuesta con parte del de la Mancha, por haber engrosado el suyo en Extremadura los franceses, aprovechóse Cartaojal de aquella ocurrencia para dar al de Alburquerque el encargo de capitanear las divisiones de los generales Bassecourt y Echavarry, destinadas á dicho objeto. Mas compuestas ambas de 3500 hombres y 200 caballos, advirtieron todos que con color de poner al cuidado del duque una comision importante; no trataba Cartaojal sino de alejarle de su lado. Censuróse esta providencia no acomodada á las circunstancias; pues si Alburquerque empleaba á veces reprensibles manejos y se mostraba presuntuoso, desvanecianse tales faltas con el espíritu guerrero y deseo de buen renombre que le alentaban.

El conde de Cartaojal habia sentado su cuartel general en Ciudad Real; extendiase la caballería hasta Manzanares ocupando á Daymiel, Torralba y Carrion, y la infantería se alojaba á la izquierda y á espaldas de Valdepeñas. Don Francisco Abadía, cuartel maestre, y los gefes de las divisiones trabajaron á porfía en ejercitar la tropa, pero faltaba práctica en la guerra y mayor conocimiento de las grandes maniobras.

Avanza Cartaojal y se retira.

Comenzó Cartaojal á moverse por su frente y avanzó el 24 de marzo hasta Yébenes. Allí Don Juan Bernuy, que mandaba la vanguardia, atacó á un cuerpo de lance-

ros polacos, el cual queriendo retirarse por el camino de Orgaz, tropezó con el vizconde de Zolina, que le deshizo y cogió unos cuantos prisioneros. Mas entonces informado Cartaojal de que los franceses venian por otro lado á su encuentro con fuerzas considerables, en vano trató de recogerse á Consuegra, ocupada ya la villa por los enemigos. Sorprendido de que le hubiesen atajado asi el paso volvió precipitadamente por Malagon á Ciudad Real, en donde entró en 26 á los tres dias de su salida, y despues de haber inútilmente cansado sus tropas.

Accion de Ciudad Real.

Habian los franceses juntado á las órdenes del general Sebastiani, sucesor en el mando del 4° cuerpo del mariscal Lefebvre, 12,000 hombres de infantería y caballería, de los cuales divididos en dos trozos habia tomado uno por el camino real de Andalucía, en tanto que otro partiendo de Toledo seguia por la derecha para flanquear y envolver á los españoles que confiadamente se adelantaban. No habiendo alcanzado su objeto, acosaron á los nuestros y los acometiéron el 27 por todas partes. Desconcertado Cartaojal, sin tomar disposicion alguna, dejó en la mayor confusion sus columnas, que rechazadas aquel dia y el siguiente en Ciudad Real, el Viso, Visillo y Santa Cruz de Mudela, fueron al cabo desordenadas, apoderándose el enemigo de varias piezas de artillería y muchos prisioneros. Las reliquias de nuestro ejército se abrigaron de la sierra y prontamente empezaron á juntarse en Despeñaperros y puntos inmediatos. Situóse el cuartel general en Santa Helena y los franceses se detuvieron en Santa Cruz de Mudela, aguardando noticias del mariscal Victor, que al propio tiempo maniobraba en Extremadura.

Ejército de Extremadura.

Encargado el general Cuesta en diciembre del ejército que se habia poco antes dispersado en aquella provincia, trató con particular conato de infundir saludable terror en la soldadesca desmandada y bravía desde el asesinato del general Sanjuan, y de reprimir al populacho de Badajoz, desbocado con las desgracias que allí ocurrieron al acabar el año. Y cierto que si á su condicion dura hubiera entonces unido Cuesta mayor conocimiento de la milicia, y no tanto apresuramiento en batallar, con gran provecho de la patria y realce suyo hubiera llevado á término importantes empresas. A su solo nombre temblaba el soldado, y sus órdenes eran cumplidas pronta y religiosamente.

Avanza á Almaraz.

Rehecho y aumentado el corto ejército de su mando constaba ya á mediados de enero de 12,000 hombres repartidos en dos divisiones y una vanguardia. El 25 del mismo yendo de Badajoz sentó sus reales en Trujillo, y retirándose los franceses hácia Almaraz, fueron desalojados de aquellos alrededores, enseñoreándose el 29 del puente la vanguardia capitaneada por Don Juan de Henestrosa. Trasladóse despues el general Cuesta á Jaraicejo y Deleitosa, y dispuso cortar dicho puente como en

vano lo habia intentado antes el general Galluzo. Competia aquella obra con las principales de los romanos, fabricada por Pedro Uria á expensas de la ciudad de Plasencia en el reinado de Cárlos V. Tenia 580 pies de largo, mas de 25 de ancho y 134 de alto hasta los pretiles. Constaba de dos ojos y el del lado del norte, cuya abertura excedia de 150 pies, fue el que se cortó. No habiendo al principio surtido efecto los hornillos, hubo que descarnarle á pico y barreno, é hízose con tan poca precaucion que al destrabar de los sillares, cayeron y se ahogaron 26 trabajadores con el oficial de ingenieros que los dirigia. Lástima fue la destruccion de tamaña grandeza, y en nuestro concepto arruinábanse con sobrada celeridad obras importantes y de pública utilidad, sin que despues resultase para las operaciones militares ventajas conocidas.

Pasan los franceses el Tajo.

El general Cuesta continuó en Deleitosa hasta el mes de marzo, no habiendo ocurrido en el intermedio sino un amago que hizo el enemigo hácia Guadalupe, de donde luego se retiró repasando el Tajo. Mas en dicho mes acercándose el mariscal Victor á Extremadura, se situó en el pueblo de Almaraz para avivar la construccion de un puente de balsas que supliese el destruido, no pudiendo la artillería transitar por los caminos que salian á Extremadura, desde los puentes que aun se conservaban intactos. Preparado lo necesario para llevar á efecto la obra, juzgó antes oportuno el enemigo desalojar á los españoles de la ribera opuesta en que ocupaban un sitio ventajoso, para cuyo fin pasaron 15,000 hombres y 800 caballos por el puente del Arzobispo, asi denominado de su fundador el célebre Don Pedro Tenorio prelado de Toledo. Puestos ya en la márgen izquierda se dividieron al amanecer del 18 en dos trozos, de los cuales uno marchó sobre las Mesas de Ibor, y otro á cortar la comunicacion entre este punto y Fresnedoso. Estaba entonces el ejército de Don Gregorio de la Cuesta colocado del modo siguiente: 5000 hombres formando la vanguardia, que mandaba Henestrosa, enfrente de Almaraz; la primera division de menos fuerza, y á las órdenes del duque del Parque recien llegado al ejército, en las Mesas de Ibor; la segunda de 2 á 3000 hombres mandada por Don Francisco Trias, en Fresnedoso, y la tercera, algo mas fuerte, en Deleitosa con el cuartel general, por lo que se ve que hubo desde enero aumento en su gente. El trozo de franceses que tomó del lado de Mesas de Ibor acometió el mismo 18 al duque del Parque, quien, despues de un reencuentro sostenido, se replegó á Deleitosa, adonde por la noche se le unió el general Trias. La víspera se habia desde alli trasladado Cuesta al puerto de Miravete, en cuyo punto se reunió el ejército español, habiéndosele agregado Henestrosa con la vanguardia al saber que los enemigos se acercaban al puente de Almaraz por la orilla izquierda del Tajo.

Retíranse los nuestros.

Entraron los nuestros en Trujillo el 19, y prosiguieron á

Santa Cruz del puerto : la vanguardia de Henestrosa, que protegia la retirada, tuvo un choque con parte de la caballería enemiga y la rechasó, persiguiéndola con señalada ventaja camino de Trujillo. Cuesta habia pensado aguardar á los franceses en el mencionado Santa Cruz; mas detúvole el temor de que quizá viniesen con fuerza superior á la suya. Continuó pues retirándose con la buena dicha de que cerca de Miajadas los regimientos del Infante y de dragones de Almansa arremetiesen al del número 10 de caballería ligera de la vanguardia francesa y le acuchillasen, matando mas de 150 de sus soldados. Entró Cuesta en Medellin el 22, y se alejó de alli queriendo esquivar toda pelea hasta que se le uniese el duque de Alburquerque, lo cual se verificó en la tarde del 27 en Villanueva de la Serena, viniendo, segun en su lugar dijimos, de la Mancha.

Ventajas conseguidas por los españoles.

Unese Alburquerque á Cuesta.

Juntas todas nuestras fuerzas revolvió el general Cuesta sobre Medellin en la mañana del 28, resuelto á ofrecer batalla al enemigo. Está situada aquella villa á la márgen izquierda del Guadiana, y á la falda occidental de un cerro en que tiene asiento su antiguo castillo muy deteriorado, y cuyo pie baña el mencionado rio. Merece particular memoria haber sido Medellin cuna del gran Hernan Cortés, existiendo todavía entonces, calle de la Feria, la casa en que nació; mas despues de la batalla de que vamos á hablar, fue destruida por los franceses, no quedando ahora sino algunos restos de las paredes. Llégase á Medellin viniendo de Trujillo por una larga puente, y por el otro lado ábrese una espaciosa llanura despojada de árboles, y que yace entre la madre del rio, la villa de Don Benito, y el pueblo de Mingabril. Cuesta trajo alli su gente en número de 20,000 infantes y 2000 caballos, desplegándose en una línea de una legua de largo, á manera de media luna, y sin dejar la menor reserva. Constaba la izquierda, colocada del lado de Mingabril, de la vanguardia y primera division, regidas por Don Juan de Henestrosa y el duque del Parque; el centro avanzado, y enfrente de Don Benito le guarnecia la segunda division del mando de Trias; y la derecha, arrimada al Guadiana, se componia de la tercera division del cargo del marqués de Portago, y de la fuerza traida por el duque de Alburquerque, formando un cuerpo que gobernaba el teniente general Don Francisco de Eguia. Situóse Don Gregorio de la Cuesta en la izquierda, desde donde por ser el terreno algo mas elevado descubria la campaña : tambien colocó del mismo lado casi toda la caballería, siendo el mas amenazado por el enemigo.

Batalla de Medellin.

Eran las once de la mañana cuando los franceses, saliendo de Medellin, empezaron á ordenarse, á poca distancia de la villa, describiendo un arco de círculo comprendido entre el Guadiana y una quebrada de arbolado y viñedo que va de Medellin á Minga-

bril. Estaba en su ala izquierda la division de caballería ligera del general Lasalle, en el centro una division alemana de infantería, y á la derecha la de dragones del general Latour-Maubourg, quedando de respeto las divisiones de infantería de los generales Villate y Ruffin. El total de la fuerza ascendia á 18,000 infantes y cerca de 3000 caballos. Mandaba en gefe el mariscal Victor.

Dió principio á la pelea la division alemana, y cargando dos regimientos de dragones repeliólos nuestra infantería que avanzaba con intrepidez. Durante dos horas lidiaron los franceses, retirándose lentamente y en silencio: nuestra izquierda progresaba, y el centro y la derecha cerraban de cerca al enemigo, cuya ala siniestra cejó hasta un recodo que forma el Guadiana al acercarse á Medellin. Las tropas ligeras de los españoles, esparcidas por el llano, amedrentaban por su número y arrojo á los tiradores del enemigo; y como si ya estuviesen seguras de la victoria, anunciaban con grande algazara que los campos de Medellin serian el sepulcro de los franceses. Por todas partes ganaba terreno el grueso de nuestra línea, y ya la izquierda iba á posesionarse de una batería enemiga á la sazon que los regimientos de caballería de Almansa y el Infante, y dos escuadrones de cazadores imperiales de Toledo, en vez de cargar á los contrarios volvieron grupa, y atropellándose unos á otros huyeron al galope vergonzosamente. En vano Don José de Zayas oficial de gran valor y pericia, y que en realidad mandaba la vanguardia, en vano les gritaba acompañado de sus infantes firmes y serenos, «¿qué es esto? Alto la caballería. Volvamos á ellos «que son nuestros..... » Nada escuchaban, el pavor habia embargado sus sentidos. Don Gregorio de la Cuesta al advertir tamaño baldon partió aceleradamente para contener el desórden, mas atropellado y derribado de su caballo estuvo próximo á caer en manos de los ginetes enemigos, que pasando adelante en su carga afortunadamente no le percibieron. Aunque herido en el pie, maltratado y rendido con sus años, pudo Cuesta volver á montar á caballo, y libertarse de ser prisionero.

Abandonada nuestra infantería de la izquierda por la caballería, fue desunida y rota, y cayendo sobre nuestro centro y derecha, que al mismo tiempo eran atacados por su frente, desapareció la formacion de nuestra dilatada y endeble línea como hilera de naipes. El duque de Alburquerque fue el solo que pudo por algun tiempo conservar el órden, para tomar una loma plantada de viña que habia á espaldas del llano; pero estrechada su gente por los dispersos, y aterrada con los gritos de los acuchillados, desarreglóse simultáneamente, corriendo á guarecerse de los viñedos. Desde entonces todo el ejército no presentó ya otra forma sino la de una muchedumbre desbandada, huyendo á toda priesa de la caballería enemiga, que hizo gran mortandad en nuestros pobres infantes. Durante mucho tiempo los huesos de los que allí perecie-

ron se percibian y blanqueaban, contrastando su color macilento en tan hermoso llano con el verde y matizadas flores de la primavera. Fue nuestra pérdida entre muertos, heridos y prisioneros de 10,000 hombres; la de los franceses, aunque bastante inferior, no dejó de ser considerable.

Así terminó y tan desgraciadamente la batalla de Medellin. Gloriosa para la infantería no lo fue para algunos cuerpos de caballería, que castigó severamente Don Gregorio de la Cuesta suspendiendo á tres coroneles, y quitando á los soldados una pistola hasta que recobrasen en otra accion el honor perdido. Pero por reprensible que en efecto fuese la conducta de estos, en nada descargaba á Cuesta del temerario arrojo de empeñar una batalla campal con tropas bisoñas y no bien disciplinadas, en una posicion como la que escogió y en el órden en que lo hizo, sin dejar á sus espaldas cuerpo alguno de reserva. Claro era que rota una vez la línea quedaba su ejército deshecho, no teniendo en que sostenerse ni punto adonde abrigarse, al paso que los franceses, aun perdida por ellos la batalla, podian cubrirse detras de unas huertas cerradas con tapia que habia á la salida de Medellin, y escudarse luego con el mismo pueblo desamparado de los vecinos, apoyándose en el cerro del castillo. Don Gregorio de la Cuesta con los restos de su ejército se retiró á Monasterio, límite de Extremadura y Andalucía, y en cuyo fuerte sitio debiera haber aguardado á los franceses si hubiese procedido como general entendido y prudente.

Sus resultas.

La junta central al saber la rota de Medellin no sintió descaido su ánimo, á pesar del peligro que de cerca la amagaba. Elevó á la dignidad de capitan general á Don Gregorio de la Cuesta, al paso que temia su antiguo resentimiento en caso de que hubiese triunfado, y repartió mercedes á los que se habian conducido honrosamente, no menos que á los huérfanos y viudas de los muertos en la batalla. Púsose tambien el ejército de la Mancha á las órdenes de Cuesta, aunque se nombró para mandarle de cerca á Don Francisco Venegas, restablecido de una larga enfermedad, y fue llamado el conde de Cartaojal, cuya conducta apareció muy digna de censura por lo ocurrido en Ciudad Real, pues allí no hubo sino desórden y confusion, y por lo menos en Medellin se habia peleado.

Determinaciones de la central.

Venegas sucede á Cartaojal.

Ahora haciendo corta pausa séanos lícito examinar la opinion de ciertos escritores, que al ver tantas derrotas y dispersiones han querido privar á los españoles de la gloria adquirida en la guerra de la independencia. Pocos son en verdad los que tal han intentado, y en alguno muéstrase á las claras la mala fé, alterando ó desfigurando los hechos mas conocidos. En los que no han obrado impelidos de mezquinas y reprensibles pasiones, descúbrese luego el órigen de su error en aquel empeño

Reflexiones.

de querer juzgar la defensa de España como el comun de las guerras, y no segun deben juzgarse las patrióticas y nacionales. En las unas gradúase su mérito conforme á reglas militares; en las otras ateniéndose á la constancia y duracion de la resistencia. « Median « imperios (decia Napoleon en Leipsic) entre ganar ó perder una « batalla. » Y decialo con razon en la situacion en que se hallaba; pero no asi á haber sostenido la Francia su causa, como lo hizo con la de la libertad al principio de la revolucion. La Holanda, los Estados-Unidos, todas las naciones en fin que se han visto en el caso de España, comenzaron por padecer descalabros y completas derrotas, hasta que la continuacion de la guerra convirtió en soldados á los que no eran sino meros ciudadanos. Con mayor fundamento debia acaecer lo mismo entre nosotros. La Francia era una nacion vecina, rica y poderosa, de donde sin apuro podian á cada paso llegar refuerzos. Sus ejércitos en gran parte no eran puramente mercenarios: producto de su revolucion conservaban cierto apego al nombre de patria, y quince años de guerra y de esclarecidos triunfos le habian dado la pericia y confianza de invencibles conquistadores. Austriacos, prusianos, rusos, ingleses, preparados de antemano con cuantiosos medios, con tropas antiguas y bien disciplinadas, les habian cedido el campo en repetidas lides. ¿Qué extraño pues sucediese otro tanto á los españoles en batallas campales, en que el saber y maña en evoluciones y maniobras valian mas que los ímpetus briosos del patriotismo? Al empezar la insurreccion en mayo ya vimos cuán desapercibida estaba España para la guerra con 40,000 soldados escasos, inexpertos y mal acondicionados; dueños los franceses de muchas plazas fuertes, y teniendo 100,000 hombres en el corazon del reino. Y sin embargo, ¿qué no se hizo? En los primeros meses victoriosos los españoles en casi todas partes, estrecharon á sus contrarios contra el Pirineo. Cuando despues reforzados estos inundaron con sus huestes los campos peninsulares, y oprimieron con su superioridad y destreza á nuestros ejércitos, la nacion ni se desalentó, ni se sometieron los pueblos fácil ni voluntariamente. Y en enero embarcados los ingleses, solos los españoles teniendo contra sí mas de 200,000 enemigos, mirada ya en Europa como perdida su justísima causa, no solo se desdeñó todo acomodamiento, sino que peleándose por do quiera transitaban franceses, aparecieron de nuevo ejércitos que osaron aventurar batallas, desgraciadas es cierto, pero que mostraban los redoblados esfuerzos que se hacian, y lo porfiadamente que habia de sustentarse la lucha empeñada. Cometiéronse graves faltas, descubrióse á las claras la impericia de varios generales, lo bisoño de nuestros soldados, el abandono y atraso en que el anterior gobierno habia tenido el ramo militar como los demas; pero brilla con luz muy pura el elevado carácter de la nacion, la sobriedad y valor de sus habitadores, su desprendimiento, su conformidad é

inalterable constancia en los reveses y trabajos, virtudes raras, exquisitas, mas difíciles de adquirir que la táctica y disciplina de tropas mercenarias. Abulte en buen hora la envidia, el despecho, la ignorancia los errores en que incurrimos: su voz nunca ahogará la de la verdad, ni podrá desmentir lo que han estampado en sus obras, y casi siempre con admirable imparcialidad, muchos de los que entonces eran enemigos nuestros, y señaladamente los dignos escritores Foy, Suchet y Saint-Cyr, que, mandando á los suyos, pudieron mejor que otros apreciar la resistencia y el mérito de los españoles.

Comision de Sotelo.

Volvamos ya á nuestro propósito. Ocurridas las jornadas de Ciudad Real y Medellin, pensó el gobierno de José ser aquella buena sazon para tantear al de Sevilla, y entrar en algun acomodamiento. Salió de Madrid con la comision Don Joaquin María Sotelo, magistrado que gozaba antes del concepto de hombre ilustrado, y que deteniéndose en Mérida dirigió desde alli al presidente de la junta central, por medio del general Cuesta, un pliego con fecha de 12 de abril, en el que, anunciando estar autorizado por José para tratar con la junta el modo de remediar los males que ya habian experimentado las provincias ocupadas, y el de evitar los de aquellas que todavía no lo estaban, invitaba á que se nombrase al efecto por la misma junta una ó mas personas que se abocasen con él. La central, sin contestar en derechura á Sotelo, mandó á Don Gregorio de la Cuesta que le comunicase el acuerdo que de resultas habia formado, justo y enérgico, concebido en estos términos. «Si Sotelo trae poderes «bastantes para tratar de la restitucion de nuestro «amado rey, y de que las tropas francesas evacuen al instante «todo el territorio español, hágalos públicos en la forma reco«nocida por todas las naciones, y se le oirá con anuencia de nues«tros aliados. De no ser asi la junta no puede faltar á la calidad «de los poderes de que está revestida, ni á la voluntad nacio«nal, que es de no escuchar pacto, ni admitir tregua, ni ajus«tar transaccion que no sea establecida sobre aquellas bases de «eterna necesidad y justicia. Cualquiera otra especie de negocia«cion, sin salvar al estado, envileceria á la junta, la cual se ha «obligado solemnemente á sepultarse primero entre las ruinas de «la monarquía, que á oir proposicion alguna en mengua del honor «é independencia del nombre español.» Insistió Sotelo respondiendo con una carta bastantemente moderada; mas la junta se limitó á mandar á Cuesta repitiese el mencionado acuerdo, «ad«virtiendo á Sotelo que aquella seria la última contestacion que «recibiria mientras los franceses no se allanasen lisa y llana«mente á lo que habia manifestado la junta.» No pasó por consiguiente mas adelante esta negociacion emprendida quizá con sano intento, pero que entonces se interpretó mal, y dañó al anterior buen nombre del comisionado.

Respuesta de la central.

Cartas de Sebastiani á Jovellanos y otros.

(*Ap. n. 6.)

Tambien por la porte de la Mancha se hicieron al mismo tiempo iguales tentativas, escribiendo el general francés Sebiastiani*, que alli mandaba, á Don Gaspar Melchor de Jovellanos individuo de la central, á Don Francisco de Saavedra ministro de hacienda, y al general del ejército de la Carolina Don Francisco Venegas. Es curiosa esta correspondencia, por colegirse de ella el modo diverso que tenian entonces de juzgar las cosas de España los franceses y los nacionales. Como seria prolijo insertarla íntegra, hemos preferido no copiar sino la carta del general Sebastiani á Jovellanos, y la contestacion de este.

Carta de Sebastiani al señor Jovellanos.

« Señor, la reputacion de « que gozais en Europa, vuestras ideas liberales, « vuestro amor por la patria, el deseo que manifestais « de verla feliz, deben haceros abandonar un partido que solo « combate por la inquisicion, por mantener las preocupaciones, « por el interés de algunos grandes de España, y por los de la « Inglaterra. Prolongar esta lucha es querer aumentar las desgra« cias de la España. Un hombre cual vos sois, conocido por su « carácter y sus talentos, debe conocer que la España puede es« perar el resultado mas feliz de la sumision á un rey justo é ilus« trado, cuyo genio y generosidad deben atraerle á todos los « españoles que desean la tranquilidad y prosperidad de su patria. « La libertad constitucional bajo un gobierno monárquico, el libre « ejercicio de vuestra religion, la destruccion de los obstáculos que « varios siglos ha se oponen á la regeneracion de esta bella nacion, « serán el resultado feliz de la constitucion que os ha dado el « genio vasto y sublime del emperador. Despedazados con fac« ciones, abandonados por los ingleses que jamas tuvieron otros « proyectos que el de debilitaros, el de robaros vuestras flotas y « destruir vuestro comercio, haciendo de Cádiz un nuevo Gibraltar, « no podeis ser sordos á la voz de la patria que os pide la paz y la « tranquilidad. Trabajad en ella de acuerdo con nosotros, y que « la energía de España solo se emplee desde hoy en cimentar su « verdadera felicidad. Os presento una gloriosa carrera, no dudo « que acojais con gusto la ocasion de ser útil al rey José y á vuestros « conciudadanos. Conoceis la fuerza y el número de nuestros ejér« citos, sabeis que el partido en que os hallais no ha obtenido la « menor vislumbre de suceso : hubierais llorado un dia si las vic« torias le hubieran coronado, pero el Todopoderoso en su infi« nita bondad os ha libertado de esta desgracia.

« Estoy pronto á entablar communicacion con vos y daros « pruebas de mi alta consideracion. — HORACIO SEBASTIANI. »

Contestacion del señor Jovellanos.

« Senor general, yo no sigo un partido, sigo la « santa y justa causa que sigue mi patria, que unáni« memente adoptamos los que recibimos de su mano « el augusto encargo de defenderla y regirla, y que todos habemos

« jurado seguir y sostener á costa de nnestras vidas. No lidiamos, « como pretendeis, por la inquisicion ni por soñadas preocnpa- « ciones, ni por el interés de los grandes de España : lidiamos por « los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra religion, nuestra « constitucion y nuestra independencia. Ni creais que el deseo de « conservarlos esté distante del de destruir los obstáculos que puedan « oponerse á este fin; antes por el contrario y para usar de vuestra « frase, el deseo y el propósito de regenerar la España y levantarla « al grado de esplendor que ha tenido algun dia, es mirado por « nosotros como una de nuestras principales obligaciones. Acaso « no pasará mucho tiempo sin que la Francia y la Europa entera « reconozcan que la misma nacion que sabe sostener con tanto « valor y constancia la causa de su rey y de sn libertad contra una « agresion tanto mas injusta, cuanto menos debia esperarla de los « que se decian sus primeros amigos, tiene tambien bastante celo, « firmeza y sabiduria para corregir los abusos que la condujeron « insensiblemente á la horrorosa suerte que le preparaban. No « hay alma sensible que no llore los atroces males que esta agresion « ha derramado sobre unos pueblos inocentes á quienes, despues de « pretender denigrarlos con el infame título de rebeldes, se niega « aun aquella hnmanidad que el derecho de la guerra exige y en- « cuentra en los mas bárbaros enemigos. Pero ¿ á quién serán im- « putados estos males? ¿ A los qne los causan violando todos los « principios de la naturaleza y la justicia, ó á los que lidian gene- « rosamente para defenderse de ellos y alejarlos de una vez y para « siempre de esta grande y noble nacion? Porque, señor general, « no os dejeis alucinar : estos sentimientos que tengo el honor de « expresaros son los de la nacion entera, sin que haya en ella un « solo hombre bueno, aun entre los que vuestras armas oprimen, « qne no sienta en su pecho la noble llama que arde en el de sus « defensores. Hablar de nuestros aliados fuera impertinente, si « vuestra carta no me obligase á decir en honor suyo que los pro- « pósitos que les atribuis son tan injuriosos como agenos de la ge- « nerosidad con que la nacion inglesa ofreció su amistad y sus « auxilios á nuestras provincias, cuando desarmadas y empobre- « cidas los imploraron desde los primeros pasos de la opresion con « que la amenazaban sus amigos.

« En fin, señor general, yo estaré mny dispuesto á respetar los « humanos y filosóficos principios, qne segun nos decis profesa « vnestro rey José, cuando vea que ausentándose de nuestro terri- « torio reconozca que una nacion, cuya desolacion se hace actual- « mente á su nombre por vuestros soldados, no es el teatro mas « propio para desplegarlos. Este seria ciertamente un triunfo digno « de su filosofia, y vos, señor general, si estais penetrado de los « sentimientos que ella inspira, debereis gloriaros tambien de con- « currir á este triunfo para que os toque alguna parte de nuestra

la oportunidad envió la junta central á Viena como plenipotenciario suyo á Don Eusebio de Bardaji y Azara, y aquella corte autorizó á M. Gennotte en calidad de encargado de negocios cerca del gobierno de Sevilla. Veremos luego cuán poco correspondió el éxito á esperanzas tan bien concebidas.

Ahora, despues de haber referido lo que ocurrió durante estos meses en las provincias meridionales de España, será bien que hablemos de Cataluña y de las demas partes del reino. En aquella los ánimos habian andado perturbados despues de las acciones perdidas, y de las voces y amenazas que venian de Aragon y varios puntos. Sin embargo en Tarragona no habrá olvidado el lector como la turbacion no pasó de ciertos límites, luego que Vives dejó el mando y recayó este en Reding; mas en Lérida manchóse con sangre. Fue el caso que en 1° de enero habiendo introducido en la plaza de dia y sin precaucion varios prisioneros franceses, alborotándose á su vista el vecindario y vociferando palabras de muerte, forzó el castillo á donde aquellos habian sido conducidos. Estaban tambien dentro encerrados el oidor de la audiencia de Barcelona Don Manuel Fortuny y su esposa, con otros cuatro ó cinco individuos tachados con razon ó sin ella de infidencia. Ciega la muchedumbre penetró en lo interior y mató á estos desgraciados y á varios de los prisioneros franceses. Duró tres dias la sublevacion, hasta que llegaron 300 soldados que envió el general Reding, con cuyo refuerzo y las prudentes exhortaciones del gobernador Don José Casimiro Lavalle, del obispo y otras personas, se sosegó el bullicio. Los principales sediciosos recibieron despues justo y severo castigo : siendo muy de sentir que las autoridades andando mas precavidas no hubiesen evitado de antemano tan lamentable suceso.

Cataluña.

Alboroto de Lérida.

Por su parte Don Teodoro Reding con nuevos cuerpos que llegaron de Granada y Mallorca y con reclutas habia ido completando su ejército desde diciembre hasta febrero, en cuyo espacio de tiempo habia permanecido tranquilo el de los franceses sin empeñarse en grandes empresas, teniendo para proveerse de víveres que hacer excursiones en que perdió hombres y consumió 2,000,000 de cartuchos. El plan que en Tarragona siguió al principio el general Reding fue prudente, escarmentado con lo sucedido en Llinas y Molins de Rey. Era obra de Don José Joaquin Martí, y consistia en no trabar acciones campales, en molestar al enemigo al abrigo de las plazas y puntos fragosos, en mejorar asi sucesivamente la instruccion y disciplina del ejército, y en convertir la principal defensa en una guerra de montaña, segun convenia á la índole de los naturales y al terreno en que se lidiaba. Todos concurrian con entusiasmo á alcanzar el objeto propuesto, y la junta corregimental de Tarragona mostró acendrado patriotismo en facilitar caudales, en acuñar la plata de las iglesias y

Reding en Tarragona.

Plan prudente de Martí.

de los particulares, y en proporcionar víveres y prendas de vestuario. Quísose sujetar á regla á los miqueletes, pero encontró la medida grande obstáculo en las costumbres y antiguos usos de los catalanes.

En sus demas partes, por juicioso que fuese el plan adoptado, no se persistió largo tiempo en llevarle adelante. Contribuyó á alterarle el marqués de Lazan que, habiendo sido llamado de Gerona con la division de 6 á 7000 hombres que mandaba, llegó á la línea española en sazon de estar apurada Zaragoza. Interesado particularmente en su conservacion, propuso el marqués y se aprobó que pasaria la sierra de Alcubierre con la fuerza de su mando, y que prestaria, si le era dado, algun auxilio á quella ciudad. Llenos

Vartase.

entonces los españoles de admiracion y respeto por la defensa que allí se hacia, murmuraban de que mayores fuerzas no volasen al socorro, pareciéndoles cosa fácil desembarazarse en una batalla del ejército del general Saint-Cyr. Habia crecido el aliento de resultas de algunas cortas ventajas obtenidas en reencuentros parciales, y sobre todo porque retirándose el enemigo y reconcentrándose mas y mas, atribuyóse á recelo lo que no era sino precaucion. Aveníase bien con el osado espíritu de Reding la voz popular, y cundiendo esta con rapidez, resolvió aquel caudillo dar un ataque general, sobreponiéndose á las justas reflexiones de algunos gefes cuerdos y experimentados. Movíanle igualmente las esperanzas que le daban secretas relaciones de que Barcelona se levantaria al tiempo que su ejército se aproximase.

Situacion del ejército español.

Se hallaba este en Tarragona esparcido en una enorme línea de 16 leguas, que partiendo de aquella ciudad se extendia hasta Olesa por el Coll de Santa Cristina, la Llacuna, Igualada y el Bruch. Las tropas de dicha línea que estaban fuera de Tarragona pasaban de 15,000 hombres, y las mandaba Don Juan Bautista de Castro. Las que habia dentro de la plaza á las órdenes inmediatas del general en gefe Don Teodoro Reding ascendian á unos 10,000 hombres. Segun el plan de ataque que se concertó, debia el general Castro avanzar é interponerse entre el enemigo y Barcelona, al paso que el general Reding apareceria con 8000 hombres en el Coll de Santa Cristina, descolgándose tambien de las montañas y por todos lados los somatenes.

Le atacan los franceses.

Los franceses en número de 18,000 hombres se alojaban en el Panadés, y su general en gefe habia dejado maniobrar con toda libertad al de los españoles, confiado en que fácilmente romperia la inmensa línea dentro de la cual se presumia envolverle. Por fin el 16 de febrero cuando vió que iba á ser atacado, se anticipó tomando la ofensiva. Para ello despues de haber dejado en el Vendrell la division del general Souham, salió de Villafranca con la de Pino, debiéndosele juntar las de los generales Chavot y Chabran cerca de Capelladas, y componiendo

las tres 11,000 hombres. Antes de que se uniesen se habian encontrado las tropas del general Chavot con los españoles, cuyas guerrillas al mando de Don Sebastian Ramirez habian rechazado las del enemigo y cogido mas de 100 prisioneros, entre los que se contó al coronel Carrascosa. Sacó de apuro á los suyos la llegada del general Saint-Cyr, quien repelió á los nuestros, y maniobrando despues con su acostumbrada destreza, atravesó la línea española en la direccion de la Llacuna, y con un movimiento por el costado se apareció súbitamente á la vista de Igualada, y sorprendió al general Castro, que se imaginaba que solo seria atacado por el frente. Vuelto de su error apresuradamente se retiró á Montmeneu y Cervera, á cuyos parages ciaron tambien en bastante desórden las tropas mas avanzadas. Los enemigos se apoderaron en Igualada de muchos acopios de que tenian premiosa necesidad, y recobraron los prisioneros que habian perdido la víspera en Capelladas.

Entran en Igualada.

Habiendo cortado de este modo el general Saint-Cyr la línea española, trató de revolver sobre su izquierda para destruir las tropas que guarecian los puntos de aquel lado, y unirse al general Souham. Dejó en Igualada á los generales Chabot y Chabran, y partió el 18 la vuelta de San Magin de donde desalojó al brigadier Don Miguel Iranzo, obligándole á recogerse al monasterio de Santas Cruces, cuyas puertas en vano intentó el general francés que se le abriesen ni por fuerza ni por capitulacion.

Movimientos de Saint-Cyr y Reding.

Noticioso en tanto Don Teodoro Reding de lo acaecido con Castro, salió de Tarragona acompañado de una brigada de artillería, 300 caballos y un batallon de suizos, con objeto de unir los dispersos y libertar al brigadier Iranzo. Consiguió que este y una parte considerable de la demas tropa se le agregasen en el Plá, Sarreal y Santa Coloma. Pero Saint-Cyr temeroso de ser atacado por fuerzas superiores, estando solo con la division de Pino, procuró unirse á la de Souham, y colocarse entre Tarragona y D. Teodoro Reding. Advertido este del movimiento del enemigo, decidió retroceder á aquella plaza, dejando á cargo de Don Luis Wimpffen unos 5000 hombres que cubriesen el corregimiento de Manresa, y observasen á los franceses que habian quedado en Igualada. Se mandó asimismo á Wimpffen proteger al somaten del Vallés y á los inmediatos destinados á ayudar la proyectada conspiracion de Barcelona. Movióse despues Reding hácia Montblanc llevando 10,000 hombres, y el 24 congregó á junta para resolver definitivamente si retrocederia á Tarragona, ó si iria al encuentro de los franceses: tanto pesaba á su atrevido ánimo volver la espalda sin combatir. En el consejo opinaron muchos por enriscarse del lado de Prades y enderezar la marcha á Constantí enviando la artillería á Lérida: otros, y fue lo que se decidió, pensaron ser mas honroso caminar

con la artillería y los bagages por la carretera que pasando entre el Coll de Riba y orillas del Francolí va á Tarragona, mas con la advertencia de no buscar al enemigo, ni de esquivar tampoco su encuentro si provocase á la pelea. Emprendióse la marcha y el 25 al rayar el alba, despues de cruzar el puente de Goy, tropezaron los nuestros con la gran guardia de los franceses, la cual haciendo dos descargas se recogió al cuerpo de su division, que era la del general Souham situada en las alturas de Valls.

Batalla de Valls.

Don Teodoro Reding, en vez de proseguir su marcha á Tarragona conforme á lo acordado, retrocedió con la vanguardia y se unió al grueso del ejército que estaba en la orilla derecha del Francolí, colocado en la cima de unas colinas. Tomada esta determinacion empeñóse luego una accion general, á la que sobre todo alentó haber nuestras tropas ligeras rechazado á las enemigas. El general Castro regia la derecha española; quedó la izquierda y centro al cargo del general Martí.

La fuerza de los franceses consistia únicamente hasta entonces en la division de Souham, que teniendo su derecha del lado de Plá apoyaba su izquierda en el Francolí. En aquel pueblo permanecia el general Saint-Cyr con la division de Pino, cuya vanguardia cubria el boquete de Coll de Cabra, hasta qne sabedor de haber Reding venido á las manos con Souham, se apresuró á juntarse con este. Antes de su llegada combatieron bizarramente los españoles durante cuatro horas, perdiendo terreno los franceses, los cuales reforzados á la tres de la tarde cobraron de nuevo ánimo. Entonces hubo generales españoles que creyeron prudente no aventurar las ventajas alcanzadas contra tropas que venian de refresco, resolviéndose por tanto á volver á ocupar la primera linea y proseguir el camino á Tarragona. Mas fuese por impetuosidad de los contrarios, ó por la natural inclinacion de Reding á no abandonar el campo, trabóse de nuevo y con mayor ardor la pelea.

Formó el general Saint-Cyr cuatro columnas, dos en el centro con la division de Pino, y dos en las alas con la de Souham. Pasó el Francolí, y arremetió subir á la cima en que se habian vuelto á colocar nuestras tropas. La resistencia de los españoles fue tenacísima, cediendo solo al bien concertado ataque de los enemigos. Rota despues y al cabo de largo rato la línea en vano se quiso rehacerla, salvándose nuestros soldados por las malezas y barrancos de la tierra. Alcanzaron á Don Teodoro Reding algunos ginetes enemigos; defendióse él y los oficiales que le acompañaban valerosamente, mas recibió cinco heridas y con dificultad pudo ponerse en cobro. Nuestra pérdida pasó de 2000 hombres : menor la de los franceses. Contamos entre los muertos oficiales superiores, y quedó prisionero con otros el marqués de Casteldosrius grande de España. Los dispersos se derramaron por todas partes acogiéndose muchos á Tarragona, á donde llegó por la noche el general Reding sin que

el pueblo le faltase al debido respeto, noticioso de cuanto habia expuesto su propia persona.

Entran los franceses en Reus.

Los franceses entraron al siguiente dia en Reus, cuyos vecinos permanecieron en sus casas contra la costumbre general de Cataluña, y el ayuntamiento salió á recibir á los nuevos huéspedes, y aun repartió una contribucion para auxiliarlos. Irritó sobre manera tan desusado proceder, y desaprobóle agriamente el general Reding como de mal ejemplo. Villa opulenta á causa de sus fábricas y manufacturas no qniso perder en pocas horas la acumulada riqueza de muchos años. Extendiéronse los franceses hasta el puerto de Salou, y cortaron la comunicacion de Tarragona con el resto de España. Mucho esperó Saint-Cyr de la batalla de Valls, principalmente padeciéndose en Tarragona una enfermedad contagiosa nacida de los muchos enfermos y heridos hacinados dentro de la plaza, y cuyo número se habia aumentado de resultas de un convenio que propuso el general Saint-Cyr y admitió Reding: segun el cual no debian en adelante considerarse los enfermos y heridos de los hospitales como prisioneros de guerra, sino que luego de convalecidos se habian de entregar á sns ejércitos respectivos. Como estaban en este caso muchos mas soldados españoles que franceses, pensaba el general Saint-Cyr que, aumentándose asi los apuros dentro de Tarragona, acabaria esta plaza por abrirle sus puertas. Tenia en ello tanta confianza que, conforme él mismo nos refiere en sus memorias, determinó no alejarse de aquellos muros mientras que pudiese dar á sus soldados la cuarta parte de una racion. Conducta permitida si se quiere en la guerra, pero que nunca se calificará de humana.

Esperanzas de Saint-Cyr.

Salen vanas.

Nada logró: los catalanes sin abatirse empezaron por medio de los somatenes y miqueletes á renovar una guerra destructora. Diez mil de ellos, bajo el general Wimpffen y los coroneles Milans y Clarós, atacaron á los franceses de Igualada, y los obligaron con su general Chabran á retirarse hasta Villafranca. Bloquearon otra vez á Barcelona, y cortando las comunicaciones de Saint-Cyr con aquella plaza, infundieron nuevo aliento en sus moradores. Quiso Chabran restablecerlas, mas rechazado retiróse precipitadamente, hasta que insistiendo despues con mayores fuerzas y por órden repetida de su general en gefe, abrió el paso en 14 de marzo.

Guerra de somatenes.

No pudiendo ya, falto de víveres, sostenerse el general Saint-Cyr en el campo de Tarragona, se dispuso á abandonar sus posiciones y acercarse á Viqne, como pais mas provisto de granos y bastante próximo á Gerona, cuyo sitio meditaba. Debia el 18 de marzo emprender la marcha: difirióse dos dias á causa de un incidente que prueba cuán hostil se mantenia contra los franceses toda aquella tierra. Estaba el general Chabot apostado en Montblanc para im-

Dificultad de las comunicaciones.

pedir la comunicacion de Reding con Wimpffen, y de este con la plaza de Lérida. Oyóse un dia en los puntos que ocupaba el ruido de un fuego vivo que partia de mas allá de sus avanzadas. Tal novedad obligóle á hacer un reconocimiento, por cuyo medio descubrió que provenia el estrépito de un encuentro de los somatenes con 600 hombres y dos piezas que traia un coronel enviado de Fraga por el mariscal Mortier, á fin de ponerse en relacion con el general Saint-Cyr. A duras penas habian llegado hasta Montblanc, mas no les fue posible retroceder á Aragon, teniendo despues que seguir la suerte de su ejército de Cataluña. Hecho que muestra de cuán poco habia servido domeñar á Zaragoza, y ganar la batalla de Valls para ser dueños del pais, puesto que á poco tiempo no le era dado á un oficial francés poder hacer un corto tránsito á pesar de tan fuerte escolta.

Retírase Saint-Cyr de las cercanías de Tarragona.

Esta ocurrencia, la de Chabran y lo demas que por todas partes pasaba, afligia á los franceses viendo que aquella era guerra sin término, y que en cada habitante tenian un enemigo. Para inspirar confianza y dar á entender que nada temia, el 19 de marzo antes de salir de Valls envió el general Saint-Cyr á Reding un parlamentario avisándole que, forzado por las circunstancias á acercarse á la frontera de Francia, partiria al dia siguiente, y que si el general español queria enviar un oficial con un destacamento, le entregaria el hospital que alli habia formado. Accedió Reding á la propuesta, manifestando con ella el general francés á su ejército el poco recelo que le daban en su retirada los españoles de Tarragona, oprimidos con enfermedades y trabajos. Paráronse algunos dias las divisiones francesas del Llobregat allá, y aprovechándose de su reunion ahuyentaron á Wimpffen del lado de Manresa.

Pasa por Barcelona.

Entró al paso en Barcelona el general Saint-Cyr, en donde permaneció hasta el 15 de abril. Durante su estancia no solo se ocupó en la parte militar, sino que tambien tomó disposiciones políticas, de las que algunas fueron sobradamente opresivas. El general Duhesme habia en todos tiempos mostrado temor de las conspiraciones que se tramaban en Barcelona, ya porque realmente las juzgase graves, ó ya tambien por encarecer su vigilancia. No hay duda que continuaron siempre tratos entre gentes de fuera de la plaza y personas notables de dentro, siendo de aquellas principal gefe Don Juan Clarós, y de estas el mismo capitan general Villalba, sucesor que habian dado á Ezpeleta los franceses. En el mes de marzo recobrando ánimo despues de pasados algunos dias de la rota de Valls, acercóse muchedumbre de miqueletes y somatenes á Barcelona, ayudándoles los ingleses del lado de la mar; hubo noche que llegaron hasta el glacis, y aun de dentro se tiraron tiros contra los franceses. En muchas de estas tentativas estaban quizá los conspira-

Estado de la ciudad.

dores mas esperanzados de lo que debieran, y á veces la misma policía aumentaba los peligros, y aun fraguaba tramas para recomendar su buen celo. Tal se decia de su gefe el español Casanova, y aun lo sospechaba el general Saint-Cyr, sirviendo de pretexto el nombre de conjuracion para apoderarse de los bienes de los acusados. Mas con todo no dejó de haber conspiraciones que fueron reales, y que mantuvieron justo recelo entre los enemigos: motivo por el que quiso el general Saint-Cyr obligar con juramento á las autoridades civiles á reconocer á José, del mismo modo que se habia intentado antes con los militares, sin que en ello fuese mas dichoso.

Niéganse las autoridades civiles á prestar juramento.

Hasta entonces no habia parecido á Duhesme conveniente exigírselo deseoso de evitar nueva irritacion y disgustos, y se contentaba con que ejerciesen sus respectivas jurisdicciones; resolucion prudente y que no poco contribuyó á la tranquilidad y buen órden de Barcelona. Mas ahora cumpliendo con lo que habia dispuesto el general Saint-Cyr, convocó al efecto el 9 de abril á la casa de la audiencia á las autoridades civiles, y señaladamente concurrieron á ella los oidores Mendieta, Vaca, Córdova, Beltran, Marchamalo, Dueñas, Lasauca, Ortiz, Villanueva y Gutierrez; nombres dignos de mentarse por la entereza y brio con que se portaron. Abrióse la sesion con un discurso en que se invitaba á prestar el juramento, obligacion que se suponia suspendida á causa de particulares miramientos. Negáronse á ello resueltamente casi todos, replicando con claras y firmes razones, principalmente los señores Mendieta y Don Domingo Dueñas, quien concluyó con expresar « que primero pisaria la toga que le revestia, que deshonrarla con juramentos contrarios á la lealtad. » Siguieron tan noble ejemplo seis de los siete regidores que habian quedado en Barcelona: lo mismo hicieron los empleados en las oficinas de contaduría, tesorería y aduana, afirmando el contador Asaguirre « que, aun cuando toda España proclamase á José, él se expatriaria. » Veintinueve fueron los que de resultas se enviaron presos á Monjuich y á la ciudadela, sin contar otros muchos que quedaron arrestados en sus casas, en cuyo número se distinguian el conde de Ezpeleta y su sucesor Don Galceran de Villalba. Al conducirlos á la prision el pueblo agolpábase al paso, y mirándolos como mártires de la lealtad, los colmaba de bendiciones, y les ofrecia todo linage de socorros.

Prenden á muchos y los llevan á Francia.

No satisfecho Saint-Cyr con esta determinacion, resolvió poco despues trasladarlos á Francia, medida dura y en verdad agena de la condicion apacible y mansa que por lo comun mostraba aquel general, y tanto menos necesaria cuanto entre los presos si bien se contaban magistrados y empleados íntegros y de capacidad, no habia ninguno inclinado á abanderizar parcialidades.

Tomada esta y otras providencias se alejó el general Saint-Cyr de Barcelona, y llegó á Vique el 18 de abril, cuya ciudad encontró vacia de gente, excepto los enfermos, seis ancianos y el obispo. Con la precipitacion lleváronse solamente los vecinos las alhajas mas preciosas, dejando provisiones bastantes que aliviaron la penuria con que siempre andaba el ejército enemigo. Alli recibió su general noticias de Francia de que carecia por el camino directo despues de cinco meses, y empezóse á preparar para el sitio de Gerona, pensando que el ejército español no estaba en el caso de poder incomodarle tan en breve. No se engañaba en su juicio, asi por el estado enfermizo y de desórden en que se hallaba despues de la batalla de Valls, como tambien por el fallecimiento del general Reding acaecido en aquella plaza el 23 de abril. Al principio no se habian creido sus heridas de gravedad, pero empeorándose con las aflicciones y sinsabores pusieron término á su vida. Reding general diligente y de gran denuedo mostróse, aunque suizo de nacion, tan adicto á la causa de España, como si fuera hijo de su propio suelo. Sucedióle interinamente el marqués de Coupigny.

Pasa Saint-Cyr á Vique.

Muerte de Reding.

Sucédele Coupigny.

La guerra de somatenes siempre proseguia encarnizadamente, y largos y difíciles de contar serian sus particulares y diversos trances. Muestra fue del ardor que los animaba la vigorosa respuesta de los paisanos del Vallés á la intimacion que los franceses les hicieron de rendirse. « El general « Saint-Cyr (decian) y sus dignos compañeros podrán tener la « funesta gloria de no ver en todo este pais mas que un monton de « ruinas... pero ni ellos ni su amo dirán jamas que este partido « rindió de grado la cerviz á un yugo que justamente rechaza la « nacion. »

Paisanos del Vallés.

Tal género de guerra cundió á todas las provincias nacido de las circunstancias y por acomodarse muy mucho á la situacion física y geográfica de esta tierra de España, entretegida y enlazada con los brazos y ramales de montañas y sierras que como de principal tronco se desgajan de los Pirineos y otras cordilleras, las cuales aunque interrumpidas á veces por parameras, tendidas llanuras y deliciosas vegas, acanalando en unas partes los rios, y en otras quebrando y abarrancando el terreno con los torrentes y arroyadas que de sus cimas descienden, forman á cada paso angosturas y desfiladeros propios para una guerra defensiva y prolongada. No menos ayudaba á ella la índole de los naturales, su valor, la agilidad y soltura de los cuerpos, su sencillo arreo, la sobriedad y templanza en el vivir que los hace por lo general tan sufridores de la hambre, de la sed y trabajos. Hubo sitios en que guerreaba toda la poblacion : asi acontecia en Cataluña, asi en Galicia, segun luego veremos, asi en otras comarcas. En los demas parages levantáronse bandas de hombres armados, á

Principio de las partidas en todo el reino.

las que se dió el nombre de *guerrillas*. Al principio cortas en número crecieron despues prodigiosamente, y acaudilladas por gefes atrevidos recorrian la tierra ocupada por el enemigo y le molestaban como tropas ligeras. Sin subir á Viriato puede con razon afirmarse que los españoles se mostraron siempre inclinados á este linage de lides, que se llaman en la 2ª Partida correduras y algaras, fruto quizá de los muchos siglos que tuvieron aquellos que pelear contra los moros, en cuyas guerras eran continuas las correrías á que debieron su fama los Vivares y los Munios Sanchos de Hinojosa. En la de sucesion, aunque varias provincias no tomaron parte por ninguno de los pretendientes, aparecieron no obstante cuadrillas en algunos parages, y con tanta utilidad á veces de la bandera de la casa de Borbon, que el marqués de Santa Cruz de Marcenado en sus reflexiones militares las recomienda por los buenos servicios que habian hecho los paisanos de Benavarre. En la guerra contra Napoleon nacieron mas que de un plan combinado de la naturaleza de la misma lucha. Engruesábanlas con gente las dispersiones de los ejércitos, la falta de ocupacion y trabajo, la pobreza que resultaba, y sobre todo la aversion contra los invasores viva siempre y mayor cada dia por los males que necesariamente causaban sus tropas en guerra tan encarnizada.

Decreto de la central.

La junta central sin embargo previendo cuán provechoso seria no dar descanso al enemigo y molestarle á todas horas y en todos sentidos, imaginó la formacion de estos cuerpos francos, y al efecto publicó un reglamento en 28 de diciembre de 1808 en que, despertando la ambicion y excitando el interés personal, trataba al mismo tiempo de poner coto á los desmanes y excesos que pudieran cometer tropas no sujetas á la rigorosa disciplina de un ejército. Nunca se practicó este reglamento en muchas de sus partes, y aun no habia circulado por las provincias cuando ya las recorrian algunos partidarios. Fue

Porlier.

uno de los primeros Don Juan Diaz Porlier, á quien denominaron el Marquesito por creerle pariente de Romana. Oficial en uno de los regimientos que se hallaron en la accion de Burgos, tuvo despues encargo de juntar dispersos, y situóse con este objeto en San Cebrian de Campos á tres leguas de Palencia. Allegó en diciembre de 1808 alguna gente, y ya en enero sorprendió destacamentos enemigos en Frómista, Rivas y Paredes de Nava, en donde se pusieron en libertad varios prisioneros ingleses, señalándose por su intrepidez Don Bartolomé Amor segundo de Porlier. Próximo este á ser cogido en Saldaña y dispersada su tropa, juntóla de nuevo, haciéndose dueño en febrero del depósito de prisioneros que tenian los franceses en Sahagun, y de mas de 100 de sus soldados. Creció entonces su fama, difundióse á Asturias, y la junta le suministró auxilios, con lo que, y engrosada su partida, acometió á la guarnicion enemiga de Aguilar de Campo, compuesta

de 400 hombres y dos cañones, siendo curioso el modo que empleó para rendirlos. Encerrados los franceses en su cuartel bien pertrechados y sostenidos por su artillería, dificultoso era entrarlos á viva fuerza. Viendo esto Porlier hizo subir algunos de los suyos á la torre, y de allí arrojar grandes piedras, que cayendo sobre el tejado del cuartel, le demolieron y dejaron descubiertos á los franceses obligándolos á entregarse prisioneros. Concluyó otras empresas con no menor dicha.

Don Juan Echavarri.

No fue tanta entonces la de Don Juan Fernandez de Echavarri que con nombre de compañía del norte levantó una cuadrilla que corria la montaña de Santander y señorío de Vizcaya, pues preso él y algunos de sus compañeros en 30 de marzo, fue sentenciado á muerte por un tribunal criminal extraordinario que á manera del de Madrid se estableció en Bilbao, el cual en este y otros casos ejerció inhumanamente su odioso ministerio.

El Empecinado.

Otras partidas de menos nombre nacieron y comenzaron á multiplicarse por todas las provincias ocupadas. Distinguióse desde los principios la de Don Juan Martin Diez que llamaron el *Empecinado* (apodo que dan los comarcanos á los vecinos de Castrillo de Duero de donde era natural). Soldado licenciado despues de la guerra de Francia de 1793, pasaba honradamente la vida dedicado á la labranza en la villa de Fuentecen. Mal enojado como todos los españoles con los acontecimientos de abril y mayo de 1808, dejó la esteva y empuñó la espada, hallándose ya en las acciones de Cabezon y Rioseco. Persiguiéronle despues envidias y enemistades, y le prendieron en el Burgo de Osma, de donde se escapó al entrar los franceses. Luego que se vió libre reunió gente ayudado de tres hermanos suyos; y empezando en diciembre á molestar al enemigo, recorrió en enero y febrero con fruto los partidos de Aranda, Segovia, tierra de Sepúlveda y Pedraza. Aunque acosado en seguida por los enemigos, internándose en Santa María de Nieva, recogió en sus cercanías muchos caballos y hombres. Con tales hechos se extendió la fama de su nombre, mas tambien el perseguimiento de los franceses que enviaron en su alcance fuerzas considerables, y prendieron como en rehenes á su madre. Casi rodeado salvóse en la primavera con su partida, y sin abandonar ninguno de los prisioneros que habia hecho, yendo por las sierras de Ávila, se guareció en Ciudad Rodrigo. Llegaron entonces á noticia de la central sus correrías, y le condecoró con el grado de capitan. Tambien por los meses de abril y mayo tomó las armas y formó partida Don Gerónimo Merino cura de Villoviado. Lo mismo hicieron otros muchos, de los que y de sus cuadrillas suspenderemos hablar hasta que ocurra algun hecho notable ó refiramos lo que pasaba en las provincias en que tenian su principal asiento.

Ayudaron al principio mucho á estas partidas, amparándolas en

sus apuros las plazas y puntos que todavía quedaban libres. Acabamos de ver como el Empecinado se abrigó á Ciudad Rodrigo, en cuya plaza y sus alrededores solia permanecer el digno é incansable gefe inglés Sir Roberto Wilson. Asistido de su legion lusitana á la que se habian agregado españoles é ingleses dispersos, y una corta fuerza bajo Don Cárlos de España, protegia á nuestros partidarios é incomodaba al general Lapisse colocado en Ledesma y Salamanca. Este, aunque al frente de 10,000 hombres y con mucha artillería, apenas habia hecho cosa notable hasta abril desde enero en que se apoderó de Zamora, ciudad casi abandonada. Solo en 2 de marzo esperanzado en malos tratos se presentó delante de Ciudad Rodrigo para entrar de rebato la plaza, mas el aviso de buenos españoles y la diligencia de Wilson le impidieron salir adelante con su proyecto, incomodándole este continuamente aun en sus mismos reales. Ciudad Rodrigo y Wilson.

Por aquel tiempo Asturias, provincia que despues de la invasion de Galicia era la sola libre entre las del norte, mostróse firme, y continuó desplegando sus patrióticos sentimientos. Gobernábala la misma junta que se habia congregado en 1808, compuesta de hacendados y personas principales del pais. Dió para el armamento y defensa enérgicas providencias, que la malquistaron con muchos. Tales fueron un alistamiento general sin excepcion de clase ni persona, el repartimiento extraordinario á toda la provincia de 2,000,000 de reales, y el de otras sumas entre los mas ricos capitalistas y propietarios, la rebaja de sueldos á los empleados; y por último el haber mandado á las corporaciones eclesiásticas que tuviesen á su disposicion los caudales que existieran en sus depósitos. Con estos recursos hubo bastante para hacer frente á los considerables gastos que ocasionaron las dispersiones de Espinosa y las posteriores, y arreglar de nuevo y aumentar la fuerza necesaria para la defensa del principado. Asturias. La junta.

Uno de los puntos que urgia poner al abrigo de un impensado ataque era el del lado oriental, por donde los enemigos se habian extendido hasta mas acá de San Vicente de la Barquera. Juntáronse las pocas tropas que quedaban, y se pusieron á las órdenes de Don Francisco Ballesteros, que de capitan retirado y visitador de tabacos habia ascendido á mariscal de campo en la profusion de grados que se concedieron. Contentóse al principio el nuevo general con ocupar las orillas del rio Sella, hasta que reforzado avanzó en enero de 1809 á Colombres y riberas del Deva. Descubrieron luego Ballesteros y otros gefes suma actividad y celo, esmerándose en la instruccion y disciplina de subalternos y soldados. Y en aquel campo al paso que se perfeccionaron unos y otros en los ejercicios de su profesion, habituáronse tambien al fuego, no estando separados del enemigo sino por el Ballesteros.

Deva, y al fin se alcanzó formar una division que regida por Ballesteros adquirió justo renombre en el curso de la guerra.

Sus operaciones en Colombres.

Antes de empezar febrero ascendia dicha fuerza á 5000 hombres, y el 6 del mismo desalojó ya á la del enemigo de la línea que ocupaba, incomodándole con frecuencia, y casi siempre ventajosamente. Hubo ocasiones en que las refriegas fueron de mas empeño, sobre todo una acaecida en fines de abril, consiguiendo los nuestros penetrar hasta San Vicente de la Barquera, en cuyo pueblo celebró su victoria el general Ballesteros con grande aparato; vana ostentacion á que era inclinado, pero con la que entusiasmaba al soldado y granjeaba su voluntad.

Armamento de la provincia.

La junta de Asturias habia ademas establecido dentro del principado, bajo el nombre de *alarma*, un levantamiento general para que acudiesen á la defensa, en caso de irrupcion, todos los hombres capaces de manejar un fusil ó un chuzo, de cuyas armas no habia vecino que no estuviese provisto.

Worster.

A últimos de enero, al saberse la ocupacion de Galicia, igualmente paró su atencion en formar y juntar con prontitud una division de 7000 hombres que cubriese la parte occidental de Asturias, y cuyo mando por desgracia dió á Don José Worster general de menguado seso, aunque antiguo oficial de artillería.

Entran los asturianos en Ribadeo.

Puesta esta fuerza á orillas del Eo, sabiendo ser corta la que tenian enfrente los enemigos, y ansiando por tener un apoyo los patriotas de aquellos partidos, de los que del lado de Vivero se habian ya levantado algunos, tratóse seriamente al comenzar febrero de hacer una excursion en Galicia. Verificóse asi, mas con tan poco órden que las tropas de Worster cometieron excesos en Ribadeo como si fuesen enemigas, y mataron á Don Raimundo Ibañez comerciante rico é ilustrado de aquella villa. Difícil era que soldados tan insubordinados se comportasen debidamente cuando se tratase de guerrear. No obstante intentó Worster sorprender á los franceses que guarnecian á Mondoñedo. Sita esta ciudad en un profundo valle, cercada de altas montañas, y sin otro camino llano mas que el que conduce á Asturias, pudiera fácilmente haberse conseguido la empresa. Pero Worster por sus mal concertadas órdenes, y el coronel Linares por no atender cumplidamente al punto que guardaba, diéronse tan torpe maña que dejaron retirarse á los franceses sin grande molestia. Worster luego que entró en Mondoñedo, en vez de tener presente la clase de enemigo con quien las habia, entregóse á fiestas y convites que le dieron los vecinos, de cuyo descuido enterado el general francés Maurice Mathieu que mandaba por aquella parte, despues de entrar en Vivero, en que se habia formado una junta, y de entregar al saco y furor del soldado aquella villa, revolvió sobre

Y en Mondoñedo.

Sorprenden y dispersan los franceses á Worster.

Mondoñedo, sorprendió y dispersó la division de Worster, superior en número, y penetrando en Asturias hasta el Navia saqueó y aniquiló los Concejos que median entre este rio y el Eo. Afortunadamente se hallaba en las cercanias Don Manuel Acevedo indivuduo de la junta, y hermano del general que pereció despues de la batalla de Espinosa, y á su actividad é ilustrada diligencia debióse la pronta reunion á esta parte del Navia de lôs soldados desbandados, ayudándole con esmero el gobernador del partido Don Matías Menendez, y el bizarro coronel Galdiano. Advertido el general francés de que la tropa asturiana se habia rehecho, y juzgando arriesgado internarse aun en el principado, retrocedió á Galicia y se contentó con ocupar sus antiguas posiciones.

Romana.

Tales eran los acontecimientos ocurridos en Asturias, mientras que esta provincia, si bien libre, se habia mantenido como aislada y sin comunicacion con las otras, hasta que en la primavera de 1809 pisó su suelo por primera vez el marqués de la Romana; mas para averiguar los motivos que trajeron á este caudillo al principado, necesario es referir antes lo que pasó en Galicia despues que le dejamos en enero á él y á su gente cerca de la frontera de Portugal.

Su ejército.

Alli continuó todo el febrero mudando á menudo de posicion, y aproximándose á veces á la plaza portuguesa de Chaves. Consistia su fuerza en 9000 hombres, distribuidos en una vanguardia al cargo de Don Gabriel de Mendizabal, y en dos divisiones que mandaban los generales Mahy y Taboada. Su estancia en aquellos parages animó mucho al paisanage de Galicia, abultándose el número de sus tropas y el de sus recursos. Tambien procuraba el mismo marqués por medio de emisarios atizar el fuego, y el ayudante general Moscoso, en una comision que tuvo en lo interior de aquella provincia, repartió con buen éxito ejemplares manuscritos de una instruccion que habia compuesto para la guerra de partidas.

Empieza el levantamiento de Galicia.

Hubo sitios en que produjeron estos pasos conveniente efecto; mas hubo otros en que sin ageno estímulo formáronse muy luego los habitantes en cuadrillas. Asi aconteció con los paisanos de la Puebla de Tribes que los primeros y antes de comenzar febrero, dirigidos por Diego Nuñez de Millaroso, cogieron prisioneros á 80 dragones de la division del general Marchand, los cuales con varios despojos llevaron en triunfo adonde estaba Romana. Imitáronlos en breve otros muchos en el valle de Valdeorras, y uniéndose cinco fieldades eligieron una junta, escogiendo por su general á Don José, abad de Casoyo, mozo arrojado y de la casa de Quiroga, ilustre en aquella tierra. Su hermano Don Juan tambien de Quiroga y Uria cooperó grandemente á sus empresas, que se multiplicaron y se extendieron hácia el Vierzo. En la linea de Lugo desde el valle de Cruzul hasta monte Salgueiro,

no lejos de Betanzos, interceptaron los naturales correos y destacamentos, señalándose el juez de Cancelada Don Ignacio Herbon, quien al acabar febrero atacó en Doncos un convoy, y le cogió en su mayor parte. Pero en donde se encendió extraordinariamente y tomó forma mas regular la insurreccion, segun veremos mas adelante, fue del lado de Tuy.

Mucho hubiera podido contribuir á darle pronto y vigoroso centro la permanencia de Romana hácia Monterey; mas nuevas ocurrencias le obligaron á alejarse. Indicamos en otro libro como el mariscal Soult avanzaba por la costa de Galicia via de Portugal. Ejecutó este movimiento en virtud de órden que en 28 de enero recibió en el Ferrol para invadir aquel reino.

Mariscal Soult.

Luego que se embarcaron los ingleses en la Coruña quedando pocos en Lisboa, parecióle fácil á Napaleon llegar á las puertas de esta capital, y lavar con su conquista la antigua mancha. Para ello al paso que Soult habia de realizar la principal invasion por la costa de Galicia y provincias portuguesas del norte, el general Lapisse y el mariscal Victor estaban encargados de amenazar la frontera portuguesa por Ciudad Rodrigo y Extremadura. Componianse las fuerzas de Soult del segundo cuerpo y de parte del que habia mandado Junot: segun Napoleon ascendian en todo á 50,000 hombres, como si no hubiesen tenido pérdidas ni baja alguna; mas realmente estaban reducidas á la mitad: 4000 eran de caballería.

Trata de invadir á Portugal.

Inútil tentativa para atravesar el Miño.

El mariscal Soult despues de tomar las correspondientes providencias y de dejar en su lugar á Ney, ausente en Lugo al recibo de la órden, púsose en marcha, y el 3 de febrero llegó á Santiago. Precediéronle los generales Lahoussaye y Franceschi: el primero con los dragones se encaminó á Ribadavia y Salvatierra, plaza de poco valer y desmantelada á orilla derecha del Miño; y el segundo con la caballería ligera fue la vuelta de Tuy, ciudad colocada en la misma ribera. Sostenia á estas divisiones la de infantería del general Merle, que avanzó á Pontevedra. Las otras con el mariscal Soult salieron de Santiago el 8, llegando el 10 á Tuy. Corre el Miño por alli muy caudaloso, y sin que desde Orense se encuentre puente alguno; no obstante pensó Soult cruzarle hácia la marina, acopiando los preparativos necearios en el puertecillo de la Guardia, separado de la desembocadura por el monte de Santa Tecla. Habiendo dificultades para doblar la punta que este forma, y subir rio arriba, trasladaron los franceses por tierra en carros gallegos cosa de una legua con mucho trabajo los botes destinados al trasporte de la tropa, y los volvieron á poner boyantes en el Tamuge, rio pequeño que desagua en el Miño. El 15 en la noche á la hora de la marea alta quedó encargado de empezar la operacion el general Thomieres. Ejecutóse en buen órden por el Tamuge, pero al entrar en la gran cor-

riente del Miño, mas rápida con el reflujo que comenzaba, separáronse los botes, y pocos fueron los que arribaron á la orilla opuesta. Los portugueses mandados por el general Bernardino Freire hicieron contra ellos un fuego vivo y acertado, con lo cual y la marea ya contraria tuvieron que volver los mas á tierra de España, quedando prisioneros de los portugueses unos 40 hombres. El malogramiento de esta tentativa cundiendo por una y otra frontera animó al paisanage, deseoso de molestar á los franceses.

Tambien con aquel contratiempo vió el mariscal Soult los obstáculos que se le ofrecian para pasar el Miño, no teniendo á su pronta disposicion los medios necesarios. Por lo cual determinó entrar en Portugal via de Orense, tomando rio arriba. Salió pues de Tuy el 17 de febrero, y nombró al general Lamartiniere comandante de la ciudad, en la que dejó los enfermos, la mayor parte de la artillería, y alguna guarnicion.

Toma Soult hácia Orense.

A corta distancia ya percibió síntomas de una insurreccion general. Habíanla fomentado varios individuos, entre los que se señalaron el abad de Couto y el de Valladares. Aquella tierra está bien cultivada, con poblacion numerosa y desparramada, en caseríos rústicos. De las heredades distribuidas en cortas porciones, y por lo general á foro enfitéutico, disponen los usufructuarios como de cosa propia. Y la gente trabajadora y de suyo guardosa, temia mas que la de otras provincias perder con la invasion de extraños el producto de sus labores é industria, y con tanta mayor razon cuanto los franceses escasos de provisiones comenzaron á hacer repartimientos excesivos, y á cometer robos y saqueos.

Insurreccion.

Los abades de Couto y Valladares.

Alli los abades, nombre que se dá á los curas párrocos, tienen mucho influjo por su riqueza y poder. Lo tienen los ricos y cercanos monasterios del órden cisterciense de San Clodio y Melon, y teníanlo tambien entonces por su patriotismo varios particulares, los cuales juntos y separadamente trataron de aprovechar la buena disposicion del pueblo contra los extrangeros. Antes que ninguno descubrióse el abad de Couto, Don Mauricio Troncoso, quien congregando á sus feligreses con motivo de un repartimiento que los invasores habian echado, díjoles: « En vez de dar á los enemigos lo que nos piden, « seré vuestra guia si quereis negárselo y emplearlo en vuestra « defensa. » aplaudieron todos aquellas palabras, y agregándose personas de cuenta y aun portugueses, soltáronse de todos lados partidas que hostigaron á los franceses en su marcha. En Mourenton hizoles notable daño el mismo abad de Couto, y quemaron aquel pueblo en venganza. Desde el puente de las Hachas hasta Ribadavia tambien padecieron varias acometidas, acaudillando al paisanage José Labrador, el monge Bernardo Fray Francisco Car-

El paisanage molesta á los franceses en su marcha.

rascon, y despues el juez de Maside; y si bien en estos reencuentros los franceses con su pericia y buenas armas rompian al fin por medio é iban adelante, perdian gente y amilanábanse sus soldados con guerra tan continua y encarnizada.

De Ribadavia pasó el mariscal Soult á Orense resuelto á entrar en Portugal por la plaza de Chabes, y á disipar antes el corto ejército de Romana. Manteníase este general en el valle de Monterey, y hallábase en Lamadarcos el 4 de marzo cuando llegó un parlamentario francés con un pliego, ofreciendo recompensas y condecoraciones con tal que Romana y su ejército reconociesen á José. Replicó el general español debidamente, diciendo que á tales proposiciones no babia otra respuesta sino cañonazos. Pero no habiéndose tomado en el recibimiento del oficial parlamentario las acostumbradas precauciones, examinó este con sus propios ojos el deplorable estado de nuestro ejército, y dió cuenta de ello á su mariscal, quien determinó atacar sin dilacion á los españoles.

Soult y Romana. Intimacion á este.

Es desbaratada la retaguardia española.

El marqués de la Romana queria evitar cualquiera refriega, mas no habiéndose retirado tan prontamente como era de desear, fue el 6 de marzo alcanzada su retaguardia á las órdenes de Don Nicolas Mahy en las inmediaciones de Verin. Cogióle el general Franceschi algunos prisioneros y la desordenó, pero no insistiendo en su perseguimiento pudo continuar su marcha. Los franceses solo pensaron en entrar en Portugal, cuyas tropas mandadas por el general Silveira habian sido acometidas en Villaza el mismo dia que las españolas por la division de Delaborde, teniendo que retirarse despues de alguna pérdida al abrigo de la noche.

El general Mahy dirigióse á las Portillas, gargantas que parten término con Castilla, y se unió en Luvian con el marqués de la Romana. Andaban todos inciertos acerca del camino que tomarian, y pesábales á algunos que se abandonase á Galicia en la propia sazon en que por todas partes cundia el fuego insurreccional. Aprobóse al fin á propuesta del ayudante general Moscoso el no alejarse de la tierra montañosa, y conforme á esta determinacion decidió Romana partir la vuelta de Asturias, de donde soplaria la hoguera encendida en Galicia. En consecuencia cambióse de improviso la marcha, y se revolvió sobre las montañas de las Cabreras para cruzarlas por el puerto del Palo, pais escabroso, solitario, y cuyas sierras mas bien se escalan que se suben. A su paso sobrecogió la noche á nuestros soldados, en estacion cruda, expuestos á la inclemencia, desprovistos de todo. Animándose unos á otros llegaron por fin á Ponferrada del Vierzo con admiracion de sus vecinos que los creian lejos de sus hogares. En aquella villa y otros muchos pueblos no habia francés alguno, contentándose estos con ocupar la linea de comunicacion de calzada que de Galicia va á Castilla, y

aun en ella tenian poca tropa, excepto en Villafranca en que contaban unos 1000 hombres de escogidas tropas.

Atace a Villafranca.

Las de Romana no estaban para emprender expediciones de grande importancia, pero el haber casualmente encontrado en una ermita cerca de Ponferrada un cañon de á doce abandonado con su cureña y balas de su calibre, sugirió la idea al ayudante Moscoso de proponer al general en gefe un ataque contra los franceses de Villafranca. Condescendió Romana, y desde Toreno á donde se habia ya trasladado para entrar en Asturias, dispuso que acometiese la empresa con 1500 hombres el general Mendizabal.

Se apodera de la guarnicion.

Los franceses á la inesperada vista de los españoles y del cañon de grueso calibre, imaginándose venia sobre ellos gran fuerza, se arredraron y metieron en el castillo-palacio de la villa, perteneciente á los marqueses que llevan su nombre : era edificio antiguo de muros sólidos con cuatro torreones que defendian cañones de hierro, y el cual quemaron despues los paisanos para que no sirviese otra vez de refugio al enemigo. Comenzaron los españoles su ataque en la mañana del 17 de marzo, distinguiéndose el regimiento de voluntarios de la Corona, é ibase ya á entrar por fuerza el castillo, cuando intimada la rendicion abrieron los franceses la puerta, y qnedaron prisioneros 1000 granaderos que le guarnecian de las mas acreditadas tropas. Avergonzábanse despues de haber entregado las armas á tan corto número de hombres y á gente de tan poca apariencia como eran entonces las tropas de aquel ejército. La nueva de este suceso creciendo de boca en boca alentó á los patriotas de Galicia, que se figuraban ser ya mas numerosas las tropas que capitaneaba Romana. Ojalá se hubiera siempre limitado este caudillo á tal linage de empresas, dignas de un militar y de su elevado puesto, evitando entrometerse en querellas y divisiones de provincias, segun aconteció en Oviedo, á cuya ciudad llegó poco despues de la toma del castillo de Villafranca.

Llega Romana a Oviedo.

Los disgustos excitados con las providencias oportunas y enérgicas de aquella junta, habíanse entonces aumentado con otras intempestivas y arbitrarias dadas contra algunas personas. Los descontentos, sobre todo ciertos individuos de corporaciones privilegiadas, salieron á recibir á Romana, y por desgracia de tal modo preocuparon su ánimo que en vez de obrar desapasionadamente, y de contentarse con reprimir los abusos de autoridad que hubiese habido, púsose del bando de los que se creian agraviados. Tratáronse por consiguiente el general y la junta con frialdad y desvío, sin que le fuese dado conciliarlos á la prudencia y buen tino de su presidente el brigadier D. José Valdés, antiguo gefe de Romana cuando este servia en la armada. La central habia autorizado al marqués con am-

Altercado con la junta.

plias facultades en la parte militar, y él ensanchándolas á su sabor empezó por reprender á la junta en lo que precisamente merecia mas alabanza, como lo era en haber mandado que tomasen las armas todos sin excepcion, inclusos los donados y legos de los conventos, y los beneficiados no ordenados *in sacris*. Compuesta dicha corporacion de los principales de la provincia y de suyo altiva, respondió acerbamente á la inadvertida repreusion; con lo cual irritado aun mas Romana quiso llamarla á cuentas. Negóse á ello la junta por no creerle autoridad competente, pero añadiendo que haria públicas sus entradas é inversiones para satisfaccion de sus comitentes. Encendiéndose asi el enojo de ambas partes, en especial con motivo de un repartimiento de 4,000,000 enviados por la central para uso del principado y que Romana queria por sí aplicar á su solo ejército, decidióse el último á disolver la junta, á cuyo fin y por órden suya penetró en la sala de las sesiones el coronel Don José de Odonell con 50 hombres del regimiento de la Princesa, haciendo en ello un pequeño y ridículo remedo del 18 brumario de Napoleon. Cedieron los vocales á la violencia, sin dejar de hacer fuerte y enérgica oposicion, señaladamente Don Manuel María de Acevedo. Romana nombró otra junta en su lugar, mas la tropelía cometida con la anterior disgustó á los mas, y desencajó, por decirlo asi, de su asiento en el principado el órden y buen gobierno *. Injustamente acusaron algunos á la junta disuelta de malversacion de caudales : pudientes y ricos los mas de sus individuos habian hecho los mas de ellos donativos cuantiosos, y su patriotismo y celo estaban libres de tacha : solo, repetimos, incurrieron en merecida censura por algunas medidas arbitrarias contra determinadas personas. Hablamos en este punto con tanta mayor imparcialidad, cuanto no andábamos bien avenidos con aquella junta, por lo que merecimos de Romana que nos nombrase de la que habia en su lugar creado, gracia que no admitimos por considerar su procedimiento ilegal y dañoso.

(* Ap. n. 7.)

Invade Ney á Asturias.

Sabedor el mariscal Ney de la discordia suscitada entre la junta de Asturias y Romana, y temeroso sobre todo con lo sucedido en Villafranca de que uniendo este caudillo sus tropas á las del principado formase un cuerpo respetable y bastante numeroso para incomodarle y cortarle su comunicacion con el reino de Leon, se preparó á invadir á Asturias poniéndose de acuerdo con fuerzas que habia en Castilla y en Santander. Parece ser que desde Francia tambien le habia venido órden de no desperdiciar oportuna coyuntura de verificar dicha invasion. Romana por su parte, mas ocupado en las contestaciones y querellas de la junta que en uniformar y arreglar la mucha gente que ahora tenia á su disposicion, no tomó acerca de ello providencia alguna. Dejó correr en el principado los asuntos militares segun iban á su llegada, y olvidó á su ejército de Galicia, el cual á las órdenes de

Don Nicolás Mahy pasando el puerto de Ancares se habia situado hácia el Navia, extendiéndose hasta las avenidas de Lugo y Mondoñedo.

El mariscal Ney, rozándose casi con este ejército y acompañado de 6000 hombres, se dirigió desde Galicia por la tierra áspera y encumbrada de Navia de Suarna á Ibias, y descendiendo á Cangas de Tineo, Salas y Grado, se adelantó á Oviedo, al mismo tiempo que procedente de Valladolid y con otra tanta ó mas fuerza se metia en el principado por el puerto de Pajares el general Kellermann. Estaba ya cercano á Oviedo el mariscal Ney y todavía lo ignoraba Romana. Recibió este al fin un aviso y apresuradamente despues de dar por primera vez órdenes á la division de Ballesteros y á la de Worster poco antes malamente repuesto en el mando, pasó á Gijon en donde se embarcó tomando en seguida tierra en Ribadeo. Entró Ney en Oviedo el 19 de mayo, de cuya ciudad habian salido casi todos sus moradores, dejando abandonadas sus casas y haberes. Entregada al saco durante tres dias, viéronse muchos arruinados y menguaron los intereses de otros. A la noticia de la invasion acercóse el general Worster lentamente á Oviedo por el pais de montaña, y Ballesteros retrocediendo de Colombres al Infiesto, enriscóse luego por las asperezas de Covadonga, santuario célebre mirado como cuna de la monarquía de Castilla. Paróse poco Ney en la capital de Asturias, y dejando allí á Kellermann y en Villaviciosa al general Bonnet que habia venido con su division hasta aquel sitio de los lindes de Santander, tornó por la costa á Galicia, á donde le llamaban acontecimientos de cuantía, y á que daban ocasion reveses de Soult en Portugal, la insurreccion de la provincia de Tuy y otras, y aun tambien los movimientos del ejército de la Romana, el cual amenazaba á Lugo y alentaba al paisanage con la abultada fama de sus hazañas.

Kellermann.

Romana se embarca en Gijon.

Saquean los franceses a Oviedo.

Sale Ney de Asturias.

La fuerza de este ejército puede decirse que estaba dividida en dos partes, de la una que era la principal acabamos de hacer mencion, la otra entonces menos numerosa habia quedado en la Puebla de Sanabria á las órdenes de Don Martin de la Carrera. La primera gobernada en ausencia de Romana por Don Nicolas Mahy constaba de unos 6000 hombres y de 200 caballos : la cual á la propia sazon que Ney se movia la vuelta de Asturias, se adelantó hácia el monasterio cisterciense de Meira no lejano de Lugo. El general Worster no habia querido acompañar á Mahy en aquel movimiento creyendo que la fuerza que mandaba debia pensar antes que en otra cosa en cubrir á Asturias. Siguió avanzando dicho general Mahy, y su vanguardia capitaneada por Don Gabriel de Mendizábal tropezó el 17 de mayo en Feria de Castro á dos leguas de Lugo con una columna enemiga

Mahy amenaza á Lugo.

de 1500 hombres que obligó á meterse en la ciudad. Al dia siguiente el general Fournier gobernador francés, militar entendido pero de condicion singular, y muy dado á hablar en latin á los obispos y á los clérigos, salió de dentro y se dispuso á aguardar á los nuestros en las inmediaciones, apoyando la izquierda en los mismos muros y la derecha en un pinar vecino. Acometióle Don Nicolas Mahy formando su gente en dos columnas guiadas por los generales Mendizabal y Taboada, junto con los 200 ginetes que mandaba Don Juan Caro. A espaldas quedó la reserva á las ordenes del brigadier Losada, y aparentóse tener otro cuerpo de caballería colocando á distancia, montados en acémilas y caballos de oficiales, cierto número de soldados; ardid que no dejó de servir, notándose tambien en nuestras tropas mas instruccion y confianza. Trabóse la pelea y á poco volviendo caras la caballería enemiga desconcertó su línea de batalla, é infantes y ginetes corrieron precipitadamente á guarecerse de la ciudad, acometiendo con tal brio nuestra gente que varios catalanes de tropas ligeras metiéndose dentro al mismo tiempo que aquellos, tuvieron despues que descolgarse por las casas pegadas al muro ayudados de los vecinos. Los franceses perdieron bastante gente y los españoles varios oficiales, y en este número al comandante de ingenieros D. Pedro Gonzalez Dávila distinguido por su valor. No pudiendo los españoles ganar en seguida á Lugo, ciudad rodeada de una antigua y elevada muralla y de muchos torreones aunque socavado el revestimiento por los años, intimaron la rendicion al gobernador que respondió con honrosa arrogancia. Entonces decidióse á formalizar el cerco el general Mahy, y allí le dejaremos para acudir á donde nos llaman los gloriosos hechos de las orillas del Miño.

Desbarata al general Fournier.

Pone cerco á la ciudad.

Luego que el mariscal Soult hubo pasado de Orense via de Portugal, la insurreccion del paisanage gallego se aumentó, cundiendo por las feligresías de las provincias de Tuy, Lugo, Orense y Santiago hasta las riberas del Ulla y aun mas allá. Por todas partes aparecieron gefes para acaudillarla, y Romana y la central enviaron tambien algunos que la fomentasen. Entre los primeros fueron los mas distinguidos los abades ya nombrados de Couto y Valladares, y ademas un caballero de nombre Don Joaquin Tenreiro, el alcalde de Tuy Don Cosme de Seoane y Don Manuel Cordido labrador y juez de Cotobad. Asi indistintamente se aunaban todas las clases contra el enemigo comun. El último hizo guerra terrible en la carretera de Pontevedra á Santiago, los otros despues de varios choques recorriendo la tierra de Tuy y Vigo, obligaron á los franceses á encerrarse en el recinto de ambas plazas. De los emisarios de Romana diéronse particularmente á conocer los capitanes Don Bernardo Gonzalez, dicho Cachamuiña del pueblo de donde era natural, y Don Francisco

Crece la insurreccion de Galicia.

Colombo, incomodando mucho el primero á los enemigos por la parte de Soutelo de Montes y puente de Ledesma. Fueron los enviados de la central el teniente coronel Don Manuel García del Barrio, el entonces alferez Don Pablo Morillo, y el canónigo de Santiago Don Manuel de Acuña, gallego, y de familia que tenia deudos y amigos en el pais. Llegaron estos cuando todavía el marqués de la Romana estaba en el valle de Monterey, y permaneciendo Barrio en su compañía hasta que partió á Asturias, envió hácia Tuy á los otros dos comisionados para obrar de acuerdo con los que por allí lidiaban contra los franceses.

Ademas no hubo partido ni punto en que antes ó despues no fuesen molestados: así sucedió en Trasdeza no lejos de Santiago en que se formó una junta, y mandaron la gente los hermanos estudiantes Don Benito y Don Gregorio Martinez: así en Muros, en Corcubion, en Monforte de Lemos aunque con la desgracia en las tres últimas villas de haber sido incendiadas y horrorosamente puestas á saco. No desanimándose los moradores por tamaños contratiempos, sabedor Barrio de que en las alturas de Lobera reunia bastante gente el administrador de rentas de la Boullosa Don José Joaquin Márquez, incorporósele el 17 de marzo viniendo de hácia Chaves. Reconocido Barrio como comisionado de la central, convino con los demas en congregar una junta compuesta de vocales del partido y de las personas que mas habian contribuido al levantamiento de otras feligresías. Verificóse en efecto, instalándose el 21 del mismo mes de marzo en aquellas alturas y en campo raso, renovando la sencillez de los tiempos primitivos. Sujetáronse todos á la autoridad creada, nombróse presidente al obispo de Orense y sin detencion se tomaron disposiciones que mantuvieron é impulsaron mas ordenadamente la insurreccion. Al Márquez, hombre esforzado y que habia trabajado en favor de la causa comun mas que los otros, diósele el mando de un nuevo regimiento que se apellidó de Lobera, y mandósele ir á reforzar á los que bloqueaban á Tuy. Tambien se expidió órden á Cachamuiña para que de Soutelo cayese sobre Vigo y engrosase el número de los sitiadores. Dispusiéronse asimismo para entonces y para despues varias otras correrías, en especial hácia Lugo y valle de Valdeorras, acaudillando siempre el paisanage Don Juan Bernardo de Quiroga y su hermano el abad de Casoyo.

Barrio. Junta de Lobera.

Entre tanto seguian apretando á las ciudades de Tuy y Vigo los abades de Couto y Valladares. Guarnecian á la última 1300 franceses al mando del gefe de escuadron Chalot. Aunque es aquel puerto uno de los mejores y mas abrigados de España, la fortificacion de tierra es defectuosa, y á su muralla, baja en algunas partes y sin foso, la domina á corta distancia el castillo del Castro. Sin embargo la plaza estaba bien provista y artillada. Estrechábala el abad de Valladares Don Juan

Sitia á Vigo el abad de Valladares.

Rosendo Arias Henriquez, á quien se le habia agregado la gente que en valle de Fragoso habia levantado su anciano alcalde Don Cayetano Limia, para lo que le facilitó armas el crucero inglés de la inmediata costa. Asimismo se le juntó Don Joaquin Tenreiro que con el portugués Don Juan Bautista Almeida habia recogido muchos voluntarios de algunos valles, engrosándose de este modo considerablemente el número de sitiadores.

Limia.

Tenreiro y el portugués Almeida.

Tambien en marzo se presentó entre ellos Don Pablo Morillo, quien enterado de que una columna francesa intentaba, encaminándose del lado de Pontevedra, venir al socorro de la plaza, corrió al puente de San Payo para reconocerle y asegurar su defensa, como lo verificó ayudado de Don Antonio Gogo vecino de Marín, que capitaneaba una partida numerosa de paisanos, y era dueño de dos piezas de artillería. Colocó estas Morillo con otras tres que fueron de Redondela en el paso del puente, que fortalecido dejó al mando de Don Juan de Odogerti comandante de tres lanchas cañoneras. Volvióse luego Don Pablo al sitio de Vigo, y en su compañía 300 hombres mandados por Don Bernardo Gonzalez Cachamuiña y Don Francisco Colombo.

Morillo.

Gogo.

Habia el abad de Valladares intimado á la plaza varias veces la rendicion sin que el comandante francés quisiera abrir las puertas, pareciéndole vergonzoso y poco seguro capitular con paisanos. Tornó como hemos dicho Morillo, y ya por sus activas y acertadas disposiciones, y ya por haber sido enviado de Sevilla, eleváronle los sitiadores á coronel, y reconociéronle como superior, á fin de que á vista de un militar cesasen los escrúpulos y recelos del comandante francés. Sin tardanza repitió el nuevo gefe español una áspera intimacion, amenazando el 27 de marzo con tomar por asalto la plaza y no dar cuartel. Pidieron los franceses 24 horas de término para contestar, y no accediendo Morillo, rindiéronse por fin concedidos que les fueron los honores de la guerra, y con la cláusula de que serian llevados prisioneros á Inglaterra, por lo cual firmó la capitulacion en union con el gefe español el comandante británico del crucero. Exigió ademas Morillo que inmediatamente se ratificase lo convenido, pues sino acometeria la plaza. Retardábase la respuesta, y á las ocho de la noche aproximáronse á sus muros los sitiadores, arrojándose á la puerta de Camboa para hacerla astillas y armado de un hacha un marinero anciano que cayó muerto de un balazo : ocupó su puesto y tomó el hacha Gonzalez Cachamuiña, y rompióla aunque herido en varias partes de su cuerpo. Ibase ya á entrar por ella cuando Morillo recibió la ratificacion, y á duras penas pudo con su recia voz hacer cesar el fuego y detener á los suyos que se posesionaron de la plaza al dia siguiente 28. No hubo en su

Ríndese Vigo á los españoles.

reconquista ni ingenieros ni cañones, ganada solo á impulsos del patriotismo gallego. Entregáronse prisioneros 1213 hombres y 46 oficiales, y cogiéronse otras presas con 117,000 francos en moneda de Francia. A poco de haberse rendido súpose que de Tuy acudian soldados enemigos en auxilio de la guarnicion de Vigo: dióse priesa Morillo á enviar á su encuentro personas y gente de su confianza, quienes los deshicieron, mataron á muchos y aun tomaron 72 prisioneros que se pusieron á bordo juntamente con los de Vigo.

Bloqueo de Tuy.

Sin embargo la facilidad con que se enviaba este socorro mostraba no ser rigoroso el bloqueo de Tuy. Habíale comenzado el 15 de marzo el abad de Couto, y con él el juez y procurador general de la misma ciudad y otros caudillos. Tambien concurrieron portugueses de la orilla opuesta, y la plaza de Valencia situada enfrente habia tratado de molestar á los franceses con sus fuegos. Libertado Vigo esperábase que el cerco tendria pronto y feliz éxito, pues ademas de acudir desde allí con su gente Morillo, Tenreiro, Almeida y otros, vino tambien por su lado Don Manuel García del Barrio, reconocido comandante general por la junta de Lobera. Pero tanto concurso de gefes y caudillos no sirvió sino para suscitar zelos y rencillas. Morillo fuese en comision camino de Santiago, y los otros, en especial Barrio y Tenreiro, el uno presuntuoso y el otro díscolo de condicion, desaviniéronse y ocupáronse en recíprocos piques y zaherimientos. Y asi este bloqueo sostenido con cañones y mas gente fue mal dirigido y al cabo se malogró. Mandaba dentro el general La Martiniere, y el 6 de abril haciendo una salida apoderóse de cuatro piezas colocadas en la altura de Francos no muy distante de la ciudad. Ocurrida esta desgracia, y agriándose mas los ánimos, dióse lugar á que llegasen socorros á Tuy avanzando del lado de Santiago una columna de infantería y caballería á los órdenes del general Maucune, y otra del lado de Portugal mandada por el general Heudelet que enviaba Soult, ya posesionado de Oporto, para recoger la artillería que allí habia dejado.

Le alzan.

Enseñoreóse el 10 de abril sin resistencia el general Heudelet de Valencia del Miño. Sabedores los españoles que bloqueaban á Tuy de aquel suceso, levantaron el sitio quedándose unos en las alturas que median entre esta plaza y la de Vigo, y alejándose otros con Barrio á Puente-Arcas. Al mismo tiempo los franceses que venian de Santiago arrollaron á la gente de Morillo en el camino de Redondela, y en venganza incendiaron la villa, metiéndose despues parte de ellos en Tuy, y tornando los otros con el general Maucune al punto de donde habian salido. Socorrida la plaza sacaron los enemigos todos sus efectos y artillería, y temiendo nuevo bloqueo la abandonaron el 16, y se unieron con los de Valencia.

Evacuan la ciudad los franceses.

Por tanto si no tuvo dichoso remate el cerco de Tuy consiguióse por lo menos infundir recelo en los franceses, y ver desembarazada la márgen derecha del Miño. Esmeráronse entonces aquellos naturales en arreglar y disciplinar la gente que se habia levantado, y que se denominó division del Miño, creando varios regimientos que se distinguieron en posteriores acciones. Incorporóse á ella la partida de Don José María Vazquez, conocido en Castilla por sus hechos con el nombre del Salamanquino, y al fin aumentóse su fuerza, y ganó en la opinion gran peso con ponerse á la cabeza el 7 de mayo Don Martin de la Carrera, segun el deseo público, y cediéndole Barrio las facultades que tenia del gobierno supremo.

Se crea y aumenta la division del Miño.

Mándala Don Martin de la Carrera.

Habia Don Martin permanecido todo aquel tiempo en la Puebla de Sanabria juntando dispersos. Unido á la division del Miño completó hasta unos 16,000 hombres, y ademas tenia algunos caballos y nueve cañones. Adelantóse con parte de su gente por la provincia de Tuy á Santiago, de cuya ciudad salieron á repelerle el 23 de mayo unos 3000 infantes y 300 caballos á las órdenes del general Maucune, acometiéndole en el campo de la Estrella. Los desbarató Carrera, persiguiéndolos y metiéndose primero que nadie en la ciudad de Santiago Don Pablo Morillo. Cogiéronse allí fusiles y vestuarios y cuarenta y una arrobas de plata labrada, sin contar otra mucha de los templos. Recibidos los nuestros con universal regocijo, hubieron sin embargo de retirarse por las operaciones combinadas que luego meditaron los mariscales Ney y Soult, de vuelta uno de Asturias y otro de Portugal.

Desbarata á los franceses en el campo de la Estrella.

La campaña del último en este reino habia terminado con suma desdicha de sus armas. Recorreremos lo que allí pasó con rapidez, segun es nuestra costumbre en las cosas de Portugal. Pisó el 10 de marzo la frontera lusitana el mariscal Soult, y el 11 se le rindió Chaves, plaza en la provincia de Tras-los-Montes en mal estado, y que aun conservaba las brechas de la guerra con España de 1762. Penetró con 21,000 hombres, retirándose el general Silveira hácia Villa-Pouca. El 13 continuaron los franceses su marcha á Braga, con gran recelo de las fuerzas que allí mandaba Bernardino Freire. En este tránsito lleno de desfiladeros encontraron mucha oposicion, teniendo que caminar lentamente y escasos de mantenimientos. Acercándose al fin á Braga no pensó Freire, general poco respetado, en que se pudiese defender la ciudad, y así dispuso retirarse. Enojado el pueblo le arrestó en un lugar inmediato y le volvió á Braga, en donde fue bárbaramente asesinado. Vióse entonces su segundo el baron de Ebben en la necesidad de defender con gente colecticia la posicion de Carballo, legua y media

Campaña de Soult en Portugal.

Entran los franceses en Chaves.

En Braga.

distante, de la que apoderados los franceses penetraron el 20 á Braga, asomando el 28 á Oporto, vencidos otros obstáculos no menos dificultosos.

Asoman á Oporto.

Intimó luego la rendicion el mariscal Soult á esta ciudad, que situada á la derecha del Duero y á una legua de su embocadura, es por su poblacion de 70,000 almas y por su gran comercio la primera de Portugal despues de Lisboa. El ánimo de los naturales mostrábase levantado, tanto mas cuanto con la invasion francesa veian estancado y destruido su principal tráfico, que consiste en la salida de sus vinos para Inglaterra. Con objeto de defender la ciudad se habia en su derredor construido un campo atrincherado herizado de cañones, cuya derecha se apoyaba en el Duero, y la izquierda en los fuertes vecinos al mar; ademas habian atajado las calles, y colocado en ellas y en diversos puntos muchas piezas de artillería. La exaltacion popular era tal que fueron víctima de ella varias personas y con dificultad pudo el mariscal Soult intimar la rendicion, no queriendo la ciudad dar oidos á tregua ni convenio. Hubo tambien ocasion en que so color de querer escuchar las proposiciones cogieron á los parlamentarios, como aconteció al general Foy que se llevaron prisionero cou grave riesgo de su persona. Mandaba en gefe el obispo, pero la víspera del ataque abandonó la ciudad poniendo en su lugar al general Parreiras. Acometieron los franceses las líneas el 29 de marzo, que de grande extension, mal dispuestas y defendidas por gente allegadiza, fueron ganadas sin grande esfuerzo, entrando en la ciudad los vencedores, y haciendo su caballería tremenda matanza. Los habitantes huyendo del peligro se avalanzaron al puente de Duero, que formado de barcas rompióse con el gentío, y allí fueron las mayores lástimas ahogándose unos y ametrallando á otros los franceses desapiadadamente. Perecieron de 3 á 4000 personas, de ellas muchas mugeres y niños. Hubo hechos que ensalzaron al ya tan ilustrado valor de los portugueses : 200 hombres esforzados se defendieron en la catedral hasta qne no quedó uno con vida.

Estado de la ciudad.

Entran los franceses.

Gran matanza.

Siguiéronse deplorables excesos, no pudiendo Soult contener los ímpetus desmandados de su tropa. Este mariscal procuró entonces y despues granjearse la voluntad de los moradores, aun imitándolos en las prácticas de un fervoroso celo religioso.

Conducta del mariscal Soult.

Sus votos y ofrendas, y el particular cuidado del mariscal en agradar á los portugueses, dieron á sospechar si pensaba á modo de Junot ceñir la corona lusitana. Vino como en apoyo la exposicion seguida de otras, que se imprimió y publicó, de doce habitantes de Braga, en la que llamándole padre y libertador se mostraba deseo de que Napoleon le nombrase por su rey. Y aunque es cierto que el mariscal les replicó que no pendia de

Pídenle sea rey.

él darles respuesta, la mera publicacion de aquella demanda en pais en donde él era árbitro de impedirla ó autorizarla, manifestaba que si no dimanaba de sugestiones suyas por lo menos no era desagradable á sus oidos.

Sus providencias. Posesionados los franceses de Oporto no prosiguieron á Lisboa, asi por la oposicion que encontraron en el pais, como tambien por ignorar el paradero del general Lapisse y del mariscal Victor, cuyos movimientos del lado de Castilla y Extremadura debieron corresponder con el de Galicia. Limitáronse pues á conservar lo ganado, y á prepararse para mas adelante. Ya hablamos como con este objeto y el de tener la artillería que quedó en Tuy, habia retrocedido hácia esta plaza y desembarazádola de sitiadores el geueral Heudelet : otro tanto trataron de hacer los enemigos por la parte de Chaves, cuya ciudad habia recobrado el 20 de marzo el general Silveira, extendiéndose despues por el Tamega hasta Amarante y Peñaflel. Reforzado luego el mismo general, y molestando incansablemente á los franceses, permaneció en aquellos sitios cerca de un mes ; pero en 18 de abril queriendo el mariscal Soult abrir paso y tener libres las comunicaciones con Tras-los-Montes, envió al general Delaborde auxiliado de fuerza considerable. Al aproximarse situóse Silveira en Amarante, y defendió con tal teson el paso del puente que no pudieron superar los franceses hasta el 2 de mayo los obstáculos que se les oponian. Defensa para él muy honrosa aunque tuviese por entonces que alejarse momentáneamente.

Silveira recobra á Chaves.

Al mediodia de Oporto y camino de Lisboa no dilataron los franceses sus excursiones y correrías mas allá del Vouga, persuadidos de que resguardaban á Coimbra numerosas fuerzas. Sin embargo reducíanse estas á unos 4000 hombres mal disciplinados, y á una turba de paisanos que mandaba el coronel Trant, quien no pudo hacer otra cosa sino maniobrar con acierto, aparentando mayores medios que los que tenia. Mas como eran cortos se hubiera encaminado al fin el mariscal Soult á Lisboa luego que supo las resultas de la batalla de Medellin, si no hubiesen llegado inmediatamente grandes refuerzos al ejército inglés de Portugal.

Coronel Trant.

Regencia de Portugal. Continuaba gobernando á este reino la regencia restablecida despues de la evacuacion de Junot. La gente que habia levantado nunca habia salido de sus lindes, no obstante las repetidas instancias de la junta central. Obró quizá el gobierno portugués cuerdamente en no acceder á ellas hallándose todavía su tropa bastante indisciplinada. De los ingleses habian quedado unos 10,000 hombres á las órdenes de Sir Juan Cradock, contra los que prorumpieron en grande enojo los portugueses á causa de las muestras que dieron de embarcarse al saber la suerte de Moore, apareciendo en sus providen-

Cradock y los ingleses.

cias, mas que premeditado plan, desconcierto y abatimiento. Aquietado en fin el general inglés por órdenes posteriores de su gabinete permaneció en Lisboa, adelantándose despues á Leiria al mismo tiempo que el ejército portugués se situaba en Tomar, el cual sin contar con las fuerzas de Silveira, la legion lusitana y las reuniones de paisanos, constaba de unos 15 á 20,000 hombres. Disciplinábalos el general Beresford autorizado desde el mes de febrero por el príncipe regente de Portugal para obrar como comandante en gefe de sus tropas.

Beresford manda á los portugueses.

Así andaban las cosas en aquel reino cuando el gobierno británico viendo que España no se sometia al yugo extrangero á pesar de sus desgracias y de la retirada de Moore, y vislumbrando tambien la guerra entre Austria y Francia, determinó probar de nuevo fortuna en la península reforzando considerablemente su ejército, y poniéndole á las órdenes de Sir Arturo Wellesley, ceñido ya con los laureles de Roliza y Vimeiro. Fueron llegando sucesivamente las tropas á las costas portuguesas, y su general en gefe desembarcó en Lisboa el 22 de abril, bien recibido y obsequiado de sus moradores. Poco despues el 29 púsose en marcha sobre Coimbra, llevando consigo 20,000 ingleses y 8000 portugueses. Doce mil de los últimos con dos brigadas británicas á las órdenes del general Mackenzie se apostaron en Santaren y Abrantes, adelantándose un regimiento de milicias y la legion lusitana, al cargo ahora del coronel Mayne, hasta el puente de Alcántara. Sir Roberto Wilson que poco antes mandaba dicha legion, hallábase destacado con un corto cuerpo de portugueses hácia Viseo. El general Wellesley llegó á Coimbra el 2 de mayo prefiriendo antes arrojar á Soult de Portugal que obrar por Extremadura de concierto con Cuesta, segun era el deseo de este caudillo y el del gobierno español.

Refuérzase el ejército inglés.

Sir Arturo Wellesley, nombrado general en gefe.

Sus providencias.

Avanza á Coimbra.

Los franceses no se habian movido de Oporto y de sus puestos del Vouga. En su ejército manifestábase disgusto, aburridos todos y cansados con aquella clase de guerra, y fomentando gran descontento una sociedad secreta, llamada de los Filadelfos, cuyo objeto era destruir la dinastía imperial y restablecer en Francia un gobierno republicano. Entre los que la componian habia oficiales superiores, y tenian pensado poner á su cabeza al mariscal Ney, ó al general Gouvion-Saint-Cyr. Extendíanse las ramificaciones de la sociedad á los demas ejércitos de Napoleon, y en el de España no abandonaron los conspiradores su proyecto hasta el año 10. Habia echado profundas raices en las tropas del mariscal Soult, y eran tantos los partícipes del secreto, que enviado para abrir tratos acerca de ello el ayudante mayor Mr. D'Argentou, pudo sin tropiezo ir hasta Lisboa, y con tal desembozo que inspiró desconfianza

Situacion de los franceses.

Sociedad secreta de los Filadelfos.

en Sir Arturo Wellesley, por lo cual respondió este al emisario francés que rebelárase ó no su ejército le atacaria en tanto que se mantuviese en Portugal: sin embargo añadió que si se declaraba contra Bonaparte se ajustaria quizá un convenio para su retirada. Otros gefes parece ser que tuvieron tambien conferencias con el general británico, y de ellos se citan á los coroneles Donadieu y Lafite. Mas D' Argentou de vuelta á Oporto, habiéndose descubierto al general Lefebvre que creia en la trama ó favorable á ella, fue arrestado en la noche del 8 al 9 de mayo teniendo pasaportes del almirante inglés Berkley. Dilatóse su castigo para averiguar cuáles fuesen sus cómplices, y ayudado de estos tuvo ocasion de escaparse y pasar á Inglaterra *.

(* Ap. n. 8.)

Sobresaltó al mariscal Soult tan funesto acontecimiento que realizaba anteriores sospechas, al paso que aguijó por su parte al general Wellesley á avanzar prontamente, no contando sin embargo mucho con la sublevacion del ejército contrario. Era el plan del general inglés envolver á Soult, y obligarle á una retirada desastrada ó á rendirse. Y conforme á su pensamiento dispuso que el general Beresford con las tropas de su mando, y las portuguesas que estaban en Viseo á las órdenes de Sir Roberto Wilson, se dirigiesen anticipadamente por Lamego, y pasasen el Duero para juntarse en Amarante con Silveira, cuya retirada todavía se ignoraba. Hecho este movimiento la demas fuerza británica debia avanzar en dos columnas sobre Oporto, una via de Aveiro y otra por el camino real. No se varió el plan aunque se supo luego el descalabro de Silveira, y el 6 de mayo empezó la operacion convenida. El 10 y el 11 fue arrojado de las alturas de Grijo el general Franceschi que mandaba la vanguardia de los enemigos, la cual en seguida repasó el Duero.

Plan de Wellesley.

El mariscal Soult tomando sin tardanza disposiciones para evacuar á Oporto y asegurar su retirada, voló el puente de barcas y retuvo en la márgen derecha todos los botes. Dió vista el 12 á la ciudad Sir Arturo Wellesley, y aunque cercano separábale la profunda y rápida corriente del Duero. No teniendo prontos los medios necesarios para atravesarla, hubiera Soult podido retirarse tranquilamente á Galicia si un feliz acaso no hubiese servido á ayudar la combinacion que para la travesía preparaba el general inglés, quien habia destacado rio arriva al general Murray á fin de que cruzase el Duero por Avintas y cayese sobre el flanco del enemigo al tiempo que este fuese atacado por el frente. Partió Murray; mas dudábase sobre el modo de verificar el paso á la sazon que el coronel Waters descubrió en un recodo que forma el rio un pequeño bote con el que yendo á la otra orilla, acompañado de dos ó tres individuos, se apoderó sin ser notado de cuatro grandes barcas abandonadas, y de priesa trájolas del lado de los suyos. Al instante y el mismo 12

Se apoderan los ingleses de Oporto.

á las diez del dia pasó en ellas el Duero lord Paget con tres compañías. Siguieron otros, permaneciendo los enemigos tan descuidados que, burlándose de los primeros avisos que dió un oficial, á nada dieron crédito hasta que el general Foy, subiendo casualmente á la altura que se eleva enfrente del convento de Serra, advirtió que en efecto pasaban los ingleses el rio. Entonces todo el campo francés se conmovió y se puso sobre las armas. Trabóse entre los soldados de ambos ejércitos un vivísimo choque, agolpáronse sucesivamente de uno y otro lado tropas, y llegando en fin de Avintas el general Murray abandonaron los franceses á Oporto, perseguidos por los ingleses hasta cierta distancia de la ciudad. La matanza fue grande. Cayeron heridos los generales Delaborde y Foy de una parte, y lord Paget de la contraria, sin contar otros muchos de ambas. Censuróse agriamente en su propio ejército al mariscal Soult por el descuido de dejar á los ingleses pasar en medio del dia sin resistencia un rio tan caudaloso como por alli corre el Duero.

Apuros de Soult.

Despues de la salida de Oporto dos caminos le quedaban á dicho mariscal para retirarse, si queria conservar su artillería; uno por puente de Lima y Valencia de Miño, y el otro por el lado de Amarante. Contaba con que el último paso seria resguardado por el general Loison; mas este, perseguido por los generales Beresford, Silveira y Wilson, le abandonó y puso á Soult en el mayor aprieto, sobre todo no pudiendo ir por el otro camino de puente de Lima sin encontrarse con el general Wellesley. Aunque rodeado de inminentes peligros no se abatió el mariscal frances, y con entereza y prontitud de ánimo admirables, destruyendo la artillería y los carruages, y acallando las voces que ya se oian de capitulacion, echóse por medio de senderos estrechos y casi intransitables, guiado en su laberinto por un hombre de la Navarra francesa, de los que van á España á ejercer una profesion lucrativa si bien poco honrosa. El tiempo aunque en mayo era llovioso, los trabajos grandes, la persecucion y molestia de los paisanos continua, precipitándose á veces hombres y caballos por aquellos abismos y derrumbaderos. De suerte que hasta cierto punto renovaba ahora el mariscal Soult la escena que meses antes habia representado el general Moore cuando él iba en su persecuimiento. Los pueblos del tránsito fueron quemados y sus habitantes tratados cruelmente, y al mismo són que ellos cuando podian trataban á los franceses. Llegó el ejército de estos el 17 á Montealegre y el 18 pasó la frontera, no siguiendo el alcance los ingleses tierra adentro de España por querer su general retroceder á Extremadura, segun antes habia prometido á Cuesta. Subió á bastante la pérdida de los enemigos en la retirada, y sin la celeridad y consumada pericia del mariscal Soult dificilmente se hubieran libertado de caer en manos del inglés, cuya

Pasa la frontera.

Llega á Lugo.

excesiva prudencia motejaron muchos. Llegaron los franceses á Lugo el 23, habiéndolos molestado poco el paisanage español que estaba como desprevenido.

Levanta Mahy el cerco.

La víspera sabedor el general Mahy de que se acercaban, levantó el sitio que habia poco antes puesto á aquella ciudad y se replegó á la de Mondoñedo. Encontráronse allí

Encuéntrase con Romana en Mondoñedo.

el 24 él y Romana, procedente el último de Ribadeo, en donde habia desembarcado, salvándose de Asturias. Mal colocados entonces y expuestos á ser cogidos entre los mariscales Ney y Soult, resolvieron los generales

Marcha atrevida de los españoles.

españoles emprender por medio de una marcha atrevida un movimiento hácia el Sil, para abrigarse de Portugal, cruzando con cautela el camino real en las inmediaciones de Lugo. Verificóse asi felizmente, y por Monforte tomaron los nuestros á Orense. Aunque esta marcha era necesaria asi para esquivar, como hemos dicho, el encuentro de los mariscales franceses, como tambien para darse la mano con Don Martin de la Carrera y las fuerzas que habia en las provincias de Tuy y

Descontento del soldado con Romana.

Santiago, digustó mucho al soldado que comenzaba á murmurar de tanto camino como sin fruto habia andado, apellidando al de la Romana marqués de las Romerías : porque en efecto si bien era loable su constancia en los trabajos y la conformidad con que sobrellevaba las escaseces y miseria, nunca se habia visto salir de su mente otra providencia que la de marchar y contramarchar, y las mas veces á tientas, de improviso y precipitadamente, falto de plan, á la ventura, y como suele decirse, á la buena de Dios. Solo en su ausencia y en los puntos en que no se hallaba peleábase, y gefes entendidos y diligentes procuraban introducir mayor arreglo y obrar con mas concierto y actividad. El único, pero en verdad gran servicio, que hizo Romana fue el de mantenerse constante en la buena causa, y el de alimentar con su nombre las esperanzas y brios de los gallegos.

Ney y Soult en Lugo.

Mas las tropas que mandaba por poco numerosas que fuesen, si se unian con las que estaban hácia la parte de Pontevedra y fomentaban de cerca la insurreccion de la tierra, ponian en peligro á los franceses exigiendo de ellos prontas y acordadas medidas. Tales eran las que tomaron en Lugo el 29

Conciértanse para destruir el ejército español.

de mayo los mariscales Soult y Ney, de vuelta ya este de su rápida excursion en Asturias. Segun ellas debia el primero perseguir y dispersar á Romana, dirigiéndose sobre la Puebla de Sanabria, y conservar por Orense comunicacion con el segundo, quien, derrotado que fuese Carrera, habia de avanzar á Tuy y Vigo para sofocar del todo la insurreccion. Púsose pues el mariscal Ney en camino con 8000 infantes y 1200 caballos, y avanzó contra la division del Miño animada del

Conde de Noroña segundo comandante de Galicia.

mayor entusiasmo. La mandaba entonces en gefe el conde de Noroña, nombrado por la central segundo comandante de Galicia; mas este tuvo el buen juicio de seguir el dictámen de Carrera, de Morillo y de otros gefes que por aquellas partes y antes de su llegada se habian señalado, con lo cual obraron todos muy de concierto.

Accion del puente de San Payo

Al aviso de que Ney se aproximaba cejaron los nuestros á San Payo, punto en donde resolvieron hacerle rostro. Mas cortado anteriormente el puente por Morillo, hubo que formar otro de priesa con barcas y tablazon, dirigiendo la obra con actividad y particular tino el teniente coronel Don José Castellar. Eran los españoles en número de 10,000, cuatro mil sin fusiles, y el 7 de junio muy de mañana acabaron todos de pasar, atajando despues y por segunda vez el puente. A las nueve del mismo dia aparecieron los franceses en la orilla opuesta, y desde luego se rompió de ambos lados vivísimo fuego. Los españoles se aprovecharon de las baterías que antes habia levantado Don Pablo Morillo, y aun establecieron otras: los principales fuegos enfilaban de lo alto de una eminencia el camino que viene al puente; ocupóse el paso de Caldelas dos leguas rio arriba por Don Ambrosio de la Cuadra que regia la vanguardia, y por Don José Joaquin Márquez comandante del regimiento de Lobera; apoyóse la derecha de San Payo en un terreno escabroso, y la izquierda estaba amparada de la ria en donde se habian colocado lanchas cañoneras. Duró el fuego hasta las tres de la tarde sin que los franceses consiguiesen cosa alguna. Renovóse con mayor furor al dia siguiente 8, buscando los enemigos medio de pasar por su derecha un vado largo que queda á marea baja, y de envolver por su izquierda el costado nuestro que estaba del lado del puente de Caldelas y vados de Sotomayor. Rechazados en todas partes vieron ser infructuosos sus ataques, y al amanecer del 9 se retiraron á las calladas, despues de haber experimentado considerable pérdida. Señaláronse entre los nuestros, y bajo el mando del conde de Noroña, La Carrera, Cuadra, Roselló que gobernaba la artillería, Castellar, Márquez y Don Pablo Morillo; por su parte tambien se manejaron con destreza los marinos, y sin duda fue muy gloriosa para las armas españolas la defensa del puente de San Payo.

Soult trata de pasar á Castilla.

Romana en tanto se habia acogido á Orense al adelantarse el mariscal Soult: mas en vez de seguir la huella del primero detúvose este en Monforte algunos dias. Lo alterado del pais, noticias de la guerra de Austria, y mas que todo los zelos y rivalidad que mediaban entre él y el mariscal Ney le alejaron de continuar el perseguimiento de Romana, y le decidieron á volver á Castilla. Para ello no pudiendo atravesar el Sil por alli, falto de vados y de puentes, tuvo que subir rio arriba hasta monte Furado, asi dicho por perforarle

Paisanos del Sil.

en una de sus faldas la corriente del mismo Sil, obra segun parece del tiempo de los romanos. Los naturales de los contornos colocados en la orilla opuesta le causaron grave mal acaudillados por el abad de Casoyo y su hermano Don Juan Quiroga. Para vengarse del daño ahora y antes recibido, desde monte Furado mandó el mariscal Soult al general Loison descender por la orilla izquierda del Sil y castigar á los habitantes. Cumplió este tan largamente con el encargo, que asoló la tierra y varios pueblos fueron quemados, Castro de Caldelas, San Clodio y otros menos conocidos. Tambien padecieron mucho los otros valles que recorrieron ó atravesaron los enemigos. Romana retiróse á Celanova, y en seguida á Baltar frontera de Portugal, en donde le dejó tranquilo el mariscal Soult, pues dirigiéndose por el camino de las Portillas llegó el 23 á la Puebla de Sanabria, de cuyo punto se retiraron á Ciudad Rodrigo, despues de haber clavado algunos cañones los pocos españoles que le guarnecian.

Quema de varios pueblos.

Romana en Celanova.

Soult en la Puebla de Sanabria.

Soult permaneció en la Puebla breves dias habiendo despachado á Madrid á Franceschi para informar á José del estado de su ejército y de sus necesidades. Aquel general partió de Zamora en posta á caballo con otros dos compañeros, mas pasado Toro fueron todos cogidos é interceptados los pliegos por una guerrilla que mandaba el capuchino Fr. Julian de Delica. Los pliegos eran importantes asi porque * expresaban el quebranto y escaseces de aquellas tropas, como tambien por indicarse en su contenido el mal ánimo de algunos generales.

General Franceschi cogido por el Capuchino.

(* Ap. n. 9.)

Viéndose solo el mariscal Ney y abandonado de Soult, conoció lo crítico de su situacion. Con nada en realidad podia contar sino con la fuerza que le quedaba, y era esta harto corta para hacer rostro á la poblacion armada, y al ejército bastante numeroso que contra él podian ahora reunir sin embarazo los generales Romana y Noroña. El auxilio que le prestaban los españoles sus allegados era casi nulo, y por decirlo asi perjudicial. Habia ido de comisario regio el general de marina Mazarredo que separándose de su profesion, en la que habia adquirido bien merecido renombre, metióse á dar proclamas y á esparcir entre los eclesiásticos y los pueblos una especie de catecismo, por cuyo medio, apoyándose en textos de la Escritura, queria probar la conveniencia y obligacion de reconocer la autoridad intrusa. No conmovian las conciencias argumentos tan extraños, al contrario las irritaban, provocando tambien á mofa ver convertido en misionero político al que solo gozaba de reputacion de inteligente en la maniobra náutica. Hubo igualmente en Santiago un director de policía llamado Don Pedro Bazan de Mendoza doctor en teología, el cual y otros

Situacion de Ney.

Mazarredo.

Bazan.

cuantos de la misma lechigada cometieron muchas tropelías y defraudaron plata y caudales: denominaban los paisanos semejante reunion el conciliábulo de Compostela. Rodeado por tanto de peligros y escaso de fuerzas y recursos, resolvió Ney salir de Galicia, y el 22 evacuó la Coruña, enderezándose á Astorga por el camino real; en cuyo tránsito asolaron sus tropas horrorosamente pueblos y ciudades.

Evacua Ney á Galicia.

Así tornó aquel reino á verse libre de enemigos al cabo de cinco meses de ocupacion, durante los cuales perdieron los franceses la mitad de la tropa con que habian penetrado en aquel suelo, ya en las acciones con los ingleses, ya en la terrible guerra con que les habiau continuamente molestado los ejercitos y poblacion de Galicia y Portugal.

Entra Noroña en la Coruña.

A pocos dias entró en la Coruña el conde de Noroña y la division del Miño, siendo recibidos no solo con alborozo general y bien sentido, sino tambien quedándose los espectadores admirados de que gente mal pertrechada y tan varia en su formacion y armamento hubiera conseguido tan señaladas ventajas contra un ejército de la apariencia, práctica y regularidad que asistian al de los franceses.

Por entonces y antes de promediar junio fue tambien evacuado el principado de Asturias. Ademas de lo ocurrido en Galicia y Portugal aceleraron la retirada de los enemigos los movimientos y amago que hicieron las tropas y paisanage de la misma provincia. 18,000 hombres la habian invadido: una parte, segun en su lugar se dijo, volvió luego á Galicia con el mariscal Ney, otra mandada por el general Bonnet vióse obligada á acudir á la montaña á donde la llamaba la marcha de Don Francisco Ballesteros, y la restante fuerza, sobrado débil para resistir á los generales Don Pedro de la Bárcena y Worster que avanzaban á Oviedo del lado de poniente, salió con Kellermann camino de Castilla. El primero de aquellos generales, cayendo de Teberga sobre Grado, habia antes arrojado de esta villa á unos 1300 franceses que estaban allí apostados, cogiendo 80 prisioneros.

Worster y Bárcena.

Ballesteros pasa á Castilla y á las montañas de Santander.

Por la parte oriental del principado habia reunido el general Ballesteros mas de 10,000 hombres. Entraba en su número un batallon de la Princesa que habia ido á Oviedo con Romana, y el cual mandado por su coronel Don José Odonell se le habia unido, no pudiendo embarcarse en Gijon. Tambien se agregó despues el regimiento de Laredo que pertenecia á las montañas de Santander y la partida ó cuerpo volante de Don Juan Diaz Porlier. Entusiasmado el general Ballesteros con las memorias de Covadonga pensó que podian resucitar en aquel sitio los dias de Pelayo. Anduvo por tanto rehacio en alejarse hasta que falto de víveres y estrechado por el enemigo tuvo el 24 de mayo que abandonar de noche la cueva y

santuario, y trepar por las faldas de elevados montes, no teniendo mas direccion que la de sus cimas, pues alli no habia otra salida sino el camino que va á Cangas de Onís, y este le ocupaban los franceses. En medio de afanes consiguió Ballesteros llegar el 26 á Valdeburon en Castilla de donde se trasladó á Potes. Meditando entonces lo mas conveniente resolvió de acuerdo con otros gefes acometer á Santander, cuya guarnicion desprevenida se juzgaba ser solo de 1000 hombres. Se encaminó con este propósito á Torre la Vega en donde se detuvo mas de lo necesario. Por fin al amanecer del 10 emprendióse la expedicion, pero tan descuidadamente que el enemigo se abrió paso dejando solo en nuestro poder 200 prisioneros. Entraron las tropas de Ballesteros el mismo dia en Santander, mas la ocupacion de esta ciudad no duró largo tiempo. En la misma noche revolviendo sobre ella los franceses ya reforzados, penetraron por sus calles y pusiéronlo todo en tal confusion que los mas de los nuestros se desbandaron, y el general Ballesteros creyendo perdida su division se embarcó precipitadamente con Don José Odonell en una lancha en que bogaron por falta de remos y remeros dos soldados con sus fusiles.

Ocupa á Santander.

Don Juan Diaz Porlier se salvó con alguna tropa atravesando por medio de los enemigos con la intrepidez que le distinguia. Fue tambien notable y digna de la mayor alabanza la conducta del batallon de la Princesa, que, privado de su fugitivo coronel y á las órdenes del valiente oficial Garroyo, conservó bastante órden y serenidad para libertarse y pasar á Medina de Pomar, desde donde, ¡ marcha admirable! poniéndose en camino atravesó la Castilla y Aragon rodeado de peligros y combates, y se incorporó en Molina con el general Villacampa.

Intrepidez de Porlier.

Marcha admirable del batallon de la Princesa.

Libres en el mes de Junio Asturias y Galicia, era ocasion de que el marqués de la Romana, tan autorizado como estaba por el gobierno supremo, emplease todo su anhelo en mejorar la condicion de su ejército, y la de ambas provincias. Entró en la Coruña poco despues que Noroña, y fue recibido con el entusiasmo que excitaba su nombre. Reasumió en su persona toda la autoridad, suprimió las juntas de partido que se habian multiplicado con la insurreccion, y nombró en su lugar gobernadores militares. No contento con la destruccion de aquellas corporaciones, trató de examinar con severidad la conducta de varios de sus individuos, á quien se acusaba de desmanes en ejercicio de su cargo, procedimiento que desagradó. Pues al paso que se escudriñaban estos excesos, nacidos por lo general de los apuros del tiempo, mostró el marqués suma benignidad con los que habian abrazado el bando de los enemigos. Por lo demas sus providencias en todos los ramos adolecieron de aquella dejadez y negligencia característica de su ánimo. Suprimidas las juntas cortó

Romana en la Coruña.

Sus providencias y negligencia.

el vuelo al entusiasmo é influjo popular, y no introdujo con los gobernadores que creó el órden y la energía que son propias de la autoridad militar. Trascurrió mas de un mes sin que se recogiese el fruto de la evacuacion francesa, no pasando el tiempo aquel gefe sino en agasajos, y en escuchar las quejas y solicitudes de personas que se creian agraviadas ó que ansiaban colocaciones; y entre ellas, como acontece, no andaban ni las realmente ofendidas ni las mas beneméritas. Por fin reunió el marqués la flor del ejército de Galicia y trató de salir á Castilla.

Sale á Castilla.

Nombra á Mahy para Asturias.

Antes de efectuar su marcha envió á tomar el mando militar de Asturias á Don Nicolas Mahy: él político y económico seguia al cuidado de la junta que el mismo marqués habia nombrado. Ordenó ademas este que se le uniese en Castilla con 10,000 hombres de lo mas escogido de las tropas asturianas Don Francisco Ballesteros, que, en vez de ser reprendido por lo de Santander, recibió este premio. Debiólo á haberse salvado con Don José Odonell, favorito del marqués, y mal hubiera podido ser censurada la conducta del general sin tocar al abandono ó desercion del coronel su compañero: asi un indisculpable desastre sirvió á Ballesteros do principal escalon para ganar despues gloria y renombre.

Nombra á Ballesteros para mandar 10,000 hombres.

Romana llegó á Astorga con unos 16,000 hombres y 40 piezas de artillería. Dejó en Galicia pocos cuadros y escasos medios para que con ellos pudiese Noroña formar un ejército de reserva. Una corta division al mando de Don Juan José García se situó en el Vierzo, y Ballesteros desde las cercanías de Leon hizo posteriormente hácia Santander una excursion que no tuvo particular resulta.

Permaneció Romana en Astorga hasta el 18 de agosto en que se despidió de sus tropas habiendo sido nombrado por la junta de Valencia para desempeñar el puesto vacante en la central por fallecimiento del príncipe Pio. El mando de su ejército recayó despues en el duque del Parque, al cual tambien se unió aunque mas tarde Ballesteros, caminando todos la vuelta de Ciudad Rodrigo.

Sucédele despues en el mando del ejército el duque del Parque.

Los franceses que salieron de Galicia y que componian el 2° y 6° cuerpo debieron ponerse por resolucion de Napoleon recibida en 2 de julio á las órdenes de Soult, como igualmente el 5° del mando del mariscal Mortier que estaba en Valladolid procedente de Aragon. Varios obstáculos opuso José al inmediato cumplimiento en todas sus partes de la voluntad de su hermano; y de ello daremos cuenta en el próximo libro.

Ahora terminando este conviene notar lo poco que á pesar de tan grandes esfuerzos habian adelantado los franceses en la conquista de España. Ocho meses eran corridos despues de la terrible invasion en noviembre del emperador francés, y sus huestes no enseñoreaban todavía ni un tercio del territorio pe-

Fin de este libro.

ninsular. Inútilmente daban y ganaban batallas, inútilmente se derramaban por las provincias, de las que ocupadas unas levantábanse otras, y yendo al remedio de estas, aquellas se desasosegaban y de nuevo se trocaban en enemigas. ¡Cuán diferente cuadro presentaba por aquel tiempo el Austria! Allí habia en abril abierto la campaña el archiduque Cárlos con ejércitos bien pertrechados y numerosos, solo tres ó cuatro batallas se habian dado, una de éxito contrario á Napoleon, y sin embargo ya en 12 de julio celebróse en Znaim una suspension de armas, preludio de la paz. Asi una nacion poderosa y militar sujetábase á las condiciones del vencedor al cabo de tres meses de guerra, y España despues de un año, sin verdaderos ejércitos y muchas veces sola en la lucha, manteníase incontrastable por la firme voluntad de sus moradores. Tanta diferencia media, no nos cansaremos de repetirlo, entre las guerras de gabinete y las nacionales. Al primer reves se cede en aquellas, mas en estas sin someterse fácilmente los defensores al remolino de la fortuna, cuando se les considera deshechos, crecen; cuando caidos, se empinan. Conocíalo muy bien el grande estadista Pitt *, quien rodeado de sus amigos en 1805, al saber la rendicion de Mack en Ulma con 40,000 hombres, exclamando aquellos *que todo estaba perdido y que no habia ya remedio contra Napoleon*, replicó: *Todavia lo hay si consigo levantar una guerra nacional en Europa;* añadiendo en tono al parecer profético: *Y esta guerra ha de comenzar en España.*

Parangon de la guerra de Austria y España.

(* Ap. n. 10.)

Prevision notable de Pitt.

APÉNDICES.

LIBRO PRIMERO.

NUMERO 1.

Tenemos noticia original del despacho que con este motivo escribió á Madrid Don Eugenio Izquierdo, y tambien podrá verse en el manifiesto, que de sus procedimientos publicó el consejo real, la mencion que en su contenido se hace del convenio concluido por Izquierdo en 10 de mayo de 1806.

NUMERO 2.

Plenos poderes dados por el rey Cárlos IV á Don Eugenio Izquierdo embajador extraordinario en Francia en **26** *de mayo de* **1806**, *renovados en* **8** *de octubre de* **1807**.

Don Cárlos por la gracia de Dios rey de España y de las Indias, etc.

Teniendo entera confianza en vos, Don Eugenio Izquierdo nuestro consejero honorario de estado, y habiéndoos autorizado en virtud de esta confianza justamente merecida para firmar un tratado con la persona que fuere igualmente autorizada por nuestro aliado el emperador de los franceses, nos comprometemos de buena fé y sobre nuestra palabra real, que aprobarémos, ratificarémos y harémos observar y ejecutar entera é inviolablemente todo lo que sea estipulado y firmado por vos. En fé de lo cual hemos hecho expedir la presente firmada de nuestra mano, sellada con nuestro sello secreto, y refrendada por el infrascripto nuestro consejero de estado, primer secretario de estado y del despacho. Dada en Aranjuez á 26 de mayo de 1806. — YO EL REY. — PEDRO CEVALLOS.

NOTA. Traduccion española de la francesa que habia entre los papeles de Don Eugenio Izquierdo, quien al pie de la dicha traduccion francesa puso las dos certificaciones siguientes en francés : — 1ª Certifico que esta traduccion es fiel. Paris 5 de junio de 1806. — IZQUIERDO, consejero de estado de S. M. C. — 2ª Certifico que estos poderes han sido renovados dia 8 del presente mes en el real sitio de San Lorenzo. — Fontainebleau 27 de octubre de 1807. — IZQUIERDO. — (*Llorente, tom.* 3º. *núm.* 106.)

NUMERO 3.

La amistad que media hace muchos años entre Don Agustin de Argüelles y nosotros, nos ha puesto en el caso de haber oido muchas veces de su misma boca la relacion de esta mision que le fue encomendada. A mayor abundamiento conservamos por escrito una nota suya acerca de aquel suceso.

Numero 4.

Proclama de Don Manuel Godoy.

En circunstancias menos arriesgadas que las presentes han procurado los vasallos leales auxiliar á sus soberanos con dones y recursos anticipados á las necesidades; pero en esta prevision tiene el mejor lugar la generosa accion de súbdito hácia su señor. El reino de Andalucía privilegiado por la naturaleza en la produccion de caballos de guerra ligeros; la provincia de Extremadura que tantos servicios de esta clase hizo al señor Felipe V ¿ verán con paciencia que la caballería del rey de España esté reducida é incompleta por falta de caballos? No, no lo creo; antes sí espero que del mismo modo que los abuelos gloriosos de la generacion presente sirvieron al abuelo de nuestro rey con hombres y caballos, asistan ahora los nietos de nuestro suelo con regimientos ó compañías de hombres diestros en el manejo del caballo, para que sirvan y defiendan á su patria todo el tiempo que duren las urgencias actuales, volviendo despues llenos de gloria y con mejor suerte al descanso entre su familia. Entonces sí que cada cual se disputará los laureles de la victoria; cual dirá deberse á su brazo la salvacion de su familia; cual la de su gefe; cual la de su pariente ó amigo, y todos á una tendrán razon para atribuirse á sí mismos la salvacion de la patria. Venid pues, amados compatriotas, venid á jurar bajo las banderas del mas benéfico de los soberanos : venid y yo os cubriré con el manto de la gratitud, cumpliéndoos cuanto desde ahora os ofrezco, si el Dios de las victorias nos concede una paz tan feliz y duradera cual le rogamos. No, no os detendrá el temor, no la perfidia : vuestros pechos no abrigan tales vicios, ni dan lugar á la torpe seduccion. Venid pues y si las cosas llegasen á punto de no enlazarse las armas con las de nuestros enemigos, no incurriréis en la nota de sospechosos, ni os tildaréis con un dictado impropio de vuestra lealtad y pundonor por haber sido omisos á mi llamamiento.

Pero si mi voz no alcanzase á despertar vuestros anhelos de gloria, sea la de vuestros inmediatos tutores ó padres del pueblo á quienes me dirijo, la que os haga entender lo que debeis á vuestra obligacion, á vuestro honor, y á la sagrada religion que profesais.— El príncipe de la Paz.

Numero 5.

Estado de los regimientos que componian la expedicion de tropas españolas al mando del teniente general marqués de la Romana, destinada á formar un cuerpo de observacion hácia el país de Hanóver.

Deberán salir de España por la parte de Irun los cuerpos siguientes : infantería de línea, tercer batallon de Guadalajara, 778 hombres; regimiento de Asturias, 2332; primero y segundo batallon de la Princesa, 1554; infantería ligera, primer batallon de Barcelona, 1245 plazas; caballería de línea, Rey, 670 hombres y 540 caballos; Infante id. id.

Por la parte de la Junquera : infantería de línea, tercer batallon de la Princesa, 778 plazas; dragones, Almansa, 670 hombres y 540 caballos; Lusitania id. id.; artillería un tren de campaña de 25 piezas y el ganado de tiro correspondiente, 270 hombres; zapadores-minadores, una compañía 127 hombres.

Existentes en Etruria y que constituyen parte de la expedicion : infantería de línea, regimiento de Zamora, 969 plazas; primero y segundo batallon de Guadalajara, 996; infantería ligera, primer batallon de Cataluña, 1042 hombres; caballería, Algarbe, 624 hombres y 406 caballos; dragones, Villaviciosa, 634 hombres y 393 caballos.

Total 14,019 hombres y 2959 caballos. Id. plazas agregadas 2216 hombres y 241 caballos. — Madrid 4 de marzo de 1807.

Nota. No se expresan las plazas agregadas de cada cuerpo, aunque sí el total de las que deben ser.

Numero 6.

Tratado secreto entre el rey de España y el emperador de los franceses, relativo á la suerte futura del Portugal.

Napoleon emperador de los franceses etc. Habiendo visto y examinado el tratado concluido, arreglado y firmado en Fontainebleau á 27 de octubre de 1807 por el general de division Miguel Duroc gran mariscal de nuestro palacio etc., en virtud de los plenos poderes que le hemos conferido á este efecto, con Don Eugenio Izquierdo consejero honorario de estado y de guerra de S. M. el rey de España, igualmente autorizado con plenos poderes de su soberano, de cuyo tratado es el tenor como sigue :

S. M. el emperador de los franceses y S. M. el rey de España queriendo arreglar de comun acuerdo los intereses de los dos estados, y determinar la suerte futura de Portugal de un modo que concilie la política de los dos paises, han nombrado por sus ministros plenipotenciarios, á saber : S. M. el emperador de los franceses al general Duroc, y S. M. el rey de España á Don Eugenio Izquierdo, los cuales despues de haber cangeado sus plenos poderes, se han convenido en lo que sigue :

1º La provincia de Entre-Duero y Miño con la ciudad de Oporto se dará en toda propiedad y soberanía á S. M. el rey de Etruria con el título de rey de la Lusitania septentrional.

2º La provincia del Alentejo y el reino de los Algarbes se darán en toda propiedad y soberanía al príncipe de la Paz, para que las disfrute con el título de príncipe de los Algarbes.

3º Las provincias de Beira, Tras-los-Moutes y la Extremadura portuguesa quedarán en depósito hasta la paz general para disponer de ellas segun las circunstancias y conforme á lo que se convenga entre las dos altas partes contratantes.

4º El reino de la Lusitania septentrional será poseido por los descendientes de S. M. el rey de Etruria hereditariamente, y siguiendo las leyes que estan en uso en la familia reinante de S. M. el rey de España.

5º El principado de los Algarbes será poseido por los descendientes del príncipe de la Paz hereditariamente, siguiendo las reglas del artículo anterior.

6º En defecto de descendientes ó herederos legítimos del rey de la Lusitania septentrional, ó del príncipe de los Algarbes, estos paises se darán por investidura por S. M. el rey de España, sin que jamas puedan ser reunidos bajo una misma cabeza, ó á la corona de España.

7º El reino de la Lusitania septentrional y el principado de los Algarbes reconocerán por protector á S. M. el rey de España, y en ningun caso

los soberanos de estos paises podrán hacer ni la paz ni la guerra sin su consentimiento.

8° En el caso de que las provincias de Beira, Tras-los-Montes y la Extremadura portuguesa tenidas en secuestro, fuesen devueltas á la paz general á la casa de Braganza en cambio de Gibraltar, la Trinidad y otras colonias que los ingleses han conquistado sobre la España y sus aliados, el nuevo soberano de estas provincias tendria con respecto á S. M. el rey de España los mismos vínculos que el rey de la Lusitania septentrional y el príncipe de los Algarbes, y serán poseidas por aquel bajo las mismas condiciones.

9° S. M. el rey de Etruria cede en toda propiedad y soberanía el reino de Etruria á S. M. el emperador de los franceses.

10° Cuando se efectue la ocupacion definitiva de las provincias de Portugal, los diferentes príncipes que deben poseerlas nombrarán de acuerdo comisarios para fijar sus límites naturales.

11° S. M. el emperador de los franceses sale garante á S. M. el rey de España de la posesion de sus estados del continente de Europa situados al mediodia de los Pirineos.

12° S. M. el emperador de los franceses se obliga á reconocer á S. M. el rey de España como emperador de las dos Américas, cuando todo esté preparado para que S. M. pueda tomar este título, lo que podrá ser, ó bien á la paz general, ó á mas tardar dentro de tres años.

13° Las dos altas partes contratantes se entenderán para hacer un repartimiento igual de las islas, colonias y otras propiedades ultramarinas del Portugal.

14° El presente tratado quedará secreto, será ratificado, y las ratificaciones serán cangeadas en Madrid 20 dias á mas tardar despues del dia en que se ha firmado.

Fecho en Fontainebleau á 27 de octubre de 1807. — Duroc. — Izquierdo.

Hemos aprobado y aprobamos el precedente tratado en todos y en cada uno de los artículos contenidos en él; declaramos que está aceptado, ratificado y confirmado, y prometemos que será observado inviolablemente. En fé de lo cual hemos dado la presente firmada de nuestra mano, refrendada y sellada con nuestro sello imperial en Fontainebleau á 29 de octubre de 1807. — Firmado — Napoleon. — El ministro de relaciones exteriores, Champagny. — Por el emperador, el ministro secretario de estado, Hugo Maret.

Convencion anexa al tratado anterior, aprobada y ratificada en los mismos términos.

Art. 1° Un cuerpo de tropas imperiales francesas de 25,000 hombres de infantería y 3000 de caballería entrará en España y marchará en derechura á Lisboa : se reunirá á este cuerpo otro de 8000 hombres de infantería y 3000 de caballería de tropas españolas con 30 piezas de artillería.

2° Al mismo tiempo una division de tropas españolas de 10,000 hombres tomará posesion de la provincia de Entre-Duero y Miño y de la ciudad de Oporto; y otra division de 6000 hombres compuesta igualmente de tropas españolas tomará posesion de la provincia del Alentejo y del reino de los Algarbes.

3º Las tropas francesas serán alimentadas y mantenidas por la España y sus sueldos pagados por la Francia durante todo el tiempo de su tránsito por España.

4º Desde el momento en que las tropas combinadas hayan entrado en Portugal, las provincias de Beira, Tras-los-Montes y la Extremadura portuguesa (que deben quedar secuestradas) serán administradas y gobernadas por el general comandante de las tropas francesas, y las contribuciones que se les impondrán quedarán á beneficio de la Francia. Las provincias que deben formar el reino de la Lusitania septentrional y el principado de los Algarbes serán administradas y gobernadas por los generales comandantes de las divisiones españolas que entrarán en ellas, y las contribuciones que se les impondrán quedaran á beneficio de la España.

5º El cuerpo del centro estará bajo las órdenes de los comandantes de las tropas francesas, y á él estarán sometidas las tropas españolas que se reunan á aquellas : sin embargo si el rey de España ó el príncipe de la Paz juzgaren conveniente trasladarse á este cuerpo de ejército, el general comandante de las tropas francesas y estas mismas estarán bajo sus órdenes.

6º Un nuevo cuerpo de 40,000 hombres de tropas francesas se reunirá en Bayona á mas tardar el 20 de noviembre próximo, para estar pronto á entrar en España pará transferirse á Portugal en el caso de que los ingleses enviasen refuerzos y amenazasen atacarlo. Este nuevo cuerpo no entrará sin embargo en España hasta que las dos altas potencias contratantes se hayan puesto de acuerdo á este efecto.

7º La presente convencion será ratificada etc.

NUMERO 7.

Hemos visto las mas de las piezas que obraron en este proceso. Decimos *las mas* porque como el original ha rodado por tantas manos y personas de intereses encontrados, no seria extraño que se hubiesen extraviado algunos documentos ó alterado otros. Dicho proceso paraba en poder de Don Mariano Luis de Urquijo, y á su muerte, acaecida en Paris en 1817, pasó al del marqués de Almenara. No sabemos si este lo conserva aun, ó si lo ha entregado al rey Fernando VII.

NUMERO 8.

Carta del principe de Asturias Fernando al emperador Napoleon en 11 de octubre de 1807.

« Señor : el temor de incomodar á V. M. I. en medio de sus hazañas y grandes negocios que lo ocupan sin cesar, me ha privado hasta ahora de satisfacer directamente mis deseos eficaces de manifestar á lo menos por escrito los sentimientos de respeto, estimacion y afecto que tengo al héroe mayor que cuantos le han precedido, enviado por la providencia para salvar la Europa del trastorno total que la amenazaba, para consolidar los tronos vacilantes, y para dar á las naciones la paz y la felicidad.

Las virtudes de V. M. I., su moderacion, su bondad aun con sus mas injustos é implacables enemigos, todo en fin me hacia esperar que la expresion de estos sentimientos seria recibida como efusion de un corazon lleno de admiracion y de amistad mas sincera.

El estado en que me hallo de mucho tiempo á esta parte incapaz de ocultarse á la grande penetracion de V. M., ha sido hasta hoy segundo obstáculo que ha contenido mi pluma preparada siempre á manifestar mis deseos. Pero lleno de esperanzas de hallar en la magnanimidad de V. M. I. la proteccion mas poderosa, me determino no solamente á testificar los sentimientos de mi corazon para con su augusta persona, sino á depositar los secretos mas íntimos en el pecho de V. M. como en el de un tierno padre.

Yo soy bien infeliz de hallarme precisado por circunstancias particulares á ocultar como si fuera crímen una accion tan justa y tan loable; pero tales suelen ser las consecuencias funestas de un exceso de bondad, aun en los mejores reyes.

Lleno de respeto y de amor filial para con mi padre (cuyo corazon es el mas recto y generoso), no me atreveria á decir sino á V. M. aquello que V. M. conoce mejor que yo; esto es, que estas mismas calidades suelen con frecuencia servir de instrumento á las personas astutas y malignas para confundir la verdad á los ojos del soberano, por mas propia que sea esta virtud de caractéres semejantes al de mi respetable padre.

Si los hombres que le rodean aquí le dejasen conocer a fondo el caracter de V. M. I. como yo lo conozco, ¿con qué ansias procuraria mi padre estrechar los nudos que deben unir nuestras dos naciones? Y ¿habrá medio mas proporcionado que rogar á V. M. I. el honor de que me concediera por esposa una princesa de su augusta familia? Este es el deseo unánime de todos los vasallos de mi padre, y no dudo que tambien el suyo mismo (á pesar de los esfuerzos de un corto número de malévolos) asi que sepa las intenciones de V. M. I. Esto es cuanto mi corazon apetece; pero no sucediendo asi á los egoistas pérfidos que rodean á mi padre, y que pueden sorprenderle por un momento, estoy lleno de temores en este punto.

Solo el respeto de V. M. I. pudiera desconcertar sus planes abriendo los ojos á mis buenos y amados padres, y haciéndolos felices al mismo tiempo que á la nacion española y á mí mismo. El mundo entero admirará cada dia mas la bondad de V. M. I., quien tendrá en mi persona el hijo mas reconocido y afecto.

Imploro pues con la mayor confianza la proteccion paternal de V. M., á fin de que no solamente se digne concederme el honor de darme por esposa una princesa de su familia, sino allanar todas las dificultades y disipar todos los obstáculos que puedan oponerse en este único objeto de mis deseos.

Este esfuerzo de bondad de parte de V. M. I. es tanto mas necesario para mí, cuanto yo no puedo hacer ninguno de mi parte mediante á que se interpretaria insulto á la autoridad paternal, estando como estoy reducido á solo el arbitrio de resistir (y lo haré con invencible constancia) mi casamiento con otra persona, sea la que fuere, sin el consentimiento y aprobacion positiva de V. M., de quien yo espero únicamente la eleccion de esposa para mí.

Esta es la felicidad que confio conseguir de V. M. I., rogando á Dios que guarde su preciosa vida muchos años. Escrito y firmado de mi propia mano y sellado con mi sello en el Escorial á 11 de octubre de 1807.—

De V. M. I. y R. su mas afecto servidor y hermano — FERNANDO. — (*Traduccion hecha por Llorente en sus Memorias, y sacada del original inserto en el Monitor de 5 de febrero de 1810.*)

NUMERO 9.

Extracto del coloquio tenido por Don Eugenio Izquierdo con el ministro Champagny. (*Llorente, tom.* 3, *núm.* 120.)

Mr. de Champagny: No quiero meterme en cuestiones: me limito á decir á V. de órden del emperador: 1° Que pide muy de veras S. M. que por ningun motivo ni razon, y bajo ningun pretexto no se hable ni se publique en este negocio cosa que tenga alusion al emperador ni á su embajador en Madrid, y nada se actue de que pueda resultar indicio ni sospecha de que S. M. I. ni su embajador hayan sabido, intentado ni coadyuvado á cosa alguna interior de España. 2° Que si no se ejecuta lo que acabo de decir, lo mirará como una ofensa hecha directamente á su persona que tiene (como V. sabe) medios de vengarla, y que la vengará. 3° Declara positivamente S. M. que jamas se ha mezclado en cosas interiores de España, y asegura solemnemente que jamas se mezclará; que nunca ha sido su pensamiento el que el príncipe de Asturias se casase con una princesa, y mucho menos con Mlle. Tascher de la Pagerie sobrina de la emperatriz, prometida ha mucho tiempo al duque de Aremberg; que no se opondrá (como tampoco se opuso cuando lo de Nápoles) á que el rey de España case á su hijo con quien tenga por acertado. 4° Mr. de Beauharnais no se entrometerá en asuntos interiores de España; pero S. M. I. no le retirará, y nada debe dejarse publicar ni escribir de que pudiera inferirse cosa alguna contra este embajador: y 5° Que se lleven á ejecucion estricta y prontamente los convenios ajustados el 27 de octubre último; que no haya pretexto para dejar de enviar las tropas prometidas; que en ningun punto falten, y que si faltan S. M. mirará esta falta como una infraccion del convenio ajustado.

NUMERO 10.

Esta órden se copia de los papeles que en defensa suya ha publicado el mismo duque de Mahon.

NUMERO 11.

Nota dirigida desde Paris al príncipe de la Paz por el consejero de estado Don Eugenio Izquierdo. (*Escoiquiz, Idea sencilla, núm.* 1°.)

La situacion de las cosas no da lugar para referir con individualidad las conversaciones que desde mi vuelta de Madrid he tenido por disposicion del emperador, tanto con el gran mariscal del palacio imperial el general Duroc, como con el vice gran elector del imperio príncipe de Benevento.

Asi me ceñiré á exponer los medios que se me han comunicado en estos coloquios para arreglar, y aun para terminar amistosamente los asuntos que existen hoy entre España y Francia; medios que me han sido transmitidos con el fin de que mi gobierno tome la mas pronta resolucion acerca de ellos.

Que existen actualmente varios cuerpos de tropas francesas en España es un hecho constante.

Las resultas de esta existencia de tropas estan en lo futuro. Un arreglo entre el gobierno francés y español con recíproca satisfaccion puede detener los eventos, y elevarse á solemne tratado y definitivo sobre las bases siguientes :

1ª En las colonias españolas y francesas podrán franceses y españoles comerciar libremente, el francés en las españolas como si fuese español, y el español en las francesas como si fuese francés, pagando unos y otros los derechos que se paguen en los respectivos paises por sus naturales.

Esta prerogativa será exclusiva, y ninguna potencia sino la Francia podrá obtenerla en España, como en Francia ninguna potencia sino la española.

2ª Portugal está hoy poseido por Francia. La comunicacion de Francia con Portugal exige una ruta militar, y tambien un paso continuo de tropas por España para guarnecer aquel pais y defenderle contra la Inglaterra; ha de causar multitud de gastos, de disgustos, engorros, y tal vez producir frecuentes motivos de desavenencias.

Podria amistosamente arreglarse este objeto quedando todo el Portugal para España, y recibiendo un equivalente la Francia en las provincias de España contiguas á este imperio.

3ª Arreglar de una vez la sucesion al trono de España.

4ª Hacer un tratado ofensivo y defensivo de alianza, estipulando el número de fuerzas con que se han de ayudar recíprocamente ambas potencias.

Tales deben ser las bases sobre que debe cimentarse y elevarse á tratado el arreglo capaz de terminar felizmente la actual crísis política en que se hallan España y Francia.

En tan altas materias yo debo limitarme á ejecutar fielmente lo que se me dice.

Cuando se trata de la existencia del estado, de su honor, decoro, y del de su gobierno, las decisiones deben emanar únicamente del soberano y de su consejo.

Sin embargo mi ardiente amor á la patria me pone en la obligacion de decir que en mis conversaciones he hecho presente al príncipe de Benevento lo que sigue :

1º Que abrir nuestras Américas al comercio francés es partirlas entre España y Francia; que de abrirlas únicamente para los franceses es dado que no quede de una vez arrollada la arrogancia inglesa, alejar cada dia mas la paz, y perder hasta que esta se firme nuestras comunicaciones y las de los franceses con aquellas regiones.

He dicho que aun cuando se admita el comercio francés no debe permitirse que se avecinden vasallos de la Francia en nuestras colonias, con desprecio de nuestras leyes fundamentales.

2º Concerniente á lo de Portugal he hecho presente nuestras estipulaciones de 27 de octubre último; he hecho ver el sacrificio del rey de Etruria; lo poco que vale Portugal separado de sus colonias; su ninguna utilidad para España, y he hecho una fiel pintura del horror que causaria á los pueblos cercanos al Pirineo la pérdida de sus leyes, libertades, fueros y lengua, y sobre todo el pasar á dominio extrangero.

He añadido : no podré yo firmar la entrega de Navarra por no ser el objeto de execracion de mis compatriotas, como seria si constase que un navarro habia firmado el tratado en que la entrega de la Navarra á la Francia estaba estipulada.

En fin he insinuado que si no habia otro remedio para erigirse un nuevo reino, vireinato de Iberia, estipulando que este reino ó vireinato no recibiese otras leyes, otras reglas de administracion que las actuales, y que sus naturales conservasen sus fueros y exenciones. Este reino ó vireinato podria darse al rey de Etruria, ó á otro infante de Castilla.

3° Tratándose de fijar la sucesion de España he manifestado lo que el rey N. S. me mandó que dijese de su parte; y tambien he hecho de modo que creo quedan desvanecidas cuantas calumnias inventadas por los malévolos en ese pais han llegado á inficionar la opinion pública en este.

4° Por lo que concierne á la alianza ofensiva y defensiva, mi celo patriótico ha preguntado al príncipe de Benevento si se pensaba en hacer de España un equivalente á la confederacion del Rin, y en obligarla á dar un contingente de tropas, cubriendo este tributo con el decoroso nombre de tratado ofensivo y defensivo. He manifestado que nosotros estando en paz con el imperio francés no necesitamos para defender nuestros hogares de socorros de Francia; que Canarias, Ferrol y Buenos-Aires lo atestiguan; que el Africa es nula, etc.

En nuestras conversaciones ha quedado ya como negocio terminado el del casamiento. Tendria efecto; pero será un arreglo particular de que no se tratará en el convenio de que se envian las bases.

En cuanto al título de emperador que el rey N. S. debe tomar no hay, ni habia dificultad alguna. Se me ha encargado que no se pierda un momento en responder á fin de precaver las fatales consecuencias á que puede dar lugar el retardo de un dia el ponerse de acuerdo.

Se me ha dicho que se evite todo acto hostil, todo movimiento que pudiera alejar el saludable convenio que aun puede hacerse.

Preguntado que si el rey N. S. debia irse a Andalucía, he respondido la verdad, que nada sabia. Preguntado tambien que si creia que se hubiese ido, he contestado que no, vista la seguridad en que se hallaban concerniente al buen proceder del emperador, tanto los reyes como V. A.

He pedido, pues se medita un convenio, que ínterin que vuelve la respuesta se suspenda la marcha de los ejércitos franceses hácia lo interior de la España. He pedido que las tropas salgan de Castilla; nada he conseguido; pero presumo que si vienen aprobadas las bases podrán las tropas francesas recibir órdenes de alejarse de la residencia de SS. MM.

De ahi se ha escrito que se acercaban tropas por Talavera á Madrid; que V. A. me despachó un alcance: á todo he satisfecho, exponiendo con verdad lo que me constaba.

Segun se presume aqui V. A. habia salido de Madrid acompañando los reyes á Sevilla : yo nada sé; y asi he dicho al correo que vaya hasta donde V. A. esté. Las tropas francesas dejarán pasar al correo, segun me ha asegurado el gran mariscal del palacio imperial. Paris 24 de marzo de 1808. — Sermo. Sr. — De V. A. S. — EUGENIO IZQUIERDO.

LIBRO SEGUNDO.

—

NUMERO 1.

Proclama de Cárlos IV.

« Amados vasallos mios : vuestra noble agitacion en estas circunstancias es un nuevo testimonio que me asegura de los sentimientos de vuestro corazon; y yo que cual padre tierno os amo, me apresuro á consolaros en la actual angustia que os oprime. Respirad tranquilos : sabed que el ejército de mi caro aliado el emperador de los franceses atraviesa mi reino con ideas de paz y de amistad. Su objeto es trasladarse á los puntos que amenaza el riesgo de algun desembarco del enemigo, y que la reunion de los cuerpos de mi guardia ni tiene el objeto de defender mi persona, ni acompañarme en un viage que la malicia os ha hecho suponer como preciso. Rodeado de la acendrada lealtad de mis vasallos amados, de la cual tengo tan irrefragables pruebas, ¿qué puedo yo temer? Y cuando la necesidad urgente lo exigiese, ¿podria dudar de las fuerzas que sus pechos generosos me ofrecerian? No : esta urgencia no la verán mis pueblos. Españoles, tranquilizad vuestro espíritu : conducios como hasta aquí con las tropas del aliado de vuestro rey, y veréis en breves dias restablecida la paz de vuestros corazones, y á mí gozando la que el cielo me dispensa en el seno de mi família y vuestro amor. Dado en mi palacio real de Aranjuez á 16 de marzo de 1808. —YO EL REY. — A Don Pedro Cevallos. »

NUMERO 2.

Decreto de S. M. el rey Cárlos IV exonerando á Don Manuel Godoy de sus empleos de generalísimo y almirante.

« Queriendo mandar por mi persona el ejército y la marina, he venido en exonerar á Don Manuel Godoy príncipe de la Paz de sus empleos de generalísimo y almirante, concediéndole su retiro donde mas le acomode. Tendréislo entendido, y lo comunicaréis á quien corresponda. Aranjuez 18 de marzo de 1808. — A Don Antonio Olaguer Feliu. »

NUMERO 3.

Carta del rey Cárlos IV al emperador Napoleon en Aranjuez á 18 de marzo de 1808.

« Señor mi hermano : hacia bastante tiempo que el príncipe de la Paz me habia hecho reiteradas instancias para que le admitiese la dimision de los encargos de generalísimo y almirante, y he accedido á sus ruegos; pero como no debo poner en olvido los servicios que me ha hecho, y particularmente los de haber cooperado á mis deseos constantes é invariables de mantener la alianza y la amistad íntima que me une á V. M. I. y R. yo le conservaré mi gracia.

Persuadido yo de que será muy agradable á mis vasallos, y muy con-

veniente para realizar los importantes designios de nuestra alianza, encargarme yo mismo del mando de mis ejércitos de tierra y mar, he resuelto hacerlo asi y me apresuro á comunicarlo á V. M. I. y R., queriendo dar en esto nuevas pruebas de afecto á la persona de V. M., de mis deseos de conservar las íntimas relaciones que nos unen, y de la fidelidad que forma mi carácter del que V. M. I. y R. tiene repetidos y grandes testimonios.

La continuacion de los dolores reumáticos que de un tiempo á esta parte me impiden usar de la mano derecha, me privan del placer de escribir por mí mismo á V. M. I. y R.

Soy con los sentimientos de la mayor estimacion y del mas sincero afecto de V. M. I. y R. su buen hermano — CARLOS. »

NUMERO 4.

Ποῦ νῦν ἡ λαμπρὰ τῆς ὑπατείας περιβολή; ποῦ δὲ αἱ φαιδραὶ λαμπάδες; ποῦ δὲ οἱ κρότοι καὶ οἱ χοροὶ καὶ αἱ θαλίαι καὶ αἱ πανηγύρεις... πάντα ἐκεῖνα οἴχεται· καὶ ἄνεμος πνεύσας ἀθρόον τὰ μὲν φύλλα κατέβαλε, γυμνὸν δὲ ἡμῖν τὸ δένδρον ἔδειξε, καὶ ἀπὸ της ῥίζης αὐτῆς σαλευόμενον λοιπόν... τίς γὰρ τοῦτου γέγονεν ὑψηλότερος; ου πᾶσαν τὴν οἰκουμένην περιῆλθε τῳ πλούτῳ; οὐ πρὸς αὐτὰς των ἀξιωμάτων ἀνεβη τὰς κορυφάς; ουχὶ παντες αὐτον ἔτρεμον, καὶ ἐδεδοίκεισαν; αλλ' ἰδοὺ γέγονε καὶ δεσμωτῶν ἀθλιώτερος, καὶ, οἰκετῶν ελεινότερος, καὶ τῶν λιμῷ τηκομένων πτωχων ἐνδεεστερος, καθ' ἑκάστην ἡμέραν ξιφη βλέπων ἠκονημενα, καὶ βάραθρον, καὶ δημίους, καὶ τὴν επι θάνατον ἀπαγωγήν...

(ΟΜΙΛΙΑ ΕΙΣ ΕΥΤΡΟΠΙΟΝ.)

NUMERO 5.

Véase la Gaceta de Madrid del 25 de marzo de 1808.

NUMERO 6.

Cesion de Cárlos V. (Véase Famiani Strada : De bello belgico, liber I; y F. Prudencio de Sandobal : Historia de la vida y hechos de Cárlos V.)

NUMERO 7.

Véase Marina : Teoría de las córtes, tom. 2º, cap. 10, refiriéndose al documento que existe en la academia de la Historia. — Z. 52, fol. 301.

NUMERO 8.

Comentarios del marqués de San Felipe, tom. 2º, año 1724.

NUMERO 9.

Des documents historiques publiés par Louis Bonaparte. Volume II, page 290. Paris, 1820.

NUMERO 10.

Nota escrita por la reina de España para el gran duque de Berg y remitida por la reina de Etruria sin fecha.

« El rey mi esposo (que me hace escribir por no poderlo hacer á causa

de los dolores é hinchazon de su mano) desea saber si el gran duque de Berg llevaria á bien encargarse de tratar eficazmente con el emperador para asegurar la vida del príncipe de la Paz, y que fuese asistido de algunos criados suyos ó de capellanes.

Si el gran duque pudiera ir á librarle ó por lo menos darle algun consuelo, él tiene todas sus esperanzas en el gran duque, por ser su grande amigo. Él espera todo de S. A. y del emperador á quien siempre ha sido afecto.

Asimismo que el gran duque consiga del emperador que al rey mi esposo, á mí y al príncipe de la Paz se dé lo necesario para poder vivir todos tres juntos donde convenga para nuestra salud sin mando ni intrigas, pues nosotros no las tendrémos.

El emperador es generoso, es un héroe, y ha sostenido siempre á sus fieles aliados y aun á los que son perseguidos. Nadie lo es tanto como nosotros. ¿Y porqué ? porque hemos sido siempre fieles á la alianza.

De mi hijo no podemos esperar jamas sino miserias y persecuciones. Han comenzado á forjar y se continuará fingiendo todo lo que pueda contribuir á que el príncipe de la Paz (amigo inocente y afecto al emperador, al gran duque y á todos los franceses) parezca criminal á los ojos del público y del emperador. Es necesario que no se crea nada. Los enemigos tienen la fuerza y todos los medios de justificar como verdadero lo que en sí es falso.

« El rey desea igualmente que yo ver y hablar al gran duque y darle por sí mismo la protesta que tiene en su poder. » Los dos estamos agradecidos al envio que ha hecho de tropas suyas y á todas las pruebas que nos da de su amistad. Debe estar S. A. I. bien persuadido de la que nosotros le hemos tenido siempre y conservamos ahora. Nos ponemos en sus manos y las del emperador y confiamos que nos concederá lo que pedimos.

Estos son todos nuestros deseos cuando estamos puestos en las manos de tan grande y generoso monarca y héroe. »

Carta de la reina de Etruria al gran duque de Berg en Aranjuez á 22 de marzo de 1808, con una posdata del rey Cárlos IV.

« Señor mi hermano : acabo de ver al edecan comandante, quien me ha entregado vuestra carta por la cual veo con mucha pena que mi padre y mi madre no han podido tener el gusto de veros, aunque lo deseaban eficazmente, porque toda su confianza tienen puesta en vos, de quien esperan que podréis contribuir á su tranquilidad.

El pobre príncipe de la Paz cubierto de heridas y contusiones está decaido en la prision, y no cesa de invocar el terrible momento de su muerte. No hace recuerdo de otras personas que de su amigo el gran duque de Berg, y dice que este es el único en quien confía que le ha de conseguir su salud.

Mi padre, mi madre y yo hemos hablado con vuestro edecan comandante. Él os dirá todo. Yo fio en vuestra amistad y que por ella nos salvareis á los tres y al pobre preso.

No tengo tiempo de deciros mas : confio en vos. Mi padre añadirá dos líneas á esta carta : yo soy de corazon vuestra afectísima hermana y amiga — MARIA LUISA. »

Posdata de Cárlos IV.

« Señor y muy querido hermano : habiendo hablado á vuestro edecan comandante é informádole de todo lo que ha sucedido, yo os ruego el favor de hacer saber al emperador que le suplico disponga la libertad del pobre príncipe de la Paz, quien solo padece por baber sido amigo de la Francia, y asimismo que se nos deje ir al pais que mas nos convenga llevándonos en nuestra compañía al mismo príncipe. Por ahora vamos á Badajoz : confio recibir antes vuestra respuesta caso de que absolutamente carezcais de medios de vernos, pues mi confianza solo está en vos y en el emperador. Mientras tanto yo soy vuestro muy afecto hermano y amigo de todo corazon — CARLOS. »

Carta de la reina de España al gran duque de Berg en Aranjuez á 22 de marzo de 1808 junta con la anterior de su hija.

« Señor mi querido hermano : yo no tengo mas amigos que V. A. I. El rey mi amado esposo os escribe implorando vuestra amistad. En ella está únicamente nuestra esperanza. Ambos os pedimos una prueba de que sois nuestro amigo, y es la de hacer conocer al emperador lo sincero de nuestra amistad y del afecto que siempre hemos profesado á su persona, á la vuestra y á la de todos los franceses.

El pobre príncipe de la Paz que se halla encarcelado y herido por ser amigo nuestro, apasionado nuestro y afecto á toda la Francia, sufre todo por causa de haber deseado el arribo de vuestras tropas y haber sido el único amigo nuestro permanente. Él hubiera ido á ver á V. A. si hubiera tenido libertad, y ahora mismo no cesa de nombrar á V. A. y de manifestar deseos de ver al emperador.

Consíganos V. A. que podamos acabar nuestros dias tranquilamente en un pais conveniente á la salud del rey (la cual está delicada como tambien la mia) y que sea esto en compañía de nuestro único amigo que tambien lo es de V. A.

Mi hija será mi intérprete si yo no logro la satisfaccion de poder conocer personalmente y hablar á V. A. ¿Podriais hacer esfuerzos para vernos aunque fuera un solo instante de noche ó como quisierais? El comandante edecan de V. A. contará todo lo que hemos dicho.

Espero que V. A. conseguirá para nosotros lo que deseamos, y que perdonará las faltas y olvidos que haya cometido yo en el tratamiento, pues no sé donde estoy, y debeis creer que no habrán sido por faltar á V. A. ni dejar de darle seguridad de toda mi amistad.

Ruego á Dios guarde á V. A. I. muchos años. Vuestra mas afecta — LUISA. »

Carta del general Monthion al gran duque de Berg en Aranjuez á 23 de marzo de 1808.

« Conforme á las ordenes de V. A. I. vine á Aranjuez con la carta de V. A. para la reina de Etruria. Llegué á las ocho de la mañana : la reina estaba todavía en cama : se levantó inmediatamente : me hizo entrar : le entregué vuestra carta : me rogó esperar un momento mieutras iba á

leerla con el rey y la reina sus padres : media hora despues entraron todos tres á la sala en que yo me hallaba.

El rey me dijo que daba gracias á V. A. de la parte que tomabais en sus desgracias, tanto mas grandes cuanto era el autor de ellas un hijo suyo. El rey me dijo que esta revolucion habia sido muy premeditada; que para ello se habia distribuido mucho dinero, y que los principales personages habian sido su hijo y Mr. Caballero ministro de la justicia : que S. M. habia sido violentado para abdicar la corona por salvar la vida de la reina y la suya, pues sabia que sin esta diligencia los dos hubieran sido asesinados aquella noche ; que la conducta del príncipe de Asturias era tanto mas horrible cuanto mas prevenido estaba de que conociendo el rey los deseos que su hijo tenia de reinar, y estando S. M. próximo á cumplir sesenta años, habia convenido en ceder á su hijo la corona cuando este se casara con una princesa de la familia imperial de Francia como S. M. deseaba ardientemente.

El rey ha añadido que el príncipe de Asturias queria que su padre se retirase con la reina su muger á Badajoz, frontera de Portugal : que el rey le habia hecho la observacion de que el clima de aquel pais no le convenia, y le habia pedido permiso de escoger otro, por lo cual el mismo rey Cárlos deseaba obtener del emperador licencia de adquirir un bien en Francia y de asegurar allí su existencia. La reina me ha dicho que habia suplicado á su hijo la dilacion del viage á Badajoz; pero que no habia conseguido nada, por lo que deberia verificarse en el próximo lunes.

Al tiempo de despedirme yo de SS. MM. me dijo el rey : « Yo he escrito al emperador poniendo mi suerte en sus manos : quise enviar mi carta por un correo; pero no es posible medio mas seguro que el de confiarla á vuestro cuidado. »

El rey pasó entonces á su gabinete y luego salió trayendo en su mano la carta adjunta. Me la entregó y dijo estas palabras : « Mi situacion es de las mas tristes; acaban de llevarse al príncipe de la Paz y quieren conducirlo á la muerte : no tiene otro delito que haber sido muy afecto á mi persona toda su vida. »

Añadió que no habia modo de ruegos que no hubiese puesto en práctica para salvar la vida de su infeliz amigo; pero habia encontrado sordo á todo el mundo y dominado del espíritu de venganza. Que la muerte del príncipe de la Paz produciria la suya, pues no podria S. M. sobrevivir á ella. — B. DE MONTHION. »

Carta del rey Cárlos IV al emperador Napoleon en Aranjuez á 23 de marzo de 1808.

« Señor mi hermano : V. M. sabrá sin duda con pena los sucesos de Aranjuez y sus resultas; y no verá con indiferencia á un rey que forzado á renunciar la corona acude á ponerse en los brazos de un grande monarca aliado suyo, subordinándose totalmente á la disposicion del único que puede darle su felicidad, la de toda su familia y las de sus fieles vasallos.

Yo no he renunciado en favor de mi hijo sino por la fuerza de las circunstancias cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada me hacian conocer bastante la necesidad de escoger la

vida ó la muerte, pues esta última se hubiera seguido despues de la de la reina.

Yo fuí forzado á renunciar; pero asegurado ahora con plena confianza en la magnanimidad y el genio del grande hombre que siempre ha mostrado ser amigo mio, yo he tomado la resolucion de conformarme con todo lo que este mismo grande hombre quiera disponer de nosotros y de mi suerte, la de la reina y la del príncipe de la Paz.

Dirijo á V. M. I. y R. una protesta contra los sucesos de Aranjuez y contra mi abdicacion. Me entrego y enteramente confio en el corazon y amistad de V. M., con lo cual ruego á Dios que os conserve en su santa y digna guarda.

De V. M. I. y R. su muy afecto hermano y amigo — CARLOS. »

Carta de la reina de Etruria incluyendo otra de su madre la reina de España para el gran duque de Berg en Madrid á 26 *de marzo de* 1808.

« Señor mi hermano : mi madre me envia la adjunta carta para que os la remita y la conserveis. Hacednos la gracia, querido mio, de no abandonarnos : todas nuestras esperanzas estan en vos. Concededme el consuelo de ir á ver á mis padres. Respondedme alguna cosa que nos alivie y no os olvideis de una amiga que os ama de corazon.—MARIA LUISA. »

P. D. — « Yo estoy enferma en la cama con algo de calentura por lo cual no me veréis fuera de mi habitacion. »

Carta inclusa en la antecedente.

« Querida hija mia : decid al gran duque de Berg la situacion del rey mi esposo, la mia y la del pobre príncipe de la Paz.

Mi hijo Fernando era el gefe de la conjuracion : las tropas estaban ganadas por él; él hizo poner una de las luces de su cuarto en una ventana para señal de que comenzase la explosion. En el instante mismo los guardias y las personas que estaban á la cabeza de la revolucion hicieron tirar dos fusilazos. Se ha querido persuadir que fueron tirados por la guardia del príncipe de la Paz, pero no es verdad. Al momento los guardias de corps, los de infantería española y los de la walona se pusieron sobre las armas y sin recibir órdenes de sus primeros gefes convocaron á todas las gentes del pueblo y las condujeron adonde les acomodaba.

El rey y yo llamamos á mi hijo para decirle que su padre sufria grandes dolores, por lo que no podia asomarse á la ventana, y que lo hiciese por sí mismo á nombre del rey para tranquilizar al pueblo : me respondió con mucha firmeza que no lo haria porque lo mismo seria asomarse á la ventana que comenzar el fuego, y así no lo quiso hacer.

Despues á la mañana siguiente le preguntamos si podria hacer cesar el tumulto y tranquilizar los amotinados, y respondió que lo haria, pues enviaria á buscar á los segundos gefes de los cuerpos de la casa real, enviando tambien algunos de sus criados con encargo de decir en su nombre al pueblo y á las tropas que se tranquilizasen : que tambien haria se volviesen á Madrid muchas personas que habian concurrido de alli para aumentar la revolucion, y encargaria que no viniesen mas.

Cuando mi hijo habia dado estas órdenes fue descubierto el príncipe

de la Paz. El rey envió á buscar á su hijo y le mandó salir adonde estaba el desgraciado príncipe, que ha sido víctima por ser amigo nuestro y de los franceses, y principalmente del gran duque. Mi hijo fue y mandó que no se tocase mas al príncipe de la Paz y se le condujese al cuartel de guardias de corps. Lo mandó en nombre propio, aunque lo hacia por encargo de su padre, y como si él mismo fuese ya rey dijo al príncipe de la Paz : « Yo te perdono la vida. »

El príncipe á pesar de sus grandes heridas le dió gracias preguntándole si era ya rey. Esto aludia á lo que ya se pensaba en ello, pues el rey, el príncipe de la Paz y yo teníamos la intencion de hacer la abdicacion en favor de Fernando cuando hubiéramos visto al emperador y compuesto todos los asuntos, entre los cuales el principal era el matrimonio. Mi hijo respondió al príncipe : « No : hasta ahora no soy rey; pero lo seré bien pronto. » Lo cierto es que mi hijo mandaba todo como si fuese rey sin serlo y sin saber si lo seria. Las órdenes que el rey mi esposo daba no eran obedecidas.

Despues debia haber en el dia 19 en que se verificó la abdicacion otro tumulto mas fuerte que el primero contra la vida del rey mi esposo y la mia, lo que obligó á tomar la resolucion de abdicar.

Desde el momento de la renuncia mi hijo trató á su padre con todo el desprecio que puede tratarlo un rey sin consideracion alguna para con sus padres. Al instante hizo llamar á todas las personas complicadas en su causa que habian sido desleales á su padre, y hecho todo lo que pudiera ocasionarle pesadumbres. Él nos da priesa para que salgamos de aquí señalándonos la ciudad de Badajoz para residencia. Entre tanto nos deja sin consideracion alguna manifestando gran contento de ser ya rey, y de que nosotros nos alejemos de aquí.

En cuanto al príncipe de la Paz no quisiera que nadie se acordara de él. Los guardias que le custodian tienen órden de no responder á nada que les pregunte, y lo han tratado con la mayor inhumanidad.

Mi hijo ha hecho esta conspiracion para destronar al rey su padre. Nuestras vidas hubieran estado en grande riesgo, y la del pobre príncipe de la Paz lo está todavía.

El rey mi esposo y yo esperamos del gran duque que hará cuanto pueda en nuestro favor, porque nosotros siempre hemos sido aliados fieles del emperador, grandes amigos del gran duque, y lo mismo sucede al pobre príncipe de la Paz. Si él pudiese hablar daria pruebas, y aun en el estado en que se halla no hace otra cosa que exclamar por su grande amigo el gran duque.

Nosotros pedimos al gran duque que salve al príncipe de la Paz, y que salvándonos á nosotros nos le dejen siempre á nuestro lado para que podamos acabar juntos tranquilamente el resto de nuestros dias en un clima mas dulce y retirados sin intrigas y sin mandos, pero con honor. Esto es lo que deseamos el rey y yo igualmente que el príncipe de la Paz, el cual estaria siempre pronto á servir á mi hijo en todo. Pero mi hijo (que no tiene carácter alguno, y mucho menos el de la sinceridad) jamas ha querido servirse de él y siempre le ha declarado guerra como al rey su padre y á mí.

Su ambicion es grande y mira á sus padres como si no lo fuesen. ¿Qué hará para los demas? Si el gran duque pudiera vernos tendríamos grande placer y lo mismo su amigo el príncipe de la Paz que sufre porque lo ha

sido siempre de los franceses y del emperador. Esperamos todo del gran duque, recomendándole tambien á nuestra pobre hija María Luisa que no es amada de su hermano. Con esta esperanza estamos próximos á verificar nuestro viage. — LUISA. »

Nota de la reina de España para el gran duque de Berg en 27 *de marzo de* 1808.

« Mi hijo no sabe nada de lo que tratamos y conviene que ignore todos nuestros pasos. Su carácter es falso : nada le afecta : es insensible y no inclinado á la clemencia. Está dirigido por hombres malos y hará todo por la ambicion que le domina; promete, pero no siempre cumple sus promesas.

Creo que el gran duque debe tomar medidas para impedir que al pobre príncipe de la Paz se le quite la vida, pues los guardias de corps han dicho que primero lo matarán que entregarle vivo, aunque lo manden el emperador y el gran duque. Estan llenos de rabia contra él, é inflaman á todos los pueblos, á todo el mundo y aun á mi hijo que defiere á ellos en todo. Lo mismo sucede relativamente al rey mi esposo y á mí. Nosotros estamos puestos en manos del gran duque y del emperador : le rogamos que tenga la complacencia de venir á vernos; de hacer que el pobre príncipe de la Paz sea puesto en salvo lo mas pronto posible, y de concedernos todo lo demas que tenemos suplicado.

El embajador es todo de mi hijo; lo cual me hace temblar, porque mi hijo no quiere al gran duque ni al emperador sino solo el despotismo. El gran duque debe estar persuadido que no digo esto por venganza ni resentimiento de los malos tratos que nos hace sufrir, pues nosotros no deseamos sino la tranquilidad del gran duque y del emperador. Estamos totalmente puestos en manos del gran duque deseando verle para que conozca todo el valor que damos á su augusta persona y á sus tropas, como á todo lo que le sea relativo. »

Carta de la reina de Etruria para el gran duque de Berg en Madrid á 29 *de marzo de* 1808 *con una nota de la reina de España su madre.*

« Mi señor y querido hermano : mi madre os escribe algunas líneas. Yo os incluyo la adjunta mia para el emperador rogándoos dispongais que llegue prontamente á su destino. Recomendadme á S. M. y prometedme como os suplico ir despues de mañana á Aranjuez. Tomad en mis asuntos el interés que yo tomo en lo relativo á vuestra persona, y creed que soy de todo mi corazon vuestra afecta hermana y amiga — MARIA LUISA. »

Nota de puño y letra de la reina de España.

« No quisiéramos ser importunos al gran duque. El rey me hace tomar la pluma para decir que considera útil que el gran duque escribiese al emperador insinuando que convendria que S. M. I. diese órdenes sostenidas con la fuerza para que mi hijo ó el gobierno nos dejen tranquilos al rey, á mí y al príncipe de la Paz hasta tanto que S. M. llegue. En fin

el gran duque y el emperador sabrán tomar las medidas necesarias para que se esperen su arribo ú órdenes sin que antes seamos víctimas. — LUISA. »

Carta de la reina de Etruria al gran duque de Berg en Madrid á 30 de marzo de 1808, con otra de su madre y un artículo escrito de mano propia de Cárlos IV.

« Señor y hermano : os remito una carta que mi madre me ha enviado, y os suplico que me digais si vuestra guardia ó vuestras tropas han pasado á guardar al príncipe de la Paz. Deseo tambien saber cuál es el estado de la salud del príncipe, y qué opina vuestro médico en el asunto. Respondedme al instante porque pienso visitar á mi madre uno de estos dias sin detenerme allí mas que lo preciso para hablar y volver aquí. Id pronto pues solo vos podeis ser mi defensor, y vuelvo á rogaros que me respondais sin detencion : entre tanto soy de corazon vuestra afectísima hermana y amiga — MARIA LUISA. »

Carta de la reina de España citada en la anterior.

« Si el gran duque no toma á su cargo que el emperador exija prontamente órdenes de impedir los progresos de las intrigas que hay contra el rey mi esposo, contra el príncipe de la Paz su amigo, contra mí y aun contra mi hija Luisa, ninguno de nosotros está seguro. Todos los malévolos se reunen en Madrid al rededor de mi hijo : este los cree como á oráculos, y por sí mismo no es muy inclinado á la magnanimidad ni á la clemencia. Debe temerse de ellos toda mala resulta. Yo tiemblo y lo mismo mi marido si mi hijo ve al emperador antes que este haya dado sus órdenes, pues él y los que le acompañan contarán á S. M. I. tantas mentiras que lo pongan por lo menos en estado de dudar de la verdad. Por este motivo rogamos al gran duque consiga del emperador que proceda sobre el supuesto de que nosotros estamos absolutamente puestos en sus manos, esperando que nos dé la tranquilidad para el rey mi esposo, para mí y para el príncipe de la Paz, de quien deseamos que nos lo deje á nuestro lado para acabar nuestros dias tranquilamente en un pais conveniente á nuestra salud, sin que ninguno de nosotros tres les hagamos la menor sombra. Rogamos con la mayor instancia al gran duque que se sirva mandar darnos diariamente noticias de nuestro amigo comun el príncipe de la Paz, pues nosotros ignoramos todo absolutamente. »

El siguiente artículo está escrito de letra de Cárlos IV.

« Yo he hecho á la reina escribir todo lo que precede, porque no puedo escribir mucho á causa de mis dolores. — CÁRLOS. »

Sigue escribiendo la reina.

« El rey mi marido ha escrito esta línea y media y la ha firmado para que os asegureis de ser él quien escribe. »

Nota de la reina de España para el gran duque de Berg remitida por medio de la reina de Etruria sin fecha en 1808.

« El rey mi esposo y yo no quisiéramos ser importunos ni enfadosos al gran duque que tiene tantas ocupaciones; pero no tenemos otro amigo ni apoyo que él y el emperador, en quien estan fundadas todas las esperanzas del rey, las del príncipe de la Paz amigo del gran duque é íntimo nuestro, las de mi hija Luisa y las mias. Mi hija me escribió ayer por la tarde lo que el gran duque le habia dicho, y nos ha penetrado el corazon dejándonos llenos de reconocimiento y de consuelo, esperando todo bien de las dos sagradas é incomparables personas del emperador y del gran duque. Pero no queremos que ignoren lo que nosotros sabemos, á pesar de que nadie nos dice nada ni aun responden á lo que preguntamos, por mas necesidad que tengamos de respuesta. Sin embargo miramos esto con indiferencia y solo nos interesa la buena suerte de nuestro único é inocente amigo el príncipe de la Paz, que tambien lo es del gran duque como él mismo exclamaba en su prision en medio de los horribles tratos que se le hacian, pues perseveraba llamando siempre amigo suyo al gran duque lo mismo que lo habia hecho antes de la conspiracion, y solia decir : « Si yo tuviera la fortuna de que el gran duque estuviese cerca y llegase aquí, no tendria nada que temer. » Él deseaba su arribo á la corte y se lisonjeaba con la satisfaccion de que el gran duque quisiese aceptar su casa para alojamiento. Tenia preparados algunos regalos para hacerle; y en fin no pensaba sino en que llegara el momento y despues presentarse ante el emperador y el gran duque con todo el afecto imaginable; pero ahora nosotros estamos siempre temiendo que se le quite la vida, ó se le aprisione mas si sus enemigos llegan á entender que se trata de salvarle. ¿No seria posible tomar por precaucion algunas medidas antes de la resolucion definitiva? El gran duque pudiera enviar tropas sin decir á qué; llegar á la prision del príncipe de la Paz y separar la guardia que le custodia, sin darle tiempo de disparar una pistola ni hacer nada contra el príncipe; pues es de temer que su guardia lo hiciese porque todos sus deseos son de que muera; y tendrán gloria en matarle. Asi la guardia seria mandada absolutamente por las órdenes del gran duque : y sino puede estar seguro el gran duque de que el príncipe de la Paz morirá si prosigue bajo el poder de los traidores indignos y á las órdenes de mi hijo. Por lo mismo volvemos á hacer al gran duque la misma súplica de que haga sacarle del poder de las manos sanguinarias, esto es de los guardias de corps, de mi hijo y de sus malos lados, porque sino debemos estar siempre temblando por su vida aunque el gran duque y el emperador la quieran salvar mediante que no lo podrán conseguir. De gracia volvemos á pedir al gran duque que tome todas las medidas convenientes para el objeto, porque como se pierda tiempo ya no está segura la vida, pues es cosa cierta que seria mas fácil de conservar si el príncipe estuviese entre las manos de leones y de tigres carnívoros.

Mi hijo estuvo ayer despues de comer con Infantado, con Escoiquiz, que es un clérigo maligno, y con San Cárlos que es peor que todos ellos; y esto nos hace temblar porque duró la conferencia secreta desde la una y media hasta las tres y media. El gentil hombre que va con mi hijo Cárlos es primo de San Cárlos; tiene talento y bastante instruccion, pero es un americano maligno y muy enemigo nuestro como su primo San Cár-

los, sin embargo de que todo lo que son lo han recibido del rey mi marido á instancias del pobre príncipe de la Paz, de quien ellos decian ser parientes. Todos los que van con mi hijo Cárlos son incluidos en la misma intriga y muy propios para hacer todo el mal posible, y que sea reputado por verdad lo que es una grande mentira.

Yo ruego al gran duque que perdone mis borrones y defectos que cometo cuando escribo francés, mediante hacer ya 42 años que hablo español desde que vine á casar en España á la edad de trece años y medio, motivo por el cual aunque hablo francés no sé bablarlo bien. El gran duque conocerá la razon que me asiste y disimulará los defectos del idioma en que yo incurra. — LUISA. »

Nota de la reina de España para el gran duque de Berg, por medio de la reina de Etruria su hija, sin fecha en 1808.

« Ayer recibí un papel de un mahonés que queria tener una audiencia secreta conmigo despues que el rey mi marido estaba ya en cama, diciéndome que me daria grandes luces sobre todo lo que sucede actualmente. Él queria que yo le diese por mí misma seis ú ocho millones, diciendo que yo los podria pedir á la compañía de Filipinas; y que él baria una contrarevolucion que librase al príncipe de la Paz y fuese tambien contra los franceses.

El rey y yo lo hicimos prender sin permitirle comunicacion, y permanecerá preso hasta que se averigüe la verdad de todo lo que hay en este asunto; pues creemos que sea un emisario de los ingleses para perdernos supuesto que el rey y el príncipe de la Paz siempre han sido únicamente amigos de los franceses, del emperador y en particular del gran duque sin haberlo sido jamas de los ingleses nuestros enemigos naturales.

Creemos tambien por muy necesario que el gran duque haga asegurar al pobre príncipe de la Paz que siempre ha sido y es amigo del gran duque, de quien (así como del emperador) esperaba su asilo en la forma que lo tenia escrito por medio de Izquierdo al mismo gran duque, y aun al emperador mismo, bien que no sé si estas cartas habrán llegado á sus manos.

Convendria sacar de las manos de los guardias de corps y de las tropas de mi bijo al pobre príncipe de la Paz su amigo, pues es de recelar que se le quite la vida ó se le envenene y se diga que ba muerto de sus heridas; y por cuanto no tendrá seguridad de vivir mientras esten á su lado algunos de estos malignos, será forzoso que el gran duque, despues de asegurar la persona del príncipe de la Paz en su poder, tome medidas bien fuertes para conservarle, pues las intrigas cada dia crecen contra ese pobre amigo del gran duque y aun contra el rey mi marido, cuya vida tampoco está bastante segura.

Mi bijo hizo llamar al hijo de Biergol, que es oficial de la secretaría de relaciones exteriores. Estuvieron presentes á la sesion Infantado y todos los ministros. Mi hijo le preguntó qué habia de nuevo en el sitio, y qué hacia el rey mi marido : Biergol respondió lo que habia de verdad diciendo : « No hay nada de nuevo : el rey sale muy poco : la reina no ha salido : se ocupan en preparar una habitacion para el caso de que el gran duque y el emperador vayan allí. » Mi hijo le dió órden de volver aquí y de estar al servicio de su padre hasta que este emprenda su viage, porque es uno que interviene en nuestras cuentas como tesorero. A todos

los que nos siguen aplican el título de desertores. Yo recelo que traman alguna grande intriga contra nosotros y que estamos en grande riesgo, porque Infantado y los otros son tan malos y peores que los demas. Me persuado que el rey, y yo y el pobre príncipe de la Paz estamos muy expuestos, porque no manifiestan sino mala voluntad contra nosotros, y nuestra vida no está segura si no lo remedian el gran duqué y el emperador. Es necesario que tomen algunas medidas para contener las abominables intenciones de estos malignos, y para que mi hijo se canse de dedicarse á pensar todo lo que sea contra su padre y contra el príncipe de la Paz. Nosotros hemos tenido esta noticia despues que salió de aquí el edecan. El clérigo Escoiquiz es tambien de los mas malos. — Luisa. »

Carta del rey Cárlos IV al gran duque de Berg con otra de la reina su esposa en Aranjuez á 1° de abril de 1808.

« Mi señor y muy querido hermano : V. A. verá por el escrito adjunto que nosotros nos interesamos en la vida del príncipe de la Paz mas que en la nuestra.

Todo lo que se dice en la Gaceta extraordinaria sobre el proceso del Escorial ha sido compuesto á gusto de los que lo publican, sin decir nada de la declaracion que mi hijo hizo espontáneamente, la cual habrán mudado sin duda : ella está escrita por un gentil hombre, y firmada solamente por mi hijo. Si V. A. no hace esfuerzos pora que el proceso se suspenda hasta la venida del emperador, temo mucho que quiten antes la vida al príncipe de la Paz. Nosotros contamos con el afecto de V. A. para nosotros tres, fundados en la alianza y amistad con el emperador. Espero que V. A. me dará una respuesta consolatoria que me tranquilice, y comunicará al emperador esta carta mia con expresion de que yo descanso en su amistad y generosidad. Excusadme lo mal escrita que va esta carta, pues los dolores que padezco son la causa. En este supuesto, mi señor y muy querido hermano, de V. A. I. y R. soy su muy afecto — Cárlos.»

Carta de la reina.

« Señor mi hermano : yo junto mis sentimientos á los del rey mi marido, rogando á V. A. la bondad de hacer lo que le pedimos ahora; y esperamos que su amistad y humanidad tomará á su cargo la buena causa de su íntimo y desgraciado amigo el príncipe de la Paz, asi como nuestra propia causa que está unida á la suya, para que asi cese y se suspenda todo hasta que la generosidad y grandeza de alma sin igual del emperador nos salve á todos tres y haga que acabemos nuestros dias tranquilamente y en reposo. No espero menos del emperador y de V. A. que nos concederá esta gracia, pues es la única que deseamos. En este supuesto, ruego á Dios que tenga á V. A. en su santa y digna guarda. Señor mi hermano : de V. A. I. y R. muy afecta hermana y amiga — Luisa. »

Nota de la reina de España para el gran duque de Berg, remitida por medio de la reina de Etruria en 1° *de abril de* 1808.

« Habiendo visto la Gaceta extraordinaria que habla solamente de haberse encontrado la causa del Escorial entre los papeles del pobre príncipe de la Paz, veo que está llena de mentiras. El rey era quien guardaba

la causa en la papelera de su mesa, y la confió al pobre príncipe de la Paz para que la diera al gran duque, con el fin de que la presentase al emperador de parte del rey mi marido. Como esta causa se halla escrita por el ministro de la guerra y de justicia, y firmada por mi hijo, este y aquel mudarán lo que quieran como si fuese original y verdadero; y lo mismo sucederá en lo que quieran mudar relativo á los demas comprendidos en la causa, pues todos estan ahora al rededor de mi hijo, y harán lo que este mande y lo que quieran ellos mismos.

Si el gran duque no tiene la bondad y humanidad de hacer que el emperador mande prontamente hacer suspender el curso de la causa del pobre príncipe de la Paz, amigo del mismo gran duque, y del emperador, y de los franceses, y del rey, y mio, van sus enemigos á hacerle cortar la cabeza en público, y despues á mí, pues lo desean tambien. Yo temo mucho que no den tiempo para que pueda llegar la respuesta y resolucion del emperador; pues precipitarán la ejecucion para que cuando llegue aquella no pueda surtir efecto favorable por estar ya decapitado el príncipe. El rey mi marido y yo no podemos ver con indiferencia un atentado tan horrible contra quien ha sido íntimamente amigo nuestro y del gran duque. Esta amistad y la que ha tenido en favor del emperador y de los franceses es la causa de todo lo que sufre; sobre lo cual no se debe dudar.

Las declaraciones que mi hijo hizo en su causa no se manifiestan ahora; y caso de que se publiquen algunas, no serán las que de veras hizo entonces. Acusan al pobre príncipe de la Paz de haber atentado contra la vida y trono de mi hijo; pero esto es falso y solo es verdad todo lo contrario. No tratan sino de acriminar á este inocente príncipe de la Paz, nuestro único amigo comun, para inflamar mas al público y hacerle creer contra él todas las infamias posibles.

Despues harán lo mismo contra mí, pues tienen la voluntad preparada para ello. Así convendrá que el gran duque haga decir á mi hijo que se suspenda toda causa y asunto de papeles hasta que el emperador venga, ó dé disposiciones; y tomar el gran duque bajo sus órdenes la persona del pobre príncipe de la Paz su amigo, separando los guardias y poniendo tropas suyas para impedir que lo maten, pues esto es lo que quieren, ademas de infamarle, lo que tambien proyectan contra el rey mi marido y contra mí, diciendo que es necesario formarnos causa y hacer que despues demos cuenta de todas nuestras operaciones.

Mi hijo tiene muy mal corazon: su carácter es cruel: jamas ha tenido amor á su padre ni á mí: sus consejeros son sanguinarios: no se complacen sino en hacer desdichados, sin exceptuar al padre ni á la madre. Quieren hacernos todo el mal posible, pero el rey y yo tenemos mayor interés en salvar la vida y el honor de nuestro inocente amigo que nuestra misma vida.

Mi hijo es enemigo de los franceses, aunque diga lo contrario. No extrañaré que cometa un atentado contra ellos. El pueblo está ganado con dinero y lo inflamará contra el príncipe de la Paz, contra el rey mi marido y contra mí, porque somos aliados de los franceses, y dicen que nosotros los hemos hecho venir.

A la cabeza de todos los enemigos de los franceses está mi hijo, aunque aparente ahora lo contrario, y quiera ganar al emperador, al gran duque y á los franceses para dar mejor y seguro su golpe.

Ayer tarde dijimos nosotros al general comandante de las tropas del gran duque que nosotros siempre permanecemos aliados de los franceses, y que nuestras tropas estarán siempre unidas con las suyas. Esto se entiende de las nuestras que tenemos aquí, pues de las otras no podemos disponer; y aun en cuanto á estas ignoramos las órdenes que mi hijo habrá dado; pero nosotros nos pondríamos á su cabeza para hacerlas obedecer lo que queremos, que es que sean amigas de los franceses. — LUISA. »

Nota de la reina de España para el gran duque de Berg, por medio de la reina de Etruria su hija, en abril de 1808.

« Nosotros remitimos al gran duque la respuesta de mi hijo á la carta que el rey mi marido le escribió antes de ayer, cuya copia fue remitida ayer al gran duque. No estamos contentos con el modo de explicarse mi hijo, ni aun con la substancia de lo que se responde; pero el gran duque por su amistad con nosotros tendrá la bondad de componerlo todo y de hacer que el emperador nos salve á todos tres; es decir al rey mi marido, al pobre príncipe de la Paz su amigo, y á mí. El gran duque debe estar persuadido, y persuadir al emperador que, habiendo puesto nuestra suerte en sus manos, solo pendemos de la generosidad, grandeza de alma y amistad que tenga para nosotros tres, que siempre hemos sido sus buenos y fieles aliados, amigos y afectos, y que sino nuestra suerte será muy infeliz.

Se nos ha dicho que nuestro hijo Cárlos va á partir mañana ó antes para recibir al emperador, y que si no lo encuentra avanzará hasta Paris. A nosotros se nos oculta esta resolucion porque no quieren que la sepamos el rey ni yo, lo cual nos hace recelar un mal designio; pues mi hijo Fernando no se separa un momento de sus hermanos, y los hace malos con promesas y con los atractivos que agradan á los jóvenes que no conocen al mundo por experiencias, etc.

Por esto conviene que el gran duque procure que el emperador no se deje engañar por medio de mentiras que lleven las apariencias de la verdad, respecto de que mi hijo no es afecto á los franceses, sino que ahora manifiesta serlo porque cree tener necesidad de aparentarlo. Yo recelo de todo si el gran duque, en quien habemos puesto nuestras esperanzas, no hace todos sus esfuerzos para que el emperador tome nuestra causa como suya propia. Tampoco dudamos que la amistad del gran duque sostendrá y salvará á su amigo, y nos lo dejará á nuestro lado para que todos tres juntos acabemos nuestros dias tranquilamente retirados. Asimismo creemos que el gran duque tomará todos los medios para que el pobre príncipe de la Paz, amigo suyo y nuestro, sea trasladado á un pueblo cercano á Francia, de manera que su vida no peligre y sea fácil de trasportarlo á Francia y librarlo de las manos de sus sanguinarios enemigos.

Deseamos igualmente que el gran duque envie á el emperador alguna persona que le informe de todo á fondo para evitar que S. M. I. pueda ser preocupado por las mentiras que se fraguan aqui de dia y de noche contra nosotros y contra el pobre príncipe de la Paz, cuya suerte preferimos á la misma nuestra, porque estamos temblando de las dos pistolas que hay cargadas para quitarle la vida en caso necesario, y sin duda son efecto de alguna órden de mi hijo que hace conocer asi cuál sea su

corazon; y deseo que no se verifique jamas un atentado semejante con ninguno, aun cuando fuese el mayor malvado, y vos debeis creer que el príncipe no lo es.

En fin el gran duque y el emperador son los únicos que pueden salvar al príncipe de la Paz, asi como á nosotros, pues si no resulta salvo, y si no se nos concede su compañía morirémos el rey mi marido y yo. Ambos creemos que si mi hijo perdona la vida al príncipe de la Paz, será cerrándolo en una prision cruel donde tenga una muerte civil, por lo cual rogamos al gran duque y al emperador que lo salve enteramente, de manera que acabe sus dias en nuestra compañía donde se disponga.

Conviene saber que se conoce que mi hijo teme mucho al pueblo; y los guardias de corps son siempre sus consejeros y sus tiranos. — LUISA. »

Carta del rey Cárlos IV al gran duque de Berg con otra de la reina su esposa en Aranjuez á 3 de abril de 1808.

« Mi señor y mi querido hermano: teniendo que pasar á Madrid Don Joaquin de Manuel de Villena gentil hombre de cámara y muy fiel servidor mio para negocios particulares suyos, le he encargado presentarse á V. A., y asegurarle todo mi reconocimiento al interés que V. A. toma en mi suerte y en la del príncipe de la Paz, que está inocente. Podeis fiaros de hablar con Don Joaquin de Villena, porque yo aseguro su fidelidad. No hablaré ya de mis dolores, y mi esposa os dará en posdata razon detallada de los asuntos. Pudiera suceder que Villena no se atreva á entrar en casa de V. A. por no hacerse sospechoso. En tal caso mi hija dispondrá que recibais esta carta. Perdonadme tantas importunidades, y ruego á Dios que tenga á V. A. en su santa y digna guarda. Mi señor y muy querido hermano. De V. A. I. y R. afecto hermano y amigo — CARLOS. »

Carta de la reina.

« Mi señor y hermano: la partida tan pronta de mi hijo Cárlos, que será mañana, nos hace temblar. Las personas que le acompañan son malignas. El secreto inviolable que se les haee observar para con nosotros nos causa grande inquietud, temiendo que sea conductor de papeles falsos contrahechos é inventados.

El príncipe de la Paz no hacia ni escribia nada sin que lo supiéramos y viésemos el rey mi marido y yo, y podemos asegurar que no ha cometido crímen alguno contra mi hijo ni contra nadie, pero mucho menos contra el gran duque, contra el emperador, ni contra los franceses. Él escribió de propio puño al gran duque y al emperador pidiendo á este un asilo y hablando de matrimonio; pero yo creo que el pícaro de Izquierdo no la entregó y la ha devuelto. El príncipe de la Paz estaba ya desengañado de la mala fé de Izquierdo, y por lo menos dudaba de su sinceridad. Los enemigos del pobre príncipe de la Paz, amigo de V. A., pintarán con los colores mas vivos y apariencias de verdad cualesquiera mentiras. Son muy diestros para esto, y cuantos ocupan ahora los empleos son enemigos comunes suyos. ¿No podria V. A. enviar alguno que llegase antes que mi hijo Cárlos á ver al emperador y prevenirle de todo, contándole la verdad y las imposturas de nuestros enemigos?

Mi hijo tiene veinte años, sin experiencia ni conocimientos del mundo : los que le acompañan y todos los demas le habrán dado instrucciones á su gusto. ¡Ojalá que V. A. tome todas las medidas necesarias para anticipar noticias al emperador! Mi hijo hace todo lo posible para que no veamos al emperador; pero nosotros queremos verle, asi como á V. A. en quien hemos depositado nuestra confianza, y la seguridad de todos tres que esperamos conceda el emperador.

En este supuesto ruego á Dios que tenga á V. A. en su santa y digna guarda. Mi señor y hermano. De V. A. I. y R. muy afecta hermana y amiga — Luisa. »

Carta de la reina de España al gran duque de Berg en Aranjuez á 8 *de abril de* 1808.

« Mi señor y hermano : el rey no puede escribir por estar muy incomodado con la hinchazon de su mano. Cuando ha leido la carta de V. A. en que le deja eleccion de partir mañana ú otro dia, ha tenido presente que todo estaba preparado, que una parte de sus criados parte hoy, y que la dilacion podia dar que pensar á tantos intérpretes como hay, malignos é impostores; por lo que se ha decidido á salir mañana á la una como tenia ya dicho, esperando que asi le sería mas fácil tambien ir á ver al emperador. Tendrémos mucho gusto de saber el arribo del emperador á Bayona. Nosotros lo esperamos con impaciencia, y que V. A. nos dirá cuando debemos ir. El rey mi marido y yo deseamos con vehemencia ver á V. A. Apetecemos con ancia este momento, y nos ha servido de gran placer el recado de V. A. de que vendría á vernos despues de dos dias. Repetimos nuestras súplicas, confiando enteramente en vuestra amistad, y pido á Dios tenga á V. A. en su santa y digna guarda.

Mi señor y hermano : de V. A. I. y R. muy afecta hermana y amiga — Luisa. »

Carta del rey Fernando á su padre en Madrid á 8 *de abril de* 1808.

» Padre mio : el general Savary acaba de separarse de mi compañía. Estoy muy satisfecho de él, como tambien de la buena inteligencia que hay entre el emperador y mi persona, por la buena fé que me ha manifestado.

Por este motivo me parece justo que V. M. me dé una carta para el emperador, felicitándole de su arribo, y asegurándole que tengo para con él los mismos sentimientos que V. M. le ha demostrado.

Si V. M. considera conveniente, me enviará en respuesta dicha carta, porque yo saldré despues de mañana, y he dado órden de que vengan despues los tiros que debian servir á VV. MM.

Vuestro mas sumiso hijo. — Fernando. »

Segunda carta de la reina de España al gran duque de Berg en 8 *de abril de* 1808.

« Mi señor y hermano : No quisiéramos ocupar á V. A., pero no teniendo otro apoyo es necesario que V. A. sepa todo lo relativo a nuestras personas. Remitimos á V. A. la carta que el rey ha recibido de su

hijo Fernando en respuesta de la que su padre le escribió, diciéndole que partíamos el lúnes.

Las pretensiones de mi hijo me parecen fuera de propósito; y siguiendo las mismas ideas le ha escrito el rey hace un instante, que nosotros llevamos menos familia y personas de servidumbre que plazas habia, quedándose aquí algunas: que pasaríamos la semana santa en el Escorial, sin poder decir cuántos dias duraria aquella residencia; y que en cuanto á guardias de corps no importaba nada que no fuesen. Quisiéramos no verlos, y sí fuera de su poder á nuestro pobre príncipe de la Paz. Ayer tarde se me advirtió que viviésemos con cuidado, porque se intentaba hacer alguna cosa secreta, y que aunque fuese tranquila la noche de ayer no lo seria la siguiente. Yo dudo de todo, y no vemos á los guardias de corps; pero es necesario vivir con cautela, por lo que lo hemos advertido al general Watier. Los guardias son los autores de todo, y hacen á mi hijo hacer lo que quieren; lo mismo que los malignos ministros que son muy crueles, sobre todo el clérigo Escoiquiz.

Por gracia V. A. líbrenos á todos tres, é igualmente á mi pobre hija Luisa, que padece por la propia razon que nuestro pobre amigo comun el príncipe de la Paz y nosotros; y todo porque somos amigos de V. A., de los franceses y del emperador. Mi hijo Fernando habló aqui de las tropas francesas que habia en Madrid con bastante desprecio, lo cual es prueba de que no las mira con afecto. Nos han asegurado que los carabineros son como los demas; y que los otros residentes en el sitio, como el capitan de guardias de corps, no hacen sino averiguar todo lo que pueden para hacerlo saber á mi hijo.

Si el emperador dijera dónde quiere que le veamos, tendríamos en ello mucho gusto; y rogamos á V. A. procure que el emperador nos saque de España cuanto antes al rey mi marido y á nuestro amigo el príncipe de la Paz, á mí y á mi pobre hija, y sobre todo á los tres, lo mas pronto posible; porque de otro modo no estamos seguros. No dude V. A. que nos hallamos en el mayor peligro, y con especialidad nuestro amigo, cuya seguridad deseamos antes que la nuestra; la que confiamos lograr de V. A. y del emperador, en cuyo supuesto pido á Dios tenga á V. A. en su santa y digna guarda.

Mi señor y hermano: de V. A. I. y R. afecta hermana y amiga—LUISA.»

Carta de la reina de España al gran duque de Berg en Aranjuez á 9 de abril de 1808.

«Mi señor y hermano: el reconocimiento á los favores de V. A. será eterno, y le damos un millon de gracias por la seguridad que nos anuncia de que su amigo y nuestro, el pobre príncipe de la Paz, estará libre dentro de tres dias. El rey y yo ocultarémos con un secreto inviolable tan necesario la alegría que V. A. nos ha producido con una noticia tan deseada. Ella nos reanima, y nunca hemos dudado de la amistad de V. A., quien tampoco deberá dudar de la nuestra jamas, pues se la hemos profesado siempre; como tambien el pobre amigo de V. A., cuyo crímen es el ser afecto al emperador y á los franceses. No asi mi hijo, pues no lo es aunque lo aparente. Su ambicion sin límites le ha hecho seguir los consejos de todos los infames consejeros que ha puesto ahora en los empleos mas principales y elevados.

Tenga V. A. la bondad de decirnos cuándo debemos ir á ver al emperador, y en dónde, pues lo deseamos mucho igualmente que V. A. no se olvide de mi pobre hija Luisa.

Damos gracias á V. A. de habernos enviado al general Watier, pues se ha conducido perfectamente aqui. Mi marido queria escribir á V. A., pero es absolutamente imposible, pues padece muchos dolores en la mano derecha, los cuales le han quitado el sueño esta noche pasada.

Nosotros saldremos á la una para el Escorial, adonde llegaremos á las ocho de la tarde. Rogamos á V. A. que disponga que sus tropas y V. A. libren á su amigo de los peligros de todos los pueblos y tropas que estan contra él y contra nosotros, no sea que lo maten si no lo salva V. A., pues como no esté asegurado por la guardia de V. A. hay mucho peligro de que le quiten la vida.

Deseamos mucho ver á V. A., pues somos totalmente suyos; en cuyo supuesto pido á Dios que tenga á V. A. en su santa y digna guarda.

Mi señor y hermano : de V. A. I. y R. muy afecta hermana y amiga — LUISA. »

Segunda carta de la reina de España al gran duque de Berg en el Escorial a 9 *de abril de* 1808.

« Mi señor y hermano : son las diez, y hemos recibido una carta de mi hijo Fernando que el rey mi marido envia á V. A. para que la vea, y me diga lo que debemos hacer. El rey y yo no quisiéramos hacer lo que nos pide mi hijo, cuya pretension nos ha sorprendido infinito; y creemos que no nos conviene de ningun modo condescender : el rey ha encargado decir que estaba ya en cama, por lo que no podia responder á la carta. Esto ha sido pretexto por si V. A. quiere decirnos lo que se le haya de responder, en inteligencia de que mientras tanto suspendemos hacerlo; bien que será forzoso no dilatarlo mas que hasta mañana por la tarde.

Nos hallamos con la satisfaccion de no tener guardias de corps, ni las de infantería en el Escorial, sino solo los carabineros. Con vuestras tropas estámos seguros y no con las otras.

El rey y yo no escribimos la carta que mi hijo pide, sino en el caso de que se nos haga escribir por fuerza, como sucedió con la abdicacion, contra la cual hizo por eso la protesta que envió á V. A. Lo que dice mi hijo es falso, y solo es verdadero que mi marido y yo tememos que se procure hacer creer al emperador un millon de mentiras, pintándolas con los mas vivos colores en agravio nuestro y del pobre príncipe de la Paz amigo de V.A., admirador y afectísimo del emperador, bien que nosotros estamos totalmente puestos en manos de S. M. I. y V. A., lo cual nos tranquiliza de modo, que con tales amigos y protectores no tememos á nadie. Ruego a Dios que tenga á V. A. en su santa y digna guarda. Mi señor y hermano : de V. A. I. y R. muy afecta hermana y amiga — LUISA. »

Tercera carta de la reina de España al gran duque de Berg en el Escorial á 9 *de abril de* 1808.

« Mi señor y hermano : Estamos muy agradecidos al obsequio de V. A. en habernos enviado sus tropas que nos han acompañado con la

mayor atencion y cuidado. Tambien le damos gracias por las que nos ha destinado para este sitio. Hemos dicho al general Budet que cuide de hacer patrullas con sus tropas dia y noche, pues hemos encontrado aqui una compañía de guardias españolas y walonas, lo que nos ha sorprendido.

V. A. nos ha dado pruebas completas de su amistad. Nosotros no habíamos dudado jamas, y tanto el rey como yo creemos firmemente que V. A. nos librará de todo riesgo, igualmente que á su amigo el príncipe de la Paz, y estamos satisfechos de que el emperador nos protegerá, y hará felices á todos tres como aliados, afectos y amigos suyos. Esperamos con grande impaciencia la satisfaccion de ver á V. A. y al emperador. Aquí estamos en mayor proporcion de salir al encuentro de S. M. I.

Nuestro viage ha sido muy feliz, y no podia dejar de serlo con tan buena compañía. Los pueblos por donde hemos pasado nos han aclamado mas que antes.

Esperamos con ansia la respuesta de V. A. á la carta que le escribimos esta mañana, y no queremos incomodarle mas, ni quitarle el tiempo precioso que necesita para tantas ocupaciones. Ruego á Dios que tenga á V. A. en su santa y digna guarda. Mi señor y hermano : de V. A. I. y R. muy afecta hermana y amiga — LUISA. »

Carta de la reina de España al gran duque de Berg en 10 *de abril de* 1808.

« Señor mi hermano : la carta que V. A. nos ha escrito, y hemos recibido hoy muy temprano, me ha tranquilizado. Nosotros estamos puestos en las manos del emperador y de V. A. No debemos temer nada el rey mi marido, nuestro amigo comun y yo. Lo esperamos todo del emperador que decidirá pronto nuestra suerte.

Tenemos el mayor placer y consuelo en esperar mañana el momento de ver y poder hablar á V. A. Será para nosotros un instante bien feliz, asi como el de ver al emperador. Mientras tanto que esto se verifica, rogamos de nuevo á V. A. que proceda de modo que saque al príncipe de la Paz su amigo del poder de las horribles manos que lo tienen, y lo ponga en seguridad de que no se le mate, ni se le haga mal alguno; pues los malignos y falsos ministros actuales harán todo lo posible para anticiparse cuando llegue el emperador.

Mi hijo habrá partido ya, y procurará en sus viage persuadir al emperador todo lo contrario de lo que ha pasado en verdad. Él y los que lo rodean habrán preparado tales datos y mentiras, aparentándolas como verdades que el emperador, cuando menos, entraria en dudas, si no hubiera sido informado ya de la verdad por V. A.

Mi hijo ha dejado todas sus facultades al infante Don Antonio su tio, el cual tiene muy poco talento y luces; pero es cruel, é inclinado á todo cuanto pueda ser pesadumbre del rey mi marido y mia, y del príncipe de la Paz y de mi hija Luisa. Aunque debe proceder de acuerdo de un consejo que se le ha nombrado; este se compone de toda la faccion tan detestable que ha ocasionado toda la revolucion actual, y que no está en favor de los franceses mas que mi hijo Fernando, á pesar de todo lo que se ha dicho en la Gaceta de ayer, pues solo el miedo al emperador hace hablar asi.

Me atrevo tambien á decir á V.A. que el embajador está totalmente por el partido de mi hijo de acuerdo con el maligno hipócrita clérigo Escoiquiz, y harán lo que no es imaginable para ganar á V.A., y sobre todo al emperador. Prevenid todo esto á S.M. antes que lo vea mi hijo; pues como este sale hoy, y el rey mi marido tiene la mano tan hinchada, no ha escrito la carta que mi hijo le pedia, por lo cual este no llevará ninguna; y el rey no puede escribir de su mano á V.A. lo que le es muy sensible, pues nosotros no tenemos otro amigo, ni confianza sino en V.A. y en el emperador, de quien esperamos todo.

Vivid bien persuadido del grande afecto que tenemos á V.A., así como confianza y seguridad: en cuyo supuesto ruego á Dios que tenga á V.A. en su santa y digna guarda. Señor mi hermano: de V.A.I. y R. muy afecta hermana y amiga —LUISA.»

NOTA. Toda esta correspondencia se halla inserta en el Monitor del 5 de febrero de 1810, excepto el informe del general Monthion que se insertó en el de 3 de mayo de 1808. En el Monitor algunas de las cartas de la reina de Etruria y de Cárlos IV estan en italiano. Hemos tomado la traduccion de todas ellas de las memorias de Nellerto, tomo 2°, despues de haberla confrontado con las cartas originales insertas en los Monitores citados. Nos hemos cerciorado de la exactitud, objeto principal en la insercion de estos documentos, sin habernos detenido en reparos acerca del estilo; pero no creemos inoportuno advertir que debe leerse con desconfianza la calificacion que se hace en algunas de estas cartas del carácter y conducta de los personages nombrados en ellas, por ser hija del resentimiento de una señora sobrecogida á la sazon de todo género de recelos, y cuya vehemente imaginacion alterada por el cúmulo de sucesos extraordinarios y adversos ocurridos en aquellos memorables dias, le presentaba las cosas y las personas con los mas negros colores.

NUMERO 11.

Protesta publicada en el Diario de Madrid de 12 de mayo de 1808.

NUMERO 12.

Don Bartolomé Muñoz de Torres del consejo de S.M., su secretario escribano de cámara mas antiguo y de gobierno del consejo.

Certifico que por el Excmo. Señor Don Pedro Cevallos primer secretario de estado y del despacho, se ha comunicado al ilustrísimo señor decano gobernador interino del consejo la real órden siguiente:

«Ilustrísimo señor: Uno de los primeros cuidados del rey N.S. despues de su advenimiento al trono ha sido el participar al emperador de los franceses y rey de Italia tan feliz acontecimiento, asegurando al mismo tiempo á S.M.I. y R. que animado de los mismos sentimientos que su augusto padre, lejos de variar en lo mas mínimo el sistema político con respecto á la Francia, procurará por todos los medios posibles estrechar mas y mas los vínculos de amistad y estrecha alianza que felizmente subsisten entre la España y el imperio francés. S.M. me manda participarlo á V.I. para que publicándolo en el consejo proceda el tribunal á consecuencia en todas las medidas que tome para restablecer la tranquilidad pública en Madrid, y para recibir y suministrar á las tropas francesas que estan dispuestas á entrar en esa villa todos los auxilios que

necesiten; procurando persuadir al pueblo que vienen como amigos, y con objetos útiles al rey y á la nacion. S. M. se promete de la sabiduría del consejo que enterado de los vivos deseos que le animan de consolidar cada dia mas los estrechos vínculos que unen á S. M. con el emperador de los franceses, procurará el consejo por todos los medios que esten á su alcance inspirar estos mismos sentimientos en todos los vecinos de Madrid. Dios guarde á V. I. muchos años. Aranjuez 20 de marzo de 1808. —PEDRO CEVALLOS. —Señor gobernador interino del consejo. »

Publicada en el consejo pleno de este dia la antecedente real órden, se ha mandado guardar y cumplir; y para que llegue á noticia de todos se imprima y fije en los sitios públicos y acostumbrados de esta corte. Y para el efecto lo firmo en Madrid á 21 de marzo de 1808. — DON BARTOLOMÉ MUÑOZ. — (*Véase el Diario de Madrid del 22 de marzo de* 1808.

NUMERO 13.

BANDO.

Con fecha 23 del presente mes se ha comunicado al ilustrísimo señor decano del consejo una real órden que entre otras cosas contiene lo siguiente :

« Teniendo noticia el rey N. S. que dentro de dos y medio á tres dias llegará á esta corte S. M. el emperador de los franceses, me manda S. M. decir á V. I. que quiere sea recibido y tratado con todas las demostraciones de festejo y alegria que corresponden á su alta dignidad é íntima amistad y alianza con el rey N. S., de la que espera la felicidad de la nacion; mandando asimismo S. M. que la villa de Madrid proporcione objetos agradables á S. M. I., y que contribuyan al mismo fin todas las clases del estado. »

Y habiéndose publicado en el consejo, ha resuelto se entere de ello al público por medio de este edicto. Madrid 24 de marzo de 1808. — DON BARTOLOMÉ MUÑOZ, etc.

NUMERO 14.

Mémorial de Sainte-Helène, vol. IV, pág. 246, *ed. de* 1823.

NUMERO 15.

Carta de S. M. el emperador de los franceses rey de Italia, y protector de la confederacion del Rin.

« Hermano mio : he recibido la carta de V. A. R. : yá se habrá convencido V. A. por los papeles que ha visto del rey su padre del interés que siempre le he manifestado : V. A. me permitirá que en las circunstancias actuales le hable con franqueza y lealtad. Yo esperaba, en llegando á Madrid, inclinar á mi augusto amigo á que hiciese en sus dominios algunas reformas necesarias, y que diese alguna satisfaccion á la opinion pública. La separacion del príncipe de la Paz me parecia una cosa precisa para su felicidad y la de sus vasallos. Los sucesos del norte han retardado mi viage : las ocurrencias de Aranjuez han sobrevenido. No me constituyo juez de lo que ha sucedido, ni de la conducta del príncipe de la Paz; pero lo que sé muy bien es que es muy peligroso para los

reyes acostumbrar sus pueblos á derramar la sangre haciéndose justicia por sí mismos. Ruego á Dios que V. A. no lo experimente un dia. No seria conforme al interés de la España que se persiguiese á un príncipe que se ha casado con una princesa de la familia real, y que tanto tiempo ha gobernado el reino. Ya no tiene mas amigos: V. A. no los tendrá tampoco si algun dia llega á ser desgraciado. Los pueblos se vengan gustosos de los respetos que nos tributan. Ademas, ¿cómo se podria formar causa al príncipe de la Paz sin hacerla tambien al rey y á la reina vuestros padres? Esta causa fomentaria el odio y las pasiones sediciosas; el resultado seria funesto para vuestra corona. V. A. R. no tiene á ella otros derechos sino los que su madre le ha trasmitido: si la causa mancha su honor, V. A. destruye sus derechos. No preste V. A. oidos á consejos débiles y pérfidos. No tiene V. A. derecho para juzgar al príncipe de la Paz; sus delitos, si se le imputan, desaparecen en los derechos del trono. Muchas veces he manifestado mi deseo de que se separase de los negocios al príncipe de la Paz: si no he hecho mas instancias ha sido por un efecto de mi amistad por el rey Cárlos, apartando la vista de las flaquezas de su afeccion. ¡Oh miserable humanidad! Debilidad y error, tal es nuestra divisa. Mas todo esto se puede conciliar; que el príncipe de la Paz sea desterrado de España, y yo le ofrezco un asilo en Francia.

En cuanto á la abdicacion de Cárlos IV, ella ha tenido efecto en el momento en que mis ejércitos ocupaban la España, y á los ojos de la Europa y de la posteridad podria parecer que yo he enviado todas esas tropas con el solo objeto de derribar del trono á mi aliado y mi amigo. Como soberano vecino debo enterarme de lo ocurrido antes de reconocer esta abdicacion. Lo digo á V. A. R., á los españoles, al universo entero; si la abdicacion del rey Cárlos es espontánea, y no ha sido forzado á ella por la insurreccion y motin sucedido en Aranjuez, yo no tengo dificultad en admitirla, y en reconocer á V. A. R. como rey de España. Deseo pues conferenciar con V. A. R. sobre este particular.

La circunspeccion que de un mes á esta parte he guardado en este asunto debe convencer á V. A. del apoyo que hallará en mí, si jamas sucediese que facciones de cualquiera especie viniesen á inquietarle en su trono. Cuando el rey Cárlos me participó los sucesos del mes de octubre próximo pasado, me causaron el mayor sentimiento, y me lisonjeo de haber contribuido por mis instancias al buen éxito del asunto del Escorial. V. A. no está exento de faltas: basta para prueba la carta que me escribió, y que siempre he querido olvidar. Siendo rey sabrá cuán sagrados son los derechos del trono: cualquier paso de un príncipe hereditario cerca de un soberano extrangero es criminal. El matrimonio de una princesa francesa con V. A. R. le juzgo conforme á los intereses de mis pueblos, y sobre todo como una circunstancia que me uniria con nuevos vínculos á una casa, á quien no tengo sino motivos de alabar desde que subí al trono. V. A. R. debe recelarse de las consecuencias de las emociones populares: se podrá cometer algun asesinato sobre mis soldados esparcidos; pero no conducirán sino á la ruina de la España. He visto con sentimiento que se han hecho circular en Madrid unas cartas del capitan general de Cataluña, y que se ha procurado exasperar los ánimos. V. A. R. conoce todo lo interior de mi corazon: observará que me hallo combatido por varias ideas que necesitan fijarse; pero puede estar seguro de que en todo caso me conduciré con su persona del mismo modo

que lo he hecho con el rey su padre. Esté V. A. persuadido de mi deseo de conciliarlo todo, y de encontrar ocasiones de darle pruebas de mi afecto y perfecta estimacion. Con lo que ruego á Dios os tenga, hermano mio, en su santa y digna guarda. En Bayona á 16 de abril de 1808. — NAPOLEON. — (*Véase el manifiesto de Don Pedro Cevallos.*)

NUMERO 16.

El rey N. S. haciendo el mas alto aprecio de los deseos que el emperador de los franceses ha manifestado de disponer de la suerte del preso Don Manuel de Godoy, escribió desde luego á S. M. I. mostrando su pronta y gustosa voluntad de complacerle, asegurado S. M. de que el preso pasaria inmediatamente la frontera de España, y que jamas volveria á entrar en ninguno de sus dominios.

El emperador de los franceses ha admitido este ofrecimiento de S. M. y mandado al gran duque de Berg que reciba el preso, y lo haga conducir á Francia con escolta segura.

La junta de gobierno instruida de estos antecedentes, y de la reiterada expresion de la voluntad de S. M., mandó ayer al general, á cuyo cargo estaba la custodia del citado preso, que lo entregase al oficial que destinase para su conducion el gran duque; disposicion que ya queda cumplida en todas sus partes. Madrid 21 de abril de 1808.

NUMERO 17.

Oficio del general Belliard á la junta de gobierno. (Véase la Memoria de Ofarril y Azanza.)

« Habiendo S. M. el emperador y rey manifestado á S. A. el gran duque de Berg que el príncipe de Asturias acababa de escribirle diciendo «que le hacia dueño de la suerte del príncipe de la Paz,» S. A. me encarga en consecuencia que entere á la junta de las intenciones del emperador, que le reitera la órden de pedir la persona de este príncipe y de enviarle á Francia.

Puede ser que esta determinacion de S. A. R. el príncipe de Asturias no haya llegado todavía á la junta. En este caso se deja conocer que S. A. R. habrá esperado la respuesta del emperador; pero la junta comprenderá que el responder al príncipe de Asturias seria decidir una cuestion muy diferente; y ya es sabido que S. M. I. no puede reconocer sino á Cárlos IV.

Ruego pues á la junta se sirva tomar esta nota en consideracion, y tener la bondad de instruirme sobre este asunto, para dar cuenta á S. A. I. el gran duque de la determinacion que tomase.

El gobierno y la nacion española solo hallarán en esta resolucion de S. M. I. nuevas pruebas del interés que toma por la España; porque alejando al príncipe de la Paz, quiere quitar á la malevolencia los medios de creer posible que Cárlos IV volviese el poder y su confianza al que debe haberla perdido para siempre; y por otra parte la junta de gobierno hace ciertamente justicia á la nobleza de los sentimientos de S. M. el emperador, que no quiere abandonar á su fiel aliado.

Tengo el honor de ofrecer á la junta las seguridades de mi alta consideracion. — El general y gefe del estado mayor general, AUGUSTO BELLIARD. — Madrid 20 de abril de 1808. »

NUMERO 18.

Carta remitiendo la protesta al emperador y rey.

«Hermano y señor: V. M. sabrá ya con sentimiento el suceso de Aranjuez y sus resultas, y no dejará de ver sin algun tanto de interes á un rey que forzado á abdicar la corona se echa en los brazos de un gran monarca su aliado, poniéndose en todo y por todo á su disposicion, pues que él es el único que puede hacer su dicha, la de toda su familia, y la de sus fieles y amados vasallos... Heme visto obligado á abdicar; pero seguro en el dia y lleno de confianza en la magnanimidad y genio del grande hombre que siempre se ha manifestado mi amigo, he tomado la resolucion de dejar á su arbitrio lo que se sirviese hacer de nosotros, mi suerte, la de la reina... Dirijo á V. M. I. una protesta contra el acontecimiento de Aranjuez, y contra mi abdicacion. Me pongo y confio enteramente en el corazon y amistad de V. M. I. Con esto ruego á Dios que os mantenga en su santa y digna guarda. — Hermano y señor: de V. M. I. su afectísimo hermano y amigo — CÁRLOS.»

IDEM.

Reiteracion de la protesta, dirigida al señor infante Don Antonio.

«Muy amado hermano: el 19 del mes pasado he confiado á mi hijo un decreto de abdicacion... En el mismo dia extendí una protesta solemne contra el decreto dado en medio del tumulto, y forzado por las críticas circunstancias... Hoy, que la quietud está restablecida, que mi protesta ha llegado á las manos de mi augusto, amigo y fiel aliado el emperador de los franceses y rey de Italia, que es notorio que mi hijo no ha podido lograr le reconozca bajo este título... declaro solemnemente que el acto de abdicacion que firmé el dia 19 del pasado mes de marzo es nulo en todas sus partes; y por eso quiero que hagais conocer á todos mis pueblos que su buen rey, amante de sus vasallos, quiere consagrar lo que le queda de vida en trabajar para hacerlos dichosos. Confirmo provisionalmente en sus empleos de la junta actual de gobierno los individuos que la componen, y todos los empleos civiles y militares que han sido nombrados desde el 19 del mes de marzo último. Pienso en salir luego al encuentro de mi augusto aliado, despues de lo cual trasmitiré mis últimas órdenes á la junta. San Lorenzo á 17 de abril de 1808. — YO EL REY. — A la junta superior de gobierno.»

NUMERO 19.

«Ilustrísimo señor: Al folio 33 del manifiesto del consejo se dice que se presentó un oidor del de Navarra disfrazado, que habia logrado introducirse en la habitacion del señor Don Fernando VII, y traia instrucciones verbales de S. M., reducidas á estrechos encargos y deseos de que se siguiese el sistema de amistad y armonia con los franceses. Las consideraciones que debo á ese supremo tribunal por haber suprimido mi nombre, y lo mas esencial de la comision solo con el objeto de evitar que padeciese mi persona, sujeta al tiempo de la publicacion á la dominacion francesa, exigen mi gratitud y reconocimiento, y asi pido á V. S. I. que se lo haga presente; pero ahora que aunque á costa de dificultades y

contingencias me veo en este pueblo libre de todo temor, juzgo preciso que sepa el público mi mision en toda su extension.

Hallábame yo en Bayona con otros ministros de los tribunales de Navarra cuando llegó el rey á aquella ciudad : no tardó muchas horas el emperador de los franceses en correr el velo que ocultaba su misteriosa conducta; hizo saber á cara descubierta á S. M. el escandaloso é inesperado proyecto de arrancarle violentamente de sus sienes la corona de España; y persuadido sin duda de que á su mas pronto logro convenia estrechar al rey por todos medios, uno de los que primero puso en ejecucion fue la intercepfacion de correos. Diariamente se expedian extraordinarios; peró la garantía del derecho de las gentes no era un sagrado que los asegurase contra las tropelías de un gobierno acostumbrado á no escrupulizar en la eleccion de los medios para realizar sus depravados fines : en estas circunstancias creyó S. M. preciso añadir nuevos y desconocidos conductos de comunicacion con la junta suprema presidida por el infante Don Antonio; y me honró con la confianza de que fuese yo el que, pasando á esta capital, la informase verbalmente de los sucesos ocurridos en aquellos tres primeros aciagos dias. Salí á su virtud de Bayona sobre las seis de la tarde del 23, y llegué á esta villa por caminos y sendas extraviadas, no sin graves peligros y trabajos, al anochecer del 29 de abril : inmediatamente me dirigí á la junta y anunciándola la real órden, dije : « que el emperador de los franceses queria exigir imperiosamente del rey Don Fernando VII que renunciase por sí, y en nombre de la familia toda de los Borbones, el trono de España y todos « sus dominios en favor del mismo emperador y de su dinastía, prometiéndole en recompensa el reino de Etruria, y que la comitiva que habia acompañado á S. M. hiciese igual renuncia en representacion del « pueblo español: que desentendiéndose S. M. I. y R. de la evidencia con « que se demostró que ni el rey ni la comitiva podian ni debian en justicia acceder á tal renuncia, y despreciando las amargas quejas que se « le dieron por haber sido conducido S. M. á Bayona con el engaño y « perfidia que carecen de ejemplo, tanto mas execrables, cuanto que « iban encubiertos con el sagrado título de amistad y utilidad recíproca, afianzadas en palabras las mas decisivas y terminantes, insistia en ella sin otras razones que dos pretextos indignos de pronunciarse por un soberano que no haya perdido todo respeto á la moral « de los gabinetes, y aquella buena fé que forma el vínculo de las naciones; reducidos el primero á que su política no le permitia otra cosa, « pues que su persona no estaba segura mientras que alguno de los Borbones enemigos de su casa reinase en una nacion poderosa; y el segundo « á que no era tan estúpido que despreciase la ocasion tan favorable que « se le presentaba de tener un ejército formidable dentro de España, « ocupadas sus plazas y puntos principales, nada que temer por la parte « del norte, y en su poder las personas del rey y del señor infante Don « Cárlos : ventajas todas bien difíciles para que se las ofreciesen los « tiempos venideros. Que con la idea de procurar dilaciones, y sacar de « ellas el mejor partido posible, se habia pasado una nota dirigida á que « se autorizase un sugeto que explicase sus intenciones por escrito; pero « que cuando el emperador se obstinase en no retroceder, estaba S. M. resuelto á perder primero la vida que acceder á tan inicua renuncia : que « con esta seguridad y firme inteligencia procediese la junta en sus delibe-

« raciones. Y concluí añadiendo, que habiendo preguntado yo voluntaria-
« mente al señor Don Pedro Cevallos al despedirme de S. E. si preven-
« dria algo á la junta sobre la conducta que debiera observar con los
« franceses, me respondió que aunque la comision no comprendia este
« punto, podia decir que estaba acordado por regla general, que por en-
« tonces no se hiciese novedad, porque era de temer de lo contrario
« que resultasen funestas consecuencias contra el rey, el señor infante
« y cuantos españoles se hallaban acompañando á S. M., y el reino se
« arriesgaba, descubriendo ideas hostiles antes que estuviese preparado
« para sacudir el yugo de la opresion. » V. S. I. sabe que con esas mismas ó semejantes expresiones lo expuse todo, no solo en la noche del 29 sí tambien en la inmediata del 30 de abril, en que quiso S. A. el señor infante Don Antonio que asistiese yo á la sesion que se celebró en ella, compuesta á mas de los señores individuos de la junta suprema, de todos los presidentes de los tribunales, y de dos ministros de cada uno, con el doble objeto de que todos se informasen de mi comision, y yo de las novedades de aquel dia y demas de que se tratase, á fin de que diese cuenta de todo á S. M. en Bayona, adonde regresé la tarde del 6 de mayo con continuos riesgos y sobresaltos que se aumentaron á mi salida; y pues es á mi parecer muy debido que no se ignore este rasgo heróico del carácter firme de nuestro amado soberano, y yo tampoco debo prescindir de que conste del modo mas auténtico el exacto cumplimiento y desempeño de mi comision en todas sus partes, ruego á V. I. y al consejo, que no hallando inconveniente mande insertar este papel en la Gaceta y Diario de esta corte. Dios guarde á V. S. I. muchos años. Madrid 27 de setiembre de 1808. — Justo María Ibarnavarro. — Ilustrísimo señor Don Antonio Arias Mon y Velarde. »

Numero 20.

Orden del dia.

Soldados : la poblacion de Madrid se ha sublevado, y ha llegado hasta el asesinato. Sé que los buenos españoles han gemido de estos desórdenes : estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean mas que el crímen y el pillage. Pero la sangre francesa ha sido derramada; clama por la venganza : en su consecuencia mando lo siguiente :

Art. 1°. El general Grouchy convocará esta noche la comision militar.

Art. 2°. Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano serán arcabuceados.

Art. 3°. La junta de estado va á hacer desarmar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes quienes despues de la ejecucion de esta órden se hallaren armados ó conservasen armas sin una permision especial, serán arcabuceados.

Art. 4°. Todo lugar en donde sea asesinado un francés será quemado.

Art. 5°. Toda reunion de mas de ocho personas será considerada como una junta sediciosa, y deshecha por la fusilería.

Art. 6°. Los amos quedarán responsables de sus criados; los gefes de

talleres, obradores y demas de sus oficiales; los padres y madres de sus hijos, y los ministros de los conventos de sus religiosos.

ART. 7°. Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos ó manuscritos provocando á la sedicion, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra, y arcabuceados.

Dado en nuestro cuartel general de Madrid á 2 de mayo de 1808. — JOACHIM. — Por mandado de S. A. I. y R. — El gefe del estado mayor general, BELLIARD.

NUMERO 21.

Véase la Mémoria de Ofárril y Azanza en su nota núm. 12.

NUMERO 22.

Carta de Fernando VII á su padre Cárlos IV.

«Venerado padre y señor: V. M. ha convenido en que yo no tuve la menor influencia en los movimientos de Aranjuez, dirigidos como es notorio, y á V.M. consta, no á disgustarle del gobierno y del trono, sino á que se mantuviese en él, y no abandonase la multitud de los que en su existencia dependian absolutamente del trono mismo. V.M. me dijo igualmente que su abdicacion habia sido espontánea, y que aun cuando alguno me asegurase lo contrario, no lo creyese, pues jamás habia firmado cosa alguna con mas gusto. Ahora me dice V. M. que aunque es cierto que hizo la abdicacion con toda libertad, todavía se reservó en su ánimo volver á tomar las riendas del gobierno cuando lo creyese conveniente. He preguntado en consecuencia á V. M. si quiere volver á reinar; y V. M. me ha respondido que ni queria reinar, ni menos volver á España. No obstante me manda V.M. que renuncie en su favor la corona que me han dado las leyes fundamentales del reino, mediante su espontánea abdicacion. A un hijo que siempre se ha distinguido por el amor, respeto y obediencia á sus padres, ninguna prueba que pueda calificar estas cualidades es violenta á su piedad filial, principalmente cuando el cumplimiento de mis deberes con V. M., como hijo suyo, no estan en contradiccion con las relaciones que como rey me ligan con mis amados vasallos. Para que ni estos que tienen el primer derecho á mis atenciones queden ofendidos, ni V. M. descontento de mi obediencia, estoy pronto, atendidas las circunstancias en que me hallo, á hacer la renuncia de mi corona en favor de V.M. bajo las siguientes limitaciones.

1ª Que V.M. vuelva á Madrid, hasta donde le acompañaré, y serviré yo como su hijo mas respetuoso. 2ª Que en Madrid se reunirán las córtes; y pues que V.M. resiste una congregacion tan numerosa, se convocarán al efecto todos los tribunales y diputados de los reinos. 3ª Que á la vista de esta asamblea se formalizará mi renuncia, exponiendo los motivos que me conducen á ella: estos son el amor que tengo á mis vasallos, y el deseo de corresponder al que me profesan, procurándoles la tranquilidad, y redimiéndoles de los horrores de una guerra civil por medio de una renuncia dirigida á que V. M. vuelva á empuñar el cetro, y á regir unos vasallos dignos de su amor y proteccion. 4ª Que V. M. no llevará consigo personas que justamente se han concitado el odio de la nacion. 5ª Que si V. M., como me ha dicho, ni quiere reinar ni volver á

España, en tal caso yo gobernaré en su real nombre como lugarteniente suyo. Ningun otro puede ser preferido á mí : tengo el llamamiento de las leyes, el voto de los pueblos, el amor de mis vasallos, y nadie puede interesarse en su prosperidad con tanto celo ni con tanta obligacion como yo. Contraida mi renuncia á estas limitaciones, comparecera á los ojos de los españoles como una prueba de que prefiero el interes de su conservacion á la gloria de mandarlos, y la Europa me juzgará digno de mandar á unos pueblos, á cuya tranquilidad he sabido sacrificar cuanto hay de mas lisonjero y seductor entre los hombres. Dios guarde la importante vida de V. M. muchos y felices años que le pide postrado á L. R. P. de V. M. su mas amante y rendido hijo — Fernando. — Pedro Cevallos. — Bayona 1° de mayo de 1808. » — (*Véase la exposicion ó manifiesto de Don Pedro Cevallos núm.* 7.)

Numero 28.

Carta de Cárlos IV á su hijo Fernando VII.

« Hijo mio : Los consejos pérfidos de los hombres que os rodean han conducido la España á una situacion crítica : solo el emperador puede salvarla.

Desde la paz de Basilea he conocido que el primer interes de mis pueblos era inseparable de la conservacion de buena inteligencia con la Francia. Ningun sacrificio he omitido para obtener esta importante mira : aun cuando la Francia se hallaba dirigida por gobiernos efímeros, ahogué mis inclinaciones particulares para no escuchar sino la política, y el bien de mis vasallos.

Cuando el emperador hubo restablecido el órden en Francia se disiparon grandes sobresaltos, y tuve nuevos motivos para mantenerme fiel á mi sistema de alianza. Cuando la Inglaterra declaró la guerra á la Francia, logré felizmente ser neutro, y conservar á mis pueblos los beneficios de la paz. Se apoderó despues de cuatro fragatas mias, y me hizo la guerra aun antes de habérsela declarado; y entonces me ví precisado á oponer la fuerza á la fuerza, y las calamidades de la guerra asaltaron á mis vasallos.

La España, rodeada de costas, y que debe una gran parte de su prosperidad á sus posesiones ultramarinas, sufrió con la guerra mas que cualquiera otro estado ; la interrupcion del comercio, y todos los estragos que acarrea, afligieron á mis vasallos, y cierto número de ellos tuvo la injusticia de atribuirlos á mis ministros.

Tuve al menos la felicidad de verme tranquilo por tierra, y libre de la inquietud en cuanto á la integridad de mis provincias, siendo el único de los reyes de Europa que se sostenia en medio de las borrascas de estos últimos tiempos. Aun gozaría de esta tranquilidad sin los consejos que os han desviado del camino recto. Os habeis dejado seducir con demasiada facilidad por el odio que vuestra primera muger tenia á la Francia, y habeis participado irreflexiblemente de sus injustos resentimientos contra mis mistros, contra vuestra madre, y contra mí mismo.

Me creí obligado á recordar mis derechos de padre y de rey : os hice arrestar, y hallé en vuestros papeles la prueba de vuestro delito; pero al acabar mi carrera, reducido al dolor de ver perecer á mi hijo en un ca-

dalso, me dejé llevar de mi sensibilidad al ver las lágrimas de vuestra madre. No obstante mis vasallos estaban agitados por las prevenciones engañosas de la faccion de que os habeis declarado caudillo. Desde este instante perdí la tranquilidad de mi vida, y me ví precisado á unir las penas que me causaban los males de mis vasallos á los pesares que debí á las disensiones de mi misma familia.

Se calumniaban mis ministros cerca del emperador de los franceses, el cual creyendo que los españoles se separaban de su alianza, y viendo los espíritus agitados (aun en el seno de mi familia) cubrió bajo varios pretextos mis estados con sus tropas. En cuanto estas ocuparon la ribera derecha del Ebro, y que mostraban tener por objeto mantener la comunicacion con Portugal, tuve la esperanza de que no abandonaria los sentimientos de aprecio y de amistad que siempre me habia dispensado; pero al ver que sus tropas se encaminaban hácia mi capital, conocí la urgencia de reunir mi ejército cerca de mi persona, para presentarme á mi augusto aliado como conviene al rey de las Españas. Hubiera yo aclarado sus dudas, y arreglado mis intereses: dí órden á mis tropas de salir de Portugal y de Madrid, y las reuní sobre varios puntos de mi monarquía, no para abandonar á mis vasallos, sino para sostener dignamente la gloria del trono. Ademas mi larga experiencia me daba á conocer que el emperador de los franceses podia muy bien tener algun deseo conforme á sus intereses y á la política del vasto sistema del continente, pero que estuviese en contradiccion con los intereses de mi casa. ¿Cuál ha sido en estas circunstancias vuestra conducta? El haber introducido el desorden en mi palacio, y amotinado el cuerpo de guardias de corps contra mi persona. Vuestro padre ha sido vuestro prisionero: mi primer ministro que habia yo criado y adoptado en mi familia, cubierto de sangre fue conducido de un calabozo á otro. Habeis desdorado mis canas, y las habeis despojado de una corona poseida con gloria por mis padres, y que habia conservado sin mancha. Os habeis sentado sobre mi trono, y os pusisteis á la disposicion del pueblo de Madrid y de tropas extrangeras que en aquel momento entraban.

Ya la conspiracion del Escorial habia obtenido sus miras: los actos de mi administracion eran el objeto del desprecio público. Anciano y agobiado de enfermedades, no he podido sobrellevar esta nueva desgracia. He recurrido al emperador de los franceses, no como un rey al frente de sus tropas y en medio de la pompa del trono, sino como un rey infeliz y abandonado. He hallado proteccion y refugio en sus reales: le debo la vida, la de la reina, y la de mi primer ministro. He venido en fin hasta Bayona, y habeis conducido este negocio de manera que todo depende de la mediacion de este gran príncipe.

El pensar en recurrir á agitaciones populares es arruinar la España, y conducir á las catástrofes mas horrorosas á vos, á mi reino, á mis vasallos y mi familia. Mi corazon se ha manifestado abiertamente al emperador: conoce todos los ultrajes que he recibido, y las violencias que se me han hecho; me ha declarado que no os reconocerá jamas por rey, y que el enemigo de su padre no podrá inspirar confianza á los extraños. Me ha mostrado ademas cartas de vuestra mano, que hacen ver claramente vuestro odio á la Francia.

En esta situacion, mis derechos son claros, y mucho mas mis deberes. No derramar la sangre de mis vasallos, no hacer nada al fin de mi car-

vera que pueda acarrear asolamiento é incendio á la España, reduciéndola á la mas horrible miseria. Ciertamente que si fiel á vuestras primeras obligaciones y á los sentimientos de la naturaleza hubierais desechado los consejos pérfidos, y que constantemente sentado á mi lado para mi defensa hubierais esperado el curso regular de la naturaleza, que debia señalar vuestro puesto dentro de pocos años, hubiera yo podido conciliar la política y el interés de España con el de todos. Sin duda hace seis meses que las circunstancias han sido críticas; pero por mas que lo hayan sido, aun hubiera obtenido de las disposiciones de mis vasallos, de los débiles medios que aun tenia, y de la fuerza moral que hubiera adquirido, presentándome dignamente al encuentro de mi aliado, á quien nunca diera motivo alguno de queja, un arreglo que hubiera conciliado los intereses de mis vasallos con los de mi familia. Empero arrancándome la corona, habeis deshecho la vuestra, quitándola cuanto tenia de augusta y la hacia sagrada á todo el mundo.

Vuestra conducta conmigo, vuestras cartas interceptadas han puesto una barrera de bronce entre vos y el trono de España; y no es de vuestro interés ni de la patria el que pretendais reinar. Guardaos de encender un fuego que causaria inevitablemente vuestra ruina completa, y la desgracia de España.

Yo soy rey por el derecho de mis padres: mi abdicacion es el resultado de la fuerza y de la violencia, no tengo pues nada que recibir de vos, ni menos puedo consentir á ninguna reunion en junta: nueva necia sugestion de los hombres sin experiencia que os acompañan.

He reinado para la felicidad de mis vasallos, y no quiero dejarles la guerra civil, los motines, las juntas populares y la revolucion. Todo debe hacerse para el pueblo, y nada por él: olvidar esta máxima es hacerse cómplice de todos los delitos que le son consiguientes. Me he sacrificado toda mi vida por mis pueblos; y en la edad á que he llegado no haré nada que esté en oposicion con su religion, su tranquilidad, y su dicha. He reinado para ellos: olvidaré todos mis sacrificios; y cuando en fin esté seguro que la religion de España, la integridad de sus provincias, su independencia y sus privilegios serán conservados, bajaré al sepulcro perdonándoos la amargura de mis últimos años.

Dado en Bayona en el palacio imperial llamado del Gobierno á 2 de mayo de 1808. — CARLOS. » — (*Cevallos núm.* 8.)

NUMERO 24.

Carta de Fernando VII á su padre en respuesta á la anterior.

« Mi venerado padre y señor: he recibido la carta que V. M. se ha dignado escribirme con fecha de antes de ayer, y trataré de responder á todos los puntos que abraza con la moderacion y respeto debido á V. M.

Trata V. M. en primer lugar de sincerar su conducta con respecto á la Francia desde la paz de Basilea, y en verdad que no creo haya habido en España quien se haya quejado de ella; antes bien todos unánimes han alabado á V. M. por su constancia y fidelidad en los principios que habia adoptado. Los mios en este particular son enteramente idénticos á los de V. M., y he dado pruebas irrefragables de ello desde el momento en que V. M. abdicó en mí la corona.

La causa del Escorial, que V. M. dá á entender tuvo por orígen el odio que mi muger me habia inspirado contra la Francia, contra los ministros de V. M., contra mi amada madre, y contra V. M. mismo, si se hubiese seguido por todos los trámites legales, habria probado evidentemente lo contrario; y no obstante que yo no tenia la menor influencia, ni mas libertad que la aparente, en que estaba guardado á vista por los criados que V. M. quiso ponerme, los once consejeros elegidos por V. M. fueron unánimemente de parecer que no habia motivo de acusacion, y que los supuestos reos eran inocentes.

V. M. habla de la desconfianza que le causaba la entrada de tantas tropas extrangeras en España, y de que si V. M. habia llamado las que tenia en Portugal, y reunido en Aranjuez y sus cercanías las que habia en Madrid, no era para abandonar á sus vasallos sino para sostener la gloria del trono. Permítame V. M. le haga presente que no debia sorprenderle la entrada de unas tropas amigas y aliadas, y que bajo este concepto debian inspirar una total confianza. Permítame V. M. observarle igualmente que las órdenes comunicadas por V. M. fueron para su viage y el de su real familia á Sevilla; que las tropas las tenian para mantener libre aquel camino, y que no hubo una sola persona que no estuviese persuadida de que el fin de quien lo dirigia todo era trasportar á V. M. y real familia á América. V. M. publicó un decreto para aquietar el ánimo de sus vasallos sobre este particular; pero como seguian embargados los carruages, y apostados los tiros, y se veian todas las disposiciones de un próximo viage á la costa de Andalucía, la desesperacion se apoderó de los ánimos, y resultó el movimiento de Aranjuez. La parte que yo tuve en él, V. M. sabe que no fue otra que ir por su mandado á salvar del furor del pueblo al objeto de su odio, porque le creia autor del viage.

Pregunte V. M. al emperador de los franceses, y S. M. I. le dirá sin duda lo mismo que me dijo á mí en una carta que me esbribió á Vitoria; á saber que el objeto del viage de S. M. I. á Madrid era inducir á V. M. á algunas reformas, y á que separase de su lado al príncipe de la Paz, cuya influencia era la causa de todos los males.

El entusiasmo que su arresto produjo en toda la nacion es una prueba evidente de lo mismo que dijo el emperador. Por lo demas V. M. es buen testigo de que en medio de la fermentacion de Aranjuez no se oyó una sola palabra contra V. M., ni contra persona alguna de su real familia; antes bien aplaudieron á V. M. con las mayores demostraciones de júbilo y de fidelidad hácia su augusta persona: así es que la abdicacion de la corona que V. M. hizo en mi favor sorprendió á todos, y á mí mismo, porque nadie lo esperaba, ni la habia solicitado. V. M. comunicó su abdicacion á todos sus ministros, dándome á reconocer á ellos por su rey y señor natural; la comunicó verbalmente al cuerpo diplomático que residia cerca de su persona, manifestándole que su determinacion procedia de su espontánea voluntad, y que la tenia tomada de antemano. Esto mismo lo dijo V. M. á su muy amado hermano el infante Don Antonio, añadiéndole que la firma que V. M. habia puesto al decreto de abdicacion era la que habia hecho con mas satisfaccion en su vida, y últimamente me dijo V. M. á mí mismo tres dias despues, que no creyese que la abdicacion habia sido involuntaria, como alguno decia, pues habia sido totalmente libre y espontánea.

Mi supuesto odio contra la Francia tan lejos de aparecer por ningun lado, resultará de los hechos que voy á recorrer rápidamente todo lo contrario.

Apenas abdicó V. M. la corona en mi favor, dirijí varias cartas desde Aranjuez al emperador de los franceses, las cuales son otras tantas protestas de que mis principios con respecto á las relaciones de amistad y estrecha alianza, que felizmente subsistian entre ambos estados, eran los mismos que V. M. me habia inspirado, y babia observado inviolablemente. Mi viage á Madrid fue otra de las mayores pruebas que pude dar á S. M. I. de la confianza ilimitada que me inspiraba, puesto que habiendo entrado el príncipe Murat el dia anterior en Madrid con una gran parte de su ejército, y estando la villa sin guarnicion, fue lo mismo que entregarme en sus manos. A los dos dias de mi residencia en la corte se me dió cuenta de la correspondencia particular de V. M. con el emperador, y hallé que V. M. le habia pedido recientemente una princesa de su familia para eulazarla conmigo, y asegurar mas de este modo la union y estrecha alianza que reinaba entre los dos estados. Conforme enteramente con los principios y con la voluntad de V. M., escribí una carta al emperador pidiéndole la princesa por esposa.

Envié nna diputacion á Bayona para que cumplimentase en mi nombre á S. M. I.: hice que partiese poco despues mi muy querido hermano el infante Don Cárlos para que lo obsequiase en la frontera; y no contento con esto, salí yo mismo de Madrid en fuerza de las seguridades que me babia dado el embajador de S. M. I., el gran duque de Berg y el general Savary, que acababa de llegar de Paris, y me pidió una audiencia para decirme de parte del emperador que S. M. I. no deseaba saber otra cosa de mí, sino si mi sistema con respecto á la Francia seria el mismo que el de V. M., en cuyo caso el emperador me reconoceria como rey de España, y prescindiria de todo lo demas.

Lleno de confianza en estas promesas, y persuadido de encontrar en el camino á S. M. I., vine hasta esta ciudad, y en el mismo dia en que llegué se hicieron verbalmente proposiciones á algunos sugetos de mi comitiva tan agenas de lo que hasta entonces se habia tratado, que ni mi honor, ni mi conciencia, ni los deberes que me impuse cuando las córtes me juraron por su príncipe y señor, ni los que me impuse nuevamente cuando acepté la corona que V. M. tuvo á bien abdicar en mi favor, me han permitido acceder á ellas.

No comprendo cómo puedan hallarse cartas mias en poder del emperador que prueben mi odio contra la Francia despues de tantas pruebas de amistad como le he dado, y no habiendo escrito yo cosa alguna que lo indique.

Posteriormente se me ha presentado una copia de la protesta que V. M. hizo al emperador sobre la nulidad de la abdicacion; y luego que V M. llegó á esta ciudad, preguntándole yo sobre ello, me dijo V. M. que la abdicacion habia sido libre, aunque no para siempre. Le pregunté asimismo porqué no me lo babia dicho cuando la hizo, y V. M. me respondió porque no habia querido; de lo cual se infiere que la abdicacion no fue violenta, y que yo no pude saber que V. M. pensaba en volver á tomar las riendas del gobierno. Tambien me dijo V. M. que ni queria reinar, ni volver á España.

A pesar de esto en la carta que tuve la honra de poner en la manos

de V. M., manifestaba estar dispuesto á renunciar la corona en su favor, mediante la reunion de las córtes, ó en falta de estas de los consejos y diputados de los reinos; no porque esto lo creyese necesario para dar valor á la renuncia, sino porque lo juzgo muy conveniente para evitar la repugnancia de esta novedad, capaz de producir choques y partidos, y para salvar todas las consideraciones debidas á la dignidad de V. M., á mi honor y á la tranquilidad de los reinos.

En el caso que V. M. no quiera reinar por sí, reinaré yo en su real nombre ó en el mio, porque á nadie corresponde sino á mí el representar su persona, teniendo, como tengo, en mi favor el voto de las leyes y de los pueblos, ni es posible que otro alguno tenga tanto interes como yo en su prosperidad.

Repito á V. M. nuevamente que en tales circunstancias, y bajo dichas condiciones, estaré pronto á acompañar á V. M. á España para hacer allí mi abdicacion en la referida forma: y en cuanto á lo que V. M. me ha dicho de no querer volver á España, le pido con las lágrimas en los ojos, y por cuanto hay de mas sagrado en el cielo y en la tierra, que en caso de no querer con efecto reinar, no deje un pais ya conocido, en que podrá elegir el clima mas análogo á su quebrantada salud, y en el que le aseguro podrá disfrutar las mayores comodidades y tranquilidad de ánimo que en otro alguno.

Ruego por último á V. M. encarecidamente que se penetre de nuestra situacion actual, y de que se trata de excluir para siempre del trono de España nuestra dinastía, substituyendo en su lugar la Imperial de Francia; que esto no podemos hacerlo sin el expreso consentimiento de todos los individuos que tienen y puedan tener derecho á la corona, ni tampoco sin el mismo expreso consentimiento de la nacion española reunida en córtes y en lugar seguro; que ademas de esto, hallandonos en un pais extraño, no habria quien se persuadiese que obrábamos con libertad, esta sola circunstancia anularia cuanto hiciésemos, y podria producir fatales consecuencias.

Antes de acabar esta carta permítame V. M. decirle que los consejeros que V. M. llama pérfidos, jamas me han aconsejado cosa que desdiga del respeto, amor y veneracion que siempre he profesado y profesaré á V. M., cuya importante vida ruego á Dios conserve felices y dilatados años. Bayona 4 de mayo de 1808. — Señor. — A. L. R. P. de V. M. su mas humilde hijo — FERNANDO. » — (*Cevallos núm.* 9.)

NUMERO 25.

Carta de Fernando VII á su padre Cárlos IV.

« Venerado padre y señor: el 1º del corriente puse en las reales manos de V. M. la renuncia de mi corona en su favor. He creido de mi obligacion modificarla con las limitaciones convenientes al decoro de V. M., á la tranquilidad de mis reinos, y á la conservacion de mi honor y reputacion. No sin grande sorpresa he visto la indignacion que han producido en el real ánimo de V. M. unas modificaciones dictadas por la prudencia, y reclamadas por el amor de que soy deudor a mis vasallos.

Sin mas motivo que este ha creido V. M. que podia ultrajarme á la presencia de mi venerada madre y del emperador con los títulos mas

humillantes; y no contento con esto exige de mí que formalice la renuncia sin límites ni condiciones, so pena de que yo y cuantos componen mi comitiva seremos tratados como reos de conspiracion. En tal estado de cosas hago la renuncia que V. M. me ordena, para que vuelva el gobierno de la España á el estado en que se hallaba en 19 de marzo en que V. M. hizo la abdicacion espontánea de su corona en mi favor.

Dios guarde la importante vida de V. M. los muchos años que le desea, postrado á L. R. P. de V. M., su mas amante y rendido hijo — FERNANDO. — PEDRO CEVALLOS. — Bayona 6 de mayo de 1808. » — (*Cevallos núm.* 10.)

NUMERO 26.

Copia del tratado entre Cárlos IV y el emperador de los franceses.

Cárlos IV, rey de las Españas y de las Indias, y Napoleon, emperador de los franceses, rey de Italia y protector de la confederacion del Rin, animados de igual deseo de poner un pronto término á la anarquía á que está entregada la España, y libertar esta nacion valerosa de las agitaciones de las facciones; queriendo asimismo evitarle todas las convulsiones de la guerra civil y extrangera, y colocarla sin sacudimientos políticos en la única situacion que atendida la circunstancia extraordinaria en que se halla puede mantener su integridad, afianzarle sus colonias y ponerla en estado de reunir todos sus recursos con los de la Francia, á efecto de alcanzar la paz marítima: han resuelto unir todos sus esfuerzos y arreglar en un convenio privado tamaños intereses.

Con este objeto han nombrado, á saber :

S. M. el rey de las Españas y de las Indias á S. A. S. Don Manuel Godoy príncipe de la Paz, conde de Evora Monte.

Y S. M. el emperador etc. al señor general de division Duroc gran mariscal de palacio.

Los cuales, despues de canjeados sus plenos poderes, se han convenido en lo que sigue :

ART. 1°. S. M. el rey Cárlos, que no ha tenido en toda su vida otra mira que la felicidad de sus vasallos, constante en la idea de que todos los actos de un soberano deben únicamente dirigirse á este fin; no pudiendo las circunstancias actuales ser sino un manantial de disensiones tanto mas funestas, cuanto las desavenencias han dividido su propia familia; ha resuelto ceder, como cede por el presente, todos sus derechos al trono de las Españas y de las Indias á S. M. el emperador Napoleon, como el único que, en el estado á que han llegado las cosas, puede restablecer el órden: entendiéndose que dicha cesion solo ha de tener efecto para hacer gozar á sus vasallos de las condiciones siguientes : 1ª la integridad del reino será mantenida : el príncipe que el emperador Napoleon juzgue deber colocar en el trono de España será independiente, y los límites de la España no sufrirán alteracion alguna. 2ª La religion católica, apostólica, romana será la única en España. No se tolerará en su territorio religion alguna reformada, y mucho menos infiel, segun el uso establecido actualmente.

ART. 2°. Cualesquiera actos contra nuestros fieles súbditos desde la re-

volucion de Aranjuez son nulos y de ningun valor, y sus propiedades les serán restituidas.

Art. 3°. S. M. el rey Cárlos habiendo asi asegurado la prosperidad, la integridad y la Independencia de sus vasallos, S. M. el emperador se obliga á dar un asilo en sus estados al rey Cárlos, á su familia, al príncipe de la Paz, como tambien á los servidores suyos que quieran seguirles, los cuales gozarán en Francia de un rango equivalente al que tenian en España.

Art. 4°. El palacio imperial de Compiegne, con los cotos y bosques de su dependencia, quedan á la disposicion del rey Cárlos mientras viviere.

Art. 5°. S. M. el emperador da y afianza á S. M. el rey Cárlos una lista civil de treinta millones de reales, que S. M. el emperador Napoleon le hará pagar directamente todos los meses por el tesoro de la corona.

A la muerte del rey Cárlos dos millones de renta formarán la viudedad de la reina.

Art. 6°. El emperador Napoleon se obliga á conceder á todos los infantes de España una renta anual de 400,000 francos, para gozar de ella perpetuamente asi ellos como sus descendientes, y en caso de extinguirse una rama, recaerá dicha renta en la existente á quien corresponda segun las leyes civiles.

Art. 7°. S. M. el emperador hará con el futuro rey de España el convenio que tenga por acertado para el pago de la lista civil y rentas comprendidas en los artículos antecedentes; pero S. M. el rey Cárlos no se entenderá directamente para este objeto sino con el tesoro de Francia.

Art. 8°. S. M. el emperador Napoleon da en cambio á S. M. el rey Cárlos el sitio de Chambord, con los cotos, bosques y haciendas de que se compone, para gozar de él en toda propiedad y disponer de él como le parezca.

Art. 9°. En consecuencia S. M. el rey Cárlos renuncia, en favor de S. M. el emperador Napoleon, todos los bienes alodiales y particulares no pertenecientes á la corona de España, de su propiedad privada en aquel reino.

Los infantes de España seguirán gozando de las rentas de las encomiendas que tuvieren en España.

Art. 10. El presente convenio será ratificado, y lás ratificaciones se canjearán dentro de ocho dias ó lo mas pronto posible.

Fecho en Bayona á 5 de mayo de 1808. — El príncipe de la Paz. — Duroc.

Numero 27.

Copia del tratado entre el príncipe de Asturias y el emperador de los franceses.

S. M. el emperador de los franceses etc., y S. A. R. el príncipe de Asturias, teniendo varios puntos que arreglar, han nombrado por sus plenipotenciarios, á saber:

S. M. el emperador al señor general de division Duroc gran mariscal

de palacio, y S. A. el príncipe á Don Juan Escoiquiz consejero de estado de S. M. C., caballero gran cruz de Cárlos III.

Los cuales, despues de canjeados sus plenos poderes, se han convenido en los artículos siguientes :

Art. 1°. S. A. R. el príncipe de Asturias adhiere á la cesion hecha por el rey Cárlos de sus derechos al trono de España y de las Indias en favor de S. M. el emperador de los franceses etc., y renuncia en cuanto sea menester á los derechos que tiene como príncipe de Asturias á dicha corona.

Art. 2°. S. M. el emperador concede en Francia á S. A. el príncipe de Asturias el título de A. R., con todos los honores y prerogativas de que gozan los príncipes de su rango. Los descendientes de S. A. R. el príncipe de Asturias conservarán el título de príncipe y el de A. Serma., y tendrán siempre en Francia el mismo rango que los príncipes dignitarios del imperio.

Art. 3°. S. M. el emperador cede y otorga por las presentes en toda propiedad á S. A. R. y sus descendientes los palacios, cotos, haciendas de Navarre y bosques de su dependencia hasta la concurrencia de 50,000 *arpents* libres de toda hipoteca, para gozar de ellos en plena propiedad desde la fecha del presente tratado.

Art. 4°. Dicha propiedad pasará á los hijos y herederos de S. A. R. el príncipe de Asturias; en defecto de estos á los del infante Don Cárlos, y asi progresivamente hasta extinguirse la rama. Se expedirán letras patentes y privadas del monarca al heredero en quien dicha propiedad viniese á recaer.

Art. 5°. S. M. el emperador concede á S A. R. 400,000 francos de renta sobre el tesoro de Francia, pagados por dozavas partes mensualmente, para gozar de ella y trasmitirla á sus herederos en la misma forma que las propiedades expresadas en el artículo 4°.

Art. 6°. A mas de lo estipulado en los artículos antecedentes, S. M. el emperador concede á S. A. el príncipe una renta de 600,000 francos, igualmente sobre el tesoro de Francia, para gozar de ella mientras viviere. La mitad de dicha renta formará la viudedad de la princesa su esposa si le sobreviviere.

Art. 7°. S. M. el emperador concede y afianza á los infantes Don Antonio, Don Cárlos y Don Francisco : 1° el título de A. R. con todos los honores y prerogativas de que gozan los príncipes de su rango; sus descendientes conservarán el título de príncipes y el de A Serma., y tendrán siempre en Francia el mismo rango que los príncipes dignitarios del imperio. 2.° El goce de las rentas de todas sus encomiendas en España, mientras vivieren. 3° Una renta de 400,000 francos para gozar de ella y trasmitirla á sus herederos perpetuamente, entendiendo S. M. I. que si dichos infantes muriesen sin dejar herederos, dichas rentas pertenecerán al príncipe de Asturias, ó á sus descendientes y herederos : todo esto bajo la condicion de que SS. AA. RR. adhieran al presente tratado.

Art. 8°. El presente tratado será ratificado y se canjearán las ratificaciones dentro de ocho dias o antes si se pudiere. — Bayona 10 de mayo de 1808. — Duroc. — Escoiquiz.

Numero 28.

Proclama dirigida á los españoles en consecuencia del tratado de Bayona. (*Véase la* Idea sencilla *de Escoiquiz en su núm.* 8.)

« Don Fernando príncipe de Asturias, y los infantes Don Cárlos y Don Antonio, agradecidos al amor y á la fidelidad constante que les han manifestado todos sus españoles, los ven con el mayor dolor en el dia sumergidos en la confusion, y amenazados, de resulta de esta, de las mayores calamidades; y conociendo que esto nace en la mayor parte de ellos de la ignorancia en que estan así de las causas de la conducta que SS. AA. han observado hasta ahora, como de los planes que para la felicidad de su patria estan ya trazados, no pueden menos de procurar darles el saludable desengaño de que necesitan para no estorvar su ejecucion, y al mismo tiempo el mas claro testimonio del afecto que les profesan.

No pueden en consecuencia dejar de manifestarles, que las circunstancias en que el príncipe por la abdicacion del rey su padre tomó las riendas del gobierno, estando muchas provincias del reino y todas las plazas fronterizas ocupadas por un gran número de tropas francesas, y mas de 70,000 hombres de la misma nacion situados en la corte y sus inmediaciones, como muchos datos que otras personas no podrian tener, les persuadieron que rodeados de escollos no tenian mas arbitrio que el de escoger entre varios partidos el que produjese menos males, y eligieron como tal el de ir á Bayona.

Llegados SS. AA. á dicha ciudad, se encontró impensadamente el príncipe (entonces rey) con la novedad de que el rey su padre habia protestado contra su abdicacion, pretendiendo no haber sido voluntaria. No habiendo admitido la corona sino en la buena fé de que lo hubiese sido, apenas se aseguró de la existencia de dicha protesta, cuando su respeto filial le hizo devolverla, y poco despues el rey su padre la renunció en su nombre y en el de toda su dinastía á favor del emperador de los franceses, para que este, atendiendo al bien de la nacion, eligiese la persona y dinastía que hubiesen de ocuparla en adelante.

En este estado de cosas, considerando SS. AA. la situacion en que se hallan, las críticas circunstancias en que se ve la España, y que en ellas todo esfuerzo de sus habitantes en favor de sus derechos parece seria no sólo inútil sino funesto, y que solo serviría para derramar rios de sangre, asegurar la pérdida cuando menos de una gran parte de sus provincias y las de todas sus colonias ultramarinas; haciéndose cargo tambien de que será un remedio eficacísimo para evitar estos males el adherir cada uno de SS. AA. de por sí en cuanto esté de su parte á la cesion de sus derechos á aquel trono, hecha ya por el rey su padre; reflexionando igualmente que el expresado emperadór de los franceses se obliga en este supuesto á conservar la absoluta independencia y la integridad de la monarquía española, como de todas sus colonias ultramarinas, sin reservarse ni desmembrar la menor parte de sus dominios, á mantener la unidad de la religion católica, las propiedades, las leyes y usos, lo que asegura para muchos tiempos y de un modo incontrastable el poder y la prosperidad de la nacion española; creen SS. AA. darla la mayor muestra de su generosidad, del amor que la profesan, y del agra-

decimiento con que corresponden al afecto que la han debido, sacrificando en cuanto está de su parte sus intereses propios y personales en beneficio suyo, y adhiriendo para esto, como han adherido por un convenio particular á la cesion de sus derechos al trono, absolviendo á los españoles de sus obligaciones en esta parte, y exhortándoles, como lo hacen, á que miren por los intereses comunes de la patria, manteniéndose tranquilos, esperando su felicidad de las sabias disposiciones y del emperador Napoleon, y que prontos á conformarse con ellas crean que darán á su príncipe y á ambos infantes el mayor testimonio de su lealtad, asi como SS. AA. se lo dan de su paternal cariño, cediendo todos sus derechos, y olvidando sus propios intereses por hacerla dichosa, que es el único objeto de sus deseos. — Burdeos 12 de mayo de 1808. »

NUMERO 29.

Decreto de Cárlos IV.

« Habiendo juzgado conveniente dar una misma direccion á todas las fuerzas de nuestro reino para mantener la seguridad de las propiedades y la tranquilidad pública contra los enemigos asi del interior como del exterior, hemos tenido á bien nombrar lugarteniente general del reino á nuestro primo el gran duque de Berg, que al mismo tiempo manda las tropas de nuestro aliado el emperador de los franceses. Mandamos al consejo de Castilla, á los capitanes generales y gobernadores de nuestras provincias que obedezcan sus órdenes, y en calidad de tal presidirá la junta de gobierno. Dado en Bayona en el palacio imperial llamado del Gobierno, á 4 de mayo de 1808. — YO EL REY. »

NUMERO 30.

En este dia he entregado á mi amado padre una carta concebida en los términos siguientes :

« Mi venerado padre y señor : para dar á V. M. una prueba de mi amor, de mi obediencia y de mi sumision, y para acceder á los deseos que V. M. me ha manifestado reiteradas veces, renuncio mi corona en favor de V. M., deseando que pueda gozarla por muchos años. Recomiendo á V. M. las personas que me han servido desde el 19 de marzo : confio en las seguridades que V. M. me ha dado sobre este particular. Dios guarde á V. M. muchos años. Bayona 6 de mayo de 1808. — Señor. — A. L. R. P. de V. M. su mas humilde hijo — FERNANDO. »

En virtud de esta renuncia de mi corona que he hecho en favor de mi amado padre, revoco los poderes que habia otorgado á la junta de gobierno antes de mi salida de Madrid para el despacho de los negocios graves y urgentes que pudiesen ocurrir durante mi ausencia. La junta obedecerá las órdenes y mandatos de nuestro muy amado padre y soberano, y las hará ejecutar en los reinos.

Debo, antes de concluir, dar gracias á los individuos de la junta, á las autoridades constituidas y á toda la nacion por los servicios que me han prestado, y recomendarles se reunan de todo corazon á mi padre amado y al emperador, cuyo poder y amistad pueden mas que otra cosa alguna conservar el primer bien de las Españas, á saber : su indepen-

dencia y la integridad de su territorio. Recomiendo asimismo que no os dejeis seducir por las asechanzas de nuestros eternos enemigos, de vivir unidos entre vosotros y con nuestros aliados, y de evitar la efusion de sangre y las desgracias, que sin esto serian el resultado de las circunstancias actuales, si os dejaseis arrastrar por el espíritu de alucinamiento y desunion.

Tendráse entendido en la junta para los efectos convenientes, y se comunicará á quien corresponda. En Bayona á 6 de mayo de 1808. — FERNANDO. » — (*Véase Ofárril y Azanza pág.* 63.)

NUMERO 31.

El Sermo. Sr. gran duque de Berg lugarteniente general del reino, y la junta suprema de gobierno se han enterado de que los deseos de S. M. I. y R. el emperador de los franceses son de que en Bayona se junte una diputacion general de 150 personas, que deberán hallarse en aquella ciudad el dia 15 del próximo mes de junio, compuesta del clero, nobleza y estado general, para tratar alli de la felicidad de toda España, proponiendo todos los males que el anterior sistema le han ocasionado, y las reformas y remedios mas convenientes para destruirlos en toda la nacion, y en cada provincia en particular. A su consecuencia, para que se verifique á la mayor brevedad el cumplimiento de la voluntad de S. M. I. y R., ha nombrado la junta desde luego algunos sugetos, que se expresarán, reservando á algunas corporaciones, á las ciudades de voto en córtes y otras, el nombramiento de los que aqui se señalan, dándoles la forma de ejecutarlo, para evitar dudas y dilaciones, del modo siguiente:

1º Que si en algunas ciudades y pueblos de voto en córtes hubiese turno para la eleccion de diputados, elijan ahora las que lo estan actualmente para la primera eleccion.

2º Que si otras ciudades ó pueblos de voto en córtes tuviesen derecho de votar para componer un voto, ya sea entrando en concepto de media, tercera ó cuarta voz, ó de otro cualquiera modo, elija cada ayuntamiento un sugeto, y remita á su nombre á la ciudad ó pueblo en donde se acostumbre á sortear el que ha de ser nombrado.

3º Que los ayuntamientos de dichas ciudades y pueblos de voto en córtes, asi para esta eleccion como para la que se dirá puedan nombrar sugetos no solo de la clase de caballeros y nobles, sino tambien del estado general, segun en los que hallaren mas luces, experiencia, celo, patriotismo, instruccion y confianza, sin detenerse en que sean ó no regidores, que esten ausentes del pueblo, que sean militares, ó de cualquiera otra profesion.

4º Que los ayuntamientos á quienes corresponda por estatuto elegir ó nombrar de la clase de caballeros, puedan elegir en la misma forma grandes de España y titulos de Castilla.

5º Que á todos los que sean elegidos se les señale por sus respectivos ayuntamientos las dietas acostumbradas, ó que estimen correspondientes, que se pagarán de los fondos públicos que hubiere mas á mano.

6º Que de todo el estado eclesiástico deben ser nombrados dos arzobispos, seis obispos, dieciseis canónigos ó dignidades, dos de cada una de las ocho metropolitanas, que deberán ser elegidos por sus cabildos

canónicamente, y veinte curas párrocos del arzobispado de Toledo y obispados que se referirán.

7° Que vayan igualmente seis generales de las órdenes religiosas.

8° Que se nombren diez grandes de España, y entre ellos se comprendan los que ya estan en Bayona, ó han salido para aquella ciudad.

9° Que sea igual el número de los títulos de Castilla, y el mismo el de la clase de caballeros, siendo estos últimos elegidos por las ciudades que se dirán.

10° Que por el reino de Navarra se nombren dos sugetos, cuya eleccion hará su diputacion.

11° Que la diputacion de Vizcaya nombre uno, la de Guipúzcoa otro, haciendo lo mismo el diputado de la provincia de Alava con los consiliarios, y oyendo á su asesor.

12° Que si la isla de Mallorca tuviese diputado en la península, vaya este; y sino el sugeto que hubiese mas á propósito de ella, y se ha nombrado á Don Cristóbal Cladera y Company.

13° Que se ejecute lo mismo por lo tocante á las islas Canarias; y si no hay aqui diputados, se nombre á Don Estanislao Lugo ministro honorario del consejo de las Indias, que es natural de dichas islas, y tambien á Don Antonio Saviñon.

14° Que la diputacion del principado de Asturias nombre asimismo un sugeto de las pr opias circunstancias.

15° Que el consejo de Castilla nombre cuatro ministros de él, dos el de las Indias, dos el de guerra, el uno militar y el otro togado; uno el de órdenes; otro el de hacienda, y otro el de la inquisicion, siendo los nombrados ya por el de Castilla Don Sebastian de Torres y Don Ignacio Martinez de Villela, que se hallan en Bayona, y Don José Colon y Don Manuel de Lardizabal, asistiendo con ellos el alcalde de casa y corte Don Luis Marcelino Pereira, que está igualmente en aquella ciudad, y los demas los que elijan á pluralidad de votos los mencionados consejos.

16° Que por lo tocante á la marina concurran el bailío Don Antonio Valdes y el teniente general Don José Mazarredo; y por lo respectivo al ejército de tierra el teniente general Don Domingo Cerviño, el mariscal de campo Don Luis Idiaquez, el brigadier Don Andres de Errasti comandante de reales guardias españolas, el coronel Don Diego de Porras capitan de walonas, el coronel Don Pedro de Torres exento de las de corps, todos con el príncipe de Castelfranco capitan general de los reales ejércitos, y con el teniente general duque del Parque.

17° Que en cada una de las tres universidades mayores Salamanca, Valladolid y Alcalá nombre su cláustro un doctor.

18° Que por el ramo de comercio vayan catorce sugetos, los cuales serán nombrados por los consulados y cuerpos que se citarán luego.

19° Los arzobispos y obispos nombrados por la junta de gobierno, presidida por S. A. I., son los siguientes : el arzobispo de Burgos, el de Laodicea coadministrador del de Sevilla, el obispo de Palencia, el de Zamora, el de Orense, el de Pamplona, el de Gerona y el de Urgel.

20° Los generales de las órdenes religiosas serán el de san Benito, santo Domingo, san Francisco, mercenarios calzados, carmelitas descalzos y san Agustin.

21° Los obispos que han de nombrar los mencionados veinte curas párrocos deben ser los de Córdoba, Cuenca, Cádiz, Málaga, Jaen, Salamanca,

Almería, Guadix, Segovia, Avila, Plasencia, Badajoz, Mondoñedo, Calahorra, Osma, Huesca, Orihuela y Barcelona, debiendo asimismo nombrar dos el arzobispo de Toledo por la extension y circunstancias de su arzobispado.

22º Los grandes de España que se nombran son el duque de Frias, el de Medinaceli, el de Hijar, el conde de Orgaz, el de Fuentes, el de Fernan-Nuñez, el de Santa Coloma, el marqués de Santa Cruz, el duque de Osuna y el del Parque.

23º Los títulos de Castilla nombrados son el marqués de la Granja y Cartojal, el de Cilleruelo, el de Castellanos, el de la Conquista, el de Ariño, el de Lupiá, el de Bendaña, el de Villa-Alegre, el de Jura-Real y el conde de Polentinos.

24º Las ciudades que han de nombrar sugetos por la clase de caballeros son : Jerez de la Frontera, Ciudad-Real, Málaga, Ronda, Santiago de Galicia, la Coruña, Oviedo, San Felipe de Játiva, Gerona y la villa y corte de Madrid.

25º Los consulados y cuerpos de comercio, que deben nombrar cada uno un sugeto, son : los de Cádiz, Barcelona, Coruña, Bilbao, Valencia, Málaga, Sevilla, Alicante, Burgos, San Sebastian, Santander, el banco nacional de San Cárlos, la compañía de Filipinas y los cinco gremios mayores de Madrid.

Siendo pues la voluntad de S. A. I. y de la suprema junta que todos los individuos que hayan de componer esta asamblea nacional contribuyan por su parte á mejorar el actual estado del reino, encargan á V. muy particularmente que consistiendo en el buen desempeño de esta comision la felicidad de España, presente en la citada asamblea con todo celo y patriotismo las ideas que tenga, ya sobre todo el sistema actual, y ya respecto á esa provincia en particular, adquiriendo de las personas mas instruidas de ella en los diversos ramos de instruccion pública, agricultura, comercio é industria, cuantas noticias pueda, para que en aquellos puntos en que haya necesidad de reforma, se verifique del mejor modo posible; esperando igualmente S. A. y la junta que las ciudades, cabildos, obispos y demas corporaciones, que, segun queda dicho, deberán nombrar personas para la asamblea, elegirán aquellas de mas instruccion, probidad, juicio y patriotismo, y cuidarán de darles y remitirles las ideas mas exactas del estado de la España, de sus males y de los modos y medios de remediarlos, con las observaciones correspondientes no solo á lo general del reino, sino tambien á lo que exijan las particulares circunstancias de las provincias, exhortando V. á todos los miembros de ese cuerpo, y á los españoles celosos de esa ciudad, partido ó pueblo á que instruyan con sus luces y experiencia al que vaya de diputado á Bayona, entregándole ó dirigiéndole igualmente las noticias y reflexiones que consideren útiles al intento.

Todo lo cual participo á V. de órden de S. A. y de la junta para su inteligencia y puntual cumplimiento en la parte que le toca; en el supuesto de que todos los sugetos que han de componer la referida diputacion se han de hallar en Bayona el expresado 15 de junio próximo como se ha dicho; y de que asi por V. como por todos los demas se ha de avisar por mi mano á S. A. y á la junta de los sugetos que se hayan nombrado.

Dios guarde á V. muchos años. Madrid de mayo de 1808.

Nota. Despues de impresa esta carta se ha excusado el marqués de Cilleruelo, y en su lugar ha nombrado S. A. al conde de Castañeda.

Tambien se ha admitido la excusa del general de carmelitas descalzos, y se ha nombrado en su lugar al de san Juan de Dios.

Ademas el mismo gran duque con acuerdo de la junta ha nombrado seis sugetos naturales de las dos Américas, en esta forma : al marqués de San Felipe y Santiago, por la Habana ; á Don José del Moral, por Nueva-Espana ; á Don Tadeo Bravo y Rivero, por el Perú ; á Don Leon Altolaguirre, por Buenos-Aires ; á Don Francisco Cea, por Guatemala, y á Don Ignacio Sanchez de Tejada, por Santa Fé.



LIBRO TERCERO.

—

Numero 1.

Las relaciones de los levantamientos de las provincias estan tomadas : 1° de las gacetas, proclamas y papeles de oficio publicados entonces ; 2° de relaciones particulares manuscritas dadas por las personas que compusieron las juntas, ó tomaron parte en la insurreccion ó fueron testigos de los acontecimientos.

Numero 2.

Este oficio está sacado de la correspondencia manuscrita que tenemos en nuestro poder, y que fue entonces seguida por los diputados con el gobierno de S. M. B. Tambien le insertaron las gacetas de aquel tiempo.

Numero 3.

Parliamentary Debates; vol. 11, pag. 885.

Numero 4.

Entre las demostraciones extraordinarias que entonces hubo, fue una de ellas el de haber sido recibidos los enviados de Asturias con tales aplausos y aclamaciones el primer dia que asistieron á la ópera en el palco del duque de Gueembury, que se suspendió la representacion cerca de una hora.

Numero 5.

Tribuni ut fere semper reguntur a multitudine magis quam regunt. Tit. Liv., lib. 3, cap. 71.

Numero 6.

Les Provinciales, 7me lettre. De la méthode de diriger l'intention.

NUMERO 6 BIS.

Don Lorenzo Calvo de Rozas intendente general del ejército y reino de Aragon, secretario de la suprema junta de las córtes del mismo, celebrada en la capital de Zaragoza en el dia 9 del mes de junio del presente año de 1808: — Certifico:

Que reunidos en la sala consistorial de la ciudad los diputados de las de voto en córtes, y de los cuatro brazos del reino, cuyos nombres se anotan al fin, y habiéndose presentado el Excmo. Sr. Don José Rebolledo de Palafox y Melci gobernador y capitan general del mismo, y su presidente, fuí llamado y se me hizo entrar en la asamblea para que ejerciese las funciones de tal secretario, y habiéndolo verificado asi, se me entregó el papel de S. E., que original existe en la secretaría: se leyó y dice asi:

Excmo. Sr.: Consta ya á V. E. qne, por el voto unánime de los habitantes de esta capital, fuí nombrado y reconocido de todas las autoridades establecidas como gobernador y capitan general del reino: que cualquiera excusa hubiera producido infinitos males á nuestra amada patria, y sido demasiado funesta para mí.

Mi corazon agitado ya largo tiempo, combatido de penas y amarguras lloraba la pérdida de la patria, sin columbrar aquel fuego sagrado que la vivifica; lloraba la pérdida de nuestro amado rey Fernando VII, esclavizado por la tiranía y conducido á Francia con engaños y perfidias; lloraba los ultrajes de nuestra santa religion, atacada por el ateismo, sus templos violentados sacrílegamente por los traidores el dia 2 de mayo, y manchados con sangre de los inocentes españoles; lloraba la existencia precaria que amenazaba á toda la nacion, si admitia el yugo de un extrangero orgulloso, cuya insaciable codicia excede á su perversidad, y por fin la pérdida ne nuestras posesiones en América, y el desconsuelo de muchas familias, unas porque verian convertida la deuda nacional en un crédito nulo, otras que se verian despojadas de sus empleos y dignidades y reducidas á la indigencia ó la mendicidad, otras que gemirian en la soledad la ausencia ó el exterminio de sus hijos y hermanos conducidos al Norte para sacrificarse, no por su honor, por su religion, por su rey, ni por la patria, sino por un verdugo, nacido para azote de la humanidad, cuyo nombre tan solo dejará á la posteridad el triste ejemplo de los horrores, engaños y perfidias que ha cometido, y de la sangre inocente que su proterva ambicion ha hecho derramar.

Llegó el dia 24 de mayo, dia de gloria para toda España, y los habitantes de Aragon, siempre leales, esforzados y virtuosos, rompieron los grillos que les preparaba el artificio, y juraron morir ó vencer. En tal estado lleno mi corazon de aquel noble ardor que á todos nos alienta, renace y se enagena de pensar que puedo participar con mis conciudadanos de la gloria de salvar nuestra patria.

Las ciudades de Tortosa y Lérida invitadas por mí, como puntos muy esenciales, se han unido á Aragon; he nombrado un gobernador en Lérida á peticion de su ilustre ayuntamiento, les he auxiliado con algunas armas y gente, y puedo esperar que aquellas ciudades se sostendrán, y no serán ocupadas por nuestros enemigos.

La ciudad de Tortosa quiere participar de nuestros triunfos: ha conferenciado de mi órden con los ingleses; les ha comunicado el manifiesto

del dia 31 de mayo para que lo circulen en toda Europa, y trata de hacer venir nuestras tropas de Mallorca y de Menorca, siguiendo mis instrucciones; ha enviado un diputado para conferenciar conmigo, y yo he nombrado otro que partió antes de ayer con instrucciones secretas dirigidas al mismo fin, y al de entablar correspondencia con el Austria.

La merindad de Tudela y la ciudad de Logroño me han pedido un gefe y auxilios; quieren defenderse é impedir la entrada en Aragon á nuestros enemigos. He nombrado con toda la plenitud de poderes por mi teniente y por general del ejército destinado á este objeto al Excmo. Sr. marques de Lazan y Cañizar mariscal de campo de los reales ejércitos, que marchó el dia 6 á las doce de la noche con algunas tropas, y las competentes armas y municiones. No puedo dudar de su actividad, patriotismo y celo, ni dudará V. E.: otros muchos pueblos de Navarra han enviado sus representantes, y la ciudad y provincia de Soria sus diputados. He dispuesto comunicaciones con Santander; establecido postas en el camino de Valencia, y pedido armas y artilleros, dirigiendo por aquella via todos los manifiestos y órdenes publicadas, con encargo de que se circulen á la Andalucía, Mancha, Extremadura, Galicia y Asturias, invitándolos á proceder de acuerdo. He enviado al coronel baron de Versages, y al teniente coronel y gobernador que ha sido en América Don Andrés Boggiero, á organizar y mandar la vanguardia del ejército destinado hácia las fronteras de la Alcarria y Castilla la Nueva.

Para dirigir el ramo de hacienda con la rectitud, energía y acierto que exige tan digna causa, y velar sobre las rentas y fondos públicos, he nombrado por intendente á Don Lorenzo Calvo de Rozas, cuyos conocimientos en este ramo, y cuya probidad incorruptible me son notarias, y me hacen esperar los mas felices resultados. La casualidad de haber enviado aquí á principios de mayo su familia para librarla del peligro, y el temor de permanecer él mismo en Madrid en circunstancias tan críticas, lo trajo á Zaragoza el dia 28 del pasado; lo hice detener, y lo he precisado á admitir este encargo á pesar de que sus negocios y la conservacion de su patrimonio reclamaban imperiosamente su vuelta á Madrid. Fiado este importante ramo á un sugeto de sus circunstancias, presentaré á su tiempo á la nacion el estado de rentas, su procedencia é inversion, y en ellas un testimonio público de la pureza con que se manejarán.

Resta pues el sacrificio que es mas grato á nuestros corazones; que reunamos nuestras voluntades, y aspiremos al fin que nos hemos propuesto. Salvemos la patria, aunque fuera á costa de nuestras vidas, y velemos por su conservacion. Para ello propongo á V.E. los puntos siguientes:

1° Que los diputados de las córtes queden aquí en junta permanente ó nombren otra que se reunirá todos los dias para proponerme y deliberar todo lo conveniente al bien de la patria y del rey.

2° Que V.E. nombre entre sus ilustres individuos un secretario para extender y uniformar las resoluciones, en las cuales debe haber una reserva inviolable, extendiendo por hoy el acuerdo uno de los que se hallan presentes como tales ó el intendente.

3° Que cada diputado corresponda con su provincia, le comunique las disposiciones ya generales ya particulares que tomaré como gefe militar y político del reino, y las que acordarémos para mayor bien de la España.

4° Que la junta medite y me proponga sucesivamente las medidas de hacer compatible con la energia y rapidez que requiere la organizacion del ejército el cuidado de la recoleccion de granos que se aproxima y no debe desatenderse.

5° Que medite y me proponga la adopcion de medios de sostener el ejército que presentará el intendente de él y del reino Don Lorenzo Calvo.

6° Que me proponga todas las disposiciones que crea convenientes tomar para conservar la policía, el buen órden y la fuerza militar en cada departamento del reino.

7° Que cuide de mantener las relaciones con los demas reinos y provincias de España que deben formar con nosotros una misma y sola familia.

8° Que se encargue y cuide de firmar y circular en todo el reino, impresas ó manuscritas, las órdenes emanadas de mí ó de las que con mi acuerdo expidiese la junta de diputados del reino.

9° Que acuerde desde luego si deben ó no concurrir los diputados que vinieren de las provincias ó merindades de fuera del reino de Aragon mediante que la reunion de sus luces puede ser interesante á la defensa de la causa pública.

10° Que decida desde luego la proclamacion de nuestro rey Fernando VII determinando el dia en que haya de verificarse.

11° Que resuelva igualmente acerca de si deben reunirse en un solo punto las diputaciones de las demas provincias y reinos de España, conforme á la anunciado en el manifiesto del 31 de mayo último.

12° Que declare desde luego la urgencia del dia, y que la primera atencion debe ser la defensa de la patria. Zaragoza 9 de julio de 1808. — José de Palafox y Melci.

Acuerdos.

Resolvió la asamblea por aclamacion que se proclamase á Fernando VII, dejando al arbitrio de S. E. señalar el dia en que hubiese de verificarse, que seria cuando las circunstancias lo permitiesen.

La misma asamblea de diputados de las córtes enterada de la exposicion antecedente, despues de manifiestar al Excmo. Sr. capitan general su satisfaccion y gratitud por todo cuanto habia ejecutado, y aprobándolo unánimemente, le reconoció por aclamacion como capitan general y gobernador militar y político del reino de Aragon, y lo mismo al intendente.

El Sr. Don Antonio Franquet regidor de la ciudad de Tortosa, que hallándose comisionado en esta capital concurrió á la asamblea, hizo lo mismo á nombre de aquella ciudad, á quien ofreció daria parte de ello.

Acto continuo se leyeron los avisos que se habian pasado á todos los individuos que debian concurrir á la asamblea ó junta de córtes para saber si todos ellos habian sido citados ó se hallaban presentes, y resultó que se habia convocado á todos, y que solo habian dejado de concurrir el Sr. marqués de Tosos, que avisó no podia por estar enfermo, y el Sr. conde de Torresecas que igualmente manifestó su imposibilidad de concurrir.

Se tomó en consideracion el primer punto indicado en el manifiesto

de S. E. que antecede, relativo á si debia quedar permanente la junta de diputados, ó nombrar otra presidida por S. E. con toda la plenitud de facultades, y despues de un serio y detenido exámen acordó unánimemente nombrar una junta suprema compuesta de solo seis individuos y de S. E. como presidente con todas las facultades.

Se nombró en seguida una comision compuesta de doce de los señores vocales tomados de los cuatro brazos del reino, que lo fueron: por lo eclesiástico el señor abad de Monte-Aragon, el señor dean de esta santa iglesia, y el señor arcipreste de Santa Cristina; por el de la nobleza el Excmo. Sr. conde de Sástago, el señor marqués de Fuente Olivar, y el señor marqués de Zafra; por el de hidalgos el señor baron de Alcalá, el señor Don Joaquin María Palacios, y el señor Don Antonio Soldevilla; y por el de la ciudad el señor Don Vicente Lisa, el señor conde de la Florida, y el señor Don Francisco Pequera, para que propusiesen á la asamblea doce candidatos entre los cuales pudiese elegir los seis representantes que con S. E. habian de formar la junta suprema; y habiéndose reunido en una pieza separada los doce señores proponentes que quedan expresados volvieron á entrar en la sala de la junta é hicieron su propuesta en la forma siguiente.

Propusieron para los seis individuos que habian de elegirse y componer la suprema junta al Ilmo. Sr. obispo de Huesca, al M. R. P. prior del sepulcro de Calatayud, al Excmo. Sr. conde de Sástago, al señor regente de la Real Audiencia, á Don Valentin Solanot abad del monasterio de Beruela, arcipreste del Salvador, baron de Alcalá, marqués de Fuente Olivar, baron de Castiel, y don Pedro Maria Ric. Se procedió en seguida á la votacion por escrutinio y de ella resultó que los propuestos tuvieron los votos siguientes. El señor obispo de Huesca, 32; el prior de Calatayud, 11; el conde de Sástago, 27; Don Antonio Cornel, 33; el señor Regente, 29; Don Valentin Solanot, 11; abad de Beruela, 2; arcipreste del Salvador, 12; baron de Alcalá, 2; marqués de Fuente Olivar, 17; baron de Castiel, 10; y Don Pedro María Ric, 18; resultando electos á pluralidad de votos para individuos de la suprema junta de gobierno los señores Don Antonio Cornel obispo de Huesca, regente de la real Audiencia, conde de Sástago, Don Pedro María Ric, y el marqués de Fuente Olivar, y por muerte ú otra causa legítima que impidiese el ejercicio de su empleo á los electos, lo harian segun uso y costumbre los que les siguen en votos.

Se trató del nombramiento de un secretario para la junta suprema, y toda la asamblea manifestó al Excmo. Sr. capitan general sus deseos de que S. E. indicase una ó dos personas para este destino; S. E. lo rehusó declarando á los señores vocales que nombrasen á quien tuviesen por mas conveniente y á propósito para el buen desempeño, mas al fin condescendiendo con las reiteradas insinuaciones y deseos de la junta propuso para primer secretario al señor Don Vicente Lisa, y para segundo al señor baron de Castiel, que quedaron electos en consecuencia.

Habiendo meditado la junta sobre las proposiciones 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 11 y 12, las estimó y tuvo por muy atendibles, y acordó tomarlas en consideracion, para lo cual se reunirian de nuevo todos los señores vocales proponentes y presentes el próximo martes 14 del corriente mes de junio

á las diez de su mañana, y que por el secretario se enviase una copia de dichas proposiciones á cada individuo, y se avisaria á los señores marqués de Tosos y conde de Torresecas que no habian concurrido, por si podian hacerlo, con lo cual se concluyó la sesion quedando todos los señores advertidos para volver sin mas aviso el dia señalado, y se rubricó el acuerdo en borrador por los Excmos. señores capitan general y conde de Sástago, y el Ilmo. Sr. obispo de Huesca, de que certifico y firmo en la ciudad de Zaragoza á 9 de junio de 1808. — Lorenzo Calvo de Rozas secretario. —Visto bueno. — Palafox.

Nota. Todos los señores vocales manifestaron en seguida su voluntad de nombrar al Excmo. Sr. Don José Rebolledo de Palafox por capitan general efectivo del ejército; mas S. E. dió gracias á la junta y lo resistió absolutamente pidiendo que no constase la indicacion, y expresando que era brigadier de los reales ejércitos nombrado por S. M., y que no admitiria ni deseaba otras gracias ni otra satisfaccion ni ascenso que el ser útil á la patria y sacrificarse en su obsequio y en el de su rey. La junta en consecuencia no insistió en su empeño vista la delicadeza de S. E., y se reservó el llevar á efecto su voluntad en una de las primeras sesiones á que no asistiese S. E., por considerarlo asi de justicia; de todo lo cual certifico *ut supra*.—Calvo.

[Hemos insertado aqui el acta de instalacion de las córtes de Aragon, de que poseemos un ejemplar, por ser documento, aunque entonces impreso, que empieza á ser raro.] *Sigue la lista de los diputados que las compusieron.*

ESTADO ECLESIASTICO.

Ilmo. Sr. obispo de Huesca.
Sr. arcipreste de Tarazona.
Sr. dean de Zaragoza.
Sr. arcipreste de Sta. María.
Sr. arcipreste de Sta. Cristina.
Sr. abad de Monte-Aragon.
Sr. abad de Sta. Fé.
Sr. abad de Rueda.
Sr. abad de Beruela.
Sr. prior del sepulcro de Calatayud.

ESTADO DES NOBLES.

Excmo. Sr. conde de Sástago.
Sr. marqués de Sta. Coloma.
Sr. marqués de Fuente Olivar.
Sr. marqués de Zafra.
Sr. marqués de Ariño.
Sr. conde de Sobradiel.
Sr. conde de Torresecas.

ESTADO DE HIJOSDALGO.

Por el partido de Huesca.

Sr. baron de Alcalá.
Sr Don Joaquin Maria Palacios.

Por el partido de Barbastro.

Sr. Don Antonio Soldevilla.
Sr. Don Francisco Romeo.

Por el partido de Alcañiz.

Sr. de Candnero.
Sr. conde de Samitier.

Por el de Albarracin.

Don Juan Navarro.

Por el de Daroca.

Don Tomas Castillon.
Don Pedro Oseñalde.

CIUDADES DE VOTO EN CORTES.

Zaragoza.

Don Vicente Lisa.

Tarazona.

Don Bartolomé La-Iglesia.

Jaca.

Don Francisco Peguera.

Calatayud.

Don Joaquin Arias Ciria.

Borja.
Don José Guartero.
Teruel.
Sr. conde de la Florida.
Fraga.
Don Domingo Azguer.
Cinco-Villas.
Don Juan Perez.

NUMERO 7.

Mémoires du cardinal de Retz, tome 3.



LIBRO CUARTO.

NUMERO 1°.

Esta proclama está inserta en la Gaceta de Madrid del 7 de julio de 1808.

NUMERO 2°.

Respuesta dada por el Ilmo. Sr. obispo de Orense á la junta de gobierno, con motivo de haber sido nombrado diputado para la junta de Bayona.

Excmo. Sr.: Muy señor mio: un correo de la Coruña me ha entregado en la tarde del miércoles 25 de este la de V.E. con fecha del 19, por la que, entre lo demas que contiene, me he visto nombrado para asistir á la asamblea que debe tenerse en Bayona de Francia, á fin de concurrir en cuanto pudiese á la felicidad de la monarquía, conforme á los deseos del grande emperador de los franceses, celoso de elevarla al mas alto grado de prosperidad y de gloria.

Aunque mis luces son escasas, en el deseo de la verdadera felicidad y gloria de la nacion no debo ceder á nadie, y nada omitiria que me fuese practicable y creyese conducente á ello. Pero mi edad de 73 años, una indisposicion actual, y otras notorias y habituales me impiden un viage tan largo y con un término tan corto, que apenas basta para él, y menos para poder anticipar los oficios, y para adquirir las noticias é instrucciones que debian preceder. Por lo mismo me considero precisado á exonerarme de este encargo, como lo hago por esta, no dudando que el serenísimo Sr. duque de Berg y la suprema junta de gobierno estimarán justa y necesaria mi súplica de que admitan una excusa y exoneracion tan legítima.

Al mismo tiempo, por lo que interesa al bien de la nacion, y á los designios mismos del emperador y rey, que quiere ser como el ángel de paz y el protector tutelar de ella, y no olvida lo que tantas veces ha manifestado, el grande interés que toma en que los pueblos y soberanos sus aliados aumenten su poder, sus riquezas y dicha en todo género, me tomo la libertad de hacer presente á la junta suprema de gobierno, y por ella al mismo emperador rey de Italia, lo que, antes de tratar de los

asuntos á que parece convocada, diria y protestaria en la asamblea de Bayona si pudiese concurrir á ella.

Se trata de curar males, de reparar perjuicios, de mejorar la suérte de la nacion y de la monarquía, ¿pero sobre qué bases y fundamentos? ¿Hay medio aprobado y autorizado, firme y reconocido por la nacion para esto? ¿Quiere ella sujetarse, y espera su salud por esta via? ¿Y no hay enfermedades tambien que se agravan y exasperan con las medicinas, de las que se ha dicho: *tangant vulnera sacra nullæ manus?* ¿Y no parece haber sido de esta clase la que ha empleado con su aliado y familia real de España el poderoso protector, el emperador Napoleon? Sus males se han agravado tanto, que está como desesperada su salud. Se ve internada en el imperio francés, y en una tierra que le habia desterrado para siempre; y vuelto á su cuna primitiva, halla el túmulo por una muerte civil, en donde la primera rama fue cruelmente cortada por el furor y la violencia de una revolucion insensata y sanguinaria. Y en estos términos, ¿qué podrá esperar España? ¿Su curacion le será mas favorable? Los medios y medicinas no lo anuncian. Las renuncias de sus reyes en Bayona, é infantes en Burdeos, en donde se cree que no podian ser libres, en donde se han contemplado rodeados de la fuerza y del artificio, y desnudos de las luces y asistencia de sus fieles vasallos: estas renuncias, que no pueden concebirse, ni parecen posibles, atendiendo á las impresiones naturales del amor paternal y filial, y al honor y lustre de toda la familia, que tanto interesa á todos los hombres honrados: estas renuncias que se han hecho sospechosas á toda la nacion, y de las que pende toda la autoridad de que justamente puede hacer uso el emperador y rey, exigen para su validacion y firmeza, y á lo menos para la satisfaccion de toda la monarquía española, que se ratifiquen estando los reyes é infante que las han hecho libres de toda coaccion y temor. Y nada seria tan glorioso para el grande emperador Napoleon, que tanto se ha interesado en ellas, como devolver á la España sus augustos monarcas y familia, disponer que dentro de sú seno, y en unas córtes generales del reino hiciesen lo que libremente quisiesen, y la nacion misma, con la independencia y soberanía que la compete, procediese en consecuencia á reconocer por su legítimo rey al que la naturaleza, el derecho y las circunstancias llamasen al trono español.

Este magnánimo y generoso proceder seria el mayor elogio del mismo emperador, y seria mas grande y admirable por él que por todas las victorias y laureles que le coronan y distinguen entre todos los monarcas de la tierra, y aun saldria la España de una suerte funestísima que la amenaza, y podria finalmente sanar de sus males y gozar de una perfecta salud, y dar despues de Dios las gracias, y tributar el mas sincero reconocimiento á su salvador y verdadero protector, entonces el mayor de los emperadores de Europa, el moderado, el justo, el magnánimo, el benéfico Napoleon el grande.

Por ahora la España no puede dejar de mirarlo bajo otro aspecto muy diferente: se entreve, si no se descubre, un opresor de sus príncipes y de ella; se mira como encadenada y esclava cuando se la ofrecen felicidades: obra, aun mas que del artificio, de la violencia y de un ejército numeroso que ha sido admitido como amigo ó por la indiscrecion y timidez, ó acaso por una vil traicion, que sirve á dar una autoridad que no es fácil estimar legítima.

¿Quién ha hecho teniente gobernador del reino al Sermo. Sr. duque de Berg? ¿No es un nombramiento hecho en Bayona de Francia por un rey piadoso, digno de todo respeto y amor de sus vasallos, pero en manos de lados imperiosos por el ascendiente sobre su corazon, y por la fuerza y el poder á que le sometió? ¿Y no es una artificiosa quimera nombrar teniente de su reino á un general que manda un ejército que le amenaza, y renunciar inmediatamente su corona? ¿Solo ha querido volver al trono Cárlos IV para quitarlo á sus hijos? ¿Y era forzoso nombrar un teniente que impidiese á la España por esta autorizacion y por el poder militar cuantos recursos podiá tener para evitar la consumacion de un proyecto de esta naturaleza? No solo en España, en toda la Europa dudo se halle persona sincera que no reclame en su corazon contra estos actos extraordinarios y sospechosos, por no decir mas.

En conclusion, la nacion se ve como sin rey, y no sabe á qué atenerse. Las renuncias de sus reyes, y el nombramiento de teniente gobernador del reino, son actos hechos en Francia, y á la vista de un emperador que se ha persuadido hacer feliz á España con darle una nueva dinastía que tenga su orígen en esta familia tan dichosa, que se cree incapaz de producir príncipes que no tengan ó los mismos ó mayores talentos para el gobierno de los pueblos que el invincible, el victorioso, el legislador, el filósofo, el grande emperador Napoleon. La suprema junta de gobierno, á mas de tener contra sí cuanto va insinuado, su presidente armado y un ejército que la cerca obligan á que se la considere sin libertad, y lo mismo sucede á los consejos y tribunales de la corte. ¡Qué confusion, qué caos, y que manantial de desdichas para España! No puede evitarla una asamblea convocada fuera del reino, y sugetos que componiéndola ni pueden tener libertad ni aun teniéndola creerse que la tuvieran. Y si se juntasen á los movimientos tumultuosos que pueden temerse dentro del reino pretensiones de príncipes y potencias extrañas, socorros ofrecidos ó solicitados, y tropas que vengan á combatir dentro de su seno contra los franceses y el partido que les siga; ¿qué desolacion y qué escena podrá concebirse mas lamentable? La compasion, el amor y la solicitud en su favor del emperador podia antes que curarla causarla los mayores desastres.

Ruego pues con todo el respeto que debo se hagan presentes á la suprema junta de gobierno los que considero justos temores y dignos de su reflexion, y aun de ser expuestos al grande Napoleon. Hasta ahora he podido contar con la rectitud de su corazon, libre de la ambicion, distante del dolo y de una política artificiosa, y espero aun que reconociendo no puede estar la salud de España en esclavizarla, no se empeñe en curarla encadenada, porque no está loca ni furiosa. Establézcase primero una autoridad legítima, y trátese despnes de curarla.

Estos son mis votos, que no he temido manifestar á la junta y al emperador mismo, porque he contado con que, si no fuesen oidos, serán á lo menos mirados, como en realidad lo son, como efecto de mi amor a la patria y á la augusta familia de sus reyes, y de las obligaciones de consejo, cuyo título temporal sigue al obispado en España. Y sobre todo los contemplo no solo útiles sino necesarios á la verdadera gloria y felicidad del ilustre héroe que admira la Europa, que todos veneran, y á quien tengo la felicidad de tributar con esta ocasion mis humildes y obsequiosos respetos. Dios guarde á V. E. muchos años. Orense 29 de

mayo de 1808. — Exemo. Sr. — B. L. M. de V. E. su afecto capellan. — PEDRO obispo de Orense. — Excmo. Sr. Don Sebastian Piñuela.

NUMERO 3.

Esta proclama está inserta en la Gaceta de Madrid del 14 de junio de 1808.

NUMERO 4.

Esta proclama en el Diario de Madrid de 1° de junio de 1808.

NUMERO 5.

Gaceta de Madrid de 14 de junio de 1808.

NUMERO 6.

Todas estas gratulatorias pueden leerse en el Diario de Madrid del 12 de junio de 1808, y en las gacetas de aquel tiempo.

NUMERO 7.

Esta proclama está inserta en el Diario de Madrid del 15 de junio de 1808.

NUMERO 8.

Habiendo aceptado la cesion de la corona de España que mi muy caro y muy amado hermano el emperador de los franceses etc. hizo á favor de mi persona, segun el aviso que se comunicó al consejo con fecha de 4 del corriente, he venido en nombrar por mi lugarteniente general á S. A. I. y R. el gran duque de Berg, segun se lo participo con esta fecha, encargándole que haga expedir todos los decretos que convengan, á fin de que los tribunales y los empleados de todas clases continúen en el ejercicio de sus funciones respectivas; por exigirlo así el bien general del reino, que es y será siempre el objeto de mis desvelos. Tendrálo entendido el consejo para su inteligencia y cumplimiento en la parte que le toca. —YO EL REY.—En Bayona á 10 de junio de 1808. — Al decano del consejo

NUMERO 9.

El augusto emperador de los franceses, nuestro muy caro y muy amado hermano, nos ha cedido todos los derechos que habia adquirido á la corona de las Españas por los tratados ajustados en los dias 5 y 10 de mayo próximo pasado. La próvidencia, abriéndonos una carrera tan vasta, sin duda que ha penetrado nuestras intenciones: la misma nos dará fuerzas para hacer la felicidad del pueblo generoso que ha confiado á nuestro cuidado. Solo ella puede leer en nuestra alma, y no serémos felices hasta el dia en que correspondiendo á tantas esperanzas, podamos darnos á nos mismo el testimonio de haber llenado el glorioso cargo que se nos ha impuesto. La conservacion de la santa religion de nuestros mayores en el estado próspero en que la encontramos, la integridad y

la independencia de la monarquía serán nuestros primeros deberes. Tenemos derecho para contar con la asistencia del clero, de la nobleza y del pueblo, á fin de hacer revivir aquel tiempo en que el mundo entero estaba lleno de la gloria del nombre español; y sobre todo deseamos establecer el sosiego, y fijar la felicidad en el seno de cada familia por medio de una buena organizacion social. Hacer el bien público con el menor perjuicio posible de los intereses particulares será el espíritu de nuestra condncta; y por lo que á nos toca, como nuestros pueblos sean dichosos, en su felicidad cifrarémos toda nuestra gloria. A este precio ningun sacrificio nos será costoso. Para el bien de la España, y no para el nuestro, nos proponemos reinar. El consejo lo tendrá entendido, y lo comunicará á nuestros pueblos. — YO EL REY. — En Bayona á 10 de junio de 1808. — Al decano del consejo.

NUMERO 10.

Este discurso está inserto en el suplemento á la Gaceta de Madrid del 21 de junio de 1808.

NUMERO 11.

Señor : todos los españoles que componen la comitiva de SS. AA. RR. los príncipes Fernando, Cárlos y Antonio, noticiosos por los papeles públicos de la instalacion de la persona de V. M. C. en el trono de la patria de los exponentes, con el consentimiento de toda la nacion, procediendo consecuentes al voto unánime, manifestado al emperador y rey en la nota adjunta, de permanecer españoles sin substraerse de sus leyes en modo alguno, antes bien queriendo siempre subsistir sumisos á ellas, consideran como obligacion suya muy urgente la de conformarse con el sistema adoptado por su nacion, y rendir como ella sus mas humildes homenages á V. M. C., asegurándole tambien la misma inclinacion, el mismo respeto y la misma lealtad que han manifestado al gobierno anterior, de la cual hay las pruebas mas distinguidas; y creyendo que esta misma fidelidad pasada será la garantía mas segura de la sinceridad de la adhesion que ahora manifiestan, jurando como juran obediencia á la nueva constitucion de su pais, y fidelidad al rey de España José I°.

La generosidad de V. M. C., su bondad y su humanidad, les hacen esperar que considerando la necesidad que estos príncipes tienen de que los exponentes continuen sirviéndoles en la situacion en que se hallan, se dignará V. M. C. confirmar el permiso que hasta ahora han tenido de S. M. I. y R. para permanecer aquí : y asimismo continuarles por atencion á los mismos príncipes con igual magnanimidad el goce de los bienes y empleos que tenian en España, con las otras gracias que á peticion suya les tiene concedidas S. M. I. y R., hermano augusto de V. M. C., y constan de la adjunta nota que tienen el honor de presentar á los pies de V. M. C. con la mas humilde súplica..

Una vez asegurados por este medio de que sirviendo á sus AA. RR. serán considerados como vasallos fieles de V. M. C. y como españoles verdaderos, prontos á obedecer ciegamente la voluntad de V. M. C. hasta en lo mas mínimo; si se les quisiese dar otro destino participarán completamente de la satisfaccion de todos sus compatriotas, á quienes

debe hacer dichosos para siempre un monarca tan justo, tan humano y tan grande en todo sentido como V. M. C.

Ellos dirigen á Dios los votos mas fervorosos y unánimes para que se verifiquen estas esperanzas, y para que Dios se digne conservar por muchos años la preciosa vida de V. M. C. En fin con el mas profundo y mas sincero respeto, tienen el honor de ponerse á los pies de V. M. C. sus mas humildes servidores y fieles súbditos en nombre de todas las personas de la comitiva de los príncipes. — El duque de San Carlos, Don Juan Escoiquiz, el marqués de Ayerbe, el marqués de Feria, Don Antonio Correa, Don Pedro Macanaz. — Valencey 22 de junio de 1808. — (*Llorente, tomo* 1, *pag.* 105.)

Numero 12.

He recibido con sumo gusto la carta de V. M. I y. R. de 15 del corriente, y le doy gracias por las expresiones afectuosas con que me honra, y con las cuales yo he contado siempre. Las repito á V. M. I. por su bondad en favor de la solicitud del duque de San Cárlos y de Don Pedro Macanaz, que tuve el honor de recomendar. Doy muy sinceramente en mi nombre y de mi hermano y tio á V. M. I. la enhorabuena de la satisfaccion de ver instalado á su querido hermano en el trono de España. Habiendo sido objeto de todos nuestros deseos la felicidad de la generosa nacion que habita su vasto territorio, no podemos ver á la cabeza de ella un monarca mas digno, ni mas propio por sus virtudes para asegurársela, ni dejar de participar al mismo tiempo del grande consuelo que nos da esta circunstancia. Deseamos el honor de profesar amistad con S. M., y este afecto nos ha dictado la carta adjunta que me atrevo á incluir, rogando á V. M. I. que despues de leida se digne presentarla á S. M. C. Una mediacion tan respetable nos asegura que será recibida con la cordialidad que deseamos. Sire : perdonad una libertad que nos tomamos, por la confianza sin límites que V. M. I. nos ha inspirado. Y con la seguridad de todo nuestro afecto y respeto, permitid que yo le renueve los mas sinceros é invariables sentimientos, con los cuales tengo el honor de ser, Sire, de V. M. I. y R. su muy húmilde y muy obediente servidor. — Fernando. — (*Llorente, tomo* 1, *pag.* 102.)

Nota. La carta escrita á José que se cita en la anterior, la oyeron todos los diputados de Bayona y se quedó con el original Don Miguel José de Azanza.

Numero 13.

En la Gaceta de Madrid del 13 de julio de 1808 y siguientes.

Numero 14.

Marqués de San Felipe en sus Comentarios, año de 1700.

Numero 15.

Capitulaciones ajustadas entre los respectivos generales de los ejércitos español y francés.

Los Excmos. Sres. conde de Tilly, y Don Francisco Javier Castaños general en gefe del ejército de Andalucía, queriendo dar una prueba de

su alta estimacion al Excmo. Sr. general Dupont, grande águila de la legion de honor etc., asi como al ejército de su mando por la brillante y gloriosa defensa que han hecho contra un ejército muy superior en número, y que le envolvia por todas partes, y el Sr. general Chabert encargado con plenos poderes por S. E. el Sr. general en gefe del ejército francés, y el Excmo. Sr. general Marescot grande águila, etc., han convenido en los artículos siguientes :

1° Las tropas del mando del Excmo. Sr. general Dupont quedan prisioneras de guerra, exceptuando la division de Vedel y otras tropas francesas que se hallan igualmente en Andalucía.

2° La division del general Vedel, y generalmente las demas tropas francesas de la Andalucía que no se hallan en la posicion de las comprendidas en el artículo antecedente, evacuarán la Andalucía.

3° Las tropas comprendidas en el artículo 2° conservarán generalmente todo su bagage; y para evitar todo motivo de inquietud durante su viage dejarán su artillería, tren y otras armas al ejército español, que se encarga de devolvérselas en el momento de su embarque.

4° Las tropas comprendidas en el artículo 1° del tratado saldrán del campo con los honores de la guerra, dos cañones á la cabeza de cada batallon y los soldados con sus fusiles que se rendirán y entregarán al ejército español á cuatrocientas toesas del campo.

5° Las tropas del general Vedel y otras que no deben rendir sus armas, las colocarán en pabellones sobre su frente de banderas, dejando del mismo modo su artillería y tren, formándose el correspondiente inventario por oficiales de ambos ejércitos, y todo les será devuelto, segun queda convenido en el artículo 3°.

6° Todas las tropas francesas de Andalucía pasarán á Sanlúcar y Rota por los tránsitos que se les señale, que no podrán exceder de cuatro leguas regulares al dia con los descansos necesarios para embarcarse en buques con tripulacion española, y conducirlos al puerto de Rochefort en Francia.

7° Las tropas francesas se embarcarán asi que lleguen al puerto de Rota, y el ejército español garantirá la seguridad de su travesía contra toda empresa hostil.

8° Los señores generales, gefes y demas oficiales conservarán sus armas, y los soldados sus mochilas.

9° Los alojamientos, víveres y forrages durante la marcha y travesía se suministrarán á los señores generales y demas oficiales, asi como á la tropa á proporcion de su empleo, y con arreglo á los goces de las tropas españolas en tiempo de guerra.

10° Los caballos que segun sus empleos corresponden á los señores generales, gefes y oficiales del estado mayor se trasportarán á Francia mantenidos con la racion de tiempo de guerra.

11° Los señores generales conservarán cada uno un coche y un carro; los gefes y oficiales de estado mayor un coche solamente exentos de reconocimiento, pero sin contravenir á los reglamentos y leyes del reino.

12° Se exceptuan del artículo antecedente los carruages tomados en Andalucía, cuya inspeccion hará el general Chabert.

13° Para evitar la dificultad del embarque de los caballos de los cuerpos de caballería y los de artillería comprendidos en el artículo 2° se

dejarán unos y otros en España pagando su valor, segun el aprecio que se haga por dos comisionados español y francés.

14° Los heridos y enfermos del ejército francés que queden en los hospitales se asistirán con el mayor cuidado y se enviarán á Francia con escolta segura, asi que se hallen buenos.

15° Como en varios parages, particularmente en el ataque de Córdoba, muchos soldados, á pesar de las órdenes de los señores generales y del cuidado de los señores oficiales, cometieron excesos que son consiguientes é inevitables en las ciudades que hacen resistencia al tiempo de ser tomadas, los señores generales y demas oficiales tomarán las medidas necesarias para encontrar los vasos sagrados que pueden haberse quitado y entregarlos si existen.

16° Los empleados civiles que acompañan al ejército francés no se considerarán prisioneros de guerra, pero sin embargo gozarán durante su trasporte á Francia todas las ventajas concedidas á las tropas francesas, con proporcion á sus empleos.

17° Las tropas francesas empezarán á evacuar la Andalucía el dia 23 de julio. Para evitar el gran calor se efectuará por la noche la marcha, y se conformarán con la jornada diaria que arreglarán los señores gefes del estado mayor español y francés, evitando el que las tropas pasen por las ciudades de Córdoba y Jaen.

18° Las tropas francesas en su marcha irán escoltadas de tropa española, á saber: 300 hombres de escolta por cada columna de 3000 hombres, y los señores generales serán escoltados por destacamentos de caballería de línea.

19° A la marcha de las tropas precederán siempre los comisionados español y francés para asegurar los alojamientos y víveres necesarios, segun los estados que se les entregarán.

20° Esta capitulacion se enviará desde luego á S. E. el duque de Róvigo general en gefe de los ejércitos franceses en España, con un oficial francés escoltado por tropa de línea española.

21° Queda convenido entre los dos ejércitos que se añadirán como suplemento á esta capitulacion los artículos de cuanto pueda haberse omitido para aumentar el bienestar de los franceses durante su permanencia y pasage en España. — Firmado.

Artículos adicionales igualmente autorizados.

1° Se facilitarán dos carretas por batallon para trasportar las maletas de los señores oficiales.

2° Los señores oficiales de caballería de la division del señor general Dupont conservarán sus caballos solamente para hacer su viage y los entregarán en Rota, punto de su embarco, á un comisionado español encargado de recibirlos. La tropa de caballería de guardia del señor general en gefe gozará la misma facultad.

3° Los franceses enfermos que estan en la Mancha asi como los que haya en Andalucía, se conducirán á los hospitales de Andújar, ú otro que parezca mas conveniente.

Los convalecientes les acompañarán á medida que se vayan curando; se conducirán á Rota, donde se embarcarán para Francia bajo la misma garantía mencionada en el artículo 6° de la capitulacion.

4. Los Excmos. Sres. conde de Tilly y general Castaños, prometen interceder con su valimiento para que el señor general Erselinaut, el señor coronel La Grange y el señor teniente coronel Roseti, prisioneros de guerra en Valeucia, se pongan en libertad, y conduzcan á Francia bajo la misma garantía expresada en el artículo anterior. — Firmado. — (*Véase la Lealtad española, tomo 2º.*)

NUMERO 16.

Mémoires du duc de Rovigo, volum. 3, cap. 18.



LIBRO QUINTO.

NUMERO 1º.

Numantia, quantum Carthaginis, Capuæ, Corinthi opibus inferior, ita virtutis nomine et honore par omnibus, summumque, si viros æstimes, Hispaniæ decus: quippe quæ sine muro, sine turribus, modice edito in tumulo apud flumen Durium sita, quatuor millibus Celtiberorum, quadraginta millium exercitum per annos quatuordecim sola sustinuit: nec sustinuit modo, sed sævius aliquanto perculit, pudendisque fœderibus affecit. — L. A. Flori, tib. 2, cap. 18.

NUMERO 2º.

Annales d'Espagne et de Portugal par Don Juan Alvarez de Colmenar, tomo 3º, pág. 451, edicion de Amsterdam.

NUMERO 3º.

Respuesta dada á la intimacion del general Lefèvre comandante en gefe del ejército francès que sitiaba á Zaragoza, publicada en la Gaceta del 20 de junio de 1808.

Zaragoza es mi cuartel general á 18 de junio.

Si S. M. el emperador envia á V. á restablecer la tranquilidad que nunca ha perdido este pais, es bien inútil se tome S. M. estos cuidados. Si debo responder á la canfianza que me ha hecho este valeroso pueblo sacándome del retiro en que estaba para poner en mi mano su custodia, es claro que no llenaria mi deber abandonándole á la apariencia de una amistad tan poco verdadera.

Mi espada guarda las puertas de la capital, y mi honor responde de su seguridad: no deben tomarse pues este trabajo esas tropas que aun estarán cansadas de los dias 15 y 16. Sean enhorabuena infatigables en sus lides; yo lo seré en mis empeños.

Lejos de haberse apagado el incendio que levantó la indignacion española, á vista de tantas alevosías se eleva por momentos.

Se conoce que las espías que V. paga son infieles. Gran parte de Cataluña se ha puesto bajo mi mando : lo mismo ha hecho otra no menor de Castilla. Los capitanes generales de esta y de Valencia estan unidos conmigo. Galicia, Extremadura, Asturias y los cuatro reinos de Andalucía estan resueltos á vengar sus agravios. Las tropas francesas cometen atrocidades indignas de hombres; saquean, insultan y matan impunemente á los que ningun mal les han hecho : ultrajan la religion, y queman sus sagradas imágenes de un modo inaudito.

Ni esto ni el todo que V. observa, aun despues de los dios 15 y 16 son propios para satisfacer á un pueblo valiente : V. hará lo que quiera ; y yo haré lo que debo. — B. L. M. de V. — EL GENERAL DE LAS TROPAS DE ARAGON.

NUMERO 4.

Segunda y última respuesta dada al general del ejército francés que sitiaba á Zaragoza, en 27 de junio de 1808.

El intendente de este ejército y reino me ha trasmitido las proposiciones que V. le ha hecho, reducidas á que yo permita la entrada en esta capital de las tropas francesas que estan bajo su mando, que vienen con la idea de desarmar al pueblo, restablecer la quietud, respetar las propiedades y hacernos felices, conduciéndose como amigos, segun lo han hecho en los demas pueblos de España que han ocupado, ó bien si no me conformáre á esto que se rinda la ciudad á discrecion. Los medios que ha empleado el gobierno francés para ocupar las plazas que le quedan en España, y la conducta que ha observado su ejército han podido persuadir á V. la respuesta que yo daria á sus proposiciones. El Austria, la Italia, la Holanda, la Polonia, Suecia, Dinamarca y Portugal presentan, no menos que este pais, un cuadro muy exacto de la confianza que debe inspirar el ejército francés.

Esta ciudad y las valerosas tropas que la guardan han jurado morir antes que sujetarse al yugo de la Francia, y la España toda, en donde solo quedan ya restos del ejército francés, está resuelta á lo mismo.

Tenga V. presentes las contestaciones que le dí ocho dias ha, y los decretos de 31 de mayo y 18 de este mes, que se le incluyeron, y no olvide V. que una nacion poderosa y valiente, decidida á sostener la justa causa que defiende, es invencible y no perdonará los delitos que V. ó su ejército cometan. Zaragoza 26 de junio de 1808. — Por el capitan general de Aragon, EL MARQUES DE LAZAN.

NUMERO 5.

..... Καὶ δι' ἐλαχίστου καιροῦ τυχης ἅμα ἀκμῆτῆς δόξης μᾶλλον ἢ τοῦ δέους ἀπηλλάμησαν.

(THUCYD. II, 42.)

NUMERO 6.

Artículos del convenio hecho entre el vicealmirante Siniavin caballero de la órden de San Alejandro, y el almirante sir Cárlos Cotton baronet, para la rendicion de la escuadra rusa anclada en la ribera del Tajo, publicados en la Gaceta extraordinaria de Lóndres de 16 de setiembre.

1° Los navíos de guerra del emperador de Rusia que estan en el Tajo se entregarán inmediatamente al almirante sir Cárlos Cotton con todas sus municiones : serán enviados á Inglaterra, en donde los tendrá S. M. B. como en depósito para restituir á S. M. I. seis meses despues de la conclusion de la paz entre S. M. B. y S. M. I. el emperador de todas las Rusias.

2° El vicealmirante Siniavin con todos los oficiales marinos y marineros que estan á sus órdenes, volverán á Rusia sin ninguna condicion ó estipulacion que les impida servir en lo sucesivo : serán convoyados por gentes de guerra y navíos propios á expensas de S. M. B.

Dado y concluido á bordo del navío Twairdai en el Tajo y á bordo del Ibernia navío de S. M. B. en la embocadura de la ribera, á 8 de setiembre de 1808. — Signado. — DE SINIAVIN. — CÁRLOS COTTON.

NUMERO 7.

Convencion definitiva para la evacuacion de Portugal por las tropas francesas, publicada en la Gaceta extraordinaria de Lóndres.

Los generales en gefe de los ejércitos inglés y francés en Portugal, habiendo determinado negociar y concluir un tratado para la evacuacion de este reino por las tropas francesas sobre las bases del concluido el 22 del presente para una suspension de armas, han habilitado á los infrascriptos oficiales para negociarlo en su nombre; á saber : de parte del general en gefe del ejército británico al teniente coronel Murray, cuartelmaestre general, y de la del general en gefe del francés á Mr. Kellermad general de division, á quienes han dado la facultad necesaria para negociar y concluir un convenio al efecto, sujetos sin embargo á su ratificacion respectiva, y á la del almirante comandante de la escuadra británica en la embocadura del Tajo. Los oficiales despues de haber cangeado sus plenos poderes se han convenido en los artículos siguientes :

1° Todas las plazas y fuertes del reino de Portugal ocupados por las tropas francesas se entregarán al ejército británico en el estado en que se hallen al tiempo de firmarse este tratado. 2° Las tropas francesas evacuarán á Portugal con sus armas y bagages; no serán consideradas como prisioneras de guerra, y á su llegada á Francia tendrán libertad para servir. 3° El gobierno inglés suministrará los medios de trasporte para el ejército francés, que desembarcará en uno de los puertos de Francia entre Rochefort y Lorient inclusivamente. 4° El ejército francés llevará consigo toda su artillería de calibre francés con lo á ella anejo. Toda la demas artillería, armas, municiones, como tambien

los arsenales militares y navales, serán entregados al ejército y navíos británicos en el estado en que se hallen al tiempo de la ratificacion de este tratado. 5º El ejército francés llevará consigo todos sus equipages, y todo lo que se comprende bajo el nombre de propiedad de un ejército, y se le permitirá disponer de la parte de ella que el comandante en gefe juzgue inútil para embarcar. Del mismo modo todos los individuos del ejército tendrán libertad para disponer de su propiedad privada, con plena seguridad en lo sucesivo para los compradores. 6º La caballería podrá embarcar sus caballos, asi como tambien los generales y oficiales de cualquiera graduacion, quedando á disposicion de los comandantes británicos los medios de trasportarlos : el número de caballos que podrán embarcar las tropas no excederá de 600, ni el de los gefes de 200. De todos modos el ejército francés tendrá libertad para disponer de los que no puedan embarcarse. 7º El embarco se hará en tres divisiones, y la última de ellas se compondrá de las guarniciones de las plazas, de la caballería, artillería, enfermos y equipage del ejército. La primera division se embarcará dentro de siete dias de la fecha de la ratificacion. 8º La guarnicion de Yelbes y sus fuertes de Peniche y Palmela se embarcará en Lisboa. La de Almeida en Oporto ó en el puerto mas cercano. 9º Todos los enfermos ó heridos que no puedan embarcarse con las tropas se confian al ejército británico, cuyo gobierno pagará lo que gasten mientras esten en este pais, quedando de cuenta de la Francia abonarlo cuando marchen. El gobierno inglés proporcionará su vuelta á Francia por destacamentos como de 200 hombres á un tiempo. 10º Luego que los barcos que lleven el ejército á Francia lo hayan desembarcado en los puertos arriba dichos, ó en cualquiera otro de aquel pais adonde el temporal los fuerce á ir, se les proporcionará toda comodidad para volver á Inglaterra sin dilacion y seguridad, ó pasaporte para no ser apresados hasta que lleguen á un puerto amigo. 11º El ejército francés se reconcentrará en Lisboa y dos leguas al rededor. El inglés á tres leguas, por manera que haya siempre una entre los dos ejércitos. 12º Los fuertes de San Julian, Buxio y Cascaes serán ocupados por las tropas británicas cuando se ratifique este convenio. Lisboa y su ciudadela con los fuertes y baterías, el lazareto y el fuerte de San José los ocuparán cuando se embarque la segunda division, como tambien el puerto con todas las embarcaciones armadas. Las fortalezas de Yelbes, Almeida, Peniche y Palmela se entregarán á las tropas británicas asi que lleguen para ocuparlas. El general en gefe inglés noticiará á las guarniciones de estas plazas y á las tropas que las sitian este convenio para poner fin á las hostilidades. 13. Se nombrarán comisionados por ambas partes para acelerar la ejecucion de este convenio. 14º Si se suscitase alguna duda sobre la inteligencia de algun artículo, se interpretará á favor del ejército francés. 15º Desde la ratificacion todas las deudas atrasadas de contribuciones, requisiciones, etc. no podrán reclamarse por el gobierno francés contra los portugueses, ni ningun otro que resida en este pais; pues todo lo que se haya pedido é impuesto despues que el ejército francés entró en Portugal por diciembre de 1807, y no se haya pagado aun, queda cancelado, y se levantan los embargos puestos en los bienes de los deudores para que se les restituya y queden á su libre disposicion. 16º Todos los súbditos de Francia ó de cualquier otra potencia su aliada ó amiga que se hallen en Portugal con domicilio ó sin él, serán protegidos, sus propiedades serán respeta-

das, y tendrán libertad para acompañar al ejército francés, ó permanecer aqui. En todo caso se les asegura su propiedad con la libertad de retenerla ó de disponer de ella; y pasando el producto de la venta á Francia ó cualquier otro pais adonde vayan á fijar su residencia, se les concede un año para el intento. Sin embargo ninguna de estas estipulaciones podrá servir de pretexto para una especulacion comercial. 17° Ningun portugués será responsable por su conducta política durante la ocupacion de este pais por el ejército francés; y todos los que han continuado en el ejercicio de sus empleos, ó que los han aceptado durante el gobierno francés, quedan bajo la proteccion de los comandantes ingleses, quienes les sostendrán para que no se les cause vejacion en sus personas y bienes; y podrán tambien aprovecharse de las estipulaciones del artículo 16°. 18° Las tropas españolas detenidas á bordo de los navíos en el puerto de Lisboa, serán entregadas al general en gefe inglés, quien se obliga á obtener de los españoles la restitucion de los súbditos franceses, sean militares ó civiles, que hayan sido detenidos en España, sin haber sido hechos prisioneros en batalla, ó en consecuencia de operaciones militares, sino con ocasion del 29 de mayo y dias siguientes. 19° Inmediatamente se hará un cange de prisioneros de todas graduaciones que se hayan hecho en Portugal desde el principio de las presentes hostilidades. 20° Para la recíproca garantía de este convenio se entregarán rehenes de la clase de oficiales generales por parte del ejército francés, del inglés y de su armada. El oficial del ejército británico será restituido luego que se dé cumplimiento á los artículos pertenecientes al ejército: el de la escuadra y el francés cuando las tropas hayan desembarcado en su país. 21° Se permitirá al general francés enviar un oficial á Francia con el presente convenio, y el almirante británico le dará una embarcacion que le convoye á Burdeos ó á Rochefort. 22° Se hará porque el almirante británico acomode á S. E. el general en gefe y oficiales principales del ejército francés á bordo de los navíos de guerra. Dado y concluido en Lisboa á 30 de agosto de 1808. — Firmado. — JORGE MURRAY. — KELLERMAN.

Artículos adicionales.

1° Los empleados civiles del ejército hechos prisioneros, sea por las tropas británicas ó por las portuguesas en cualquier parte de Portugal, serán restituidos, como de costumbre, sin cange.

2° El ejército francés subsistirá de sus propios almacenes hasta el dia del embarco, y la guarnicion hasta la evacuacion de las fortalezas. El remanente de los almacenes se entregará en la forma acostumbrada al gobierno británico, quien se encarga de la subsistencia y caballos del ejército desde el tiempo referido hasta su llegada á Francia, con la condicion de ser reembolsado por el gobierno francés del exceso de gastos á la estimacion que por ambas partes se dé á los almacenes entregados al ejército inglés. Las provisiones que esten á bordo de los navíos de guerra de que está en posesion el ejército francés, se tomarán en cuenta por el gobierno inglés asi como los almacenes de la fortaleza.

3° El general en gefe de las tropas británicas tomará las medidas necesarias para restablecer la libre circulacion de los medios de subsistencia entre el pais y la capital. — Dado, etc.

NUMERO 8.

En la corte palacio de la reina el 4 de julio de 1808. Presente en el consejo de S. M. el rey.

Habiendo S. M. tomado en consideracion los esfuerzos gloriosos de la nacion española para libertar su pais de la tiranía y usurpacion de Francia, y los ofrecimientos que ha recibido de varias provincias de España de su disposicion amistosa hácia este reino; se ha dignado mandar y manda por la presente de acuerdo con su consejo privado :

1° Que todas las hostilidades contra España de parte de S. M. cesen inmediatamente.

2° Que se levante el bloqueo de todos los puertos de España, á excepcion de los que se hallan todavía en poder de los franceses.

3° Que todos los navíos ó buques pertenecientes á España sean libremente admitidos en los puertos de los dominios de S. M. como lo fueron antes de las hostilidades.

4° Que todas las embarcaciones españolas que sean encontradas por la mar por los navíos ó corsarios de S. M., sean tratadas como las de las naciones amigas, y se les permita hacer todo tráfico permitido á las neutrales.

5° Que todos los navíos ó mercaderías pertenecientes á los individuos establecidos en las colonias españolas, que fueren detenidos por los navíos de S. M. despues de la fecha de la presente, han de ser conducidos al puerto, y conservados cuidadosamente en segura custodia hasta que se averigüe si las colonias donde residen los dueños de los referidos navíos ó efectos han hecho causa comun con España contra el poder de la Francia.

Y SS. EE. los comisionados de la real tesorería, los secretarios de estado de S. M., los comisionados del almirantazgo, y los jueces de los tribunales del vicealmirantazgo, han de tomar para el cumplimiento de los anteriores artículos las medidas que respectivamente les corresponden. — Firmado. — ESTEBAN COTERELL.

NUMERO 9.

Ημῖν δοκεῖ, ἢν μέν τις ἐᾷ ἡμᾶς ἀπιέναι οἴκαδε, διαπορεύεσθαι τὴν χώραν ὡς ἂν δυνώμεθα ἀσινέστατα· ἢν δέ τις ἡμας τῆς ὁδοῦ ἀποκωλῃ, διαπολεμεῖν τούτῳ, ὡς ἂν δυνώμεθα κράτιστα.

(XENOPHONTIS, CYR. 3.)

NUMERO 10.

Estas palabras estan insertas en una memoria escrita por José á su hermano Napoleon en Miranda de Ebro á 16 de setiembre de 1808, cogida con otros papeles en la batalla de Vitoria.

LIBRO SEXTO.

NUMERO 1.

Lista de los individuos que compusieron la junta suprema central gubernativa de España é Indias por el órden alfabético de las provincias que los nombraron.

Por Aragon. — D. Francisco Palafox y Melcí gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio, brigadier del ejército, y oficial de reales guardias de corps. — Don Lorenzo Calvo de Rozas vecino de Madrid é intendente del ejército y reino de Aragon.

Asturias. — Don Gaspar Melchor de Jovellanos caballero de la órden de Alcántara, del consejo de estado de S. M., y antes ministro de gracia y justicia. — Marqués de Campo-Sagrado, teniente general del ejército é inspector general de las tropas del principado de Asturias.

Canarias. — Marqués de Villanueva del Prado.

Castilla la Vieja. — Don Lorenzo Bonifaz y Quintano dignidad de prior de la santa iglesia de Zamora. — Don Francisco Javier Caro catedrático de leyes de la universidad de Salamanca.

Cataluña. — Marqués de Villel conde de Darníus, grande de España y gentil hombre con ejercicio. — Baron de Sabasona.

Córdoba. — Marqués de la Puebla de los Infantes grande de España. — Don Juan de Dios Gutierrez Rabé.

Extremadura. — Don Martin de Garay intendente de Extremadura, y ministro honorario del consejo de guerra: fue el primer secretario general, y despachó interinamente los negocios de estado. — Don Felix Ovalle tesorero de ejército de Extremadura.

Galicia. — Conde de Gimonde. — Don Antonio Aballe.

Granada. — Don Rodrigo Riquelme regente de la chancillería de Granada. — Don Luis de Fúnes canónigo de la santa iglesia de Santiago.

Jaen. — Don Francisco Castanedo canónigo de la santa iglesia de Jaen, provisor y vicario general de su obispado. — Don Sebastian de Jócano, del consejo de S. M. en el tribunal de contaduría mayor, y contador de la provincia de Jaen.

Leon. — Frey Don Antonio Valdés, bailío gran cruz de la órden de San Juan, caballero del Toisoń de oro, gentil hombre de cámara con ejercicio, capitan general de la armada, consejero de estado, y antes ministro de marina y interino de Indias. — El vizconde de Quintanilla.

Madrid. — Conde de Altámira, marqués de Astorga, grande de España, caballero del Toison de oro, gran cruz de la órden de Cárlos III,

caballerizo mayor y gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio. Fue presidente de la junta. — Don Pedro de Silva patriarca de las Indias, gran cruz de la órden de Cárlos III y antes mariscal de campo de los reales ejércitos. Falleció en Aranjuez y no fue reemplazado.

Mallorca. — Don Tomas de Verí caballero de la órden de San Juan, teniente coronel del regimiento de voluntarios de Palma. Conde etc.

Murcia. — Conde de Floridablanca caballero del Toison de oro, gran cruz de la órden de Cárlos III, gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio, y antes primer secretario de estado, interino de gracia y justicia. Fue el primer presidente de la junta central. Falleció en Sevilla y fue subrogado por el — marqués de San Mamés, que no tomó posesion. — Marqués del Villar.

Navarra. — Don Miguel de Balanza; — Don Cárlos de Amatria; individuos de la muy ilustre diputacion del reino de Navarra.

Toledo. — Don Pedro de Ribero canónigo de la santa iglesia de Toledo. Fue secretario general. — Don José García de la Torre abogado de los reales consejos.

Sevilla. — Don Juan de Vera y Delgado arzobispo de Laodicea, coadministrador del Sr. cardenal de Borbon en el de Sevilla, y despues obispo de Cádiz. Fue presidente de la junta central. — Conde de Tillí.

Valencia. — Conde de Contamina grande de España, gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio. — Principe Pio grande de España, coronel de milicias. Falleció en Aranjuez y fue subrogado por el — marqués de la Romana grande de España, teniente general de los reales ejércitos y general en gefe del ejército de la izquierda.

Es de advertir que aunque 35 los individuos de la central nunca hubo reunidos sino 34, habiendo fallecido en Aranjuez sin ser reemplazado Don Pedro de Silva

NUMERO 2.

Nam ut quisque est vir optimus, ita difficillime esse alios improbos suspicatur. (Cic. ad Quintum Fratrem, lib. 1°, epist. 1ª.)

NUMERO 3.

Véase el manifiesto de los procedimientos del consejo real.

NUMERO 4.

Et Hispani tarditatis notati sunt : *me venga la muerte de España : veniet mors mea de Hispania.* Tum scio cunctanter veniet. Franc. Baconi de Verulamio. Sermones fideles — 25 de expediendis negotiis.

NUMERO 5.

Véase la memoria escrita por los Sres. Azanza y Ofárril.

NUMERO 6.

Sæpius enim penuria quam pugna consumit exercitum et ferro sævior fames est. (*Veget.*, *De re militari*, *lib.* 3, *c.* 3.)

NUMERO 7.

Véase Mariana : Historia de España, lib. 8, cap. 11.

NUMERO 8.

Capitulacion que la junta militar y política de Madrid propone á S. M. I. y R. el emperador de los franceses.

ART. 1º. La conservacion de la religion católica apostólica y romana sin que se tolere otra, segun las leyes.

Concedido.

ART. 2º. La libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos y residentes en Madrid, y los empleados públicos : la conservacion de sus empleos, ó su salida de esta corte, si les conviniese. Igualmente las vidas, derechos y propiedades de los eclesiásticos seculares y regulares de ambos sexos, conservándose el respeto debido á los templos, todo con arreglo á nuestras leyes y prácticas.

Concedido.

ART. 3º. Se asegurarán tambien las vidas y propiedades de los militares de todas graduaciones.

Concedido.

ART. 4º. Que no se perseguirá á persona alguna por opinion ni escritos políticos, ni tampoco á los empleados públicos por razon de lo que hubieren ejecutado hasta el presente en el ejercicio de sus empleos, y por obediencia al gobierno anterior, ni al pueblo por los esfuerzos que ha hecho para su defensa.

Concedido.

ART. 5º. No se exigirán otras contribuciones que las ordinarias que se han pagado hasta el presente.

Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.

ART. 6º. Se conservarán nuestras leyes, costumbres y tribunales en su actual constitucion.

Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.

ART. 7º. Las tropas francesas ni los oficiales no serán alojados en casas particulares sino en cuarteles y pabellones, y no en los conventos ni monasterios, conservando los privilegios concedidos por las leyes á las respectivas clases.

Concedido, bien entendido que habrá para los oficiales y para los soldados cuarteles y pabellones mueblados conforme á los reglamentos militares, á no ser que sean insuficientes dichos edificios.

Art. 8°. Las tropas saldrán de la villa con los honores de la guerra, y se retirarán donde les convenga.

Las tropas saldrán con los honores de la guerra; desfilarán hoy 4 á las dos de la tarde; dejarán sus armas y cañones: los paisanos armados dejarán igualmente sus armas y artillería, y despues los habitantes se retirarán á sus casas y los de fuera á sus pueblos.

Todos los individuos alistados en las tropas de línea de cuatro meses á esta parte, quedarán libres de su empeño y se retirarán á sus pueblos.

Todos los demas serán prisioneros de guerra hasta su cange, que se hará inmediatamente entre igual número grado á grado.

Art. 9°. Se pagarán fiel y constantemente las deudas del estado.

Este objeto es un objeto político que pertenece á la asamblea del reino, y que pende de la administracion general.

Art. 10°. Se conservarán los honores á los generales que quieran quedarse en la capital, y se concederá la libre salida á los que no quieran.

Concedido: continuando en su empleo, bien que el pago de sus sueldos será hasta la organizacion definitiva del reino.

Art. 11° adicional. Un destacamento de la guardia tomará posesion hoy 4 á mediodia de las puertas de palacio. Igualmente á mediodia se entregarán las diferentes puertas de la villa al ejército francés.

A mediodia el cuartel de guardias de corps y el hospital general se entregarán al ejército francés.

A la misma hora se entregarán el parque y almacenes de artillería é ingenieros a la artillería é ingenieros franceses.

Las cortaduras y espaldones se desharán, y las calles se repararán.

El oficial francés que debe tomar el mando de Madrid acudirá á mediodia con una guardia á la casa del principal, para concertar con el gobierno las medidas de policía y restablecimiento del buen órden y seguridad pública en todas las partes de la villa.

Nosotros los comisionados abajo firmados, autorizados de plenos poderes para acordar y firmar la presente capitulacion, hemos convenido en la fiel y entera ejecucion de las disposiciones dichas anteriormente.

Campo imperial delante de Madrid 4 de diciembre de 1808. — Fernando de la Vera y Pantoja. — Tomas de Morla. — Alejandro, principe de Neufchatel. — *Véase la Gaceta del gobierno de Sevilla de 6 de enero de 1809.*

LIBRO SÉPTIMO

NUMERO 1.

Narrative of the peninsular war, by the marquess of Londonderry, tomo 1°, cap. 10.

NUMERO 2.

Mémoires sur la révolution d'Espagne, par M. de Pradt, pág. 225 y sig.

NUMERO 3.

Journal des opérations de l'armée de Catalogne, par le maréchal Gouvion Saint-Cyr, cap. 1°.

NUMERO 4.

Carta del mariscal Moncey.

Señores : la ciudad de Zaragoza se halla sitiada por todas partes, y no tiene ya comunicacion alguna. Por tanto podemos emplear contra la plaza todos los medios de destruccion qua permite el derecho de la guerra. Sobrada sangre se ha derramado, y hartos males nos cercan y combaten. La quinta division del ejército grande á las órdenes del Sr. mariscal Mortier duque de Treviso, y la que yo mando, amenazan los muros. La villa de Madrid ha capitulado, y de este modo se ha preservado de los infortunios que le hubiera acarreado una resistencia mas prolongada. Señores, la ciudad de Zaragoza, confiada en el valor de sus vecinos, pero imposibilitada á superar los medios y esfuerzos que el arte de la guerra va á reunir contra ella si da lugar á que se haga uso de ellos, será inevitable su destruccion total.

El Sr. mariscal Mortier y yo creemos que Vds. tomarán en consideracion lo que tengo la honra de exponerles, y que convendrán con nosotros en el mismo modo de opinar. El contener la efusion de sangre, y preservar la hermosa Zaragoza, tan estimable por su poblacion, riquezas y comercio, de las desgracias de un sitio, y de las terribles consecuencias que podrán resultar, seria el camino para grangearse el amor y bendiciones de los pueblos que dependen de Vds. Procuren Vds. atraer á sus ciudadanos á las máximas y sentimientos de paz y quietud, que por mi parte aseguro á Vds. todo cuanto puede ser compatible con mi corazon, mi obligacion, y con las facultades que me ha dado S. M. el emperador.

Yo envio á Vds. este despacho con un parlamentario : y les propongo que nombren comisarios para tratar con los que yo nombraré á este efecto

Quedo de Vds. con la mayor consideracion. — Señores. — EL MARISCAL MONCEY. — Cuartel general de Torrero 22 de diciembre de 1808.

Respuesta del general Palafox.

El general en gefe del ejército de reserva responde de la plaza de Zaragoza. Esta hermosa ciudad no sabe rendirse. El Sr. mariscal del imperio observará todas las leyes de la guerra, y medirá sus fuerzas conmigo. Yo estoy en comunicacion con todas partes de la península, y nada me falta. Sesenta mil hombres resueltos á batirse no conocen mas premio que el honor ni yo que los mando. Tengo esta honra que no la cambio por todos los imperios.

S. E. el mariscel Moncey se llenará de gloria si observando las nobles leyes de la guerra me bate: no será menor la mia si me deflendo. Lo que digo á V. E. es que mi tropa se batirá con honor, y desconozco los medios de la opresion que aborrecieron los antiguos mariscales de Francia.

Nada le importa un sitio á quien sabe morir con honor, y mas cuando ya conozco sus efectos en 61 dias que duró la vez pasada. Si no supe rendirme entonces con menos fuerzas, no debe V. E. esperarlo ahora, cuando tengo mas que todos los ejércitos que me rodean.

La sangre española vertida nos cubre de gloria; al paso que es ignominioso para las armas francesas haber vertido la inocente.

El Sr. mariscal del imperio sabrá que el entusiasmo de once millones de habitantes no se apaga con opresion, y que el que quiere ser libre lo es. No trato de verter la sangre de los que dependen de mi gobierno; pero no hay uno que no la pierda gustoso por defender su patria. Ayer las tropas francesas dejaron á nuestras puertas bastantes testimonios de esta verdad, no hemos perdido un hombre, y creo poder estar yo mas en proporcion de hablar al Sr. mariscal de rendicion, si no quiere perder todo su ejército en los muros de esta plaza. La prudencia que le es tan característica y que le da el renombre de bueno, no podrá mirar con indiferencia estos estragos y mas cuando ni la guerra, ni los españoles los causan ni autorizan.

Si Madrid capituló, Madrid habrá sido vendido, y no puedo creerlo; pero Madrid no es mas que un pueblo, y no hay razon para que este ceda.

Solo advierto al Sr. mariscal que cuando se envia un parlamento no se hacen bajar dos columnas por distintos puntos, pues se ha estado á pique de romper el fuego, creyendo ser un reconocimiento mas que un parlamento.

Tengo el honor de contestar á V. E., Sr. mariscal Moncey, con toda atencion en el único lenguaje que conozco, y asegurarle mis mas sagrados deberes. Cuartel general de Zaragoza 22 de diciembre de 1808. — El general PALAFOX.

NUMERO 5.

Capitulacion.

ART. 1°. La guarnicion de Zaragoza saldrá mañana 21 al mediodia de la ciudad con sus armas por la Puerta del Portillo, y las dejará á cien pasos de la puerta mencionada.

ART. 2°. Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas prestarán juramento de fidelidad á S. M. católica el rey José Napoleon I°.

ART. 3°. Todos los oficiales y soldados españoles que hayan prestado

juramento de fidelidad, podrán, si quieren, entrar al servicio para la defensa de S. M. católica.

Art. 4°. Los que no quieran tomar servicio irán prisioneros de guerra á Francia.

Art. 5°. Todos los habitantes de Zaragoza y los extrangeros, si los hubiere, serán desarmados por los alcaldes, y las armas se entregarán en la puerta del Portillo al mediodia del 21.

Art. 6°. Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas de S. M. el emperador y rey.

Art. 7°. La religion y sus ministros serán respetados : se pondrán guardias en las puertas de los principales édificios.

Art. 8°. Mañana al mediodia las tropas francesas ocuparán todas las puertas de la ciudad y el palacio del Coso.

Art. 9°. Mañana al mediodia se entregarán á las tropas de S. M. el emperador y rey toda la artillería y las municiones de toda especie.

Art. 10°. Las cajas militares y civiles todas se pondrán á disposicion de S. M. católica.

Art. 11°. Todas las administraciones civiles y toda clase de empleados prestarán juramento de fidelidad á S. M. católica.

La justicia se ejercerá como hasta aquí y se hará en nombre de S. M. católica José Napoleon I°. Cuartel general delante de Zaragoza 20 de febrero de 1809. — Firmado. — Lannes.

En comprobacion de haberse concluido en toda forma esta capitulacion léase la representacion hecha á José por la junta de Zaragoza en 11 de marzo de 1809 é inserta en la Gaceta de Madrid de 19 del mismo mes y año, y en la que se dice « quedó acordada la capitulacion, que fue ratifi- « cada y caugeada en debida forma. »

Numero 6.

He aqui la lista y valuacion de las alhajas extraidas.

1ª Una joya con 1900 brillantes, nueve de ellos de extraordinaria magnitud y muy subido valor. Su hechura un corazon que en el centro figuraba un cisne tendidas las alas y descansando en el tronco con un polluelo á cada lado. Dádiva testamentaria de la reina de España Doña María Bárbara de Portugal. Valuada en pesos fuertes.	50,000
2ª Una corona de la vírgen que en 1775 costeó el arzobispo de esta diócesis Don Juan Saenz de Burruaga, de óro guarnecida de diamantes, rubíes y topacios brillantes; en el círculo formados de diamantes los atributos de la vírgen, á saber; nave, pozo, fuente, castillo, luna, sol, estrella, torre, palma, lirio, rosa y cedro : en el centro un triángulo de diamantes del cual se desprendia una palomita de lo mismo en ademan de mirar á María, y en lo alto un pectoral de finísimos topacios : costó pesos.	30,000
3ª Otra para el niño, dádiva del mismo prelado, á cuya muerte no pudo recobrarse hasta el año 1780, de oro y diamantes y rubíes brillantes, por remate una cruz y en el pie un círculo de oro con un diamante tostado : pesos.	5,000
A la vuelta. .	85,000

Suma de la vuelta. . . .	85,000
4ª Dos retratos guarnecidos de brillantes del emperador Francisco Iº y de la emperatriz su esposa María Teresa de Austria reina de Ungría y Bohemia, que por testamento dejó á Nra. Sra. el Excmo. Sr. Don Antonio Azlor: pesos. .	16,000
5ª Un clavel jaspeado de chispas de diamantes y rubíes brillantes, sobre un pie de esmeraldas orientales, puestas en oro, con sus dos capullos el uno cerrado y el otro abierto con su gancho largo de oro y puesto en una cajita de zapa verde con su charnela de plata. Le dió á María Santísima la Excma. Sra. Doña María Teresa de Vallabriga esposa del Sermo. infante de España Don Luis de Borbon, año 1788: valorado en pesos.	7,000
6ª Una cruz de la órden de Santiago con 68 diamantes montados en oro por dos caras, todos rosas y tan bellos que por su blancura parecian cortados de una pieza: valuada en pesos.	8,418
7ª Una joya con 106 diamantes rosas, de exquisita limpieza y blancura y un precioso esmalte que regaló á María Santísima el Sermo. Sr. Don Juan de Austria el dia de la Concepcion de 1669: pesos.	6,891 ½
8ª Una venera de la órden de Calatrava de oro esmaltado con 52 diamantes rosas, algunos gruesos y muy finos todos. La dió el Excmo. Sr. conde de Baños: apreciada en pesos.	3,943
9ª Un par de pendientes con 28 diamantes rosas muy preciosos montados en oro que dejó en 1743 Doña María Ignacia de Azlor: valorados sin hechuras en pesos.	1,855
10ª Un corazon de aljófar grande y bello con algunos rubíes, esmeraldas y diamantes: pesos.	116
11ª Una juya con corona de oro y 64 diamantes rosas: pesos.	128
12ª Otra de oro con 59 diamantes: pesos.	60
Suman todas: pesos	129,411 ½

El mariscal Mortier fue el único que rehusó el regalo que le presentáron; mas la alhaja parece no volvió al joyero.

Numero 7.

Véase el « Manifiesto del vecindario de Aragon » publicado por Don Antonio Plana é impreso en Zaragoza en 1814, segun razon tomada por el alcalde mayor de Zaragoza Don Angel Morell de Solanilla.

Numero 8.

Relation des siéges de Saragosse et de Tortose, par le baron Rogniat. Avant-propos.

LIBRO OCTAVO.

NUMERO 1.

Véase el decreto de 12 de abril de 1809, inserto en el suplemento á la Gaceta del gobierno de Sevilla de 15 de mayo de 1809.

NUMERO 2.

Véase el Prontuario de las leyes y decretos de José, tomo 1°, pág. 109.

NUMERO 3.

Véase el manifesto de la juuta central; seccion tercera, hacienda : documentos justificativos núm. 38 y siguientes.

Entre los donativos y anticipaciones extraordinarias de América se cuentan, entre muchos que ascendieron á un millon y dos millones, el de Don Antonio Basoco de cuatro millones de reales, y el del gobernador del estado Don Manuel Santa María que fue de ocho millones de la misma moneda. (Véase sobre esto último Gaceta extraordinaria del gobierno de Sevilla del 8 de diciembre de 1809.)

NUMERO 3 BIS.

El rey nuestro Sr. Don Fernando VII, y en su real nombre la junta suprema central gubernativa del reino, considerando que los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias no son propiamente colonias ó factorías como los de otras naciones, sino una parte esencial é integrante de la monarquía española; y deseando estrechar de un modo indisoluble los sagrados vínculos que unen unos y otros dominios, como asimismo corresponder á la heróica lealtad y patriotismo de que acaban de dar tan decisiva prueba á la España, en la coyuntura mas crítica que se ha visto hasta ahora nacion alguna, se ha servido S. M. declarar, teniendo presente la consulta del consejo de Indias de 21 de noviembre último, que los reinos, provincias é islas que forman los referidos dominios, deben tener representacion nacional é inmediata á su real persona, y constituir parte de la junta central gubernativa del reino por medio de sus correspondientes diputados. Para que tenga efecto esta real resolucion han de nombrar los vireinatos de Nueva-España, el Perú, Nuevo reino de Granada, y Buenos-Aires, y las capitanías generales independientes de la isla de Cuba, Puerto-Rico, Goatemala, Chile, provincias de Venezuela y Filipinas, un individuo cada cual que represente su respectivo distrito. En consecuencia dispondrá V. E. que en las capitales, cabezas de partido del vireinato de su mando (1), inclusas las provincias internas, procedan los ayuntamientos á nombrar tres individuos de notoria probidad, talento é instruccion, exentos de toda

(1) Mejico.

nota que pueda menoscabar su opinion pública; haciendo entender V. E. á los mismos ayuntamientos la escrupulosa exactitud con que deben proceder á la eleccion de dichos individuos, y que prescindiendo absolutamente los electores del espíritu de partido que suele dominar en tales casos, solo atiendan al rigoroso mérito de justicia vinculado en las calidades que constituyen un buen ciudadano y un celoso patricio.

Verificada la eleccion de los tres individuos, procederá el ayuntamiento con la solemnidad de estilo á sortear uno de los tres, segun la costumbre, y el primero que salga se tendrá por elegido. Inmediatamente participará á V. E. el ayuntamiento con testimonio el sugeto que haya salido en suerte, expresando su nombre, apellido, patria, edad, carrera ó profesion y demas circunstancias políticas y morales de que se halle adornado.

Luego que V. E. haya recibido en su poder los testimonios del individuo sorteado en esa capital y demas del vireinato, procederá con el real acuerdo (1), previo exámen de dichos testimonios, á elegir tres individuos de la totalidad en quienes concurran cualidades mas recomendables, bien sea que se le conozca personalmente, bien por opinion y voz pública; y en caso de discordia decidirá la pluralidad.

Esta terna se sorteará en el real acuerdo (2) presidido por V. E., y el primero que salga se tendrá por elegido y nombrado diputado de ese reino (3) y vocal de la junta suprema central gubernativa de la monarquía, con expresa residencia en esta corte.

Inmediatamente procederán los ayuntamientos de esa y demas capitales á extender los respectivos poderes ó instrucciones, expresando en ellas los ramos y objetos de interés nacional que haya de promover.

En seguida se pondrá en camino con destino á esta corte y para los indispensables gastos de viages, navegaciones, arribadas, subsistencia y docoro con que se ha de sostener, tratará V. E. en junta superior de real hacienda la cuota que se le haya de señalar, bien entendido que su porte, aunque decoroso, ha de ser moderado, y que la asignacion de sueldo no ha de pasar de seis mil pesos fuertes anuales.

Todo lo cual comunico á V. E. de órden de S. M. para su puntual observancia y cumplimiento, advirtiendo que no haya demora en la ejecucion de cuanto va prevenido. Dios guarde á V. E. muchos años. Real palacio del Alcázar de Sevilla 22 de enero de 1809.

Numero 4.

Señor ministro de la corte de Lóndres : muy señor mio : He dado cuenta á la suprema junta central de la nota que V. S. se ha servido pasarme con fecha de 27 de febrero último, relativa á la guarnicion de la plaza de Cádiz por las tropas inglesas, y asimismo de la carta del general Don Gregorio de la Cuesta que V. S. me incluye original, y tengo el honor de devolver adjunta : y S. M. queda enterado de que no encontrando V. S. por la respuesta del general Cuesta una necesidad imperiosa

(1) Isla de Cuba. Procederá con el real acuerdo, si existiese en la Habana, y en su defecto con el R. obispo, el intendente, un miembro del ayuntamiento y prior del consulado y previo exámen, etc.

(2) O junta.

(3) O Isla. Puerto-Rico. Procederá con el R. obispo, y un miembro del ayuntamiento, y prévio exámen, etc. — En otra parte. Tratará V. S. en la junta y con los ministros de esas reales cajas la cuota, etc.

ó urgente de hacer marchar á su ejército el pequeño cuerpo de tropas británicas que V. S. queria enviarle de refuerzo (obteniendo el permiso de que ese cuerpo dejase una fraccion suya en la plaza de Cádiz), ha escrito V. S. al general Mackecuse, para que los trasportes vuelvan á Lisboa, donde su presencia parece necesaria segun los avisos que acaba de recibir. Con este motivo manifiesta V. S. que le ha parecido no seria ni decente ni conveniente insistir en la admision de beneficio, cuyas consideraciones inseparables eran miradas con una especie de repugnancia. V. S. tendrá presente cuanto sobre este particular he tenido el honor de manifestarle en nuestras conferencias; pero la suprema junta me manda presentar á V. S. algunas observaciones que cree de importancia. Empezaré por repetir á V. S. que la suprema junta está muy lejos de concebir la menor sospecha contra los deseos que V. S. ha manifestado de que quedasen en la plaza de Cádiz algunas tropas británicas. La lealtad del gobierno inglés, la generosidad con que ha acudido á nuestro socorro, y la franqueza que ha usado con el gobierno español hacen imposible toda sospecha. Pero la suprema junta debe respetar la opinion pública nacional; y asi se ha propuesto observar una conducta mesurada y prudente que la ponga á cubierto de toda censura. Si el estado presente de nuestros negocios militares fuese tan apurado que hiciese temer alguna próxima amenaza contra Cádiz; si nuestras propias fuerzas fuesen incapaces de defender aquel punto; si faltasen otros sumamente importantes donde puede ser combatido el enemigo con el mejor suceso, la suprema junta no tendria el temor de chocar con la opinion pública, admitiendo tropas extrangeras en aquella plaza, porque la opinion pública no podria menos de formarse sobre este estado supuesto de cosas. Mas V. S. sabe que nada de esto sucede; que nuestros ejércitos se mantienen en puntos muy distantes de Cádiz; que aquella plaza está por ahora exenta de toda sorpresa; que aun cuando las cosas sucediesen tan mal, como no podemos esperar, le quedarian al enemigo mucho terreno y muchos obstáculos que vencer antes de amenazar á Cádiz, que en ningun caso podia faltar tiempo para replegarse sobre una plaza fácil de defender, y que no puede mirarse sino como un último punto de retirada; y por último, que esos puntos extremos no deben defenderse en ellos mismos, á menos de un caso apurado, y sí en otros mas adelantados. Asi es que el ejército de Extremadura defiende por aquella parte la entrada de los enemigos, como la defiende por Sierra-Morena el ejército de la Carolina y del centro combinados. En esos puntos es necesario convenir que está la defensa de las Andalucías; y por eso S. M. hace todo lo posible para reforzarlos. Allí está el enemigo que de algun tiempo á esta parte no ha podido hacer el menor progreso; y allí, si conseguimos reunir fuerzas superiores, se puede dar un golpe decisivo al enemigo al paso que no será nunca tal contra nosotros el que él pudiera darnos. Por otra parte ve V. S. que la Cataluña se defiende valerosamente sin dejar al enemigo adelantar un paso; y que Zaragoza, que debe mirarse como un antemural, resiste heróicamente á los repetidos ataques y hace pagar bien caro al enemigo su obstinada porfía. Es pues evidente que los poderosos auxilios de la Gran Bretaña serían infinitamente útiles en el ejército de Extremadura, en el de la Carolina, y en Cataluña, donde podria servir directa ó indirectamente á la defensa de Zaragoza. Esta es la opinion de la suprema júnta de la na-

cion entera, y esta será sin duda la de quien contemple con imparcialidad el verdadero estado de las cosas. La suprema junta espera que V. S. reflexionando detenidamente sobre esta franca exposicion, entrará en sus ideas, y se lisonjea de que ellas merecerán el aprecio del gobierno de S. M. B., ya por el valor que ellas tienen, y ya por la deferencia que el mismo gobierno ha manifestado hácia la suprema junta; pues al dar el ministro británico parte de su pensamiento sobre la entrada de tropas inglesas en Cádiz al ministro de S. M. en Lóndres, solo se la presentó como una idea que debia comunicarse á la suprema junta para oir su opinion acerca de ella. De aqui nace en gran parte la confianza que tiene S. M. sobre los sentimientos de S. M. B. en este asunto, luego que le sean presentes estas justas observaciones.

Debe tambien considerarse que desembarcando las tropas auxiliares en los puntos que se han indicado á V. S. en las inmediaciones de Cádiz, y dirigiéndose á reforzar el ejército del general Cuesta donde pueden cubrirse de gloria, siempre encontrarán en Cádiz una segura retirada en caso de desgracia. Pero si un cuerpo desde luego poco numeroso hubiese de dejar en Cádiz parte de su fuerza para asegurar en tanta distancia la retirada, V. S. convendrá que semejante socorro inspiraria á la nacion poca confianza, sobre todo despues de los sucesos de la Galicia. V. S. cree que todos los trasportes deben volver á Lisboa, donde juzga necesaria su presencia, y ha comunicado en su consecuencia las órdenes al efecto. De esa medida pudiera decirse lo que de la que acabo de exponer, á saber: que la suprema junta tiene la firme opinion de que el Portugal no puede defenderse en Lisboa, y de que el mayor número de tropas deberia emplearse en las líneas mas adelantadas donde se halla el enemigo, y donde puede ser derrotado de un modo que sea decisivo en sus consecuencias. Por todas estas razones está persuadida la suprema junta de que si el gobierno británico resolviese que sus tropas no obren unidas con las nuestras sino con la condicion indicada, jamas podrá imputársela esa no cooperacion. No puede ocultarse á la discreta ilustracion de V. S. que la suprema junta debe obrar en todas ocasiones, y mucho mas en las presentes circunstancias, de tal modo, que si por hipótesi fuere necesario manifestar á la nacion y á la Europa entera las razones de su conducta en todos, ó en algunos de los grandes negocios que ocupaban la atencion de S. M., pueda hacerlo con aquella seguridad y aquellos fundamentos que la concilien la opinion general, que es el primero y principal elemento de su fuerza.

S. M. espera que tomadas por V. S. en seria consideracion estas observaciones, serán presentadas por V. S. al gobierno de S. M. B. como los sentimientos francos de un aliado fiel y reconocido, que cuenta en tan honrosa lucha con el auxilio eficaz de las tropas inglesas. Tengo con este motivo el honor, etc. — Dios, etc. — Sevilla, 1º de marzo de 1809. — B. L. M. de V. S. etc. — Martin de Garay.

Numero 5.

Véase la Gaceta extraordinaria del gobierno de Sevilla de 24 de abril de 1809 y el suplemento á la misma de 8 de mayo del mismo.

Numero 6.

Esta correspondencia se insertó íntegra en el suplemento á la Gaceta

del gobierno de Sevilla de 12 de mayo de 1809. Todas las contestaciones honran á sus autores, como tambien otra que dió mas adelante y sobre el mismo asunto al general Sebastiani Don Francisco Abadía. Esta se insertó en la Gaceta del gobierno de Sevilla de 29 de mayo de 1809.

Numero 7.

	Reales.
Las rentas ordinarias de la provincia de Asturias produjeron entonces al año lo mismo que antes.	8,000,000
Los donativos.	4,000,000
Un préstamo.	3,500,000
Asi el total que entró en arcas desde mayo de 1808 hasta mayo de 1809 de rentas y recursos de la provincia, fue de unos.	15,500,000

Deben agregarse á estos quince millones quinientos mil rs. vn. veinte millones de reales que vinieron de Inglaterra; mas de los últimos habiéndose enviado dos á la central, quedan reducidos á diez y ocho, ascendiendo por consiguiente el total á 35.500,000 reales vn. Durante este tiempo mantuvo la provincia constantemente de 18 á 20,000 hombres sobre las armas; á los que al principio dió hasta una peseta diaria. Véase si con este gasto y lo que costaba el pago de las autoridades civiles habia lugar á dilapidaciones. Ademas el marqués de Vista-Alegre, que estaba al frente de la hacienda del principado, era hombre de gran severidad en la materia é incapaz de entrar en ningun manejo deshonroso y feo.

Numero 8.

Don Argenton se escapó por la noche luego que los franceses salieron de Oporto. Pasó á Inglaterra y de alli parece ser que yendo á Francia para sacar á su muger y á sus hijos fue cogido y arcabuceado.

Numero 9.

Sabe V. M. que hace mas de cinco meses que no he recibido órdenes ni noticias, ni socorros: por consiguiente carezco de muchas cosas, é ignoro las disposiciones generales. El general de brigada Vialenes se hallaba muy cansado, y me dijo en Lugo que estaba malo. Conocí que su dolencia no era tan grave como decia; pero viendo su temor le mandé que se retirase hácia el lado del mayor general de V. M. á recibir sus órdenes. Tambien hubiera querido dar igual destino á los generales Lahoussaye y Mermet que no siempre han hecho lo que pudieran hacer para ventaja nuestra; pero dejé de tomar esta determinacion hasta llegar á Zamora, para no dar mas crédito á las voces de las cabalas ó conspiraciones que se esparcieron..... (Sacado de la Gaceta del gobierno de 28 de julio de 1809. Pliego interceptado del mariscal Soult á José, fecho en la Puebla de Sanabria á 25 de junio de 1809.)

Numero 10.

He aqui algunos pormenores de tan singular hecho. Era en el otoño de 1805 y daba Mr. Pitt una comida en el campo, á la que asistian los

lores Liverpool (entonces Hawkesbury) Castlereagh, Bathurst y otros, como tambien el duque de Wellington (entonces sir Arturo Wellesley) que acababa de llegar de la India. Durante la comida recibió Pitt un pliego, cuya lectura le dejó pensativo. A los postres idose los criados, segun la costumbre de Inglaterra, ó como ellos dicen, *the cloth being removed and the servants out*; dijo Pitt: « Malísimas noticias; Mack se ha « rendido en Ulma con 40,000 hombres, y Bonaparte sigue á Viena sin « obstáculo. » Entonces fue cuando exclamaron sus amigos, y él replicó lo que insertamos en el texto. Como su respuesta era tan extraordinaria, muchos de los concurrentes, aunque callaron por el respeto que le tenian, atribuyéronla sobre todo en lo que dijo de España á desvarío causado por el mal que le oprimia, y de que falleció tres meses despues. Pitt percibiendo en los semblantes el efecto que habian producido sus primeras palabras, añadió las siguientes bien memorables: « Sí, señores, la « España será el primer pueblo en donde se encenderá esta guerra pa-« triótica que solo puede libertar á Europa. Mis noticias sobre aquel « pais, y las tengo por muy exactas, son de que si la nobleza y el clero « han degenerado con el mal gobierno y estan á los pies del favorito, « el pueblo conserva toda su pureza primitiva, y su odio contra Francia « tan grande como siempre, y casi igual á su amor á sus soberanos. « Bonaparte cree y debe creer la existencia de estos incompatible con la « suya, tratará de quitarlos, y entonces es cuando yo le aguardo con la « guerra que tanto deseo. »

Hemos oido esto en Inglaterra á varios de los que estaban alli presentes: muchas veces ha oido lo mismo al duque de Wellington el general Don Miguel de Alava, y dicho duque refirió el suceso en una comida diplomática que dió en Paris el duque de Richelieu en 1816, y á la que se hallaban presentes los embajadores y ministros de toda Europa.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE CASIMIR, calle de la Vieille-Monnaie, nº 12.

